

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL



TESIS DOCTORAL

**Manejo del terror, ideología política y mecanismos asociados al apoyo de la
violencia colectiva:**

**Efectos de la amenaza existencial sobre la desconexión moral, la deshumanización y los
fundamentos morales**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Raúl Piñuela Sánchez

Director

Carlos Yela García

Madrid, 2014

**MANEJO DEL TERROR, IDEOLOGÍA
POLÍTICA Y MECANISMOS ASOCIADOS AL
APOYO A LA VIOLENCIA COLECTIVA:**

**Efectos de la amenaza existencial sobre la desconexión
moral, la deshumanización y los fundamentos morales.**

Autor: Raúl Piñuela Sánchez
Director: Dr. Carlos Yela García



DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL.
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Para Eléa, porque eres mi hogar y mis raíces.
Y para quienes se atreven a dudar, y afrontan con dignidad el miedo y la soledad,
a pesar de no tener ni árbol, ni libro, ni hijos.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	p. 11
ABSTRACT	p. 13
I. ASPECTOS	p. 23
INTRODUCTORIOS	
CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN Y CUESTIONES GENERALES	p. 23
1.1. Área de interés, motivación y relevancia social de este trabajo	p. 23
1.2. Objetivos generales y estructura del presente trabajo	p. 26
1.3. Sobre el enfoque psicosocial de esta tesis	p. 29
 CAPÍTULO 2. ACERCAMIENTO TERMINOLÓGICO PREVIO: SOBRE LAS NOCIONES DE LEGITIMACIÓN Y VIOLENCIA	 p. 31
2.1. Sobre la legitimación y otros términos relacionados	p. 31
2.2. Violencia	p. 34
2.2.1. El mal o la maldad como forma de entender la violencia	p. 35
2.2.2. Luces y sombras: La simplicidad y complejidad del concepto de violencia.	p. 37
2.2.3. Tipologías de la violencia	p. 42
a) Violencia instrumental vs violencia hostil	p. 43
b) La clasificación de la OMS.	p. 44
 II. MARCO TEÓRICO (I). EL SENTIDO DE LA VIOLENCIA. FACTORES ESTRUCTURALES E IDEOLÓGICOS QUE PROMUEVEN SU DESARROLLO O JUSTIFICACIÓN	 p. 51
 3. CAPÍTULO 3. EL COMPONENTE ESTRUCTURAL Y LOS MOTIVOS DE LA VIOLENCIA	 p. 55
3.1. El componente estructural.	p. 55
3.2. Los motivos y fines de la violencia	p. 60
Las raíces del Mal según Baumeister: mal instrumental, mal idealista y mal basado en el orgullo	p. 61
a) El mal instrumental	p. 61
b) El mal ideológico o idealista	p. 62
c) El mal como consecuencia del orgullo, la humillación o la ofensa: el mal “egoísta”	p. 65
3.3. La ubicuidad de las condiciones ideológicas.	p. 66

4. CAPÍTULO 4. MODELOS TEÓRICOS QUE APELAN A COMPONENTES IDEOLÓGICOS	p. 69
4.1. La patología grupal y la legitimación de la violencia política	p. 69
4.2. Modelo de la desconexión moral de Bandura	p. 76
4.2.1. Teoría Cognitivo Social del pensamiento y la acción moral	p. 77
4.2.2. Mecanismos de desconexión moral	p. 81
4.2.3. El estudio integrado de los mecanismos de desconexión moral	p. 87
4.2.4. Desconexión moral en el apoyo a las intervenciones militares o armadas	p. 88
Variables asociadas a la desconexión moral en el apoyo a las intervenciones armadas	p. 91
4.2.5. Un mecanismo especial de desconexión moral: la deshumanización y sus formas	p. 92
4.3. Modelo interaccional de Tsang sobre el comportamiento inmoral	p. 98
- Relación entre los modelos de racionalización moral, desconexión moral y el de la legitimación social de la violencia política	p. 100
4.4. Fundamentos morales y violencia colectiva	p. 101
4.4.1. Breve historia del estudio psicológico de la moralidad	p. 102
4.4.2. La Teoría de los Fundamentos Morales	p. 105
4.4.3. Fundamentos morales, moralidad y violencia intergrupal o colectiva	p. 108
4.5. Otros factores relevantes: el estilo de la ideología y el papel de las amenazas	p. 110
4.5.1. Por qué tenemos ideologías: sus funciones	p. 111
4.5.2. Concepto de ideología, formas ideológicas y violencia	p. 114
4.5.3. Necesidades existenciales y apoyo a la violencia colectiva: el papel de la inseguridad, el miedo y la amenaza	p. 120
 CAPÍTULO 5. LA IDEOLOGÍA POLÍTICA	 p. 124
5.1. Las dimensiones de la ideología política	p. 126
5.1.1. La unidimensionalidad de la ideología política	p. 126
5.1.2. De la unidimensionalidad a la multidimensionalidad	p. 127
5.2. La esencia del conservadurismo: origen y contenido	p. 129
5.3. Enfoques psicosociales sobre la ideología política	p. 131
5.3.1. Una perspectiva psicosocial de arriba-abajo: visiones del mundo, ideología y moralidad	p. 131
5.3.2. Enfoques psicosociales predominantes sobre el conservadurismo y conceptos ideológicos cercanos	p. 136
a) Algunos enfoques personalistas	p. 137
b) Enfoques epistémico-existenciales	p. 139

c) El conservadurismo como racionalización del sistema.	p. 141
d) Autoritarismo y Orientación de Dominancia Social	p. 143
5.3.3. En síntesis: El conservadurismo como ideología motivada por necesidades epistémico-existenciales (y sociales)	p. 145
5.3.4. A modo de conclusión: ¿Están realmente asociadas las ideologías de derechas con las necesidades epistémico-existenciales?	p. 150
5.4. Ideología política, desconexión moral, y apoyo/ justificación/ legitimación de la violencia colectiva	p. 152
5.4.1. Conservadurismo, apoyo a la violencia colectiva y desconexión moral	p. 152
5.4.2. Conservadurismo, necesidades epistémicas y hostilidad exogrupal	p. 158
5.4.3. Conservadurismo, amenaza y hostilidad exogrupal	p. 159

III. MARCO TEÓRICO (II). TEORÍA DEL MANEJO DEL TERROR (TMT). EL PAPEL DE LA AMENAZA EPISTÉMICO-EXISTENCIAL EN LOS FACTORES VINCULADOS A LA LEGITIMACIÓN DE LA VIOLENCIA COLECTIVA . p. 165

CAPÍTULO 6. BASES FUNDAMENTALES DE LA TEORÍA: ORÍGENES, PRINCIPALES SUPUESTOS E HIPÓTESIS FUNDAMENTALES	p. 167
6.1. Bases y supuestos	p. 167
6.2. Principales hipótesis	p. 170
6.2.1. La hipótesis de la “saliencia” –accesibilidad, prominencia, recuerdo– de la propia mortalidad (Mortality Salience hypothesis)	p. 170
6.2.2. Hipótesis de la Amortiguación de la ansiedad -Anxiety Buffering Hypothesis- (Schmeichel y Martens, 2005)	p. 172
6.2.3. Hipótesis de la accesibilidad de los pensamientos sobre la muerte - DTA –Death Thought Accessibility (DTA) Hypothesis– (Hayes, Schimel, Arndt y Faucher, 2010).	p. 172

CAPÍTULO 7. TMT Y FACTORES QUE PROMUEVEN LA VIOLENCIA COLECTIVA. BASES TEÓRICAS Y APOYO EMPÍRICO	p. 174
7.1. Principales resultados bajo el paradigma de la MS y principales posturas respecto a la generalidad de sus efectos.	p.174
7.2. Los efectos de la amenaza existencial sobre distintos procesos vinculados con la violencia colectiva (1)	p. 180
7.2.1. MS y Autoritarismo/ Conservadurismo	p. 180
7.2.2. MS y Liderazgo	p. 181
7.2.3. MS y preferencia por la estructura	p. 183
7.2.4. MS, estereotipos y prejuicios	p. 185

7.2.5. MS y severidad de las sanciones hacia quienes violan la visión cultural del mundo	p. 188
7.2.6. MS y violencia colectiva	p. 189
7.3. Buscando coherencia: factores que condicionan o limitan los efectos antisociales de la MS	p. 198
7.3.1. La accesibilidad disposicional o situacional de normas y valores prosociales, incompatibles con la hostilidad y la violencia	p. 199
7.3.2. Infrahumanización de la violencia	p. 202
7.3.3. Enfatizar la Humanidad común	p. 202
7.3.4. Autoafirmación de otras estructuras o elementos que otorgan sentido y mitigan la ansiedad existencial. Buscar fuentes prosociales de sentido	p. 204
7.3.5. Tipo de apego o de relaciones interpersonales accesibles	p. 208
7.4. Conclusión: Sobre los efectos de laMS	p. 209

CAPÍTULO 8. LOS EFECTOS DE LA AMENAZA EXISTENCIAL SOBRE DISTINTOS PROCESOS VINCULADOS CON LA VIOLENCIA COLECTIVA (2). PROCESOS ABORDADOS EN EL ESTUDIO EMPÍRICO

8.1. MS y desconexión moral	p. 211
8.2. MS y deshumanización	p. 212
8.3. MS y fundamentos morales: reconexión moral	p. 215

IV. ESTUDIO EMPÍRICO

CAPÍTULO 9. OBJETIVOS, PROBLEMAS E HIPÓTESIS DE ESTUDIO

9.1. Desconexión moral y reconexión moral	p. 225
9.2. MS y desconexión moral	p. 227
9.3. MS y deshumanización	p. 230
9.4. MS y fundamentos morales: reconexión moral	p. 234

CAPÍTULO 10. METODOLOGÍA

10.1. Participantes	p. 237
10.2. Procedimiento	p. 237
10.3. Variables e instrumentos.	p. 240
10.3.1. Manipulación del recuerdo de la mortalidad (MS)	p. 240
10.3.2. Deshumanización: infrahumanización y minimización emocional	p. 242
10.3.3. Apoyo a la intervención militar	p. 244
10.3.4. Desconexión moral	p. 246

10.3.5. Cuestionario de los Fundamentos Morales (Moral Foundations Questionnaire, MFQ)	p. 249
10.3.6. Orientación política	p. 251
10.3.7. Comprobación de la eficacia de la manipulación experimental.	p. 252
 CAPÍTULO 11. RESULTADOS Y DISCUSIÓN	 p. 255
11.1. Análisis preliminares	p. 255
11.1.1. Composición de la muestra en cuanto a las variables clave de nuestro estudio.	p. 255
11.1.2. Apoyo a la intervención armada	p. 256
11.1.3. Desconexión moral	p. 257
11.1.4. Fundamentos morales	p. 260
11.2. Desconexión moral y reconexión moral	p. 263
Hipótesis 1. Desconexión moral y reconexión moral	p. 263
11.3. MS y Desconexión Moral	p. 266
a) Comprobación de la eficacia de la manipulación experimental	p. 266
b) Hipótesis 2: MS y desconexión moral	p. 267
11.4. MS y deshumanización	p. 270
11.4.1. Análisis preliminares	p. 270
La relevancia de la infrahumanización y la minimización emocional como medidas de deshumanización	p. 271
11.4.2. Análisis principales	p. 273
a) Minimización emocional	p. 273
b) Infrahumanización	p. 277
c) Discusión global de resultados sobre la MS y la deshumanización.	p. 280
11.5. MS y reconexión moral	p. 280
11.5.1. MS y el fundamento moral de pureza	p. 287
11.5.2. MS y el fundamento de la Lealtad	p. 289
11.5.3. MS, fundamentos morales en general y fundamentos morales de vinculación.	p. 292
11.5.4. MS, orientación política y otros fundamentos morales	p. 294
11.5.5. Conclusiones	p. 295
 CAPÍTULO 12. DISCUSIÓN GENERAL	 p. 299
12.1. Resultados generales sin implicaciones para la TMT	p. 299
12.2. Sobre las respuestas de los participantes en condiciones control y experimental	p. 300
12.3. Sobre las respuestas de defensa de la visión del mundo halladas en este estudio	p. 301
12.4. La infrahumanización y el incremento de la pureza: ¿Dos caras de la misma moneda?	p. 303

12.4.1. Pureza, asco, humanización propia y deshumanización ajena	p. 304
12.4.2. ¿Realmente sólo las personas de derechas buscan humanizarse a sí mismas bajo MS?	p. 307
12.5. Sobre la peligrosidad social de las reacciones ante la amenaza existencial	p. 309
12.6. Sobre la naturaleza de los efectos de la MS, en general y en este trabajo	p. 311
12.7. Sobre la naturaleza implícita de las medidas de infrahumanización y minimización emocional	p. 312
12.8. Críticas y Propuestas futuras	p. 313
12.8.1. Sobre la muestra, las medidas utilizadas y el diseño experimental	p. 313
12.8.2. Sobre los análisis estadísticos utilizados y la naturaleza de la variable orientación política	p. 317
12.8.3. Sobre el enfoque aparentemente reduccionista de esta tesis	p. 319
12.8.4. Apuntes finales	p. 319

V. CONCLUSIONES FINALES. SOBRE LA RELEVANCIA APLICADA DE LA TMT Y DEL PRESENTE ESTUDIO

p. 321

CAPÍTULO 13. APORTACIONES DE LA TMT EN CONFLICTOS VIOLENTOS REALES

	p. 321
13.1. TMT y amenaza de estructuras defensivas	p. 322
La globalización como amenaza	p. 326
13.2. El papel de los motivos existenciales en los conflictos violentos	p. 327
TMT y terrorismo suicida	p. 331
13.3. Propuestas desde la TMT para la promoción de las relaciones intergrupales pacíficas	p. 335
13.3.1. Eliminar la ansiedad existencial	p. 336
13.3.2. Ofrecer formas prosociales de defender la autoestima y la visión del mundo.	p. 338

CAPÍTULO 14. SOBRE LAS CAUSAS, MECANISMOS Y PROCESOS RESPONSABLES DE LAS RESPUESTAS DEFENSIVAS ANTE LA AMENAZA: TEORÍAS ALTERNATIVAS A LA TMT

	p. 341
14.1. Algunas teorías alternativas a la TMT	p. 343
14.1.1. Teoría de la Autoafirmación (Self Affirmation Theory, SAT, STEELE, 1988)	p. 343
14.1.2. Teorías basadas en la incertidumbre.	p. 345
14.1.2.1. UMM (Uncertainty Management Model, Modelo del Afrontamiento de la Incertidumbre)	p.346

14.1.2.2. De la ICT (Identity Consolidation Theory, Teoría de la Consolidación de la Identidad) al RAM (Reactive Approach Motivation).	p. 347
14.1.2.3. El Modelo UIT (Uncertainty Identity Theory, Teoría de la identidad y la incertidumbre)	p. 351
14.1.2.4. ¿Cómo dan cuenta los modelos sobre la incertidumbre de los hallazgos de la TMT?	p. 353
14.1.3. El Modelo del Mantenimiento del Sentido (MMM, Meaning Maintenance Model)	p. 354
¿Cómo da cuenta el MMM de los hallazgos de la TMT y otras teorías?	p. 356
14.2. Cómo da cuenta la TMT de los hallazgos obtenidos desde otras perspectivas?	p. 358
14.3. ¿Uno o varios motivos?, ¿Uno o varios procesos?	p. 363

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

p. 367

ANEXOS

p. 395

ANEXO 1. CUESTIONARIOS	p. 400
ANEXO 2. FIGURAS COMPLEMENTARIAS	p. 404
ANEXO 3. ÍNDICE DE TABLAS Y FIGURAS	p. 408
ANEXO 4. ABREVIATURAS MÁS COMUNES	p. 409

“No tengo muchas verdades,
prefiero no dar consejos.
Cada cual por su camino,
igual va a aprender de viejo.
Que el mundo está como está
por causa de las certezas,
la guerra y la vanidad
comen en la misma mesa ”

Frontera (Jorge Drexler)

“¿Quién lo ayuda a ir al cielo?, por favor
¿Quién puede asegurarle la otra vida?
Apiádense del hombre que o tuvo
Ni hijo, ni árbol, ni libro”

Ni hijo, ni árbol, ni libro (Silvio Rodríguez)

“Hermana duda,
pasarán los años,
cambiarán las modas,
vendrán otras guerras,
perderán los mismos
y ojalá que tú
sigas teniéndome a tiro,
pero esta noche,
hermana duda,
sólo esta noche,
dame un respiro.”

Hermana Duda (Jorge Drexler)

AGRADECIMIENTOS

Tras largos meses, incluso años, esta tesis doctoral ha visto la luz. Parecía que nunca llegaría el día. Pero ha llegado. A pesar de mi increíble habilidad para hacer lo sencillo complicado, para “enredarme”, para empeñarme en empezar muchas cosas sin terminar ninguna, para buscar el camino más largo. A pesar de mi atracción por las cosas de discutible utilidad, y de que virtudes como la organización, el orden, la paciencia y la constancia siempre me han estado más vedadas de lo que desearía.

Pero al final llegó a buen término. Por inercia, porque todo tiene un final, y también gracias a un entusiasmo y tesón que muchos alimentasteis de un modo u otro. Por tanto, es momento de dar mis más sinceros agradecimientos a todos los que confiaron en que algún día terminaría esta tesis, con mi director, Carlos Yela, a la cabeza (¡Bendita paciencia la tuya!). Gracias por tus halagos y tu confianza en mí. Y también a los que apostaron en contra (estoy seguro de que algunos lo habréis hecho). A los que soportasteis estoicamente mi verborrea cuando cometisteis la imprudencia de preguntarme “¿Sobre qué trata tu tesis?”. A los que me habéis animado y aguantado en muy diversos momentos. A tantos amigos y compañeros que me habéis ofrecido un apoyo logístico, técnico y emocional que no tiene precio. A los irreducibles italo-germanos; a la Universidad, donde he conocido gente maravillosa; a lugares cálidos, como la Alhambra, donde me encontré como en casa; a Elea, porque tú sí que eres mi hogar, y tú sí que me has aguantado (de eso te duele tanto la espalda). A mis padres, porque gracias a ellos he podido dedicarme a cosas tan poco pragmáticas. Y a vosotros, amigos, referentes, que me hacéis sentir acompañado en mis excentricidades, y que me recordáis que una vez sobrevolé manantiales.

Y sobre todo, a esos eternos olvidados, personas anónimas de todo credo y nacionalidad que han sufrido, sufren y sufrirán los rigores de la guerra y la violencia –también la estructural, ésa que tan de cerca nos toca en estos tiempos–. También, mi reconocimiento y agradecimiento a quienes, inmunes al desaliento, ponen su granito de arena desde diversos ámbitos –la música, la política, la literatura, las asociaciones ciudadanas o las ciencias sociales– para poner fin a tanto sufrimiento, y que han sido y son otra fuente de inspiración para éste y otros de mis trabajos.

Finalmente, gracias al sentido del humor, tan infravalorado, que tanto me ayuda a sobrellevar la tragedia de la muerte y, sobre todo, lo rigores de la vida.

ABSTRACT

INTRODUCTION

When people watch or listen to the news, it's really frequent to be aknowledge about murderers, hate crimes, terrorist attacks and so on. Violence (and, more concretely, collective violence) is one of the most important public health problems humanity will have to face in this century (Sabucedo, Rodríguez & Fernández, 2002). And if collective violence is as frecuent as it is, that's because many ordinary citizens usually support, justify or legitimate it.

But this doctoral thesis is neither about collective violence in itself, nor exactly about the legitimization of this kind of violence. The main goal of this paper is to improve our knowledge about some of the dinamics and variables that underlies the acceptance or legitimization of this violence.

For many people it's easy to think that cruelty and violence occur because of the evil, sickness or madness of certain people (such as Hitler, Stalin, etc.). However, people responsible of many murderers, terrorist attacks or other acts that cause high levels of suffering are usually ordinary people (in terms of Zimbardo, 2007), or even exemplary neighbours (in words of Blanco, 2004), actual heroes from their reference group's point of view. They are willing to use, support or accept violence in the name of great ends, to improve society and so on.

Many approaches in Social Psychology agree in pointing to the importance that ideologies, great ends and morality have in committing and supporting cruelty and violence. TMT (Terror Managment Theory) is an experimental existential theory able to explain why ideology, values and culture are so important for people, as well as our willingness to cling to these elements of worldview, and to reject those who break or threaten them, when people are under existentially threatening situations (awareness of the own mortality, but also humiliation, critics tto worldview elements, feelings of blame or guilt, etc).

In view of the above, the aim of this doctoral thesis is to review which kind of beliefs, ideologies, moral disengagement mechanisms and moral foundations are related to acceptance, support or legitimization of several types of collective and political violence; and, based on TMT, try to find empirical support about the effect of one kind of existential threat –mortality salience, MS– over some of these antecedents of support of collective violence.

Concretely, after introducing the problem and its main goal, the attention is focused on the teorical frame that guides this academic workpaper, which can be divided into two main parts: In the first place, I review several theories and factors that help us to understand how is possible

that ordinary people –even moral people–, not only commit acts of collective violence, but also support or legitimate this type of acts. Some of them proposes the perceived lack of relevance of morality as key factor, the other suggest the opposite, an excessive zeal in morality as precursor of cruelty. Among these factors and models, we can find structural factors and social influence processes (such as obedience to authority, deindividuation, routinization, etc.). Related to them –and more important to understand why ordinary people support violence –, after describing some motives or roots of evil, I analyze the relevance of what can be called ”ideological” factors: beliefs that compound ideologies that legitimize political violence (Blanco, 2005; De la Corte, Sabucedo & Blanco, 2004); the mechanisms of moral disengagement (Bandura, 1990) –giving special importance to dehumanization in its several forms, such as infrahumanization (Leyends, Paladino, Rodríguez-Torres, Vaes, Demoulin, Rodríguez-Pérez & Gaunt, 2000)–; mechanisms of moral rationalization (Tsang, 2002); morality itself –more exactly, the five moral foundations described by Moral Foundations Theory –MFT– (Haidt, 2008); the typical “form” of the ideologies that usually support violence –characterized by dogmatism, zeal, exaggerated conviction, etc.– (Kruglanski, 2006); and threat (i.e. Stephan & Stephan, 2001) , that, in it’s different forms, promotes the content and form of ideologies that support violence. At last, I dedicate an important number of pages to detail the importance of political ideology, due to the fact that conservatism and right wing ideologies in general are positively associated to all these determinants of collective violence: moral disengagement, morality, dogmatism and closed mindedness, social, epistemic and existential needs; susceptibility to threat, intergroup hostility and support to some forms of collective violence, such as war or militar intervention.

The second part of the theoretical frame is dedicated to describe Terror Management Theory –TMT– (Solomon, Greenberg & Pyszczynski, 1991) and its relevance to understand support of violence. Briefly, this theory posits that our awareness of the inevitability of our own death provokes an extraordinary existential anxiety that we try to deal with by making use of two main mechanisms: by participating in shared systems of belief or cultural visions of the world (cultural worldview), as they offer safety, certainty and a literal or symbolic way to transcend death; and self-esteem, which derives from the belief of being a person of value according to the standards of our cultural worldview. After describing its main assumptions and hypotheses, the interest is focused in a special type of epistemic-existential threat, reminders of own mortality (*Mortality Salience*, MS), which has consistently shown –at least under certain circumstances– to promote a higher support of different types of collective violence and intergroup hostility, as well as many of the antecedents of political and collective violence that have been described in previous chapters: conservatism and authoritarianism; dogmatism, zeal and exaggerated conviction; prejudice and outgroup derogation; and so on (for a review, see Niesta et al., 2008; Pyszczynski et al., 2003; Pyszczynski et al., 2008).

Nevertheless, effects of mortality salience promoting acceptance of violence or its determinants seems to appear only for certain kind of people, and under specific situations that are not completely clear yet: some times certain personal or contextual factors –ideology, self-esteem, situational norms...– seem to protect against these effects (Greenberg et al., 1992; Juhl et al., 2010), some other times they seem to invert them –for example, MS could promote less prejudice or hostility against outgroups (see Weise et al., 2012)–. That is the reason why, in spite of the fact that MS has proved to be able to produce greater support to the armed fight against other groups (Pyszczynski, Abdollahi, et al., 2006), many of the last studies about this topic have not found these results (for example, Weise et al., 2008).

Anyway, the potential of MS to promote other antecedents of violence –such as mechanisms of moral disengagement, dehumanization or certain moral foundations– hasn't been explored yet (or there is not enough empirical evidence in this respect), in spite of their relevance from a theoretical point of view. Bandura (1990, for example) proposed eight mechanisms of moral disengagement (moral justification, euphemistic labelling, minimization of consequences, Advantageous Comparison, Dehumanization, attribution of blame, displacement and diffusion of Responsibility) that prevent moral self regulation to activate, allowing people to commit evil or immoral acts without renouncing to their moral identity.

Dehumanization is an especially relevant mechanism of moral disengagement from TMT point of view. It can be considered an extreme form of prejudice that somehow implies the association of external groups with animals or beasts, or their description as barbarians with scarce sophistication (Haslam, 2006). In an integrative effort, Haslam and colleagues (Haslam, 2006; Haslam, Loughnan, Reynolds & Wilson, 2007) have proposed two basic forms of dehumanization: *Animalistic* dehumanization, that implies the negation or minimization of the other's exclusively humane characteristics, assimilating them to animals; and *mechanistic dehumanization*, that implies to deny the possession of characteristics belonging to human nature which are typical, but not exclusive, of our specie –assimilating them to machines–

From a TMT point of view, dehumanization of others who threaten one's worldview could be an attractive reaction under existential threat –MS– (Vaes et al., 2010), in view that it supposes a way to defend own cultural worldview –through rejection of threatening ones– or even a way of enhancing ingroup self-esteem (compared to dehumanized outgroup). In addition, in case of animalistic dehumanization, it may suppose a way of distancing from our biological and carnal nature, associated to the mortal.

Morality is either a fundamental part of own worldview, and, from a TMT perspective, under existential threat people may respond reinforcing our commitment with morality. Moral

Foundations Theory describes five different moral morality. Following Moral Foundations Theory, morality is complex and diverse, and it is composed, at least, by five different domains: two of them are individual foundations (justice and care), and the other three (loyalty to ingroup, respect to authorities, and purity) can be considered as binding foundations (Graham, Haidt & Nosek, 2009). These last are characteristics of conservative people and positively related to intergroup hostility (Graham & Haidt, 2011).

Investigation problems, objectives and hypotheses

Several objectives and hypothesis can be established, all them derived from the theoretical framework already summarized and the problems described above:

1) As a preliminar objective, I'll try to find if there is any relationship between some of the mechanisms related to the support of violence. Concretely, from theoretical basis it can be hypothesized that level of moral disengagement is positively related to level of adscription to moral foundations in general, and to binding foundations (loyalty, authority and purity) in particular. Besides, I'll try to check the expected relations between support of certain cases of armed intervention and: moral foundations (specially, binding foundations) on the one hand, and level of moral disengagement on the other hand.

2) However, main objectives are about the effects of MS on three factors related to support of violence, according to the political ideology of the participants. They are factors whose relation to existential threat hasn't been properly studied yet. These factors are:

a) Mechanisms of moral disengagement related to militar action.

b) A specific mechanism of moral disengagement: dehumanization. The main objective is to analyse the effect of MS on the tendency to dehumanize two outgroups that violate the fundamental norms and moral values of the mayor part of the citizens: Islamic terrorists, as well as dictators and genocides. The attention is focused specifically on two different forms of dehumanization: one of them is animalistic (a particular mode of infrahumanization); the other one is mechanistic (emotional minimization). This differentiation has not been explored under the framework of TMT. Although there are reasons to expect that both responses might be found as a response to existential anxiety or threat, infra-humanization has an additional existential advantage, as it might be an indirect way of self-humanization and distancing from our most fading nature.

c) Morality. Specifically, moral foundations, taking special interest form binding foundations, those clearly related to conservatism and support of military action.

On the one hand our idea is to shed light on some confusing results: according to the theoretical antecedents I have reviewed, there are reasons to expect that MS would generate a generalized greater motivation to engage in moral disengagements mechanisms, to dehumanize threatening outgroups, and to adhere more intensely to moral foundations. In contrast, there is evidence suggesting that these effects can be conditioned by political ideology or orientation: They might be limited to right-wing or conservative people, or even inverted in the case of left-wing or liberal people (that is, they would show a lower level of any of these variables). Moreover, specifically in case of dehumanization, the differentiation between Animalistic dehumanization (infra-humanization) and mechanistic dehumanization (emotional minimization) has not been explored under the framework of TMT. Although there are reasons to expect that both responses might be found in right-wing or conservative people, infra-humanization has an additional existential advantage, as it might be an indirect way of self-humanization and distancing from our most fading nature.

METHOD

The empirical investigation presented here consists in an experimental study in which one independent variable was manipulated (mortality salience) and several other variables were measured. The questionnaire was the instrument used, not only for data collection (that is, measuring variables), but also for manipulating MS.

Subjects

The sample was composed by a total of 293 university students (60 male, 229 female and 4 non-specified), from different courses in Psychology and Company Administration and Management majors at the UCM (University Complutense of Madrid; Spain).

Procedure, variables and materials

The participants took part in the study in a free and voluntary way. The study was presented as an opinion poll on different personal and social aspects, and anonymity and confidentiality were guaranteed. I also underlined the fact that there are no correct or incorrect answers. The material I used is listed below in order of presentation.

After completing the socio-demographic information, subjects were randomly assigned to the experimental and control group conditions. The participants in the mortality salience condition answered two open-ended questions which constitute the typical way of manipulation of this variable in the majority of the previous studies (for example, Weise et al., 2012). The participants in the control group simply did not do the experimental task. After that, all the subjects were asked to complete a version of the PANAS (Watson, Clark & Tellegen, 1988) In

order to achieve a time lag before the collecting of the dependent variables, all the subjects were asked to complete a version of the PANAS (Watson, Clark & Tellegen, 1988) translated into Spanish, typically used with the same objective in research under TMT framework.

After fulfilling a task typically used in research under TMT framework in order to achieve a time lag (necessary to get more clearly the MS effects), all the subjects were asked to respond to the questions that compound the dependent variables. The material used is listed below in order of presentation.

Dehumanization: Emotional minimization and infra-humanization. For the purposes of my investigation, I used two forms of dehumanization –one of them animalistic, the other one, mechanistic– more subtle and indirect compared to other forms of dehumanization, as they do not require the direct association of the external group with animals: infrahumanization and emotional minimization

Infrahumanization refers to a particular form of animalistic dehumanization that implies the consideration of the group to which one belongs as the most exclusively humane, while the rest are perceived as less humane and more similar to animals (Leyend et al., 2000; Leyends et al., 2007). Since one of the most essential elements of humanity is the capacity to experience feelings or secondary emotions, this theoretical and methodological paradigm assumes that people attribute more secondary emotions –which we consider exclusively humane–, but not primary emotions–shared with animals–, to members of the in-group compared to members of the external group.

Closely related to infra-humanization, Leidner, Castano, Zaiser & Giner-Sorolla (2010) have suggested that emotional minimization constitutes a mechanism of moral disengagement that implies an underestimate of the capacity of determinate social groups to show and develop emotional responses. The main difference in regard to infra-humanization is that in this case no distinction between primary and secondary emotions is made. It is, clearly, a mechanistic form of dehumanization.

Derived from Leyends and his colleagues' paradigm, I have used a particular form of infrahumanization that consists in a reduction of the level of secondary emotions –or feelings– ascribed to members of outgroups, regardless of the level of feelings ascribed to ingroup.

So, following a procedure which was quite similar to the one used by Leidner et al.(2010), I asked the participants to what extent they considered that Islamic terrorists tend to experience in their daily life each one of 11 emotions (five of them were primary emotions, and six of them were feelings or secondary emotions). I used a Likert type scale, with 1 meaning not at all and 5

– very much. The level of emotional minimization is calculated on the basis of the mean score obtained in all the items and once the scores have been inverted. The level of inhumanization (or sentimental minimization) was obtained in a similar way, but this time I considered exclusively the emotional terms that refer to secondary emotions.

Support to militar intervention was measured asking participants to what extent they agree with three that justify military action in different contexts. I used a Likert type scale, with 1 meaning not at all and 5 – very much.

Moral disengagement was measured through a Spanish version of “Terrorism-Questionnaire” (Jackson y Sparr, 2005), a scale developed for measuring moral disengagement related to militar intervention, that contains 8 items (one for each mechanism of moral disengagement).

Political orientation. I asked the participants to describe their political orientation by situating themselves on a seven point scale ranging from “very left-winged” to “very right-winged” as an answer to the question “What is your political orientation?” Although it is not the most orthodox in academic terms, this way of measuring conservatism or political orientation is commonly used in psycho-social research, demonstrating an adequate validity and utility (Nail, Harton & Decker, 2003; Haidt, Graham & Joseph, 2009).

Morality: level of adscription to moral foundations. In order to measure the level of adscription to different moral foundations, I used the Spanish version of Moral Foundations Questionnaire – MFQ– (Graham et al., 2009 y 2011) in its short version. This questionnaire is composed by two subscales: moral judgement and moral relevance (each one contains two items for measuring each one of the five moral foundations) . Since participants in MS condition only fulfilled moral judgements subscale, this was the measure I selected for main analyses.

Manipulation check. In a procedure very similar to the one employed by Van den Bos y Miedema (2000) to check the efficacy of the experimental manipulation, I asked the participants to describe how present was their own mortality at any moment during the procedure. The answer format I used was a 5 point Likert scale (0=not at all, 5=very much).

RESULTS AND DISCUSSION.

For data analyses I used the software package SPSS version 15. 1. Diverse statistical procedures were performed to check different hypotheses.

In regard to the preliminar hypothesis, several Pearson correlation analyses show that level of moral disengagement, level of adscription to moral foundations in general (and to binding foundations in particular, especially the foundations of loyalty and ingroup) and support of

militar intervention correlate positively one to each other. This confirms, as expected, that people who support collective violence in intergroup conflicts are often characterised for high levels of moral disengagement and binding moral foundations. And, more interesting, it suggests that morality and moral disengagement are not opposed, but they are compatible.

In reference to the main hypotheses, several multiple regression analyses were performed, where MS, political orientation and the interaction between both factors were taken as predictor variables, and different factors (moral disengagement score; infrahumanization or emotional minimization of terrorists and genocides; or scores on moral foundations in general or in each of the moral foundations in particular) were used as dependent variables or criteria. In case of the interaction of both factors resulted significant, this analyses were complemented with other simple regression analyses in order to understand this interaction. Concretely, on one hand, I made a simple regression analyses in which I examined each criteria as a function of MS, separately for the left-wing and right-wing people. On the other hand, I made another simple regression analyses in which I examined each criteria as a function of political orientation, separately for each experimental condition (MS and control). Sometimes other statistical procedures were used, as ANOVA, for concrete analyses.

In relation with moral disengagement, no significant effects of MS were found. As expected, political orientation predicted level of moral disengagement (right-wing participants shown higher levels of this variable), but MS didn't predict moral disengagement, neither among the right winged, nor among the left winged. Maybe moral disengagement is a very explicit measure, quite similar to support to armed intervention, and social desirability have prevented right winged from increment their moral disengagement. Probably, this response doesn't provide existential security in the present Spanish social and historical context.

What seem more interesting are results in regard to effects of MS over dehumanization. Effects of MS were different for left winged and left winged. Among right-wing people those that went through the MS condition infrahumanized terrorists and dictators or genocides more (but differences in emotional minimization, in the same direction were not significant).

As far as I am aware, this is the first time in finding a greater tendency towards infra-humanization in response to MS, something coherent with TMT, and which other investigations have suggested but have not managed to find proof for, maybe due to the lack of relevance of the selected outgroups (Vaes et al., 2010). Concretely, this reaction has appeared only in right-wing participants, whose worldview predispose towards greater dehumanization. However, the fact that these differences did not appear in emotional minimization suggests that animalistic dehumanization, in comparison with the mechanistic, might be a very attractive response under

conditions of existential anxiety, most of all among conservative people. Different previous investigations show that people tend to distance themselves from their animal nature (see Goldenberg et al., 2009), being this answer especially common among right-wing or authoritarian people (Motyl et al., 2010).

Among left wing people, those that went through MS dehumanized (with both inhumanization and emotional minimization measures) significantly less than those who did not undergo this condition. These results suggest that MS is able to affect to anybody –in this sense, liberal worldview does not seem to constitute merely a resource to mitigate or avoid worldview defense effects–. Nevertheless, these effects would be far from a typically authoritarian answer, characterized for the tendency to prejudge other groups or react with hostility towards them –as Jost et al. (2004) or Echebarría-Echabe & Valencia (2008) suggest–. Reactions to MS would consist in a polarization or a greater compromise with the ideological, political and axiological previously predominant tendencies, which, in case of left-wing people, could lead to show a lower level of dehumanization –in agreement with the findings of Weise et al. (2012) or Gailliot et al. (2008) in the field of prejudice–.

Results regarding the effects of MS over moral foundations partially corroborate these ideas. In this case, although MS does not affect morality in general, it affects right wing participants: they show a significant higher level of two binding moral foundations (loyalty and purity, but not authority) under MS conditions, and these results make them show higher scores, either, in binding foundations taken as a whole, and in moral foundations in general (in spite of the fact that individual foundations doesn't seem to be affected). In fact, loyalty and purity may be affected, not only because they are part of the conservative cultural worldview (authority is too, but it hasn't been affected), but, mainly, because they result especially attractive in conditions of existential threat (but only for conservative people). In this sense, enhancing the adherence with purity –as I purposed for animalistic dehumanization of outgroups– can be seen as a way to distance from our fading nature and to approximate to spirituality and, thus, immortality. In reference to loyalty foundation, it is very similar to the motivation to adhere to ingroups, which is one of the most clear ways to get symbolic immortality under existential threat, as Castano et al. (2002, 2004) point.

In view of the above, the absence of relevant results for left wing participants doesn't necessary mean that they are not affected by existential threat. It seems more reasonable to think that the measure has not been sensible enough for left wing people: probably, they have not found existential security in increasing their commitment with any moral foundation, as measured by moral relevance subscale of MFQ.

CONCLUSIONS

This study is one among many others in finding that existential threat –represented by MS–, as many other threats, can promote certain processes that could, under some circumstances, foster the acceptance or support of intergroup violence. But it is the first investigation (at least, I couldn't manage to find similar results in previous studies) that finds something that had been previously proposed: MS can foster outgroup dehumanization, as well as higher levels of some moral foundations characteristic of conservative worldview (concretely, those which suppose a clear way to deny mortality).

Nevertheless, these responses to MS are far from be generalized. In fact, they seem to depend on the degree to which people are predisposed to accept this processes. That is, people's previous attitudes, or the degree to which violence and its precursors are admissible in the social context, will moderate the effects of MS, that can either promote peaceful processes. In this sense, in my investigation, typically conservative responses in dehumanization and morality only took place among right wing participants. Among left wing subjects, MS promoted a lower level of dehumanization. Several previous works find similar results on different topics (Gailliot et al., 2008; Pyszczynski et al., 2012) , and it seems hopeful: in spite of the fact that existential and epistemic threats –such as MS– are unavoidable in real life, probably humanity doesn't need to minimize these threats in order to avoid violence or hostility. We can manage to construct discourses, laws and social norms that make MS and other threats lead people to prosocial responses.

Precisely, in the last chapter I discuss the practical relevance of MS. It lies, not only in the fact that death is explicitly and implicitly present in the majority of violent conflicts, but also in the finding that many other threats (self-esteem threats, humiliation, uncertainty, etc.), clearly present in conflicts, are able to produce death thoughts accessibility, as well as the same reactions as MS generates. In this sense, I finish my exposition describing several theories that try to explain MS findings from different perspectives. Not only mortality, but also uncertainty or meaninglessness could be the ultimate factor responsible of the effects of MS and other threats.

I. ASPECTOS INTRODUCTORIOS

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN Y CUESTIONES GENERALES.

1.1. ÁREA DE INTERÉS, MOTIVACIÓN Y RELEVANCIA SOCIAL DE ESTE TRABAJO.

El 12 de marzo de 2010 un joven de un grupo de ultraizquierda dio una brutal paliza a otro, sin mediar palabra, en el metro de Madrid, acusándolo de ser amigo del asesino de Carlos Palomino, joven de un grupo antifascista que había muerto apuñalado a manos de otro muchacho de ideología neonazi, también en el metro de Madrid, el 11 de noviembre de 2007. En febrero de 2008, un grupo de estudiantes trató de agredir a María San Gil, presidenta del PP vasco, en la universidad de Santiago de Compostela. Un barrio de Palma de Mallorca vivió a finales de agosto de 2011 terribles disturbios causados por el enfrentamiento entre los colectivos gitano y nigeriano, cuyo detonante fue la muerte de un africano, presuntamente a manos de un gitano. Cuando la sociedad tiene aún en el recuerdo el holocausto nazi (véase el gran número de películas y documentales actuales que versan sobre el mismo) y sin tiempo para asimilar los genocidios de Rwanda, de la guerra de los Balcanes o de la eterna disputa palestino-israelí, hemos vivido el horror de los atentados del más extremo fundamentalismo islámico en Nueva York, Madrid, Londres y el más reciente de Marrakech, en abril de 2011, al tiempo que muchos nos hemos indignado con las respuestas contrterroristas en Irak o Afganistán, o con las brutales represiones de una ciudadanía ávida de más libertad en muchos países de Oriente Medio (Egipto, Siria, Libia...), en la conocida como “Primavera Árabe”.

Prácticamente a diario recibimos con perplejidad y consternación (desgraciadamente cada vez menos, debido a un fenómeno de habituación) noticias acerca de asesinatos, agresiones entre miembros de grupos sociales enfrentados, genocidios, guerras, ataques terroristas o conflictos violentos intergrupales en general. El de la violencia en sus distintas formas y diferentes manifestaciones –al que diversos científicos sociales se han referido en términos más sensacionalistas, como barbarie, inhumanidad, o incluso, “mal” (Baumeister, 1997; Staub, 2003; Zimbardo, 2004)– es reconocido como un gravísimo problema de salud pública (Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi y Lozano, 2003; Márquez, Moreno e Izarzuaga, 2006; Tolan, 2007), un problema social atemporal, en el sentido de que ha sido un recurso frecuente en prácticamente cualquier época y cultura, con protagonistas (estados, grupos armados de diversas ideologías –seculares y religiosos–, etnias...) y fines (control social, cambio social...) de lo más diverso, que en su vertiente política amenaza, según diversos expertos, con convertirse en uno de los principales problemas del siglo XXI (Sabucedo, Rodríguez y Fernández, 2002).

El trabajo académico que aquí se presenta tiene el objetivo general de profundizar en el conocimiento de algunos de los factores y dinámicas implicados, no tanto en el desarrollo de alguna de estas formas de violencia, sino en su justificación, aceptación o legitimación social – lo que Galtung denomina, como más adelante se verá, *violencia cultural*–. Argumentaré la motivación de mi interés por estos aspectos y su relevancia social.

El presente estudio es resultado de un largo camino que tuvo su inspiración primera, concretamente, en la “Operación Plomo Fundido”, nombre que recibió la ofensiva israelí –o respuesta defensiva, según quién defina los hechos– sobre la Franja de Gaza entre finales del año 2008 y principios del 2009, en uno de los últimos grandes episodios del eterno conflicto árabe israelí. Horrorizado, como gran parte del mundo, por el que parecía un desproporcionado ataque de Israel sobre Gaza (o Palestina, o Hamás, según quién lo narre), pude leer y escuchar, atónito, que más de un 90% de la población israelí judía –tan heterogénea y compleja como cualquier otra– apoyaba de forma contundente la ofensiva y era favorable a mantener el ataque durante más tiempo¹. Tal dato me sorprendió, a pesar de que la Psicología Social cuenta con diversas teorías, conceptos y hallazgos empíricos que indican que las personas somos totalmente parciales y etnocéntricas a la hora de juzgar a nuestro grupo y sus acciones frente a los exogrupos, sobre todo en situaciones de conflicto (el Paradigma del Grupo Mínimo y la Teoría de la Identidad Social de Tajfel, la Teoría Realista del conflicto de Sherif, los procesos y sesgos “autosirvientes” de atribución, el procesamiento selectivo de información...).

Y es que, además de ejemplos en los que la sociedad o ciertos sectores de ella apoyan la violencia empleada por grupos, organismos, instituciones, organizaciones o naciones que les representan o a las que pertenecen –sectores de la izquierda abertzale en el País Vasco, comunidades árabe-musulmanas enteras organizadas en torno a la Guerra Santa...–, existen en la memoria reciente otros muchos casos en que la sociedad civil o ciertos sectores de ella rechazan y denuncian la violencia ejercida por sus grupos, organizaciones o naciones de pertenencia o referencia. Por citar algunos ejemplos, cabe recordar a los múltiples imanes y fieles musulmanes residentes en España que condenaron con vehemencia los atentados de Madrid de aquel terrible 11 de marzo; el casi unánime rechazo de la sociedad española al apoyo de nuestro gobierno a la guerra de Irak, la firme condena por parte del grupos de la izquierda abertzale –como ARALAR (en 2008) o SORTU (en 2011)– a varios atentados etarras; o las

¹ Véanse, por ejemplo, los siguientes enlaces web: <http://www.rtve.es/noticias/20090102/una-encuesta-revela-que-mayoria-israelies-apoya-ofensiva-militar-sobre-franja-gaza/214406.shtml>; o <http://mensual.prensa.com/mensual/contenido/2009/01/16/hoy/perspectiva/1663221.asp>

diversas ONGs y asociaciones israelíes que denuncian abusos de su gobierno sobre la población palestina (como “Breaking the silence” o “Mujeres de Negro”).

¿Qué factores condicionan que determinadas acciones violentas sean o no legitimadas, no sólo por los propios responsables de dichas acciones, sino fundamentalmente por los observadores no directamente implicados? ¿Qué aspectos favorecen o dificultan la aceptación o rechazo, por parte de la sociedad civil, de determinadas acciones armadas, o castigos institucionalizados, o decisiones que pueden desencadenar grandes sufrimientos para muchas personas, grupos o etnias? Estas cuestiones resumen lo que se convirtió en el objeto principal de mi interés.

Evidentemente, el nivel de tolerancia, justificación o legitimación de la violencia por parte de los sectores sociales tiene un amplio margen de variabilidad en función de diversos factores – algunos de los cuales se revisarán con mayor o menor exhaustividad en el presente trabajo–. Y el conocimiento de dichos factores tiene, en mi opinión, extremo interés para el Estudio Psicosociológico de la Paz: en primer lugar, parece evidente que el de la justificación, legitimación o apoyo de la violencia –ya sea previa a su desarrollo, o como racionalización retrospectiva de la misma– es un aspecto necesario para su perpetración por parte de quienes los ejecutan; en segundo lugar, más allá de los motivos y causas que pueden llevar a un grupo o institución determinada a ejercer acciones o medidas violentas, éstas difícilmente podrán desarrollarse –o al menos mantenerse– si no cuentan con un apoyo social considerable. Así, por todos es sabido que el rechazo de la sociedad americana a la Guerra de Vietnam fue uno de los factores que llevó a Estados Unidos a finalizar su intervención en dicha guerra, lo mismo que ocurrió con la retirada de las tropas españolas de Iraq en 2003; o que el asesinato de Miguel Ángel Blanco por ETA en 1997 estuvo cerca de acabar con la banda terrorista al dejar su apoyo social bajo mínimos...

Desde la otra cara de la moneda, parece claro que un alto apoyo social de la violencia puede provocar, desencadenar o facilitar el mantenimiento o la escalada de los conflictos y el recurso a medidas violentas que atentan contra el bienestar, la salud, los derechos y la vida de muchas personas. Así, por ejemplo, el conflicto perpetuo entre palestinos e israelíes puede mantenerse, entre otros motivos, porque las acciones violentas de cada bando cuentan con el apoyo de la mayoría de sus respectivas sociedades civiles –de hecho, la mencionada “Operación Plomo Fundido” se desarrolló justo antes de las elecciones generales israelíes, siendo precisamente los candidatos más beligerantes quienes vieron más incrementada su popularidad–. Lo mismo ocurre con otros tipos de violencia institucional ejercida por los estados: la pena de muerte sigue vigente en muchos estados de los Estados Unidos, entre otras cosas, porque grandes sectores sociales son favorables a ella; en España, el asesinato de Sandra Palo por un grupo de menores

en 2003 desencadenó o hizo visible la favorable disposición social a apoyar un endurecimiento de la respuesta institucional hacia menores infractores, que desembocó en una reforma de la Ley del Menor; años antes, la actividad terrorista de ETA había desencadenado un endurecimiento de las penas para delitos relacionados con bandas armadas –que según algunos especialistas puede resultar anticonstitucional–; más recientemente, el asesinato y violación de una menor por Santiago Del Valle sacó a debate público la conveniencia de aplicar la cadena perpetua para determinados criminales, a la que parecía ser favorable un sector importante de la sociedad española...

1.2. OBJETIVO GENERALES Y ESTRUCTURA DEL PRESENTE TRABAJO.

Son muchos los enfoques psicosociales capaces de contribuir a la explicación del apoyo, justificación o desarrollo de múltiples formas de violencia, alejándose de las populares perspectivas ingenuas y maniqueas que entienden los comportamientos o actitudes que nos ocupan como consecuencia de la crueldad, maldad, psicopatía, insensibilidad o falta de moralidad de sus actores. Sea la violencia cometida por motivos instrumentales y egoístas, basada en el orgullo, o –con más frecuencia de lo que tendemos a creer– en nombre de nobles fines, diversos modelos y teorías coinciden en apuntar que determinadas condiciones situacionales y estructurales, así como factores ideológicos, hacen posible que las personas normales –“personas corrientes” en términos de Zimbardo (2007), o “vecinos ejemplares” en palabras de Blanco (2004) o Blanco, Caballero y de la Corte (2004)– sean capaces de cometer o apoyar las más abyectas barbaridades sin renunciar a su humanidad y moralidad.

Es más, en muchas ocasiones lo que promueve la barbarie es precisamente el exceso en la moralidad, en el compromiso con unos ideales, en el celo con que se defienden los mismos. A su vez, distintas teorías y líneas de investigación han mostrado que la adhesión a ideologías, opiniones y creencias que facilitan la comisión de actos violentos o su justificación puede ser promovida por situaciones, personas o ideologías que implican altas necesidades epistémicas y/o existenciales. Estos modelos pueden ser aplicados para entender la justificación, apoyo o legitimación de la violencia intergrupal o colectiva en su forma de uso de la fuerza armada o militar.

En este sentido, uno de los principales pilares de esta tesis será la TMT (Teoría del Manejo del Terror), una teoría existencial experimental capaz de explicar la importancia que para las personas tienen sus ideologías, valores y cultura, y cómo las necesidades existenciales –derivadas de situaciones como la conciencia de la propia mortalidad, pero también de la incertidumbre, humillación, sentimiento de culpa, amenaza a los sistemas que dotan de sentido a

la vida...— pueden facilitar los procesos de radicalización ideológica y de celo en la defensa del propio grupo, los valores o la autoestima, que pueden conducir a un mayor apoyo de la violencia contra quienes amenazan dichos aspectos —aunque puede también, paradójicamente, poner freno a tales extremismos y violencia bajo determinadas condiciones—.

En relación con todo ello, el objetivo más concreto de esta tesis doctoral se centrará en revisar el conocimiento existente acerca de qué tipos de creencias, ideologías, fundamentos morales o mecanismos de desconexión moral se asocian con la legitimación, justificación o apoyo de determinadas formas de violencia intergrupala, así como tratar de encontrar apoyo empírico sobre el efecto que las amenazas existenciales pueden tener sobre estos antecedentes de la violencia colectiva.

Con tales objetivos en el horizonte, el trabajo estará estructurado como se describe a continuación. Una vez planteado de manera muy general el problema que da origen al presente trabajo y delimitadas las áreas de la Psicología Social en que puede encontrar cabida y sentido, dedicaré las siguientes páginas a realizar una breve y siempre necesaria aclaración terminológica sobre las nociones de *legitimación* (y otras asociadas, como justificación) y de *violencia*, con el objetivo de clarificar qué se entiende por legitimación de la violencia en la literatura psicosocial, y qué sentido toma esta expresión en esta obra; es decir, qué formas de legitimación —y de qué tipo de violencia— son aquéllas que suponen el referente último de interés de este trabajo académico.

Posteriormente dedicaré mi atención al marco teórico que fundamenta los objetivos e hipótesis más concretas de la investigación, y que dividiré en dos partes fundamentales. En primer lugar, presentaré algunos de los factores que desde modelos teóricos muy diversos permiten entender o explicar cómo personas “normales” y corrientes —o incluso de grandes principios éticos—, pueden apoyar, legitimar o incluso tomar parte en la violencia a pesar de sus valores y principios morales, o incluso, precisamente, gracias a ellos. Tras señalar la importancia de los factores estructurales y los procesos de influencia social —fundamentales para entender esencialmente la comisión de los actos violentos, y no tanto su justificación—, y la presentación de algunos de los fundamentos o motivos para la violencia o *maldad* que propone Baumeister (1997), dedicaré la mayor parte de mi atención a los factores ideológicos, indisolubles de los mencionados aspectos estructurales o procesos de influencia social, y presentes de una u otra forma en la violencia, cualquiera que sea su fundamento o motivación básica. Y lo haré, introduciendo de forma amplia, inclusiva y comprehensiva, algunos de los muchos enfoques que abordan estos aspectos ideológicos, axiológicos o morales, bien desde una perspectiva más intrapersonal, o bien desde una más colectiva. Entre estos factores destacan las creencias que

componen los discursos legitimadores de la violencia política o las ideologías propias de la patología grupal (Blanco, 2005; Blanco et al., 2004; de la Corte, Sabucedo y Blanco, 2004; Sabucedo, de la Corte, Blanco y Durán, 2005); los mecanismos de desconexión moral propuestos por Bandura (1990) –en especial, la deshumanización–; los mecanismos de racionalización moral de Tsang (2002); la propia moralidad –los fundamentos de la misma según el enfoque de Haidt y Graham (Haidt, 2008)–; las formas con que suelen mantenerse estas ideologías –con dogmatismo, celo e implacabilidad–; y las amenazas, que suelen promover estos contenidos y formas ideológicas. Por último, dedicaré gran atención a la ideología política, asociada a todos estos aspectos: a la desconexión moral, a la moralidad, a las formas ideológicas, a la susceptibilidad de las amenazas y al apoyo a tipos de violencia colectiva como la guerra, intervención armada o militar.

La segunda parte de la fundamentación teórica se centra precisamente en un tipo de amenaza de carácter epistémico-existencial, el recuerdo de la propia mortalidad, que ha mostrado estar, al menos bajo determinadas condiciones, asociada a la legitimación o apoyo a la violencia intergrupal o colectiva, y a muchos de los procesos o antecedentes vinculados a dicho apoyo –como la convicción o extremismo con que se defienden las ideologías o visión del mundo, la moralidad, o la propia ideología política–. En concreto, tras describir las bases fundamentales de la Teoría del Manejo del Terror (TMT) y sus hipótesis fundamentales, se detallarán los fundamentos teóricos y evidencias empíricas que vinculan el recuerdo de la propia mortalidad con el apoyo a la violencia contra grupos que amenazan o violan valores fundamentales, así como con muchas de sus variables antecedentes: el etnocentrismo, el estereotipo, el prejuicio, el rechazo exogrupal, el conservadurismo y la preferencia por líderes autoritarios, los mecanismos de desconexión moral –con especial énfasis en la *deshumanización* y en una de sus modalidades, la *infrachumanización*–, y los fundamentos morales.

Derivada de esta fundamentación teórica, se presenta el estudio empírico que da sentido a esta tesis, cuyos objetivos fundamentales pueden resumirse en los siguientes:

a) En primer lugar, se trata de comprobar de forma preliminar si la relación empírica entre algunos de los mecanismos propuestos efectivamente se ajusta a lo que la fundamentación teórica permite pronosticar: ¿Realmente están relacionados la desconexión moral y la reconexión moral?, ¿Están relacionados estos elementos –la desconexión moral o la reconexión moral– con el apoyo a la intervención militar o armada en distintos supuestos?

b) Los objetivos fundamentales, no obstante, derivan de la perspectiva de la TMT, y se refieren a la relación que puede darse entre la MS y varios de los mecanismos o procesos que parecen

promover el apoyo o legitimación de la violencia militar, relación que por distintos motivos no han sido convenientemente abordada en la literatura sobre el tema. En concreto, esta relación se refiere a tres grandes mecanismos:

- b.1. Los mecanismos de desconexión moral en lo relativo a la intervención armada o militar.
- b.2. Un mecanismo específico de desconexión moral, la deshumanización de ciertos grupos que resultan amenazantes.
- b.3. La moralidad, o, más concretamente, la adscripción a los distintos fundamentos morales.

Lo que cabe esperar es que la relación entre la MS y estas tres aspectos se vean de alguna forma condicionadas por la orientación política, de manera que, al menos en algunos casos, la amenaza existencial promueva algunos de los factores asociados al apoyo a la violencia colectiva –más en concreto, la militar– entre personas de derechas o conservadoras, pero no afecte a las personas más progresistas o de izquierdas, o incluso genere en ellas un debilitamiento en dichos mecanismos o factores.

Tras discutir los resultados del estudio empírico, este trabajo finalizará con unas conclusiones y reflexiones acerca de la relevancia aplicada de los postulados de la TMT, y se plantearán algunos enfoques teóricos que tratan de explicar los hallazgos de dicha teoría desde planteamientos diferentes.

1.3. SOBRE EL ENFOQUE PSICOSOCIAL DE ESTA TESIS

El término “Psicología Social” no es empleado aquí para referirme exclusivamente a una disciplina de pertenencia, a los contenidos tratados o al nivel de análisis empleado para el acercamiento al objeto de estudio, sino también para enfatizar el hecho de que no se partirá de un enfoque imparcial, neutral ni aséptico, propio, al menos pretendidamente, de determinados estudios de Psicología básica. De acuerdo con los principios establecidos por el Código Deontológico del Psicólogo², se trata de atender al fenómeno del uso y legitimación de la

² Los artículos 5 y 6 del código Deontológico del Psicólogo establecen:

Art. 5. El ejercicio de la Psicología se ordena a una finalidad humana y social, que puede expresarse en objetivos tales como: el bienestar, la salud, la calidad de vida, la plenitud del desarrollo de las personas y de los grupos, en los distintos ámbitos de la vida individual y social. Puesto que el/la Psicólogo/a no es el único profesional que persigue estos objetivos humanitarios y sociales, es conveniente y en algunos casos es precisa la colaboración interdisciplinar con otros profesionales, sin perjuicio de las competencias y saber de cada uno de ellos.

Art. 6. La profesión de Psicólogo/a se rige por principios comunes a toda deontología profesional: respeto a la persona, protección de los derechos humanos, sentido de responsabilidad, honestidad, sinceridad para con los clientes, prudencia en la aplicación de instrumentos y técnicas, competencia profesional, solidez de la fundamentación objetiva y científica de sus intervenciones profesionales.

violencia como un problema social, y con un compromiso “social” por intentar contribuir a una comprensión del mismo que permita plantear ideas para la intervención en la dirección de su atenuación y utópica eliminación.

Por tanto, esta investigación tiene la ambición de acercarse al ámbito de la Psicología de la Paz, definida como “la búsqueda del desarrollo de teorías y prácticas dirigidas a la prevención y reducción de la violencia directa y estructural” (Christie et al., 2001, p.7); o, más concretamente, en el campo del Estudio Psicosociológico de la Paz, una parte de la Psicología Social que Vollhardt y Bilali (2008, p.13) definen como “el campo de la teoría psicológica y la práctica dirigida a la prevención y reducción de la violencia directa y estructural entre miembros de diferentes grupos sociopolíticos, así como a la promoción de la cooperación y la orientación prosocial que reduce la ocurrencia de violencia intergrupal y social, y favorece las relaciones positivas entre los grupos”. Así, este nuevo campo se caracterizaría por tener un carácter normativo orientado a un fin (frente a la neutralidad axiológica); fomentar una investigación sensible a los contextos políticos e históricos, más que una visión descontextualizada de los conflictos; el análisis de los fenómenos a distintos niveles de análisis complementarios; y una orientación práctica frente a la mera investigación teórica-epistemológica (Vollhardt y Bilali, 2008). Por desgracia es utópico pensar que el presente estudio pueda aspirar a cumplir todos los requisitos mencionados, pero desde luego serán una referencia y aspiración constante.

Dado que el centro de interés de esta tesis radica en una concepción muy clara y concreta de violencia directa, y teniendo en cuenta los tiempos en los que verá la luz, no quisiera cerrar esta reflexión sobre la naturaleza intencional de este trabajo sin referirme, precisamente, a esa violencia estructural tantas veces olvidada, empujada o ninguneada (también por esta tesis) que tantas víctimas se está cobrando –en forma de desahucios, hambre, pobreza, o alarmante pérdida de nivel y calidad de vida–, a la que contribuimos todos los que la condenamos al ostracismo, y a la que también debemos oponernos como psicólogos y como ciudadanos del mundo.

CAPÍTULO 2. ACERCAMIENTO TERMINOLÓGICO: SOBRE LAS NOCIONES DE LEGITIMACIÓN Y VIOLENCIA.

Como anteriormente se ha establecido, el área de interés que subyace como telón de fondo de la presente tesis doctoral es el de la legitimación (justificación, aceptación o apoyo –social–) de la violencia, fundamentalmente en su vertiente colectiva. Como suele ser habitual en Psicología, y por extensión en el resto de las ciencias sociales, el significado exacto de estos términos dista mucho de ser claro y consensuado, por lo que a continuación delimitaré brevemente qué entiendo por legitimación de la violencia, abordando para ello por separado el significado de cada uno de sus términos componentes de dicha expresión..

2.1. SOBRE LA LEGITIMACIÓN Y OTROS TÉRMINOS RELACIONADOS.

Como punto de partida, cabe apuntar que términos como legitimación, justificación, aceptación, o apoyo, referidos a determinadas acciones o medidas sociopolíticas, tienen significados muy cercanos, pero no necesariamente similares o indistinguibles. No obstante, estos términos tienden a ser utilizados de forma intercambiable en la vida cotidiana, así como en la propia literatura especializada, sin que quien los utiliza sea siempre consciente de sus particularidades. Por tanto, parece sensato dedicar unas páginas a tratar de aclarar diferenciar entre dichos conceptos, fundamentalmente entre legitimidad y justificación.

Legitimación

Para acercarnos al significado del concepto de legitimación, comenzaremos por un análisis de lo que se entiende genéricamente por dicho término y por su campo semántico asociado. La primera definición que ofrece el diccionario de la Real Academia Española de la lengua sobre el término *legitimación* es la de “Acción y efecto de legitimar”, entendiendo este mismo diccionario por *legitimar* “Convertir algo en legítimo” como primera acepción, y “Probar o justificar la verdad de algo o la calidad de alguien o algo conforme a las leyes” como tercera. Siguiendo el hilo de las definiciones para tratar de entender el concepto, nos encontramos con que el diccionario que nos ocupa define el significado del adjetivo *legítimo* como “Conforme a las leyes” en su primera acepción y “lícito (justo)” en la segunda. A su vez, *lícito* es definido como “Justo, permitido, según justicia y razón” por una parte, y como aquello “Que es de la ley o calidad debida”. De esta confusa amalgama de definiciones se puede deducir que ya los diccionarios generales delimitan una doble orientación en el significado de la legitimidad: por una parte, uno procedente del ámbito del derecho, que prácticamente identifica lo legítimo con lo legal o establecido por las leyes formales; y, por otra parte, un significado que define lo

legítimo como aquello que se entiende –por la gente, por la sociedad, de un modo más informal– como justo o razonable.

Desde una perspectiva más especializada, el concepto de legitimidad tiene una larga historia de varios siglos en el campo de la filosofía política y social, y de muchas décadas en el ámbito de la Sociología y de las Ciencias Políticas, aunque la Psicología sólo ha empezado a utilizarlo muy recientemente y no siempre de forma suficientemente sistemática (Jost y Major, 2001). Así, podemos ver en la obra de Weber las bases del moderno concepto de legitimidad como interiorización de las normas y valores sociales, una línea que han seguido otros científicos sociales como French y Raven, Suchman, o Kelman y Hamilton (“legitimación de la autoridad”...). Sin embargo, no es hasta mediados de los años noventa, con la emergencia de la Psicología de la legitimidad como campo interdisciplinar, cuando el concepto ha tomado solidez en el área de la Psicología social, aplicándose para la mejor comprensión de aspectos como las desigualdades, la justicia, la ideología o las relaciones intergrupales. Diversos autores dentro de este campo han ofrecido definiciones que resultan mucho más interesantes, dejando ya de lado la perspectiva procesal que entiende legitimidad como sinónimo de legalidad. Así, Tyler (2006) define *legitimidad* como “la propiedad de una autoridad, institución o hecho social que lleva a aquéllos conectados con él a considerar que es apropiado, verdadero y justo” (p.376), y *legitimación* como “la característica de ser legitimado siendo situado en un marco a través del cual algo es visto como correcto y apropiado”. Suchman (citado por Tyler, 2006, p. 377) define *legitimidad* como “la percepción generalizada o asunción de que las acciones de una entidad son deseables, adecuadas o apropiadas en base a unos determinados sistemas de normas, valores, creencias o definiciones sociales”.

Estas definiciones expresan perfectamente la noción de legitimidad que se asume en este trabajo, que tiene que ver con la autorización, “beneplácito” o “consentimiento” otorgado por un grupo, colectivo, comunidad o sociedad hacia las autoridades, sistemas, situaciones, acciones o hechos sociales, considerándolos justos o adecuados en base a una interiorización de actitudes, normas o valores comunes. Recapitulemos, pues: entendemos la legitimación como el proceso que lleva a un grupo, colectivo, comunidad o sociedad a asumir la legitimidad/ deseabilidad/ adecuación de un hecho social. Algunos de sus rasgos fundamentales son:

- Se trata de un proceso, una construcción de significados o discursos (o adhesión a ellos)
- Carácter “supraindividual”: no se trata de lo que una persona particular considere, sino de “definiciones sociales”, consideraciones compartidas, creencias propias de grupos, colectivos, comunidades, sociedades o culturas

- Carácter intraindividual: los criterios compartidos son interiorizados en normas, valores o actitudes; los individuos lo manifiestan.
- Que versa sobre hechos sociales: el poder, la autoridad, el sistema político o económico, la utilización de la violencia...
- A los que se considera justos, adecuados, apropiados, correctos, verdaderos.

Es evidente la relevancia de estos conceptos cuando las personas necesitan justificar creencias o comportamientos socialmente poco deseables (como la violencia, la discriminación, la desigualdad...) en base a un sistema ético-moral ampliamente compartido, sin dejar por ello de considerarse a sí mismas como “personas de bien” y de ofrecer tal imagen al exterior.

Justificación

Para finalizar con el concepto de legitimación, resulta muy relevante realizar una distinción. Dado que los términos “legitimidad” y “legitimación” no han sido muy populares en Psicología hasta fechas recientes, se ha utilizado (y se viene haciendo) con un sentido parecido, en el campo de la violencia, el término “justificación”. Analicemos brevemente las definiciones de este término y otros emparentados: la RAE entiende por *justificación*: “Acción y efecto de justificar” (1), “causa, motivo o razón que justifica” (2), “conformidad con lo justo” (3), “probanza que se hace de la inocencia o bondad de algo”. Por *justificar* el mismo diccionario entiende en su primera acepción “probar algo con razones convincentes”; por *justo*, “arreglado a justicia o razón” en su segunda acepción; y por *justicia*: “Derecho, razón, equidad” (2), y “conjunto de todas las virtudes”. Dado que legítimo es sinónimo de lícito, y éste lo es de justo, y dada la consideración de la legitimación como el proceso que lleva a considerar que algo es justo o adecuado, resulta extremadamente complicado distinguir entre ambos conceptos. En este sentido, etimológicamente podrían plantearse, al menos, dos diferencias: en primer lugar, la justificación parece ser un término más concreto y particular que el de legitimación, de manera que la justificación de un hecho social, que consiste en buscar motivos, razones o argumentos para probar que tal hecho (por ejemplo la violencia) es razonable o virtuoso, podría ser una forma, mecanismo o argumento para su legitimación. Por otra parte, coincidiendo con Fernández, Ayllón y Moreno (2003), parece que la noción de justificación carece, al menos explícitamente, de ese componente compartido e intersubjetivo que resulta fundamental en el concepto de legitimación: la justificación es propia del individuo, la legitimación es social, compartida.

Una vez realizada esta aclaración conceptual, es necesario tener presente que el aspecto nuclear de esta tesis reside en ciertas dinámicas que afectan a ciertos factores que han demostrado predecir o estar positivamente relacionados con el apoyo a la violencia, con independencia de

que dicho apoyo o aceptación se deba a unos procesos intra o interpersonales –probablemente ambos serán compatibles–, de las razones esgrimidas para justificar tal apoyo, o de los supuestos concretos en que ese apoyo tiene lugar. En este sentido, no resulta crucial para el objetivo de esta tesis decantarse por el uso de unos u otros de los términos descritos. El sentido de este apartado está fundamentalmente en realizar ciertas puntualizaciones para conocer el sentido de ciertos términos y saber utilizarlos o discriminar entre ellos con cierta propiedad.

2.2. VIOLENCIA.

La violencia en cualquiera de sus formas, y especialmente aquella a la que más adelante nos referiremos como violencia colectiva, es reconocida por la Organización Mundial de la Salud (OMS) y por diversos académicos como un grave problema de salud pública que debe ser investigado e inspirar programas de intervención que permitan reducirla (Krug y otros, 2003; Márquez, Moreno e Izarzuaga, 2006; Moreno, 2009). Los autores citados y la propia página web de la OMS (http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/en/) nos informan de las consecuencias de la violencia: Más de un millón y medio de personas pierden la vida cada año a causa de la violencia, que provoca además múltiples daños físicos –lesiones, enfermedades, infecciones, malnutrición, discapacidad...–, psicológicos –trastornos asociados a la salud mental, etc.–, sexuales, reproductivos y de otra naturaleza –en casos de violencia colectiva, el desplazamiento de poblaciones, la destrucción de las redes sociales y los ecosistemas, la inseguridad que afecta a la población civil y a otras personas que no participan en la lucha, o las violaciones de los derechos humanos–, amén de unos altísimos costos económicos. Sin embargo, la delimitación de lo que es y no es violencia no está del todo clara y consensuada, y no sólo debido a problemas teóricos o académicos, sino también por motivos políticos e ideológicos.

A lo largo del presente epígrafe analizaremos algunas de las distintas formas en que los científicos sociales se han referido a la *violencia* en general, y a las variantes particulares cuya justificación o legitimación resultan de interés en la presente tesis doctoral. Más en concreto, se analizará brevemente el uso del concepto de *maldad* por algunos científicos sociales, se detallará el significado psicosocial de los conceptos de *agresión* y *violencia*, y finalmente se detallarán algunas tipologías relevantes para nuestro estudio, haciendo un especial énfasis en la *violencia colectiva* y *política*, epicentro de nuestro interés.

2.2.1. El mal o la maldad como forma de entender la violencia.

Los comportamientos, actos o acciones que son de interés para la tesis doctoral que nos ocupa se han englobado en ocasiones dentro de categorías que reciben etiquetas sensacionalistas como crueldad, inhumanidad (cuando precisamente los seres humanos son los únicos capaces de tal atrocidad), barbarie o, sobre todo, mal y maldad. El de *mal* es un concepto polisémico y confuso que hace referencia a un desajuste respecto a un patrón o criterio vinculante o prescriptivo. Un ejercicio puede estar mal si no se corresponde con lo establecido como correcto, o un hijo se porta “mal” cuando su comportamiento se aleja de la norma establecida por sus padres. En relación al tema que nos ocupa, la noción de *mal* se ha utilizado para hacer referencia fundamentalmente a lo que en este trabajo se definirá como violencia, si bien es cierto que la de “*mal*” es una categoría moral más que comportamental o psicosocial, que hace referencia a algo más amplio: la violación o contradicción de los principios valores morales básicos.

Etiquetar algo como malvado es, por tanto, una cuestión de valores, que son por definición subjetivos. A eso se refiere Baumeister (1997) cuando afirma que el mal está en los ojos del observador –de quien mira, de quien lo ve, o más aún, en los de la víctima– pero casi nunca en los del ofensor, quien no suele reconocer una motivación ofensiva, dañina o ilegítima a sus actos si no violan sus propias normas morales. Tal es el enfoque que siguen también Graham y Haidt (2011), para quienes la idea de mal surge cuando ciertos principios morales o valores son sacralizados por una colectividad, de manera que se identifica con todo aquello que viola o transgrede tales valores. Si se parte de la teoría de los Fundamentos Morales de los mencionados autores –que más adelante se explicará–, debemos entender que el mal se refiere a aquello que viola cualesquiera de los cinco fundamentos básicos, esto es: lo que daña (fundamento de cuidado); lo que oprime (fundamento de justicia), lo que traiciona (fundamento de lealtad), lo que se subleva/ desobedece –bien ejemplificado por la noción cristiana de Lucifer, o por el Prometeo de la mitología griega– (fundamento de la autoridad), o lo que contamina –por ejemplo, materialismo, vicio, etc.– (fundamento de pureza). Por tanto el de mal es un concepto, una categoría, una valoración moral socialmente construida y compartida acerca de la calidad o cualidad de una conducta o hecho psicosocial.

Sin embargo, como el propio Baumeister (1997) reconoce, la violencia sería la forma más común y familiar de *mal* humano. Así, defiende que el mal se suele asociar con el daño o sufrimiento, con la victimización –no hay mal sin víctimas–: daría sentido al sufrimiento, puesto que culpar al mal del mismo sirve para explicarlo y entender algo de otro modo incomprensible en un mundo justo creado por un Dios completamente bondadoso y misericordioso, idea que

tiene uno de sus orígenes en Santo Tomás de Aquino, según destaca Baumeister (1997) en base a trabajos de B. Russell, entre otros. En coherencia con ello, el autor define el mal de manera inclusiva, centrándose en el originado por el ser humano, como “Acciones que causan daño intencionadamente a otras personas (...), daño interpersonal intencionado” (Baumeister, 1997, p.8).

También Staub (2003, p. 5) entiende el mal como destructividad –sea de mayor o menor intensidad–, “acciones humanas que dañan a otros” y que debe diferenciarse de actos también violentos y destructivos, pero justificados, como la defensa propia en respuesta a un ataque injustificado. Pero, como Moreno (1999) o Márquez, Moreno e Izarzuaga (2006) afirman, en línea con la opinión de Baumeister (1997), este último es un criterio polémico y peligroso, dado que cualquier acto de agresión o violencia destructiva será generalmente justificado para quien la ejerce, e injustificado para quien lo recibe. Es precisamente este factor, el de la percepción de justificación y legitimidad, el que resulta relevante en este trabajo.

En un sentido similar, Zimbardo (2007, p. 26) define la maldad como “obrar deliberadamente de una manera que dañe, maltrate, humille, deshumanice o destruya a personas inocentes, o en hacer uso de la propia autoridad o del poder sistémico para alentar o permitir que otros obren así en nuestro nombre”. A pesar de la amplitud y falta de concreción que caracteriza esta definición –¿qué se entiende por “maltratar” o “humillar”? ¿Hasta dónde llega la noción de “permitir”?–, este concepto de mal, como los anteriores, contiene los elementos básicos que unas líneas más adelante veremos son definitorios de la violencia o agresión: una acción que saca de su estado natural a las cosas, que daña (“dañar, maltratar, humillar...”); y la intención de hacerlo (“de forma deliberada”). Además, la definición de Zimbardo permite la suficiente amplitud y flexibilidad para incluir distintas modalidades de violencia (violencia física, verbal, simbólica...también violencia estructural), y no delimita el concepto en base a la motivación instrumental última de tal fenómeno, centrándose más en los hechos y sus consecuencias que en su causa o motivo.

El hecho de que en la práctica la noción de mal se haya equiparado a la violencia es debido, fundamentalmente, al amplio consenso social en definir tales actos como inadmisibles. Muchos de estos comportamientos son socialmente injustificados e injustificables, incluso por las personas que los realizan (recuérdese el estrés que sufrían los “ejecutores” en el famoso experimento de Stanley Milgram acerca de la obediencia a la autoridad). Pero, precisamente, aquí se trata de ver hasta qué punto las personas justifican moralmente ciertos comportamientos que, por sus consecuencias, pueden ser calificables como “barbaridades” (al menos por las

víctimas y observadores): qué procesos pueden hacer que ciertos comportamientos –ilegítimos en otras circunstancias o para otras personas– dejen de percibirse como *malvados*.

Por tanto, en conclusión, desde las ciencias sociales el mal se entiende general y mayoritariamente como violencia (o agresión, a continuación se discutirá la equivalencia de ambos términos), que por definición resulta ilegítima.

2.2.2. Luces y sombras: La simplicidad y complejidad del concepto de violencia.

A pesar de tratarse de una idea válida para la mayor parte de los constructos psicológicos a que se hace referencia en este trabajo (quizás también a los conceptos psicológicos en general), es especialmente reseñable la confusión conceptual que rodea al término *violencia*, sobre todo por su proximidad respecto a la noción de *agresión*, lo que ha provocado que diferentes autores hayan tratado de diferenciar ambos conceptos trazando distinciones muchas veces contrapuestas. El diccionario de la RAE entiende por *violencia* “Acción violenta o contra el natural modo de proceder” (segunda acepción), y tiene acepciones de lo *violento* como “que obra con ímpetu y fuerza”, “que se hace bruscamente, con ímpetu e intensidad extraordinarias”, o “que está fuera de su natural estado, situación o modo”. En esta misma línea, Moreno (1999, 2009) o de la Corte, Sabucedo y de Miguel (2006), señalan que, en base a la raíz etimológica del término y al tradicional enfoque de la Psicología Social, por violencia se entiende un exceso de fuerza que saca de su estado natural a las cosas o a la gente –pudiendo ser ejercida de forma no intencionada, o por seres inanimados –lo que la distingue de la *agresión*, que implica el uso de la fuerza con la intención de causar daño. Por otra parte, como señala Moreno (1999), desde determinadas líneas de investigación algunos autores se adhieren a una distinción opuesta, defendiendo sin demasiada coherencia que la agresión es una fuerza natural, adaptativa y no necesariamente negativa, mientras que la violencia sería desadaptativa y antisocial. Sin embargo, tanto Moreno (1999) como de la Corte et al. (2006) llegan a la conclusión de que la dificultad de establecer claramente la intención de los agentes implicados y el uso cotidiano que las personas hacen de los términos han derivado en una utilización indiferenciada de ambos conceptos.

Por ello se suele hablar indistintamente de agresión y violencia como fenómenos con dos elementos fundamentales recogidos en las múltiples definiciones existentes: el uso de la fuerza física; y el componente motivacional de la intención de causar daño. Por ejemplo, de la Corte et al. (2006, p. 252) se refieren a la violencia como “un tipo específico de comportamientos que implican el uso de la fuerza física y que procuran provocar algún daño humano o destrozo material”, aclarando que también incluye las amenazas, o actos simbólicos que señalan la

posibilidad de dichos actos en el futuro. Otras definiciones similares son las propuestas por Bushman y Anderson³, aunque con un matiz más interpersonal, o la Organización Panamericana de Salud⁴

Sin embargo, esta clase de definiciones de la violencia (o agresión) limitadas a acciones físicas con intención de causar daños físicos, resulta excesivamente pobre, restrictiva y excluyente. Existen acciones que pueden causar daño físico sin la necesidad de emplear un exceso de fuerza física, o acciones que causan intencionadamente daños de diversa naturaleza, impliquen o no el uso de un exceso de fuerza física. Así, muchos fenómenos de una u otra forma intencionados y causantes de terribles sufrimientos (como la violación de algunos derechos humanos básicos, la explotación, etc.) quedarían fuera de esta definición y, lo que es peor, “expatriados”, sin ninguna familia conceptual clara de referencia –o en todo caso, bajo alguna etiqueta que en ningún caso deslegitima tanto la acción como el término “violencia”–, lo cual fomenta que éstos resulten menos visibles, o que se perciban como menos malintencionados o graves, sin causas o causantes claros, etc. Además, la valoración del componente intencional tiene sus propios problemas: por una parte, la percepción de la intencionalidad depende mucho del punto de vista, en el sentido de que los observadores y víctimas suelen atribuir más intención que los responsables, como ya se ha comentado anteriormente (Moreno, 1999; Baumeister, 1997); y, por otra parte, la propia intencionalidad puede entenderse como una cuestión de grados, más que en términos todo - nada (así, por ejemplo, es posible que una acción determinada no tenga el objetivo principal de hacer daño, pero tal daño sea previsible). Diversos enfoques han sido sensibles y afrontado estas limitaciones, y a continuación se exponen algunos de los puntos de vista al respecto.

En una ocasión como esta no se puede dejar de mencionar a Johan Galtung, sociólogo y matemático noruego, y gran impulsor de la investigación social sobre la paz y el conflicto. Galtung propone un concepto de violencia extraordinariamente amplio e inclusivo, entendiendo que ésta estaría presente cuando los seres humanos se ven afectados o influidos “de manera que sus realizaciones reales o efectivas somáticas y mentales están por debajo de sus realizaciones potenciales” (Galtung, 1969, p. 168), resultando clave la diferenciación entre lo real y lo potencial: la violencia sería aquello que incrementa la distancia entre ambos, o que evita que tal distancia se reduzca, es decir, todo tipo de daño que sea evitable. Por ejemplo, menciona que

³ “Cualquier comportamiento dirigido hacia otro individuo que se lleva a cabo con la intención próxima (inmediata) de causar daño, además, el perpetrador debe creer que el comportamiento dañará a la víctima, y que la víctima está motivada para evitar tal comportamiento” (Bushman y Anderson, 2001, p 274)

⁴ “el uso de la fuerza [física] –o amenaza creíble de tal fuerza - con la intención de hacer daño [físico] a uno mismo, a otra persona o grupo, o al patrimonio personal u social” (Organización Panamericana de Salud, en Moreno, 1999, p.166 –corchetes añadidos por Moreno–)

una esperanza de vida de 30 años en época prehistórica no sería violencia, pero sí en la actualidad. Esta conceptualización permite a Galtung (1969) distinguir entre: violencia física o psicológica (en función de la naturaleza de los daños), positiva o negativa (en base a los métodos de influencia utilizados), que se consiga o no el efecto o daño sobre el objeto o persona (se trataría de la violencia truncada, en este caso); que se puedan o no identificar actores o sujetos concretos como fuentes de la agresión (violencia directa o personal frente a la violencia estructural); intencionada o no intencionada (dimensión problemática por su contenido ético, que ha sesgado históricamente el estudio de la paz y la violencia); manifiesta (la que es observable, detectable en un momento dado) o latente (la que muy probablemente pueda llegar a darse debido a una situación extremadamente tensa e inestable, la que está presente en el instante antes de que ésta se manifieste, las condiciones que conducen a la misma).

Dos modalidades de violencia han resultado especialmente relevantes influyentes. En primer lugar, Galtung (1969, 1981) contrapone a la violencia directa o clásica –física o verbal, concreta, visible, identificable con una acción, con un agente responsable claro, delimitada en el tiempo y el espacio– a la violencia estructural, que hace referencia a situaciones sin un claro agente causal individual, frecuentemente originadas por la propia estructura del sistema –por ejemplo, una distribución desigual e injusta de recursos, dinero, educación, sanidad, poder de decisión– que da lugar a unas condiciones de vida indignas y dañinas en varios sentidos. En concreto, menciona tres tipos de violencia estructural: la pobreza –privación de necesidades materiales básicas–, la represión –privación de derechos humanos– y la alienación –privación de necesidades superiores– (Galtung, 1981).

La segunda forma de violencia que resulta especialmente relevante para los intereses del presente estudio es la violencia cultural, por la que Galtung entiende los aspectos de la cultura, la esfera simbólica de la existencia –ejemplificada por la religión y la ideología, el lenguaje y el arte, la ciencia empírica y la formal, (lógica, matemáticas)– que pueden usarse para justificar o legitimar la violencia directa o estructural” (Galtung, 1990, p. 291). Junto a la violencia directa y a la estructural, forma un triángulo “vicioso” de formas de violencia que se retroalimentan, y del que resulta difícil salir: la violencia estructural y cultural son algunas de las raíces que causan la violencia directa, y ésta a su vez refuerza la violencia estructural y cultural –a través, por ejemplo, del odio y sed de venganza de los perdedores, o de las condiciones impuestas por los vencedores al bando derrotado en los tratados de paz– (Galtung, 2004, 1998).

Abogando también por una noción menos restrictiva de violencia, Florentino Moreno (1999) señala que la gama de acciones y daños que tienen cabida bajo tal etiqueta se ve ampliada poniendo en cuestión el adjetivo “físico” que limita tanto los actos como los tipos de daño

producidos en las definiciones analizadas. Además, el autor señala que la subjetividad y relatividad del componente “exceso de fuerza”...”que saca de su estado natural a la gente” facilita calificar como violentos tanto actos de violencia física o directa, como los correspondientes a la violencia estructural, donde las personas no pueden disfrutar de los niveles mínimos a que tiene derecho en la satisfacción de sus necesidades básicas. Aunque resulta fundamental a nivel jurídico, el mismo autor destaca componente intencional es también subjetivo y relativo: la víctima suele atribuir intenciones a la agresión, mientras el agresor tiende a negar o minimizar la voluntad de hacer daño o su grado de responsabilidad.

Una autora con un planteamiento especialmente crítico en este sentido es Jackman (2001; 2002), quien denuncia un problema de falta de cohesión en la investigación sociológica sobre la violencia, que se habría estudiado de forma independiente en campos especializados, sin integración de unos con otros. Así, la autora denuncia que los estudios sobre violencia se han desarrollado, por motivos de necesidad social y /o de interés político, en ámbitos muy específicos y poco representativos (la mayor parte de ellos derivados de la “violencia criminal”, como violencia de género, agresión sexual, psicopatías, violencia política, etc.), que han utilizado concepciones de violencia propias e inconexas (como muestra la confusión terminológica ya comentada entre agresión y violencia). Ello ha derivado en nociones científicas y cotidianas de la violencia ideológica y moralmente sesgadas que comparten, explícita o implícitamente, dos asunciones: 1) Que la violencia implica motivos “malévolos”, hostilidad, intención clara de causar daños; 2) Que la violencia es algo raro, poco frecuente, anormal, socialmente desviado y asociado al conflicto social.

La misma autora afirma que esta carga ideológica determina un sistema o código moral (o construcción social de la violencia) que hace muy evidentes e indeseables determinados tipos de violencia (interpersonal, directa, que atenta contra las normas establecidas, empleo de fuerza física etc.), mientras facilita la ocultación, negación y justificación de otros tipos de violencia mucho más habituales que llevan a cabo los grupos sociales dominantes (violencia corporativa, administrativa, basadas en tradiciones que defienden la estabilidad social, ejercida por autoridades, etc.).

Como alternativa para salir de esta confusión terminológica, Jackman (2001, 2002) propone la búsqueda de una concepción genérica, comprehensiva y coherente de la violencia que vaya más allá de sus representaciones sociales y valoraciones morales, centrándose en los aspectos comportamentales y en el resultado de daño o sufrimiento. De este modo, define la violencia como “Acciones que infringen, amenazan o causan daños” (Jackman, 2002, p. 405), y establece varias dimensiones para caracterizar la violencia:

1. El tipo de acción cometida: las definiciones de violencia suelen enfatizar la fuerza física, es decir, las acciones físicas, corporales. Sin embargo, existen otros tipos de acciones simbólicas, como las verbales o escritas, que también pueden causar daños de diversos tipos.

2. El tipo de daño cometido: generalmente se ha enfatizado el daño físico, aunque cada vez más se tiende a aceptar los daños psicológicos como resultado de la violencia (por ejemplo, consecuencia de las violaciones o la violencia machista). Jackman que las acciones violentas pueden producir diferentes tipos de daños, como los sociales o los materiales.

3. Los protagonistas de la violencia: violencia interpersonal o corporativa. La investigación se ha focalizado esencialmente en la violencia interpersonal, estudiando sólo algunos tipos de violencia colectiva (terrorismo, guerra, violencia política...) sin relacionarla con la interpersonal. Sin embargo, los actos violentos cometidos por organizaciones son más graves y frecuentes que los individuales, pero son menos visibles y gozan de mejor reputación.

4. Victimización y consentimiento: aunque no se suelen entender como violentas acciones que resultan en daños consentidos por la víctima (sadomasoquismo, suicidios, huelgas de hambre, operaciones estéticas, etc.), Jackman entiende que en muchos casos la complicidad o consentimiento de la víctima son ambiguos o incluso resultado de la coacción, por lo que estos casos deben entenderse incluidos dentro del campo de las acciones violentas.

5. La motivación o intención del agente: aunque sus definiciones suelen establecer como criterio la intención hostil de dañar a la víctima, la violencia puede ejercerse sin hostilidad (incluso con indiferencia o aprecio hacia la víctima), y los motivos pueden ser diversos: beneficiar al grupo, beneficiar a la víctima, el entretenimiento, la consecución de otras metas, etc. Por ello, establece cuatro tipos de violencia: expresiva, instrumental, incidental (la que se debe a negligencias, es decir, la intención no es causar daño, pero se conoce el riesgo de causarlo) y accidental.

6. Valoración social de los actos violentos en cuestión: los actos violentos, según su naturaleza, son percibidos como más o menos aceptables, justificables o legítimos en distintas épocas y culturas, o por los diferentes implicados (agresor, víctima y observadores).

Para no extendernos demasiado en estas voces críticas, cabe mencionar por último el concepto de violencia que manejaba la Organización Mundial de la Salud (OMS) en 1996, como “el uso intencional de la fuerza física o el poder, ya sean reales o en forma de amenaza, contra uno

mismo, otra persona, grupo o comunidad, que resulte o tenga alta probabilidad de resultar en sufrimiento, muerte, daño físico, problemas de desarrollo o privación” (tomado de Tolan, 2007, p. 7). Como puede observarse, en esta definición pueden hallar también acomodo diversas modalidades de violencia simbólica, verbal, estructural o administrativa, ya sean en una forma intrapersonal, interpersonal o intergrupala. Esto es posible gracias a la introducción del poder (con el amplio abanico de formas que implica la archiconocida tipología de French y Raven) o la amenaza, y del sufrimiento de diversa naturaleza, como fundamentos de la violencia. También resuelve de forma bastante satisfactoria el problema de la intención, dado que no se exige que la motivación principal del acto sea causar daño, sino que haya voluntariedad o intención en el uso de una fuerza con conocimiento o consciencia de sus consecuencias dañinas.

El problema de estas definiciones tan amplias, como el mismo Tolan (2007) argumenta, es que su búsqueda de coherencia teórica acaba convirtiendo la violencia en un cajón de sastre en el que tienen cabida fenómenos muy diferentes, con antecedentes y causas muy heterogéneos, que dificultan sobremanera la investigación y la intervención.

Teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, para concluir este acercamiento terminológico incluiré algunas de las innumerables taxonomías de violencia que pueden ayudar a ordenar y delimitar sus modalidades, siempre de forma parcial e imperfecta. Se han seleccionado en base a su importancia general y a su capacidad para ayudar a enmarcar los fenómenos que resultan de interés para esta tesis doctoral.

2.2.3. Tipologías de violencia

La ambigüedad y falta de consenso en la definición de la agresión y la violencia se repiten cuando de lo que se trata es de establecer taxonomías. Los criterios de clasificación son diversos (por ejemplo, según el modo en que se manifiesta, la función que cumple o el objetivo que persigue la violencia) y el número de clasificaciones propuestas es inabarcable, como ejemplifican las taxonomías dicotómicas mencionadas por Martín Ramírez (2009), que distingue entre violencia directa-indirecta, física-verbal, activa-pasiva, racional-manipulativa, proactiva-reactiva, prosocial-antisocial, manifiesta-encubierta, encubierta-relacional, relacional-social, dirigida a un objetivo-sin objetivo, motivada por la irritación-motivada por el incentivo, etc. Sin embargo, ninguna taxonomía o clasificación se ha impuesto clara y oficialmente sobre el resto. Como detalla Moreno (2009), no existen tipologías o clasificaciones unánimemente aceptadas ni en la Clasificación Decimal Universal (CDU), ni en enciclopedias de ciencias sociales, bases de datos internacionales, o tesauros profesionales. Ante tal panorama, para delimitar y establecer jerarquías de las distintas formas de violencia, los centros de

documentación y organismos académicos de organización del conocimiento –bases de datos, etc.–, han optado generalmente por utilizar las que están en vigor, de moda, en base al número de publicaciones y eventos (congresos, etc.) que se asocian con cada etiqueta, o a razones ideológicas (Moreno, 2009). Mencionaré a continuación una diferenciación clásica por su relevancia en la Psicología de la agresión y la violencia, para centrarme posteriormente en la clasificación de la Organización Mundial de la Salud, que incluye formas clásicas de violencia estudiadas en Psicología Social y de utilidad para la investigación que nos ocupa.

a) Violencia instrumental vs violencia hostil.

Una distinción clásica en los ámbitos del derecho y la Psicología, contenida en prácticamente todos los libros de texto sobre Psicología Social y de la violencia, y a la que diversos autores se han referido con diferentes nombres, es la que se establece entre la *agresión instrumental* frente a la *agresión hostil* –también llamada emocional, afectiva, expresiva, reactiva...– (Martín Ramírez, 2009; Bushman y Anderson, 2001). La violencia o agresión instrumental se refiere a aquellos actos en los que la violencia es sólo un medio para conseguir un objetivo primario distinto al propio daño que producen (como poder, dinero, recursos, estima, etc.); es decir, a pesar de que su objetivo inmediato o proximal sea hacer daño, esto es sólo una forma de conseguir un fin diferente. Además, se caracterizan por carecer de ira, odio u otras emociones intensas, y por estar planificados, teniendo en cuenta los posibles costes y beneficios de la acción.

Por otra parte, la violencia hostil tiene como objetivo fundamental causar el daño como un fin en sí mismo (en algunos casos se destaca el objetivo de desahogarse o reducir un alto estrés), no se pretende nada diferente a la propia acción, y en cualquier caso persigue una gratificación más inmediata que la primera. Se caracteriza por una alta activación emocional en forma de odio o ira, y por una ausencia de planificación fría de los actos.

Diversos autores han llamado la atención sobre los problemas de esta distinción, a pesar de lo útil que ha resultado en el pasado. Siguiendo a Bushman y Anderson (2001), en muchos casos los actos agresivos son difícilmente clasificables, puesto que tienen rasgos de ambos tipos de violencia: un mismo acto puede tener más de una meta u objetivo –tanto a un nivel proximal o inmediato como a nivel primario, general o supraordenado– ; una conducta de daño puede basarse en una ira que podría luego disiparse, y aun así mantenerse la conducta por dirigirse a otros objetivos complementarios; y tanto el nivel de planificación como el de emotividad en la conducta pueden tener muchos grados intermedios. Por otra parte, unos mismos motivos podrían dar lugar a ambos tipos de agresión, y un mismo tipo de agresión puede derivarse de

motivos propios de la violencia hostil o instrumental. A modo de ejemplo, como ocurre con determinados actos terroristas o algunas revueltas insurgentes en países como Siria o Libia, la violencia puede tener claras connotaciones emocionales y buscar venganza (cercano por tanto a la violencia hostil o expresiva), al tiempo que perseguir también objetivos a más largo plazo como la liberación de un pueblo oprimido o la lucha contra la injusticia, y estar meticulosamente planificada (características propias de una violencia instrumental). En un sentido parecido, Barratt y Slaughter encuentran que sólo el 50% de los actos agresivos pueden clasificarse claramente como hostiles o instrumentales (Martín Ramírez, 2009). Moreno (1999), desde planteamientos similares, denuncia que calificar un tipo de violencia como hostil puede llevar a un reduccionismo biologicista que promueva entender la violencia como difícilmente modificable.

Evidentemente la justificación o legitimación de la violencia hace referencia a la aceptabilidad de una respuesta generalmente antinormativa como medio o vehículo para conseguir fines concretos –ya se trate de objetivos egoístas, idealistas o altruistas– o bajo condiciones especiales, lo cual conduce nuestro campo de interés hacia una violencia instrumental más que hacia una impulsiva, no racionalizada, incluso involuntaria (aunque sí interesan algunas conductas asociadas a la violencia hostil, como la búsqueda de venganza). No obstante, ello no impide que se den ciertos elementos emocionales: la lucha contra la injusticia y otros fines instrumentales pueden estar muy cargados de emotividad, teniendo en cuenta que pocos aspectos generan tantas reacciones emocionales como los vinculados a la moralidad (Ditto, Pizarro y Tannenbaum, 2009).

b) La clasificación de la OMS.

Tolan (2007) o Krug et al. (2003) recogen la clasificación establecida por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en 1996, que complementa a la definición anteriormente planteada y que, contemplando daños de naturaleza física, sexual, psíquica o asociados a la privación, distingue la violencia en función de los actores implicados:

b1. Violencia autoinfligida: como los suicidios y las autolesiones,

b2. Violencia interpersonal: la cometida por un individuo o pequeño número de individuos. En función del ámbito en que tenga lugar, se distingue entre violencia familiar y comunitaria.

b3. Violencia colectiva: la cometida por grupos, organizaciones, instituciones o naciones. Distingue entre los subtipos de violencia social, política y económica (motivada por el afán de

lucro económico). Las fronteras entre tales subtipos es a veces confusa: por ejemplo, la violencia cometida por grupos organizados, violencia de masas o actos terroristas, ha sido descrita como violencia social, pero también como violencia política (véase Krug et al., 2003). En relación con ello, Moreno (2009) destaca que la ambigüedad y falta de acuerdo en las tipologías de violencia o agresión se acrecienta cuando el responsable de tales actos es un grupo, organización o institución, en lugar de una persona. En estos casos el debate terminológico se mezcla con el ideológico, dado que los términos utilizados pueden ayudar a legitimar o deslegitimar la acción en cuestión. Como consecuencia de ello, en los tesauros de bases de datos internacionales el término «violencia colectiva» no se utiliza como descriptor autónomo; sí está recogido en algunas de ellas «violencia política» y prácticamente ha dejado de utilizarse la antes omnipresente etiqueta «violencia social» (Moreno, 2009).

Es éste el tipo de violencia fundamental en que se centrará esta tesis doctoral, tanto en relación a los fundamentos teóricos de partida como, de forma más restringida, en la investigación empírica planteada –centrada fundamentalmente en una forma concreta de violencia política generalmente estatal, la intervención armada–. Por este motivo, y debido a la confusión conceptual que caracteriza a la violencia colectiva, dedicaré unas líneas a delimitar su significado después de introducir cada una de sus formas.

Violencia social: Comprendiendo un amplio y heterogéneo conjunto de actos violentos que no tienen lugar en el ámbito doméstico ni en el institucional, la categoría violencia social ha perdido importancia en los ámbitos académico y profesional ante la emergencia de tipologías más específicas como los que se refieren a violencia sexual, escolar, de género, etc. Aunque hoy se considera innecesaria por su redundancia –dado que se entiende que toda violencia es social en sus causas y/o sus consecuencias–, durante años se ha utilizado para hacer referencia a actos como protestas, violaciones, robos, etc., desde tres concepciones diferentes:

1) Violencia no legitimada por la norma común, violación de la norma reflejada en el contrato social hobbesiano. En este sentido se contraponen la violencia legítima del estado – violencia política institucionalizada- con la violencia social, cometida por personas o grupos fuera del ámbito legal.

2) Actos violentos entendidos como consecuencia de factores estructurales –sistema social, cultural o económico injusto, etc.– que van más allá de la voluntad o personalidad del individuo: la aportación de Galtung proponiendo la violencia estructural como causa de la violencia directa, o los presupuestos de la Teología de la Liberación, son buenos ejemplos de este enfoque.

3) Violencia “residual” que recoge formas de violencia “huérfanas”, que quedan excluidos del ámbito de otras formas de violencia: violencia no política, problemas y tensiones sociales fuera del hogar...

Violencia económica: aunque Krug y otros (2003) la definen como aquella motivada por el afán de lucro económico, ponen de manifiesto su falta de claridad al ejemplificarla a través de situaciones en las que lo que es de naturaleza económica son las mismas acciones o sus consecuencias, y no tanto su motivación (como negar el acceso a servicios esenciales o crear división económica).

Violencia política: uno de los ámbitos en los que más se ha estudiado el proceso de legitimación del uso de la violencia en el sentido aquí utilizado es el de la violencia política. Al igual que ocurría con la violencia en general y con otros muchos conceptos psicosociales, existe respecto a la violencia política una gran ambigüedad conceptual, que además en este caso se ve potenciada por la amplitud de fenómenos a que da cabida y por la utilización interesada que se ha hecho del término, unas veces utilizándolo como eufemismo, otras con connotaciones peyorativas (de la Corte et al., 2006). En cualquier caso, tomaré como referencia dos definiciones que resultan suficientemente genéricas e inclusivas, a la vez que ampliamente fundamentadas. De la Corte et al., (2006, p. 253) entienden por violencia política “cualquier acto realizado por una o más personas que implique el uso de un grado de fuerza física dañina o destructiva que responda al deliberado propósito de afectar al equilibrio de poderes vigente en un ámbito social y un momento histórico concreto, ya sea para preservar dicho equilibrio o para subvertirlo” (de la corte et al., 2006, p. 253), mientras que Sabucedo, de la Corte, Blanco y Durán (2005), de forma más amplia si cabe, la definen como “el uso de la fuerza o la amenaza de su utilización para el logro de objetivos políticos, sean éstos cuales fueren” (p. 279). Existen diversas tipologías que clasifican las modalidades de violencia política, y entre ellas cabe destacar la de Ariel Merari (véase de la Corte et al., 2006), que distingue entre la protagonizada por el Estado o la ejercida por los ciudadanos (en forma de asociaciones, comunidades, individualmente, etc.), y que abarca fenómenos tan dispares como el terrorismo, las revoluciones, las guerras, los genocidios, las represiones policiales y los disturbios callejeros (incluso la prisión, la tortura, la cadena perpetua o la pena de muerte podrían entenderse como formas políticas de violencia).

Sin embargo, Moreno Martín (2009) entiende que la consideración de un tipo de violencia como política implica determinadas exigencias añadidas: requiere que trate de afectar a las estructuras de poder propiamente (formalmente) políticas —no sería violencia política, por ejemplo, la

ejercida por la camorra o la mafia, que se dirigen a controlar el poder de forma paralela al gobierno, pero no a derrocar a éste—; además, el etiquetamiento de violencia política dependería de la legitimidad de quien la aplica y de la intensidad o forma en que se emplea. Cuando es obra de la autoridad (el estado), y se siguen los procedimientos y fines legalmente establecidos, no se la califica como violencia política. Sólo cuándo la violencia de estado es percibida como ilegítima por los procedimientos utilizados o la desproporción en la intensidad utilizada, puede ser entendida como violencia política. Así, el término violencia política tendría connotaciones peyorativas y sería deslegitimador cuando se refiere al estado, pero sucedería lo contrario cuando se refiere a acciones de otros agentes sociales (dado que las connotaciones de la *violencia política* son menos negativas que las de sus alternativas: delincuencia, terrorismo, etc.).

Una forma especial de violencia política protagonizada por el Estado que resultará central en el estudio que nos ocupa es la guerra. Como argumenta Moreno (2009), constituiría una institucionalización (y en muchos casos legitimación) de este tipo de violencia, frente a otros términos similares pero menos legitimadores, como: «terrorismo», «luchas entre bandas rivales» o «expresiones de fanatismo totalitario». Los conflictos —y sus contendientes— ganan legitimidad cuando son catalogados como “guerra”. Florentino Moreno defiende, además, que en todas las sociedades se da un proceso de socialización bélica que predispone a las personas a la justificación de esta forma de lucha armada por encima de otras, puesto que ha sido interiorizada y es un referente cultural.

Violencia colectiva: La OMS define la violencia colectiva como “el uso de la violencia como instrumento por parte de personas que se identifican a sí mismas como miembros de un grupo —ya sea transitorio o con una identidad más permanente— contra otro grupo o conjunto de individuos, para lograr objetivos políticos, económicos o sociales” (Krug y otros, 2003, p. 235). Como Tolan (2007), Moreno (2009) también destaca que la violencia colectiva solapa en muchas ocasiones su significado y ámbito de aplicación con los conceptos de violencia social y violencia política. Según este autor, uno de sus usos más clásicos en Psicología Social habría tenido lugar para referirse a los actos violentos cometidos por colectivos que se producen sin apenas planificación u organización, de forma espontánea, con altos niveles de emocionalidad, en situaciones específicas (disturbios callejeros, etc.) —aunque los teóricos tienen cada vez más claro que toda violencia colectiva implica cierto grado de organización e intencionalidad, como ocurre con ciertos movimientos sociales, lo cual vincula estrechamente la violencia colectiva con algunas formas de violencia política—. Siguiendo el análisis de Moreno (2009), en la actualidad el término se utilizaría, como lo hace la OMS, para referirse a todo tipo de violencia no intra ni interpersonal, tanto cuando el número de personas implicadas es mayor que dos,

como cuando se trata de una agresión de un individuo hacia otro, siempre que tal acto tenga lugar en base a la pertenencia de los individuos a colectividades o categorías –grupos, organizaciones...– con los que se identifican o a los que creen representar (como ocurre, por ejemplo, en los actos delictivos motivados por el odio, a los que se refiere la etiqueta anglosajona de *hate crimes*). Así, en conclusión, el término violencia colectiva recoge acciones heterogéneas que hasta épocas recientes se englobaban bajo etiquetas más concretas, como violencia social o política, pero con diversas ventajas frente a los términos a los que sustituye: el adjetivo “colectivo” resulta más novedoso y claro que el de “social”, demasiado desgastado y genérico; ofrece versatilidad académica; resulta más neutral que el término “violencia política”, evitando sus connotaciones positivas o negativas, y eludiendo las valoraciones sobre la intencionalidad política de la violencia, o tomar partido acerca de las causas, los responsables o la legitimidad de la violencia; además, enfatiza los procesos y comportamientos o formas de expresión por encima de aspectos como el grado de organización de los protagonistas, o las intenciones o fines perseguidos; es menos exigente con los criterios de inclusión en la categoría, abarcando diversas manifestaciones violentas sin necesidad de definir las; incluye también diversas manifestaciones delictivas, como el crimen organizado, sin necesidad de precisar su sentido político (Moreno, 2009).

Finalizaremos, pues, estas líneas sobre la aclaración terminológica concluyendo que, cuando hablamos de legitimación social de la violencia, nos referimos a los procesos psicosociales a través de los cuales las personas (la población general, la población civil) desarrollan o mantienen una serie de argumentos, ideas, creencias, discursos o ideologías compartidas que permiten entender o valorar como adecuada, justa o correcta la violencia empleada contra determinadas personas o grupos (es decir, intervenciones –o amenazas de las mismas– voluntarias, capaces de infligir daños a determinados grupos o personas).

No obstante, hasta ahora y en adelante, los sucesos, acciones, modalidades y ejemplos de violencia a que me referiré a través de los estudios y modelos teóricos revisados, y del estudio empírico realizado, tienen cabida dentro del paraguas de la violencia colectiva (es decir, en los que la “víctima” de la violencia es un grupo, o una o varias personas en cuanto a miembros de un determinado grupo o categoría social), y muchos de ellos en el más restringido campo de la violencia política (con los problemas que pueden derivarse de la atribución de intencionalidad política). El estudio empírico se centrará en una forma más específica de violencia colectiva y política: el uso o amenaza de uso de la fuerza física, que puede causar múltiples daños, aunque los más evidentes son los daños físicos: con independencia de la motivación última (que puede ser la defensa propia, el mantenimiento de la seguridad o la paz, el bienestar económico, el restablecimiento de la justicia, el honor o la democracia...), y que ha venido etiquetándose

como el apoyo al uso de la fuerza, acción o intervención armada o militar, o a la guerra. Estas formas de violencia colectiva no resultan sinónimas, pero cumplen los requisitos mencionados acerca del tipo de violencia que será foco de mi atención y son los utilizados en los múltiples estudios empíricos que se revisarán en adelante. Tampoco, como se ha visto, son equiparables los conceptos de justificación, legitimación y apoyo a la violencia –éste último se refiere más al resultado, los anteriores a los procesos que conducen a dicho resultado–, pero todos ellos comparten las características básicas que los hacen equiparables para nuestros objetivos.

II. MARCO TEÓRICO (I). EL SENTIDO DE LA VIOLENCIA.

MODELOS SOBRE FACTORES ESTRUCTURALES E

IDEOLÓGICOS QUE PROMUEVEN SU DESARROLLO O

JUSTIFICACIÓN.

En las primeras páginas de este trabajo se han mencionado varios ejemplos de violencia extrema, que podrían ampliarse a poco que se busque en las hemerotecas o se encienda la televisión en hora de noticiarios: la terrible represión política de Myanmar en septiembre del 2007; la invasión de Georgia por Rusia en agosto de 2008; la continua actividad terrorista de las FARC en Colombia; la vuelta a la violencia de Sendero Luminoso en Perú desde los últimos meses del 2008; las masacres derivadas del conflicto entre los Tigres Tamiles y Sri Lanka con un último episodio en mayo del 2009; las 150 muertes que dejó el gobierno chino en la represión de una protesta de la etnia uigur en Xinjiang en junio de ese mismo año; o la incontable cantidad de conflictos violentos que quedan en el tintero y que prácticamente desconocemos, sobre todo en África, por la ausencia de interés que tienen para los grupos de poder y los medios de comunicación.

Se trata fundamentalmente de formas extremas de violencia colectiva –en el sentido de su carácter intergrupar, con independencia del número de actores implicados–, la mayor parte de ellas susceptibles de etiquetarse como violencia política. Pero, ¿Cómo es posible explicarse, entender que el ser humano sea capaz de cometer, apoyar, justificar, o incluso tolerar o aceptar tanta barbarie?

Quizás porque estos ejemplos representan ese concepto ideológico y moralmente sesgado de violencia criticado por Jackman (2001, 2002) –ése que sólo tiene en cuenta las formas relativamente infrecuentes y extraordinarias de la misma, las socialmente desviadas, las más asociadas a la criminalidad–, determinados enfoques psicológicos y orientaciones políticas parecen tener el interés o la tendencia a considerar que tales actos son contrarios a la naturaleza humana, y sólo pueden ser explicados en base a algún tipo de patología o anormalidad previa. Posiblemente motivados por la necesidad de seguridad y de control del entorno, y haciendo gala de los errores fundamental y último de atribución, no parecemos muy dispuestos a asumir que gente “normal” sea capaz de cometer tales atrocidades, por lo que preferimos explicarlos en base a factores disposicionales, centrándonos en la maldad, crueldad, psicopatología, trastornos mentales o de personalidad, o falta de catadura moral de quienes los cometen. Así parece interpretarse el hecho de que, antes de darse a conocer los resultados del popular experimento de Stanley Milgram, una muestra de 100 estudiantes preuniversitarios, adultos de clase media y

psiquiatras, estimó que su propio nivel de obediencia –y el de otras personas “normales”– a una autoridad que solicitaba aplicar descargas eléctricas a un sujeto que se equivocaba en un experimento sobre memoria sería mucho menor que el que realmente se dio: sólo un 1%, el mismo porcentaje de psicópatas en población general, terminaría el experimento sin desobedecer, estimaron los psiquiatras (Milgram, 1980).

Sin embargo, una seña de identidad de la perspectiva psicosocial es la de huir de explicaciones puramente disposicionales en favor de la sensibilidad hacia la influencia del contexto o la situación, y son legión los autores, enfoques y desarrollos teórico-empíricos que impelen a comprender que este tipo de actos no son necesariamente cometidos por psicópatas o personas esencialmente “malvadas”, ignorantes, anormalmente codiciosos o carentes de principios éticos o morales, sin alma ni corazón. Como se apuntaba en las primeras páginas de este trabajo, lejos de la visión “hollywoodiense” de un mundo polarizado entre buenos y malos, lo cierto es que en la mayor parte de los casos las personas responsables de las mayores atrocidades son personas normales y corrientes, como reflejan Blanco (2004), Blanco et al. (2004) o Zimbardo (2007) en sus excelentes exposiciones. Es más, en ocasiones los grandes valores y la moralidad no sólo dejan de ser incompatibles con la violencia, sino que llegan a ser precursores de la misma, que puede llegar a unos niveles de intensidad supremos: los más terribles actos –a criterio de los observadores– son muchas veces cometidos por auténticos héroes, personas especialmente virtuosas en base a los criterios socio morales de su grupo o comunidad de referencia, que actúan en nombre de grandes ideales como la Justicia, el Bien, la Virtud, la Igualdad, la Libertad, la Paz, la Religión, Dios...

Según estos planteamientos nosotros, esos espectadores que asistimos consternados a tal bombardeo de información sobre hechos violentos, no somos muy diferentes de quienes los cometen, apoyan o toleran. De hecho, en la mayor parte de los casos formamos parte de quienes los hacen posibles. Tanto es así que, por ejemplo, según el *Pew Research Center* de Washington, el porcentaje de la población civil que no cuestiona el uso de la violencia para defender el Islam asciende al 89% de los jordanos, 67% entre los libaneses, 54% entre los pakistaníes, 34 % entre los turcos e indonesios, y el 21 % entre los marroquíes (tomado de Sabucedo y Durán, 2007).

¿Cómo podemos explicar, entonces, tanta barbarie, el hecho de que la violencia intergrupala y política no sea necesariamente cometida por personas trastornadas o esencialmente “malvadas”, y que amplios porcentajes de comunidades y sociedades la consideren legítima? Se han descrito diferentes finalidades, razones o raíces que pueden motivar el recurso a la violencia o su justificación. Además, el presente proyecto recoge e integra las aportaciones de distintos autores

y modelos teóricos procedentes de las más diversas áreas de las ciencias sociales, muchos de los cuales, desde enfoques muy diferentes, coinciden en señalar la importancia de dos tipos de aspectos en la explicación del desarrollo y justificación de esta violencia. Se trata de las condiciones estructurales y las condiciones ideológicas que Blanco et al. (2004) establecen como bases de la “patología grupal y los comportamientos destructivos”. Los primeros hacen referencia fundamentalmente a los procesos de influencia social a que da lugar la pertenencia a determinados grupos, organizaciones e instituciones con características peculiares; procesos que desinhiben, facilitan o promueven la comisión de la barbarie haciendo de los criterios morales un aspecto secundario o irrelevante, o desplazando o difuminando la responsabilidad por los mismos. Estos procesos no son independientes de una serie de mecanismos cognitivos, racionalizaciones, creencias, discursos o ideologías –también generadas o mantenidas en el contexto de la pertenencia a un grupo, colectivo, comunidad o sociedad– que ofrecen una suerte de justificaciones y razones para legitimar moralmente el uso de la violencia.

En primer lugar describiré algunos de los más importantes aspectos estructurales, debido a su importancia para la comisión de todo tipo de actos atroces según los modelos más clásicos e innovadores sobre el tema. Posteriormente me centraré en los aspectos ideológicos, que son los que realmente ocupan el centro de mi interés, y resultan fundamentales para explicar, no tanto la perpetración en sí de la violencia intergrupal o colectiva, como su justificación o legitimación, es decir, la *violencia cultural* de la que hablaba Galtung (1990). En concreto, tras detallar las distintas raíces o motivaciones para recurrir a la violencia, describiré algunas de las perspectivas teóricas y modelos que, de una forma u otra, tienen en cuenta los aspectos ideológicos como acicate o racionalización de la misma, deteniéndome especialmente en aquéllos que resultan más centrales como fundamento teórico de la investigación empírica que se presenta en la segunda parte de este trabajo.

Como se podrá comprobar a lo largo de las siguientes páginas, estos modelos, o los mecanismos y procesos a que hacen referencia, se centran en alguna de dos formas alternativas –complementarias y compatibles en mi opinión– en las que las personas pueden justificar o apoyar actos en principio inmorales y atroces, sin renunciar a seguir percibiéndose a sí mismos como personas dignas y morales, o a mostrar una imagen pública en tal sentido:

a) Por una parte, a través de sistemas o estrategias que desvinculan la propia moralidad de los actos que las personas ejecutan o justifican –inmorales a los ojos del observador o la víctima–. Bien porque no se perciben o se relativizan las consecuencias negativas de tales actos, que se considerarían no relevantes o ajenos al ámbito de la moralidad –ya sea porque los actos en sí, o bien las víctimas de los mismos, quedan excluidos del campo de aplicación de los principios

morales—. O bien porque se desplaza o se difumina la responsabilidad sobre los mismos. Dentro de este enfoque destacan, por ejemplo, los mecanismos de desconexión moral de Bandura, o los mecanismos de racionalización moral de Tsang.

b) Por otra parte, mediante mecanismos o procesos en virtud de los cuales la moralidad no sólo deja de ser un obstáculo para la perpetración de la violencia o su justificación, sino que se convierten en acicate para la misma. En esta línea se sitúan los modelos sobre la patología grupal o sobre la legitimación social de la violencia política que describen autores como De la Corte, Sabucedo y su grupo de investigación; o, sobre todo, la aplicación de la Teoría de los Fundamentos Morales, y los estudios y reflexiones teóricas que se centran en los aspectos formales –dogmatismo, celo o exceso de convicción– que suelen caracterizar a los discursos o ideologías propios de quienes justifican la barbarie.

Todos estos modelos serán expuestos sin ordenarlos explícitamente según la mencionada diferenciación, dedicando cierto espacio al papel que las amenazas pueden tener en la promoción de todos estos aspectos. Terminaré describiendo ampliamente el papel de la ideología u orientación política como una variable asociada, tanto a la justificación de las acciones militares o intervenciones armadas, como a los distintos procesos y variables analizados como antecedentes de la misma.

CAPÍTULO 3. EL COMPONENTE ESTRUCTURAL Y LOS MOTIVOS DE LA VIOLENCIA

3.1. EL COMPONENTE ESTRUCTURAL

Los procesos ideológicos de justificación y legitimación de la violencia que constituyen el punto fundamental de interés para esta tesis (ya sean desde modelos que los enfocan como aspectos interiorizados o intrapersonales, o por otros que lo hacen desde un nivel supraindividual), son, en las condiciones reales de conflicto en que tienen lugar, indisolubles de ciertos aspectos estructurales (situacionales, referentes a las organizaciones o grupos en que la violencia tiene lugar). Por este motivo, a pesar de que no constituyen el objeto de estudio de esta tesis –puesto que se dirigen más a explicar el desarrollo de la barbarie que su justificación o legitimación–, dedicaré unas páginas de atención a estos aspectos como un paso previo, introductorio y complementario de mi foco real de interés, los procesos de legitimación y justificación de la violencia.

Como se adelantaba unas líneas atrás, los factores estructurales hacen referencia a aspectos propios de la situación, del contexto, externos al individuo, generalmente asociados a la estructura de los grupos, organizaciones o instituciones a la que las personas de una u otra forma pertenecen, que pueden promover o desinhibir comportamientos atroces en personas normales y morales, sobre todo en el marco de relaciones intergrupales conflictivas. Y lo hacen a través de algunos de los más ilustres procesos de influencia social que ocupan lugares de privilegio en cualquier manual de Psicología Social.

Blanco (2004, 2005) y Blanco et al. (2004) entienden por condiciones estructurales las dimensiones de grupo –estructura de poder, estructura de tarea y estructura de la norma– que facilitan, promueven o desinhiben la implicación en comportamientos destructivos en contextos intergrupales, siendo por tanto responsables de lo que los autores denominan patología grupal. En concreto, se centran en la estructura de poder –caracterizada por liderazgos autoritarios–, así como la estructura de la tarea –división de funciones o roles– y de la norma –estandarización y rutinización de tareas y procedimientos–, que darían lugar a procesos psicosociales de obediencia a la autoridad, desindividuación, desplazamiento de la responsabilidad, o al proceso de rutinización descrito por Kelman y Hamilton (1989).

De forma muy similar, Tsang (2002) se refiere a los factores situacionales responsables de diversos procesos psicosociales que implican formas de desplazar el foco de atención y

regulación del comportamiento lejos de la responsabilidad moral o autonomía del individuo, de modo que permitirían a la persona violar sus propios principios morales conservando la percepción de que no lo ha hecho –entendiendo que tales principios no son relevantes en la situación en que se encuentra–.

Los procesos a los que tanto Amalio Blanco y sus compañeros como Tsang hacen mención son fundamentalmente algunos de los más ilustres procesos de influencia social que ocupan lugares de privilegio en cualquier manual de Psicología Social (cuya influencia en los problemas sociales se recoge en Piñuela y Yela, 2013). A continuación los describo brevemente:

a) Obediencia a la autoridad. Como establecen Levine y Pavelchak, la obediencia se produce “cuando un individuo modifica su comportamiento a fin de someterse a las órdenes directas de una autoridad legítima” (García Sáiz y Gil, 1999, p. 272). Como demostró Milgram (1980), personas normales pueden cometer actos atroces cuando una autoridad legítima se lo ordena, y tal comportamiento se explicaría en base a un *estado agéntico* en el que el foco de atención y regulación de la conducta pasa de la autonomía individual –ámbito donde el individuo tiene capacidad de elección, lo cual es esencial para hablar de moralidad (Todorov, 1996), y siente responsabilidad moral por sus acciones (Bandura, 1999)–, a otro –*estado agéntico o de dependencia*– en el que la persona se centra en sí misma como ejecutora de los deseos de una tercera, donde el criterio de regulación que prima es el deber de obediencia como subordinado. También Kelman y Hamilton señalan la importancia de los liderazgos autoritarios en la perpetración de inhumanidades, dando lugar a una falta de responsabilidad del individuo que ejecuta las órdenes guiado por sentimientos de deber y obligación, sujeto al proceso de influencia social de la sumisión (Blanco, 2005; Blanco et al., 2004).

b) Rutinización, cumplimiento de rol y desindividuación: Kelman y Hamilton se refieren a la rutinización como un fenómeno basado en la identificación –con el propio rol o funciones dentro de un grupo– como proceso de influencia básico, en el que una cuidadosa especialización de tareas y normalización de procedimientos y funciones promueve que las personas orienten su comportamiento en base al criterio de eficacia o competencia en el desarrollo de su trabajo, en el cumplimiento de su deber, de sus atribuciones como buenos profesionales, sin ser conscientes o tener en cuenta las implicaciones, significado o calado moral del mismo (Blanco et al., 2004; Tsang, 2002).

En un sentido muy similar, en el clásico experimento de la prisión de Stanford, Zimbardo y su grupo de trabajo mostraron que personas sanas y normales eran capaces de comportarse como auténticos sádicos cuando se encontraban en una situación de anonimato en el seno de un grupo

y la posibilidad de actuar en base a las exigencias del rol y del deber daban pie a ello: los sujetos dejaban de lado los criterios morales que generalmente guían su conducta como individuos, para comportarse de acuerdo al rol que tenían que desempeñar. A diferencia de lo que ocurría en el experimento de Milgram, aquí la barbarie tenía lugar con independencia de la existencia de una figura de autoridad; era el rol –y el poder que implicaba dicho rol– el responsable del cambio de foco en el comportamiento de los individuos (Zimbardo, 1995; 2004).

Aunque Tsang (2002) trata como independientes los procesos de ajuste al rol, rutinización y desindividuación, Blanco et al. (2004) asocian los dos primeros a este último. Acuñado originalmente por Festinger y sus compañeros para dar cuenta del comportamiento de los individuos en las masas, se pueden establecer fundamentalmente dos formas de entender este proceso (García Sáiz y Gil, 1999): la clásica, tal como lo entendieron Festinger y sus compañeros, Zimbardo en 1969, o Diener en 1980, que lo entienden como un proceso que tiene lugar en condiciones en que los individuos se sumergen en grupos, existe anonimato, desatención a las características individuales, alta estimulación y activación emocional, etc., en las que se da un estado de pérdida de individualidad, de racionalidad y capacidad para regular la propia conducta, dando lugar a un comportamiento impulsivo, primario, emocional, y en cualquier caso antinormativo, alejado de las restricciones de cualquier código o criterio –y, por tanto, de la moralidad–.

Frente a esta perspectiva, existen planteamientos más actuales que coinciden en entender la desindividuación, no como una pérdida de identidad caracterizada por la reducción de la autoconsciencia y del ajuste a las normas sociales que tiene lugar bajo el anonimato de los grupos, sino como una forma de reestablecer o reafirmar alguna forma de identidad individual o social. Así, en muchos casos la desindividuación implica precisamente un mayor ajuste a normas grupales, ya sean éstas específicas y concretas de la situación –como establece la Tª de la Norma Emergente–, ya se trate de las normas propias de grupos con los que el individuo se identifica –como establecen las teorías de la Identidad Social y la Autocategorización–, enfoques recogidos por el modelo de identidad social de los fenómenos de desindividuación (SIDE), que propusieron Reicher, Spears y Postmes (1995) más de tres lustros atrás. La peligrosidad social de la desindividuación dependería de la de las normas concretas de los grupos en los que el individuo está inmerso.

Blanco et al. (2004) se refieren a la desindividuación como “la máscara detrás de la que nos escondemos para hacer cosas que no seríamos capaces de hacer a cara descubierta” (p. 105) cuando actuamos en el seno de un grupo, e interpretan como tal los cambios de comportamiento determinados por la pertenencia a un grupo y, en concreto, por los roles o tareas que

desarrollamos como miembros del mismo –ejemplificado por el clásico experimento de la prisión de Stanford–. Esto lleva a los autores a proponer que lo que está detrás de la desindividuación es la rutinización, la burocratización, la preocupación por la correcta ejecución de la tarea que corresponde después de la división de funciones y roles. En este sentido, la desindividuación vendría prácticamente a identificarse con el fenómeno de rutinización descrito por Kelman y Hamilton. En un términos similares se pronuncian Clemente y Sancha (1989, p. 54) cuando entienden la desindividuación como “un fenómeno que provoca que una persona deje de actuar de acuerdo con sus propias convicciones e ideas, (...) ejecutando acciones que son esperables según el papel que está desempeñando en ese momento”.

c) Despersonalización: Tsang (2002) señala otros dos factores, la despersonalización y la inacción de los otros. En cuanto a la despersonalización, Todorov (1996) entiende que reproduce cuando una persona actúa como medio para un fin, como una herramienta dentro de una gran maquinaria, se pierde la individualidad dentro de la puesta a disposición a una gran causa. Así ocurre cuando se siguen órdenes o se cumple con el deber prescrito por normativas o roles de forma totalmente acrítica, por lo que este proceso se solapa en gran medida con los ya expuestos.

Como muestra el efecto espectador descrito por Latané y Darley, puesto de manifiesto en múltiples estudios sobre el comportamiento en emergencias, la inacción de los otros, ya se trate de víctimas u otros espectadores, crea una norma social tanto en la forma de interpretar los eventos como en la forma de reaccionar ante ellos, así como un efecto de difusión de responsabilidad presente en muchos de los procesos recientemente comentados.

Por último, cabe señalar el papel del propio contexto intergrupal en condiciones de competición o conflicto con otros colectivos. No solamente nos ilustra sobre ello el clásico estudio de Muzafer Sherif, en el que un conjunto de niños normales y cooperativos se volvieron competitivos, agresivos y prejuiciosos contra el otro grupo cuando fueron divididos en dos equipos en situación de competencia (Sherif, 1967).

Los procesos que se acaban de revisar, junto a otros como la polarización o el pensamiento grupal, ayudan sin duda a explicar un hecho claro: los grupos son más peligrosos que los individuos, más extremos, antagónicos, competitivos y explotadores, más violentos y agresivos, como señalan Hoyle y otros (en Baumeister, 1997). Meier, Hinsz y Heimerdinger (2007) recogen evidencias de que los niveles de agresión son mayores cuando quienes los ejecutan son grupos, y también cuando son dirigidos contra colectivos. Los estudios realizados bajo el paradigma de la Teoría de Juegos han mostrado que los grupos son generalmente más

competitivos que los individuos (Gil, 1999). También el hecho de que las ideologías que apoyan el mal ideológico –en breves párrafos explicaré este concepto–, responsable de la violencia más extrema, sean fenómenos grupales y colectivos (Baumeister, 1997) ayuda a explicar este extremo.

Sin embargo, es necesario apuntar, con Reicher y Haslam (2006), que las consecuencias derivadas de actuar en base a unas normas y roles grupales determinados no tienen por qué ser antisociales o destructivas, sino que dependerán de las normas y creencias compartidas concretas –ideología– que se deriven de la pertenencia grupal: los grupos son contextos donde se intensifica la barbarie, pero también la solidaridad o el altruismo.

Por otra parte, a pesar de la aparente fatalidad y excesiva dependencia de contexto que parece derivarse de los aspectos estructurales recientemente descritos –fundamentalmente en sus formulaciones más clásicas–, su efecto no es ni incondicional ni inevitable. Reicher, Haslam y Rath (2008) puntualizan que las personas que son objeto de estos procesos de influencia social están lejos de ser meros autómatas: siempre existe una opción, siempre hay elección y lugar para la moralidad y la duda. Porcentajes importantes de los sujetos no ceden completamente a la influencia, e incluso los que ceden dan muestras de conflicto, duda y responsabilidad personal: tales actos son cometidos de forma activa y razonada. Tanto el mayor o menor ajuste al rol o exigencias del grupo –el grado en que la pertenencia grupal afecta al individuo– como las consecuencias socialmente destructivas de tal ajuste dependen de variables situacionales, como se predice desde una perspectiva basada en la teoría de la Identidad Social y de la Autocategorización de Tajfel y de Turner. Así, no es lo mismo la imposición externa de unos roles determinados, como ocurre en el experimento de la prisión de Stanford y otros parecidos, que asumir los roles debido a que se corresponden con una identidad social colectiva significativa e internalizada. En los grupos en desventaja, como establece la Tª de la Identidad Social, esto último tiende a ocurrir cuando los individuos consideran imposible cambiar su situación de forma individual; en los grupos aventajados, la asunción de una identidad social y de los roles que la acompañan dependerá de la valoración social de tales roles (Reicher y Haslam, 2006), es decir, de si son políticamente correctos o son bien vistos por los demás, de aspectos similares a la noción de “norma subjetiva” que incluyen Fishbein y Ajzen en sus teorías de la Acción Razonada y la Acción Planificada. En este sentido, el ajuste al rol dependería de la legitimidad percibida para ese rol, de considerarlo correcto.

Y es que, como se extrae del discurso de Blanco et al. (2004), las personas, incluso cuando cometen las mayores atrocidades bajo el amparo de los procesos y factores comentados, no dejan de ser portadoras de valores, creencias e ideologías. Quienes han consentido

voluntariamente en verse reguladas o someter parte de su autonomía a una instancia externa (las órdenes de una autoridad, las normas de un grupo, los procedimientos de una institución...), lo hacen en base a unas creencias, actitudes, discursos o representaciones sociales que les llevan a entender que es legítimo hacerlo, o que es incluso un deber. Es difícil que la difusión o desplazamiento de la responsabilidad personal que conllevan estos procesos sea total, y las personas necesitan echar mano de mecanismos cognitivos o creencias compartidas acerca de la finalidad de los propios actos o la condición de las víctimas que les hacen merecedoras de su suerte.

Estas reflexiones llevan a tomar en consideración los aspectos ideológicos como complementarios a los factores estructurales, que los acompañan y nutren de sentido, necesarios para que éstos queden legitimados y puedan ejercer sus efectos. Su importancia va mucho más lejos, resultando claves por sí mismas en nuestro estudio, dado que se trata de explicar la justificación o legitimación de este tipo de actos en sí misma, sin asociarla necesariamente a la ejecución de los mismos.

3.2. LOS MOTIVOS Y FINES DE LA VIOLENCIA.

Los factores estructurales complementan a los ideológicos y facilitan el desarrollo de la violencia, cualquiera que sea el fundamento de la misma. Como paso previo a desarrollar el componente ideológico como tal, he considerado pertinente dedicar unos párrafos a plantear brevemente el sentido que tiene la violencia, esto es, cuáles son sus funciones, fines u objetivos. En varios lugares de este trabajo se ha mostrado y se defenderá que la violencia es una realidad mucho más frecuente de lo que sería deseable, que es omnipresente, generalizada en diversos sectores de la población, una respuesta muy común a pesar de resultar antinormativa en términos generales, en base a los principales sistemas de regulación formal e informal de sociedades y grupos. ¿Por qué y para qué recurren las personas o grupos a la violencia?, ¿Qué motiva a personas normales y corrientes a cometer, consentir o justificar acciones de las que se pueden derivar grandes daños y sufrimientos?

En primer lugar, si la violencia es una realidad tan ubicua y común, se debe a su funcionalidad y utilidad, a su sentido. En coherencia con ello, se han establecido diversas dimensiones y taxonomías que pueden ayudar a responder a esta cuestión. La clásica distinción entre la *agresión instrumental* y la *agresión hostil* recientemente descrita ya permite diferenciar dos motivaciones diferentes para los actos violentos. En términos no muy diferentes, Baumeister también establece diversos tipos de *maldad* en base a las raíces o motivos que los alimentan. A continuación se describirán brevemente estas fuentes, motivos o finalidades de la violencia o

crueldad humana, esperando que ayuden a reflejar que, generalmente, ejercer la violencia no es incompatible con la moralidad del agresor, quien frecuentemente se ayuda de justificaciones, racionalizaciones o discursos que legitiman su manera de actuar, relativizan las posibles implicaciones morales de los actos o disculpan y limitan la responsabilidad de los autores.

Las raíces del Mal según Baumeister: mal instrumental, mal idealista y mal basado en el orgullo.

Con referencia más o menos explícita a la diferenciación recientemente planteada entre agresión instrumental y agresión hostil, Baumeister (1997) distingue entre varias raíces –fundamentos o motivaciones– de la maldad. Dejando a un lado la búsqueda de diversión, de excitación o entretenimiento –asociado al poder que se puede llegar a asentar humillando, asaltando o incluso decidiendo acerca de la vida de otras personas–, son tres las fuentes que resultan de interés para los propósitos de este trabajo, que dan lugar a distintos tipos de “maldad”:

a) El mal instrumental. Prácticamente identificable con la violencia instrumental, tendría a la codicia, la avaricia o la ambición como motivaciones básicas. Se trata de conseguir intereses materiales, fines prácticos a través de la violencia, es decir, implica el uso de medios ilegítimos –la violencia– para conseguir fines que pueden ser legítimos –dinero, recursos, poder, seguridad, etc. –, e incluso justos –mantener lo que merezco, conseguir libertad...–, pero que, según Baumeister, no son lo suficientemente importantes como para que el uso de la violencia quede legitimado. En ocasiones los medios ilegítimos son los únicos disponibles, no se percibe alternativa –como ocurre en muchos casos de terrorismo, según el discurso de sus protagonistas–; en otras, son percibidos como los más eficaces, los más accesibles, o los menos costosos, como en muchos robos o atracos en bancos o residencias. Dictadores que tratan de mantener su poder, colonizadores que tratan de incrementar el suyo, terroristas que pretenden cambiar el orden social; el crimen organizado –como la violencia enmarcada en la lucha por el poder entre la mafia o la camorra, o la que se produce en el ámbito del narcotráfico– o el asesinato político, son ejemplos de este tipo de violencia o maldad. También la violencia de estado en forma de represión a su propio pueblo, tortura, colonización, genocidios, intervenciones armadas o guerras puede perseguir fines más o menos legítimos como mantener o incrementar el poder o riqueza –recursos, tierra, etc.– de los gobernantes –sobre todo en caso de dictaduras– o para el propio estado, garantizar la seguridad o bienestar de su propio país o pueblo, la defensa respecto a ataques o amenazas externas, etc. Muchas formas de violencia interpersonal pueden servir para incrementar el estatus, la autoestima o el poder dentro de un grupo –por ejemplo, entre skinheads, Latin Kings u otras Maras–. En estos casos de violencia instrumental el agresor suele ser indiferente hacia el dolor de la víctima, que no es un fin en sí

mismo, por lo que es posible reducir el daño en la medida en que el agresor perciba otras formas más eficaces para conseguir sus objetivos. Baumeister concluye que existen serias dudas para concluir que el mal o la violencia son medios eficaces para conseguir los propios objetivos, al menos a largo plazo, dado que suelen incluir grandes costos o riesgos también para el agresor.

A motivaciones similares, entre otras, se refiere Luis de la Corte (2004) en una profunda y documentada reflexión acerca de los factores que dificultan el respeto efectivo de los derechos humanos. En ella, de la Corte destaca la emergencia de determinados valores e identidades problemáticas “antimodernas” en el mundo actual como uno de los principales obstáculos para el desarrollo de una conciencia humanitaria que garantice el cumplimiento de tales derechos, por lo que podrían defenderse como vinculadas a la violencia entendida de forma amplia. En concreto, el individualismo postmoral propio de las sociedades occidentales, cuando se construye de forma irresponsable, implica un escepticismo moral y un extremo hedonismo que deriva en la aplicación de la lógica del mercado y el autointerés a todos los terrenos de la vida, dando lugar a riesgos humanitarios como: la alta desviación social, puesta de manifiesto a través de fenómenos que implican la ruptura o rechazo de normas sociales, morales y legales en pro del beneficio propio –como los casos de fraude, corrupción y delincuencia profesional, bien ejemplificados en la crisis económica actual–; el conformismo social, entendido como la pasividad, resignación o falta de responsabilidad y compromiso ante los problemas sociales e injusticias, bien porque no se consideran como tal dada la falta de criterios morales por la que se caracteriza la “ley de la selva”, bien porque se anteponen los propios intereses sobre los públicos o los de los otros. No parece difícil generalizar las consecuencias de los valores individualistas irresponsables a los ámbitos de la violencia social, colectiva o política para entender que, quizás, la falta de escrúpulos y conciencia moral en la defensa de los intereses propios puede facilitar, por ejemplo, las intervenciones armadas para mantener el poder de los dictadores, las guerras “neoimperialistas” –quizás los casos de Iraq y Afganistán– destinadas a mantener o mejorar el propio nivel de vida sin valorar las consecuencias sobre otras personas o pueblos, u otras consideraciones morales.

b) El mal ideológico o idealista. De lo recientemente expuesto podría deducirse que la existencia de valores y principios morales o éticos podría acabar con tanto sufrimiento. Sin embargo, este remedio ha constituido en demasiadas ocasiones una causa aún más grave de la barbarie. No se trata ya de las atrocidades cometidas por personajes egoístas sin escrúpulos, ni siquiera por personas normales, sino más bien por virtuosos héroes, que actúan en nombre de grandes ideales y fines cuya consecución requiere determinados sacrificios o esfuerzos.

El tristemente desaparecido Rafael del Águila rechaza en muchas de sus obras la idea de que el mal y la barbarie procedan principalmente del egoísmo, la ambición, hipocresía, el individualismo y, a fin de cuentas, falta de moralidad e ideales. Para él, "... El mal del mundo se liga, ciertamente, a lo que odiamos (o decimos odiar): tiranía, abuso, muerte, pero acaso también a algunas cosas que amamos (o decimos amar) más profundamente que ninguna otra: ideales y moralidad" (del Águila, 2005, p. 18). Coincide con Todorov (1996) en considerar la idealización, la priorización de ideales abstractos por delante de individuos concretos, como uno de los mayores peligros para la comisión de atrocidades, que necesitan la legitimidad de creencias profundas.

Baumeister (1997) denomina mal idealista a una forma de violencia donde un fin sagrado, moral, no egoísta, de una legitimidad suprema (cumplir los designios de Dios, lealtad patriótica, libertad, justicia, democracia, dignidad, la implantación del comunismo, del reino de Dios, la pureza, la defensa de la familia, el deber...), justifica todos los medios necesarios para su consecución: aunque se prefieren medios legítimos, se tolera cualesquiera otros, aún los más violentos, cuando aquéllos son inexistentes, ineficaces, o demasiado lentos. Se trata de la manifestación de que los buenos hombres, con grandes ideales, principios y puras intenciones, son también, con frecuencia, agentes de grandes sufrimientos y atrocidades. La moralidad, la virtud y la utopía, que en condiciones normales protegen contra la violencia sobre los demás – fundamentalmente cuando ésta es instrumental, aunque hay formas de sortear su influencia–, puede también promover la misma, y de forma especialmente intensa, cuando se basa en los ideales: causar sufrimiento a otros no sólo está aceptado, sino que se convierte en una obligación moral, y los conflictos que identifican al enemigo con el mal o maldad ontológica han sido mucho más brutales en sus consecuencias que las guerras o enfrentamientos ordinarios. Aquí, más que nunca, se aplica el principio del que el mal está en los ojos de la víctima o el testigo, no en los del actor. Así, en el mito de Abraham, su intención de sacrificar a su hijo por su fe y obediencia a Dios sería un ejemplo de *mal* para un laico que valora los derechos humanos por encima de todo, pero probablemente un acto virtuoso para un fundamentalista cristiano. Otro elemento fundamental de este tipo de mal o violencia es su carácter supraindividual, grupal o colectivo: los ideales son compartidos. Ejemplos históricos que Baumeister recoge de estas formas de violencia son las perpetradas por los nazis, el fascismo italiano o español, el Ku Klux Klan, las cruzadas, las guerras santas de carácter religioso, los enfrentamientos por aspectos simbólicos o sagrados. A ellos podríamos añadir a Osama Bin Laden y tantos mártires o terroristas suicidas que sacrifican sus vidas –y las de sus víctimas– por la gracia de Dios, como los responsables del atentado terrorista del 11M, o el ciudadano francés de origen argelino que acabó con la vida de 7 personas en Tolouse en marzo de 2012; o a los miembros de ETA, libertadores de un reprimido pueblo vasco; o tantos soldados de

múltiples nacionalidades que luchan por sus familias, sus tierras, las democracias o la libertad. Se trata de los grandes fines que menciona Milgram (1980), necesarios para que se produzca el fenómeno de obediencia a la autoridad; de las “visiones” utópicas que promueven tantos líderes carismáticos, al tiempo que describen la situación actual como apocalíptica; los ideales abstractos que Todorov (1996) denuncia como principios por los que la gente es capaz de sacrificar las realidades concretas a que hacen referencia tales abstracciones; los grandes fines o la ideología a que se refieren con maestría autores como José Manuel Sabucedo, Luis de la Corte, o Amalio Blanco (Blanco, 2004; Blanco et al, 2004; Sabucedo y Durán, 2007).

Aunque quizás la violencia idealista podría describirse como una forma particular de violencia instrumental –al fin y al cabo, se trata de emplear la violencia como medio para conseguir un fin diferente–, existen varias diferencias importantes, según Baumeister (1997): frente al instrumental, en el mal ideológico los fines o el valor práctico de la violencia dejan de ser relevantes, la violencia pierde su carácter pragmático o instrumental, puesto que se convierte en un deber moral más allá de su eficacia; además, en la violencia instrumental los medios se usan a pesar de seguir percibiéndose como inadecuados, mientras que en el mal ideológico los medios se tornan moralmente legítimos; frente a lo que ocurría en el mal instrumental, en el ideológico se fomenta el odio y desprecio hacia las víctimas como un deber y como una necesidad psicológica: éstas son construidas como la encarnación del mal, demonizadas, exagerando las diferencias, y deslegitimando sus intenciones y motivos.

Como el propio Baumeister señala, con independencia de que el mal idealista responda en ocasiones a estos estándares, muchas otras veces lo que aparenta ser mal ideológico consiste básicamente en un mal instrumental disfrazado: a lo largo de la historia se han dado muchos casos en los que las guerras, genocidios y actos de violencia se han racionalizado como motivados por grandes ideales y causas nobles cuando los fines principales subyacentes tenían que ver con intereses mucho menos loables –como apropiarse de materias primas o recursos energéticos, etc.–, como lo sucedido en la colonización de las Américas y el continente Africano, o las más recientes intervenciones en Iraq o Libia, presumiblemente.

A esto habría que añadir que, aunque discernibles claramente en sus formas extremas, la distinción entre mal idealista e instrumental parecen difuminarse en zonas “límitrofes”: cuando se trata de fines como la defensa propia, la seguridad económica, los ataques preventivos... que no son completamente egoístas, pero tampoco se basan en principios morales sagrados ni requieren necesariamente demonizar a la víctima. También es difícil distinguir entre ambas formas de maldad o violencia en base a la supuesta falta de pragmatismo del mal ideológico: la percepción o expectativa de eficacia es fundamental para los movimientos terroristas y otras

manifestaciones de violencia política con alto contenido ideológico, como pronto se verá que establecen autores de la talla de Amalio Blanco, José Luis Sabucedo, o Luis de la Corte, entre otros muchos.

c) El mal como consecuencia del orgullo, la humillación o la ofensa: el mal “egoísta”. Otra fuente de *maldad* radicaría, para Baumeister, en la necesidad de venganza o retribución ante experiencias de humillación, vergüenza, ofensa, falta de respeto, ataques al honor y reputación, o, en general, amenazas a la propia autoestima, cuyo origen sitúa Baumeister en el orgullo: el exceso de amor propio, autoestima o egocentrismo, el narcisismo o la arrogancia. En ocasiones las personas que resultan humilladas, motivadas por la venganza, son capaces incluso de perjudicarse a sí mismas con tal de causar daño a los otros, mostrando un comportamiento poco racional, como muestran, por ejemplo, los estudios de Brown con el dilema de los camiones desde el marco de la teoría de juegos (Baumeister, 1997). Grupos militares, naciones, estados o comunidades son capaces de levantarse en armas motivados por la amenaza a su autoestima, a pesar de que la intervención no sea eficaz. A pesar de las populares teorías que vinculan la violencia con la baja autoestima, parece que son los grupos y los estados psicológicos caracterizados por alta autoestima, por sentimientos de superioridad o narcisismo, los responsables de un mayor número de casos de violencia, que suele generarse cuando esta superioridad se ve amenazada o puesta en entredicho. Se trata generalmente de una alta autoestima artificial, defensiva, que no se basa en la realidad, que es por tanto la que con más frecuencia se ve cuestionada por otros; de una alta autoestima insegura, inestable, susceptible de variaciones, de verse afectada por la opinión de otros o por sucesos externos. Se trata de un tipo de violencia más hostil y expresiva que instrumental: en estos casos la ira o la rabia, la activación emocional, son aspectos importantes; causar dolor a la víctima sí es el fin principal, es lo importante, hasta el punto que en ocasiones las personas que ejercen este tipo de violencia llegan a causarse perjuicios propios a fin de dañar al otro, como ya se ha dicho.

Siguiendo el discurso de Baumeister, la venganza no sólo implicaría un “ojo por ojo”, sino que iría más allá de la equitativa retribución: frecuentemente la intensidad de la respuesta a una ofensa excede la intensidad de la propia ofensa, existe una desproporción que favorece una escalada de la violencia en espiral —es muy difícil calcular objetivamente la proporcionalidad bajo la influencia de la ira—. Sin embargo, es una violencia en sí misma percibida como justificada por el agresor, dado que se da en defensa propia o en respuesta a una provocación previa, lo cual elimina o minimiza el posible sentimiento de culpa. Por otra parte, el sentimiento de superioridad respecto a la víctima también puede reducir la empatía y preocupación por la misma, facilitar la deshumanización.

Estos rasgos hacen en ocasiones difícilmente discernible este tipo de violencia o mal con el idealizado, en el sentido de que en el que nos ocupa, a pesar de no basarse principalmente en principios morales no egoístas, la agresión suele percibirse como un medio justificado ante la ofensa recibida, es ajustada según las normas sociales y morales (como ocurre en las denominadas culturas del honor). Además, se da con independencia de su utilidad, y con un sentimiento muy negativo e intenso hacia la víctima, como ocurría en el mal idealizado.

En este sentido, además del comentado individualismo postmoral irresponsable, de la Corte (2004) menciona otro tipo de identidad postmoderna que también supone un importante obstáculo para el cumplimiento de los derechos humanos, y que está especialmente asociada con una violencia colectiva que parece tener componentes tanto del mal que Baumeister define como idealista como del basado en el orgullo. Se trata de las identidades comunales, vinculadas a valores colectivistas, que estiman especialmente la colectividad y las tradiciones por encima de la identidad y derechos de las personas en su individualidad, y que emergerían especialmente en situaciones de percepción de miedo o amenaza hacia su identidad cultural o religiosa. Estos tipos de identidad y contextos son especialmente fértiles para que afloren procesos grupales tan vinculados a la violencia colectiva como la polarización, el prejuicio y discriminación de los exogrupos, o su devaluación y deshumanización. En este caso, el desarrollo de la violencia colectiva no se caracterizaría tanto por la ausencia de criterios morales como, precisamente, por la adscripción dogmática y acrítica a unos principios éticos irracionales. Irracionales, porque se basa en un convencionalismo moral –en términos kohlbergianos– que asume como ciertos e inmutables los principios morales del grupo rechazando cualquier posibilidad de razonar, criticar o poner a prueba sus fundamentos. La sacralización de los principios morales del grupo, su aceptación acrítica y la ausencia de autonomía moral fomentan el rechazo de lo diferente, la intolerancia, la xenofobia y el conflicto intergrupar.

3.3. LA UBICUIDAD DE LAS CONDICIONES IDEOLÓGICAS.

Se ha argumentado que no parece fácil distinguir siempre entre el mal o la violencia intergrupar (colectiva) instrumental e idealista, como tampoco entre la idealista y la basada en el orgullo, y que en muchas ocasiones se dice perseguir fines nobles cuando se buscan en realidad otros menos loables. Por tanto, lo más habitual parece ser que la violencia persiga fines y derive de motivaciones mixtas, que no pertenezca de forma pura a ninguna de las tres tipologías de mal.

La incompatibilidad u oposición entre los tres tipos de mal propuestos por Baumeister (1997) también sería cuestionable para Sabucedo y sus compañeros de investigación, al menos en el ámbito de la violencia política, que siempre perseguiría algún objetivo instrumental con independencia de contener componentes de otras formas de *mal*. En todo caso, cualquiera que

sea la finalidad principal de la misma, resulta fundamental acudir a factores ideológicos – esenciales en el mal idealista, evidentes en el mal derivado del ataque a la autoestima, y no necesariamente ausentes cuando se trata de mal instrumental– para que pueda tener lugar, como exponen Blanco et al. (2004), o Sabucedo y otros compañeros centrándose en el ámbito de la violencia política, como se analizará en el siguiente epígrafe.

Siguiendo a Sabucedo et al. (2005), todo contexto en que tiene lugar la violencia política implica una situación de conflicto intergrupar en la que puede existir competencia por recursos escasos, conflicto de valores, lucha por el poder, objetivos incompatibles, sentimientos de amenaza, relaciones intergrupales con un desequilibrio de poder etiquetado como injusto, etc. Ante tal situación, los grupos están motivados para actuar con una orientación instrumental, tienen ciertos objetivos grupales: cambiar una situación injusta, mantener un estatus quo, eliminar amenazas... En tales condiciones los grupos, organizaciones o comunidades implicadas podrían recurrir a acciones alternativas como la negociación, mediación, desobediencia civil, huelgas, manifestaciones, etc., pero muchos recurren a la violencia, que tiene por tanto un carácter de acción política, planificada, racional, con un sentido estratégico y táctico, lejos de la violencia expresiva que podrían defender planteamientos como los de la Teoría de la Frustración – Agresión, o los de la conducta colectiva tal y como la interpretaban los teóricos clásicos de la conducta de masas, como Le Bon.

En realidad, como Sabucedo y Durán (2007) o Blanco (2004) afirman, la violencia se utiliza en los conflictos intergrupales fundamentalmente, aunque no sea políticamente correcto admitirlo por quienes la ejecutan, porque es eficaz: porque hace posible conseguir los objetivos políticos del grupo, porque es la única o más eficaz herramienta para ello. Estos objetivos pueden ser tan diversos como restaurar la justicia, dignidad, libertad o igualdad, defenderse de amenazas y provocaciones o conseguir o incrementar el poder o los recursos –llámense territorios estratégicos, petróleo, coltán...–. Autores como Zartman y Mitchell (citados por López y Sabucedo, 2007) van aún más lejos, defendiendo que la violencia es la primera y no la última opción: estaríamos en una cultura de la violencia donde sólo se suele recurrir a formas negociadas de resolver conflictos cuando la violencia tiene unos costes muy altos, algo especialmente cierto en casos de grupos que se consideran superiores. Sabucedo, Rodríguez y Fernández (2002), o Sabucedo y Durán (2007) citan a Apter para defender que la mayoría de los cambios sociales en ámbitos como la libertad o la igualdad han tenido lugar a través de la violencia, y no de forma pacífica. Es lo que denominan “ambigüedad moral de la violencia”, porque implica un gran dilema moral: por una parte es (o se percibe) eficaz para conseguir los objetivos grupales, pero por otra se trata de una forma extrema de acción política que resulta en general inmoral, antinormativa y socialmente censurable, con unos costes psicológicos y

sociales extraordinariamente elevados. De ahí que participar en ella –también apoyarla, entiendo– exija adoptar o adscribirse a un discurso o ideología social con una serie de creencias y argumentos que permitan justificarla, hacerla parecer legítima, adecuada. Así, más allá de sus motivos o razones reales, todo acto de violencia política requiere un proceso de legitimación por parte de los responsables orientado fundamentalmente a tres funciones:

a) Mantener una autoimagen positiva: como aquí se defiende, en muchas ocasiones los ejecutores de la violencia son personas “normales”, por lo que cometer un acto que puede acabar con la vida de personas implica una fuerte disonancia cognitiva y reprobación social (en palabras de Sabucedo et al., 2002) que son necesarios superar para mantener un autoconcepto positivo, autoestima y, a fin de cuentas, la salud mental. Se trata de una función muy relacionada con lo que Aronson denominó *racionalización retrospectiva* (tomado de de la Corte, Kruglanski, de Miguel, Sabucedo y Díaz, 2007) o con la noción de *disonancia cognitiva* de Festinger, así como con las formas alternativas de explicación de ésta, como la teoría del autoconcepto de Aronson o la Teoría de la Autoafirmación (Steele, 1988).

b) Evitar el rechazo social y/o conseguir el apoyo social de su grupo de referencia –y opinión pública en general– (Sabucedo et al., 2005). Consiste en una función persuasiva, proselitista, orientada al “manejo de impresiones” y a la “reputación” en términos psicosociales, que a largo plazo permitirá al grupo hacerse con los recursos y apoyo necesarios para continuar su actividad.

c) Aumentar el compromiso y la disposición a asumir los costes y sufrimiento que la dinámica de la violencia ocasionará a cualquiera de los bandos (Sabucedo et al., 2005). Permite el mantenimiento del conflicto y da sentido al sufrimiento (Sabucedo et al., 2002).

Distintos autores y perspectivas han abordado estos mecanismos de legitimación bajo la forma de discursos sociales, sistemas de creencias compartidas, ideologías, mecanismos cognitivos o de racionalización moral, entre otros, y aplicados a distintas formas de violencia o comportamientos dañinos. Veamos algunos de ellos.

CAPÍTULO 4. MODELOS TEÓRICOS QUE APELAN A COMPONENTES IDEOLÓGICOS

Puesto que ya han sido introducidos, sin más dilación pasaré a enumerar describir algunas de las perspectivas teóricas, modelos y factores que tienen en consideración los aspectos ideológicos, discursivos o racionalizadores, y ayudan por tanto a entender que personas corrientes puedan cometer, apoyar o legitimar distintas formas de violencia.

4.1. LA PATOLOGÍA GRUPAL Y LA LEGITIMACIÓN DE LA VIOLENCIA POLÍTICA.

Comenzaremos la revisión de modelos partiendo de dos enfoques de investigadores españoles que tienen mucho en común entre ellos, y que, puesto que han sido algunas de las guías del discurso hasta aquí expuesto, ya se han planteado parcialmente.

Blanco (2005), o Blanco et al. (2004), tratan de explicar la barbarie y las atrocidades cometidas en los conflictos intergrupales acudiendo a una especie de “desvirtualización” en el ámbito de la pertenencia grupal, a la que se refieren con el concepto de *patología grupal*: existen determinadas condiciones situacionales, externas al individuo, de naturaleza grupal, que pueden llevar a las personas a cometer actos terribles: algunas de ellas son aspectos estructurales (la estructura de poder, de tarea y de la norma, como ya se ha detallado), que se acompañan de una base ideológica que los legitima y da sentido a los factores estructurales. Aunque mencionan diversas formas, como los mecanismos de reestructuración cognitiva, o los de desconexión moral que propuso Bandura y más tarde analizaré, entienden las condiciones ideológicas como un conjunto de creencias y valores compartidos –de naturaleza grupal, por tanto- que justifican la acción y construyen enemigos, permitiendo que la violencia se ejerza o se apoye al tiempo que se mantiene una autoimagen y una imagen social positivas (sin renunciar a la moralidad). Estas creencias hacen referencia a aspectos como:

- Los grandes fines, metas y objetivos que se persiguen,
- la superioridad del endogrupo o su situación de vulnerabilidad o amenaza por el exogrupo;
- la construcción de un enemigo que incluye aspectos como su culpabilización de los males del propio grupo, el estereotipo o el prejuicio –llegando a extremos como su deshumanización o demonización, que facilitan su exclusión moral–.

Dado que estas creencias vienen a coincidir con los planteamientos de Sabucedo y su grupo de trabajo sobre la legitimación de la violencia política, me centraré en la línea argumental de éstos últimos para su análisis detallado.

A lo largo de diversos trabajos, como ya se ha avanzado, Sabucedo y sus compañeros de investigación han entendido la violencia política como una forma de violencia instrumental que tiene lugar porque resulta o se percibe eficaz, pero que requiere un proceso de legitimación. Es decir, este enfoque asume que para comprender el recurso a una acción tan extrema y costosa como la violencia es necesario atender a la situación de conflicto centrándose, más que en sus características objetivas, en cómo son percibidas e interpretadas: lo importante para justificar la violencia no es la realidad en sí, sino las creencias, argumentos, interpretaciones autojustificantes desarrolladas por los actores implicados. Según Sabucedo, Klandermans, Rodríguez y de Weerd (1999), que parten de marcos teóricos como el construccionismo social – la “construcción social de la protesta” de Klandermans– o conceptos como el de “representación social” de Moscovici, esta interpretación estaría determinada por los discursos desarrollados en el seno de distintos agentes sociales (gobiernos, instituciones religiosas, movimientos sociales, medios de comunicación de masas, etc.).

Así, en la sociedad pueden existir distintos discursos compartidos y socialmente contruidos sobre las situaciones conflictivas y la legitimidad o no del uso de la violencia, pero las de quienes apoyan, justifican y emplean la violencia suponen verdaderas ideologías compuestas por una interpretación particular de las situaciones conflictivas (injusticia, humillación, fines loables, defensivos, etc.), y una serie de creencias y argumentos muy características sobre los oponentes (prejuicios, culpabilización, demonización...), el endogrupo (etnocentrismo, sesgos autosirvientes...), las alternativas de acción, de la eficacia y necesidad de la violencia, etc.

A continuación se exponen estas creencias, identificadas en diversos trabajos como los de Sabucedo et al. (2005), Trujillo, Moyano, León, Valenzuela y González-Cabrera (2005), etc. Aunque han sido organizadas de varias maneras, yo los clasificaré en tres grandes grupos que se corresponden con los tres componentes –injusticia, identidad, eficacia– que Gamson atribuye a los marcos de acción colectiva, y que Sabucedo ha utilizado como modelo en diversos estudios sobre los movimientos sociales (Sabucedo et al. ,1999): creencias relacionadas con el conflicto o la situación de injusticia; creencias sobre la identidad o identificación de las partes; y creencias sobre la eficacia de la violencia como instrumento. Prácticamente todos los trabajos que a continuación citaré tienen en cuenta estos aspectos, nombrándolos de esta u otra forma, en unos casos incluyéndolos dentro del concepto ideología, en otros acompañando a ésta como elementos diferentes. Antes de la exposición del conjunto de creencias que nos ocupa, expongo una tabla tomada de de la Corte, Sabucedo y De Miguel (2006), en la que de forma esquemática

se puede comprobar que los tipos de creencias legitimadoras de la violencia política que proponen se corresponden con los tres componentes mencionados.

Argumentos y creencias legitimadoras de la violencia política (de la Corte et al., 2006)

Recursos culturales, ideológicos y simbólicos	Funciones psicosociales
<ul style="list-style-type: none"> • Creencias y argumentos que señalan y critican ciertas injusticias sociales, amenazas o agravios cometidos contra la comunidad de referencia de los actores políticos violentos 	<ul style="list-style-type: none"> • Activación de sentimientos de frustración e indignación moral
<ul style="list-style-type: none"> • Creencias y argumentos que identifican a un enemigo institucional o social al que se responsabiliza de tales injusticias, amenazas y agravios y cuya imagen resulta devaluada hasta el punto de su deshumanización o demonización. 	<ul style="list-style-type: none"> • Desplazamiento de la responsabilidad por las agresiones cometidas • Inhibición de posibles reacciones de empatía hacia las posibles víctimas de la propia violencia • Activación de sentimientos odio y deseos de venganza
<ul style="list-style-type: none"> • Creencias y argumentos que expresan una identidad social positiva común a los actores políticos violentos y a su comunidad de referencia. 	<ul style="list-style-type: none"> • Identificación del grupo terrorista con los intereses y valores de la comunidad de referencia • Difuminación de la responsabilidad individual por los atentados • Desarrollo de reacciones de solidaridad y simpatía por parte de los miembros de la comunidad de referencia
<ul style="list-style-type: none"> • Creencias y argumentos que precisan los objetivos colectivos a los que debe aspirar la comunidad de referencia de los actores políticos violentos y que especifican las actividades (violentas) que se consideran necesarias para alcanzar dichos objetivos 	<ul style="list-style-type: none"> • Percepción de la propia violencia como una actividad necesaria, moral y políticamente justificable
<ul style="list-style-type: none"> • Creencias y argumentos que predicen un estado futuro en el que los actores políticos violentos habrían alcanzado los objetivos colectivos planteados y perseguidos mediante el uso de la fuerza 	<ul style="list-style-type: none"> • Creación de altas expectativas de éxito respecto a los efectos sociopolíticos de la propia violencia

NOTA. Como puede observarse, la primera de las creencias enumeradas se corresponde perfectamente con el componente “injusticia”, las dos siguientes con el de “identidad”, y las dos últimas con “eficacia”

A. Injusticia/ Situación conflictiva. El conflicto o situación de injusticia percibida puede manifestarse de varias formas (Sabucedo et al, 2005; Sabucedo y Durán, 2007, López y Sabucedo, 2007):

- Una situación de relaciones intergrupales injustas o de privación relativa fraternal (un grupo percibe una asimetría de poder, una amenaza para su identidad, supervivencia u otros aspectos fundamentales, una situación de discriminación con respecto a otro grupo, pobreza, etc.). Como ya se ha señalado, no se trata de una situación “objetivamente” injusta en sí misma: las situaciones sociales problemáticas no se encuentran predefinidas en sí, sino que resulta fundamental la percepción de éstas por los agentes sociales, su definición como problemáticas.

- Así, se fomenta una visión “defensiva” de la violencia utilizada: siempre se trata de defender (o prevenir) algo: la seguridad, la dignidad, la cultura, la religión, la forma de vida, los valores fundamentales...

- El aspecto en el que el grupo violento se considera injustamente tratado es importante, afecta a las necesidades más básicas, tanto que consideran la acción violenta como proporcional. Diferentes intelectuales (Maslow, Katz, etc.) han desarrollado clasificaciones de necesidades individuales y grupales que pueden estar en la base de estos conflictos.

- Los objetivos que persigue el grupo son percibidos como absoluta, universal y objetivamente justos y buenos, históricamente fundamentados, éticamente superiores a los de otros grupos (libertad, justicia, independencia, librarse de la opresión, etc.). Sólo así el fin puede justificar los medios.

- En general, parece haber diferencias entre cómo son las cosas (sociedad real) y cómo deberían ser (sociedad ideal). Desde este enfoque se puede hablar de conflicto por competencia por recursos, poder (cómo debería ser el sistema de participación política), valores (“las cosas deberían ser como siempre han sido, como dicta la ley natural, o Dios, frente a fomentar el progreso”, por ejemplo), etc.

B. Identidad: las partes. Como establecen Sabucedo et al (1999), la construcción de una identidad social colectiva como endogrupo, así como la de un exogrupo responsable de la insatisfactoria situación del primero, son condiciones necesarias para explicar la acción colectiva, y una de sus modalidades, la violencia colectiva. A continuación desarrollaré varios aspectos de los discursos (o ideologías) legitimadores de la violencia que tienen que ver con las partes, clasificándolas según se trate de aspectos referentes a la propia identidad social – endogrupo– o a la construcción del enemigo –exogrupo–.

b.1. El endogrupo.

- Relevancia de la identidad social colectiva: La situación de conflicto, injusticia o privación apuntada anteriormente remite a un grupo que la sufre y/o que comparte una ideología, discurso o valores determinados referentes a la situación social diferente de la deseable; es decir, en este contexto conflictivo cobra importancia y accesibilidad la categorización, la dimensión “intergrupal” a que aludía Tajfel, la “autocategorización” de Turner; emerge un grupo en el que los miembros, conscientes de su pertenencia, comparten ideas y creencias muy relevantes en relación a su situación, básicas para una acción grupal coordinada.

- Creación de una identidad social victimizada: en muchos casos la identidad social colectiva se construye, como sugiere Bar-Tal, en base a unas creencias sobre la situación de desventaja o insatisfacción con las condiciones sociales, las injusticias cometidas por un exogrupo que amenaza valores, intereses, recursos o derechos básicos, enfatizando así su condición de víctima de una segunda instancia que les somete –actualmente o a lo largo de la historia– a diversos agravios o humillaciones (Barreto y Borja, 2007; Sabucedo y Durán, 2007).

- Identificación con un colectivo mayor: Uno de los aspectos ampliamente aceptados por los estudiosos de la violencia política (de la Corte et al., 2007; Sabucedo y Durán, 2007) acerca de los grupos terroristas o revolucionarios, es su intención de crear identidades sociales en base a categorías amplias e inclusivas, de manera que se presentan como miembros y defensores de la causa de una colectividad de referencia mucho más amplia –el pueblo vasco respecto a ETA, el Islam respecto a Al Qaeda, etc.–. Se pretende así que la masa social de esa comunidad se identifique o simpatice con ellos y sus fines, conseguir su apoyo mayoritario. De esta manera obtienen mayor legitimación para sus acciones y cuentan con una gran fuente de recursos materiales y humanos (por ejemplo, para reclutar a nuevos miembros de un grupo terrorista) esenciales para su supervivencia como organización.

- Valoración asimétrica del sufrimiento: Sabucedo, Blanco y de la Corte (2003) establecen que, cuando los grupos violentos causan daños a inocentes –un daño que les podría hacer aparecer como crueles y perder apoyo social–, en lugar de negarlos, dichos estos grupos los reconocen pero relativizándolos en comparación con el sufrimiento causado hacia su propio grupo, que consideran mucho mayor. Se trata de una estrategia de propaganda para promover una imagen social aceptable, al tiempo que es el resultado de sesgos egodefensivos de atribución y en el procesamiento de la información que facilitan mantener un autoconcepto positivo a pesar de cometer actos a priori censurables.

b.2. El exogrupo: la construcción del enemigo.

- Atribución externa de responsabilidades: En los casos de violencia política, no basta con la existencia de una situación social injusta o amenazante, sino que es necesario definir claramente a un grupo, institución u organización externa responsable, culpable de los agravios, condiciones y humillaciones del propio grupo (Sabucedo et al., 2005). Así, la violencia empleada se califica como defensiva y se atribuye la responsabilidad final de la misma al exogrupo (Sabucedo et al., 2003, 2005). Como múltiples corrientes teóricas y ejemplos históricos nos muestran, esa identificación de un enemigo refuerza el compromiso y la cohesión

con el propio grupo. Este mecanismo supone en muchos casos la utilización de un lenguaje “tergiversado” con el objetivo de simplificar desmesuradamente las causas del conflicto y la imagen del contrario, todo ello, como ya se ha dicho, con el fin de justificar la violencia presentándola como defensiva (Sabucedo y Durán, 2007).

- Estereotipo, prejuicio, despersonalización, deslegitimación y deshumanización del adversario:

Como muestran el Paradigma del grupo mínimo y la Teoría de la Identidad Social, la simple saliencia de la categorización social, de la percepción intergrupala a que aludía Tajfel (Tajfel y Turner, 1985), es condición suficiente para la emergencia del estereotipo, el prejuicio y la discriminación. Si además se da una situación de competencia o conflicto, estos efectos se multiplican, como hizo ver Sherif y se postula en la Teoría de los conflictos reales (Sherif, 1967). En estos casos la categorización social, la identificación del endogrupo y la de un exogrupo culpable, suelen conducir a una *polarización social* en la que el grupo se define como totalmente opuesto a su adversario, y que facilita sobremanera la violencia (Sabucedo y Durán, 2007).

Por otra parte, la simple categorización supone ya cierta *despersonalización*, en la cual el uso del lenguaje tiene una importancia clave: Sabucedo et al. (2003) muestran cómo los medios de comunicación pro-etarras se refieren a Miguel Ángel Blanco, víctima de ETA, con términos que hacen referencia a categorías sociales negativas (como miembro del partido político responsable de los males del pueblo vasco, etc.), omitiendo información personal (datos biográficos sobre su vida personal, edad, familia, etc.). Ello provoca una reducción de la empatía e identificación emocional con la víctima, y reduce el impacto emocional de la violencia que recibe.

Muy relacionado con la despersonalización está la *deslegitimación* del adversario, un complejo proceso descrito por Bar-Tal (1990) que supone categorizar de forma despectiva al exogrupo promoviendo una actitud de rechazo hacia él a través de varios mecanismos:

- * Deshumanización: calificar al enemigo con características inhumanas (animal, monstruo, etc.), o humanas negativas e indeseables (criminal, psicópata, enfermo...);
- * Proscripción: categorización del exogrupo como violador de normas sociales (ladrón, timador, etc.).
- * Caracterización a través de rasgos extremadamente negativos (como violentos, malvados, etc.)
- * Uso de rótulos políticos y/o comparación con grupos de características muy negativas (fascistas, nazis, skinheads, fachas, etc.).

Se trata posiblemente del factor más importante para la justificación y el empleo de la violencia sobre terceros: sólo cuando se consigue ocultar el rostro y silenciar la voz de la víctima, cuando

se toma distancia respecto a ella, sólo entonces es posible segarle la vida y poder vivir con la conciencia tranquila.

- Valoración asimétrica del sufrimiento: Se trata de otra condición que facilita la “limpieza de conciencia” cuando se actúa contra miembros del exogrupo. El estereotipo y sus rasgos comunes, como la homogeneidad exogrupal, son habituales

C. Los medios: la eficacia de la violencia. Uno de los puntos de partida de esta exposición postulaba que el motivo principal por el que se utiliza la violencia política es su eficacia, su carácter instrumental para conseguir ciertos objetivos, a pesar de que no sea algo fácil de reconocer, ya que parece que raramente las personas justifican sus actos violentos argumentando su eficacia (Fernández, Ayllón y Moreno, 2003).

Sabucedo y Durán (2007) establecen que, en un conflicto político, los métodos para la acción política se elegirán en función de su eficacia, de manera que los métodos violentos tendrán lugar cuando la acción violenta se perciba como eficaz y además no exista posibilidad de otras alternativas (como la negociación, la participación, la mediación, etc.).

Dicho esto, desde la Psicología Social resulta extremadamente interesante este aspecto en cuanto que la valoración de eficacia depende de la percepción, y en este sentido existen diversos principios y procesos psicológicos individuales y grupales pueden ayudar a explicar la percepción de eficacia de la violencia incluso cuando objetivamente no parece serlo: desde las teorías conductistas se predice que el refuerzo frecuente (y sobre todo el intermitente, cuando sólo surte efecto en ocasiones) de la violencia haría la que la respuesta fuera más difícil de extinguir; los sesgos en el procesamiento de la información predicen que una atención, percepción y recuerdos selectivos pueden incrementar nuestra confianza (procesamiento a través de esquemas); la polarización social, el pensamiento grupal y la propaganda por parte de los medios de comunicación y grupos de poder pueden afectar la percepción, etc.

Además, hay que tener en cuenta que es necesario entender la eficacia de forma amplia, no solamente como la consecución de los fines últimos de un grupo u organización en conflicto. Así, por ejemplo, un grupo terrorista como ETA quizás no alcance la independencia del País Vasco, pero sí consigue “submetas” correspondientes a “misiones” particulares, así como otros objetivos: infundir terror e inseguridad en la población; atención por parte de los medios de comunicación; sobrevivir y perpetuarse como organización (crece el número de miembros y su compromiso); etc. A ellas habría que añadir la importante función que cumple para muchos

individuos la pertenencia a grupos y organizaciones que les proveen de autoestima, un sentido para sus vidas, etc.

Por último, la teoría de la Disonancia Cognitiva, fundamentalmente bajo lo que predice el paradigma de la justificación del esfuerzo (Worchel, Cooper, Goethals y Olson, 2003), predice que la violencia se retroalimenta a sí misma: una vez las personas u organizaciones optan por una acción tan extrema, tienden a aumentar el compromiso hacia dicha acción, ya que supone un gran esfuerzo (han violado normas sociales y morales fundamentales, posiblemente han roto con muchos aspectos de su vida anterior, etc.).

4.2. MODELO DE LA DESCONEXIÓN MORAL DE BANDURA.

Otro enfoque que, desde una perspectiva más cognitiva e individual, puede ayudarnos a entender tanto la implicación en actos violentos como su legitimación o justificación sin presuponer la maldad o carencia de principios morales de quienes la emplean o apoyan, es el de la desconexión o desvinculación moral de Albert Bandura, que se fundamenta en la Teoría Sociocognitiva o Cognitivo Social de este mismo autor.

Albert Bandura (Bandura, 1991; Bandura, Barbaranelli, Caprara y Pastorelli, 1996) propuso varios lustros atrás su Teoría Sociocognitiva del pensamiento y la acción moral. Según sus planteamientos, durante la socialización construimos unas reglas morales que funcionan como guías de nuestro comportamiento a través de mecanismos autorreguladores: nos infringimos a nosotros mismos consecuencias positivas por adecuarnos a tales estándares, y negativas – autocensura, sentimientos de culpa, vergüenza... – por no hacerlo, de manera que la anticipación de tales reacciones nos llevan a comportarnos de acuerdo a dichos principios morales.

Sin embargo, el desarrollo de este mecanismo interno de autorregulación a través de la socialización y maduración no garantiza un comportamiento moral, dado que sólo opera en caso de ser activado, y existen diversos procesos psicosociales que pueden prevenir dicha activación –es decir, facilitar una desvinculación o desconexión entre el proceso de autocontrol moral y las acciones en principio “inmorales”–. Se hace así posible que personas con principios éticos y morales sean capaces de cometer desde acciones egoístas perjudiciales para otros, hasta actos atroces e inhumanos.

A continuación describen con algo más de detalle los antecedentes y los postulados básicos de la Teoría Sociocognitiva de Bandura como marco en el que surgen los distintos tipos de

mecanismos de desconexión moral, que son los que realmente resultan de interés para la presente tesis doctoral.

4.2.1. Teoría Cognitivo Social del pensamiento y la acción moral

Bandura propuso su Teoría Sociocognitiva del pensamiento y la acción moral como reacción a lo que consideraba un exceso de atención al razonamiento moral en detrimento de la conducta moral en la investigación psicosocial sobre el tema.

Por ejemplo, la perspectiva de Kohlberg basada en las etapas del desarrollo moral conlleva incoherencias como la de considerar menos evolucionadas moralmente a sociedades que, siendo menos dadas a abstracciones éticas y la idealización de la autonomía, sin embargo, exhiben menor número y gravedad de episodios de crueldad y violencia que las sociedades occidentales. Por otra parte, las decisiones morales en la vida real tienen consecuencias a las que los dilemas abstractos usados por los teóricos del razonamiento moral son insensibles. En este sentido, Sobesky (en Bandura, 1991) encuentra que, cuando la relevancia de las consecuencias personales aumenta, se reduce la importancia de los principios frente al interés propio en el razonamiento moral. Además, en el razonamiento moral en situaciones reales resulta fundamental la información de las circunstancias concretas en que las decisiones tienen lugar.

Los principios morales son por naturaleza diversos, abstractos y ambiguos (como defiende no sólo Bandura, sino más recientemente Ditto y otros, 2009), lo cual facilita que las personas encuentren formas de investir con una apariencia de moralidad la persecución de sus propios intereses, lo que ha venido denominándose racionalización moral (Tsang, 2002), o razonamiento moral motivado (Ditto y otros, 2009). No resulta extraña, por tanto, la poco clara relación que la investigación encuentra entre razonamiento y conducta moral. Por otra parte, la perspectiva kohlbergiana de la superioridad moral de la autonomía frente a los principios y asuntos comunales no encaja con la perspectiva de muchos otros teóricos de la moralidad. A la luz de los más actuales y otros no tan nuevos enfoques sobre la misma, no parece que los de justicia sean los únicos principios morales, sino que, más bien, las personas comprenden distintos principios y criterios morales –pertenecientes en ocasiones a diferentes etapas de razonamiento moral– pero hacen uso de ellos de forma selectiva o complementaria, en función de su adecuación a cada contexto o situación, y, sobre todo, de las consecuencias que de ello se puedan derivar (Leidner, 2010).

Teniendo en cuenta estos aspectos, la Teoría cognitivo social del razonamiento y comportamiento moral establece que las personas desarrollamos la capacidad de autocontrol

moral durante la socialización, a través de un proceso en el que las relaciones sociales cumplen una función fundamental: siguiendo a Bandura (1991), los grupos de pertenencia y referencia relevantes (familia, otros adultos, modelos simbólicos, grupos de pares, instituciones socio-culturales...) enseñan los estándares morales –a veces diferentes o incongruentes entre sí–, fundamentalmente a través de la transmisión de información –prescribiendo y proscribiendo ciertos comportamientos–, del condicionamiento operante –según las consecuencias sociales derivadas del cumplimiento o violación de los estándares–, y del modelado. Y estos procesos de influencia social persuasiva podrían explicar los cambios en el razonamiento moral –incluido el paso de las etapas kohlbergianas preconvencional y convencional a la postconvencional– mejor que los modelos que se centran en la maduración y el desarrollo a través de etapas de desarrollo.

Así, los estándares morales que se enseñan, se aprueban o se sancionan varían según la edad de los niños: aunque en los primeros años el control del comportamiento del menor se basa en criterios de autoridad, sin necesidad de argumentar las normas, a medida que los niños crecen se da más importancia a la explicación de las razones sobre por qué se pueden o no hacer determinadas cosas, y cada vez más las sanciones sociales sustituyen a las físicas. Además, con el tiempo ganan fuerza las apelaciones a la empatía y el énfasis en las consecuencias de la violación de las normas morales, no sólo para el actor –las consecuencias físicas o sociales que aparecen sólo si el comportamiento es detectable–, sino también para las víctimas. Y estos aspectos en su conjunto posibilitan el paso de la denominadas etapas de razonamiento moral preconvencional y convencional a la postconvencional. De esta manera, conforme avanza el proceso de socialización se da un cambio progresivo en el control del comportamiento, que pasa de basarse en controles y sanciones externas, a hacerlo fundamentalmente en base a controles internos y simbólicos (autorrefuerzos y autosanciones que derivan de la internalización de los estándares morales de sus grupos de referencia y pertenencia, y de lo que hasta entonces eran refuerzos y sanciones sociales).

Sin embargo, la internalización de principios, criterios y normas morales y la adquisición de la capacidad de autorregulación moral durante el proceso de socialización, no garantiza un comportamiento coherente con tales principios. La teoría establece los mecanismos psicológicos a través de los que el razonamiento moral se transforma en conducta moral: tanto las sanciones sociales como, sobre todo, las autosanciones internalizadas, influyen de forma anticipatoria en la regulación de la conducta transgresora. La autorregulación de la conducta moral opera a través de tres sub-mecanismos:

- 1) autoobservación de la conducta;

2) el juicio acerca de la relevancia moral de la conducta en relación con los propios estándares morales y las circunstancias situacionales –las circunstancias e información moralmente relevante que se tienen en cuenta para el razonamiento moral varían mucho de unas condiciones a otras–; y

3) la reacción afectiva, que puede sesgar la interpretación de la propia conducta y sus motivaciones. Además, la reacción afectiva a la anticipación de las consecuencias autoimpuestas ante la infracción moral supone el mecanismo principal a través del que los estándares regulan la conducta.

Por tanto, algunos factores relacionados con la propia naturaleza del razonamiento moral y con la situación pueden interferir en el proceso de autorregulación moral, como a continuación se detalla.

Por una parte, el razonamiento moral se basa en la toma en consideración de múltiples factores que son relevantes en una situación dada, no en meras reglas simples de decisión consistentes en todo contexto, por lo que la gente, sobre todo en los niveles más altos de desarrollo moral, puede encontrar fácilmente razones para redefinir sus transgresiones como actos éticos o como amorales.

En cuanto a los factores situacionales o ambientales, la Teoría Sociocognitiva y el modelo de causación recíproca que ésta defiende establecen que las personas determinan su ambiente ejerciendo el autocontrol, pero el ambiente también influye en el individuo y su desarrollo de la capacidad de autocontrol, principalmente a través de tres mecanismos:

- 1) proporcionando los incentivos o refuerzos internalizados que motivan y guían la conducta y el sistema moral;
- 2) proporcionando apoyo colectivo para la adherencia a los criterios morales; y
- 3) facilitando la activación y desconexión selectiva de la autorregulación moral.

En concreto, la Teoría Sociocognitiva defiende que una causación recíproca tridimensional, de modo que el comportamiento moral estaría regulado por una influencia recíproca entre tres elementos: 1) el comportamiento; 2) la cognición y factores personales (el pensamiento y las consecuencias o contingencias autoinfligidas ante la conducta); y 3) las influencias ambientales (fundamentalmente dadas por una red de influencias sociales).

Así, una vez desarrollados e internalizados los estándares morales, el comportamiento moralmente relevante produce dos tipos de consecuencias, las reacciones auto-evaluativas y los

efectos sociales. La conducta será más congruente con los estándares morales cuando el comportamiento transgresor no sea fácilmente excusable y las reacciones evaluativas de otras personas relevantes sean compatibles con los propios criterios –situaciones en que los actos deseables socialmente son fuente de orgullo, mientras que los reprobables generan autocensura–. Las personas suelen seleccionar compañeros que comparten sus criterios morales para incrementar la compatibilidad entre las influencias personales y sociales, y asegurarse así apoyo social para su propio sistema de autoevaluación.

La influencia social en los criterios, razonamiento o comportamiento moral es especialmente importante en personas poco comprometidas con sus estándares personales, quienes desde una orientación pragmática ajustarían su conducta a las exigencias de la situación (personas de alta auto-observación, en términos del constructo de Snyder). Sin embargo, pueden existir conflictos entre los criterios morales personales y aquéllos predominantes en el entorno social de la persona, entre las consecuencias autogeneradas y las sociales del comportamiento, y en estas situaciones la probabilidad de que el comportamiento moral se exprese o se inhiba dependerá de factores como la fuerza relativa de la “autoaprobación” y la censura social, la gravedad de los riesgos que entrañe esta última, y el grado en que las personas están dispuestas a mantener sus principios morales aun a costa de sufrimiento.

Por tanto, la autorregulación de la conducta moral puede verse condicionada. Las sanciones autoimpuestas por determinadas transgresiones morales pueden debilitarse o desaparecer a través de razonamientos exculpatorios o justificadores, o bien por medio de determinadas circunstancias sociales que promuevan distintas formas de comportamiento inmoral, ofreciendo diversas razones morales para justificarlo: los mismos principios morales podrían ser utilizados para justificar diferentes acciones, y las mismas acciones pueden justificarse a través de distintos principios morales.

Existen distintos mecanismos o procesos a través de los que se desactiva o se inhibe la activación del autocontrol moral –la autocensura o sanciones autoimpuestas por la transgresión de normas morales–, lo cual permite la realización de diversos tipos de comportamientos dañinos o socialmente censurables –conductas violentas y otros actos extraordinarios de “inmoralidad”, pero también otras formas más cotidianas de la misma–. Tales mecanismos de desconexión moral pueden resolver el conflicto que surge cuando determinadas presiones sociales o el interés propio impele a comportarse de forma que se transgreden los propios criterios morales.

4.2.2. Los mecanismos de desconexión moral

Por tanto, Bandura (1990,1999, 2004) propone ocho mecanismos concretos de desconexión moral, que pueden agruparse en cuatro categorías: 1) los que se centran en la conducta en sí misma; 2) los que lo hacen en las consecuencias de la conducta; 3) los que focalizan su atención en la víctima; y 4) los que lo hacen en la reducción o eliminación de la responsabilidad por la acción cometida.

A. Reconstrucción de la acción dañina o inhumana. Consiste en una reconstrucción cognitiva para justificar una acción en principio reprobable.

a.1. Justificación moral. La conducta en principio reprobable aparece como aceptable personal y socialmente cuando está orientada al logro de objetivos muy valorados desde un punto de vista moral y social. El terrorismo y las intervenciones bélicas pueden parecer loables cuando se dirigen a erradicar el mal del mundo, a derrotar a los infieles, a cumplir los designios de Dios, hacer cumplir los derechos humanos, instaurar la democracia y la libertad, conseguir la paz... Este mecanismo también actúa cuando la gente percibe que la violencia o comportamiento perjudicial o dañino se comete contra opresores despiadados; o para proteger sus valores más estimados o estilo de vida; para salvar a la humanidad de la amenaza de una ideología malvada; o cuando las opciones no violentas se consideran ineficaces, o si se percibe el daño causado como menor que el daño causado por el enemigo (que se evitará con la acción violenta).

Se trata de objetivos que todo grupo violento –terroristas, violencia de estado y contraterrorismo con la aceptación de los daños colaterales, grupos antisistema, la guerra preventiva ante la amenaza nuclear que suponen las naciones rivales, etc.– dice perseguir, independientemente de cuáles sean realmente sus metas: Bandura (1991) señala que la reconstrucción moral de la conducta puede usarse tanto para disfrazar fines en realidad egoístas, como para referirse a formas de violencia que persiguen cambiar situaciones sociales que los actores realmente consideran inhumanas o injustas, como. De hecho, como ya se ha defendido aquí, la mayoría de los actos destructivos han sido cometidos por personas corrientes y decentes en el nombre de altos ideales. Lo que para unos es terrorismo, para otros es una lucha legítima contra la opresión; lo que para otros es violencia injustificada, para algunos es defensa propia.

Los medios de comunicación de masas, con la televisión e Internet a la cabeza, son el principal vehículo utilizado por los grupos violentos para buscar la legitimación de sus acciones y desacreditar a sus opositores. Los grupos terroristas pretenden con sus actos dar publicidad

internacional a sus causas y reivindicaciones, y conseguir así mayor apoyo social e incrementar el número de simpatizantes (Bandura 1990, 2004; de la Corte, 2006).

a.2. Lenguaje eufemístico. Como señala Bandura (2004), una misma actividad puede percibirse de forma muy diferente en función de cómo se la denomine. Etiquetar una acción inmoral con términos que reduzcan sus connotaciones negativas e incluso la haga aparecer como loable. Para ello se suelen utilizar paráfrasis, descripciones científicas complicadas, terminología propia de argots técnicos o militares, oraciones en voz pasiva, etc. (Jackson y Sparr, 2005).

Bandura señala cómo el lenguaje eufemístico se ha utilizado tanto para fomentar una apariencia de mayor respetabilidad de la conducta, como para reducir la responsabilidad personal respecto a ella. Diener, Dineen, Endresen, Beaman y Fraser (1975) comprueban de forma experimental que las personas se comportan de forma más cruel cuando el comportamiento se ha descrito en forma de juego que cuando se ha descrito como agresión. Gambino describió diferentes modalidades de lenguaje eufemístico, entre los que destaca la “limpieza” o “desinfección” del lenguaje, que podría ejemplificarse con la denominación de “daños colaterales” a la muerte de víctimas inocentes, “eliminar” en lugar de matar o asesinar, o el término de “operación” en lugar de ataque; y en general con cualquier utilización de jergas y argots técnicos y militares (en Bandura, 1990); otra forma de lenguaje eufemístico tendría que ver con el uso de metáforas, o la utilización de la voz pasiva como medio para reducir la responsabilidad del agente – dado que enmascara la autoría de los hechos–, como señala Bolinger (Bandura, 1990, 2004). Algunos ejemplos de ello son los términos ataque selectivo, guerra preventiva, intervención militar (frente a guerra)... Un extremo de este mecanismo se ejemplifica de manera magistral en la forma en que se denomina a los distintos ministerios –el del Amor que se ocupa de castigar a la disidencia, el de la Paz que gestiona las guerras, etc.– en la maravillosa novela de G. Orwell, 1984.

En realidad, la etiquetación social de las acciones depende más de la ideología o adscripción de quien las etiqueta que de los actos mismos, de manera que el lenguaje se convierte en un arma más en manos de los grupos que detentan el poder y controlan los medios de comunicación. ¿Es ETA una banda terrorista, o un ejército que lucha contra la opresión de su pueblo?, ¿Es HAMAS un partido político legítimo o una organización terrorista?

a.3. Comparación ventajosa: el comportamiento inmoral puede parecer menos inmoral o incluso revestirse de connotaciones positivas si se le compara con otros comportamientos aún más graves, sobre todo si éstos últimos eran la alternativa al comportamiento ejecutado, o si son evitados por dicha acción. Se trata de la idea de que el comportamiento violento o dañino

previene más sufrimiento del que causa –como trata de sugerir, por ejemplo, el concepto de *guerra preventiva*–. Otra forma de comparación ventajosa consiste en comparar la acción violenta con las acciones previas cometidas por el enemigo (de manera que la se presenta la acción propia como violencia defensiva). En realidad se trata de buscar un “ancla”, una referencia a partir de la cual evaluar el comportamiento violento ejecutado por el propio grupo, de manera que se atenúe el rechazo social que suscita (podría entenderse, por tanto, que está basado en el principio de contraste, o en el fenómeno de contextualización y establecimiento de punto de referencia de la Teoría Prospectiva de Tversky y Kahnemann).

Se pueden encontrar fácilmente ejemplos de este mecanismo en los discursos a través de los que cualquier autoridad que represente a un bando implicado en un conflicto violento trata de legitimar sus actos. Por ejemplo, Bandura (1990) menciona que los promotores de la guerra de Vietnam minimizaron el asesinato de innumerables personas como forma de frenar la esclavización masiva de comunistas, o cómo los terroristas suelen referirse a sus ataques como respuestas defensivas ante la grave opresión y crueldad a que es sometida “su gente”, mientras el contrterrorismo –e incluso la tortura– es legitimado por los estados haciendo referencia a los ataques terroristas y muertes que evitará. En el año 2003 pudimos ver cómo G.W. Bush justificó el derrocamiento de Saddam Hussein y la situación que ello generó en la población Civil de Irak haciendo referencia a que el sufrimiento del pueblo Iraquí era mayor con Saddam en el poder, y, más recientemente, se justificó el asesinato de Osama Bin Laden haciendo referencia a todo el mal que este personaje había causado.

En la interesante película *Rendition* (*El expediente Anwar*, en España), dirigida por Gavin Hood, puede verse cómo se legitima la tortura en referencia al sufrimiento que ésta puede evitar; y, en relación con la mencionada “Operación Plomo Fundido”, El diplomático israelí Schultz hizo de forma reiterada uso de este mecanismo en la entrevista que tuvo lugar en el programa “Los desayunos de TVE” el 13 de enero de 2009. Precisamente en esta entrevista aparecen ejemplos de una última forma de comparación ventajosa muy común pero que hasta la fecha no ha sido descrita como tal –sí lo describió Tsang (2002) como una forma de racionalización moral–, que consiste en comparar la propia acción violenta con acciones similares cometidas por otros agentes, sobre todo agentes considerados “decentes”, “buenos” o legítimos. De esta forma, lo que el grupo hace se “normaliza” y no parece tan “malo” (es lo que pone de manifiesto el refrán popular que reza “mal de muchos consuelo de tontos”).

B. Reconstrucción de los efectos o consecuencias de la conducta: minimización, distorsión o ignorancia de las consecuencias. Las personas o instituciones que comenten actos perjudiciales o dañinos suelen ignorar, olvidar o desatender el daño que causan, enfatizando por

el contrario los posibles efectos positivos que pueden derivarse de ella (a través, por ejemplo, del procesamiento selectivo de la información –atención, percepción y recuerdo selectivos–). Además, tienden a utilizar mecanismos para infravalorar y distorsionar la importancia de los daños causados, desacreditar a las fuentes que lo denuncian, etc. Esto resulta más sencillo cuando las consecuencias de la acción son menos visibles y evidentes, más difusas, abstractas, diferidas o indirectas –por ejemplo, el tráfico de drogas o la contaminación medioambiental a pequeña escala–, así como cuando las personas no pueden utilizar otros mecanismos de desconexión moral, como los de reducción de la responsabilidad.

Las cadenas de mando de muchas organizaciones y la división del trabajo suponen formas de distorsionar las consecuencias de las propias acciones, al tiempo que mecanismos para reducir la responsabilidad personal por el daño causado, como se verá unas líneas más adelante.

C. Mecanismos relacionados con la víctima

c.1. Deshumanización: La empatía hacia el sufrimiento ajeno es mayor cuando la víctima se personaliza, o se percibe como similar (frente a cuando se la considera extraña, desconocida, extranjera, etc.). De igual modo, la personalización y humanización de los otros es un factor que protege de la comisión de actos violentos o dañinos, no sólo directamente, sino también afectando a otros mecanismos de desconexión moral –por ejemplo, la obediencia a la autoridad disminuye bajo condiciones de empatía y contacto directo con la víctima, como ya apuntara Milgram (1980)–. En este sentido, Wohl y Branscombe (2005) encuentran que la categorización social inclusiva de los miembros de un exogrupo históricamente victimario del propio reducía la responsabilización por las afrentas e incrementaba la disposición a perdonar a los miembros de dicho grupo.

Por el contrario, la empatía se reduce y el potencial de discriminación y violencia se potencia cuando se desviste a “los otros” de características humanas –de hecho, la mera categorización social de la víctima lo hace, como demuestran Meier, Hinsz y Heimerdinger (2007)–. De ahí que la autocensura por los comportamientos inmorales puede atenuarse o incluso neutralizarse si se eliminan de la propia conciencia las características humanas de las víctimas –sentimientos, esperanzas, etc.– y se las atribuye cualidades animales o subhumanas, de manera que se dificulta enormemente la posibilidad de identificación y empatía con ellas (por ejemplo, etiquetar o describir a las víctimas como “animales”, “bestias”, “gusanos”...).

Diversos autores (Gibson y Haritos-Fatouros, o Levi, citados por Bandura, 1990) acreditan que la descripción de las personas o colectivos como “salvajes”, “satánicos”, “degenerados”,

“cerdos” facilita su victimización y dificulta la desaprobación de conductas sancionadoras o de castigo contra ellos, hasta el punto que la degradación de la víctima es muchas veces una necesidad psicológica de su ejecutor más que un acto de crueldad gratuito. Muchos factores situacionales, como las condiciones de vida contemporánea, o la disposición de poder coercitivo sobre otros facilitarían el tratamiento despersonalizado y la deshumanización del prójimo (Bandura et al., 1996).

c.2. Atribución de culpa. Una forma reducir la autocensura por las propias acciones es eliminar nuestro sentimiento de responsabilidad por ellas, lo cual se puede conseguir culpando a las circunstancias o a las propias víctimas. Para ello es necesario que el ejecutor defina su conducta como única o última alternativa más allá de su decisión personal –de modo que su actuación aparezca como forzada por las circunstancias–, o bien como respuesta defensiva a una ofensa iniciada por la víctima. No sólo los ejecutores de las acciones, sino también los observadores, pueden culpar a las víctimas de su situación a través del fenómeno del mundo justo descrito por Lerner (1980).

D. Reducción o eliminación de la responsabilidad personal: Una forma reducir la autocensura por las propias acciones es eliminar nuestro sentimiento de responsabilidad hacia ellas, haciéndolas aparecer como ajenos a nuestra voluntad personal, culpando a las circunstancias, distorsionando en definitiva, la relación entre nuestros actos y los efectos a que dan lugar. Desde un punto de vista de la teoría de la atribución, cuando los actos o las consecuencias de los mismos son percibidos como resultado de presiones o factores externos, o como no intencionados o imprevisibles, se reduce la percepción de responsabilidad por los mismos. En definitiva, Bandura describe dos formas fundamentales de conseguirlo:

d.1. Desplazamiento de la responsabilidad: percibir las propias acciones como derivadas de la presión social o las órdenes, mandatos o peticiones de terceras personas o instancias. En un mecanismo muy relacionado con el proceso de obediencia a la autoridad tan bien descrito por Milgram. Los soldados o funcionarios pueden evitar la responsabilidad de sus actos apelando a las órdenes de sus superiores, al deber o a las normas y leyes, mientras que los mártires pueden hacerlo responsabilizando a las sagradas escrituras o a la voluntad de Dios. Las atrocidades cometidas institucionalmente, como las ejecuciones nazis o la masacre de May Lai descrita por Kelman y Hamilton, son ejemplos prototípicos que señala Bandura (1990), a los que podríamos añadir, por qué no, las ejecuciones de pena capital en EEUU y otros países del mundo, o la ejecución de los desahucios (centrándonos en otros tipos de violencia). Siguiendo los planteamientos de Tilker, este mecanismo disminuiría la preocupación tanto por los propios

actos dañinos como por el bienestar de quienes son maltratados por terceras instancias – personas, grupos, organizaciones...– (Bandura, 1990).

Distintos factores afectan al grado de eficacia de este mecanismo, como diversos autores desde Milgram (1980) han apuntado: la alta justificación y consenso social acerca de la moralidad y legitimidad de la acción dañina; la mayor legitimidad que se percibe en la autoridad; que existan o no modelos de desobediencia; el grado en que el ejecutor experimenta de primera mano el sufrimiento de la víctima; el grado en que este sufrimiento es más o menos explícito – no es lo mismo suministrar descargas eléctricas a una persona que molestar a alguien que está haciendo pruebas para acceder a un puesto de trabajo, como ocurre en el estudio de Meeus y Raaijmakers (1986)–; que la exención de la responsabilidad por las consecuencias se acompañe del sentido de responsabilidad por el deber de obediencia al superior; etc.

En muchas ocasiones, este proceso toma una forma más velada e implícita en que las autoridades invitan a la acción y la apoyan, sin llegar a ordenarla explícitamente. De este modo, tanto la autoridad como el ejecutor disfrazan su responsabilidad, y mantienen públicamente la versión de que los echos son resultado de errores aislados debidos a confusiones en la interpretación de lo que había sido ordenado. Otra forma de desplazamiento de la responsabilidad consiste en la ya mencionada “atribución externa de responsabilidades”: designar a la víctima o al enemigo como último culpable de la violencia cometida por el propio grupo, como hacen los grupos terroristas cuando responsabilizan a los estados de la muerte o situación de los rehenes (por no pagar rescates o atender a sus peticiones, por ejemplo).

d.2. Difusión de responsabilidad: consiste en disolver la responsabilidad de los actos “repartiéndola” entre los diferentes responsables. Por ejemplo, a través de la división del trabajo o funciones, las instituciones son capaces de cometer actos atroces sin que ninguna de las acciones de las personas implicadas lo sea, o lo parezca, en sí misma. La toma de decisiones grupal, el comportamiento colectivo –la desindividuación– o la conducta de ayuda son otros ámbitos donde se manifiesta la difusión de la responsabilidad (Jackson y Sparr, 2005). Esta difusión de la responsabilidad se ve reflejada también en los dilemas colectivos de recursos comunes o recursos públicos de la teoría de juegos, a la luz de los que se puede entender comportamientos destructivos o inmorales como el consumo excesivo de energía, la contaminación, la corrupción, la especulación financiera, etc.

En relación con este mecanismo, diversos estudios clásicos desarrollados por Bandura y sus copañeros, Diener, o Zimbardo, muestran que las personas son más duras en sus posiciones y punitivas en las sanciones propuestas cuando toman decisiones colectivamente frente a cuando

lo hacen de forma individual (citados por Bandura, 1990). En un sentido similar, Meier, Hinsz y Heimerdinger (2007) encontraron que los grupos son más agresivos que los individuos, y más cuando actúan contra grupos que contra individuos.

4.2.3. El estudio integrado de los mecanismos de desconexión moral.

Aunque cada uno de forma aislada e independiente, estos mecanismos de desconexión moral han mostrado sus efectos en estudios de laboratorio (Meeus y Raaijmakers, 1986; Milgram, 1980; Zimbardo, 1995), y han sido documentados en diversos episodios reales de violencia colectiva y política (Kelman y Hamilton, 1989). Así, muchos mecanismos constituyen fenómenos que han sido objeto habitual de investigación en sí mismos (por ejemplo, obediencia a la autoridad, desindividuación, deshumanización –con sus múltiples variantes, desde la deslegitimación de Bar-Tal hasta la infrahumanización-, etc.). Sin embargo, el estudio de las consecuencias e implicaciones de los mecanismos de desconexión moral en su conjunto, desde el enfoque teórico de A. Bandura, sólo ha tenido lugar a partir de la construcción de medidas de autoinforme para su valoración. Como defienden Jackson y Sparr (2005), debido quizás al énfasis en el nivel individual del modelo, las primeras escalas para la medición de este constructo (como la de Bandura et al., 1996) se dirigían a la violencia interpersonal de niños y adolescentes, por lo que esta orientación interpersonal de la desconexión moral es la que ha predominado desde finales de los años noventa hasta la actualidad (Véase Bandura y otros, 1996; Bussman, 2008; Menesini, Fonzi y Sánchez, 2002; Mulford, 2004; Paciolo et al., 2008; Ruiz, Sánchez y Menesini, 2002; etc.).

Sin embargo, con posterioridad el versátil modelo de desconexión moral de Bandura ha sido aplicado a ámbitos tan diversos como las transgresiones en la vida cotidiana (Caprara et al., 2006), la delincuencia (Kiriakidis, 2008; Rogers, 2003), la violencia en prisiones (South y Wood, 2006), la violencia contra animales (Vollum, Buffington-Vollum y Longmire, 2002), la transmisión premeditada del VIH (O’Leary y Wolitski, 2009), el engaño académico (Cava, 2000), la corrupción empresarial y política –de enorme interés social en los tiempos que corren– (Brief, Buttram y Dukerich, 2001; Moore, 2008), el deporte (Boardley y Kavussanu, 2007), la toma de decisiones (Detert, Treviño y Sweitzer, 2008), el terrorismo (Bandura, 1990; 2004), la guerra y similares (Grussendorf, McAlister, Sandström y Morrison, 2002; Jackson y Sparr, 2005; Mc Alister, 2001; McAlister, Bandura y Owen, 2006), las torturas (Gibson, 1990) , o la ejecución de la pena de muerte (Osofsky, Bandura y Zimbardo, 2005).

En vista de los objetivos del presente estudio, nos centraremos ahora en la aplicación del modelo de la desconexión moral al ámbito de la violencia colectiva y política, fundamentalmente la guerra.

4.2.4. Desconexión moral en el apoyo a las intervenciones militares o armadas

Como señalan Jackson y Sparr (2005), a pesar de su gran potencial para ello, el modelo de la desconexión moral se ha aplicado relativamente poco al amplio campo de estudio de la Psicología de la Paz y el Conflicto (violencia colectiva y violencia política, como guerra, terrorismo...), centrándose más en la violencia personal e interpersonal, en el contexto de disciplinas como Psicología Evolutiva, Clínica o de la Personalidad. Sin embargo, este modelo es totalmente aplicable para entender tanto la participación (soldados, guerrilleros, terroristas...) como el apoyo o resistencia social a la violencia colectiva. Así, varios autores han elaborado distintas escalas de medida de la desconexión moral en situaciones de violencia colectiva con el objetivo de estudiar el papel que este proceso psicosocial puede ejercer en el apoyo público al uso de la fuerza militar, intervenciones armadas, guerras, etc. (Aquino, Reed, Thau y Freeman, 2007; Grussendorf, McAllister, Sandström, Udd y Morrison, 2002; Howard, Shegog, Gruessendorf, Stelzig y McAlister, 2007; Jackson y Sparr, 2005; Jackson y Gaertner, 2010; Mc Alister, 2001; Mc Alister, Bandura y Owen, 2006).

Pero, ¿Qué aporta la medida de la desconexión moral frente a otras medidas de militarismo, actitudes hacia la intervención militar o conceptos similares?, ¿Es realmente distinguible respecto a ellas? Siguiendo a Jackson y Sparr (2005), la desconexión moral sería un concepto de naturaleza más moral y relacionada con la justicia que la dimensión militarismo-pacifismo (aunque los autores se refieren a un constructo desarrollado por Cohrs y otros, podría generalizarse a las distintas medidas sobre actitudes hacia el militarismo o la intervención militar), mientras que ésta última sería una tendencia más general, más vinculada a consideraciones económicas y políticas. Otra posible relación entre ambos constructos se basa en que la desconexión moral sería un antecedente, un prerequisite para el desarrollo de las actitudes hacia el militarismo, sobre todo de sus aspectos más asociados a la ética y la justicia – J. C. Cohrs establece tres dimensiones para la actitud militarismo /pacifismo, una de ellas de naturaleza moral–. Según Jackson y Sparr, el concepto y medida de la desconexión moral, aunque diferentes a los del militarismo, cuentan además con un valor añadido para el estudio de la paz y el conflicto: su sensibilidad a los factores situacionales presentes en cualquier contexto de conflicto, que son antecedentes de la desconexión moral; la susceptibilidad de ser influidos, como se verá en las siguientes páginas, por la propaganda y los medios de comunicación; y la importancia como marco para la prevención de la guerra y el apoyo o la comisión de otros actos

de barbarie, a través de la sensibilización y educación en el conocimiento de los mismos (véase McAlister, 2001; o Howard et al., 2007)

En coherencia con ello, la desconexión moral se ha mostrado eficaz en la predicción de la disposición a cometer o apoyar la violencia intergrupal: la mayor parte de las investigaciones sobre el tema encuentran una relación muy alta entre desconexión moral y distintos indicadores de apoyo a intervenciones bélicas en general o a acciones armadas concretas, lo que ha sido interpretado como indicador de validez predictiva de las escalas de desconexión moral, o como su papel mediador entre ciertas variables y el apoyo a la intervención militar. De esta manera, se ha encontrado en una muestra norteamericana una fuerte correlación positiva de todos los mecanismos, salvo los asociados a la difusión de la responsabilidad –quizás porque, al no tratarse de sujetos que participaran activamente en esa violencia, este mecanismo no resulta tan relevante–, con el apoyo a la intervención en Iraq y el bombardeo de los refugios de sospechosos de terrorismo (Mc Alister et al., 2006). En dicho estudio, además, la desconexión moral resultó un mediador fundamental que potenciaba –o modificaba, en su caso– en la relación de determinadas variables sociodemográficas –nivel educativo, sexo, etc.– y situacionales –haber experimentado el atentado terrorista del 11-S– con el apoyo a dichas intervenciones (Mc Alister et al., 2006). Se ha encontrado también, en una muestra austriaca, una fuerte relación positiva de estos mecanismos con la dimensión “pacifismo – militarismo” de Cohrs –aunque se comprueba que son conceptos distinguibles–, y con el apoyo a la participación de las fuerzas armadas del propio estado en intervenciones de paz y en las políticas de seguridad europeas (Jackson y Sparr, 2005); con el apoyo a los ataques internacionales de finales del siglo XX sobre Iraq y Yugoslavia, en muestras norteamericana y finlandesa (Mc Alister, 2001); con el apoyo al mantenimiento de la ocupación militar de Iraq y a una hipotética intervención militar sobre un supuesto país vecino en una muestra de estudiantes norteamericanos (Jackson y Gaertner, 2010); con la opinión hacia amenazas militares específicas (Grussendorf et al., 2002); una relación inversa con las reacciones emocionales negativas ante los abusos por parte de soldados norteamericanos sobre detenidos iraquíes, y directa con la percepción de moralidad de respuestas altamente punitivas sobre los culpables del ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 (Aquino et al., 2007).

En clara relación con estos aspectos, Cohrs, Maes, Moschner y Kielmann (2003) investigan, entre población mayoritariamente alemana, los patrones de justificación de quienes apoyan la guerra de Afganistán posterior al ataque terrorista sobre las Torres Gemelas, encontrando que: el apoyo a esta guerra correlaciona positivamente con *la justificación moral de la guerra* y la *negación de responsabilidad*, y negativamente con la *percepción de consecuencias negativas* y la *atribución de culpa* a EEUU, en coherencia con el modelo de Bandura. Centrándose en

quienes apoyan la intervención sobre Afganistán, se encuentra varios patrones, todos ellos caracterizados por *minimización de consecuencias negativas* y *negación de la responsabilidad* de EEUU en la misma (la guerra se percibe como inevitable, sin alternativa, apoyada por la legalidad), por lo que se consideran condiciones necesarias para justificar esa guerra. Sin embargo, los otros factores no resultan tan relevantes, existiendo grupos (clusters) de personas que apoyan la guerra a pesar, por ejemplo, de no considerar del todo *justificada* la misma. En un estudio muy similar acerca del apoyo a la guerra de Kosovo de los años 90, los mismos autores encuentran que tres son los mecanismos clave (*intención recta o justificación moral, minimización de consecuencias y reducción de la responsabilidad*), mientras que la atribución de la culpa a Yugoslavia no es tan relevante, estando también presente en los críticos con la guerra (Cohrs y Moschner, 2002)

Otro aspecto interesante se manifiesta en los hallazgos de Jackson y Gaertner (2010), que observan un predominio en el uso de distintos mecanismos de desconexión moral ante diferentes situaciones o contextos de conflicto: para la justificación de una acción armada ya desarrollada por el propio grupo de pertenencia (el mantenimiento de la ocupación de Iraq), los sujetos hacen uso predominantemente del mecanismo de la *minimización de consecuencias*, mientras que en el apoyo de una hipotética acción militar futura (ataque a un supuesto país vecino imaginario) se centran en la *justificación moral*. Estos resultados sugieren que los mecanismos de desconexión moral pueden utilizarse tanto de forma prospectiva –como antecedente del apoyo o desarrollo de acciones violentas–, como a manera de mecanismo de racionalización moral retrospectiva –para justificar decisiones o acciones pasadas, tratando de “salvar los muebles” en cuanto a autoestima o imagen pública se refiere–. Además, parece que los distintos mecanismos pueden ser especialmente frecuentes o eficaces para cada una de las funciones apuntadas.

En los diferentes estudios mencionados se han utilizado diversas escalas parecidas entre sí, en inglés y en alemán, aunque ninguna de ellas parece haberse impuesto claramente como la más válida y fiable. Partiendo de dos líneas básicas (una basada en el *Peace Test Scale* de McAlister, otra más diversa, con origen en la *Terrorism-Questionnaire*, de Jackson y Sparr, 2005), cada estudio presenta su propia escala en la que muchos ítems, pero no todos, proceden de estudios anteriores –en ocasiones con ligeras modificaciones en su redacción o en la escala de respuesta–. Hasta la fecha no existe ningún estudio con muestras española sobre este tema.

Variables asociadas a la desconexión moral en el apoyo a las intervenciones armadas.

Algunas de las investigaciones que nos ocupan, siguiendo la pauta marcada por la aplicación del modelo a otros campos como el de la delincuencia o la agresión en adolescentes, se han acercado al concepto de desconexión moral entendiéndola como una variable personal, interesándose en las diferencias individuales existentes en la susceptibilidad a tales mecanismos. En coherencia con ello, diversos estudios encuentran que determinadas variables sociodemográficas (el sexo, el nivel educativo, la región de procedencia, la edad, el grupo étnico) están relacionadas con el nivel de desconexión moral y el apoyo a las intervenciones armadas, entendiendo que el sistema moral es el resultado evolutivo de determinadas experiencias afectadas por tales variables sociodemográficas. Así, las mujeres parecen ser más resistentes a la desconexión moral (Howard y otros, 2007; Mc Alister y otros, 2006) –aunque no todos los estudios hallan relación, véase Jackson y Sparr (2005)–, quizás porque la socialización de género de los varones les haría más susceptibles tanto a los mecanismos que nos ocupan como a la conducta transgresora o la agresividad en general. El alto nivel educativo es otro factor que parece proteger, en general, de la desconexión moral, probablemente porque posibilitaría entender mejor los conflictos internacionales y sospechar de los discursos de los políticos y sus intentos de investir de moralidad las intervenciones armadas; por el contrario, las personas de bajo nivel educativo estarían más expuestas a la televisión, que en muchos casos promueve discursos que facilitan la desconexión moral, sobre todo cuando a los grupos de poder les interesa apoyar determinadas intervenciones militares (Jackson y Sparr, 2005; Mc Alister y otros, 2006); en cuanto a la edad, Howard et al. (2007) encuentran un máximo en desconexión moral en los 45 años que va reduciéndose en edades más avanzadas, otros estudios encuentran una relación positiva sólo con algún mecanismo aislado –la minimización de consecuencias (McAlister y otros, 2006)–, y otros no hallan relación alguna (Jackson y Sparr, 2005); en lo referente a la región o lugar de procedencia, los ciudadanos estadounidenses países –quizás acostumbrados a una política exterior agresiva– se verían más afectados que los de otros países (Howard et al., 2007; McAlister, 2001), encontrándose también diferencias entre distintas regiones estadounidenses (McAlister et al., 2006); por último, los estudiantes de medicina y salud pública (Howard et al., 2007), y los americanos de minorías étnicas (Mc Alister et al., 2006) muestran menos desconexión moral que otros estudiantes y ciudadanos de raza blanca, respectivamente, lo que viene a señalar la dependencia que el desarrollo de estos mecanismos tiene respecto al contexto normativo de socialización.

Además, y de mayor interés para los objetivos de esta tesis, parece haber una clara relación entre el uso de mecanismos de desconexión moral y variables asociadas a la ideología política: con muestra austriaca, Jackson y Sparr (2005) hallan una correlación positiva de la desconexión

moral en intervenciones militares con el conservadurismo político (orientación política conservadora); en coherencia con tales hallazgos, esta vez con muestra norteamericana, Jackson y Gaertner (2010) encuentran que dos variables asociadas al conservadurismo, el autoritarismo de derechas (RWA) y la orientación de dominancia social (SDO), correlacionan positivamente con la desconexión moral también en situaciones de intervención militar. Más adelante se profundizará en esta relación.

Más allá de que existan diferencias individuales en el “nivel” de desconexión moral de las personas, en su aplicación a la violencia colectiva resulta capital enfatizar los condicionantes contextuales o situacionales. Es decir, qué condiciones o factores facilitan (u obstaculizan) la desconexión moral, promoviendo o dificultando el apoyo social a intervenciones armadas, actos revolucionarios, guerras, etc. Por ejemplo, Mc Alister y otros (2006) muestran que el nivel de desconexión moral respecto al uso de la fuerza militar en Iraq y contra refugios de sospechosos de terrorismo era mayor poco después de los atentados del 11 de septiembre que antes, lo que sugiere que un contexto de conflicto o amenaza puede facilitar los mecanismos de desactivación moral. En este tipo de situaciones, los discursos derivados de grupos, instituciones y medios de comunicación pueden ejercer un papel fundamental. En relación con ello, existen estudios que se centran en cómo los mecanismos descritos por Bandura pueden modificarse, promoverse o atenuarse fundamentalmente a través de la comunicación persuasiva (Dunn, Moore y Nosek, 2005; Jackson y Sparr, 2005; Mc Alister, 2001). No obstante, entrar a detallar el contenido de estos estudios excede los objetivos de esta tesis.

4.2.5. Un mecanismo especial de desconexión moral: la deshumanización y sus formas.

Profundizaré ahora en un mecanismo de desconexión moral especialmente relevante, tanto a nivel académico como aplicado. Desde el punto de vista aplicado, se trata de una de las bases para la construcción de una imagen peyorativa de las víctimas de la violencia por parte de quienes la desarrollan o legitiman, probablemente el aspecto más determinante para la justificación de la barbarie (Blanco, 2004). En este sentido, negar la completa humanidad de los enemigos resulta habitual –e incluso una necesidad psicológica– en contextos de violencia colectiva –agresiones intergrupales, genocidios, guerras, torturas, ataques terroristas o contraterroristas, etc.–, puesto que facilita algo que de otro modo resultaría harto difícil: agredir, maltratar o incluso matar a otros sin que la culpa atormente al responsable (Castano y Giner-Sorolla, 2006).

Desde un punto de vista académico merece también una atención especial. En una revisión sobre el tema, Haslam (2006) apunta que el estudio de la deshumanización se ha desarrollado en

líneas de investigación diversas e inconexas –ha sido utilizado en dominios tan heterogéneos como el de género y pornografía, la medicina, la tecnología, o las relaciones interétnicas–, por lo que no cuenta con una base teórica sistemática. En todo caso, a menudo implica que los otros son descritos asociándolos con animales y bestias, o como bárbaros con escasa sofisticación –salvajes impulsivos–, o bien infantilizados para destacar su irracionalidad. Desde el campo concreto que nos ocupa, se concibe como una forma extrema de prejuicio que, con diferentes denominaciones y algunos matices diferenciadores, ha sido vinculada con los conflictos intergrupales y la violencia colectiva –guerras, terrorismo, genocidios, etc.– por muy diversos autores.

Por ejemplo, ya se ha tenido la oportunidad de analizar la importancia de este proceso como uno de los elementos fundamentales de la construcción de la imagen del enemigo en los procesos de patología grupal o legitimación de violencia política, o como un mecanismo de desconexión moral. Pero, obviamente, Blanco, Sabucedo, o Bandura, no son pioneros en describir su importancia. Por ejemplo, Sabucedo y sus colaboradores fundamentan gran parte de sus postulados en el enfoque Rafael Bar-Tal (1990). Para este autor, la deshumanización sería una más entre otros mecanismos de deslegitimación del adversario. Estos mecanismos o creencias se desarrollarían como consecuencia de los conflictos violentos, e implicarían la inclusión del enemigo dentro de categorías extremadamente negativas, de manera que quede excluido del ámbito de los grupos humanos que resultan aceptables⁵.

Por otro lado, tanto Kelman (1976) como Opatow (1990) se refieren a la deshumanización en términos muy similares a los de Bandura, como un mecanismo que facilita la violencia excluyendo a la víctima del ámbito en el que los principios de razonamiento o comportamiento moral son aplicables, o debilitando las restricciones morales que obstaculizan los actos violentos o la barbarie. Kelman entiende que la deshumanización implica la negación de la identidad de la víctima como ser individual y de su “comunalidad” –como miembro de una red de personas que se apoyan unos a otros–, lo cual los desindividualiza haciéndoles perder la capacidad de evocar compasión y emociones morales, facilitando su tratamiento como medios para conseguir otros fines. Opatow (1990) habla de “exclusión moral” para referirse al proceso mediante el que determinadas personas son excluidas del ámbito en que los valores y reglas morales y de justicia son de aplicación. Promovido por el conflicto social y el sentimiento de

⁵ Entre las creencias deslegitimadoras figuran la proscripción o categorización del exogrupo como violador de normas sociales –ladrón, terrorista, asesino, etc.–, la caracterización a través de rasgos socialmente muy indeseables –como violentos, malvados, etc.–, el uso de rótulos políticos –fascistas, nazis, skinheads, fachas–, o la comparación con grupos de características muy negativas –malhechores, criminales, piratas, etc.–, y la deshumanización –implica asociar a los miembros del exogrupo con animales o con ciertas categorías “suprahumanas”, como los demonios– (Bar-Tal, 1990).

desconexión, sus consecuencias oscilan desde la indiferencia hacia el sufrimiento ajeno, hasta el genocidio. Entre las distintas formas de exclusión moral se encuentra la deshumanización, pero también la condescendencia (que implica superioridad, tratar al otro como infantil o irracional), la toma de distancia, o la orientación técnica hacia el otro (concebirlo como un medio).

Schwartz y Struch (1989) entienden la deshumanización de una forma algo diferente. Para estos autores, los valores de las personas y su sensibilidad moral expresarían su humanidad, puesto que implican la superación de la “primariedad” animal. Las creencias acerca de la escala de valores de un grupo dado reflejarían la percepción que se tiene de su humanidad, de manera que percibir que un exogrupo tiene valores diferentes a los propios implicaría una disminución en la percepción de humanidad compartida y cierta indiferencia por sus necesidades. La percepción de valores hedonistas y de falta de valores prosociales –compasión por los débiles, etc.– sería otra forma de deshumanizar al otro.

El mismo Nick Haslam (Haslam, 2006; Haslam et al., 2007) propone un modelo que intenta integrar las diferentes concepciones existentes de deshumanización. Dado que deshumanizar implica negar la humanidad, Haslam distingue entre dos tipos de deshumanización, que se basan en la negación de dos conceptos distintos de la naturaleza humana:

1. Humanidad como posesión de características exclusivamente humanas, que distinguen a las personas de los animales –como el lenguaje, los procesos mentales superiores, los sentimientos, la consciencia, los valores prosociales, etc.–. Tienen que ver con la sofisticación cognitiva, cultura, refinamiento y la sensibilidad moral internalizada. Se trata de aspectos aprendidos, variables interculturalmente, en los que resulta esencial el proceso de la socialización. La forma de deshumanización correspondiente sería la *animalística*, que no se limita a contextos intergrupales, y que implica percibir al otro como incivilizado, tosco, impulsivo, amoral, instintivo, carente de autocontrol, irracional, inmaduro o infantil.

2. Humanidad como posesión de características propias de la naturaleza humana, que son típicas, esenciales o centrales para las personas, aunque no necesariamente exclusivas de nuestra especie. Se trata de elementos que vinculan a los humanos con sus disposiciones biológicas innatas, universales (sin variabilidad intercultural), como la emocionalidad, la calidez, la apertura mental, iniciativa individual y profundidad. La *deshumanización mecanicista* sería la consecuencia de su negación, en la que podría decirse que se compara a las personas con máquinas, e implicaría la percepción del otro como carente de emocionalidad, frialdad en las relaciones, rigidez, pasividad y superficialidad.

Me centraré por último en dos formas relativamente novedosas de deshumanización que ejemplifican perfectamente cada una de estas dos modalidades básicas propuestas por Haslam, y que han inspirado gran cantidad de investigaciones: la infrahumanización y la minimización emocional –muy reciente propuesta que se ha inspirado en la infrahumanización, como a continuación se analizará–.

Infrahumanización

Se trata de una forma particular de deshumanización que ha recibido un importante desarrollo teórico y empírico durante la última década, y que tiene su origen en el trabajo de un grupo internacional de investigación en el que destacan profesores de la Universidad de La Laguna, en Tenerife. En correspondencia con la deshumanización animalística de Haslam, la infrahumanización hace referencia a un proceso que implica considerar al propio grupo como el más exclusivamente humano, mientras que se percibe a los demás como menos humanos y más parecidos a los animales (Leyends, Paladino, Rodríguez-Torres, Vaes, Demoulin, Rodríguez-Pérez y Gaunt, 2000; Leyends, Demoulin, Vaes, Gaunt y Paladino, 2007). Dado que se asume que uno de los elementos esenciales de la humanidad es la capacidad de experimentar sentimientos –o emociones secundarias–, este paradigma teórico y metodológico defiende que las personas atribuimos más emociones secundarias que consideramos exclusivamente humanas –pero no emociones primarias, compartidas con los animales– a los miembros de los endogrupos que a los de los exogrupos.

Como señala la literatura sobre el tema (Demoulin, Rodríguez et al., 2004), existen diferencias muy importantes entre la infrahumanización y otras formas de deshumanización:

- a) la infrahumanización se manifiesta de forma más implícita, dado que no requiere asociar directamente al exogrupo con los animales, siendo a menudo difícil que las personas que infrahumanizan sean conscientes de ello y puedan modificar sus reacciones;
- b) Frente a otras formas de deshumanización, que conllevan desvestir a los otros de toda humanidad y se dan exclusivamente en situaciones extremas –como genocidios y otras manifestaciones de violencia política de conflicto intergrupual–, la infrahumanización sería una forma moderada de deshumanización –un punto medio en un supuesto continuo entre los extremos de humanización y deshumanización– que se da también en situaciones normales y cotidianas, y se asocia a formas más suaves de discriminación.

c) En cualquier caso, la infrahumanización, al igual que la deshumanización, serviría a los propósitos etnocéntricos de favoritismo endogrupal y rechazo exogrupal.

Detengámonos algo más en sus fundamentos teóricos y hallazgos empíricos.

El fundamento básico de la infrahumanización viene dado por diversas teorías que vinculan la categorización social con el *esencialismo*: en resumidas cuentas estas teorías defienden que, dada nuestra tendencia general a la categorización social, los seres humanos tenemos gran facilidad para percibir a las personas como pertenecientes a diversos grupos sociales que suelen ser entendidos como realidades objetivas, estables y absolutas. Cuando tratamos de explicar la particularidad de cada grupo y las diferencias con otros grupos, tendemos a recurrir a los estereotipos o a las “esencias” de tales grupos –las “sustancias” que les hacen ser lo que son–, más que a las contingencias (Leyends et al., 2007).

Por otra parte, dada la generalidad del etnocentrismo, las personas tendemos a percibir que nuestro propio grupo es superior en diversas dimensiones a los exogrupos, que carecerían de ciertas características importantes para ser comparables con el endogrupo. Una de esas características sería la esencia humana: la *infrahumanización* consistiría en la tendencia general a percibir una menor esencia humana en los exogrupos que en los endogrupos. Pero, ¿Qué es la esencia humana?

La esencia humana radicaría en los aspectos únicamente humanos, que distinguen a las personas de otras especies animales. A través de un acercamiento empírico llevado a cabo en diferentes países, Leyends y sus colegas (2000) concluyen que la esencia humana, tal y como es percibida por las personas, radica en la inteligencia –razonamiento o pensamiento–, los sentimientos –frente a las emociones, que son percibidas como compartidas con otras especies–, y el lenguaje –la comunicación–. El estudio empírico de la infrahumanización se ha centrado en las emociones secundarias por varias razones: han sido relacionadas en menor medida que los otros dos con el prejuicio en estudios previos; son tan propias de los grupos de alto como de los de bajo estatus; son menos susceptibles a la deseabilidad social; y suponen una forma de medida más sutil e indirecta (menos consciente para los sujetos) de la infrahumanización.

Este paradigma está interesado, no tanto en la distinción real, científica y objetiva entre las emociones básicas y las exclusivamente humanas, sino en la distinción o percepción que la gente establece entre estas dos formas de emoción (Demoulin, Leyends et al., 2004). Es decir, la clave para que se dé la infrahumanización radica en que las personas atribuyan menos emociones de las que ellos perciben como exclusivamente humanas a los exogrupos, con independencia de que sean o no realmente únicas en nuestra especie. Para validar la distinción

entre emociones –o emociones primarias– y sentimientos –o emociones secundarias– , Demoulin, Leyends et al. (2004, estudio 1) llevaron a cabo una investigación intercultural en varios países e idiomas, en los que se encontró una gran convergencia en lo que se considera emociones primarias y secundarias en distintos países y lenguajes⁶.

Desde este punto de partida, la hipótesis principal del paradigma, que ha recibido apoyo empírico en diversos estudios, propone que las personas atribuimos más emociones secundarias o sentimientos que consideramos exclusivamente humanos –pero no emociones primarias compartidas con los animales– a los miembros de los endogrupos que a los de los exogrupos, con independencia de su valencia o deseabilidad. Además, esto ocurre en condiciones cotidianas, sin necesidad de la existencia de una situación de competencia o conflicto. Esta hipótesis ha sido replicada con múltiples procedimientos –descripción de grupos con listas de emociones, test de asociación implícita, etc.–, con diferentes endogrupos y exogrupos, población de diversos países, distintos listados de emociones primarias y secundarias, etc. –con todo, la infrahumanización requiere algo más que mera categorización: es necesario que las categorías sean significativas, que exista identificación endogrupal y que se de la “esencialización” de los grupos– (Demoulin, Leyends et al., 2004; Rodríguez et al., 2006; DeLuca-McLean y Castano, 2009, etc.).

La infrahumanización puede tener consecuencias socialmente indeseables. Por ejemplo, ha mostrado relacionarse negativamente con la tendencia a ayudar a las víctimas de desastres naturales en EEUU (Cuddy, Rock y Norton, 2007), o con la predisposición al perdón entre grupos enfrentados (Tam et al., 2007). Además, experimentalmente se ha comprobado que la infrahumanización de un grupo puede promover mayores niveles de percepción de amenaza y de discriminación contra el mismo (Pereira, Vala y Leyends, 2009).

⁶ Para validar la distinción entre emociones –o emociones primarias– y sentimientos –o emociones secundarias, como han sido etiquetadas por Demoulin y sus colegas, referidas a un subtipo de emoción exclusivamente humana–, Demoulin, Leyends et al. (2004, estudio 1) llevaron a cabo una investigación intercultural en varios países e idiomas, en los que presentaron una serie de palabras que expresan aspectos emocionales y pidieron a los sujetos que las puntuaran según el grado en que consideraban que eran exclusivamente humanas y según otras doce cuestiones. En cuanto a los resultados, un análisis factorial encontraron básicamente dos factores: emoción primaria o secundaria; y valencia de las emociones (si las consideraban más o menos positivas o negativas). La puntuación en exclusividad humana se mostró como buena predictora de las emociones secundarias. Por otra parte, se encontró una gran convergencia en lo que se considera emociones primarias y secundarias en distintos países y lenguajes, caracterizándose estas últimas por ser menos visibles e intensas, aparecer más tarde en la vida, y estar más vinculadas a la moral y la cognición. A pesar de que desde las teorías científicas la distinción entre emociones primarias y secundarias (o sentimientos) es categórica, desde el punto de vista de las personas corrientes parece ajustarse más a un continuo.

Minimización emocional

En estrecha relación con la infrahumanización, pero conceptualmente más cercana a la *deshumanización mecanicista* de Haslam, la minimización emocional ha sido propuesta por Leidner, Castano, Zaiser y Giner-Sorolla (2010) como un mecanismo de desconexión moral que implica infravalorar la capacidad de determinados grupos sociales para mostrar o desarrollar respuestas afectivas –o bien una disminución en la estimación de esa capacidad–, sin distinguir entre emociones primarias y emociones secundarias o sentimientos. Liedner y sus colegas consideran a la minimización emocional como un paso más extremo hacia la ausencia de empatía, puesto que implica de alguna forma subestimar la sensibilidad emocional o la capacidad para sufrir de ciertas personas. De ello que se deriva que las ofensas, humillaciones o agresiones de las que estas personas son víctimas podrían no parecer tan graves o inaceptables como en principio pudieran haberse percibido. Esto parece favorecer la exclusión de estas personas del ámbito en el que son aplicables los principios de la moralidad y la justicia.

Como más adelante se detallará, la deshumanización en sus distintas variantes –también la infrahumanización y la minimización emocional– está relacionada con distintas variables asociadas con la ideología política, siendo más propia de personas conservadoras, con alto autoritarismo de derechas, nacionalistas, alta orientación de dominancia social, moralidad conservadora, etc. (De Luca - Mc Lean y Castano, 2009; Jackson y Gaertner, 2010; Leidner et al., 2010; Seemann y Brady, 2008; Viki y Calitri, 2008).

4.3. MODELO INTERACCIONAL DE TSANG SOBRE EL COMPORTAMIENTO INMORAL

De forma parecida a los trabajos encabezados por Sabucedo, Amalio Blanco o de la Corte, pero con un enfoque más individual, Tsang (2002) también aborda la cuestión acerca de cómo es posible que el ser humano cometa tantas atrocidades y sea fuente de tanto *mal* –entendiendo éste como sinónimo de comportamiento antiético o inmoral, refiriéndose a cualquier comportamiento que objetivamente viola los principios morales de quien los ejecuta –. Frente al predominio histórico de las explicaciones disposicionales –psicopatología, déficits de socialización, rasgos peculiares de personalidad...– entiende sin embargo el origen de la conducta “inmoral” en términos interaccionales que integran las explicaciones disposicionales con las situacionales.

Asumiendo que el actor valora los principios morales, algunos factores situacionales, como el estado agéntico promovido por una figura autoritaria, la rutinización, o la despersonalización –

los descritos por Blanco y sus compañeros (2004) como elementos estructurales—, pueden impedir un segundo paso importante: tener presentes o accesibles los principios morales, considerar que son relevantes en un contexto dado, tomar conciencia de las consecuencias de sus actos. Estos factores permitirían a la persona violar los principios morales conservando la percepción de que no lo ha hecho, sin necesitar de la racionalización, dado que el foco de atención y los criterios que guían la conducta del individuo han pasado de la individualidad —y la moralidad— a la de criterios diferentes —los roles, el deber de obediencia, el de hacer bien su trabajo, etc.—

Superado este primer escollo, una vez las personas asumen la relevancia de la moralidad en una situación determinada, el comportamiento basado en principios morales dependería de una evaluación de los costes y beneficios derivados de comportarse moralmente, así como de violar los principios morales. La tendencia hedónica propia del ser humano, guiado en gran medida por el autointerés, puede hacer más costoso y menos probable el pulcro ajuste a los propios principios morales. Si el individuo decide violar tales principios, probablemente hará uso de los mecanismos de racionalización moral a su alcance que le permitan reconstruir la acción inmoral como moral, o bien como irrelevante desde el punto de vista moral.

Por tanto, es en el momento en que el actor decide conscientemente actuar de forma inmoral, cuando aparecen los elementos asociados a lo que aquí se ha denominado *factores ideológicos*, esta vez en forma de mecanismos de racionalización moral. Tsang se refiere a la *racionalización moral*, que considera equivalente a la desconexión moral de Bandura, como “el proceso cognitivo que los individuos usan para convencerse a sí mismos de que su conducta no viola sus estándares morales” (Tsang, 2002, p. 26), y que supone, por tanto, una reconstrucción —de la percepción— del acto.

Los métodos de racionalización son múltiples: junto a los descritos por Bandura como mecanismos de desconexión moral, Tsang (2002) añade: la *exclusión moral* descrita por Opatow, muy relacionada con la deshumanización y culpabilización de las víctimas, que consiste en excluir a éstas del ámbito de aplicación de los principios morales —uno puede estar a favor de los derechos humanos, pero establecer salvedades para terroristas, o violadores, por ejemplo—; *centrarse en las acciones de los otros* —víctimas, verdugos y testigos—, de manera que el comportamiento de éstos ofrece cobertura para el del actor como punto de referencia —procesos como la normalización, la conformidad social o la comparación social, ayudan a entender que la acción inmoral de uno, o su falta de iniciativa moral, se relativizan cuando otras

personas actúan igual–; *la fragmentación de la identidad*⁷, que consiste en escindir los aspectos identitarios moralmente negativos de los positivos, de manera que se consigue mantener un sentido global de valía o dignidad personal.

Para finalizar con este modelo, cabe apuntar el desarrollo que Tsang predice para este tipo de actos: una vez cometidas las primeras acciones inmorales, éstas se reforzarían a sí mismas generando una escalada en su intensidad o gravedad, como predicen diversas teorías (como la teoría de la disonancia cognitiva, en especial bajo el paradigma de la justificación del esfuerzo).

Relación entre los modelos de racionalización moral, desconexión moral y el de la legitimación social de la violencia política.

Por lo hasta aquí expuesto, a pesar de las claras diferencias en los planteamientos de los distintos modelos descritos, parece haber nítidos nexos de unión entre los enfoques que pueden hacerlos compatibles. Ya se ha visto que Tsang (2002) incluye los mecanismos de desconexión moral entre sus estrategias de racionalización moral, mientras que los factores situacionales que describe vienen a coincidir en gran medida con las condiciones estructurales que defiende Blanco (2005). En cuanto al modelo de Sabucedo y su grupo de trabajo, existen paralelismos muy relevantes con los mecanismos de desconexión moral que establece Bandura –y, por extensión, los mecanismos de racionalización moral de Tsang–, a pesar de que estos enfoques difieren notablemente en diversos aspectos: el planteamiento de Sabucedo y los demás autores citados se centra en los mecanismos de justificación como ideología, como sistema colectivo de creencias, como discurso socialmente compartido y construido, enfatizando el rol de la construcción social del discurso, de la persuasión, los procesos de innovación social, el nivel de análisis supraindividual, inspirando investigaciones fundamentalmente cualitativas basadas en el análisis discurso.

Por el contrario, el planteamiento de Bandura –también el de Tsang – está más centrado en la superación de la disonancia cognitiva, en la autojustificación, en el tipo de creencias que facilitan que una persona en principio “buena”, “de bien”, realice o apruebe actos también en

⁷ Este mecanismo, descrito por Todorov (1996) en su análisis del comportamiento de los guardias en los campos de concentración nazis, se puede manifestar en distintas formas, como la discontinuidad, que se muestra a través de un comportamiento impredecible (ser agradable con alguien y un minuto después tratarlo mal), o la separación en distintos ámbitos de la vida (un comportamiento sádico en unos contextos, compatible con la cultura, el amor a la literatura o la poesía, o la separación entre vida pública o profesional y la privada. En el documental “El alma de los verdugos”, dirigido por el Juez Baltasar Garzón, puede observarse un claro ejemplo de este proceso en el comportamiento de algunos de los torturadores de la dictadura argentina, que eran buenos padres de familia que llevaban a sus hijos al colegio antes de torturar a sus víctimas.

principio reprobables o censurables, superando sus restricciones internalizadas. Es decir, se centra en un nivel de análisis intrapersonal, a pesar de la evidente naturaleza social y colectiva tanto de los principios morales que deberían restringir la conducta, como, en muchos casos, de los factores que permiten la emergencia de razonamientos morales exculpatorios, mecanismos de desconexión moral y/ o el comportamiento en principio transgresor. Como ya se ha puntualizado, el modelo de la desconexión moral ha dado lugar a la construcción de escalas para evaluar tales procesos desde una perspectiva cuantitativa, a través de estudios de naturaleza comparativa, correlacional y cuasiexperimental.

Sin embargo, a pesar de que ambos modelos enfatizan aspectos diferentes en cuanto a su nivel de análisis y sus métodos predominantes de investigación, parece existir un claro paralelismo entre los mecanismos de desconexión moral planteados por Bandura y las condiciones ideológicas y estructurales postuladas por Blanco, o Sabucedo y su grupo de investigación, como claves para la legitimación de la violencia política. Así, los mecanismos del modelo de Bandura relacionados con la reconstrucción de la conducta, sus consecuencias y las víctimas, coinciden en gran medida con las condiciones ideológicas de Blanco o Sabucedo –justificación moral y lenguaje eufemístico se vinculan claramente con los fines de la violencia política, la construcción de la situación conflictiva y de injusticia; la comparación ventajosa y la distorsión de consecuencias, con la construcción de los medios, la violencia como eficaz o necesaria; la deshumanización y atribución externa de responsabilidades se correspondería con la construcción del exogrupo como enemigo–, mientras que los mecanismos relacionados con la distorsión de la responsabilidad –difusión y desplazamiento de la responsabilidad– son similares a las condiciones estructurales que defiende el modelo de Sabucedo, o Amalio Blanco y sus compañeros (2004), o Tsang (2002) –obediencia a la autoridad, desindividuación, despersonalización, rutinización...–. Por tanto, se puede defender que se trata de enfoques compatibles: evidentemente, los mecanismos de desconexión moral de que pudieran hacer gala los miembros de un grupo involucrado en una situación de violencia colectiva podrían ser el reflejo de una ideología legitimadora de la violencia, socialmente compartida, y promovida por las instituciones y los medios de comunicación.

4.4. FUNDAMENTOS MORALES Y VIOLENCIA COLECTIVA

Ya se ha desarrollado la idea de que el “mal”, la barbarie, los sucesos que a todos nos ponen los pelos de punta, la violencia colectiva, pueden venir motivados más por la rectitud moral que por la ausencia de principios. Baumeister con su *mal idealista*, los peligrosos ideales de los que hablaba Rafael del Águila, algunos mecanismos de desconexión moral de Bandura o la importancia de los fines en los discursos legitimadores de la violencia (Sabucedo y su grupo de

investigación), han dado pie a considerar un problema que puede investigarse desde las propias teorías psicológicas sobre la moralidad: ¿Puede una mayor moralidad promover la violencia intergrupal?; ¿Toda forma de moralidad puede promover la violencia, o algunos tipos o formas de la misma son más dados a hacerlo? Tras realizar un resumido análisis del desarrollo histórico del estudio de la moralidad en Psicología, me centraré en lo que algunos desarrollos teóricos y empíricos de la moralidad sugieren acerca de la relación entre moralidad y apoyo de la violencia intergrupal, tomando como referencia la teoría de los Fundamentos Morales (*Moral Foundations Theory*, MFT) de Haidt y sus compañeros (Haidt y Graham, 2007; Haidt y Joseph, 2004)

4.4.1. Breve historia del estudio psicológico de la moralidad

En uno de sus trabajos, Haidt (2008) describe de forma sintética y magistral el desarrollo que el estudio y la investigación acerca de la moralidad han experimentado en el campo de la Psicología, distinguiendo dos grandes líneas en que la evolución ha sido notable: una, referida a los aspectos que pueden considerarse pertenecientes a los dominios de la moralidad; y la otra, en cuanto a la forma de entender y estudiar el razonamiento o la conducta moral (como aspecto meramente racional, o bien determinado por aspectos emocionales y motivacionales). Me centraré en la exposición de Haidt, salvo cuando explícitamente cite a otros autores.

En concreto, Haidt argumenta que hasta finales del siglo XX la tendencia predominante en el campo de la moralidad fue la de una perspectiva cognitiva que superó claramente las aportaciones psicodinámicas y conductistas al respecto, y que entendía la moralidad de forma individual –como asuntos relacionados con la justicia, los derechos, el bienestar y el cuidado de las personas, que son un fin en sí mismos y nunca un medio para otros fines–, centrándose en el razonamiento moral desde el punto de vista de la “frialidad cognitiva”. Sin embargo, desde los primeros años del siglo XXI han emergido y se han hecho predominantes diversos enfoques que entienden la moralidad como un espectro mucho más amplio y en cuya génesis los aspectos intuitivos, emocionales y motivacionales son mucho más relevantes de lo que anteriormente se había considerado.

En efecto, el Psicoanálisis fue el primer planteamiento importante que en la Psicología moderna abordó el desarrollo moral, en la medida en que la teoría freudiana establece varias fases –oral, anal, ...– en el desarrollo del yo que implican limitar el ello y su principio del placer. Esto se conseguiría gracias a la interiorización de la figura paterna y las normas morales (superyo), y al desarrollo del yo como la instancia equilibradora que permite la satisfacción de los deseos evitando un sentimiento neurótico de culpa. Los acercamientos conductistas se centraron en la

conducta moral desde el punto de vista del aprendizaje social, pero no llegaron a tener una gran repercusión. Con todo, mantienen cierta vigencia gracias a la ya analizada teoría socio-cognitiva de Bandura –que está en el origen del planteamiento de los mecanismos de desconexión moral–, y de ciertas líneas de estudio sobre procesamiento automático de la información moral.

Tanto los planteamientos psicodinámicos –que no consiguieron apoyos empíricos consistentes–, como los conductistas, fueron superados por unos emergentes acercamientos cognitivistas que fueron los dominadores absolutos entre los años 60 y 80, entre los que destacan los esfuerzos de autores como Piaget, Kohlberg, Gillian o Turiel. Para Piaget, el desarrollo de la moralidad pasaría por una serie de fases en las que los niños acabarían desarrollando un razonamiento moral autónomo desvinculado del principio de autoridad que en un principio lo gobernaba: se pasaría de una etapa de respeto total y acrítico hacia los adultos (una etapa de moralidad autoritaria), a otra en la que aprenden la moral por experiencia directa, con independencia de la figura adulta. Profundizando en la línea de Piaget, Kohlberg se convierte en una figura clave, planteando las archiconocidas etapas del desarrollo de una moralidad entendida como los aspectos relacionados con los derechos y la justicia. Así, en una primera etapa de moralidad egocéntrica, son las consecuencias para el propio individuo implicado –el miedo al castigo– las que marcan la línea divisoria entre lo correcto y lo incorrecto, determinando la conducta moral (“aquello que me hace daño es malo”). Posteriormente, en una etapa de razonamiento moral convencional, lo moral se identifica con lo que la autoridad y las normas sociales convencionales establecen, para finalmente llegar a un razonamiento moral postconvencional en el que, gracias a la capacidad para ponerse en el lugar de los otros, se descubren una serie de principios racionales universales acerca de lo justo e injusto, con independencia de lo que establezca la tradición.

A partir de entonces y hasta los años 90, la investigación en Psicología Moral se centró fundamentalmente en el desarrollo y matización de la perspectiva de Kohlberg: Gilligan (1982) añade a la moral postconvencional basada en la justicia de Kohlberg, otra independiente y no menos importante, la ética del cuidado y la protección de los vulnerables o necesitados. La importante aportación de Turiel y Nucci, por su parte, esupone la diferenciación entre tres dominios del mundo social: lo moral, relativo a aspectos vinculados a la protección de los individuos –ya sea a través de la justicia y o de su cuidado–; lo convencional, que tiene que ver con normas y reglas sociales establecidas por convención o acuerdo entre las personas; y lo psicológico/individual, que se refiere a las elecciones que son personales, libres y propias del individuo. Cada uno de estos dominios sería independiente de los demás y se desarrollaría en paralelo a ellos, en lugar de darse una transición entre los estadios de moralidad convencional y

post-convencional descritos por Kohlberg. En conclusión, estos enfoques se caracterizarían por entender la moralidad, siguiendo a Turiel, como “juicios prescriptivos acerca de la justicia, los derechos y el bienestar, en relación a cómo la gente se debe relacionar con el prójimo” (tomado de Haidt, 2008, p.70).

Sin embargo, a partir de los años 90 han ido surgiendo nuevos enfoques en el estudio de la moralidad que, como ocurre en general en la Psicología Social, dan una importancia clave a los niveles de análisis biológicos y evolucionistas, así como a los elementos emocionales y motivacionales, que complementarían a los racionales como base del razonamiento y comportamiento moral. De la mano del auge que la Sociobiología y los aspectos emocionales cobraron en la explicación del comportamiento a partir de los años 80, se vienen sugiriendo diversos modelos que proponen un trabajo conjunto de los sistemas cognitivo y afectivo-emocional en el razonamiento y el comportamiento moral, sobre una base estructural de fundamentos evolucionistas.

En este sentido, Bargh y sus compañeros de investigaciones proponen que muchos comportamientos moralmente relevantes son consecuencia de procesos automáticos, inconscientes, anclados en el pasado evolucionista del ser humano como especie. De Waal defiende también las bases evolucionistas de la moralidad, centrando su análisis en el comportamiento “moral” de los primates, y otros autores, como Damasio, se centran en las bases cerebrales del comportamiento moral. En base a estas ideas, Haidt propuso su Modelo de intuicionismo social de los juicios morales, que entiende éstos como procesos intuitivos parecidos a juicios estéticos, que denomina intuiciones morales, o “la repentina o súbita aparición en la consciencia, o en los límites de la misma, de un sentimiento evaluativo (gusto-disgusto, bueno-malo), sin ninguna consciencia de haber pasado por fases o etapas o pasos de búsqueda, ponderación de la evidencia disponible o inferencia de una conclusión” (Haidt y Bjorklund, en Haidt, 2008, p. 69). Así, en congruencia con los planteamientos sobre razonamiento moral motivado (Ditto, Pizarro y Tannenbaum., 2009; Kunda, 1990; Uhlmann, Pizarro, Tannenbaum y Ditto, 2009) y el razonamiento moral en la vida cotidiana de Kuhn, los razonamientos morales no serían objetivos, neutrales o principalmente racionales, sino sesgados, motivados por unas preferencias previas representadas por tales intuiciones morales. En términos llanos, uno primero sentiría que algo está moralmente bien o mal, y luego buscaría evidencias, razones y justificaciones que avalaran su predisposición inicial.

Por otra parte, en los últimos años también se ha generalizado el interés por una mayor sensibilidad a las diferencias ideológicas e interculturales respecto a la moralidad, ampliándose los dominios de lo que se considera que forman parte de la misma. Desde una perspectiva

histórica, intercultural y, en definitiva, antropológica, se pueden encontrar múltiples ejemplos de la importancia que para múltiples religiones y culturas tienen aspectos como la lealtad a los grupos, el respeto a los ancianos y otras autoridades, o la regulación de los aspectos corporales (sexualidad, menstruación, etc.), que parecen no ser meras convenciones sociales independientes de la moralidad, o simples manifestaciones de una moralidad preconventional: Schweder, Much, Mahapatra y Park (1990) argumentan que la moralidad estudiada por la Psicología Cognitiva se corresponde sólo con una de las tres grandes “éticas” morales: la *ética de la autonomía*, centrada en seres humanos individuales, donde la función de la moralidad es básicamente proteger el ámbito de elección discrecional de los individuos y promover el ejercicio de su deseo individual en la búsqueda de preferencias –los derechos, la justicia y la libertad permitirían mantener la autonomía de los individuos y protegerlos del daño que pudieran infringirles otras personas o autoridades–. Desde la perspectiva de un segundo tipo de ética, la de la *comunidad*, no es el individuo el nivel de análisis fundamental, sino las instituciones, familias, clanes o grupos en general, que dan sentido y propósito a la vida de las personas; la función de la regulación moral consistiría en proteger la identidad moral de los roles que constituyen una sociedad o comunidad, percibidas como entidades con su propia identidad, historia y reputación, valorándose especialmente las virtudes de deber, interdependencia, respeto y lealtad. En cuanto al tercer y último tipo, la *ética de la divinidad*, la unidad básica de análisis no reside en individuos ni grupos, sino en almas vinculadas a Dios, de modo que la función principal de la moralidad consistiría en proteger al alma y los aspectos espirituales humanos de la degradación que podría derivar del uso inadecuado del cuerpo. Serían virtudes importantes el uso adecuado del cuerpo, la autorregulación, el control del pecado y de la contaminación espiritual a través de aspectos relacionados con el sexo, la comida o las prescripciones religiosas en general.

4.4.2. La Teoría de los Fundamentos Morales

Con base en los planteamientos de Schweder y sus compañeros, y en otras teorías sobre moralidad, Haidt y Joseph (2004) sientan las bases de la MFT (*Moral Foundations Theory*, Teoría de los Fundamentos Morales). Frente a la concepción de la moralidad como algo exclusivamente centrado en el individuo y limitado a los ámbitos de la justicia, los derechos, la protección y el bienestar –propia del pensamiento progresista moderno–, Haidt propone un modelo integrador que se basa en un concepto amplio de la moralidad, entendiendo los sistemas morales como “conjuntos entrelazados de valores, prácticas, instituciones y mecanismos psicológicos fruto de la evolución, que trabajan juntos para suprimir o regular el egoísmo y hacer posible la vida social” (Haidt, 2008, p. 70).

Sensible a la naturaleza interdisciplinar de la nueva síntesis, considera la moralidad humana como resultado de la coevolución de los genes y las innovaciones culturales, manifestándose en diversas formas de suprimir el egoísmo con objeto de generar comunidades cooperantes. Algunas de ellas se corresponderían con las perspectivas de los psicólogos cognitivistas mencionados, en lo que sería una aproximación individualista a la moralidad: los individuos son la unidad básica de valor moral, que debe ser tratado como un fin y nunca como un medio para otros fines, centrales desde una visión del mundo liberal-progresista como la que tradicionalmente han defendido autores como Kant, John Stuart Mill, o John Rawls, y donde el egoísmo se suprimiría animando a los individuos a empatizar con el necesitado o vulnerable, y ayudarlo, a respetar los derechos de los demás y luchar por la justicia; la autoridad y la tradición no tendrían un valor en sí mismo, debiendo ser cuestionadas y revisadas para su ajuste a las necesidades de los nuevos tiempos; tampoco la lealtad a los grupos tiene un valor en sí mismo, cuando puede amenazar la libertad y autonomía del individuo.

Sin embargo, existen otras formas de limitar el egoísmo que se dan fundamentalmente fuera de las culturas individualistas occidentales, e incluso en los sectores más conservadores y religiosos de éstas: los aspectos basados en el respeto a la autoridad y tradición, la lealtad a los grupos y la pureza espiritual son importantes bases para el comportamiento moral. Se trata de una moralidad tradicional, comunitaria, no tan universal, que regula el egoísmo vinculando a las personas en grupos y comunidades más amplias, ofreciendo cohesión, apoyo e interdependencia a cambio de limitaciones en la libertad de elección de los individuos, que no son ya, siempre, la prioridad. Ahora sería el grupo la fuente fundamental de valor moral, esperándose de los individuos que limiten sus deseos por el bien del aquél. Según esta perspectiva, muchas comunidades colectivistas donde los individuos muestran en menor medida un razonamiento moral postconvencional a favor de uno convencional, en términos Kohlbergianos, no tendrían un menor desarrollo moral, sino, más bien, una moralidad basada en fundamentos diferentes, o más amplios. Concluyendo, Haidt y Joseph (2004) proponen cinco fundamentos morales diferentes, sistemas psicológicos con su propia historia evolucionista, asociadas a intuiciones y reacciones emocionales encontradas en diversas culturas (que varían en el grado en que construyen, valoran o enseñan cada una de ellas):

1. Daño/ cuidado: se basa en los valores como la ternura y la compasión ante el sufrimiento ajeno, que derivaría de una generalización de la tendencia, con base evolucionista, de los padres a ser sensibles ante el sufrimiento de sus descendientes. Esta tendencia puede inhibirse en virtud de cualquiera de los fundamentos morales restantes.

2. *Reciprocidad/ imparcialidad/ justicia/ equidad*: las necesidades de establecer alianzas y cooperar con diferentes personas y grupos han dado lugar a la evolución de una serie de emociones (rabia, culpa, gratitud) que facilitan un altruismo recíproco, por lo que todas las culturas promueven ciertos valores asociados a la justicia en los intercambios y las relaciones. Cualquiera de los otros fundamentos morales, así como los sesgos egodefensivos de atribución y de otra naturaleza, pueden limitar estos principios, que por otra parte sólo raramente se manifiestan en forma de búsqueda de relaciones igualitarias no jerárquicas.

3. *Endogrupo/ lealtad*: La necesidad de afiliarse a grupos durante toda la historia de la humanidad habría facilitado la evolución de la tan generalizada tendencia al favoritismo endogrupal (confianza y cooperación dentro del grupo) y la predisposición negativa hacia los otros grupos, en forma de suspicacias, desconfianza y rechazo. Es el origen de virtudes como la lealtad, el patriotismo, heroísmo, sacrificio por el grupo, solidaridad endogrupal; de la alta valoración de la homogeneidad frente a la diversidad interna, o del alto rechazo a la disensión o la traición.

4. *Jerarquía/ autoridad*. La estructuración y jerarquización de los grupos, la dominancia en base al poder físico y al prestigio, ha sido una constante en la naturaleza en general y en las sociedades humanas. Ello ha dado lugar a que en muchas sociedades se promuevan valores como el respeto y la admiración hacia los superiores, la obediencia o el deber, entendiéndose las protestas ciudadanas o el cuestionamiento de la autoridad como antisociales e inmorales.

5. *Pureza/ santidad*. Desde un punto de vista evolucionista, la introducción de la carne en la dieta humana parece asociarse a la aparición de la emoción exclusivamente humana de *asco*, que aparece ante situaciones vinculadas biológica o culturalmente a la transmisión de enfermedades –generalizándose en muchas sociedades como emoción social hacia quienes, por su apariencia u ocupación, podrían ser transmisores de las mismas–. Y ésta parece ser la base de el fundamento de la pureza: muchas sociedades establecen una serie de virtudes y vicios asociados a este fundamento, en relación con actividades corporales y religiosas que van más allá de su vinculación original a la enfermedad, contaminación o protección general del cuerpo y de la vida: las pasiones carnales –“pecados capitales” como la lujuria o la gula– son vistas como infrahumanas, impuras, mientras que la cultivación del alma en detrimento del cuerpo –castidad, resistencia a la tentación, clausuras...– son muy valoradas.

Podría concluirse, por tanto, que los fundamentos morales, así como las virtudes y vicios que los acompañan, son construcciones culturales que varían entre distintos periodos históricos, sociedades y culturas, pero que tendrían una base evolucionista y biológica, estando asociadas a

determinadas intuiciones y emociones, y resultando especialmente fáciles de aprender. La MFT es compatible con los planteamientos de Schweder y su equipo, e incluso sus resultados la confirman. Una diferencia importante radica en que la MFT trata de ser más específica en el planteamiento de los mecanismos psicológicos que subyacen a cada ética o fundamento moral: la ética de la autonomía podría descomponerse en dos fundamentos morales más concretos (justicia y cuidado), al igual que la de la comunidad (endogrupo y jerarquía), manteniéndose la ética de la divinidad o pureza (Haidt 2008).

A partir de aquí, siguiendo a Haidt (2008), o a Graham, Haidt y Nosek (2009), se diferenciará entre moralidad o fundamentos morales individuales (los dos primeros fundamentos, los de justicia y cuidado); y fundamentos vinculantes, de unión o de vinculación (endogrupo/lealtad; autoridad/respeto; pureza/ santidad), que son la base que subyace a intuiciones y emociones morales de muchos conservadores religiosos y políticos, como más adelante se detallará.

4.4.3. Fundamentos morales, moralidad y violencia intergrupala o colectiva.

¿Qué relación existe entre las distintas formas, tipos o fundamentos de la moralidad y la legitimación de la violencia intergrupala? Tomando como referencia la MFT, Graham y Haidt (2011) desarrollan la idea de que la violencia idealizada que describiera Baumeister, la que se comete en nombre de grandes fines, la que se legitima o justifica moralmente en forma de lucha contra el *mal*, puede derivar de la adscripción exagerada a cualquiera de los fundamentos morales. En concreto, de la sacralización de los principios, valores o virtudes asociados a cada uno de los fundamentos morales ya descritos: Así como cada uno de los fundamentos morales sienta las bases para establecer determinados valores o virtudes morales, también da lugar a la descripción de vicios o defectos, representados por valores u objetos que se oponen a cada virtud. Sin embargo, lo que se entiende como el *mal* iría un paso más allá, identificándose con aquello que amenaza con herir, oprimir, traicionar, subvertir o contaminar (en correspondencia a cada fundamento moral) lo que se entiende o establece como sagrado. Describámoslo con algo más de detalle.

Con base en el tratamiento que hacen del tema autores como Eliade o Tecklock y sus compañeros, Graham y Haidt (2011) definen la sacralización como “la tendencia humana a investir gente, lugares, tiempos e ideas con una importancia que va mucho más allá de la utilidad que poseen. Se rechazan o resisten los intercambios o compromisos que envuelven a lo sagrado. En casos prototípicos estas investiduras unen a los individuos a grupos más grandes con identidades compartidas y proyectos ennoblecedores, por lo que los intercambios o compromisos se sienten como actos de traición, incluso en casos no prototípicos en los que no

hay grupos implicados” (p.4). Así, aunque las ciencias sociales tienden a definir o caracterizar el mal en base a un único fundamento moral, el del cuidado o daño –como muestran las definiciones de “mal” utilizadas por Staub (2003), Zimbardo (2004) o Baumeister (1997)–, Graham y Haidt (2011) defienden desde la MFT que, como ya se ha expuesto anteriormente en esta tesis, la violación de valores morales de cualquiera de los cinco fundamentos morales podría ser descrito como maldad. La sacralización de cualquier valor moral y objeto implica la demonización –personalización del mal o identificación con él– de los valores, elementos o personas que osan violar o transgredir los primeros. Dado que lo sagrado implica una valoración compartida, colectiva o grupal, también el mal se define en esos términos, y esto sienta las bases para la violencia ideológica: la violencia legitimada, justificada, idealizada en términos de Baumeister, la dirigida contra aquello que se ha caracterizado colectivamente como “*el mal*”, podría ser promovida por el proceso de sacralización de objetos en base a valores morales también sacralizados, incluso cuando estos valores se oponen a la violencia (como la paz, la protección o el cuidado).

Algunos ejemplos de identificación del mal y de desarrollo de violencia contra el mismo, respectivamente, serían, en relación a cada uno de los fundamentos morales: los médicos abortistas como el mal, los atentados contra los mismos como violencia idealizada (desde el fundamento del cuidado); los racistas, opresores o capitalistas como el mal, y la venganza o violencia recíproca como violencia idealizada (fundamento de la justicia); los traidores y los exogrupos como el mal, castigos violentos a los traidores como violencia idealizada (fundamento de lealtad); anarquistas, revolucionarios, subversivos como el mal, intervenciones militares, contraterrorismo o violencia de Estado como violencia idealizada (fundamento de autoridad); ateos, infieles, hedonistas como el mal, las cruzadas religiosas, la persecución de la homosexualidad, etc. como violencia idealizada (fundamento de pureza).

Sin embargo, a nivel empírico está aún por determinar si la sacralización de todos los fundamentos morales puede llevar igualmente a la violencia idealizada, puesto que los datos de los que se dispone hasta la fecha parecen indicar que determinados fundamentos morales, los de vinculación, son los que predisponen a la aceptación, apoyo, justificación o legitimación de la violencia intergrupala.

Así, los propios Graham y Haidt (2011) reconocen que los que se entienden desde la MFT como fundamentos morales vinculantes han sido tradicionalmente tratados en la investigación psicológica como fuentes de inmoralidad, asociados al estudio del racismo (en el caso del fundamento del endogrupo), la estigmatización (el de pureza), o el autoritarismo y fascismo (fundamento de autoridad). Ellos mismos comprueban, a través de un estudio empírico, que la

sacralización de los fundamentos morales de lealtad endogrupal predicen positivamente las actitudes favorables hacia la guerra, controlando la orientación política como covariada ($B = .15, p < .001$), mientras que la sacralización de los fundamentos de cuidado ($B = -.13, p < .001$) y justicia ($B = -.11, p < .01$) las predicen negativamente (Graham y Haidt, 2011).

De manera similar, partiendo también del marco de la MFT, Liedner (2010) encuentra que las personas tienden a “derivar” hacia formas vinculantes de moralidad –reducir la importancia concedida a los fundamentos individuales e incrementar el de la lealtad y la autoridad– cuando son conocedores de atrocidades cometidas por su propio grupo, probablemente como una forma de justificar o legitimar tales actos –algo también corroborado en posteriores estudios, con metodologías diversas (Leidner y Castano, 2012)–. Ello le lleva a proponer el concepto de *deriva moral* o “procesos a través de los que las personas cambian de un sistema de moralidad a otro, con el objetivo de preservar la imagen de sí mismos o de su grupo como morales” (Leidner, 2010, p.1), un fenómeno que podría entenderse como una manifestación de lo que viene denominándose razonamiento moral motivado.

Como asociados a los fundamentos morales de vinculación pueden entenderse los factores estructurales o de la situación que Tsang (2002) o Blanco et al. (2004) establecen como facilitadores de la comisión de actos inmorales o violencia intergrupala (obediencia a la autoridad, rutinización, etc.). También diversos mecanismos de desconexión moral de Bandura (2004) –los relativos a la difusión y desplazamiento de la responsabilidad– que parecen promover la justificación de la violencia están claramente asociados con los fundamentos morales de vinculación.

Por tanto, a pesar de las razones para defender una asociación entre la moral de vinculación y la legitimación de la violencia colectiva, la investigación empírica sobre el tema es aún escasa, y cabe tener en cuenta la sugerencia de Graham y Haidt para valorar si los fundamentos morales de cuidado y justicia pueden en algunas circunstancias promover la agresión intergrupala. La investigación que se incluye en este trabajo trata de responder parcialmente a esta necesidad, contribuyendo a un área de estudio aún en ciernes.

4.5. OTROS FACTORES RELEVANTES: EL ESTILO DE LA IDEOLOGÍA Y EL PAPEL DE LAS AMENAZAS.

En este apartado se analizarán dos elementos especialmente vinculados con el apoyo a la violencia intergrupala o colectiva: el aspecto formal de las ideologías, y la susceptibilidad a las amenazas. En primer lugar, se expondrán con cierto detalle las funciones de las ideologías, así

como el sentido en el se utiliza dicho término, para pasar a detallar la importancia de las formas de las mismas –el celo y convicción que las suele acompañar– en el ámbito de la violencia colectiva. Posteriormente se detalla la importancia del miedo, la inseguridad y el sentimiento de amenaza –las necesidades existenciales– como acicate del extremismo ideológico y del apoyo a distintas formas de violencia.

4.5.1. Por qué tenemos ideologías: sus funciones.

En cierta ocasión, Imanol Arias, popular y veterano actor español, dijo en una entrevista cuando fue preguntado por su orientación política: “En este país sobra ideología y faltan ideas”. Una sentencia bastante apropiada cuando nos ocupamos de la violencia grupal, colectiva o política: En coherencia con muchos de los enfoques que están siendo analizados, la mayor parte de las atrocidades humanas no han sido cometidas en nombre de la avaricia, egoísmo, maldad o psicopatía de unos pocos, sino en nombre de grandes fines –la patria, la justicia, la igualdad, Dios...– y por grupos con un altísimo contenido ideológico –fascismo, nacional socialismo, comunismo,...–.

Ya hemos visto que las ideologías –los factores ideológicos en palabras de Blanco et al. (2004)–, usando el término de forma amplia, equiparable a los sistemas de creencias o discursos de los que hablan Sabucedo y sus compañeros (2004; 2005), suponen un elemento fundamental para entender la desconexión moral y la legitimación y comisión de actos que implican grandes niveles de sufrimiento humano. Esta noción de ideología es la que utilizan Milgram (1980) y Zimbardo (1995) cuando defienden que la sumisión ideológica es un elemento facilitador del proceso de obediencia a la autoridad y de los crímenes de obediencia: si la figura de autoridad controla la forma de interpretar la realidad, la visión del mundo de la persona que obedece, puede dotar a la conducta obediente de un sentido, de un significado. Así, justificar la conducta en nombre de algún fin importante o modificar el lenguaje para investir a la conducta de connotaciones más positivas son algunos de los factores que facilitan el proceso de obediencia de órdenes para dañar a otros (Milgram, 1980; Zimbardo, 1995).

También hemos visto las funciones que cumplen estas ideologías en forma de discursos legitimadores en contextos de violencia colectiva y política. Pero, más allá de las situaciones conflictivas, en general, ¿Por qué tenemos ideologías?

Desde la clasificación de las funciones de las actitudes de Katz en 1960 – función instrumental, cognoscitiva, expresiva y defensiva–, recogida en cualquier manual de Psicología Social (por ejemplo, Worchel, Cooper, Goethals y Olson, 2003), muchos autores, partiendo de distintos

presupuestos teóricos, han indagado acerca de las importantes funciones de las ideologías, los valores, las visiones del mundo compartidas, o los sistemas de creencias en general, constructos cuyas diferencias se dan más a nivel teórico que en la realidad cotidiana. Así, por ejemplo, siguiendo un planteamiento parecido al de Katz, Bar – Tal (citado por de la Corte et al., 2004) describe cuatro funciones de las creencias sociales: 1) función epistémica o de conocimiento del mundo y entorno social; 2) formación, mantenimiento y reforzamiento de la identidad social; 3) Mantenimiento del sistema social (organización, grupo, comunidad...) que comparte dichas creencias (4) función de guía del comportamiento (justifica y legitima las acciones) del grupo.

En este mismo sentido, y basándose en diversos autores, Jost (2006) defiende que cualquier creencia está al menos parcialmente motivada por necesidades epistemológicas de conocimiento y sentido, necesidades existenciales de seguridad y confort, así como necesidades relacionales de afiliación e identificación social.

Páez, Morales y Fernández (2007), en una revisión introductoria, describen de forma sintética distintos enfoques que abordan la importancia que las creencias sociales tienen para las personas, y que apuntamos a continuación de manera resumida:

a) *El mundo de los supuestos de Parkes*: posiblemente pionero en abordar el tema teóricamente, Parkes defiende que las personas desarrollamos un conjunto de supuestos sobre el mundo y el yo que consideramos totalmente fiables y sostenemos con firmeza.

b) *La máquina de creencias de Alcock* como metáfora del ser humano. Alcock defiende que las personas desarrollamos un sistema de creencias con una función adaptativa: su finalidad es la supervivencia más que la veracidad, por lo que el sistema no se basan necesariamente en la evidencia ni en las leyes de la lógica, y contiene tanto creencias ciertas como falsas o irracionales. Unas y otras no serían en esencia diferentes, originándose como resultado de la selección, interpretación y recuerdo selectivos de la información disponible en el entorno.

c) Janoff-Bulman afirma que, para funcionar social y cognitivamente de forma eficiente y disponer de expectativas acerca del yo y del mundo, las personas elaboran un sistema básico de creencias cuyo contenido puede agruparse en tres categorías: creencias sobre la benevolencia del mundo en general y de los otros en quien confiar; creencias sobre el sentido, la controlabilidad y la justicia en el mundo, según las cuales la vida tendría más propósito y orden del que racionalmente cabe esperar –en clara coincidencia con las ideas de Lerner sobre el mundo justo–; y creencias sobre la dignidad de uno mismo, que prácticamente vienen a

coincidir con lo que otros autores denominan ilusiones positivas (Vázquez, 1995), incluyendo creencias exageradamente optimistas sobre la autoestima, la eficacia o el futuro.

d) *Modelo CEST (Cognitive-Experiential Self Theory)* de Epstein, según el cual las personas desarrollamos teorías de la realidad o modelos del yo y del mundo, que utilizamos para organizar la experiencia y orientar nuestra acción. Muchas de estas creencias se desarrollarían en base a un sistema de procesamiento experiencial, vinculado a las emociones y motivado para la evitación del dolor y búsqueda del placer, de naturaleza holística, y cuyo conocimiento es fruto de la generalización de vivencias y experiencias. De forma paralela e independiente funcionaría el sistema racional, guiado por la lógica, la razón y la evidencia, pero mucho menos común y eficaz en el procesamiento de la información de la vida cotidiana.

Por otra parte, como más adelante se detallará, la Teoría del Afrontamiento o Manejo del Terror (TMT) señala que las visiones culturales del mundo nos ofrecen seguridad, certezas y un sentido para nuestras vidas, una forma de trascender nuestra mortalidad, así como la posibilidad de desarrollar la autoestima; la defensa de estos cimientos en situaciones de amenaza puede ser una de las bases de los conflictos violentos, como tendré ocasión de explicar en detalle (Pyszczynski, Abdollahi et al, 2006; Pyszczynski, Motyl y Abdollahi, 2009; Pyszczynski, Solomon y Greenberg, 2003).

Los distintos autores suelen coincidir en la existencia de una especie de simbiosis entre las funciones epistemológicas y las de afiliación. Hemos visto que una función de las creencias parece ser de afiliación: Al igual que las normas y valores culturales, las ideologías son un fenómeno grupal y colectivo que pueden cumplir una clara función de integración social. Así podrían interpretarse los hallazgos que de la Corte et al. (2007) reflejan acerca de la importancia de las redes de amigos para el ingreso en organizaciones terroristas.

Por otra parte, la afiliación grupal a su vez parece tener una función epistémica, ofrecer una validación por consenso de las propias creencias, según defienden autores como Shah, Kruglanski y Thompson, o Festinger, Riecken y Schachter, citados todos por Dechesne y Kruglanski (2004). No en vano, muchos autores argumentan que el origen de las sustancias culturales está en la necesidad de afrontar incertidumbres grupales (Trice y Beyer, 1993).

Todo ello se refleja en los discursos que hemos visto que acompañan al uso o legitimación de la violencia, cuyos contenidos se refieren a todas estas funciones: una serie de creencias compartidas acerca de la injusticia de una situación y de la importancia de los propios fines (función epistemológica) y de la inexistencia o ineficacia de otras alternativas que justifican el

uso de la violencia (guía para la acción), en las que se enfatiza la identidad social colectiva y la creación de enemigos (función defensiva, de autoestima, y de integración social).

Muchos autores se refieren a estos discursos y creencias con el término de ideología. En efecto, como hemos visto en el primer modelo de nuestro marco teórico, se trata de un discurso socialmente compartido y construido, compuesto por creencias sobre la situación de injusticia, fines grupales importantes, estereotipos y prejuicios de otros grupos, etc. Profundicemos algo más en dicho concepto.

4.5.2. Concepto de ideología, formas ideológicas y violencia.

Hasta el momento he venido utilizando el concepto de ideología de forma algo genérica, evadiendo la tarea de especificar su significado o contenido concreto. Es el momento de definir de forma más precisa el término, si es que su naturaleza lo permite.

Si damos por buenas las palabras de McLellan, según citan Jost, Federico y Napier (2009), el de ideología sería el concepto más difícil de aprehender en las ciencias sociales, existiendo al respecto una diversidad de definiciones poco común que no siempre ayuda a ofrecer claridad. Desde aquí se mencionarán algunas de las definiciones ofrecidas por diccionarios, enciclopedias y científicos sociales, con el objetivo de que permitan visualizar las características fundamentales del concepto.

John Jost (2006), en un acercamiento histórico, destaca el significado del término en sus orígenes (siglo XVIII) para referirse a la ciencia de las ideas, como equivalente a la actual sociología del conocimiento, y que fue utilizado más adelante por Marx y Engels con dos sentidos distintos: una concepción neutral de la ideología como un sistema de significado abstracto o simbólico que se utiliza para explicar o justificar la realidad social, política o económica; y un acercamiento crítico, que atribuye una connotación peyorativa a la ideología, entendida como conjunto de ideas distorsionadas de la realidad (falsa conciencia), o una forma peligrosa de ilusión que favorece el mantenimiento de relaciones sociales de explotación (véase también Jost y otros, 2009). Mientras esta segunda acepción –que ha inspirado la obra de grandes psicólogos sociales estudiosos de la violencia como Ignacio Martín Baró (2003)– poco menos que se habría desterrado al ostracismo, la primera es la que ha predominado en la investigación científico social.

El diccionario de la RAE define ideología de forma sencilla como “conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, de un movimiento cultural, religioso o político, etc.”.

La Encyclopaedia Britannica (Cranston, sin fecha) se refiere a la ideología como “una forma de filosofía social o política en la que los elementos prácticos son tan prominentes como los teóricos. Es un sistema de ideas que aspira tanto a explicar el mundo como a cambiarlo”. El término, introducido por el filósofo Destutt de Tracy en tiempos de la Revolución Francesa, siempre habría contado con un importante componente emotivo, aunque hoy en día resulta un concepto confuso.

En coherencia con lo apuntado, desde el campo de la Psicología Social diferentes autores han aportado sus propias definiciones, destacando el carácter organizado, amplio o abarcador, y compartido de las ideologías, así como su vinculación con el comportamiento y la emoción: de esta manera, la ideología ayudaría a interpretar el mundo social y definiría las formas apropiadas de afrontar los problemas de la vida (véase Jost, 2006; Jost y otros, 2009). Adorno entendió la ideología, que podía ser global o referida a aspectos específicos de la realidad (política, religión,...), como “una organización de opiniones, actitudes y valores –una forma de pensar sobre el hombre y la sociedad–...” (Jost, 2006, p. 653); Rokeach la definió como “una organización de creencias y actitudes –religiosas, políticas o filosóficas en naturaleza– que se deriva de una autoridad externa y más o menos institucionalizada o compartida con otros” (Anson, Pyszczynski, Solomon y Greenberg, 2009, p. 210; también en Jost, 2006). Autores como Apter o Kerlinger destacan, además, su componente conductual: “...vincula acciones particulares y prácticas mundanas con un conjunto de significados más amplio, otorgando así una complejidad más honorable y dignificada a la conducta social”, defendía Apter, mientras Kerlinger afirmaba que “las ideologías son amplias y generales, invaden vastas áreas de creencias y comportamientos, dan sentido central a muchos aspectos de interés humano. Unifican la acción y el pensamiento” (ambos citados por Jost, 2006). Como una última acepción razonablemente completa, mencionemos a Denzau y North, quienes la definen como “el marco compartido de modelos mentales que poseen los grupos de individuos y que proveen una interpretación del entorno y una prescripción de cómo ese entorno debería estructurarse” (Jost y otros, 2009, p. 309).

Las características ya apuntadas de las ideologías muestran que éstas reflejan y satisfacen necesidades epistémicas, existenciales y relacionales. Se trata de creencias, opiniones, valores, filosofías de vida compartidas que elicitarán y expresarán diferentes tendencias o estilos cognitivos, motivacionales y sociales. Entre sus funciones como sistema de creencias básico, se

encuentran la de dar sentido a la vida, enmarcar la experiencia, ofrecer una serie de asunciones y valores que guíen el comportamiento y funcionamiento de la sociedad.

Por tanto, resumiendo, podríamos establecer algunas de sus características básicas: Amplios y abarcadores: implica creencias, ideas, valores, etc.

- Compartidos: con carácter supraindividual y colectivo
- Con un importante componente práctico o aplicado: no sólo explica cómo es la realidad, sino que define cómo debería ser –orienta la acción–
- Con una importante carga emocional
- Que cumple importantes funciones epistémicas, existenciales y sociales.

Muchos teóricos e investigadores han destacado la importancia de esta forma de entender la ideología en el ámbito más específico de la violencia política o colectiva. De la Corte et al. (2007) entienden por ideología, en el contexto de los movimientos terroristas, un sistema de creencias y valores de carácter político, cultural o religioso compartido por los terroristas y por otras personas o grupos que simpatizan con ellos o los disculpan – incluso amplias comunidades que no participan en dichas actividades–, que nutre de sentido y justificación a la actividad terrorista. Cuanto más aceptada y extendida esté dicha ideología, mayor apoyo social y mayor capacidad de supervivencia tendrá el movimiento terrorista, y mayor será su potencial de violencia.

Kruglanski (2006, p.272) define “ideología” como un “conjunto coordinado de convicciones sobre cómo son las cosas frente a cómo deberían ser, desde el punto de vista de un grupo o categoría de personas”. La autora destaca que se trata de un fenómeno colectivo en el que resultan clave los procesos de influencia a nivel grupal y organizacional, y señala dos aspectos básicos de las ideologías: la sustancia (el contenido, que tiene que ver con las injusticias de la situación y el proyecto que se propone como alternativa o solución); y el estilo, que se caracteriza, sobre todo en los casos de terrorismo, con formulaciones en términos absolutos, como verdades y certezas universales, sin ningún resquicio para la duda, de modo que ofrecen respuesta a las crisis de identidad, estados de alienación y necesidad de certezas (situaciones que pueden ser descritas a través de constructos psicológicos como “intolerancia a la ambigüedad”, “dogmatismo”, “necesidad de cierre cognitivo”, etc.) que en muchos casos caracterizan a quienes se embarcan en la violencia política.

Si bien es cierto que, como se ha visto, determinados contenidos ideológicos –ya se han descrito a este respecto los trabajos de José Luis Sabucedo, Luis de la Corte o Amalio Blanco sobre los

discursos e ideologías legitimadores de la violencia política–, valores, fundamentos o mecanismos morales y cognitivos –las etapas de desarrollo moral preconventional y convencional de Kohlberg, los fundamentos morales de vinculación y de pureza según la propuesta de Haidt y Graham, o los propios del conservadurismo y el autoritarismo, como se analizará en las próximas páginas– son clave para entender la mayor legitimación o justificación de la violencia, no parecen menos relevantes los aspectos formales de tales ideologías, creencias o valores: lo absoluto de sus planteamientos, el dogmatismo con que se defienden, la seguridad mental que proveen, la perfección con que se presentan, la implacabilidad que los define, que les permite silenciar la necesidad de sentido, estructura y certidumbre que muchas personas tienen, sobre todo en situaciones de baja autoestima, amenaza, inseguridad, humillación, vergüenza o culpa.

Ya hacía referencia implícitamente a estos aspectos de las ideologías cuando me he referido a las identidades comunales que describe de la Corte (2004), en las que la adscripción irracional, dogmática y acrítica a las normas sociales y morales del grupo se convertían en un gran obstáculo para el cumplimiento de los derechos humanos. En este mismo sentido, Trujillo et al., (2005) destacan cómo las ideologías terroristas ofrecen un conjunto de creencias absolutas e inviolables que aportan un anclaje cognitivo y emocional (dan sentido) para la justificación y guía del comportamiento violento, contextualizado al servicio de alguna causa u objetivo trascendental. Así, la seguridad que otorga el dogmatismo de las ideas previene contra las dudas que puedan surgir en los terroristas.

La importancia de este aspecto formal de las ideologías es enfatizada también por del Águila (2005), quien se refiere a éstas como “proyectos cerrados y dogmáticos de explicación y transformación del mundo” (p.22), defendiendo que no es el contenido de los ideales lo que los hace peligrosos, sino la sobrevaloración de tales abstracciones –la utopía, la idealización del futuro anhelado– como perfectas y virtuosas en detrimento del mundo real y concreto, que resulta infravalorado (frecuentemente se posee una visión catastrofista de la realidad). Así, como agudamente señala Todorov (1996), podemos llegar al absurdo de sacrificar gran cantidad de vidas humanas en nombre de la humanidad –al sacrificio de todos los polacos en nombre de la nación polaca, ejemplificaba él–, algo que ya Nietzsche advirtiera al señalar que “todos los ideales son peligrosos porque rebajan y estigmatizan lo real” (en del Águila, 2005, p.23). Del Águila (2005) se refiere a esta sobrevaloración dogmática de los ideales abstractos con el término de *pensamiento implacable*, muy cercano a los conceptos psicológicos de necesidad de estructura, cierre cognitivo, o dogmatismo, que respondería a necesidades epistémicas o existenciales (miedo al vacío, la incertidumbre, o el caos), y que podría facilitar la barbarie.

También desde el ámbito de la Psicología de la moralidad se han descrito conceptos que vinculan la forma de las creencias y actitudes con la posibilidad de cometer o justificar actos en principio reprobables. Skitka y Mullen (2002) proponen el concepto de *convicción moral* para tratar de entender la disposición de los terroristas suicidas a embarcarse en una misión como la que derribó las torres gemelas aquel 11 de septiembre, o la de tantos ciudadanos estadounidenses a restringir sus libertades civiles y las de otros, o apoyar la intervención armada y la guerra en venganza por aquel suceso. Se trata de “una creencia fuerte y absoluta de que algo es correcto o incorrecto, moral o inmoral” (p.36), que se caracteriza porque: tienen un fuerte componente motivacional –se trata de “deberías” íntimamente conectados con el sentido que de sí misma tiene la gente como buena y decente–; no requieren razón o evidencia, sino que tienen una base fundamentalmente visceral e intuitiva –de manera que los procesos cognitivos serían más bien justificaciones a posteriori–; y se viven como verdades no negociables. Las convicciones morales están muy vinculadas a los *mandatos morales*, que, destacando los componentes motivacionales o de orientación a la acción, suponen “posiciones actitudinales específicas o posturas que la gente desarrolla a partir de una convicción moral de que algo es bueno o malo, moral o inmoral” (p.37), o “fuertes actitudes que son también sostenidas con fuerte convicción moral” (en Skitka y Bauman, 2008). Los mandatos morales se expresan sobre todo bajo circunstancias de amenaza o necesidad de demostrarse a sí mismo o a otros que se es auténticamente moral. Estos mandatos morales pueden conducir tanto a comportamientos prosociales como a justificar el castigo o denigración de quienes se comportan de forma inmoral, o a justificar medios violentos, procesos injustos, incluso actos terroristas en virtud de los fines que se perciben como justos. Es decir, los mandatos morales llevan a la legitimación de cualquier medio o procedimiento para conseguir un fin que se considera justo (Skitka y Mullen, 2002).

En coherencia con todo ello, desde el “laboratorio” se ha encontrado evidencia que viene a corroborar tales planteamientos. Como defienden Golec de Zabala, Cislak y Wesolowska (2010) recogiendo la perspectiva de diversos autores, las limitaciones en la percepción social y las formas simplistas de cognición están asociadas a tendencias coercitivas en conflictos intergrupales, a las posiciones duras, la hostilidad y la agresividad. Por ejemplo, en una serie de estudios, Sargent (2004) encuentra que la *necesidad de cognición* (variable epistémica propuesta por Cacciopo y Petty que hace referencia al grado en que las personas encuentran placer y tienden a embarcarse en procesos cognitivos complejos) se relaciona de forma inversa, significativa e intensa con el apoyo a las respuestas punitivas hacia el crimen, y que esta relación podría estar mediatizada por la complejidad atribucional que las personas muestran respecto al comportamiento humano. Una variable que ha recibido cierta atención en los últimos años en su relación con los conflictos es la ya mencionada *Necesidad Personal de estructura*

(PNS) o de cierre cognitivo: Como señalan Crowson, DeBacker y Thoma (2006), ambos constructos derivan del modelo de cognición epistémica de Kruglanski, y han sido utilizados como sinónimos por gran parte de la literatura especializada. Se refieren a diferencias individuales en la motivación por formular rápidamente y mantener una opinión clara sobre una temática, en lugar de aceptar la ambigüedad o la confusión (Kruglanski y Webster, 1996, en Golec et al., 2010), o, dicho de otra forma, a la cantidad y calidad de la información procesada durante la formación de opiniones y toma de decisiones, y al grado de certeza y rigidez con que tales opiniones se mantienen (Federico, Golec y Dial, 2005).

Quienes tienen alta necesidad de estructura o cognición se sienten incómodos ante la incertidumbre, tienden a percibir la actividad de procesar información como altamente costosa y tratan de alcanzar soluciones rápidas, simples y claras a los problemas. Así, respecto a quienes tienen niveles más bajos, las personas con alta necesidad de estructura o cierre cognitivo tienden a ser más persuasibles cuando carecen de norma u opinión previa, pero se aferran más a éstas una vez las tienen, mostrando más confianza en sus juicios y opiniones, y resistiendo más a su cambio incluso ante evidencia contraria; sus percepciones sociales tienden a ser más simples y estereotípicas –hacen mayor uso de estereotipos sociales–; son más susceptibles a la presión hacia la conformidad en contextos grupales; son más proclives a rechazar a quienes disienten de las opiniones mayoritarias; y son más dados a adoptar estilos competitivos de gestión de los conflictos –aunque la relación está moderada por la existencia de esquemas del conflicto como hostil– (Golec de Zabala et al., 2010; Kruglanski, 2004).

Se ha sugerido que su mayor tendencia al procesamiento heurístico de la información y al uso de estereotipos sociales podría llevar a las personas con alto PNS hacia una preferencia por actitudes y comportamientos que implican una escalada de los conflictos, como la dificultad de percibir la legitimidad de los intereses de la otra parte, su etiquetación como malvada, la evaluación positiva del endogrupo –cuyas prescripciones ofrecen orden, certeza y estabilidad– y la negativa del exogrupo, la percepción de los conflictos en términos polarizados de blanco-negro, y la tendencia a adherirse a las prescripciones ideológicas y normas grupales más accesibles, que en personas con alta necesidad de estructura y en situaciones de conflicto suelen ser las conservadoras y promotoras de orientaciones duras y competitivas (véase las contribuciones de diversos autores en Federico y otros, 2005; y Golec de Zabala y otros, 2010). En este sentido, como más adelante se detallará, la relación entre estas variables de naturaleza epistémica y la justificación de la violencia y variables asociadas a la misma se produce en muchos casos sólo bajo determinadas circunstancias: cuando se dan junto a determinados contenidos ideológicos, como normas favorables a las tendencias competitivas y hostiles frente a otros grupos, ideologías conservadoras, o en situaciones de percepción de amenaza de

diversos tipos. Debido a los vínculos existentes entre este aspecto formal de las ideologías con el conservadurismo y las ideologías de derechas, en un posterior epígrafe tendremos ocasión de analizar estos estudios con más detalle.

4.5.3. Necesidades existenciales y apoyo a la violencia colectiva: el papel de la inseguridad, el miedo y la amenaza.

Asociado a estos aspectos formales, existe otro factor clave para entender la emergencia de ideologías socialmente peligrosas, capaces de dejar a un lado la empatía con los otros –esos otros distantes, aquéllos diferentes–, el compromiso con unos principios morales aplicables universalmente: se trata de percepción o sentimiento de amenaza, una amenaza que puede ser de diversa índole, pero que genera en personas y colectivos una sensación de inseguridad, peligro, vulnerabilidad o fragilidad, un miedo que puede dar lugar, si es necesario, a una disposición a tolerar o apoyar las medidas más hostiles contra quienes se perciben como el origen de tal amenaza. Su estrecho vínculo con los aspectos formales de la ideología queda patente en la hermosa descripción que Rafael del Águila realiza del *pensamiento implacable*, ése que vincula la necesidad de seguridad mental con la barbarie, como una consecuencia del miedo: “el miedo al vacío, a la falta de sentido, al caos, a la acción caprichosa y brutal, al reino de la injusticia, surge en paralelo al miedo al mundo, a la fuerza desnuda y arbitraria, al golpe de la realidad sobre nosotros. Y entonces, el miedo provoca inseguridad, y la inseguridad provoca espanto, y ese espanto moviliza hacia una forma de reflexión que nos <<asegure>>, aun cuando esa seguridad a la postre resulte más espantosa que el espanto mismo” (del Águila, 2005, p.21).

A lo largo de las páginas anteriores se ha descrito cómo Baumeister (1997) sitúa a la amenaza a la propia autoestima u orgullo como una de las fuentes fundamentales del mal –*el mal egoísta*–; también se ha tenido la oportunidad de comprobar la importancia de la amenaza a los propios valores culturales o religiosos en el desarrollo *las identidades comunales* que describe de la Corte (2004), que son origen de valores y procesos promotores de la violencia intergrupal, muchos de los cuales parecen vinculados a algunos de los mecanismos de desconexión moral o de las creencias de los discursos legitimadores de la violencia –como la deshumanización y prejuicio hacia los otros, por ejemplo–.

Autores como Esses, Dovidio y Hodson (2002), Duckitt (1989) o Pettygrew (2003) señalan diversos enfoques psicosociales que pueden ayudar a explicar los efectos de las amenazas: la Teoría de los Conflictos Reales –o Realista del Conflicto– (Sherif, 1967) proponen que la interdependencia con objetivos o recursos incompatibles conlleva una necesidad de competición y el desarrollo de conflictos legitimados por una base ideológica –el prejuicio y visión negativa del exogrupo–; la Teoría de la Identidad Social (Tajfel y Turner, 1985) ayuda a entender que las

amenazas simbólicas pueden afectar a la necesidad de una consideración positiva de los grupos a los que uno se considera perteneciente, fomentando el estereotipo y el prejuicio contra los exogrupos para conseguirla; como enseguida veremos, los enfoques basados en el autoritarismo consideran que las situaciones de amenaza pueden afectar a esta variable, bien sea considerada de naturaleza individual –la perspectiva de Altemeyer (1998)–, bien como un aspecto ideológico –según el enfoque de Duckitt (2001, 2002)–; desde el punto de vista del procesamiento de la información, autores como Hogg o Mullen señalan el incremento en la tendencia a utilizar estereotipos negativos sobre los otros (véase Esses et al., 2002), quizás, entre otros motivos, debido a la necesidad de certeza y percepción de predicción y control en tiempos inciertos; la TMT, como tendremos oportunidad de detallar, considera que las amenazas a aspectos simbólicos importantes afectan a la eficacia de los sistemas psicológicos que nos protegen de la ansiedad generada por sabernos mortales, lo cual nos lleva a defender éstos con más ahínco. Para Esses et al. (2002) este tipo de explicaciones, lejos de alternativas, son complementarias, dando lugar a procesos sinérgicos que se refuerzan entre sí para promover un mayor nivel de hostilidad general hacia los exogrupos amenazantes, que Pettygrew (2003) resume en los siguientes: disminución de las capacidades cognitivas que incrementa la susceptibilidad a influencias emocionales; promoción de la percepción del exogrupo amenazante como homogéneo y extremo, así como de la desconfianza, sospecha y prejuicio hacia el mismo; incremento del uso de estereotipos sociales; estrechamiento del margen de las actitudes aceptables, ampliándose el de las que son rechazables; además, cuando la amenaza se da a un nivel colectivo, el consenso derivado del apoyo social a los propios puntos de vista refuerza el compromiso con los mismos, y las posibilidades de polarización.

Argumentos como éstos y otros que en la misma línea ofrecen autores como Stephan y Stephan, Quillian, Pettygrew, Bar-Tal, llevan a considerar la amenaza percibida como el mejor predictor a nivel grupal de la intolerancia y exclusión –una actitud de miembros de grupos mayoritarios favorable a la limitación de los derechos civiles y políticos básicos o el acceso a bienes públicos por parte de grupos minoritarios–, y que puede generar respuestas de hostilidad, violencia o destrucción de los grupos amenazantes (Cannetti et al., 2009). En este sentido, Pettigrew (2003) considera que la amenaza y el miedo colectivo a que pueblos como el árabe, americano o israelí están expuestos son los responsables de que estas personas estén dispuestas a violar valores y principios morales que en condiciones normales guían su vida.

Son muchos los autores que encuentran evidencia en este sentido, y muchas las formas de amenaza que se han mostrado relevantes: En cuanto a las formas de amenaza, la Teoría Integrada de la Amenaza de Stephan (Stephan y Renfro, 2002; Stephan y Stephan, 2001) distingue varios tipos de la misma que pueden dar lugar al prejuicio: las realistas, que afectan al

bienestar del grupo, a su poder político o económico –amenaza a los recursos, dinero, tierras, vida–; las simbólicas, referidas a aspectos abstractos como el sistema de valores o de creencias, la visión del mundo –lenguaje, religión, moralidad–, la autoestima o la identidad social; la ansiedad intergrupala, que implica la anticipación de resultados negativos en las relaciones intergrupales –físicos, psicológicos, evaluaciones negativas por el endo o exogrupo, etc.–; o estereotipos negativos, que pueden generar una anticipación de comportamiento discriminatorio contra el endogrupo. Formulaciones posteriores integran todas las amenazas en las dos primeras, que pueden tener carácter personal o grupal (Stephan y Renfro, 2002).

En cuanto a la evidencia empírica, Canetti et al. (2009), por ejemplo, encuentran un impacto directo de la amenaza percibida –realista y simbólica– sobre la exclusión política de la minoría árabe por parte de colonos israelíes ocupantes de la franja de Gaza. También Inglehart, Mansoor y Tessler (2006) argumentan que otro tipo de amenaza, la inseguridad existencial –el sentimiento de que la propia supervivencia no puede garantizarse–, genera fuerte solidaridad endogrupal e intolerancia y xenofobia contra extranjeros, comprobando sus predicciones en población iraquí. Más cercano al objeto de estudio de la tesis doctoral que nos ocupa, Cohrs, Moschner, Maes y Kielman (2005a) encuentran que en nivel de aceptación de las acciones militares en general, como el de las actitudes hacia las recientes guerras de Afganistán e Iraq, se relacionan de forma especialmente intensa con la percepción de amenaza de terrorismo. También Huddy, Feldman, Taber y Lahav (2005) revisan y encuentran evidencia de que, frente a la ansiedad –que incrementa la aversión al riesgo y el rechazo a las intervenciones militares–, la percepción de amenaza da lugar a un mayor apoyo a las acciones militares agresivas. La amenaza de diversos tipos –externa o subjetiva– genera intolerancia, prejuicio, etnocentrismo y xenofobia. La amenaza a los recursos o al estatus por parte de un grupo, o amenazas psicológicas como sentirse criticado o no apreciado por parte de los miembros de un exogrupo, dan lugar a respuestas como el aumento de la solidaridad endogrupal y de los sesgos y el prejuicio hacia los exogrupos, o la toma de decisiones más dogmáticas y rígidas. La amenaza externa –terrorista– o percibida también fomenta la atribución de maldad a los exogrupos amenazantes, los deseos de venganza, el apoyo a la acción punitiva contra ellos, a las soluciones beligerantes ante los conflictos, menor apoyo a la asistencia a miembros de tales grupos, y mayor solidaridad endogrupal. Se trata de hallazgos consistentes derivados de diversos estudios, que se centran en muy diferentes tipos de amenaza y miden muchas formas distintas de hostilidad hacia otros grupos.

En lo que respecta al modelo teórico de Bandura, como ya se ha comentado en una ocasión anterior, Mc Alister et al. (2006) muestran que el nivel de desconexión moral respecto al uso de la fuerza militar en Iraq y contra refugios de sospechosos de terrorismo era mayor poco después

de los atentados del 11 de septiembre que antes de aquella catástrofe, lo que sugiere que un contexto de conflicto o amenaza puede dar lugar a la legitimación de la violencia a través de la promoción de los mecanismos de desactivación moral.

A continuación dedicaré un buen número de páginas y atención a la ideología política, una variable de incuestionable relevancia para esta tesis, en la medida en que ha mostrado de forma consistente relaciones con todas las variables que, según se ha descrito, resultan de interés para explicar el apoyo, justificación o legitimación de la violencia intergrupal o colectiva: con el militarismo y otras medidas de aceptación o apoyo de intervenciones armadas; con medidas de desconexión moral asociadas a situaciones de violencia colectiva; con los fundamentos morales y otras variables de naturaleza moral vinculadas también a la aceptación de estas formas de violencia; y con variables epistémico-existenciales (el estilo dogmático de las ideologías y la susceptibilidad a las amenazas) que también se han mostrado relevantes para entender la mayor o menor tendencia a adscribirse a ideologías en general, sobre todo las que se caracterizan por el apoyo a la violencia.

CAPÍTULO 5. LA IDEOLOGÍA POLÍTICA

Una forma específica de ideología especialmente relevante para el estudio que nos ocupa es la política. Tedin se refería a la misma como “Un conjunto de actitudes y valores interrelacionados acerca de cuáles son las metas adecuadas para una sociedad y cómo deberían conseguirse...” (en Jost, 2006, p. 653) y que cuenta con dos componentes fundamentales, la cognición y el afecto. La ideología política sería, concluye Jost (2006), un sistema de creencias del individuo compartido con un grupo, que organiza, motiva y da sentido al comportamiento político, ampliamente entendido; de esta forma, se asume que cuenta con cierto grado de organización cognitiva, cualidades afectivas y motivacionales y capacidad para promover la acción. El grado de organización y estabilidad de tal orientación puede ser muy variable entre las personas y no constituir en sí una verdadera ideología política. Una línea argumentativa parecida es la que llevó a gran parte de los teóricos a proclamar el “fin de la ideología” tras la Segunda Guerra Mundial, defendiendo que los ciudadanos de “a pie” no tienen verdaderas ideologías políticas: la clásica distinción entre liberalismo (o progresismo, como lo entenderemos aquí)-conservadurismo carecería de relevancia por varios motivos, que Jost (2006) recoge y contraargumenta:

a) las opiniones políticas de los ciudadanos corrientes carecerían de la estabilidad y consistencia necesarias para considerarlas una ideología: esta afirmación de Converse, entre otros, se basan en definiciones de “ideología” tan estrictas que se aseguran de que los ciudadanos no las puedan cumplir. Además, aunque pudo tener sentido en los años 50 –periodo de escasa tensión política en EEUU–, a partir de los años 60 y hasta la actualidad diversos sucesos sociopolíticos –protestas y revueltas, la guerra de Vietnam, el escándalo Watergate...– dieron lugar a un mayor desarrollo de la conciencia política. Hoy, entre un 60 y un 80% de los ciudadanos estadounidenses no tiene problemas en situarse en una escala de liberalismo (progresismo)-conservadurismo (un 90% entre estudiantes universitarios) y tienen un conjunto de ideas sociopolíticas relativamente coherentes, aunque no siempre sean sofisticadas. En un sentido parecido, Yela, asumiendo que la política es “la doctrina u opinión referente al gobierno –guía, dirección y ordenamiento- de los estados y los asuntos públicos” (Yela, 2005, p.403), señala la dificultad de que alguna persona sea realmente apolítica, que no se interese u opine sobre el sueldo, las leyes, los precios, o la inmigración.

b) la dimensión carece de potencia motivacional y significación conductual. Sin embargo, Jost menciona la existencia de innumerables agrupaciones, canales televisivos y páginas web de contenido conservador que tienen gran seguimiento popular, así como la clarísima correspondencia entre la autopercepción política y la conducta de voto. En España tenemos

ejemplos muy claros de movilizaciones de distinto signo político –manifestaciones contra la ley del aborto y el matrimonio homosexual, contra la guerra, el movimiento 15 M, etc.– y grandes grupos empresariales del campo de la comunicación con líneas editoriales claramente posicionadas desde el punto de vista político.

c) no hay diferencias claras en los puntos de vista de progresistas y conservadores: La decadencia del marxismo y comunismo (también del socialismo en EEUU) y la aceptación y legitimación general del estado del bienestar en sociedades democráticas serían argumentos fáciles de rebatir en base a las claras diferencias en valores, actitudes respecto a la desigualdad y al cambio social, o moralidad, algunas de las cuales se revisarán en el presente trabajo. También los nuevos tiempos nos presentan grandes diferencias en cuanto a cómo afrontar, por ejemplo, la crisis financiera global que nos asfixia.

d) No hay perfiles psicológicos característicos –procesos psicológicos diferentes– de unos y otros. Unos párrafos más adelante se detallará la perspectiva de Jost en este aspecto, que viene a defender ciertas diferencias en las motivaciones y necesidades epistémico-existenciales entre personas con una u otra ideología política.

Por tanto, se podría concluir que, a pesar de que la mayoría de las personas puede tener un conocimiento limitado acerca del discurso específico de las ideologías conservadoras y progresistas, cierta incapacidad o desmotivación por comprender el conflicto político en términos ideológicos, y poca consistencia ideológica en sus opiniones acerca de determinados asuntos de interés público, John Jost entiende que cualquier persona tiene un conjunto de actitudes morales y políticas relacionadas entre sí, con componentes cognitivos, afectivos y motivacionales, que permiten pensar que los ciudadanos tienen ideología. Aunque es cierto que la gente está lejos de ser totalmente coherente en su uso de conceptos ideológicos abstractos, la mayoría de los ciudadanos usa un subconjunto de valores o principios centrales que pueden ser considerados ideológicos, pues son amplias posturas que explican y justifican diferentes situaciones sociales y políticas (Jost, 2006; Jost et al., 2009). En este sentido Jost se adhiere a la idea de Lane, quien sugiere que el ciudadano común tiene un conjunto de creencias políticas cargadas emocionalmente que implican valores centrales e instituciones, y que son racionalizaciones de intereses –a veces, no los propios– que sirven como justificación moral para sus actos y creencias cotidianas.

Una vez, como acabo de hacer, planteado el problema sobre si tiene o no sentido hablar de ideología política, detallaré algunas de las distintas dimensiones con que ésta ha sido descrita: Las ciencias sociales se han referido a la ideología política fundamentalmente a través de la

dimensión izquierda – derecha, o progresismo – conservadurismo, que ha sido entendida como un concepto unidimensional, pero también se ha descrito la orientación política de forma más compleja, como un constructo compuesto por distintas facetas. Posteriormente analizaré con brevedad la cuestión acerca de la esencia –su origen y contenido ideológico– de la orientación política o el conservadurismo, para centrarme especialmente en los enfoques psicosociales sobre la ideología política y el conservadurismo. Junto a algunos que la vinculan con determinadas visiones del mundo y valores o fundamentos morales, la mayor parte los enfoques describen al conservadurismo –y constructos cercanos, como el autoritarismo o la orientación de dominancia social– como motivados por necesidades epistémicas, existenciales y sociales, una idea central para la tesis que nos ocupa. Tras ello, para finalizar aportando evidencia de las relaciones de esta variable (y de sus interacciones con las necesidades epistémico–existenciales asociadas) con el apoyo a la violencia colectiva y política, y con la desconexión moral, prestando especial atención al papel de las amenazas en el origen tanto del conservadurismo como de sus implicaciones en la hostilidad exogrupal.

5.1. LAS DIMENSIONES DE LA IDEOLOGÍA POLÍTICA.

5.1.1. La unidimensionalidad de la ideología política

La forma más habitual de entender, describir o hacer operativa la ideología política en ciencias sociales ha sido tradicionalmente la dimensión liberalismo (progresismo o izquierda política) – conservadurismo (derecha política). Con origen en la Revolución Francesa, en la que la izquierda se vinculó a las tendencias al cambio y al progreso –asociado a la crítica a la autoridad y la jerarquía– y la derecha a la continuidad de las tradicionales formas de vida –y de la autoridad, jerarquía y desigualdad–, esta dimensión ha ido siendo desplazada por la de “liberal”- “conservador” en países como EEUU (Jost et al., 2009), aunque en España el término “liberal” resulta ambiguo y confuso⁸ (por ello, en adelante utilizaré el término *progresista* o *progresismo* para referirme a los conceptos anglosajones *liberal* o *liberalism*). Como recogen Jost et al., (2009), en países tan diversos como EEUU, Países Bajos o Alemania, la derecha se asocia con

⁸ Aunque en inglés la dimensión con la que se suele caracterizar a la ideología política es “liberalism – conservadurismo”, sería más apropiado traducir *liberalism* por *progresismo*, y no por *liberalismo*. El motivo es que *progresismo* parece menos ambiguo en castellano, donde el término *liberal* se asocia en la actualidad con la libertad y la tolerancia a nivel social (opuesto a lo *conservador*), pero con una forma de posicionarse en la política económica característica de la derecha política o los partidos conservadores: es decir, se aboga también por la libertad, por la reducción o eliminación del intervencionismo del estado a nivel económico, pero también a nivel social (véase la definición de dicho término por la RAE). Frente al de *liberalismo*, el término *progresismo* tiene la ventaja de no asociarse con la política económica de derechas. El término anglosajón que mejor encajaría con el significado actual de la noción castellana de *liberalismo* aplicada a la política sería *Libertarianism*.

el conservadurismo, individualismo, capitalismo, orden, mantenimiento del sistema, fascismo, o nacionalismo; y la izquierda, a progresismo, cambio de sistema, igualdad, solidaridad, protesta, oposición, socialismo, comunismo, o radicalismo. Estos mismos autores apuntan que, respecto a la ideología política, se suele distinguir entre aspectos o definiciones simbólicas –etiquetas o categorías abstractas y generales, como la identificación con la izquierda o derecha en un continuo–, y aspectos o definiciones operacionales, basados en opiniones acerca de aspectos más concretos y específicos que se asocian a la izquierda o la derecha política –las medidas de autoritarismo de derechas (RWA, Right Wing Authoritarianism) o de orientación de dominancia social (SDO, Social Dominance Orientation) serían buenos ejemplos de este tipo de definiciones, como se verá unos párrafos más adelante–. Los aspectos simbólicos y operacionales de la ideología política no siempre coinciden: muchas personas se definen como filosóficamente conservadoras o liberales mientras apoyan políticas o decisiones propias del polo ideológico opuesto –en EEUU mucha gente se describe como conservadora pero apoya políticas progresistas, quizás porque la izquierda resulta más atractiva o popular en sus medidas concretas que como abstracción–. Sin embargo, esto no refuta la validez discriminante y predictiva de la escala unidimensional izquierda-derecha, que ha mostrado en numerosas ocasiones su parsimonia, utilidad teórica y validez empírica (predictiva y discriminante, etc.): se utiliza en cientos de estudios y muchos de ellos han hallado apoyo para su validez a la hora de detectar diferencias en variables epistémicas, existenciales, en visiones del mundo –moralidad, por ejemplo–, intención de voto, etc. (Benoit y Laver; Bobbio; Campbell y otros, Carney y otros, Fuchs y Klingeman; Jacoby; Tomkins; etc., citados todos por Jost y otros, 2009). Parece que ambas formas de entender la ideología tienden a ser más consistentes en personas que están muy informadas y comprometidas con la política. Así, tanto en ciencias políticas como en Psicología Social (política) se han utilizado con gran convergencia diversas medidas operativas de la dimensión izquierda-derecha/ liberalismo (progresismo) -conservadurismo, derivados de distintos enfoque teóricos que se revisarán brevemente unos párrafos más adelante.

5.1.2. De la unidimensionalidad a la multidimensionalidad

A pesar de que, en línea con lo descrito hasta ahora, los enfoques psicosociales clásicos y muchos de los que actualmente predominan sobre la ideología política o el conservadurismo – la gran mayoría de las teorías que se revisarán en el presente estudio, las principales definiciones operativas del mismo– generalmente los entienden como una sola dimensión, no faltan propuestas que describen la ideología política como una realidad estructuralmente más compleja, como sintetizan claramente Jost et al. (2009), a quienes seguiremos en los siguientes párrafos.

Así, el progresismo (u orientación de izquierdas, referido a aspectos como derechos civiles, igualdad, sanidad pública gratuita, derechos laborales, etc.) y el conservadurismo (relacionado con la religión, los negocios, los beneficios, la autoridad, la ley y el orden, etc.) se han entendido también como dos dimensiones ortogonales –por ejemplo, por Conover y Feldman en 1981, o por Kerlinger en 1984–, en teoría independientes, que saturan en factores distintos en análisis factoriales, aunque en realidad raramente dejan de correlacionar de forma negativa, como el propio Kerlinger reconoce.

La ideología política también se ha entendido como compuesta por otras dos dimensiones o aspectos independientes: el conservadurismo económico y el sociocultural. Así lo han sugerido autores tan diversos como Duckitt, Evans, Duriez, Zaller, o Stenner, dado que ambos factores se han mostrado conceptual y factorialmente diferentes: así, sería posible ser socialmente liberal o progresista y económicamente conservador (“libertarios” en EEUU, denominados en español, quizás, liberales), o viceversa (populistas). En coherencia con ello, Napier y Jost proponen que la gente de bajo estatus socioeconómico desarrollaría una ideología de derechas más probablemente por razones sociales o culturales, mientras que la de alto nivel socioeconómico lo haría por razones económicas (citado en Jost et al., 2009). En este sentido, Duckitt et al. (2002) han propuesto que el autoritarismo de derechas (RWA) y la orientación de dominancia social (SDO) –conceptos que más adelante describiré– tendrían diferentes fundamentos motivacionales, estando el primero más asociado a las dimensiones económicas del conservadurismo y el segundo a las socioculturales. En un sentido parecido, ante lo que considera una confusión conceptual habitual, Stenner (2009) distingue tres formas de conservadurismo o derecha política: el conservadurismo de estatus quo, que implica una inclinación permanente a favor de la estabilidad y la preservación del estatus quo frente al cambio social; el conservadurismo *laissez-faire*, referido a la preferencia por el libre mercado y la limitación de la intervención estatal en la economía; y el autoritarismo, clásicamente llamado “conservadurismo social”, que se refiere a una predisposición duradera a anteponer la obediencia y la conformidad sobre la libertad y la diferencia en todos los ámbitos políticos y sociales. Esta última, y no las otras formas de conservadurismo, habría sido la causa principal de la intolerancia a la diferencia (racial, moral, política...) en cualquier época o cultura, una actitud activada por la percepción de amenaza a las normas, autoridad o a las fronteras sociales. Sin embargo, estas dos (o tres, en el último caso) dimensiones están positivamente relacionadas en la mayoría de los países en que se ha estudiado su asociación (véase Benoit y Laver, o Napier y Jost, citados en Jost y otros, 2009): dado que ambos aspectos suelen ir de la mano en los programas políticos, por coherencia es razonable pensar que las personas asuman ambos tipos de conservadurismo (para justificar sus posturas o acciones sociales y políticas, evitar la disonancia cognitiva, etc.). Las relaciones negativas entre conservadurismo y progresismo, y las

positivas entre ideología política y económica, y entre el conservadurismo y determinadas variables epistémicas –como la incertidumbre– y existenciales –se analizan más adelante–, hacen que entender ésta como una única dimensión y medirla a través de un ítem en forma escalar resulte adecuado, al menos en determinadas situaciones. Lo parece, al menos, cuando se utiliza con personas vinculadas a la política, con alta motivación y capacidad para la misma, informadas y comprometidas con ella, de alto nivel educativo; y en situaciones (países o épocas), como la de España, con alto nivel de competencia y hostilidad política entre partidos de izquierda y derecha, en los que la correlación entre RWA y SDO aumenta (Duriez, Van Hiel y Kossowska, 2005). Además, hay necesidades sociales, cognitivas, motivacionales –como más adelante se detallará– y de coherencia que hacen confluir las posibles distintas dimensiones en una sola, por ejemplo, en las agendas y programas de los partidos políticos.

5.2. LA ESENCIA DEL CONSERVADURISMO: ORIGEN Y CONTENIDO.

En coherencia con lo recientemente descrito, asumiendo la utilidad y el sentido de entender el conservadurismo o la ideología política como un factor o una dimensión relativamente coherente e integrada, al menos en ciertos casos, cabe plantearse: ¿En qué consiste exactamente ser progresista o conservador? ¿Cuáles son los aspectos que llevan a las personas a describirse como conservadores o progresistas, a adscribirse a una u otra ideología? Existe gran cantidad de teorías que han abordado la naturaleza, origen, contenido e implicaciones de la ideología política en general, y del conservadurismo en particular, polo que ha suscitado un interés especial en la Psicología Social y que será de gran relevancia para el presente trabajo.

Jost, Glaser, Kruglanski y Sulloway (2003) hacen referencia a distintos tipos de teorías sobre la ideología política o el conservadurismo: las teorías personalistas, que lo definen en base a diferencias o tendencias individuales; las teorías provenientes de la Economía, la Sociología o las Ciencias Políticas, que entienden el conservadurismo como orientado por el interés propio, resultado de procesos “fríos”, puramente racionales, calculadores (teorías que se ajustarían bien a la explicación del conservadurismo de las clases socio-económicas altas, pero no tanto al conservadurismo de clase baja o trabajadora); y otras que enfatizan el aprendizaje social (a través de modelado, condicionamiento operante, etc.) de las actitudes políticas durante la socialización. Como Jost et al. (2009) entienden, estos distintos tipos de teorías permiten describir la ideología en base a su contenido (conjunto de creencias, valores...) y en base a sus funciones (necesidades que cumple).

En cuanto a su contenido, los enfoques arriba-abajo defienden que la ideología es consecuencia del aprendizaje de un conjunto de actitudes, valores, creencias que son prominentes, a las que

los ciudadanos se exponen o tienen más fácil acceso (en virtud de la influencia de los medios de comunicación de masas, las élites políticas y económicas, grupos de pertenencia, etc.). Sin embargo, esta superestructura discursiva no es exclusiva de una ideología, sino que existen élites tanto progresistas como conservadoras, y su discurso afectará a los ciudadanos en función de las habilidades cognitivas y motivaciones de éstos. Es aquí donde entran en juego muchos de los enfoques psicosociales del conservadurismo y la ideología, que entienden que ésta se puede explicar, al menos en parte, en base a las funciones que cumple, a las necesidades que cubre, que son fundamentalmente epistémicas (de conocimiento), existenciales (de seguridad) y relacionales. Según estos enfoques de abajo-arriba, la susceptibilidad a adherirse a ideologías de derecha o izquierda está influida, también, por la herencia genética, el temperamento o la personalidad en la niñez, y la variabilidad disposicional y situacional en las necesidades sociales, cognitivas y motivacionales de reducir la incertidumbre y la amenaza (Jost y otros, 2009), como más adelante se detallará.

En cuanto a su contenido puramente ideológico (conjunto de ideas, valores, creencias que lo definen), el *conservadurismo* puede entenderse, siguiendo el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, como la “Doctrina política de los partidos conservadores” en su primera acepción, y “actitud conservadora en política, ideología, etc.” en la segunda. El mismo diccionario entiende por *conservador*, en su segunda acepción, “Dicho de una persona, de un partido, de un gobierno, etc., especialmente favorables a la continuidad en las formas de vida colectiva y adversas a los cambios bruscos o radicales”.

Desde el ámbito más específico de la Psicología Social, también en lo que se refiere a su contenido, John Jost y sus colaboradores (2003), tras revisar los puntos de vista de otros muchos científicos sociales y definiciones, llegan a la conclusión de que hay dos factores centrales, relativamente estables en el tiempo y entre culturas, que definen la dimensión izquierda-derecha: las actitudes hacia el cambio social frente a la tradición; y las actitudes hacia la desigualdad. Así, autores como Neilson, Morris, Mannheim, Conover y Feldman, etc., definen el conservadurismo como la tendencia a preservar lo establecido o la tradición, oponerse al cambio (en los ámbitos social, económico, legal, religioso, político o cultural, detalla Rossiter, quien además habla de miedo al cambio y al radicalismo), manifestarse hostil hacia la innovación social, aspecto que es recogido por medidas como la C-Sale de Wilson o la escala de RWA (Autoritarismo de Derechas) de Altemeyer (que mide el compromiso ideológico hacia la tradición, la autoridad y las convenciones). Por otra parte, Giddens o Bobbio, en coherencia con otras definiciones políticas e históricas del conservadurismo o ideología de derechas, destacan la aceptación de la desigualdad como rasgo básico del pensamiento conservador, que se recoge en medidas del mismo como el SDO (Orientación de Dominancia Social, de Pratto, Sidanius y

otros), las escalas de conservadurismo económico de Golec o las utilizadas para ello por Sidanius y Ekehammar (tomado de Jost et al., 2003).

A pesar de existir situaciones en que los conservadores o la derecha persiguen el cambio (muchas veces con el objetivo de volver a un pasado tradicional idealizado, y generalmente a favor de la desigualdad, como los casos de Hitler, Mussolini, Franco, o la intención del gobierno actual español de modificar la ley del aborto y, de forma encubierta, la del matrimonio homosexual) y la izquierda defiende el estatus quo, los dos aspectos centrales del conservadurismo lo son porque han ido asociados en la mayor parte de las ocasiones, las culturas y la historia: las costumbres o acuerdos sociales más tradicionales suelen ser menos igualitarias, aunque la relación tiende a debilitarse a medida que las condiciones de vida – estatus quo– son más igualitarias (Jost et al., 2003).

Junto a estos aspectos centrales, Jost defiende la existencia de una serie de aspectos periféricos generalmente característicos de las personas conservadoras o de derechas, pero más dinámicos, que han cambiado sensiblemente de unas épocas y lugares a otros: actitudes hacia el militarismo, las políticas de inmigración, la postura hacia la pena de muerte, la severidad en el castigo para los criminales, la tendencia favorable hacia el gasto público en policía y recursos militares, etc. (Jost y otros, 2003).

5.3. ENFOQUES PSICOSOCIALES SOBRE LA IDEOLOGÍA POLÍTICA.

La Psicología en general, y particularmente la Psicología Social, ha abordado la ideología política desde múltiples perspectivas. Se presenta, en primer lugar, un enfoque que no se corresponde con la forma predominante de enfocar la ideología política desde nuestro campo, pero que resulta relativamente novedoso y supone un desafío a las visiones más habituales. Posteriormente se detallan los enfoques más habituales en Psicología Social, que describen a la ideología política, al menos en parte, como motivada por necesidades psicológicas.

5.3.1. Una perspectiva psicosocial de arriba-abajo: visiones del mundo, ideología y moralidad.

Entre otras, La Teoría de los Fundamentos Morales analizada en páginas anteriores permite entender la ideología política desde los enfoques denominados de *arriba-abajo*, a pesar de que, como se verá posteriormente, éstos no son la norma en la perspectiva psicosocial. Desde este punto de vista, el conservadurismo y la ideología política pueden describirse a través de sus correlatos e implicaciones morales, dado que la moralidad puede entenderse como una parte

fundamental de las visiones del mundo, así como de las ideologías en general, o de la ideología política en particular. Esta perspectiva supone una crítica a la conceptualización del conservadurismo como una forma de cognición social motivada por el miedo al cambio y la susceptibilidad a la amenaza que analizaré posteriormente (Jost et al., 2003; 2006; Jost, 2004), dado que no derivaría tanto de estos aspectos como de las visiones del mundo más amplias que poseen las personas (Haidt y Graham, 2007). Así, frente a los psicólogos cognitivistas, como Piaget y Kohlberg, que consideraban que los principios morales eran universales, la Sociología ha vinculado históricamente el contenido de la moral a los contextos sociales y culturales: la forma de identificación con los otros en sociedades con mayor o menor división del trabajo afecta a la moralidad, según Durkheim, como lo hace la visión del mundo protestante, según Weber (tomado de Jensen, 1997). En este sentido, Jensen (1997) argumenta que el razonamiento moral se basa en visiones del mundo más amplias, y que los comportamientos morales sirven para reforzar tales visiones del mundo. Este autor acuña el término “guerra cultural” para referirse a la confrontación que en temas políticos y morales –el aborto, la eutanasia, el matrimonio homosexual, la investigación con células madre ...– existe en la sociedad estadounidense entre las tendencias a la ortodoxia –concepto muy cercano al conservadurismo– y el progresismo, y que se fundamentaría en unas diferencias más profundas en relación a sus concepciones respecto a cuáles son las fuentes de la autoridad moral y los límites de la autonomía individual. Los ortodoxos se caracterizan por su compromiso con una autoridad trascendente que es la fuente de unos códigos morales universales e inalterables que los seres humanos deberían seguir. Frente a ellos, los progresistas defienden la responsabilidad de las personas en construir las normas morales, bien basándose en evidencias científicas o argumentos racionales objetivos, bien reconociendo la subjetividad de la experiencia personal. La moralidad de los grupos ortodoxos se basaría fundamentalmente en la ética de la divinidad del modelo de Schweder y sus compañeros –el fundamento de pureza en términos de la MFT–, mientras que la de los progresistas se fundamentaría en la ética de la autonomía (Haidt y Graham, 2007).

Desde una línea muy similar, diversos investigadores dan cuenta de cómo el razonamiento moral de muchas culturas está basado en valores y creencias culturales y religiosas –visiones del mundo–, y cómo las diferencias culturales dan lugar a importantes diferencias en moralidad. En este sentido, Dien (1997) defiende que, bajo las visiones del mundo china e hindú, la división apuntada por Turiel entre los principios morales y las reglas socio-convencionales pierde su sentido, dando lugar a una mayor moralización –o amplitud de aspectos de la realidad que pertenecerían al campo de la moral, frente al de la convención social o la discrecionalidad personal–. De esta forma, la distinción entre visiones del mundo ortodoxas y progresistas

desarrolladas por Jensen serían válidas, según Dien, exclusivamente para las culturas occidentales.

Partiendo de una perspectiva parecida y congruente con la de Jensen, como ya se ha apuntado brevemente en líneas anteriores, la MFT también ha abordado de forma teórica y empírica los desencuentros o “guerra cultural” que se dan entre personas de distintas orientaciones políticas, que Haidt y Graham (2007) vinculan a sociedades como la estadounidense y la israelí, pero que parece darse en muchos otros países, como España –recuérdese las polémicas políticas y ciudadanas originadas por aspectos como la retirada de crucifijos de las escuelas públicas, o por la legalización del matrimonio homosexual o del aborto–. Las personas de una orientación política de izquierdas valoran casi exclusivamente las virtudes provenientes de los dos fundamentos morales individuales o de autonomía, mientras que las conservadoras valorarían virtudes fundamentadas en los cinco fundamentos (Haidt y Graham, 2007; Graham et al., 2009; Graham et al., 2011; etc.), lo que puede llevar a estos últimos, en ocasiones, a tener intuiciones y emociones morales opuestas a lo relativo a la justicia y el bienestar de las personas (Haidt y Graham, 2007 y 2009). Se trata de una forma alternativa de interpretar que los conservadores políticos o religiosos tiendan a “moralizar”, o dotar de sentido moral aspectos pertenecientes a otros ámbitos del mundo social según la clasificación de Turiel, o a situarse en etapas convencionales de razonamiento moral –en términos del modelo de Kohlberg–, en mayor medida que los progresistas; así, como proponen Haidt y Graham (2007), el hecho de que las personas de orientación conservadora rechacen el matrimonio homosexual podría derivarse, no tanto de una falta de fundamentos morales individuales (negar derechos a personas discriminadas), sino al apoyo a una institución tradicional como el matrimonio, que perciben en peligro –es decir, debido al énfasis en una moralidad basada en los fundamentos vinculantes, de lealtad y autoridad–.

Estas conclusiones proceden de los resultados de diversas investigaciones empíricas muestran de forma evidente varios aspectos: uno, que para las personas conservadoras los cinco fundamentos morales son relevantes, mientras que para los progresistas, los fundamentos individuales son claramente más importantes que los vinculantes, como ya se ha apuntado; por supuesto, la importancia de los vinculantes es mucho mayor para los conservadores que para los progresistas; lo que no está tan claro es que la importancia de los fundamentos individuales sea mayor entre progresistas que entre conservadores. Así, Graham et al. (2011) comprueban, con una muestra de estudio de gran tamaño y de diversos países y culturas, un mismo patrón al respecto: existe una correlación negativa y moderada entre conservadurismo y la valoración de los fundamentos morales individuales (de media, $r = -0,20$ en el fundamento de cuidado/ daño, y $r = -0,32$ en el de justicia). La correlación con los fundamentos morales vinculantes o de unión es

positiva y algo más intensa aún (entre 0,37 y 0,49). Estos resultados vienen a corroborar lo que se ha hallado consistentemente en estudios anteriores: Graham et al. (2009) encontraron en diversos estudios con diferentes formas de medir tanto la ideología política como los fundamentos morales, en una amplia muestra internacional, mayores niveles de moralidad individual entre progresistas que entre conservadores; mayores niveles de moralidad individual frente a la de unión o vinculación en general, aunque la diferencia era más clara en sujetos más progresistas; que la orientación política no predecía las puntuaciones en el grado de sacralización de los fundamentos morales individualistas –tendencia a rechazar el “comercio” o intercambio en relación a estos aspectos morales, negándose a romperlos a cambio de cualquier cantidad de dinero–, lo cual podría indicar que las diferencias en estos fundamentos pueden ser muy livianas, aunque los autores atribuyen la ausencia de diferencias a la mayor tendencia general hacia la sacralización de los conservadores (menor disposición a romper reglas morales a cambio de dinero). Este argumento se ve apoyado por la idea de que los progresistas suelen mantener una ética más consecuencialista, y los conservadores, una más deontológica –basada en los principios en sí, con independencia de las consecuencias que se deriven de los actos regulados por la ética– (Ditto et al., 2009; Uhlmann et al., 2009).

Siguiendo con la tendencia a la sacralización, Graham y Haidt (2011) replican los hallazgos anteriores: mayor tendencia a la sacralización de la moralidad vinculante para los conservadores, y no parece haber diferencias respecto a la individual (más sacralización del cuidado en progresistas y menos en justicia); los autores defienden que existe una tendencia general a la mayor sacralización de los conservadores, apoyados en una correlación ínfima ($r=0,08$) pero significativa –debido, probablemente, a un enorme tamaño muestral de 27.000 sujetos– con la sacralización de aspectos no morales, interpretación que, en mi opinión, no se sostendría debido a la escasa significación práctica o “clínica” de tal correlación.

En este mismo sentido, Koleva, Graham, Haidt, Iyer y Ditto (2009) estudian hasta qué punto la adscripción a los distintos fundamentos morales puede predecir el grado de aceptación de diversos temas concretos asociados con la orientación política (aborto, control de armas, aceptación del matrimonio homosexual, etc.), encontrando que la dimensión “pureza” es la mejor predictora de las actitudes conservadoras (en la mayoría de los ítems), seguido de la lealtad endogrupal, siendo menos importantes, aunque aún relevantes, la autoridad y la justicia. Generalmente los fundamentos morales fueron mejores predictores de actitudes políticamente conservadoras que la orientación política o la religiosidad. Esto era así cuando se valoraba hasta qué punto cada asunto se consideraba inmoral, pero cuando se preguntó acerca de la postura concreta respecto a temas objeto de polémica y discusión entre conservadores y progresistas, la orientación política es generalmente la mejor predictora, aunque respecto a los fundamentos

morales los patrones se mantienen: los fundamentos más relevantes son la pureza (sobre todo), el endogrupo y la autoridad. En general, el fundamento de justicia es el peor predictor, el que peor discrimina en asuntos políticos, quizás porque no es independiente de la opción política (covariada). O puede ser que todos los participantes valoren la justicia, pero quizás con criterios distintos (equidad frente a necesidad, por ejemplo).

En coherencia con estos hallazgos aunque desde diferentes posiciones teóricas, Skitka y Bauman (2008) recuerdan la asociación claramente establecida por la investigación entre el conservadurismo y las etapas kohlbergianas de razonamiento moral convencional, y progresismo con el razonamiento postconvencional. Por otra parte, los autores también señalan que las personas de orientación de derechas o conservadores tienden más al *absolutismo moral* (la idea de que los asuntos sobre lo correcto o incorrecto no son variables culturalmente, ni lo deberían ser), mientras los de izquierdas o progresistas adoptan en mayor medida un *relativismo moral* (conciben que las ideas sobre lo correcto o incorrecto son variables culturalmente, algo que es aceptable). En relación con ello, Peterson, Smith et al. (2009) han encontrado que las personas de orientación política conservadora son más dados a utilizar como estrategia de reducción de incertidumbre la *exportación moral*, o “disposición a promover y apoyar activamente la proliferación de las propias creencias morales, introduciendo un fuerte componente de orientación a la acción a dichas creencias” (p. 207).

Un último constructo importante para entender las diferencias morales entre personas de diferente ideología política es el *moralismo* o *disposición a moralizar*, que consiste en “la tendencia general a ver el mundo en términos morales, y a evaluar las cosas pública y explícitamente como correctas o incorrectas” (Lovett y Jordan, 2007, p.166), o “la tendencia a percibir la vida cotidiana como imbuida de una dimensión moral, una dimensión de obligación ética” (Lovett y Jordan, 2007, p.167). Este enfoque tiene sus raíces en la teoría de los dominios sociales en la que destacan autores como Turiel o Nucci: Los moralizadores, las personas con alta tendencia a la moralización, a ver el mundo a través de las lentes de lo moralmente correcto o incorrecto, expanden el dominio moral y reducen los dominios de las convenciones sociales y las elecciones personales -implicaría percibir que aspectos pertenecientes al ámbito de las convenciones sociales y las preferencias personales son en realidad parte del dominio moral-. Lovett y Jordan (2007) afirman que tanto individuos como culturas u orientaciones ideológicas o políticas difieren en su tendencia a moralizar, aportando datos de un estudio con muestra estadounidense en el que los votantes de Bush –candidato conservador republicano– mostraron mayor moralismo que los de Kerry –candidato demócrata–.

En conclusión, existe suficiente evidencia convergente para afirmar que las personas más conservadoras tienen diferente moralidad –en el sentido de una distinta configuración en la valoración de los distintos fundamentos morales–, y son más “morales”: tienden a valorar todos los fundamentos morales, a moralizar y a exportar su moralidad en mayor medida que los progresistas. Por otra parte, en lo que más directamente atañe a los objetivos de esta tesis, parece que una de las diferencias fundamentales entre progresistas y conservadores radica en el mayor peso que estos últimos conceden a los fundamentos morales vinculantes, aquéllos que anteriormente se han propuesto como posibles precursores de un mayor apoyo o justificación de medidas violentas en conflictos intergrupales.

5.3.2. Enfoques psicosociales predominantes sobre el conservadurismo y conceptos ideológicos cercanos.

En coherencia con lo apuntado con anterioridad, más allá del interés por identificar sus contenidos ideológicos, la Psicología Social ha tendido a considerar al conservadurismo como un concepto complejo, dual y mixto, de naturaleza híbrida, que combina los elementos políticos o ideológicos con otros de naturaleza psicológica: se trataría de una actitud social con implicaciones religiosas, ideológicas o económicas, pero también motivacionales (Jost y otros, 2003).

En este sentido, a continuación se presentan algunas de las perspectivas psicológicas y psicosociales del conservadurismo, así como de otros constructos y variables que se han tomado como formas operativas del mismo –o de la ideología política–, junto a las teorías que las sustentan, tal y como las recoge la breve pero completa revisión que aparece en los trabajos de Kruglanski (2004) y de Jost et al. (2003). Estos últimos autores clasifican muchas de estas teorías en:

1) Las que se basan en diferencias individuales (defienden que las características de personalidad o diferencias individuales son motivadas por necesidades psicológicas), donde destacan los enfoques referidos propiamente al conservadurismo, las teorías del autoritarismo (como el RWA de Altemeyer), Teoría de la polaridad ideo-afectiva de Tomkins, el dogmatismo de Rockeach, o la intolerancia a la ambigüedad;

2) Las que se fundamentan en motivos epistémico-existenciales (ponen el énfasis en el rol de los procesos cognitivos y motivacionales en la génesis de las tendencias de respuesta conservadoras), como la Teoría Epistémica Profana (*Lay Epistemic theory*, de Kruglanski), la

teoría del foco regulatorio de Higgins, la Teoría del Manejo del Terror (TMT), y donde incluyo también la perspectiva de Janoff-Bulman (2009); y

3) Las teorías sociopolíticas de racionalización del estatus quo (SDO, u Orientación de dominancia Social; y TJS, o Teoría de la Justificación del Sistema), que también pueden ser entendidas como motivadas por necesidades psicológicas.

Aunque la inclusión de estos enfoques en esta tesis pueda resultar tediosa y no parecer lo suficientemente relevante para a los fines de la misma, su objetivo es fundamentar lo que todos ellos coinciden en plantear de una forma u otra: que existe una asociación entre el las ideas de contenido conservador o de derechas y determinadas necesidades o motivos psicológicos (Jost y otros, 2003), fundamentando enfoques abajo – arriba, o bien mixtos, de la ideología política.

a) Algunos enfoques personalistas

Aunque el estudio del conservadurismo como concepto psicológico tiene su origen en los trabajos de Lentz, quien lo describió como un rasgo general, uno de los más destacables estudiosos del mismo es Eysenck, quien en el desarrollo de su teoría de los dos factores de las actitudes sociales lo caracteriza con un elevado patriotismo, apoyo a la pena capital, al trato duro con los criminales, creencia en la inevitabilidad de la guerra, en Dios y en la Iglesia. En el otro polo estaría el “radicalismo”, asociado al comunismo, pacifismo, apoyo al divorcio y la libertad sexual, etc. Para Eysenck, estos aspectos ideológicos eran independientes de otros rasgos epistémicos, representados en la dimensión de suavidad-dureza mental (Kruglanski, 2004).

Por otra parte, La *Teoría de la polaridad ideo-afectiva de Tomkins* tiene en cuenta el rol del afecto y la motivación en la configuración de unas predilecciones ideológicas que se manifiestan en todos los campos de la vida, como las relaciones interpersonales, el arte, la cultura, la ciencia o la filosofía. Tomkins defiende que el progresismo (recuérdese, la noción anglosajona *liberalism*) estaría asociado al sentimiento y orientación positiva hacia sí mismo y los demás, confianza en la naturaleza humana, preferencia por la filosofía humanista, por los gobiernos democráticos, la empatía o la disciplina permisiva; el conservadurismo, por el contrario, se relacionaría con una desconfianza generalizada, falta de empatía, sentimientos de miedo, preferencia por gobiernos punitivos, disciplina directiva, una filosofía positivista de la ciencia, o las relaciones jerárquicas (Jost y otros, 2003, Kruglanski, 2004).

Desde un enfoque psicodinámico, Wilson se refiere al *conservadurismo* como una susceptibilidad generalizada a experimentar amenaza o ansiedad ante la incertidumbre –por lo que representaría un mecanismo de defensa para afrontar tal amenaza–, o como “resistencia al cambio y la tendencia a preferir las formas seguras, tradicionales y convencionales de instituciones y comportamiento” (Wilson, en Jost, et al., 2003, p. 340). Derivado tanto de factores genéticos como de los ambientales (autoestima, educación paterna, etc.), el conservadurismo se caracterizaría por implicar dogmatismo religioso, orientación política de derechas (en sociedades occidentales), militarismo, etnocentrismo, autoritarismo, conformidad, convencionalismo, tendencia al castigo, antihedonismo, superstición y oposición al progreso científico. Utilizando su escala (C-Scale), encuentra que el conservadurismo correlaciona de forma positiva con autoritarismo, dogmatismo y rigidez, entre otros aspectos.

Por último, más recientemente Eckhardt describe el *conservadurismo* en base a sus características ideológicas, cognitivas, afectivas, comportamentales y morales. Entre las características ideológicas destacan el capitalismo, el militarismo, el nacionalismo y el prejuicio, que se combinan con aspectos de los otros dominios, como el dogmatismo, la rigidez (cognitivos); ser conformista, disciplinado, optimista –afectivos–; el apoyo al capitalismo -comportamentales–; el autoritarismo, conformismo, tendencia al castigo y la censura, orientación a la ley y el orden –morales– (Kruglanski, 2004).

Otros enfoques personalistas no mencionan explícitamente el conservadurismo, pero los conceptos a que se refieren han sido interpretados como formas operativas del mismo, o aspectos íntimamente relacionados con él. Jost et al. (2003) destacan las teorías de la intolerancia a la ambigüedad y del dogmatismo, que también recoge Kruglanski (2004), quien menciona además la noción de intolerancia a la incertidumbre de Hofstede:

Así, Frenkel-Brunswik propuso en 1948 la *intolerancia a la ambigüedad* como una variable de personalidad muy asociada al prejuicio y a otras variables sociales y cognitivas. Entendida por Budner como la tendencia a percibir las situaciones ambiguas como fuentes de amenaza, implica evitar la ambigüedad perceptual, abrazar con frecuencia concepciones dicotómicas de las relaciones interpersonales (roles sexuales, relaciones padre-hijo, etc.), categorizaciones rígidas de las normas culturales, y ver el mundo, en general, en términos de blanco o negro. Aunque en principio predominaron las explicaciones psicoanalíticas, posteriormente se ha conceptualizado en términos más cognitivos como la tendencia motivacional y cognitiva a buscar certeza, que llevaría a las personas a alcanzar conclusiones prematuras, basarse en estereotipos y clichés muy simplistas, o anclarse en lo familiar.

Una variable muy parecida a la anterior es la tendencia a la *evitación de la incertidumbre*, descrita por Hofstede, y que se relacionaría con aspectos tan propios de la ideología conservadora como la orientación hacia las leyes y la religiosidad como fuentes de certidumbre. Rockeach propone el concepto de *dogmatismo* como referencia a una forma de conservadurismo independiente de la orientación política, cuya escala de referencia mide aspectos como el doble pensamiento –o susceptibilidad a mantener creencias lógicamente contradictorias negando su incompatibilidad–, o el cierre mental –se da cuando la necesidad de protegerse de aspectos amenazantes se antepone a la motivación por conocer–.

b) Enfoques epistémico-existenciales

Dejando para más adelante, por su especial relevancia, las teorías personalistas del autoritarismo, se resumen a continuación algunas de las principales teorías clasificadas por Jost et al. (2003) como epistémicas y existenciales según las recogen estos mismos autores:

La Teoría Epistémica Profana (Lay Epistemic Theory), propuesta por Ariel Kruglanski, defiende que las creencias y el conocimiento se establecen a través de una búsqueda motivada de información, mediante la que se generan y ponen a prueba las hipótesis. Ciertas personas tienen –y ciertas situaciones fomentan– una alta necesidad de cierre cognitivo, que implica una tendencia a tomar decisiones o elaborar juicios de forma rápida, firme y definitiva. Esta necesidad de cierre puede inespecífico o específico. El primero facilitaría la perpetuación de cualquier ideología dominante en el individuo, o a la que tenga acceso, con independencia de su contenido. No obstante, aquellos contenidos que ofrezcan claridad, uniformidad, orden y estabilidad serán más eficaces, por lo que, como ha encontrado la investigación, existe una correlación positiva entre la necesidad de cierre cognitivo y las actitudes conservadoras.

La teoría del foco regulador de Higgins defiende la existencia de dos tipos de metas: aquellas relacionadas con los ideales –asociadas al crecimiento, las aspiraciones, las esperanzas, de las que está encargado el sistema regulador de la promoción–; y las metas de los “debería”, relacionadas con la seguridad, las responsabilidades y las obligaciones, de las que se encargaría el sistema regulador de la prevención. Las personas estarán principalmente orientadas hacia un foco de promoción o prevención en función de la educación parental: prevalecería la prevención cuando en la educación paterna ha predominado la protección enfocada a la prevención de resultados negativos, junto a un énfasis en el castigo y la disciplina; destacaría el foco de la promoción si el estilo paterno ha reforzado los logros de resultados positivos y ha predominado el amor como forma de disciplina. La orientación hacia la prevención daría lugar a una preferencia por la estabilidad frente al cambio, por la seguridad y el control, favoreciendo

ideologías conservadoras, mientras que la focalización hacia la promoción generaría una preferencia por el cambio que facilitaría las actitudes progresistas o de izquierdas.

Apoyándose en la teoría de Higgins, recientemente Janoff-Bulman (2009) ha entendido también la distinción *liberalismo (progresismo)-conservadurismo* desde una *perspectiva motivacional*: progresistas y conservadores se diferenciarían en una orientación motivacional básica, bien de acercamiento o provisión de bienestar al propio grupo (progresistas), bien de evitación o prevención del daño al propio grupo (conservadores). Durante la socialización –sin negar influencias biológicas, de temperamento, variables de personalidad, etc.–, son diversos los caminos que llevarían a las personas a desarrollar el predominio por una u otra orientación motivacional: la familia, los grupos de referencia y pertenencia o las experiencias vitales nos sensibilizan más hacia los resultados negativos, los peligros, la seguridad, etc., o bien hacia los resultados positivos, el cuidado y la igualdad. Estas tendencias personales se manifestarían en grandes diferencias acerca de los fines que uno considera que deberían perseguirse y las prioridades en los ámbitos sociopolíticos: el progresismo político, en base a su orientación motivacional de acercamiento, se centraría en la consecución de resultados positivos (avances sociales), en regular la sociedad a través de la activación (intervención) para conseguir mayor justicia social (redistribución de riqueza y recursos), y valorando la diversidad intergrupal y la interdependencia, y apostando por la inclusividad; el conservadurismo estaría orientado por una motivación de evitación, centrado en la prevención o protección frente a resultados negativos (amenazas o pérdidas sociales), abogando por regular la sociedad a través de la inhibición (restricciones en el comportamiento individual y estilo de vida, permitiendo libertad en el aspecto económico) para lograr el orden social; y se focaliza en las fronteras intergrupales y en la identidad social común, entendiendo la pertenencia grupal como restrictiva.

La *TMT (Terror Management Theory, Teoría del Manejo del Terror)* ha sido interpretada por Jost y su grupo de trabajo como una teoría acerca de cómo las situaciones que conllevan amenaza existencial –el recuerdo de la propia mortalidad, en concreto– generan una serie de reacciones que implican una deriva hacia las actitudes generalmente entendidas como conservadoras, aunque existen muchos argumentos y resultados empíricos para poner en entredicho afirmaciones tan categóricas. A lo largo del presente trabajo se profundizará en los presupuestos de la TMT.

c) El conservadurismo como racionalización del sistema

Algunas otras teorías se centran en el conservadurismo como forma de racionalizar el sistema social, como el SDO (que se analizará algo más adelante) y la *Teoría de la Justificación del Sistema (TJS)*.

De la misma manera que la *Teoría de la Dominancia Social* establece, como enseguida se detallará, que las ideologías de derechas satisfacen necesidades de justificación de la superioridad del propio grupo, o racionalización de los intereses de los grupos dominantes sobre los dominados, la Teoría de la Justificación del Sistema –propuesta por John Jost en los años 90 del siglo pasado– defiende que tales ideologías permiten cubrir de forma eficaz los motivos de justificación o racionalización del sistema social en general, legitimando también las desigualdades del estatus quo.

Inspirada en teorías e ideas marxistas y feministas, como la de *Falsa Conciencia*, fundamentada en la *Teoría de la Disonancia Cognitiva*, y en coherencia con la *Teoría del Mundo Justo* de Lerner, La *Teoría de la Justificación del Sistema* establece que todas las personas –incluso aquellas más desfavorecidas– estamos motivadas para tener una visión positiva del sistema social, político y económico en que vivimos, del mismo modo que ocurre con nuestros grupos de pertenencia o nuestra identidad personal. Eso lleva a todas las personas, incluso a aquellas cuyos intereses son contrarios al mismo, a defender el sistema, justificarlo e incrementar su compromiso con él cuando éste se ve amenazado por situaciones de crisis o inestabilidad social –a pesar de que implique apoyar medidas o valores contrarios a los intereses de clase o grupo social, y dé lugar a un decremento en la autoestima–. Por tanto, la teoría es capaz de explicar especialmente bien el conservadurismo de las clases trabajadoras o colectivos desfavorecidos, que precisamente serían las que mayor necesidad tendrían de racionalizar su situación para reducir la disonancia ideológica, y lo hacen comprometiéndose de forma especialmente intensa con el sistema, sobre todo, como ya se ha dicho, bajo circunstancias que amenazan la estabilidad del tal sistema (Jost et al., 2003 y 2009; Ullrich y Cohrs, 2007). Esta reacción sería debida a los efectos protectores que la ideología que justifica el sistema tendría ante amenazas existenciales (Echebarría-Echabe y Fernández, 2006).

A continuación se describen de forma algo más pormenorizada dos constructos que, a pesar de haber sido originalmente formulados como variables de personalidad, se han planteado con frecuencia como formas ideológicas conservadoras o de derechas en la investigación psicosocial, constituyendo algunas de las formas más habituales de medir la misma: el autoritarismo de derechas (RWA) y la orientación de dominancia social (SDO).

d) Autoritarismo y Orientación de Dominancia Social

Autoritarismo y RWA (Right Wing Authoritarianism, Autoritarismo de derechas). El autoritarismo, tal y como fue concebido por Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson y Sanford en 1950, sería un rasgo de personalidad, un síndrome derivado de los estilos educativos paternos que se caracterizaría por el miedo y la agresividad, y que llevaría a los individuos a buscar predictibilidad y control en sus entornos. Las actitudes autoritarias podrían ser promovidas por amenazas situacionales, y conllevan veneración por las autoridades y convenciones, y rencor hacia los subordinados y desviados. Aunque es tomado habitualmente como sinónimo de conservadurismo, la perspectiva de Wilson coloca a éste como el factor que subyace a toda actitud social, por lo que el autoritarismo sería una manifestación concreta del conservadurismo (Jost y otros, 2003).

El concepto de *autoritarismo de derechas –RWA–* fue desarrollado por Altemeyer (Altemeyer, 1981, 1996) a partir del constructo de autoritarismo y su escala de medida (la escala F) propuestos por Adorno y sus compañeros en 1950, bajo el hallazgo de que sólo tres de las dimensiones del primero correlacionan entre sí, por lo que se toman como los factores principales del autoritarismo de derechas: sumisión a la autoridad, o grado de sometimiento a las autoridades percibidas como legítimas; agresión autoritaria, o grado de agresividad frente quienes son sancionados por las autoridades legítimas; y convencionalismo, o nivel de adhesión o compromiso con las normas sociales establecidas por las autoridades. Se trata de una actualización del concepto original de autoritarismo, que implica una revisión conceptual, teórica y metodológica del mismo: lejos ya de la ortodoxia freudiana y con mayor apoyo metodológico, el autoritarismo de derechas se refiere a tendencias psicológicas o sociales no circunscritas a personas de orientación política o económica de derechas, aunque por otra parte conlleva resistencia al cambio y aceptación de la desigualdad (aspectos centrales del conservadurismo según lo entiende Jost), al tiempo que ha mostrado una importante correlación con diferentes formas de evaluar conservadurismo político en diversos estudios y aspectos periféricos del mismo: con otras medidas de autoritarismo, preferencia por partidos políticos de derechas y líderes fuertes, dogmatismo y etnocentrismo, orientación de dominancia social, nacionalismo, fundamentalismo religioso, exigencia de castigos más duros frente a criminales, prejuicio contra minorías, homofobia, actitudes pro-capitalistas, susceptibilidad al falso consenso en aspectos morales y de opinión, así como a la hipocresía moral –utilización de varios criterios morales a veces incompatibles–, etc. (Jost y otros, 2003; Cárdenas y Parra, 2010). Más relacionado con nuestro objeto de estudio, se ha mostrado asociado a la predisposición al uso de métodos coercitivos para fomentar el respeto a los derechos humanos,

el militarismo, la aceptación de intervención militar extrema, la desconexión moral, etc., como se verá unas páginas más adelante. Las relaciones entre RWA y muchas de estas variables (como el prejuicio o el SDO) se mantienen más o menos constantes con independencia del país en que tienen lugar los estudios y de las múltiples escalas y formas breves desarrolladas a partir de la escala de RWA original (Zakrisson 2005).

La visión original del *autoritarismo de derechas* como una variable de personalidad (defendida por Altemeyer; o por Adorno sus compañeros) ha sido recientemente criticada por quienes consideran que el RWA mide creencias y actitudes sociales, y no puede identificarse con una variable de personalidad, sino más bien con una ideología (Duckitt, 2001; Duckitt, Wagner, Plessis, y Birum, 2002; autores como Feldman, Kreindler, o Van Hiel y sus compañeros, citados por Jugert y Duckitt, 2009). Duckitt (2001; Duckitt et al., 2002) considera que el RWA deriva de una disposición personal a la conformidad social y de una visión del mundo como un lugar peligroso y amenazante (esquema desarrollado a través de la socialización). En una reciente formulación, Jugert y Duckitt (2009) proponen que el RWA estaría causado por una motivación de seguridad colectiva, “la meta motivacional o valor de que el colectivo con el que uno se identifica y en el que vive debería estar a salvo, seguro, ser predecible, armonioso, estable, cohesionado y ordenado” (Jugert y Duckitt, 2009, p. 696). Esta variable mediaría la influencia de la personalidad (parcialmente, pues ésta tiene también efectos directos), las creencias en un mundo peligroso y la amenaza social. Los autores plantean, además, la posibilidad de que subyaciendo a la RWA exista un rasgo de personalidad genérico que aglutine algunas de las variables que ya se ha visto que se asocian con el conservadurismo (variables de personalidad asociadas con necesidades epistémicas, algunos factores del Big Five, u orientaciones motivacionales están asociadas entre sí y con el autoritarismo).

Por tanto, como defienden Cárdenas y Parra (2010) entre otros muchos, el autoritarismo puede ser uno de los elementos componentes del pensamiento conservador (entre otros, como la SDO, u otras formas no mencionados por los autores, como los valores de seguridad...), mientras que Altemeyer (1998) lo considera una de las más potentes medidas de la dimensión conservadurismo-progresismo en política.

SDO (Social Dominance Orientation, Orientación de Dominancia Social). Tal y como puntan Jost y otros (2003), la Teoría de la Dominancia Social, desarrollada por Pratto y Sidanius, se centra en los factores evolucionistas y sociales que promueven un pensamiento conservador: las sociedades habrían tratado históricamente de reducir los conflictos grupales a través del desarrollo de sistemas de creencias ideológicas que justificaran las jerarquías y superioridad de unos grupos sobre otros, que son inherentemente conservadores, dado que justifican tanto la

desigualdad como el estatus quo –a nivel económico, de estatus, poder, etc.–. Aunque se propone como universal, existen diferencias tanto intergrupales como interindividuales en la fuerza de adhesión a estas ideas. Tanto la biología como la socialización dan lugar a diferencias en la orientación a la dominancia social (SDO), una variable de personalidad, más recientemente entendida como ideológica, que se ha erigido como una de las principales formas de hacer operativo el conservadurismo (fundamentalmente económico) o ideología de derechas. Las personas con elevada SDO tienen a considerar que las desigualdades entre los grupos son deseables e inevitables, a percibir el mundo como un escenario donde los grupos compiten por recursos, que el propio grupo debe tener prioridad o accesibilidad al acceso a los recursos del país, ven a los inmigrantes como competidores y desarrollan actitudes más negativas hacia ellos (Martínez, García Ramírez y Martínez, 2005). La medida en SDO ha mostrado su elevada relación con medidas de conservadurismo político y económico, identificación con partidos de derechas, nacionalismo, elitismo cultural, racismo, sexismo, RWA, actitudes de apoyo a la ley y el orden, gasto militar, pena de muerte; y de oposición a los derechos de la mujer y los homosexuales, la igualdad racial, o la acción ecologista.

SDO y RWA: Dos formas distintas de conservadurismo. En coherencia con lo descrito hasta ahora, y siguiendo a Jackson y Gaertner (2010), aunque correlacionan y predicen resultados y fenómenos similares, el RWA y la SDO serían conceptos distinguibles tanto a nivel teórico como empírico, dado que implican diferentes formas de personalidad, valores, visiones del mundo y motivaciones sociales. También llevarían a un mayor prejuicio y apoyo a las intervenciones militares a través de procesos distintos.

En base a la perspectiva de Duckitt et al. (2002), la RWA refleja una personalidad socialmente conformista con una visión del mundo como amenazante y peligroso, y con una motivación por el mantenimiento del control, la estabilidad y la seguridad sociales, así como la consecución y el mantenimiento del cierre o la estructura cognitiva (véase las perspectivas de Van Hiel y otros, o Chirumbolo, en Crowson et al, 2006). Bajo la perspectiva de la teoría de los valores de Schwartz, el RWA se relacionaría de forma especialmente intensa a través de los valores de conservación –conformidad y seguridad– frente a los de apertura al cambio (Cohrs, Moschner, Maes y Kielmann, 2005a y 2005b). Facilitaría el prejuicio por la amenaza que se percibe en los otros grupos para los valores convencionales propios (Jackson y Gaertner, 2010; Cohrs y Asbrock, 2009).

En cuanto al (alto) SDO, según Duckitt y otros (2002) reflejaría una personalidad mentalmente cerrada y poco empática, que percibe el mundo como competitivo en una lucha por recursos escasos, y cuya motivación subyacente tendría que ver con el mantenimiento de la superioridad

o dominancia sobre otros grupos. En base a la Teoría de los valores Humanos de Schwartz, las dimensiones de valores de trascendencia personal frente a promoción personal –poder y logro– describirían especialmente bien la SDO, aunque los resultados indican que estos valores son igualmente relevantes para el RWA y el SDO (Cohrs et al., 2005b). Promovería el prejuicio motivado por la necesidad de la competencia y el mantenimiento de la jerarquía social, siendo los grupos que amenazan estos aspectos los principales objetos de prejuicio, aunque los resultados empíricos no parecen apoyar esta predicción de forma rotunda (Jackson y Gaertner, 2010; Cohrs y Asbrock, 2009; Thompsen, Green y Sidanius, 2008).

5.3.3. En síntesis: El conservadurismo como ideología motivada por necesidades epistémico-existenciales (y sociales).

Como ya he adelantado y sugieren Jost et al. (2003), muchos de los enfoques vistos hasta ahora comparten el hecho de concebir a la ideología política como una forma de cognición social motivada, en el sentido de que las opiniones políticas vendrían dadas, no sólo por razones o argumentos racionales, sino también por necesidades psicológicas, lo que puede entenderse como enfoques “abajo-arriba” (Jost et al., 2009). De la misma manera que las actitudes, los sistemas de creencias, o las visiones del mundo, las ideologías estarían al menos parcialmente motivadas por necesidades epistémicas de conocimiento y sentido, existenciales de seguridad y consuelo, y relacionales de afiliación e identificación (Jost, 2006). Sin embargo, a pesar de que en principio cualquier ideología puede servir para cubrir estas necesidades, John Jost defiende que las ideologías conservadoras o de derechas son más eficaces en este sentido, y suponen ciertas ventajas respecto a otras.

En diversos trabajos, Jost y sus compañeros vienen a integrar las bases teóricas y resultados derivados de los múltiples acercamientos al conservadurismo anteriormente analizados, concluyendo que sus dos aspectos nucleares –el rechazo al cambio y la aceptación de la desigualdad– estarían motivados por necesidades epistémicas, existenciales y relacionales, fundamentalmente asociadas con la necesidad de afrontar o reducir dos aspectos básicos a los que las personas conservadoras serían especialmente susceptibles: la incertidumbre y la amenaza o el miedo (Jost, 2006; Jost, Glaser, Kruglanski y Sulloway, 2003; Jost, Fitzsimons y Kay, 2004; Jost et al., 2009). Así, el rechazo al cambio tendría que ver fundamentalmente con la aversión a la incertidumbre, que corresponde a necesidades epistémicas, mientras que la aceptación de la desigualdad estaría vinculada principalmente al miedo a la amenaza, lo que constituye necesidades existenciales. Con todo, estos motivos están interconectados, produciendo efectos muy parecidos.

En un faraónico meta-análisis que recoge estudios realizados durante 44 años en 12 naciones, con 23000 sujetos pertenecientes a 59 muestras, Jost y sus colaboradores (2003) encuentran una serie de variables tanto disposicionales como situacionales que predicen la adhesión a valores y opiniones políticamente conservadoras, y que los autores interpretan como motivaciones para afrontar psicológicamente los dos elementos mencionados: la incertidumbre y la amenaza. Entre todas ellas, las que han mostrado una relación más consistente e intensa han sido el miedo a la muerte o *saliencia* (accesibilidad, prominencia, notabilidad, recuerdo) de la mortalidad; la situación de inestabilidad o amenaza al sistema; y la intolerancia a la ambigüedad. Éste y otros estudios y revisiones posteriores permiten describir con mayor detalle qué necesidades epistémicas, existenciales y relacionales son relevantes en la distinción entre conservadores (derecha política) y progresistas (izquierda política).

Motivos epistémicos. A pesar de que las ideologías en general ofrecen guía y orientación para la acción política, satisfaciendo necesidades epistémicas de evaluación, explicación y orientación en el mundo (véanse los argumentos de Greenberg y Jonas, 2003), como ya se ha apuntado, el conservadurismo o ideología de derechas ha mostrado relacionarse positivamente con un conjunto de variables disposicionales y situacionales de naturaleza epistémica que hacen referencia a la necesidad de manejar o evitar la incertidumbre: Como muestra la revisión de Jost et al. (2003), diferentes estudios convergen en el hallazgo de que el dogmatismo suele ser superior en ciudadanos conservadores; la intolerancia a la ambigüedad correlaciona con autoritarismo, etnocentrismo y otras medidas de conservadurismo; las personas más conservadoras son las que menor complejidad integrativa manifiestan (a pesar de que en ocasiones se encuentra que las personas claramente de izquierdas puedan mostrar un nivel menor en esta variable que las moderadas, este nivel es superior a las conservadores); en los conservadores se da una menor apertura a la experiencia (búsqueda de sensaciones, estimulación externa, etc.); las personas conservadoras muestran preferencias por patrones simples y concretos en manifestaciones artísticas –frente a los complejos o abstractos–, mayor preferencia por lo familiar frente a lo no familiar, menor apoyo a la innovación, y otras manifestaciones de evitación de la incertidumbre; etc. Jost et al. (2009), tras revisar nuevas evidencias, se reafirman y profundizan en la misma idea: las personas con alta necesidad personal de estructura, de cierre cognitivo, necesidad de evaluación, o baja necesidad de cognición, suelen adherirse a ideologías conservadoras. El error fundamental de atribución es más pronunciado en estas personas y, en general, los estilos y opiniones conservadoras son más simples, internamente consistentes, estructuradas y menos sujetos a ambigüedad que los progresistas (véase las aportaciones de Rokeach o Tetlock, citados por Jost et al., 2009).

Estas relaciones entre la tendencia a estructurar y simplificar el entorno y el conservadurismo se han hallado utilizando distintas variables asociadas a éste, como el posicionamiento en el polo de la derecha en escalas de orientación política, el apoyo a partidos de la derecha política, el autoritarismo y el mantenimiento de valores conservadores, al menos en contextos culturales occidentales (Kossowska y Van Hiel, 2003). Tales diferencias pueden ir más allá y generalizarse a habilidades cognitivas en general: Stankov (2009) ofrece datos que apuntan a que las personas socialmente conservadoras tienden a obtener menores niveles en medidas de educación, rendimiento en matemáticas, puntuaciones en tests de vocabulario, de analogías, etc. Por otra parte, las personas más progresistas o de izquierdas suelen estar más motivadas por la búsqueda de sensaciones, novedad, curiosidad y apertura a las nuevas experiencias. En este sentido, siguiendo a autores como Jost, Carney o Stenner, las personas de izquierdas suelen puntuar más alto en el factor de personalidad de “apertura a la experiencia” del big five, frente los de ideología conservadora, que puntúan más alto en el factor de “responsabilidad”, por la necesidad de orden, estructura y disciplina que dicho factor implica (véase Jost y otros, 2009).

Motivos existenciales. Como ya se ha apuntado, en diversos trabajos Jost propone un vínculo entre el conservadurismo y la necesidad de afrontar el miedo y la ansiedad, de reducir las amenazas de diversos tipos (sociales, a la autoestima, simbólicas, existenciales...), lo cual se traduce en dos derivaciones: Existen datos que apuntan a que las distintas amenazas, incluidas las existenciales, provocan una deriva general –en todo tipo de personas– hacia el conservadurismo o autoritarismo, y también de que las personas autoritarias son más susceptibles a estas amenazas (limitándose el efecto a este tipo de personas). En concreto, el trabajo de Jost et al. (2003) concluye que el conservadurismo se relaciona con variables disposicionales como el mayor miedo al crimen, al terrorismo, a la amenaza, a la pérdida y a la muerte o la tendencia a percibir el mundo como peligroso; y con situaciones como la saliencia de mortalidad o la situación de amenaza o inestabilidad del sistema. Veamos estas y otras diferencias con más detalle:

En línea con las teorías del autoritarismo o de la evitación de la incertidumbre, que predicen que las personas con menor autoestima y las que sienten ésta amenazada son más proclives a mostrar actitudes conservadoras, las amenazas a la autoestima (por ejemplo, la inducción de una experiencia de fracaso, etc.) han mostrado conducir a mayor racismo, rechazo exogrupal, cierre cognitivo, y respuestas autoritarias, aunque la autoestima disposicional no se relaciona con el conservadurismo, o lo hace de forma positiva y muy débil (quizás sí lo hace más la autoestima colectiva o grupal). Altemeyer (1998) defiende que los autoritarios responden de forma más defensiva a situaciones amenazantes para el self, y Jost et al. (2003) plantean que, en general, los conservadores no muestran menor autoestima, pero probablemente respondan a la amenaza a

la misma de forma diferente a otros. Las teorías del autoritarismo, como se ha visto, también establecen que la motivación por el miedo y la agresión, así como la tendencia a percibir el mundo como peligroso, son características básicas de las personas autoritarias.

Respecto a las amenazas puramente existenciales, en las que se profundizará más adelante en esta tesis doctoral, las personas autoritarias parecen manifestar mayor miedo o ansiedad ante la muerte, mientras que se ha encontrado que recordar la propia mortalidad puede promover mayor apego a las normas y prácticas culturales, mayor hostilidad (y apoyo al castigo) hacia quien viola valores culturales, y a actitudes y comportamientos asociados en general a ideologías conservadoras o de derechas. Aunque algunos estudios muestran que estos efectos son generales, otros los limitan a personas con ideologías conservadoras (o con necesidades epistémicas, baja autoestima, etc.), y algunos otros encuentran efectos de extremización o polarización hacia las tendencias previas –prediciendo efectos contrarios para progresistas y conservadores, aunque esta tendencia sea contraria a la propuesta de Jost y sus compañeros–, como más adelante se detallará. Las amenazas al sistema, las de terrorismo, o la percepción de un mundo peligroso sí parecen promover más claramente respuestas conservadoras de forma genérica y más unánime (véase evidencia al respecto en Jost y otros, 2003; Jost y otros, 2009; frente a Greenberg y Jonas, 2003, en defensa de otra posición). Una posible explicación radica en que, probablemente, la amenaza impulsa a la gente a adherirse a actitudes sociales y políticas que ofrecen soluciones simples y rígidas a los problemas de seguridad, y tales soluciones son más frecuentemente ofrecidas por los planteamientos conservadores.

Otros rasgo característico de las personas conservadoras señalado por Jost et al.(2003) es su mayor susceptibilidad al miedo y aversión a la pérdida, en términos de la Teoría Prospectiva de Tversky y Kahnemann (se ven más afectados por mensajes que enfatizan el riesgo de no hacer algo, frente a los que se centran en los beneficios de hacerlo, y esos primeros mensajes promueven estilos cognitivos conservadores). Muy en línea con este hallazgo está lo que defiende la ya analizada teoría de Higgins, que, en personas conservadoras, predice un predominio en la necesidad de un foco regulador orientado a la prevención en lugar de uno orientado a la promoción.

Desde Tomkins, muchos acercamientos psicológicos han vinculado el conservadurismo a emociones de pesimismo, asco o desprecio. En este sentido, Jost et al. (2009) también destacan la mayor inclinación que las personas conservadoras o de derechas muestran hacia la reacción emocional de asco o desagrado –y la mayor importancia que para ellos tiene su correspondiente fundamento moral, el de la pureza, como se ha detallado–, asociada a aspectos de seguridad y

supervivencia desde una perspectiva evolucionista, que a su vez predice opiniones y actitudes conservadoras en diversos temas sociales y políticos.

La especial susceptibilidad de los conservadores al miedo, la amenaza (se ha encontrado que perciben el mundo como más peligroso, que son más sensibles a estímulos relacionados con el miedo –cáncer, serpientes, atracadores-, e incluso que sufren más pesadillas que los progresistas), al asco y al desprecio pueden ser algunas de las razones de sus respuestas punitivas hacia los desviados o de su mayor apoyo al gasto público en partidas para defensa o al militarismo: dado que perciben el mundo como peligroso, su miedo y percepción de amenaza por el mal y la violencia motivan su hostilidad y agresión como mecanismo defensivo, que se ve favorecido por su consideración de sí mismos como más virtuosos y moralmente superiores a sus enemigos (Jost et al., 2003; Jost et al., 2009)

Motivaciones sociales y conservadurismo. Los grupos de pertenencia y referencia ejercen influencia en la adscripción ideológica de las personas, hasta el punto que son en muchos casos la “puerta de entrada” para las actitudes o comportamiento político a cualquier nivel de sofisticación. Cohen (2003) encuentra que la gente es más dada manifestarse favorable a una misma medida política cuando cree que es apoyada por su partido político de referencia. La lealtad, la amistad, la comparación social o la percepción de apoyo social son básicos para el desarrollo y mantenimiento de la convicción política. Aunque Jost et al. (2009) sugieren que las personas conservadoras pueden ser más susceptibles a estas necesidades sociales, por el momento no hay datos suficientes para ir más allá de meras especulaciones.

Con todo, estos tres tipos de motivaciones –fundamentalmente las epistémicas y las existenciales– estarían interconectadas, y darían lugar a efectos muy parecidos, como sugería el concepto de *pensamiento implacable* de Rafael del Águila (2005), y como detallan Jost y sus compañeros (2009): los motivos epistémicos se orientan a eliminar la incertidumbre y el miedo a lo desconocido (a la ambigüedad y la amenaza); y los motivos existenciales están dirigidos también al deseo de certeza y seguridad, asociados con la resistencia al cambio; las creencias ideológicas ayudan a mitigar tanto las necesidades epistémicas como las existenciales, ofreciendo propósito y convicción: El pesimismo, la amenaza, el miedo y la agresión están vinculados a la aceptación de la desigualdad, mientras que el miedo implica el predominio de una mentalidad “simplista” que facilite enfrentar a los enemigos y aceptar la necesidad social de la desigualdad. Los motivos mencionados, así como la activación situacional o disposicional de miedo o aversión a la incertidumbre, hacen especialmente atractivos los elementos centrales del conservadurismo.

5.3.4. A modo de conclusión: ¿Están realmente asociadas las ideologías de derechas con las necesidades epistémico-existenciales?

Como argumentan Jost (2006), Jost y otros (2004), o Kruglanski (2004), la mayoría de los enfoques, encabezados por la teoría del autoritarismo de derechas de Adorno, han asociado las ideologías de derechas o conservadoras con algunas características cognitivas y emocionales socialmente indeseables, básicamente las relacionadas con la rigidez y el absolutismo. Como reacción a ello, Eysenck, en 1954, y Rockeach, en 1960 (tomado de Kruglanski, 2004), defendieron la existencia de autoritarismo o rigidez en personas de ideología de izquierdas, argumentando que tal rigidez tenía que ver con el extremismo ideológico y no con la posición o los contenidos políticos –en congruencia con ello Rockeach propuso el concepto de dogmatismo como una forma de medir un autoritarismo con independencia del contenido político o ideológico–. También en esta postura se sitúan, Greenberg y Jonas (2003), que en una crítica al trabajo de Jost reconocen que el dogmatismo, la rigidez y el autoritarismo derivan de una motivación por afrontar miedos, amenazas e incertidumbres, pero afirman que las ideologías de izquierdas –o cualesquiera otras– sirven igual que las de derechas para tales motivos. La rigidez o dogmatismo serían, por tanto, una cuestión de la forma de mantener las ideas, y no del contenido de las mismas: personas de cualquier ideología responderían con tal rigidez a la amenaza.

La realidad social y la investigación nos han demostrado, en efecto, que todas las ideologías pueden llegar a ser peligrosas, antecedentes de barbaries, dado que como ya se ha dicho, el problema radica más en la forma de la ideología (el autoritarismo, el dogmatismo y absolutismo de las ideas, la ausencia de dudas, el lenguaje lleno de abstracciones que claman injusticias y fines justos, construyen enemigos esencialmente malvados...) que en el contenido de las mismas. Es evidente que existen y han existido muchos movimientos u organizaciones progresistas o de izquierdas dogmáticas, rígidas y legitimadoras de la violencia. Defender lo contrario implicaría mirar al suelo con vergüenza al recordar ejemplos como los de las dictaduras comunistas de Mao, Pol Pot, o Stalin; organizaciones terroristas como ETA y GRAPO en España, las Brigadas Rojas italianas, las FARC colombianas o Sendero Luminoso en Perú; las acciones violentas de grupos antisistema en manifestaciones o de grupos de izquierda en actos políticos de partidos contrarios a los que ellos apoyan (cabe recordar los intentos de agresión a María San Gil en Galicia, o a Rosa Díez en la facultad de Ciencias Políticas de la UCM en el año 2007). Además, en sociedades tradicionalmente comunistas o socialistas, precisamente la ideología de izquierdas es la que tiende a asociarse al autoritarismo. Por ejemplo, McFarland, Ageyev y Abalakina-Paap (1992) hallan que, al contrario de lo que

ocurre en Estados Unidos, en Rusia el autoritarismo se relaciona positivamente con la ideología Marxista leninista, y predice el igualitarismo, y el rechazo al individualismo *laissez-faire*.

Lo que el estado de la investigación actual permite sostener es que existe gran variabilidad en el grado en que la gente de cualquier ideología exhibe dogmatismo, autoritarismo o rigidez cognitiva; sin embargo, sobre todo si nos centramos en la población general más que en los grupos u organizaciones, en sociedades occidentales, y en sociedades democráticas frente a las dictaduras, como media, el autoritarismo, la rigidez y el dogmatismo tienden a ser mayores entre las personas del polo de la derecha política que entre las de la izquierda (véase Jost e al., 2004; Jost, 2006; Kruglanski, 2004). Así, en una revisión de 13 estudios que ponen a prueba estas hipótesis contrapuestas, Jost y sus compañeros encuentran que 7 de ellas apoyan la hipótesis del emparejamiento conservadurismo-rigidez (a mayor conservadurismo, mayor rigidez o intolerancia a la incertidumbre), ninguno apoya la hipótesis de los extremos (los extremos de izquierdas y derechas serían los más dogmáticos, y los más moderados o de centro, los de un menor nivel de rigidez), y 6 apoyan una hipótesis “híbrida” (el nivel de rigidez es más alto entre las personas de extrema derecha seguidas por las de extrema izquierda, mientras que las moderadas eran las que más toleraban la ambigüedad).

Algo muy similar ocurre cuando nos centramos específicamente en las necesidades existenciales de seguridad: diversos programas de investigación y bases teóricas apoyan las funciones defensivas de las ideologías o personalidades conservadoras. Por ejemplo, Van Hiel y De Clercq (2009) encuentran que el autoritarismo de derechas protege de los efectos de determinados factores estresantes: en sus estudios, la personalidad tipo D (propia de personas muy preocupadas y estresadas) tenía menos consecuencias negativas sobre la depresión en personas con alto autoritarismo, y los efectos de sucesos vitales estresantes eran atenuados por los altos niveles del mismo.

Recapitulando lo hasta aquí descrito, la posición adoptada en este estudio es la de considerar, como Greenberg y Jonas (2003), que existen unas tendencias a la rigidez y dogmatismo que son fruto de intentos por controlar miedos, amenazas e incertidumbres, y que, como no tardaremos en confirmar, pueden favorecer el recurso o la legitimación de diversas formas de violencia. Se trata de “formas” ideológicas, de “ideologías del miedo”, en las que lo relevante son las formas o maneras de defender las ideologías y de considerar a los exogrupos, y no tanto el contenido concreto de las ideologías en cuestión. Por otra parte y con todo el respeto que cualquier ideología política merece en un contexto democrático, no podemos obviar, con Jost y otros (2003, 2004) y Jost (2006) que estas formas ideológicas centradas en el miedo y la incertidumbre parecen ser más frecuentes entre los conservadores, al menos en la población

general de las sociedades democráticas. Una conclusión parecida es apoyada por los resultados obtenidos por Van Hiel, Duriez y Kossowska (2006), quienes aducen que el autoritarismo de izquierdas (LWA) existe, pero es muy difícil de encontrar fuera de grupos extremistas muy específicos (anarquistas, activistas, antisistema...), en ciudadanos corrientes o miembros de partidos políticos ordinarios dentro del sistema. Lo cierto, concluyen los autores, es que el número de personas que muestran hostilidad y dogmatismo en nombre de la obediencia a las autoridades establecidas es mucho mayor que el que lo hace en nombre de movimientos revolucionarios.

Dicho esto, desde aquí también se reconoce la dificultad y falta de consenso en la definición de conservadurismo. Jost y otros (2003, 2004) lo describen en base a dos factores: el miedo al cambio y la aceptación de la desigualdad; pero Greenberg y Jonas (2003) demuestran que las políticas conservadoras no siempre muestran esos rasgos, mientras que las políticas progresistas o de izquierdas lo hacen a menudo. Con todo, las medidas de conservadurismo político se relacionan claramente con la orientación ideológica de derechas tanto a nivel teórico como empírico, y distintas formas de medir el conservadurismo (autoinforme sobre orientación política, distintas escalas del mismo, etc.) han dado lugar a resultados equiparables en las variables relevantes para nuestro estudio: relación con variables epistémicas, con la amenaza, con patrones concretos de moralidad, y –como se verá en adelante– con las medidas de desconexión moral y de militarismo o apoyo a intervenciones militares agresivas.

5.4. IDEOLOGÍA POLÍTICA, DESCONEXIÓN MORAL Y APOYO A LA VIOLENCIA COLECTIVA.

Llega el momento de reapitular y poner en relación muchos de los aspectos desarrollados en las páginas anteriores. En este epígrafe se detallará la relación que la ideología u orientación política tiene con el apoyo a la violencia colectiva –fundamentalmente la intervención armada o militar– y la desconexión moral, así como el papel que juega en la relación de otras variables –necesidades epistémicas y necesidades existenciales–, con dicho apoyo.

5.4.1. Conservadurismo, apoyo a la violencia colectiva y desconexión moral.

El determinante interés de la ideología política para la presente tesis doctoral deriva de las acreditadas relaciones de esta variable –más en concreto el polo del conservadurismo y diferentes constructos cercanos al mismo– tanto con variables relativas al apoyo, legitimación o justificación de la violencia colectiva o agresión intergrupal, como con las variables asociadas a tal legitimación: moralidad, necesidades epistémico-existenciales, y desconexión moral.

La ideología política, más concretamente la dimensión conservadurismo – progresismo, resulta especialmente relevante en el contexto que nos ocupa, dado que el conservadurismo se ha asociado en diversas ocasiones –a nivel teórico y empírico– con la preferencia por la agresión intergrupal, la legitimación de la violencia militar, el apoyo a la coerción o punición, y a otras formas de violencia directa y estructural (véase, por ejemplo, los estudios de Hurwitz, Peffley, Holsti, o Wittkopf, citados por Golec de Zabala, Cislak y Wesolowska, 2010), así como con determinadas características morales, emocionales, motivacionales y cognitivas analizadas recientemente, que pueden fomentar este tipo de actitudes u orientaciones. Por tanto, la ideología política en sus distintas vertientes y formas operativas podría resultar clave para entender la susceptibilidad, tanto a ese problema de salud pública que constituye el apoyo a la violencia colectiva, como a las variables que hemos visto que pueden desembocar en él: mecanismos de desconexión moral, adhesión a fundamentos morales de vinculación, susceptibilidad a las amenazas epistémico-existenciales, o a las formas de legitimación de la violencia.

En cuanto a las evidencias empíricas al respecto, diversos estudios muestran de forma consistente una clara relación de la ideología política –visiones del mundo, valores generales y actitudes ideológicas específicas– con actitudes militares tanto generales como específicas o concretas. Por ejemplo, Golec de Zabala et al. (2010) encuentran una correlación positiva entre conservadurismo político –posición de la propia orientación política en una escala entre totalmente conservador y totalmente progresista– y preferencia por medidas agresivas en conflictos intergrupales. Siguiendo a Cohrs et al. (2005a), se han documentado relaciones positivas de las actitudes pro-militares generales con el nacionalismo, anti-comunismo, anti-internacionalismo, tendencia al castigo, anti-democratización, antisemitismo, etnocentrismo, orientación de dominancia social, autoritarismo de derechas y conservadurismo. Los mismos autores también señalan estudios que muestran una relación positiva de tales actitudes con los valores conservadores del modelo de Schwartz –poder, logro, hedonismo, seguridad y conformidad–; como determinantes del apoyo a guerras o intervenciones armadas específicas, mencionan la justificación moral en base a los mecanismos de desconexión de Bandura, percepciones de amenaza que implica el enemigo, de sus motivaciones, de su cultura, intereses del actor, poder relativo, y el interés por el sufrimiento humano.

Cohrs y sus compañeros (2005, en Crowson et al., 2006) hallaron, en el contexto de la última guerra en Irak, que tanto el RWA como la SDO predecían el apoyo de los norteamericanos a la restricción de libertades, aunque sólo el RWA predecía el apoyo a Bush, a la invasión de Iraq, y la adhesión a la creencia de que Saddam Hussein apoyaba al terrorismo. Crowson et al. (2006) encuentran que ambas variables, aunque en mayor medida el RWA, predicen actitudes y

creencias agresivas y restrictivas de los derechos humanos tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 (en concreto, apoyo a G. Bush, restricción de los derechos humanos, apoyo a la guerra contra Iraq, o creencia de que S. Hussein apoya al terrorismo).

Aunque tanto el RWA como la SDO se asocian con el apoyo a las intervenciones militares, parece que lo hacen a través de mecanismos diferentes (Jackson y Gaertner, 2010; Cohrs et al., 2005b). Jackson y Gaertner (2010) se basan en los trabajos de Henry y otros, y de McFarland, para defender estas tesis: el RWA parece predecir el apoyo al militarismo en base a la defensa de los valores, tradiciones y estabilidad del propio grupo, mientras que la SDO lo hace promoviendo la competición para mantener la superioridad sobre los otros grupos. Según el trabajo de Henry y otros, y en coherencia con lo anterior, el RWA predice el apoyo a la guerra entre Líbano y EEUU en ambas muestras –población libanesa y la americana–, mientras que la asociación de la SDO con el apoyo a la intervención era positiva en muestra americana –la guerra se asociaba al mantenimiento del poder– y negativa en la muestra libanesa –la guerra se asociaba precisamente con la búsqueda de igualdad–. McFarland, por su parte, encuentra que la relación entre RWA y el apoyo al ataque de Iraq antes de que tuviera lugar en 2003 estaba mediada por la percepción de Iraq como amenaza, mientras que el mediador fundamental del efecto de la SDO era el escaso interés por los costos humanos de la guerra.

En unos resultados que vienen a integrar lo hasta aquí descrito, Cohrs et al. (2005a), encuentran en muestra alemana unos hallazgos que consideran particulares de países occidentales desarrollados: tanto la aceptación de las acciones militares en general, como las actitudes hacia las recientes guerras de Afganistán e Iraq, se relacionan de forma especialmente intensa con diversos valores del modelo de Schwartz. En concreto, se relacionan negativamente con los valores de trascendencia –universalismo y benevolencia–, y positivamente con los valores de promoción personal –poder y logro– y con los conservadores –seguridad y conformidad–. Por otra parte, encuentran una relación positiva de ambos tipos de militarismo con variables como la orientación de dominancia social (SDO), el autoritarismo de derechas (RWA), o la percepción de amenaza de terrorismo –relacionada a su vez con valores conservadores–, y una relación negativa con la preocupación por los costes humanos. Los autores interpretan los resultados obtenidos proponiendo dos procesos diferentes que llevan al apoyo del militarismo: por una parte, los valores conservadores conducirían a tales actitudes a través de la mediación del autoritarismo de derechas y la amenaza del terrorismo, mientras que los valores más vinculados al egoísmo, los de la promoción personal frente a los de trascendencia, llevarían al militarismo mediados por la orientación de dominancia social (SDO) y la falta de preocupación por los costes humanos.

La ideología política ha mostrado también su relevancia en relación a una variable asociada con la legitimación de la violencia colectiva, más concretamente con la intervención militar, y también con el mecanismo de justificación moral del modelo de Bandura: la actitud hacia la imposición militar de los derechos humanos, descrita en el marco más amplio de las actitudes hacia éstos últimos. La relación de esta variable con la ideología política o conservadurismo no parece fácil de establecer a priori con claridad: Algunos autores (Harff en 1987, y McFarland y Mathews en 2005, citados por Cohrs, Maes, Moschner y Kelmann, 2007) entienden esta dimensión como un componente de una orientación general más favorable hacia los derechos humanos, una expresión del compromiso hacia éstos. Siguiendo a Cohrs et al. (2007), de acuerdo con la Teoría de la Dominancia Social, los derechos humanos serían parte de los mitos o discursos deslegitimadores de las jerarquías, o legitimadores de la igualdad, por lo que las personas con alta orientación de dominancia social (SDO) no deberían estar especialmente comprometidos con ellos. De la misma forma, los derechos humanos implican proteger con libertades y derechos inviolables a todos, incluso a personas o grupos desviados, extremistas o peligrosos, que puedan suponer una amenaza a la seguridad, los valores o visiones del mundo tradicionales, y reducir el control social, por lo que personas con alto autoritarismo (RWA) podrían no estar muy preocupados por los derechos humanos.

Por otra parte, la orientación política progresista o de izquierdas está relacionada positivamente con la actitud favorable a los derechos humanos, la valoración de su importancia y el compromiso con ellos, mientras que la orientación conservadora o de derechas lo está con las actitudes hacia la restricción de los derechos humanos. Por tanto, desde el punto de vista que entiende la intervención militar para la imposición de los derechos humanos como parte de una orientación general favorable hacia los mismos, se esperaría una relación negativa entre la orientación política de derechas y variables cercanas (SDO y RWA, valores conservadores...) con el apoyo a este tipo de intervenciones militares, aunque los resultados empíricos no apoyan esta hipótesis (Cohrs et al., 2007).

Sin embargo, estas intervenciones militares suponen la legitimación de una guerra que implica por definición la violación de derechos humanos, por lo que hay autores que consideran las actitudes hacia la imposición militar de los derechos humanos una dimensión independiente, que no está relacionada con el compromiso o la vinculación hacia éstos –ni siquiera con la tendencia hacia su restricción–, encontrando apoyo empírico para su postura (Fetchenhauer y Bierhoff, 2004).

Según este segundo punto de vista, el apoyo hacia la intervención militar para imponer el cumplimiento de los derechos humanos sería independiente de la ideología política, o bien

tendría una relación positiva con variables asociadas al conservadurismo –orientación política de derechas, RWA, SDO, valores conservadores... – (Fetchenhauer y Bierhoff, 2004; Cohrs et al., 2007). Esta postura cuenta con un apreciable apoyo empírico: Fetchenhauer y Bierhoff (2004) encuentran que esta dimensión es independiente del compromiso o vinculación con los derechos humanos, así como de la ideología política y otras variables (responsabilidad social, reacción constructiva ante la conducta antisocial de los otros, ...), etc., pero sí está relacionada con el RWA y la tendencia a responder de forma agresiva ante la conducta antisocial de los otros en la vida cotidiana. En coherencia con ello, Cohrs y Moschner (2002) hallan una relación positiva del militarismo y el RWA con la intervención militar humanitaria de Kosovo. Algunos de los hallazgos más recientes al respecto son los de Cohrs et al. (2007), que encuentran que la adhesión a los derechos humanos, el rechazo a su restricción y las actitudes negativas hacia la imposición militar de los mismos van de la mano, siendo propios de personas con bajos niveles de RWA y SDO, y de orientación política de izquierdas: en su investigación se da una correlación positiva de esta forma de militarismo con SDO, RWA y, sobre todo, con orientación política de derechas o conservadora, aunque sólo la orientación política y el RWA son capaces de predecirla una vez se controla el efecto de cada variable, quizás debido al solapamiento entre estas variables ideológicas.

A pesar de su despreocupación por los derechos humanos, la mayor tendencia de las ideologías conservadoras a defenderlos con la armas podría deberse a distintos factores detallados por Cohrs et al. (2007). En cuanto al RWA, podría tratarse de una manifestación de la tendencia de personas autoritarias a castigar el comportamiento antisocial y la violación de las normas (Fetchenhauer y Bierhoff, 2004). En cuanto a la orientación política de derechas, podría ocurrir que, dado que la intervención armada con fines humanitarios suele ser objeto de debate público, es posible que las personas se adhieran a la postura de sus partidos políticos de referencia –por lo general, en Alemania los partidos conservadores son más proclives a aceptar estas medidas–. En relación con la divergencia de los resultados de Cohrs y sus compañeros respecto a otros autores (McFarland y Mathews, citado por Cohrs et al., 2007; o Fetchenhauer y Bierhoff, 2004) en este último aspecto, puede deberse a un predominio del aspecto militarista sobre el de la finalidad humanitaria al percibir estas intervenciones en el estudio de Cohrs y su equipo, donde la medida de imposición militar de los derechos humanos utilizada es menos específica en cuanto a los objetivos humanitarios que las que usan los otros estudios en cuestión.

En lo que atañe más específicamente a la desconexión moral en el contexto de las acciones militares, Jackson y Sparr (2005) hallan una relación de estos mecanismos con la ideología política: el conservadurismo político –medido a través de autoinforme sobre cómo se considera políticamente el sujeto– correlaciona positivamente con la desconexión moral, relación que se

confirmó en una muestra de estudiantes de Psicología de la UCM (Piñuela, 2009). Dos variables ideológicas estrechamente vinculadas al conservadurismo, el autoritarismo de derechas (RWA) y la orientación de dominancia social (SDO), también se han asociado con la desconexión moral: ambas, aunque el autoritarismo de derechas de forma más intensa, se han mostrado capaces de predecir el uso de distintos mecanismos de desconexión moral ante la intervención militar –justificación moral, reducción de la responsabilidad, minimización de las consecuencias y deshumanización/ culpabilización de las víctimas–, mostrando además unos patrones diferentes: el RWA se asociaba de forma especialmente intensa con la justificación moral, y la SDO lo hacía con la deshumanización de las víctimas (Jackson y Gaertner, 2010). En este último estudio, además la relación entre la ideología conservadora (RWA y SDO) y el apoyo a la intervención militar desaparecía si se controlaba la influencia de la desconexión moral, mostrando su importancia como variable mediadora.

En coherencia con ello, parece que las personas ideológicamente conservadoras son más susceptibles a la influencia de algunos mecanismos concretos, como el del lenguaje eufemístico. Así, Dunn, Moore y Nosek (2005) encuentran que el conservadurismo –medido a través de preguntas sobre actitudes políticas– media en la influencia del lenguaje utilizado para narrar un bombardeo sobre la legitimación de tal acto: frente a los progresistas, las personas políticamente conservadoras eran más susceptibles a legitimar un bombardeo cuando se utilizaba para describirlo un lenguaje orientado a hacerlo parecer aceptable. En términos parecidos, Piñuela (2009) encuentra que, en una muestra de estudiantes de Psicología de la UCM, las diferencias en la legitimación de la violencia en condiciones de desconexión moral cuando se utiliza un lenguaje eufemístico frente a uno peyorativo son mayores en personas que se consideran de derechas que en las de izquierdas.

La deshumanización, en muchas de sus variantes, también se ha mostrado vinculada a la orientación política y variables cercanas a ésta. Por ejemplo, utilizando escalas de desconexión moral inspiradas en el modelo de Bandura, se ha encontrado que las personas conservadoras – con alto autoritarismo de derechas o alta orientación de dominancia social– tienden a deshumanizar más a exogrupos como terroristas (Jackson y Gaertner, 2010). La infrahumanización de los exogrupos ha mostrado también estar asociada con la ideología política, siendo más característica entre personas conservadoras que entre progresistas (De Luca - Mc Lean y Castano, 2009). También, la minimización emocional parece estar asociada con la ideología u orientación política y con la moralidad: Seemann y Brady (2008) encuentran que una correlaciona positivamente con los fundamentos morales propios de las personas conservadoras –lealtad y autoridad–, y negativamente con los de las personas progresistas –cuidado y justicia–. Estas dos formas de deshumanización, Infrahumanización y minimización

emocional, también se relacionan positivamente con variables que implican superioridad endogrupal acompañada de cierto desprecio hacia los exogrupos, como el nacionalismo, la Orientación de Dominancia Social o la glorificación endogrupal, mientras que no se relacionan –o incluso lo hacen negativamente– con variables que se refieren a una identificación endogrupal respetuosa con los otros, como el patriotismo o el apego endogrupal (Viki y Calitri, 2008; y Leidner et al., 2010).

Por tanto, parece que el conservadurismo y sus distintas formas están asociados al militarismo y otras formas de hostilidad y violencia intergrupal, como también a los mecanismos de desconexión moral que las promueven, y, como ya se ha defendido anteriormente, con los fundamentos morales más proclives a tales respuestas.

El análisis de los vínculos entre las ideologías conservadoras y la justificación, legitimación o apoyo de ciertos tipos de violencia intergrupal o colectiva da pie a prestar atención a los múltiples indicios y evidencias que asocian las necesidades epistémicas y existenciales que hemos descrito como propias de la ideología conservadora con el militarismo y otras manifestaciones violentas.

5.4.2. Conservadurismo, necesidades epistémicas y hostilidad exogrupal.

En cuanto a las necesidades o motivos epistémicos, asociados a ideologías conservadoras o de derechas, cabe recordar que eran también uno de los motores que conducían a unas formas ideológicas propias de los discursos de quienes apoyan o promueven el terrorismo u otras vías hacia la barbarie, con sus planteamientos dogmáticos y ese pensamiento implacable que no dejaba resquicio alguno para la duda; estas necesidades se traducían también en constructos psicológicos que se asociaban, en población normal, recuérdese, con diversas formas de hacer operativas las tendencias coercitivas y agresivas en relaciones intergrupales.

Sin embargo, gran parte del apoyo empírico existente sugiere que la relación entre variables como la necesidad de cierre cognitivo y los enfoques competitivos y beligerantes en las relaciones intergrupales se ve fortalecida, o en ocasiones totalmente condicionada, por otras variables ideológicas o situacionales, como el conservadurismo u orientación de derechas, el nacionalismo, el extremismo político, la amenaza social, o la accesibilidad de indicios, normas o estilos competitivos de resolver conflictos. En este sentido, Golec de Zavala, o Hoying Fu, concluyen que la relación se manifiesta sólo cuando las normas ideológicas, grupales o factores situacionales inducen a la agresión o competición, pero no cuando prescriben la cooperación o cuando directamente no promueven ninguna orientación (en Golec de Zavala et al., 2010).

En coherencia con ello, la necesidad de estructura o cierre cognitivo ha mostrado correlacionar de forma positiva y significativa con el apoyo a la intervención militar en Iraq (muestra de estudiantes estadounidenses), y también predecir dicho apoyo, aunque lo hacía por mediación de otras variables ideológicas como el patriotismo, nacionalismo y la orientación política, y de la interacción con ellas: su efecto dejó de ser significativo cuando se controlaron estas variables, y su capacidad predictiva era positiva cuando se trataba de personas con alto nivel de nacionalismo –variable que, a diferencia del patriotismo, implica hostilidad exogrupal acompañando a la estimación positiva de la propia nación–, pero negativa cuando el nivel en esta variable era bajo (Federico, Golec y Dial, 2005). A conclusiones muy similares llegan Golec de Zabala et al. (2010), hallando una correlación positiva entre necesidad de cierre cognitivo y preferencia por acciones agresivas en conflictos intergrupales, aunque no mostró capacidad predictiva en un análisis de regresión, pero sí una relación positiva con el conservadurismo ideológico y una interacción con éste en la predicción de la aceptación de la agresividad intergrupal: había una clara relación positiva entre la aceptación de la agresividad intergrupal y la necesidad de cierre cognitivo entre las personas más conservadoras, pero no entre quienes se definían como progresistas. Reincidiendo en la importancia de otras variables culturales e ideológicas, se ha encontrado que la relación de esta variable con el militarismo era negativa en muestra polaca, una vez controladas las variables nacionalismo y patriotismo, mientras que la relación era positiva en muestra estadounidense (Golec y otros, citados en Crowson et al., 2006).

En un sentido parecido, Crowson et al. (2006), utilizando muestra de estudiantes estadounidenses, hallaron una correlación positiva y significativa entre PNS (necesidad personal de estructura, noción muy similar a la de cierre cognitivo) y el autoritarismo de derechas (RWA), el apoyo a la restricción de los derechos humanos o la creencia de que S. Hussein apoya al terrorismo; sin embargo, en los modelos de regresión la PNS no incrementó la capacidad predictiva sobre estas variables, por lo que parece que su influencia esconde la de otras variables, como la SDO o el RWA.

5.4.3. Conservadurismo, amenaza y hostilidad exogrupal.

Un buen número de páginas atrás dediqué cierta atención a los planteamientos teóricos y hallazgos empíricos que tratan de arrojar luz sobre cómo el miedo y diferentes formas de amenaza facilitan o promueven distintas formas de hostilidad exogrupal, desde el prejuicio hasta la discriminación, llegando al apoyo de acciones militares severas contra las fuentes de la amenaza. Más adelante se ha visto que las ideologías conservadoras también se caracterizan por

sus vínculos con estas formas de hostilidad hacia otros grupos, y por una especial sensibilidad hacia el miedo, la inseguridad y la amenaza. Y es que la ecuación parece clara: como el lector estará anticipando, el mayor apoyo a las intervenciones armadas y otras formas de violencia intergrupal derivado de la percepción de amenaza no parece ser, al menos en muchas ocasiones, independiente del nivel de conservadurismo o autoritarismo.

En este sentido, Huddy et al. (2005) señalan que, además de un impacto directo sobre el prejuicio y otras formas de hostilidad contra otros grupos, las amenazas externas –políticas, sociales o económicas– también generan estas respuestas indirectamente, a través de un incremento en el autoritarismo, y en el apoyo a políticas y candidatos conservadores. Por otra parte, Canetti et al. (2009) hallan un impacto directo de la amenaza percibida sobre la exclusión política de la minoría árabe por parte de colonos israelíes ocupantes de la franja de Gaza, pero también encuentran que la percepción de amenaza es mayor entre las personas más autoritarias, y que media en la relación entre autoritarismo y exclusión. A conclusiones parecidas llega McFarland (2005), que encuentra que el autoritarismo fortalecía el apoyo al ataque a Iraq a través de un incremento en la percepción de Iraq como una amenaza para Estados Unidos. Cabe recordar también que Cohrs et al. (2005a) hallaron correlaciones positivas entre la percepción de amenaza de terrorismo y formas de conservadurismo como RWA o los valores conservadores del modelo de Schwartz, así como una relación directa entre todas estas variables y medidas generales y concretas de militarismo, llegando a la conclusión de que el RWA promueve el militarismo a través de la percepción de amenaza.

Es decir, que existe evidencia tanto de que la amenaza promueve el autoritarismo, como de que el autoritarismo condiciona la percepción de amenaza, siendo el resultado de ambos procesos una mayor hostilidad exogrupal. En este sentido, es interesante señalar que Passini (2008) encuentra que una dimensión específica del autoritarismo especialmente vinculada con la hostilidad exogrupal y la exclusión moral hacia otros grupos, la *agresión autoritaria*, es la más claramente asociada con la percepción de amenaza.

Sin embargo, aún no está del todo claro el grado de generalidad de los efectos de las necesidades existenciales de seguridad (la percepción de amenaza), tanto sobre las actitudes y conductas socio-políticas en general –autoritarismo o conservadurismo–, como sobre las distintas formas de hostilidad exogrupal en particular. En este sentido, se han descrito al menos tres posturas que se derivan de las dos ideas básicas planteadas sobre la relación entre necesidades existenciales e ideología –que las personas responden a las amenazas con derivas hacia el conservadurismo, y que las personas conservadoras son más susceptibles a la amenaza–

. Las dos primeras posturas ya son planteadas por Crowson et al. (2006), mientras que la tercera es propuesta por Hetherington y Suhay (2011):

1) Una primera posición, representada por las teorías clásicas sobre el autoritarismo (Adorno y sus colaboradores, Erich Fromm, etc.), mantenida por Duckitt (1989), también por Markus y otros en el campo del procesamiento de la información (véase Crowson et al., 2006), por la Teoría de la Justificación del Sistema y la del Conservadurismo como cognición social motivada (Jost et al., 2003), o por algunos autores desde el paradigma de la Teoría del Afrontamiento o Manejo del Terror (Landau, Solomon et al., 2004), defiende que la percepción de amenaza afecta a las actitudes y creencias de las personas en general, incrementando su nivel de autoritarismo, conservadurismo y aspectos asociados, como mayor hostilidad exogrupal y apoyo a medidas de violencia intergrupal en situaciones de conflicto.

Hace ya más de dos décadas, Duckitt (1989) puso en tela de juicio la concepción tradicional del autoritarismo como una variable intrapersonal, entendiendo que se trataba de un fenómeno grupal, promovido por determinadas variables situacionales o contextuales, como la amenaza o el conflicto: Como diversos marcos teóricos clásicos –Teoría de los Conflictos Reales de Sherif, Teoría del Etnocentrismo de Sumner, etc.– ya habían señalado, la amenaza o competencia tienden a incrementar la solidaridad y cohesión endogrupal, la conformidad con las normas, el rechazo a los que no se conforman, la centralización del liderazgo y el prejuicio contra el exogrupo, es decir, fomentan el síndrome autoritario (véase Duckitt, 1989). En un sentido parecido, Worchel, Andreoli y Folger (2003) encontraron que los grupos que se encuentran en situación de competición o amenaza aceptarán con mayor probabilidad a un líder autocrático que los grupos no amenazados.

Ya se ha descrito la evidencia recogida por Jost et al. (2009) a este respecto, que se puede complementar con algunos trabajos destacables, como el de Duckitt y Fisher (2003), que encuentran en el “laboratorio” que la amenaza social genera mayores niveles de autoritarismo a través de un impacto sobre la percepción del mundo como un lugar más peligroso –además, los escenarios amenazantes parecen producir derivas más rápidas y profundas hacia el autoritarismo que los cambios que producen escenarios seguros y estables hacia valores democráticos y postmaterialistas–. Jost (2006) recoge diversos estudios que encuentran un aumento de la atracción por opiniones y líderes conservadores, así como del autoritarismo y prejuicio en todo el mundo tras los atentados del 11 de septiembre en Nueva York del 2001 y del 11 de marzo de 2004 en Madrid; o un aumento de la popularidad de G. Bush y su agresiva política antiterrorista cada vez que incrementaba la alerta por riesgo terrorista entre 2001 y 2004.

Breckenridge y Zimbardo (2007) y McDermott y Zimbardo (2007), con estos mismos argumentos nos previenen sobre las negativas consecuencias –en forma de incremento en la población de autoritarismo, trastornos por ansiedad, depresión o estrés postraumáticos, etc.– de las alertas por riesgo de ataque terrorista y los mensajes del miedo en los medios de comunicación.

Echebarria-Echabe y Fernández-Guede (2006) encuentran en población española que los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 en Madrid tuvieron como consecuencia un incremento en el prejuicio antiárabe y antisemita, un mayor nivel de autoritarismo y de adscripción a valores conservadores, mientras que se redujo la adhesión a valores progresistas. Finalizaré la revisión de evidencias con los resultados de Nail, McGregor, Drinkwater, Steele y Thompson (2009), según los cuales estudiantes progresistas responden a diferentes amenazas (injusticias del sistema y recuerdos de su mortalidad) incrementando su nivel de conservadurismo, según se manifiesta en actitudes sociopolíticas e indicadores psicológicos.

2) La segunda postura, apoyada por Feldman y Stenner (1997) y por ciertos resultados en el marco de la TMT, propone una interacción entre la percepción de amenaza y las diferencias individuales –fundamentalmente el RWA, pero también otras formas de conservadurismo ideológico o psicológico, como la necesidad personal de estructura o la orientación política–, de modo que la amenaza afectaría sólo o especialmente a las personas predispuestas o susceptibles a ellas, las más autoritarias. Feldman y Stenner (1997) encuentran apoyo para su hipótesis con amplia muestra estadounidense, utilizando muy variadas medidas de amenaza y de autoritarismo. También ciertos estudios basados en la Teoría del Manejo del Terror, como tendremos oportunidad de ver, hallan que una amenaza simbólica (pensar en la propia mortalidad) provoca respuestas propias del autoritarismo en personas conservadoras o autoritarias, pero no en las más progresistas (por ejemplo, Rosenblatt, Greenberg, Solomon, Pyszczynski, y Lyon, 1989; o Greenberg et al., 1990). Una postura cercana, aunque no idéntica, es la que mantiene, no que las amenazas afecten sólo a personas autoritarias o conservadoras, sino que afectan a todas, pero en un sentido diferente en función de sus tendencias previas. Greenberg y Jonas (2003), como más adelante se detallará, proponen que las amenazas motivan una adscripción más férrea a los valores y visiones culturales del mundo más accesibles o relevantes para la persona, cualesquiera que éstos sean –conservadores, progresistas...–.

3) Para Hetherington y Suhay (2011) la sensibilidad a la amenaza sería un elemento fundamental en las personas autoritarias, y probablemente el factor principal que las lleva a desarrollar altos niveles de autoritarismo. Aparentemente de forma paradójica, esto lleva a los autores a defender que la percepción de amenazas como el terrorismo genera un incremento en

el apoyo a políticas más agresivas y restrictivas de las libertades precisamente en las personas originalmente menos autoritarias. Los autores distinguen entre amenazas normativas y físicas: las primeras, que se refieren a la existencia de diversidad ideológica y social, a desafíos al orden moral establecido o a las normas culturales, es sólo amenazante para personas muy autoritarias; las segundas lo son para todo el mundo. Ante situaciones realmente amenazantes como estas últimas, las personas menos autoritarias serían las que realmente responderían incrementando su nivel de autoritarismo: las diferencias entre autoritarias y no autoritarias se minimizarían en situaciones de clara amenaza.

En resumidas cuentas, hasta ahora se ha llegado a la conclusión de que el conservadurismo realmente parece estar asociado a las necesidades epistémico existenciales, de manera que las situaciones que generan este tipo de necesidades –me centraré fundamentalmente en las amenazas– son capaces de promover tanto las ideologías conservadoras como un mayor apoyo a la violencia en los conflictos intergrupales –ya sea directamente, ya sea a través de un mayor conservadurismo–. Parecen existir situaciones, contextos o discursos –es decir, elementos susceptibles de manipulación experimental y social– que afectan a las necesidades epistemológicas y existenciales de los individuos y los (nos) hacen derivar hacia una forma defensiva de pensamiento y orientación en el mundo que podría facilitar, entre otras cosas, la legitimación de, o implicación en, acciones violentas (militarismo, tendencia al castigo, etc.). Por tanto, parece que los elementos que puedan provocar miedo en la población, sentimiento de amenaza, temor a la pérdida de recursos importantes, de la satisfacción de necesidades, predispondrán a las personas a la aceptación de medidas que en otras circunstancias descartarían por considerarlas inmorales. Quizás ahora sean necesarias, imprescindibles, un mal menor...

Con todo, una cuestión aún por esclarecer es si esta deriva hacia el conservadurismo y la justificación de la violencia en situaciones conflictivas es una respuesta genérica a la amenaza, o es exclusiva de personas con un perfil particular, predisuestas por las ideologías que profesan o por ciertas variables cognitivas o de personalidad: Siguiendo tales argumentaciones, cabe plantearse que quizás existan determinados tipos, formas o estilos de ideologías o sistemas de creencias que resultan más dañinas para quienes no las profesan, que favorecen la desconexión moral y la aceptación de medidas violentas (guerras, acciones armadas, castigos, etc.), cuya peligrosidad pueda sobredimensionarse o manifestarse ante situaciones de amenaza. Se trata de ideologías particulares en contextos de conflicto –véase la distinción entre ideologías *the Rock* y *Hard Place*, propuesta por Pyszczynski, Solomon y Greenberg. (2003), que más tarde analizaré–, que en sociedades occidentales modernas encuentran parecidos más que razonables con diversas formas de ideologías conservadoras.

Pero no sólo las amenazas concretas provenientes de un grupo específico al que puede etiquetarse de “enemigo” provocan este tipo de reacciones. Parece que el mismo miedo en sí, el miedo abstracto, el miedo a la muerte, puede tener efectos parecidos. A partir de esta idea, en los siguientes epígrafes me centraré en un tipo de amenaza epistémico-existencial –la prominencia o accesibilidad de la conciencia de la propia mortalidad– que ha mostrado en diversas ocasiones ser capaz de afectar a la justificación o apoyo a diversas formas de violencia colectiva –al militarismo, la intervención armada, violencia militar u otras formas de violencia intergrupala extrema– , así como muchos de los aspectos antecedentes a dichas formas de violencia que se han revisado en esta tesis. Y lo haré partiendo de un marco teórico relativamente novedoso que se ha mostrado muy relevante en este sentido: la TMT (Terror Management Theory, o Teoría del Manejo o Afrontamiento del Terror).

III. MARCO TEÓRICO (II). LA TEORÍA DEL AFRONTAMIENTO DEL TERROR (TMT).

En el camino recorrido hasta el momento he argumentado que el apoyo o legitimación de la violencia colectiva o intergrupala, más en concreto a la violencia política y sus formas más institucionalizadas –como las intervenciones armadas, el militarismo o la guerra–, puede asociarse con diversos aspectos entendidos como ideológicos y/o axiológicos, caracterizados tanto por su contenido concreto como por su aspecto meramente formal. Desde un punto de vista formal, la legitimación o apoyo a la violencia colectiva se ve facilitada por un exceso de celo, una forma extrema, dogmática de asumir o defender determinadas creencias o discursos, valores o ideologías. En cuanto al contenido de estas normas, valores e ideologías, se ha documentado la importancia de la moralidad –o, al menos, de algunas formas de la misma–; también de ciertas creencias o discursos legitimadores de la violencia que se corresponden en gran medida con ciertos mecanismos de desconexión moral, y que incluyen una valoración absoluta de determinados fines, una visión muy positiva del endogrupo y una estigmatización y deslegitimación del exogrupo; de una ideología u orientación política de derechas o conservadora –al menos en contextos culturales occidentales–, y de una suerte de autoritarismo asociado a la adscripción férrea a unas normas y tradiciones endogrupales –que pueden, a su vez, predisponer a mecanismos de desconexión moral o desinhibidores de la violencia como la obediencia a la autoridad, cumplimiento del deber o difusión de responsabilidad–. Además, la legitimación de la violencia colectiva puede verse promovida por una exagerada estima –o necesidad de estima– de la identidad personal o social, que puede hacer a las personas especialmente susceptibles a la amenaza –véase el mal basado en el orgullo que describe Baumeister (1997)–; o por la amenaza a los propios valores y la propia cultura, rasgo que destacaba, entre otros, de la Corte (2004) como propio de las identidades comunales, especialmente proclives a la violencia intergrupala.

Como al final del apartado anterior señalaba, en el presente epígrafe me centraré en un tipo de amenaza epistémico-existencial específico, el recuerdo de la propia mortalidad (*mortality salience*, *MS*), que ha mostrado a lo largo de cientos de estudios, de una u otra manera, ser capaz de afectar a todos estos aspectos, así como directamente a la justificación o legitimación de la violencia intergrupala. Dichos estudios parten de la Teoría del Manejo o Afrontamiento del Terror (*Terror Management Theory*, *TMT*), un marco teórico relativamente reciente a la par que prolífico que permite sugerir, entre otras muchas cosas, que el apoyo a las soluciones violentas en conflictos étnicos, religiosos o internacionales puede basarse, no sólo en disputas por el

bienestar propio, los recursos o los territorios, sino también en necesidades más abstractas de sentido, identidad y valor (Motyl y Pyszczynski, 2009).

En primer lugar se describen las bases fundamentales de la teoría –es decir, sus principales supuestos–, así como las hipótesis básicas que se han formulado desde la misma (**capítulo 6**). Seguidamente, con el interés centrado en la hipótesis principal, la de la saliencia de la muerte (MS), describiré la evidencia empírica y los argumentos que permiten vincular la amenaza epistémico existencial que supone la accesibilidad a la propia mortalidad con las distintas variables que a lo largo del trabajo se han asociado con la legitimación, justificación o apoyo a la violencia colectiva: autoritarismo, liderazgo directivo, conservadurismo, necesidad personal de estructura, adscripción a fundamentos morales propios del conservadurismo y asociados al apoyo de la violencia intergrupar, y la propia preferencia por medidas hostiles y agresivas en los conflictos intergrupales. No obstante, estos efectos de la MS están lejos de ser absolutos e inevitables. Por el contrario, distintos factores personales y propios de la situación parecen modularlos y condicionarlos de diversas formas, no del todo claras aún, y éste será objeto de reflexión previo y posterior a la exposición de la evidencia comentada (**capítulo 7**).

Por último, me centraré específicamente en los antecedentes cuya relación con la MS será objeto de análisis en la investigación empírica que ocupa el siguiente epígrafe: desconexión moral, deshumanización y moralidad (**Capítulo 8**).

CAPÍTULO 6. BASES FUNDAMENTALES DE LA TEORÍA DEL MANEJO DEL TERROR: ORÍGENES, PRINCIPALES SUPUESTOS E HIPÓTESIS FUNDAMENTALES

6.1. BASES Y SUPUESTOS DE LA TMT

Descrita –incluso por quienes no se adscriben a ella– como una de las más fecundas teorías psicológicas de la actualidad y como el paradigma más importante en Psicología Social desde la teoría de la Disonancia cognitiva (Heine, Proulx y Vohs, 2006), la TMT surgió a finales de los años 80 del siglo XX inspirada en los escritos de Ernst Becker, antropólogo con orientación psicodinámica que desde una perspectiva interdisciplinar –integró áreas como la Filosofía, Antropología, Psicología, o la biología y su perspectiva evolucionista– puso en relación la importancia que para las personas tiene su propia mortalidad, con los motivos por los que necesitan la autoestima, se aferran tanto a sus creencias culturales y tienen dificultades para relacionarse con quienes son diferentes (Solomon, Greenberg y Pyszczynski, 2004; Pyszczynski, et al., 2003). Los padres de la TMT (Solomon, Greenberg y Pyszczynski, 1991) adaptaron las ideas de Ernest Becker para desarrollar una teoría general del comportamiento y la motivación humanas, que, tras superar ciertas reticencias iniciales por parte de la comunidad científica –curiosamente debidos a su objeto de estudio–, se ha ganado el respeto de todos. Y lo ha hecho gracias, entre otras cosas, a su énfasis en el uso de una potente metodología científica experimental de la que se ha derivado una gran cantidad de apoyo empírico, algo que han reconocido incluso autores críticos con sus postulados, como Van den Bos (2009a) o Heine, Proulx y Vohs (2006).

La Teoría del Afrontamiento o Manejo del Terror (“Terror Management Theory”, TMT), fundamentada desde las perspectivas histórica y evolucionista entre otras, parte del supuesto de que las personas, como todos los seres vivos, estamos motivadas fundamentalmente para la supervivencia desde el nacimiento. Sin embargo, a diferencia de otros animales, los seres humanos estamos diseñados con unas capacidades cognitivas superiores extremadamente desarrolladas que nos permiten tener consciencia de nosotros mismos, así como de nuestra propia mortalidad, lo cual entra en conflicto con los sistemas psicológicos y biológicos dirigidos a promover la supervivencia. La conciencia de la inevitabilidad de la propia muerte, en línea de lo que apuntaron pensadores de la talla de Otto Rank, Kierkegaard o el propio Ernest Becker (véase Solomon et al., 2004), generaría una extraordinaria ansiedad existencial y un importante decremento de la autoestima –debido a la pequeñez y lo efímero de la existencia a que nos vemos abocados–, resultando una potencial fuente de desesperanza y vulnerabilidad que puede llegar a ser muy incapacitante, pues perturba nuestro equilibrio psicológico y comportamiento

orientado a metas (Pyszczynski et al., 2003, Pyszczynski, Greenberg, Solomon y Maxfield, 2006; Pyszczynski, Rothschild y Abdollahi, 2008; Niesta, Frietsche y Jonas, 2008).

El ser humano es capaz de soportar o afrontar esta amenaza existencial a través de varios mecanismos culturales y respuestas psicológicas que tienen su base fundamental en la cultura: fundamentalmente, las visiones culturales del mundo, la autoestima, y otros mecanismos “secundarios”, derivados de ambos.

Las visiones culturales del mundo son sistemas compartidos de creencias y valores que dan sentido al mundo, haciéndolo más ordenado, permanente, predecible, seguro, importante y significativo. Así, estos sistemas ofrecen respuestas a las preguntas fundamentales del ser humano; hacen sentir a las personas que son miembros valiosos de un universo significativo; dan una explicación del origen del universo, proveen de orden y sentido frente a un caos amenazante; ofrecen también un propósito y unos criterios de conducta que guían la acción de los individuos hacia metas prescritas; y, sobre todo, dotan de formas tanto simbólicas como literales de trascender a la propia muerte. La inmortalidad simbólica se obtiene a través de la identificación con, o la pertenencia a, entidades que trascienden a la propia persona y que perduran tras su muerte; en este sentido, las creencias o ideologías compartidas (visiones del mundo) sobreviven más allá de la persona que las mantiene, y la vinculan con grupos, comunidades o instituciones que también lo hacen. La cultura ofrece otras múltiples posibilidades de trascendencia simbólica de la muerte: identificación con colectivos, pertenencia a organizaciones o instituciones, tener descendencia, amasar grandes fortunas, o conseguir grandes logros científicos o artísticos, etc. (Solomon et al., 2004). En cuanto a la inmortalidad literal, las visiones del mundo religiosas dan buena cuenta de ellas, y son especialmente eficaces para aliviar la ansiedad existencial (Pyszczynski et al., 2003).

Un segundo elemento que nos protege de este miedo existencial es la autoestima, que deriva de la creencia de que somos personas de valor de acuerdo con los estándares que prescribe nuestro sistema de creencias compartido –o visión cultural del mundo-, que sigue actuando, pues, como marco de referencia fundamental. La cultura es también, por tanto, origen de la autoestima, puesto que ofrece el sentido, las bases y los criterios necesarios que determinan qué es bueno y qué es malo, qué merece o no la pena, dónde está la virtud y dónde los defectos. En este sentido, la autoestima tendría una función primordial como protector frente a la ansiedad existencial originada por la conciencia de la propia mortalidad, y su necesidad sería universal y únicamente humana.

Otro supuesto fundamental de la TMT sostiene que, puesto que las visiones del mundo y el resto de los productos culturales son realidades socialmente construidas, simbólicas, ficticias en última instancia –frente a las realidades físicas o los hechos probados–, resultan frágiles, y su eficacia en sus cometidos existenciales requiere que sean validadas continuamente a través del consenso social. Por ello, la mera existencia de sistemas de creencias alternativos que se opongan a los propios reduciría la eficacia de éstos para manejar la ansiedad existencial, ofrecer valor y autoestima, y dar sentido a la realidad. Y esta pérdida de eficacia es aún más notable cuando tales sistemas alternativos desafían, critican, amenazan, rechazan o menosprecian los propios –lo cual implicaría menospreciar los cimientos en que se basan los principios básicos que guían la vida y la autoestima de las personas y comunidades–⁹. En tales circunstancias¹⁰, existen varias alternativas de acción que permiten mantener la confianza en el sistema propio de creencias y/o mantener la protección ante el miedo existencial (Por ejemplo, Lieberman, 2010; o Pyszczynski et al., 2003):

1. Asimilación: “convertir” a los diferentes. Hacer proselitismo, adoctrinar, evangelizar... Así se incrementaría el apoyo social para la propia visión del mundo y estilo de vida, y por tanto la confianza en el mismo.
2. Acomodar los aspectos amenazantes de las visiones del mundo ajenas en las propias, reduciendo las diferencias.
3. Si las anteriores estrategias fracasan, también cabe directamente rechazar o infravalorar las visiones del mundo amenazantes y a quienes las mantienen, como ocurre cuando se “deslegitima” al adversario: considerar a los terroristas psicópatas, personas con cierto retraso o trastornos mentales o de personalidad, o ignorantes manipulados por líderes perversos, etc.; o la consideración -por parte del radicalismo islámico- de occidente como el “Gran Satán”, éticamente corrupto e impuro, y de los occidentales como infieles esclavos del imperio maligno. De esta manera el propio grupo y su visión del mundo aparecen como superiores.
4. Una última alternativa que podría darse en casos de amenaza extrema consiste en aniquilar o destruir a los diferentes: genocidios como los del holocausto Nazi o Rwanda, masacres como las del 11-S o 11-M, la enquistada situación árabe-Israelí, etc., podrían ser ejemplos de ello.

⁹ Así ocurrió, presuntamente, cuando el Tratado de Versalles minó la identidad social alemana; ese fue supuestamente el efecto de las célebres caricaturas de Mahoma en un diario danés hace algunos años, o el de la más reciente quema de Coranes en Afganistán; o, por qué no, el de los más cercanos ataques franceses a la cocina española –nuestro sagrado aceite de oliva– o los deportistas españoles.

¹⁰ Las reacciones ante las amenazas a las visiones culturales del mundo, a su vez, serían más intensas o claras cuando existe una situación de accesibilidad a pensamientos sobre o miedo a la propia muerte, en las que la dependencia de los sistemas de creencias es mayor.

6.2. PRINCIPALES HIPÓTESIS.

Estos supuestos teóricos de la TMT se han traducido en varias hipótesis fundamentales, que a continuación se detallan:

6.2.1. La hipótesis de la “saliencia” –accesibilidad, prominencia, recuerdo– de la propia mortalidad (Mortality Salience Hypothesis, MS en adelante).

Establece que cuando por cualquier motivo los pensamientos o recuerdos sobre la propia mortalidad se hacen accesibles, se produce una situación de amenaza o ansiedad existencial no necesariamente consciente que incrementa la necesidad de los sistemas de protección contra la misma, por lo que las personas responden de diversas formas que implican trascender la mortalidad literal o simbólicamente, denominadas *defensa de la visión del mundo*: la mayoría de los autores (Schmeichel y Martens, 2005; Schimel, Hayes, Williams y Jahrig, 2007; Hayes, Schimel, Arndt y Faucher, 2010; Vail, Motyl, Abdollahi y Pyszczynski, 2010), en coherencia con lo que se ha establecido unos párrafos atrás, menciona dos formas de respuesta principales de las que se derivarían otras secundarias:

1. Incrementar la fe y compromiso con los sistemas de creencias compartidos o visiones del mundo (compuesto por normas sociales, valores, principios morales, ideologías diversas, actitudes, identidades sociales, estereotipos, etc.);
2. Implicarse en acciones que dan lugar a una autoimagen más positiva a la luz de tales visiones del mundo (incrementar la autoestima), lo que implica también una mayor motivación a comportarse en base a las reglas y normas derivadas de nuestra cultura o visión cultural del mundo. Dicho de otro modo: la necesidad de autoestima y de tener una ideología o cosmovisión que nos oriente en el mundo, esenciales en condiciones generales, se ven potenciadas cuando existe miedo a la muerte o ansiedad existencial. Además, tales condiciones afectan la manera en que las personas tratan de satisfacer estas necesidades, incrementando la motivación para comprometerse con aquéllos elementos más eficaces para manejar esta ansiedad, aun a costa de su precisión o eficacia para comprender la realidad –criterios que podrían tener más peso en situaciones corrientes– (Motyl y Pyszczynski, 2009).
3. Otros autores como Mikulincer, Florian y Hirschberger (2003) o Anson, Pyszczynski, Solomon y Greenberg (2009), añaden un tercer mecanismo: el mayor compromiso o motivación por implicarse en relaciones románticas, que ofrecerían protección contra el miedo existencial de una forma relativamente independiente de las visiones culturales y la autoestima, dado que

supone una forma de trascendencia simbólica a la propia muerte: proveen la base de la procreación, y a través de la descendencia parte de los individuos y sus genes pueden sobrevivir a su desaparición física.

4. De estas formas principales se derivarían otros mecanismos complementarios o alternativos para afrontar la ansiedad existencial, como el incremento en la necesidad de afiliación y las relaciones cercanas seguras (Florian, Mikulincer y Hirschberger, 2002), o en la de identificación con algún grupo u organizaciones (Castano, Yzerbyt y Paladino, 2004; Castano, Yzerbyt, Paladino y Sacchi, 2002).

A continuación se detallan algunos aspectos a tener en cuenta respecto a esta hipótesis, que se refieren a: 1) los efectos de la MS; 2) el curso temporal que sigue la respuesta de defensa de la visión del mundo, y 3) el procedimiento que se sigue para la manipulación de la MS (para más detalle, consúltense las revisiones de Solomon et al., 2004; Pyszczynski et al., 2003; o Hayes et al., 2010).

En primer lugar, es necesario aclarar que, a pesar de lo establecido en la introducción teórica a la TMT, la inducción de cogniciones sobre la muerte no genera un incremento de ansiedad o estado de ánimo negativo (véase, por ejemplo, Rosenblatt et al., 1989), sino, más bien, un potencial de ansiedad existencial que no llega a manifestarse precisamente gracias al empleo de las estrategias de protección proximales y distales que a continuación se especifican.

Curso temporal de la defensa de la visión del mundo. Dado lo amenazantes que resultan las cogniciones sobre la propia muerte, cuando éstas se inducen las personas tienden a utilizar estrategias proximales –a corto plazo– para eliminar de la conciencia o suprimir tales pensamientos (como su negación, la distracción o la minimización de su importancia). Mientras se desarrollan, estas estrategias previenen la aparición de la defensa de la visión del mundo o minimizan su intensidad. Sin embargo, cuando los sujetos han eliminado los pensamientos sobre la muerte de su conciencia, éstos permanecen muy accesibles aunque de manera no consciente, y es sólo entonces cuando surgen las *estrategias distales* para afrontarlos, es decir, la defensa de la visión del mundo (Pyszczynski, Greenberg, y Solomon, 1999). Esto explica que en los diseños experimentales la medida de la variable dependiente tenga lugar, generalmente, tras una cierta demora desde la inducción de la MS.

Por último, cabe destacar que el procedimiento habitual para la manipulación de la MS implica que los participantes de la condición experimental respondan a dos cuestiones abiertas que les impelen a imaginar y describir qué creen que ocurrirá y cómo se sentirán cuando mueran,

aunque se han utilizado con éxito otras muchas formas de manipulación explícita o implícita – desde rellenar cuestionarios sobre actitudes hacia la propia muerte, hasta responder en frente de un cementerio o visualizar imágenes de atentados terroristas–. Aunque no siempre, generalmente la condición control implica tareas paralelas neutras, sin relación posible con la mortalidad, o asociados con otros tipos de amenaza –como el dolor dental, la incertidumbre, etc.–, con objeto de demostrar que los efectos de la MS son únicos, diferentes a los de otros tipos de amenaza. Con todo, en algunas ocasiones se ha utilizado como condición control la mera ausencia de condición experimental (Rosenblatt et al., 1989). También generalmente, la inducción de la condición experimental es seguida de una cierta demora –generada a través de ejercicios distractores– antes de medir las variables dependientes, debido al curso temporal que sigue la respuesta de defensa de la visión del mundo, que ya ha sido comentado.

6.2.2. Hipótesis de la Amortiguación de la ansiedad -Anxiety Buffering Hypothesis- (Schmeichel y Martens, 2005).

De especial interés por sus implicaciones cara a la intervención, esta hipótesis establece que el refuerzo de sistemas de protección previene las respuestas defensivas ante situaciones de amenaza epistememico-existencial, como la MS; es decir, que las respuestas de defensa de visión del mundo ante MS serán menores o inexistentes si previamente las personas han tenido la oportunidad de reafirmar alguno de los sistemas de sentido mencionados anteriormente (visiones culturales del mundo –creencias, valores,...-, autoestima, relaciones cercanas, identidad grupal...).

6.2.3. Hipótesis de la accesibilidad de los pensamientos sobre la muerte - DTA –Death Thought Accesibility (DTA) Hypothesis– (Hayes, Schimel, Arndt y Faucher, 2010).

Esta hipótesis básicamente se dirige a confirmar que el proceso subyacente responsable de los efectos encontrados para la MS es la alta accesibilidad a pensamientos y/o cogniciones automáticas o inconscientes asociadas a la muerte (Schimel et al., 2007). Consta de dos subhipótesis: Si una estructura ofrece protección contra el terror hacia la muerte, entonces:

- a) La amenaza, cuestionamiento o violación de esa estructura dará lugar a un incremento en el nivel de accesibilidad a pensamientos sobre la muerte (*Death Thought Accesibility*, DTA), y
- b) El fortalecimiento o reafirmación de esa estructura reducirá la DTA o prevendrá el incremento de la misma ante posteriores amenazas.

En este sentido, una reciente revisión sobre el tema, Hayes et al. (2010) pone de manifiesto que los efectos encontrados en la literatura sobre la TMT se deben a la accesibilidad de

pensamientos sobre la muerte: así, recogen evidencias de que el paradigma de la activación o recuerdo de la mortalidad da lugar a un incremento en la DTA que podría ser responsable de sus efectos; que otras situaciones asociadas con la muerte pueden provocar reacciones de manejo del terror porque incrementan la DTA; que las amenazas a los sistemas de defensa psicológica contra la muerte –las visiones culturales del mundo y la autoestima– pueden también incrementar la DTA y provocar, por consiguiente, respuestas defensivas; y que las diferencias individuales en la capacidad de afrontamiento de amenazas –o reactividad defensiva de las personas ante amenazas a su autoestima o sistema de creencias– pueden explicarse por diferencias individuales en la DTA.

CAPÍTULO 7. TMT Y FACTORES QUE PROMUEVEN LA VIOLENCIA COLECTIVA. BASES TEÓRICAS Y APOYO EMPÍRICO.

Como de lo descrito hasta el momento ya se puede intuir y se verá a lo largo de las siguientes páginas, la TMT tiene interesantes implicaciones en prácticamente todos los tópicos de estudio propios de la Psicología Social –la cognición social, los estereotipos, la identidad, el amor, el comportamiento prosocial...–, entre los que ocupan un lugar importante algunos especialmente relevantes para el presente trabajo: los prejuicios, el dogmatismo y la necesidad de adherirse a ideologías de forma férrea, las relaciones intergrupales o el apoyo a medidas hostiles o violentas en los conflictos. No obstante, los efectos no se han encontrado en todos los casos, sino que parecen existir ciertas variables capaces de prevenir o incluso modificar los efectos de la MS. Veámoslo con más detenimiento.

7. 1. PRINCIPALES RESULTADOS BAJO EL PARADIGMA DE LA MS, Y PRINCIPALES POSTURAS RESPECTO A LA GENERALIDAD DE SUS EFECTOS.

Varios cientos de experimentos en más de 20 países diferentes ofrecen evidencia empírica para los supuestos básicos e hipótesis de la TMT, fundamentalmente para los de la MS, cuyos efectos han llegado a describirse como unos de los más fiables, contrastados y replicados en la Psicología Social (Van den Bos, 2009a). Los resultados obtenidos apoyan la importancia del miedo consciente o no a la muerte sobre la necesidad de defender los sistemas de creencias culturales y de percibirse a uno mismo como alguien válido a la luz de los valores dictados por tales sistemas.

Esta respuesta de defensa de la visión del mundo predispone a las personas a reaccionar negativamente hacia quienes de alguna forma cuestionan o amenazan nuestra fe en dichos sistemas de creencias, ya sea simplemente pensando de forma diferente, ya sea violando u ofendiendo sus normas o símbolos culturales (Pyszczynski et al., 2003). En coherencia con este principio, gran parte de estos experimentos ha profundizado en la relevancia de los miedos existenciales sobre las relaciones intergrupales, encontrándose en diversas ocasiones que, cuando recordamos nuestra propia mortalidad, las personas: aumentamos nuestra preferencia por líderes carismáticos, sobre todo los autoritarios; desarrollamos una mayor necesidad de orden, claridad y estructura; nos conformamos con las normas de nuestra cultura o visión del mundo con más convicción y dogmatismo; juzgamos como más graves sus violaciones y castigamos con más severidad a quienes las violan –ya sean miembros exogrupales o disidentes del propio grupo–; incrementamos nuestra identificación con los endogrupos, evaluamos de

forma más positiva a los semejantes –en una manifestación del favoritismo endogrupal– y de manera más negativa a los que son diferentes –incluyendo la tendencia a utilizar estereotipos, prejuicios y discriminación–; e incluso se incrementan las tendencias agresivas hacia los exogrupos amenazantes, incluyendo el apoyo a las políticas de violencia militar extrema contra los mismos (véase un resumen de estos efectos en Niesta Fritsche y Jonas, 2008, o Pyszczynski et al., 2008).

No obstante, existe cierta polémica y confusión, tanto a nivel teórico como en la evidencia empírica, respecto al nivel en que estos efectos son generales, naturales, inevitables o exactos –al igual que ocurría con las respuestas a las amenazas en general, como se ha analizado algunos epígrafes atrás–. Esta polémica, que será una referencia y preocupación constante a lo largo del resto de los epígrafes, podría resumirse en dos preguntas:

A) Los efectos de la MS, ¿son genéricos, o afectan solo a personas de alguna forma predispuestas?

B) Los efectos de la MS, implican una deriva hacia componentes conservadores y autoritarios de la visión del mundo, o más bien provocan una polarización, es decir, un refuerzo de las tendencias previas de las personas, con independencia de sus posiciones previas?

A continuación se plantean las principales posturas que tratan de responder a estas cuestiones de forma integrada, pasando a desarrollarlas de forma resumida inmediatamente después.

Postura 1: Una primera postura, en coherencia con amplia evidencia empírica en el campo de las amenazas en general, vendría a defender que la amenaza existencial (la MS) promovería una deriva hacia actitudes, posturas y planteamientos conservadores. Estas respuestas serían esperables de forma genérica (**postura 1.1.**), o bien solamente en personas que tengan tendencias previas en este sentido, o situaciones que las promuevan (**postura 1.2.**)

Postura 2: La amenaza existencial (o MS) generaría una “polarización” hacia tendencias ideológicas previas. Todas las personas serían susceptibles a la amenaza existencial, pero responderían en sentidos diversos: en concreto, se intensificaría el compromiso con los aspectos de la visión personal del mundo más accesibles o relevantes para cada persona o en cada situación. Los factores mediadores no previenen la respuesta de defensa de la visión del mundo, sino que más bien la guían o dirigen. Se trata de la postura más coherente con los planteamientos teóricos básicos de la TMT, y los más aceptados actualmente desde esta teoría (Castano et al., 2011; Greenberg y Jonas, 2003).

Paso a describir con más detalle estas posturas, junto a algunos de los más relevantes apoyos empíricos que las sustentan:

Postura 1.1. Como señalan diversos autores (Wicklund, 1997; Stone, 2001), las respuestas a la MS descritas hasta el momento –dogmatismo, conformidad con las normas, preferencia por líderes autoritarios, etnocentrismo, hostilidad exogrupal... – son muy similares a las reacciones propias de ideologías autoritarias o conservadoras, por lo que la defensa la visión del mundo propia de la TMT parece más bien equivalente a defensa de la visión conservadora del mundo (Paulhus y Trapnell, 1997). En línea con esta idea, autores que defienden los planteamientos de la Cognición Social Motivada (como Jost, 2006; Jost et al., 2003, 2004), e incluso algunos desde la TMT (Pyszczynski et al. 2003; 2006; Weise et al., 2008; etc.), defienden que no todos los sistemas culturales de creencias o sus elementos son igualmente eficaces para la protección contra el miedo existencial, sino que las ideas y creencias más dogmáticas, autoritarias, etnocéntricas –que describen al propio grupo como especial, superior o único– y conservadoras son las que ofrecen más certidumbre, claridad, estructura, sentido y mayor posibilidad de autoestima, por lo que ante amenaza existencial aumentaríamos nuestro compromiso con estos componentes de nuestras visiones del mundo, o bien derivamos hacia este tipo de ideologías –a pesar de que en condiciones normales mantengamos otras más tolerantes–.

En este sentido, desde el marco de la TMT, Pyszczynski et al. (2003) proponen dos tipos de sistemas de creencias o visiones culturales del mundo:

1. The Rock: Se trata de los sistemas de creencias más seguros, dado que contienen creencias rígidas, absolutas e incuestionables, incluidas algunas referentes a la supervivencia (física o simbólica) a la muerte, que ofrecen grandes dosis de certezas. Cuando tales ideas son amenazadas las personas experimentan grandes niveles de ira y ofensa, por lo que pueden llegar a ser muy peligrosas para aquéllos que no las comparten.

2. The Hard Place: se trata de una visión del mundo menos segura y más flexible, que acepta el relativismo, la incertidumbre, por lo que es más abierta y tolerante con las diferencias y los grupos que piensan diferente. Aunque permite unas relaciones menos conflictivas con el exterior, este tipo de ideología apenas es funcional para cumplir las funciones de ofrecer sentido y autoestima al endogrupo, por lo que en situaciones de conflicto (o de saliencia de la muerte) las personas tenderían a adherirse a creencias del primer tipo comentado.

Existe múltiple evidencia que sugiere que en ocasiones las personas, ante miedo existencial, más que confirmar cualesquiera de sus creencias o normas previas, derivan hacia otras que

proveen más seguridad, aunque sean distintas de las dominantes –las mantenidas en situaciones neutrales–. Por citar sólo algunos ejemplos concretos –a lo largo de las siguientes páginas se verá con mayor profundidad evidencia en distintos campos–, Jost, Fitzsimons y Kay (2004) hallaron que la MS daba lugar a unas tendencias más conservadoras en la opinión respecto a diversos asuntos políticos –como las restricciones en la inmigración, legalización del matrimonio homosexual– entre una muestra de estudiantes de un campus universitario estadounidense, con independencia de la orientación política de los participantes. Nail, McGregor, Drinkwater, Steele y Thompson (2009) encuentran que la MS y otras amenazas provocan en estudiantes universitarios progresistas –políticamente progresistas, o con baja preferencia por consistencia, que es una forma de “progresismo psicológico”– respuestas o posturas actitudinales propias de personas política y psicológicamente conservadoras, como el favoritismo endogrupal, un menor apoyo a los homosexuales, o una mayor convicción en sus actitudes hacia el aborto o la pena de muerte. Más recientemente, Vail, Arndt, Motyl y Pyszczynski (2012) encuentran que los sujetos en general –con independencia de su orientación política– responden a la MS –contemplación de edificios destruidos– con reacciones propias de personas conservadoras, como un mayor dogmatismo –libre de contenido político– y apoyo a la violencia militar contra un enemigo cultural y político, como es Irán para los EEUU. Recuérdese que, centrándose en otros tipos de amenaza, esta postura ha sido mantenida por varios estudiosos del autoritarismo (por ejemplo, Duckitt, 1989), y ha recibido apoyo empírico desde paradigmas diferentes a la TMT (por ejemplo, Breckenridge y Zimbardo, 2007; y McDermott y Zimbardo, 2007).

A pesar de la importante evidencia empírica a favor de esta postura (Cohen, Solomon, Pyszczynski y Greenberg, 2004; Landau, Solomon et al., 2004; Schimel et al., 1999; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006 –experimento 1–; etc.), lo cierto es que este tipo de reacciones a la MS no se ha hallado de forma invariable, ni en todas las ocasiones, sino que existen ciertas variables individuales, personales o ideológicas, así como otras propias de la situación específica o del contexto socio-político, que parecen condicionar, modular estos efectos o proteger contra los mismos. Así, tanto aspectos personales o ideológicos que tienen que ver con el una orientación política o psicológicamente progresista o flexible –como la baja necesidad personal de estructura o cierre cognitivo; el bajo autoritarismo, los estilos de apego seguros, la alta autoestima, el bajo neuroticismo, etc. (véase Jost et al. 2003, para una argumentación detallada) –, como factores propios de la situación –contexto sociohistórico contrario a la discriminación u hostilidad exogrupal, la activación de normas y valores compasivos o pacifistas, la activación de una identidad común o sentido de humanidad compartida, o la autoafirmación de la autoestima o aspectos fundamentales de la propia visión del mundo, la reflexión acerca de las consecuencias de amenazas globales como el cambio

climático, asociar la violencia a lo animalístico— se han mostrado en diversas ocasiones capaces de proteger a las personas de los efectos socialmente problemáticos de la MS —reduciéndolos o eliminándolos—, o incluso de invertir los mismos —dando lugar la MS a reacciones incluso más cooperativas, prosociales, o pacifistas que las condiciones control—. Estos fenómenos han dado lugar a dos nuevas posturas acerca de los efectos de la MS.

Postura 1.2. A modo de matización de la postura anterior, en ocasiones se ha defendido que ciertos recursos psicosociales —como apego seguro, autoestima, baja necesidad de cierre cognitivo o progresismo (Hirschberger y Ein-Don, 2006)— o situaciones protegerían contra unos efectos que de forma general y natural son socialmente indeseables, y que no serían, por tanto, universales o inevitables¹¹.

En ciertas ocasiones se ha encontrado que las respuestas defensivas ante el recuerdo de la mortalidad son exclusivas de personas o circunstancias situacionales que implican visiones del mundo dogmáticas o conservadoras. En este sentido, Stone (2001) o el propio Jost y sus colegas (Jost et al., 2003) reconocen que las personas conservadoras o autoritarias son especialmente susceptibles a la amenaza, y diversos autores (Paulhus y Trapnell, 1997; Wicklund, 1997; o Stone, 2001) consideran la posibilidad de que sólo éstas reaccionen ante estas condiciones, o lo hagan de forma especialmente intensa. Así, diversos estudios encuentran efectos de la MS sólo en personas de alta necesidad de estructura (Landau, Greenberg, Solomon, Pyszczynski y Martens, 2006); conservadurismo o autoritarismo (Greenberg, Simon, Pyszczynski, Solomon y Chatel, 1992; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006 —estudio 2—; Motyl, Hart y Pyszczynski., 2010), fundamentalismo religioso (Rothschild, Abdollahi y Pyszczynski., 2009), altos en neuroticismo (Goldenberg, Pyszczynski, McCoy, Greenberg y Solomon., 1999), personas con estilos de apego inseguros (Mikulincer y Florian, 2000), con baja autoestima (Harmon-Jones, Simon, Greenberg, Pyszczynski y Solomon, 1997) —al menos implícita (Schmeichel et al., 2009)—, o tendencia al mecanismo de negación (Hirschberger y Ein-Dor, 2006). En ocasiones, hacer accesible la norma de la tolerancia (Greenberg et al., 1992) o amenazas globales como el cambio climático (Pyszczynski et al., 2012, experimento 2), autoafirmar la autoestima (Harmon-Jones et al., 1997) o las creencias religiosas (Jonas y Fischer, 2006), también han eliminado las respuestas en otro caso autoritarias a la MS.

Esta postura ha sido defendida también en el ámbito de las respuestas a otros tipos de amenaza (por ejemplo, Feldman y Stenner, 1997; o Altemeyer, 1998), como se ha visto anteriormente.

¹¹ A pesar de parecer contraria a los postulados más ortodoxos de la TMT —que defienden que todo tipo de personas tiene la necesidad de escapar de su propia mortalidad buscando de alguna forma trascendencia y sentido—, muchos resultados resultan compatibles con ella, empezando por los derivados del paradigma de la protección frente a la ansiedad (Anxiety Buffer Hypothesis)

Postura 2. En otras ocasiones, estos mismos aspectos situacionales e ideológicos o personales se han mostrado capaces, no ya de proteger contra los efectos de la MS de deriva hacia el autoritarismo, sino, incluso de invertir los mismos –dando lugar la MS a reacciones incluso más cooperativas, prosociales, o pacifistas que las condiciones control–. Estos resultados serían coherentes con la postura que mantienen autores como Greenberg y Jonas (2003), quienes, en oposición a la tesis defendida por John Jost –mencionada unas líneas atrás–, sostienen que todas las ideologías o visiones del mundo cumplen funciones defensivas, todas son igualmente eficaces para resolver necesidades epistémicas o existenciales, por lo que éstas –manejo del terror, necesidad de estructura, etc.– se resolverán de forma igualmente eficaz a través de la adhesión rígida o defensa de cualquier ideología presente en el medio sociocultural¹². Por tanto, todas las personas responderían ante la MS –no sólo las más conservadoras–, pero no a través de una deriva hacia el conservadurismo o autoritarismo, sino a través de una polarización en las visiones del mundo previamente predominantes en las personas –las que sean más accesibles o relevantes, en función de sus características personales o ideológicas, o bien la situación o contexto en que se encuentren–.

Aunque en las siguientes páginas habrá ocasión de abordar múltiples ejemplos de resultados que apoyan todas estas posturas en distintos tópicos característicos de la Psicología Social, algunos hallazgos que ilustran esta postura son los de Castano et al. (2011), quienes encuentran entre progresistas –o de izquierdas– una tendencia no significativa a mostrar menores niveles de RWA tras la MS (estudio 1), o unas actitudes más progresistas en diversos asuntos sociopolíticos –en una réplica al estudio de Jost et al. (2004), con resultados opuestos (estudio 2)–, incluyendo desacuerdo y desagrado hacia políticos que plantean políticas conservadoras. Con muestras progresistas y conservadoras, hallan también un efecto de polarización en la aceptación de discursos creacionistas y evolucionistas, y de sus autores; y en la tolerancia hacia un ensayo crítico con Estados Unidos.

¹²Greenberg y Jonas (2003) proponen un modelo con dos dimensiones ortogonales: una de contenido ideológico (izquierda vs derecha) y otra sin contenido (pensamiento rígido vs pensamiento flexible), de manera que el dogmatismo y la rigidez no serían más propios de los conservadores ni de los progresistas (progresistas, en nuestros términos), sino que los extremos de ambas formas ideológicas serían los más dogmáticos y defensivos (hipótesis de los extremos ideológicos). A pesar de los muchos ejemplos de grupos, organizaciones y gobiernos socialistas y comunistas que parecen ser dogmáticas y autoritarias, lo cierto es que, al menos en sociedades occidentales (Estados Unidos y Europa occidental) y en población general (ciudadanos de a pie), la rigidez de izquierdas es menos común que la de derechas, existiendo una clara relación entre ideologías conservadoras (de derechas, autoritarismo de derechas, etc.) y variables como dogmatismo, la susceptibilidad a la amenaza, defensividad, necesidad de estructura, orden, intolerancia a la incertidumbre, etc. (Jost et al, 2003, 2004).

En cualquier caso, los efectos de deriva o polarización no parecen darse en medidas tan directas de ideología como la autoadscripción política a través de una escala (Landau, Solomon et al., 2004; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006; Piñuela, 2009; Vail et al., 2012). De hecho, éstas son habitualmente tratadas como variables de selección y no como variables dependientes, midiéndose antes o después de la manipulación experimental, pero comprobándose o asumiéndose que no se ven afectadas por la misma (Jost et al., 2004).

A lo largo de las siguientes páginas y epígrafes aparecerán resultados empíricos que, centrados en los efectos de la MS sobre procesos vinculados a la hostilidad intergrupar y justificación o apoyo de la violencia, suponen un apoyo empírico para unas y otras de las posturas mencionadas. En un epígrafe posterior también se expondrán con cierto detalle los principales factores personales y situacionales que reducen o invierten los efectos socialmente indeseables de la ansiedad existencial.

7.2. LOS EFECTOS DE LA AMENAZA EXISTENCIAL SOBRE DISTINTOS PROCESOS VINCULADOS CON LA VIOLENCIA COLECTIVA (1).

A continuación se detallan las relaciones ya apuntadas entre la amenaza epistémico-existencial (MS) y distintas variables vinculadas al apoyo a la violencia como forma de resolver conflictos intergrupales, algunos descritos en la primera parte de la fundamentación teórica de este trabajo.

Se describirán algunas de las respuestas encontradas ante la MS, argumentando sus fundamentos teóricos y su relación con el apoyo a la violencia colectiva y las variables que la promueven, aun a riesgo de resultar redundante, con la esperanza de ofrecer claridad para comprender unas relaciones complejas no siempre sencillas de vislumbrar.

7.2.1. MS y Autoritarismo/ Conservadurismo.

Como recientemente se ha apuntado, la similitud entre la respuesta de defensa de la visión del mundo que tradicionalmente se ha vinculado con la MS y los planteamientos conservadores, ha motivado que se haya planteado que lo que acontece después de recordar la propia mortalidad es una defensa de la visión conservadora del mundo. Frente a las orientaciones que proponen que se da una respuesta de polarización respecto a las tendencias previas predominantes, muchos estudios encuentran que la MS provoca –ya sea en población general, ya en personas predispuestas–, respuestas propias del conservadurismo, ya sea en los contenidos ideológicos –rechazo a los homosexuales, hostilidad hacia los exogrupos, preferencia por el estatus quo y las tradiciones, preferencia por líderes conservadores...–, ya en los aspectos más formales de las mismas –mayor necesidad de estructura o agrado por los aspectos más estructurados y claros,

dogmatismo, fervor, etc.—. Estos aspectos ya han sido analizados o lo serán unos párrafos más adelante. A continuación se desarrollan respuestas concretas que están asociadas directa o indirectamente con el conservadurismo.

7.2.2. MS y Liderazgo.

Un hallazgo consistente en la investigación en el marco de la TMT indica que la ansiedad existencial (la MS) parece incrementar el agrado por líderes carismáticos y sus visiones enaltecedoras del propio grupo —líderes que ofrecen seguridad a través de una visión etnocéntrica, nacionalista, de superioridad del propio grupo sobre otros—, así como sus discursos sobre la derrota del mal —que atribuyen a o identifican con determinados colectivos, grupos, naciones o religiones—.

La historia y los telediarios de nuestros días se empeñan en mostrarnos que en tiempos de crisis económica o política, amenaza e incertidumbre, suele tener lugar la emergencia de líderes carismáticos que aparecen como personas especiales, imbuidas de cierta “divinidad” en muchos casos, que se presentan como la solución a los problemas y necesidades de la gente, capaces de identificar y eliminar la fuente de todos sus males —frecuentemente algún exogrupo—. Habitualmente en forma de grupos, movimientos o partidos políticos populistas, extremistas y xenófobos ganan popularidad —recuérdese como muestra la aparición de Hitler en una época de profunda crisis de identidad en Alemania, o, más recientemente, el protagonismo de Josep Anglada en Catalunya, el auge de los partidos de extrema derecha en Noruega, o la emergencia de *Amanecer Dorado* como tercera fuerza política en Grecia—. Ya Fromm (1941) describía cómo el apoyo a líderes carismáticos podía derivarse de la necesidad de fundirse con proyectos o movimientos más amplios que el propio yo, representados por tales líderes, que suponen una fuente de identidad y sentido. La pertenencia a los proyectos que esos líderes representan —que trascienden la propia identidad—, la participación en misiones heroicas que hagan sentir a las personas importante y valiosas, puede resultar muy atractiva en condiciones de amenaza de mortalidad. En base a estas ideas, Cohen, Solomon, Maxfield, Pyszczynski y Greenberg (2004), comprobaron que, bajo condiciones de activación de la mortalidad, la preferencia (intención de voto) por un líder de estilo carismático o autoritario incrementó de forma muy importante con respecto a los líderes con estilo orientado a la tarea y orientado a las relaciones —éste último estilo fue el que más atractivo perdió en condiciones de amenaza existencial—. Landau, Solomon et al. (2004) hipotetizaron que gran parte de la popularidad que G. Bush y sus políticas adquirieron después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 se debieron, al menos en parte, a que representaron una alternativa frente al miedo, percepción de mortalidad y vulnerabilidad que produjeron tan desgraciados sucesos. El discurso de Bush ofrecía orden y

estructura simplificando la realidad: abanderó una cruzada contra el terrorismo, una guerra contra el eje del mal en la que Estados Unidos era el bando virtuoso y moral, que hizo sentirse más segura y protegida a la ciudadanía al tiempo que garantizaba una retribución por las afrentas sufridas. Para tratar de ofrecer apoyo empírico a esta interpretación, estos autores diseñaron una serie de estudios con una muestra de estudiantes americanos en los que encontraron: que el apoyo a G. Bush y sus políticas en Iraq fueron sensiblemente superiores bajo condiciones de recuerdo de la mortalidad o de los eventos del 11 de septiembre –que se comprobó equivalente a los primeros–(estudios 1 a 3); y que George Bush era mejor valorado como candidato a presidente del gobierno que Kerry en estas mismas condiciones, aunque el resultado era el opuesto en condiciones normales (estudio 4). Los resultados del estudio se replicaron respecto a la intención de voto hacia un candidato y otro (Cohen, Ogilvie, Solomon, Greenberg y Pyszczynski, 2005).

Aunque estos resultados encajan con la postura de que la MS provoca una tendencia hacia el conservadurismo político promovida por la ansiedad epistémico-existencial, esta conclusión es precipitada. En estos estudios la preferencia hacia líderes conservadores a que daba lugar la saliencia de la muerte no iba acompañada de una preferencia por la orientación política conservadora (autoadscripción en una escala entre muy progresista y muy conservador), y otros muchos estudios no encuentran tal deriva, por lo que Solomon, Cohen, Greenberg y Pyszczynski (2008) entienden que se da simplemente una preferencia por líderes estructuradores y decididos, con independencia de su orientación política. En apoyo a esta interpretación, Kosloff, Greenberg, Weise y Solomon (2010) encontraron que la saliencia de la mortalidad incrementó el agrado por líderes carismáticos progresistas entre sujetos progresistas, y el agrado por líderes carismáticos conservadores entre sujetos conservadores –disminuyendo el agrado por los líderes menos seguros, con independencia de su orientación política–. No obstante, como señalan Thorisdottir y sus compañeros (citados en Anson, Pyszczynski, Solomon y Greenberg, 2009) los líderes políticos carismáticos, etnocéntricos y que ofrecen seguridad suelen coincidir con la derecha política en las sociedades occidentales –y con la izquierda en Europa del Este–.

En coherencia con esta idea, Vail, Arndt, Motyl y Pyszczynski (2009) concluyen que la saliencia de la mortalidad da lugar en, condiciones normales, a una preferencia por líderes carismáticos asociados generalmente a posiciones conservadoras, pero que esta respuesta no es inevitable, dado que las normas sociales accesibles pueden modularla. Concretamente, estos autores investigaron el papel de la amenaza existencial y las normas sociales accesibles en la preferencia por los candidatos a las elecciones generales de Estados Unidos de 2008, encontrando que: Aunque en condiciones normales (incertidumbre como control, no acceso a la mortalidad) no se daba una preferencia significativa por ningún candidato, la saliencia de la

mortalidad dio lugar a una clara preferencia por McCain, defensor de la guerra y de Iraq y del mantenimiento en su ocupación, cuyo discurso se había centrado en su militarismo, en la identificación y posición hostil hacia regímenes malvados (Iran, Rusia...), y una defensa agresiva de la rectitud moral de la forma de vida norteamericana. Sin embargo, cuando el recuerdo de la mortalidad se acompañó de la activación de valores compasivos, se dio una preferencia clara por Barack Obama, cuyo discurso era más pacifista y tendente a la diplomacia y cooperación en política internacional, manifestando la intención de poner fin a la guerra de Iraq, cerrar Guantánamo y eliminar las armas nucleares en todo el mundo.

Otra variable que puede alterar esta tendencia a preferir a líderes conservadores en situaciones de MS es el estilo de apego. Weise, Pyszczynski et al. (2008) encontraron que las personas con relaciones interpersonales más cercanas y seguras –o las situaciones en que este tipo de relaciones se hacen accesibles– tenderían a dar lugar a una preferencia por líderes progresistas, al contrario de lo que ocurre con personas –o situaciones– con accesibilidad a relaciones de apego menos seguro.

Estas conclusiones resultan especialmente peligrosas para la paz y la salud democrática si tenemos en cuenta que muchos de los líderes carismáticos populistas y demagógicos de carácter extremista surgen en situaciones de crisis económica o conflicto intergrup al –o cuando éste se intensifica–, como se ha comentado unos párrafos más atrás. En tales condiciones, los líderes que se muestran más leales al endogrupo y más hostiles y crueles con el exogrupo ven dramáticamente incrementada su popularidad, como se vio en las últimas elecciones de Israel de febrero de 2009, que provocaron una intensificación de los ataques contra Gaza (*Operación Plomo Fundido*) que parecía parte de la campaña electoral. Este fenómeno supone además un importante riesgo de manipulación de la opinión pública, puesto que partidos y movimientos políticos de diverso signo pueden sentirse demasiado tentados a utilizar el miedo como baza electoral. Así, G. Bush pudo ganar las elecciones estadounidenses de 2004, en parte, haciendo presentes las amenazas terroristas –la difusión de un vídeo de Bin Laden una semana antes de las elecciones (Cohen et al., 2005), aumentando la alerta por riesgo de ataques terroristas poco antes de las elecciones, etc.–; igualmente, en España, una de las estrategias habituales de ciertos partidos políticos antes de diversas elecciones generales ha consistido en sacar a debate público el terrorismo y sus peligros.

7.2.3. MS y preferencia por la estructura.

El recuerdo de la propia mortalidad promueve en las personas una motivación para mantener visiones del mundo y de la realidad claras, estructuradas y ordenadas (Dechesne y Kruglanski,

2004; Landau et al., 2006; Landau, Johns et al., 2004), tendencia que es más propia de personas conservadoras o de derechas, al menos en sociedades occidentales –como ya se ha tenido ocasión de discutir–.

De nuevo, estas respuestas se han encontrado en ocasiones de forma generalizada, y en otras limitada a personas predispuestas en dicho sentido. Así, sólo las personas con alta necesidad de estructura reaccionaron a la MS con mayor defensa de la visión del mundo, o con un menor agrado por el arte moderno –caracterizado por estar poco estructurado y tener poco sentido– (Landau et al., 2006); con un mayor deseo por información negativa acerca de una víctima inocente, como mecanismo para encontrar sentido –explicación, justificación, orden, justicia– a su situación (Landau, Johns et al., 2004); o con una mayor rechazo hacia quienes critican su visión cultural del mundo (Dechesne, Greenberg, Arndt y Schimel, 2000); mientras que los de baja necesidad de estructura no se mostraron sensibles a dicha condición experimental (Landau et al., 2006; Landau, Johns et al., 2004), o bien respondieron distanciándose de su visión del mundo (Dechesne et al. 2000).

Igualmente, se han encontrado patrones opuestos en la respuesta a la MS para para altos y bajos en necesidad personal de estructura, en relación al aprecio por posiciones tradicionales y aprecio por las no tradicionales (Routledge, Juhl y Vess, 2010); e incluso se ha hallado que la MS genera un incremento en la creatividad en personas con baja PNS, mientras que no tuvo ningún efecto en los de alta PNS (Routledge y Juhl, 2012). La MS también puede fomentar respuestas asociadas a la creatividad, la novedad y la incertidumbre –como la exploración social, intelectual o cultural– cuando estas respuestas se presentan como socialmente deseables o son imprimadas (Routledge and Arndt, 2009, en Routledge y otros, 2009)

En este mismo sentido, Vess, Routledge, Landau y Arndt (2009) encuentran que las personas con baja necesidad de estructura reaccionan ante la MS con una mayor tendencia a explorar y dar sentido a la novedad, mientras que, como se ha hallado frecuentemente, las personas con más necesidad de estructura rechazan la novedad y buscan más estructura en las mismas situaciones.

Otro elemento asociado con la necesidad de estructura es el estereotipo. Como todo psicólogo social sabe, la estereotipación de los grupos sociales suele ser en sí misma una condición que dificulta las relaciones intergrupales positivas y de cooperación, pero resulta dramáticamente más relevante en condiciones de conflicto intergrupal, donde suele formar parte de la ideología legitimadora de la violencia política, en concreto de la construcción del enemigo (Sabucedo y Durán, 2007). Desde el punto de vista de la TMT, dado que los estereotipos son parte de la

visión cultural del mundo, y dadas sus funciones de reducción de ambigüedad e incertidumbre – y de facilitación del control y la predictibilidad del mundo social–, en condiciones de ansiedad existencial o activación de la mortalidad se espera que se incremente la tendencia de las personas a percibir a los miembros de los exogrupos de acuerdo con su estereotipo, así como la preferencia por los miembros o "ejemplares" grupales que cumplen con un estereotipo dado frente a los que no lo hacen (Greenberg, Landau, Kosloff y Solomon, 2009; Niesta et al., 2008). De acuerdo con ello, Schimel et al. (1999) encuentran evidencia de que la MS inducía a exhibir mayores niveles de estereotipo, así como preferencia por los miembros grupales que cumplían distintos tipos de estereotipo –de género, raciales, relativos a miembros de otras naciones y de grupos sociales como los homosexuales–. Esto ocurría fundamentalmente en personas con alta necesidad de cierre cognitivo, es decir, predispuestas a estructuras de conocimiento simple, las más susceptibles a encontrar sentido en la rigidez de los estereotipos (o, más bien, el bajo nivel de necesidad de cierre cognitivo parecía proteger de tales efectos).

7.2.4. MS, estereotipos y prejuicios.

La estereotipación de los otros grupos sociales –fundamentalmente la de carácter peyorativo–, está íntimamente asociada al prejuicio contra tales colectivos y al etnocentrismo, factores que parecen verse promovidos también por la ansiedad existencial.

Perspectivas tan importantes en Psicología Social como la Teoría de la Identidad Social (Tajfel y Turner, 1979) apuntan que la pertenencia grupal es una parte de la identidad de las personas y una fuente fundamental de autoestima, y que la identificación con endogrupos implica de alguna forma la infravaloración o discriminación de los exogrupos. Por otra parte, parece que la identificación con entidades grupales u organizacionales supone una forma de trascender la propia muerte, como apuntan Castano y sus colegas (2002, 2004). A ello habría que añadir que la fe en la propia visión del mundo y autoestima –y, por tanto, su eficacia como “medicina” contra la ansiedad existencial– se incrementa cuando los sistemas de creencias, valores, normas y criterios son ampliamente compartidos (Pyszczynski et al, 2008). Además, como ya se ha comentado, la mera existencia de personas o grupos que contradicen, rechazan o amenazan la propia visión del mundo supone un decremento en la capacidad de ésta para manejar el miedo a la muerte. Todos estos argumentos ayudan a plantear que la ansiedad epistémico-existencial puede dar lugar a unos mayores niveles de etnocentrismo, identificación y favoritismo endogrupal, así como a incrementos en la hostilidad, prejuicio y rechazo de exogrupos que critican o amenazan los propios valores o visiones del mundo, o que simplemente son diferentes.

En concordancia con estos supuestos, la amenaza existencial se ha mostrado capaz de provocar una mayor atracción hacia los “héroes”, o personas que se ajustan especialmente bien a los valores propios de la cultura a que uno pertenece. Así, Rosenblatt et al. (1989) encontraron que la cantidad de dinero propuesta como recompensa para una mujer que ayudaba a la policía a capturar a un peligroso criminal, era superior cuando los sujetos –estudiantes que asumían el papel de jueces– pensaban previamente en su propia muerte.

Además, diversos estudios encuentran un patrón de incremento en el favoritismo endogrupal y en el rechazo exogrupal derivados de la MS. Así, Greenberg et al. (1990) encontraron que la MS incrementó el agrado hacia un estudiante cristiano y el desagrado hacia uno judío en una muestra de americanos cristianos (estudio 1), patrón similar a lo hallado incluso con niños israelíes de sólo 11 años, que ya reaccionaban de forma más negativa hacia un niño inmigrante ruso después de la activación de recuerdos de la mortalidad (Florian y Mikulincer, 1998). En esta misma línea, un estudio con muestra italiana, Castaño et al. (2002) hallaron que el sesgo favorable hacia italianos frente a alemanes –considerando al exogrupo como más estable, coherente y distintivo– se incrementaba en condiciones de MS. También se ha visto que la preferencia de una muestra alemana por productos y lugares nacionales frente a los foráneos tenía lugar cuando la encuesta se realizaba delante de un cementerio, pero no cuando se les entrevistaba delante de una tienda (Jonas, Fritsche y Greenberg, 2005). Incluso, en un estudio de Greenberg, Schimel, Martens, Solomon y Pyszczynski (2001) se encontró que, bajo condiciones de saliencia de la mortalidad, una muestra de americanos de raza blanca incrementaba su simpatía por racistas de raza blanca y juzgaba a éstos con menos severidad que a racistas negros, mientras que en condiciones control el patrón era el opuesto.

En un sentido parecido, se ha encontrado de forma consistente que la preferencia por quienes defienden la identidad nacional, las actitudes o la ideología de los participantes, y el rechazo por quienes los critican, se ve fortalecido bajo condiciones de MS (Greenberg et al, 1990, estudio 3; Greenberg, Pyszczynski, Solomon, Simon y Breus, 1994), aunque también se ha hallado evidencia de que tales efectos no se daban en personas o condiciones que implican alta autoestima (Harmon-Jones et al., 1997), bajo nivel de autoritarismo (Greenberg et al., 1990, estudio 2), progresismo político o valores de tolerancia (Greenberg et al., 1992), en línea con las posturas que defienden matices a los efectos de la MS.

En el campo más directamente asociado al prejuicio étnico o racial se han hallado resultados similares. Echeberría-Echabe y Fernández (2006), en un estudio cuasiexperimental susceptible de ser analizado desde el marco de la TMT, encontraron que los ataques terroristas en los trenes de Madrid el 11 de Marzo de 2004 dieron lugar a una serie de tendencias conservadoras en

valores y opiniones políticas, entre las que destacaba un mayor prejuicio generalizado en un doble sentido: por una parte, esta respuesta a la amenaza se dio en la población general; en segundo lugar, el prejuicio se dio contra el colectivo árabe, al que pertenecían los terroristas, pero también hacia otros grupos minoritarios no implicados, como los judíos. En un estudio posterior, ya bajo el paradigma de la MS, Echebarría-Echabe y Valencia (2008) hallan también un efecto general de mayor rechazo o prejuicio contra los árabes –así como mayor prejuicio contra los varones entre las mujeres– con independencia de la ideología o visión del mundo prevalentes, pero sólo cuando se utiliza una medida implícita (el test de asociación implícita, o IAT), y no cuando se utilizan medidas explícitas (como la escala de racismo sutil).

No obstante, en línea con los condicionantes anteriormente comentados, no siempre se han hallado estos efectos. En coherencia con la postura que limita los efectos a situaciones y personas concretas, ciertos estudios encuentran que la MS da lugar a mayor intolerancia, rechazo o prejuicio exogrupal sólo en condiciones o personas que de alguna forma están predispuestas a ellas, mientras que no ejerce ningún efecto en personas o circunstancias que no son favorables al prejuicio o la discriminación.

Entre los ejemplos del apoyo empírico a este segundo enfoque se puede mencionar el trabajo de Greenberg et al. (1992), donde se encuentra que como reacción a la muerte saliente sólo los conservadores reaccionan de forma más negativa a los que son diferentes, pero no los progresistas. De la misma forma, Greenberg et al. (1990, estudio 2) encuentran que la saliencia de mortalidad conlleva una evaluación especialmente negativa de otros que tienen actitudes contrarias a los sujetos, pero sólo en el caso de sujetos altos en autoritarismo. Pero no sólo las variables disposicionales moderan el efecto de la saliencia de mortalidad, sino que algunas variables situacionales, susceptibles de manipulación, pueden tener efectos similares: Greenberg et al. (1992) encontraron que los efectos de la saliencia de la muerte en forma de reacciones negativas hacia otros críticos con su nación (Estados Unidos), eran neutralizados cuando se hacía saliente el valor de la tolerancia.

También Motyl et al. (2011) encontraron que la MS generaba un mayor prejuicio antiarábigo –con medidas explícitas e implícitas– cuando se hicieron accesibles normas, estilos de vida o figuras endogrupales –norteamericanos– (experimentos 1 y 2). Sin embargo, cuando se hizo accesible la humanidad compartida, el prejuicio antiarábigo que tiene lugar en condiciones de MS, ya sea explícito o implícito, se eliminó –pero no se revirtió– (experimento 1).

Dentro de esta perspectiva también se incluyen estudios que no encuentran efectos significativos de la MS sobre el prejuicio (quizás debido a que las normas sociales más accesibles o

prominentes son contrarias al prejuicio, o a la falta de control o consideración de variables que pueden modular esta relación –como las orientaciones ideológicas, autoestima o necesidad personal de estructura de los participantes–), como el de Dora (2009), que se centra en el prejuicio antiarábigo de una muestra de estudiantes de California, o el de Gailliot, Stillman, Schmeichel, Maner y Plant (2008), donde el recuerdo de la mortalidad no tiene ningún efecto sobre el prejuicio contra los negros en condiciones normales.

Por último, en coherencia con la postura que predice que la MS da lugar, no a una deriva hacia el autoritarismo, sino una polarización en las tendencias predominantes o más accesibles para las personas, ciertos estudios hallan que la MS puede afectar a todo tipo de personas, pero no siempre incrementando el prejuicio o rechazo exogrupal, sino que en ocasiones puede reducirlo, cuando las normas sociales o los valores predominantes de las personas son contrarios a los mismos.

Por ejemplo, en el recién mencionado estudio de Gailliot et al. (2008), aunque la MS no tuvo efectos en condiciones ordinarias, la activación de la norma de no ser prejuicioso dio lugar a que los recuerdos de mortalidad produjeran un nivel de prejuicios contra los negros menor que en condiciones de ausencia de amenaza existencial. Más recientemente, en una muestra de estudiantes franceses y también en otra de estudiantes norteamericanos, se encontró que, en comparación con las condiciones control, las personas poco autoritarias mostraron unas actitudes más positivas hacia los inmigrantes en condiciones de MS, mientras que las muy autoritarias mostraron unas actitudes más negativas en esas mismas condiciones (Weise, Arciszewski, Pyszczynski y Greenberg, 2012).

7.2.5. MS y severidad de las sanciones hacia quienes violan la visión cultural del mundo.

Dado que la visión del mundo incluye prescripciones acerca de los comportamientos que se consideran o no aceptables –normas éticas, morales, sociales y legales–, los recuerdos de la propia mortalidad parecen dar lugar a reacciones más punitivas y castigos más severos hacia quienes transgreden tales prescripciones. En un estudio llevado a cabo por Rosenblatt et al. (1989), un grupo de jueces que recordaron su propia mortalidad impusieron una fianza significativamente más alta a una supuesta prostituta (cuya profesión viola criterios morales de muchas personas) que los jueces de la condición control (estudio 1), aunque una réplica con estudiantes que asumían el papel de jueces mostró que estos resultados sólo se daban cuando los sujetos tenían actitudes previas desfavorables hacia la prostitución (estudio 2). Por otra parte, Florian y Mikulincer (1997) encuentran evidencia de que la saliencia de la muerte provoca una

valoración de distintos tipos de transgresiones normativas como más graves, y da lugar a una propuesta de castigos más severos como respuesta a las mismas.

Claramente interesantes y preocupantes son los estudios que se han centrado en los *Hate Crimes* o crímenes de odio, una etiqueta jurídica con reconocimiento en la jurisprudencia de diversos países, que se refiere a una serie de delitos cometidos por motivos basados en condiciones sociales de la víctima, como nacionalidad, raza, sexo, religión, orientación sexual, política o ideológica, etc.

En muchos casos, las víctimas de estos delitos son atacadas porque suponen algún tipo de amenaza para la visión del mundo de los victimarios, pero quizás también para los observadores, que pueden compartir pertenencia grupal con los ofensores. En una investigación dirigida por Lieberman (2001), los sujetos que recordaron su propia mortalidad estuvieron más de acuerdo con un discurso dirigido a endurecer las penas de los crímenes de odio con respecto a otros crímenes similares en gravedad –pero no en motivación, no eran *crímenes de odio*–, cuando fueron descritos de forma genérica. Sin embargo, cuando la víctima de los crímenes de odio se describía como miembro de un exogrupo que representaba una amenaza para la visión del mundo –miembros del “orgullo gay” o del “orgullo judío”–, los sujetos –heterosexuales no judíos– que habían pasado por la condición de acceso a la mortalidad se mostraron más indulgentes hacia los criminales que los correspondientes a la condición control. A su vez, aunque los sujetos recomendaron más cantidad de fianza cuando los crímenes eran de odio que cuando no lo eran, la diferencia era menor en condiciones de prominencia de la mortalidad, si la víctima pertenecía a un exogrupo amenazante. Igualmente, en un estudio en que se presentaba a sujetos americanos de raza blanca un artículo que manifestaba orgullo racial atribuido a un autor bien de raza negra o bien de raza blanca, los sujetos –blancos– bajo condición de recuerdo de mortalidad percibieron a los autores de raza negra como más racistas que a los de raza blanca, pero no en la condición control.

7.2.6. MS y violencia colectiva.

En relación más directa, si cabe, con el objeto de estudio que inspira la presente tesis doctoral, existen diversos trabajos de carácter teórico y empírico que focalizan su atención en la influencia que la amenaza existencial –fundamentalmente la saliencia de la mortalidad, pero según diversos hallazgos empíricos y enfoques teóricos podríamos extenderlo a otras situaciones amenazantes– puede tener en las actitudes, intenciones y comportamientos que implican la justificación y legitimación de acciones violentas en situaciones de conflicto, así como directamente en el propio desarrollo de ciertas formas de violencia.

Así, En la misma línea de lo que ocurre con el prejuicio, la hostilidad o el castigo, la MS ha llegado a mostrar ser capaz, incluso, de promover la agresión contra miembros de exogrupos amenazantes: McGregor y otros (1998) encuentran que, en condiciones de MS, tanto los conservadores como los progresistas americanos ponen una mayor cantidad de salsa muy picante –que se toma como indicador de agresión– a un estudiante que había criticado su ideología. Tomohiro y Ken-Ichi (2003) también encuentran que la MS da lugar a un mayor nivel de agresión –nivel de ruido molesto– contra un miembro del otro grupo que había hecho lo propio con un compañero.

Pero no solo estas formas tan “descafeinadas” de entender la violencia se han mostrado sensibles a la manipulación de la conciencia de la mortalidad, sino que ésta también puede afectar a la justificación o legitimación de las variantes más extremas de violencia colectiva.

La saliencia de la muerte y el miedo existencial que conlleva derivan a menudo en un aumento en el apoyo a las políticas violentas contra los exogrupos amenazantes, de manera que, en ocasiones, la amenaza puramente existencial provoca unos efectos similares a los de otras amenazas (Landau, Solomon et al., 2004; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006). Es decir, desde la perspectiva de la TMT, determinadas personas, grupos, instituciones o comunidades pueden estar motivadas para apoyar o implicarse en actos de violencia cuando sus necesidades de protección contra el miedo existencial son altas y algún grupo amenaza sus sistemas básicos de creencias (formas de vida tradicionales, ritos, formas culturales, etc.), y no meramente cuando se amenazan recursos básicos más objetivos (lucha por el poder, los recursos, por cubrir las necesidades básicas), como predeciría, por ejemplo, la Teoría de los Conflictos Reales (Sherif, 1967) .

En coherencia con ello, desde la literatura especializada se ha señalado que la accesibilidad a la mortalidad facilita la aceptación de medidas asociadas a la eliminación de exogrupos a quienes se responsabiliza de actos "malévolos" (Greenberg et al., 2009), que el incremento en el apoyo a políticas agresivas del propio grupo contra exogrupos amenazantes ha sido uno de los efectos más consistentes encontrados en respuesta a la saliencia de la mortalidad (Pyszczynski et al., 2008), o que se trata de la aplicación más clara de la TMT a la psicología política (Hirschberger y Pyszczynski, 2011a), aunque no tardaremos en ver los múltiples matices que acompañan y deberían acompañar a estas afirmaciones.

Aquí se revisará brevemente la evidencia empírica más importante al respecto, dejando para los últimos epígrafes de esta tesis el análisis de ciertos desarrollos teóricos que tratan de profundizar en la relevancia aplicada de la amenaza existencial en contextos conflictivos reales.

A partir de que Pyszczynski et al. (2003) lo sugirieran en su revisión y análisis teórico, han sido varias las investigaciones que han ofrecido apoyo empírico a la idea de que la gente, incluso aunque normalmente condene el uso de la violencia militar, puede verse motivada a apoyarla cuando sus necesidades de protección frente al miedo existencial son activadas y se los confronta con grupos que amenazan aspectos centrales de su visión del mundo. Sobre todo en los primeros años que siguieron a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, estudios realizados tanto en Estados Unidos como en Israel –centrados en el conflicto árabe israelí– o en otros países europeos obtienen, con ciertos matices, resultados en la misma dirección: la mayoría de ellos generalmente muestra un incremento en el apoyo a la violencia colectiva o intergrupala extrema como consecuencia de la MS. No obstante, al igual que ocurre con otros estudios basados en el paradigma de la MS, estos resultados se han hallado en ocasiones de forma genérica, pero en otras se han limitado a personas o situaciones que de alguna forma predisponen a esta respuesta –o, al menos, que determinados factores personales o situacionales protegen contra estos efectos–. Incluso, en ciertas situaciones –sobre todo en los últimos años–, estos resultados han dejado de aparecer, o incluso se ha encontrado que bajo ciertas condiciones, la MS también puede promover respuestas que favorecen las relaciones pacíficas entre grupos.

Un breve repaso de este apoyo empírico podría partir de la inquietante investigación en la que Hayes, Schimel y Williams (2008) encontraron que el rechazo hacia los musulmanes a que el recuerdo de la mortalidad daba lugar cuando se leía un artículo sobre la islamización de Nazaret, se eliminaba cuando los sujetos, además, eran informados del fallecimiento de varios musulmanes en un accidente aéreo. Este estudio ofrece apoyo empírico a un supuesto teórico de la TMT que establece que la ansiedad existencial provocada por la presencia de grupos diferentes o amenazantes de la propia visión del mundo –sobre todo en condiciones de activación de la mortalidad– puede superarse, no sólo a través de su conversión o rechazo, sino también a través de su eliminación. Si la muerte –aunque sea accidental – de quienes amenazan la propia visión del mundo permite restablecer las defensas psicológicas ante el terror existencial, cabe pensar que en determinadas circunstancias la violencia extrema contra ellos pueda cumplir la misma función.

En otro trabajo destacable en este sentido, Landau, Solomon et al. (2004) hallaron, con muestra de estudiantes estadounidenses, un incremento en el apoyo a la política antiterrorista de Bush, tanto entre aquéllos en quienes se inducía recuerdos sobre el atentado del 11 de septiembre, como entre aquellos a quienes se inducía saliencia de la muerte, con independencia de su orientación política previa –estudios 1 y 3–.

A conclusiones muy similares llegan Pyszczynski, Abdollahi et al. (2006) en una investigación paradigmática en el tema que nos ocupa, que pretende conocer el papel que la saliencia de la mortalidad puede jugar en el atractivo que suscitan las ideologías subyacentes al Choque de civilizaciones descrito por Huntington (1996), en las que las partes se perciben a sí mismas participando en una lucha del bien contra el mal – George Bush se ha referido repetidamente al islamismo radical como “eje del mal”, mientras algunos grupos radicales islámicos se refieren a Estados Unidos como el “Gran Satán”–, y que implica el apoyo a soluciones extremadamente violentas para derrotar a la otra parte.

En el estudio 1, una muestra de estudiantes universitarios iraníes, en un diseño experimental 2x2 mixto, pasaban, bien por una condición de activación de la mortalidad, bien por una control de activación de pensamientos de dolor dental (VI1); y leían sendos cuestionarios supuestamente respondidos por un estudiante que mostraba, bien apoyo, o bien rechazo al enfrentamiento a Estados Unidos a través de los ataques terroristas suicidas (VI2); las variables dependientes consistían en evaluar a los supuestos estudiantes cuyo cuestionario se había leído, así como señalar el grado de disposición a unirse a sus causas. Los resultados indicaron que, si bien en condiciones normales –control– los sujetos mostraron una evaluación más positiva del estudiante contrario a los ataques suicidas que del estudiante favorable a ellas, y un mayor interés en la disposición a unirse a la causa pacifista, en la condición de activación de la mortalidad el patrón se invertía: el estudiante favorable a los ataques mártires suicidas era evaluado más positivamente que el contrario a tal causa, y la disposición a unirse a la causa mártir era mayor que la disposición a unirse a la causa pacifista. Además, la evaluación del estudiante favorable al martirio suicida y la disposición a enrolarse en su causa fueron claramente mayores en condiciones de saliencia de la mortalidad que en las de control.

En el estudio 2, llevado a cabo con estudiantes estadounidenses, se comprobó que el nivel de apoyo al uso de la fuerza militar extrema en la lucha contra el terrorismo – que implicaba medidas como el uso de ataques preventivos, la muerte de personas inocentes, el uso de armas nucleares... – era muy superior bajo condiciones de activación de pensamientos sobre la propia muerte o del recuerdo de los ataques terroristas del 11 S, que en condiciones control – imprimación de pensamientos de dolor físico–, pero este efecto sólo aparecía en personas de orientación política conservadora.

En un estudio parecido, esta vez en el contexto del conflicto árabe – israelí, Hirschberger y Ein-Don (2006) estudiaron el efecto que la activación de pensamientos sobre la muerte podía tener sobre la actitud de israelíes religiosos de orientación política de derechas hacia el plan de retirada de los asentamientos judíos de la franja de Gaza en el año 2005. En concreto, se halló que la activación de la mortalidad dio lugar a un incremento en la legitimación de la resistencia

violenta a la retirada de los asentamientos y en la disposición a tomar parte en dicha resistencia, aunque el efecto sólo se dio en los sujetos con un alto nivel de negación –es decir, quienes no daban crédito a que su propio gobierno quisiera que la retirada tuviera lugar–. La negación es un mecanismo de defensa que puede implicar vulnerabilidad personal y susceptibilidad a la mortalidad: en condiciones normales, previene una respuesta exageradamente violenta, pero ante amenaza existencial no es suficiente y se produce la respuesta de defensa de la visión del mundo; por otra parte, una baja defensividad puede indicar poca vulnerabilidad a las amenazas, por lo que la saliencia de la mortalidad no tendría por qué afectar a estas personas; una explicación alternativa tendría que ver con que aceptar la resistencia violenta por parte de las personas con baja negación implica enfrentarse a su propio gobierno, por lo que supone atacar a parte de su identidad y visión del mundo.

En otro estudio contextualizado en un conflicto real, esta vez en la guerra civil que tuvo lugar en Costa de Marfil entre 2002 y 2007, una muestra de estudiantes universitarios que había pasado por una condición de recuerdo de su mortalidad mostró un mayor autoenaltrecimiento de su autoestima, así como un mayor nivel de apoyo a las intervenciones militares contra los rebeldes, que los estudiantes de la condición control (Chadart y otros, 2011).

Recientemente, Vail et al. (2012) han encontrado entre estadounidenses –con independencia de su orientación política– que la MS –contemplación de edificios destruidos– provocaba un mayor dogmatismo y un incremento en el apoyo a la violencia militar contra Irán, enemigo cultural y político de los EEUU.

Resultados parecidos hallan Juhl y Routledge (2010), quienes encontraron en una muestra cristiana que su disposición a dañar física y emocionalmente a otros, o a apoyar una lucha armada para defender a su religión, eran mayores bajo condiciones de MS, aunque estos resultados sólo se dieron en personas con alta PNS.

Pyszczyński, Motyl, et al. (2012, estudio 2) también obtienen un mayor apoyo a las intervenciones armadas contra Irán en norteamericanos que pensaron en la muerte (frente a los que lo hicieron en la incertidumbre) y en una catástrofe particular –que les afecta sólo a los norteamericanos–, aunque los efectos desaparecieron cuando, además, pensaron en una amenaza global como el cambio climático. En su primer estudio, no encuentran diferencias entre la condición MS y control respecto al apoyo de medidas diplomáticas para la construcción de la paz, salvo que se dé también una imprimación de una amenaza global.

No obstante, en muchas otras ocasiones la MS no parece afectar al grado en que los sujetos –ni siquiera personas ideológicamente conservadoras, con alto autoritarismo, etc.– justifican la violencia intergrupala. Rothschild, Abdollahi y Pyszczynski (2009) no encuentran que la MS induzca entre muestra norteamericana un mayor apoyo al uso de la fuerza extrema para defender los intereses norteamericanos, ni siquiera en personas muy autoritarias, (estudios 1 y 2), pero sí encuentran en muestra de musulmanes shiítas de universidades iraníes que la MS incrementa las actitudes agresivas antioccidentales en condiciones normales –imprimación de valores no religiosos–, aunque los reduce cuando se hacen accesibles valores religiosos pacifistas (estudio 3).

Weise et al. (2008) tampoco encuentran que las personas que recuerdan su propia muerte muestren significativamente un mayor apoyo hacia el uso de la fuerza militar contra el terrorismo, ni siquiera las personas conservadoras, con alto autoritarismo, o con relaciones interpersonales inseguras. Tampoco lo hacen Motyl et al. (2010), ni siquiera entre personas autoritarias y cuando se da una situación de humanización de la violencia, que ofrece una connotación positiva de ésta, y relevante cara a la supervivencia a la muerte o dotación de significado –no obstante en estos dos estudios sí se halla una tendencia marginal, no significativa, en el sentido que se viene planteando–.

En otras ocasiones, aunque la MS no ha afectado a la justificación o apoyo de la acción militar, sí ha disminuido la defensa de las medidas pacifistas como medio de resolver conflictos. En una muestra de estudiantes universitarios muniqueeses, la activación implícita de normas de pacifismo generó una mayores tendencias pacifistas en personas que habían pensado en su muerte, en comparación con quienes no habían pasado por la condición de MS, o con quienes no habían activado la norma pacifista –ya fuera condición de activación de la muerte o control– (Jonas et al., 2008, estudio 2). Cuando la norma no se activó, la tendencia al pacifismo fue inferior en condiciones de recuerdo de la mortalidad que en el control, mostrando de nuevo los efectos socialmente negativos de la MS en condiciones “normales”, aunque la MS no afectó a la justificación de la agresión militar: la defensa del pacifismo y la tendencia a la agresión militar se mostraron conceptualmente diferentes, y ninguna norma parecía facilitar la intervención militar, hacia la que la sociedad alemana parece ser bastante escéptica.

Esta diversidad de resultados se ha venido explicando en base a que, como ya se ha comentado, los efectos de la saliencia de la mortalidad dependen del contexto histórico y cultural. Como señalan Anson et al. (2009), en los años siguientes a los ataque terroristas del 11-S, los conservadores norteamericanos mostraron respuestas claras de potenciación de su visión del mundo conservadora, mientras que los efectos sobre los progresistas fueron menos claras y más

variables. Posteriormente, con el fracaso y desencanto hacia la política exterior norteamericana (puesto de manifiesto por escándalos como los de las prisiones de Guantánamo o Abu Grahb, etc.), fueron los conservadores quienes dejaron de mostrar respuestas claras de polarización hacia sus tendencias previas. En términos similares se pronuncian Weise et al. (2008): en los primeros años posteriores al ataque sobre las torres gemelas, el apoyo general entre los norteamericanos a George Bush y sus políticas en Iraq era mucho mayor que en los años posteriores, por lo que parece que el apoyo a las políticas violentas son en la actualidad menos relevantes o prominentes, y en términos generales, es menos probable que sirvan como protección frente a la ansiedad existencial.

También en el contexto del conflicto árabe – israelí, un conjunto de estudios recientemente dirigidos por Hirschberger y su grupo de investigación (recogidos en Hirschberger y Pyszczynski, 2011a), permite arrojar nuevo apoyo empírico a la idea de que los efectos de la ansiedad existencial sobre la justificación de la violencia en situaciones de conflicto intergrupar dependen de ciertas variables contextuales. Los autores proponen nuevos factores bajo cuya presencia la ansiedad existencial, bien facilitaría o bien dificultaría el apoyo de la población a la violencia militar.

El efecto promotor de la violencia que los recuerdos de la propia mortalidad provocan en los conflictos intergrupales depende de tres condiciones: 1.1.) consenso social en el uso de la violencia; 1.2) percepción de que la violencia es necesaria y está justificada; 1.3.) percepción de que la violencia es inevitable e inminente.

En cuanto a los factores que obstaculizan el apoyo a la violencia bajo condiciones de recuerdo de la mortalidad estarían: 2.1.) un discurso de desescalada de conflicto en el otro bando, o la percepción de intenciones que hacen posible una salida no violenta al conflicto; : 2.2.) la percepción de alta vulnerabilidad personal a la violencia; 2.3.) cuando se prevé que la violencia va a ser contraproducente; 2.4.) cuando se induce a tomar las decisiones de forma racional, frente a hacerlo de forma emocional o intuitiva. A continuación describiré con más detalle estas conclusiones y los estudios empíricos en que se basan:

Percepción de consenso (1.1.): Desde el principio del presente trabajo se ha defendido la importancia del apoyo social para la irrupción y mantenimiento de la violencia. El consenso sobre su uso se construye en base a la percepción de una amenaza tan relevante que el uso de la violencia parezca la única respuesta útil. La experiencia de su ineficacia y de sus altos costos puede romper el consenso, como ocurrió con la intervención armada estadounidense en Vietnam o en Irak. En cuanto a su relación con la TMT, en un estudio aún sin publicar de Abdollahi y sus

compañeros, el mayor apoyo a la violencia terrorista que implica la saliencia de la mortalidad entre personas iraníes no tenía lugar si se hacía creer que la mayoría de sus compatriotas condenaba tales tácticas.

Percepción de justicia (1.2.): La motivación por mantener, conseguir o restablecer la justicia, presente en gran parte de los conflictos violentos, implica la emergencia de potentes emociones que pueden ir más allá de un análisis costes-beneficios. Cuando la muerte es accesible, los asuntos relacionados con la justicia resultan más relevantes y pueden fomentar las respuestas violentas para conseguirla, más allá del propio interés y de cuestiones utilitarias. Así, en un primer estudio llevado a cabo por Hirschberger, Pyszczynski y Ein-Dor (en Hirschberger y Pyszczynski, 2011a), se comprobó que la saliencia de la mortalidad daba lugar a un mayor apoyo a una incursión militar sobre Gaza en respuesta a un ataque con misiles por parte de Hamas, tanto cuando esta incursión previsiblemente eliminaría la capacidad de Hamás para volver a atacar (condición utilitaria) como cuando no se esperaba que tuviera más eficacia que la de reestablecer el sentido de justicia para la sociedad israelí (condición de justicia). Sin embargo, en un tercer grupo al que se dijo que los expertos consideraban que un ataque sería contraproducente, produciendo más ataques contra Israel, el recuerdo de la mortalidad redujo el apoyo a la violencia **(2.3., percepción de violencia como contraproducente).**

En un segundo estudio los autores encontraron que la saliencia de la mortalidad daba lugar a una mayor aceptación de la violencia militar para conseguir objetivos relacionados con la justicia – pero no para conseguir objetivos utilitarios, ni se asociaba con la tendencia a buscar la paz– cuando antes habían tenido conocimiento de un supuesto ataque terrorista con graves consecuencias, mientras que si el ataque no había tenido consecuencias importantes, la saliencia de la mortalidad no tenía ninguna relevancia. En un último estudio en el que se indujo a los sujetos a tomar una decisión basándose en criterios racionales o emocionales (VI 1), éstos debían decantarse por un ataque selectivo hacia el responsable de un ataque terrorista, como recomendaba un panel de expertos, o bien por un ataque a gran escala (VI 2) y señalar el grado de confianza que tenían en la decisión tomada (VD). Aunque no hubo resultados significativos en relación con quienes optaron por un ataque selectivo, entre aquéllos que prefirieron un ataque a gran escala, la saliencia de la mortalidad dio lugar a una mayor seguridad en su decisión cuando tomaron la decisión en base a criterios emocionales e intuitivos. Por otra parte, cuando se tomó la decisión en base a criterios racionales, la saliencia de la mortalidad redujo el apoyo a la violencia **(2.4., inducción de criterios racionales vs emocionales para la toma de decisiones).**

Violencia como inevitable e inminente (1.3.): Las intenciones percibidas en la parte contraria en un conflicto resulta esencial para promover la violencia En un primer estudio, Hirschberger, Pyszczyński y Ein-Dor (2009) hallaron que la saliencia de la mortalidad incrementaba el apoyo a un ataque preventivo contra Irán cuando los sujetos previamente habían leído un discurso de un supuesto líder iraní que apelaba a la destrucción de Israel y al desarrollo del programa nuclear israelí. Igualmente, en otro de sus estudios el recuerdo de la muerte daba lugar a un mayor apoyo a un ataque preventivo contra Hezbollah sólo cuando antes habían leído un artículo avisando de que el grupo terrorista estaba planificando un ataque contra Israel

Las intenciones de la otra parte: discurso de escalada vs desescalada del conflicto (2.1.) En un primer estudio, Hirschberger, Pyszczyński y Ein-Dor (2009) hallaron que la saliencia de la mortalidad incrementaba el apoyo a un ataque preventivo contra Irán cuando los sujetos previamente habían leído un discurso de un supuesto líder iraní que apelaba a la destrucción de Israel y al desarrollo del programa nuclear israelí. Sin embargo, cuando el discurso leído era de desescalada de violencia (actitud cooperadora, reconocimiento del estado de Israel, etc.), los recuerdos de la mortalidad reducían los niveles de apoyo de la violencia respecto a la condición control (dolor dental).

También la **percepción de vulnerabilidad personal (2.2.)** en un conflicto puede ser un factor mediador. En un segundo estudio, Hirschberger, Pyszczyński y Ein-Dor (2009) comprobaron que la saliencia de la mortalidad daba lugar a un mayor apoyo a la violencia militar contra Irán en un contexto de escalada de conflicto, salvo cuando respondieron teniendo en cuenta las consecuencias del enfrentamiento para sí mismos y sus seres amados: en esta condición, la saliencia de mortalidad redujo el apoyo a la violencia respecto a la condición control.

Integrando estos dos factores, un tercer estudio de Hirschberger y su grupo comprobó que, cuando los sujetos no habían tenido experiencia directa con la guerra (baja vulnerabilidad personal), la saliencia de mortalidad incrementaba el apoyo a la violencia contra Hezbollah con independencia de que el contexto fuera de escalada o desescalada del conflicto. Sin embargo, cuando los sujetos habían vivido la guerra de cerca (alta vulnerabilidad personal), la saliencia de la mortalidad incrementaba intensamente su nivel de apoyo a la intervención militar, mientras que lo reducía también intensamente cuando el contexto era de desescalada del conflicto.

Como se deriva de los estudios de Hirschberger, Pyszczyński y Ein-Dor (2009), parece ser que en situaciones de conflicto, y cuando las personas no se sienten vulnerables ante las consecuencias personales de la violencia, la saliencia de la mortalidad da lugar a un mayor apoyo a la agresión intergrupal, con independencia de que el contexto sea de escalada o

desescalada del conflicto. Sin embargo, cuando las personas se sienten personalmente vulnerables a los efectos de la guerra, la saliencia de la mortalidad incrementará el apoyo a la violencia militar cuando ésta se perciba como inevitable (en base a la intención del otro bando o el contexto de escalada de violencia que implica su discurso), pero reducirá lo reducirá cuando el contexto o intenciones del bando contrario sean percibidos como cooperantes y abiertos a la paz.

7.3. BUSCANDO COHERENCIA: FACTORES QUE CONDICIONAN O LIMITAN LOS EFECTOS ANTISOCIALES DE LA MS.

Hasta ahora hemos ofrecido los fundamentos teóricos y gran cantidad de apoyo empírico que permiten sostener de forma razonable que las necesidades epistémico-existenciales, fundamentalmente la activación de la propia mortalidad –pero quizás también otras formas de inducir incertidumbre, falta de sentido, u otras amenazas simbólicas–, dan lugar a una serie de reacciones defensivas que pueden tener consecuencias muy negativas en las relaciones intergrupales. Sin embargo, a pesar de que la mayor parte de la investigación y literatura sobre el tema se ha centrado en estos efectos *antisociales* –quizás en parte por el conocido sesgo negativista propio del ser humano en diversos ámbitos, en parte por cuestiones de oportunismo científico–, fundamentalmente en los últimos años han salido a la luz y cobrado auge diversos estudios que se centran en las condiciones en las que esas mismas necesidades epistémico-existenciales pueden reducir o incluso invertir su potencial para promover la violencia, llegándose incluso a convertir en un factor facilitador de respuestas prosociales y relaciones intergrupales pacíficas.

Tras un análisis de los estudios revisados ya se puede afirmar que existen variables, factores y condiciones personales y contextuales que fortalecen, debilitan, inhiben e incluso invierten la influencia que la saliencia de la mortalidad tiene sobre los aspectos vinculados al prejuicio y la violencia. A vueltas con el dilema sobre la naturaleza de estos efectos, lo que cabe preguntarse es si estos factores matizan o modifican unos efectos “por defecto” o naturalmente negativos sobre las orientación hacia los exogrupos; o bien, si se ha exagerado y dramatizado esta interpretación, y en realidad la MS tiene unos efectos indefinidos cuya dirección depende completamente de dichos factores personales o contextuales. Veamos un resumen sistemático de estos factores y sus efectos.

7.3.1. La accesibilidad disposicional o situacional de normas y valores prosociales, incompatibles con la hostilidad y la violencia.

Siguiendo el hilo de las diferencias entre las posturas ya planteadas acerca de los efectos de la MS, cabe plantearse si, como sugieren muchos autores y trabajos —como Greenberg et al. (2009), Motyl et al. (2010), Pyszczynski et al. (2003), o Pyszczynski, Motyl y Abdollahi (2009)—, los efectos de la ansiedad existencial son genéricamente “negativos” para las relaciones intergrupales, existiendo algunos factores que matizan o invierten el sentido de esta influencia; o si se ha exagerado y dramatizado esta interpretación, y en realidad la MS tiene unos efectos indefinidos que cuya dirección depende completamente de dichos factores personales o contextuales. Como defienden Niesta et al. (2008), quizás el efecto de la MS tenga que ver con la potenciación de la influencia de las normas sociales que estén más accesibles o salientes.

En este sentido, aunque la TMT propone que ante la amenaza existencial las personas se ven especialmente motivadas a afirmar los valores propios de su visión cultural del mundo, parece que lo que se potencia es el compromiso con aquellos aspectos de ésta que son más eficaces para suministrar protección y seguridad, como defienden Pyszczynski et al. (2008), o bien aquéllos que estén más accesibles. Los sistemas de creencias y las visiones del mundo son complejas, diversas, y no completamente coherentes; en ellas coexisten valores y creencias diferentes, en ocasiones antitéticos, como aquéllos que animan a la lealtad y defensa de lo propio frente a lo ajeno, con otros que implican compasión y preocupación por el bienestar tanto de los miembros del exogrupo como de personas de otros grupos. Aunque en términos generales, hacer salientes o accesibles unos u otros valores puede afectar el comportamiento de las personas, parece que esta influencia se multiplica en condiciones de amenaza existencial o saliencia de la mortalidad.

Con esta idea, Jonas et al. (2008) integran la TMT con la Teoría del foco de la conducta normativa de Cialdini, Kallgren y Reno, que establece que las normas sociales, muy heterogéneas en una misma cultura, sólo guían la conducta en la medida en que se encuentran activadas, es decir, cuando la atención de las personas se enfoca hacia ellas. El foco en las normas puede establecerse, bien por una tendencia disposicional de determinadas personas a centrarse en unas normas dadas, o bien porque la situación promueve dicho foco normativo. Desde la TMT se podría predecir que, ante la amenaza existencial, las personas tenderán a reforzar aquéllos elementos de la visión del mundo que se encuentren activadas por las disposiciones personales de los individuos, salvo que la situación facilite la activación de normas diferentes que también formen parte de la visión del mundo de las personas en cuestión, en cuyo caso serán éstas las que se refuercen. En un sentido muy parecido, Gailliot, Stillman,

Schmeichel, Maner y Plant (2008) recuerdan que la TMT predice que la ansiedad existencial incrementa la motivación para conseguir la aceptación social de grupos bien valorados, así como para conseguir autoestima, ambos elementos ligados al ajuste a las normas y valores grupales o sociales que se hallen presentes en la situación.

Gran cantidad de evidencia empírica, alguna bastante reciente, apoya estos planteamientos. Una serie de estudios desarrollados por Jonas et al. (2008) encuentran que cuando se hacen accesibles normas opuestas –prosociales o egoístas–, el recuerdo de la mortalidad da lugar a reacciones acordes con la norma activada, aunque no la condición control (estudio 1); las fianzas que se fijan hacia supuestas prostitutas aumentan en condiciones de MS cuando se activan valores conservadores, mientras el recuerdo de la mortalidad las hace disminuir si lo que se ha activado son normas de benevolencia (estudio 3); la observación de una persona que ayuda –activación de normas altruistas– da lugar a un comportamiento más prosocial fundamentalmente en condiciones de MS. En el segundo estudio, muy relevante para el trabajo que nos ocupa, en una muestra de estudiantes universitarios muniqueeses, la activación implícita de normas de pacifismo, a través de la realización de una “sopa de letras” en que debían encontrar palabras asociadas a este tópico, generó mayores tendencias pacifistas en personas que habían pensado en su muerte, en comparación con quienes no habían pasado por la condición de MS, o con quienes no habían activado la norma pacifista –ya se tratara de una condición de activación de la muerte o control–. Cuando la norma no se activó, la tendencia al pacifismo fue inferior en condiciones de recuerdo de la mortalidad frente a condiciones control, mostrando de nuevo los efectos socialmente negativos de la MS en condiciones normales, aunque la MS no afectó a la justificación de la agresión militar: la defensa del pacifismo y la tendencia a la agresión militar se mostraron conceptualmente diferentes, y ninguna norma parecía facilitar la intervención militar, hacia la que la sociedad alemana parece ser bastante escéptica.

En coherencia con ello, Gailliot et al. (2008) encuentran que la activación de la norma de no ser prejuicioso da lugar a que los recuerdos de mortalidad produzcan un menor nivel de prejuicios contra los negros, aunque en ausencia de activación de esta norma, el recuerdo de la mortalidad no tiene ningún efecto sobre el prejuicio –en contra de lo que cabe esperar según otros estudios, un incremento en el prejuicio–. En siguientes estudios los autores encuentran que la MS –frente a pensar en dolor dental– da lugar a mayores niveles de intención de conducta de ayuda en distintas situaciones que la puedan requerir (estudio 2) y a mayor conducta real de ayuda (estudios 3 y 4), pero sólo cuando las normas sociales de ayuda eran claras o habían sido activadas –en otro caso, la MS no ejercía ningún efecto–.

Parece claro, por tanto, que cuando se consigue manipular la situación de manera que los valores más salientes sean prosociales –como la solidaridad, la compasión, el altruismo, etc.–, los efectos “antisociales” de la MS desaparecerán o incluso se invertirán. En coherencia con esta idea, Rothschild, Abdollahi y Pyszczynski (2009) mostraron que hacer accesibles valores compasivos propios de la ideología o sistema de creencias religioso reducía, sobre todo en condiciones de recuerdo de la mortalidad, el nivel de apoyo al uso de la fuerza militar extrema contra el terrorismo en personas con alto fundamentalismo religioso, que en condiciones normales –control, de no saliencia de mortalidad– se caracterizaban por un elevado apoyo a dicho tipo de intervenciones. Este efecto reductor del apoyo a la violencia no tenía lugar cuando los valores compasivos que se hacían salientes no procedían de una fuente religiosa, ni cuando se trataba de citas bíblicas o seculares no asociadas a la compasión. Los mismos resultados se obtuvieron en una réplica del estudio con muestra musulmana iraní: los musulmanes fundamentalistas que contemplaban valores compasivos procedentes del Corán y afrontaban el pensamiento acerca de su muerte mostraron una actitud menos negativa hacia occidente. En ambos casos, el apoyo a la violencia en condiciones de saliencia de mortalidad y valores compasivos religiosos era menor, no sólo que el correspondiente a cualquier otra situación de recuerdo de mortalidad, sino también que el propio de condiciones de no saliencia de mortalidad y valores compasivos religiosos, lo que indica que los valores no mitigan en este caso los efectos de la MS (igualando sus resultados con la condición de no MS), sino que los invierten: la MS seguiría afectando, pero en un sentido contrario al habitual.

Otros estudios también sugieren que cuando el valor de la tolerancia se encuentra activado –porque es muy importante para la persona o porque se ha hecho situacionalmente accesible–, los efectos negativos de la saliencia de la mortalidad (o ansiedad existencial) sobre quienes son diferentes se mitigan. Así, Greenberg et al. (1992) encontraron que la saliencia de la mortalidad daba lugar a un mayor rechazo de los diferentes, con dos salvedades: no ocurría en personas progresistas (*liberals*, en términos anglosajones), que supuestamente valoran más la tolerancia; y tampoco en las situaciones en que previamente se había “imprimado” el valor de la tolerancia.

En este mismo sentido, Niesta et al. (2008) citan diversos estudios y hallazgos que muestran que se suele dar un incremento de donaciones a organizaciones sin ánimo de lucro en tiempos de catástrofes naturales o atentados terroristas como los que tuvieron lugar aquel fatídico 11 de septiembre, probablemente porque en esos momentos los valores de caridad o compasión son especialmente relevantes y accesibles, capaces de ofrecer autoestima y sentido. En un estudio experimental sobre el tema, Jonas et al. (2002) mostraron que las personas que pensaban en su propia muerte valoraron como más importantes para la sociedad a las organizaciones caritativas,

y donaron más dinero a éstas, aunque sólo cuando eran organizaciones nacionales (parece difícil separar los efectos prosociales de la MS de sus efectos de favoritismo endogrupal).

7.3.2. *Infrahumanización de la violencia.*

En clara relación con la importancia de las normas y los valores accesibles, la connotación positiva o negativa con que se revista a la discriminación, la hostilidad hacia otros o la violencia puede determinar los efectos que la MS tenga sobre su aceptabilidad. Por ejemplo, existe evidencia de que la infrahumanización, no de los otros, sino de la violencia en sí, puede reducir el apoyo a ésta fundamentalmente cuando las necesidades epistémico-existenciales son elevadas, puesto que en estas situaciones las personas estaremos más motivadas a alejarnos de todo lo que sugiere caducidad y mortalidad, como lo animal, lo material, o lo carnal. En este sentido, Motyl et al. (2010) comprobaron que la deshumanización de la violencia –a través de un artículo que asociaba a ésta con la primariedad de los animales– daba lugar a una reducción en el apoyo a la acción militar contra Irán en una muestra de estudiantes norteamericanos, sólo en condiciones de saliencia de mortalidad y personas con alto nivel de autoritarismo. La limitación en la generalidad de los resultados podría deberse a que las personas más autoritarias son más susceptibles a los efectos de la MS, o bien a que para ellos la vinculación con lo animal tiene unas connotaciones más negativas.

7.3.3. *Enfatizar la Humanidad común.*

Desde que Allport se hiciera eco de ello en su obra *The nature of prejudice*, el campo de la Cognición Social ha centrado su atención sobre la importancia que en la prevención del prejuicio tienen muchas medidas que están de alguna forma relacionadas con la percepción de similitudes con el otro, entenderlo como miembro de la misma categoría social, o establecer puntos de encuentro entre las personas. La categorización social inclusiva del otro, la categorización cruzada o la vinculación múltiple, el contacto intergrupar o la cooperación entre grupos para conseguir metas supraordenadas son ejemplos de ello.

Este énfasis en la humanidad o identidad común o compartida, que se ha mostrado tan básico en la lucha contra el estereotipo, el prejuicio o la violencia en los conflictos, parece especialmente relevante cuando se dan condiciones de ansiedad epistémico-existencial. Motyl et al. (2011) han encontrado en una serie de estudios que, aunque la saliencia de la mortalidad –frente a otra condición control– suele dar lugar en condiciones normales a un mayor nivel de prejuicio anti-árabe implícito (estudio 1) y de hostilidad contra los inmigrantes (estudios 2 y 3), estos efectos desaparecen o incluso los patrones se invierten marginalmente cuando se da una

activación del sentido de humanidad común –es decir, en este caso la activación del sentido de humanidad común elimina los efectos “antisociales” de la MS, aunque no promueve efectos prosociales–. El sentido de humanidad común se activó de diversas formas: presentando a un grupo de sujetos unas imágenes que describían a personas de diferentes culturas realizando actividades básicas de la vida diaria –mientras que a otros les presentaron grupos de americanos –compatriotas– realizando las mismas actividades, o bien individuos americanos sin hacer nada– (estudio 1); mediante la lectura de una serie de memorias de infancia supuestamente pertenecientes a personas de diversos lugares del mundo –frente a su supuesta pertenencia a americanos– (estudio 2); solicitando a los participantes escribir una redacción acerca de los parecidos entre la gente de todo el mundo –frente a escribir sobre sus diferencias– (estudio 3); o reflexionando sobre experiencias humanas comunes de dolor o sufrimiento (estudio 4).

Los efectos de la MS se ven condicionados de forma parecida por el hecho de reflexionar acerca de las consecuencias de amenazas globales o comunes, como el cambio climático. Así, Pyszczynski et al. (2012) encuentran que reflexionar en las consecuencias del cambio climático para el mundo –frente a hacerlo en las de un terremoto en América (estudio 1), una gran inundación en China (estudio 2), o un terremoto en Israel (estudio 3, con muestra árabe israelí)– genera en quienes pasan por una condición de saliencia de mortalidad, frente a los que no lo hacen: mayor apoyo a las relaciones diplomáticas con otros países, menor grado de desconexión moral y apoyo a la guerra con Irán, y un incremento del apoyo a la coexistencia pacífica con judíos entre árabes israelíes. Cuando la amenaza no era común, los efectos eran exactamente los contrarios, dando lugar la saliencia de mortalidad a una disposición más hostil hacia los “enemigos”. En este caso, por tanto, las amenazas comunes promueven, no sólo la eliminación de los efectos antisociales de la MS, sino que incluso la amenaza existencial tenga consecuencias prosociales¹³.

En un sentido parecido, un estudio no publicado de Hirschberger y su grupo de investigación encontró, en una muestra de judíos israelíes, que el recuerdo de la mortalidad o el del Holocausto contextualizado como un crimen contra los judíos provocaban un mayor apoyo a la

¹³ En el estudio 1, aunque no hubo diferencias entre quienes pasaron por la condición de amenaza particular y amenaza global dentro de la condición de MS, entre los que pensaron en una catástrofe global, aquéllos en la condición de MS mostraron mayor compromiso con el apoyo a las medidas pacíficas y diplomáticas para construir la paz (la MS invierte sus efectos). En el estudio 2, no hubo diferencias entre quienes pensaron en la muerte y en la incertidumbre cuando pensaron en una amenaza global, pero sí cuando pensaron en una amenaza particular (mayor apoyo a las intervenciones armadas bajo MS), así como entre los que pensaron en una amenaza particular y una global dentro de la condición de MS. Ello indica que pensar en amenazas globales redujo o eliminó el efecto antisocial de la MS, pero no lo invirtió. En el estudio 3, el apoyo entre población palestina a la coexistencia pacífica con Israel se incrementó ante MS y amenaza global, pero sólo cuando las personas tenían cierta predisposición –en forma de alta percepción de humanidad compartida–

violencia política que el recuerdo de dolor físico (condición control) o el del Holocausto como un crimen contra la Humanidad –que previsiblemente induce un sentimiento de humanidad compartido– (Hirschberger y Pyszczynski, 2011a).

7.3.4. Autoafirmación de otras estructuras o elementos que otorgan sentido y mitigan la ansiedad existencial. Buscar fuentes prosociales de sentido.

La hipótesis de la amortiguación de la ansiedad predice que el reforzamiento o afirmación de cualquiera de los elementos o estructuras que protegen de la ansiedad (en origen se refería sólo a la autoestima, pero habría que sumar los demás, visión del mundo –valores, etc.–, relaciones cercanas seguras, etc.) prevendrá o reducirá la ansiedad y/o las respuestas defensivas ante amenazas epistémico-existenciales.

Schmeichel y Martens (2005) ponen de manifiesto la convergencia de las predicciones de la TMT con las de la Teoría de la autoafirmación de Steele (1988). Steele propone que la afirmación explícita de una característica o valor que la gente considera muy importante en su vida disminuye la defensividad, porque sirve para mantener la integridad del self, es decir, para seguir considerándose a uno mismo como moral y competente. Pero los procesos de autoafirmación son flexibles, y pueden tener lugar de dos formas diferentes: la primera de ellas, estimular la autoestima, por ejemplo a través de ofrecer feedback positivos sobre el desempeño, que se correspondería con el fortalecimiento de la autoestima como forma de prevención de las reacciones defensivas que propone la TMT; y la afirmación de valores importantes, que correspondería con el fortalecimiento de las visiones culturales del mundo que la TMT postula como forma de prevenir las respuestas antisociales a la MS. La evidencia empírica permite afirmar que, cuando las personas tenemos la oportunidad de reafirmar la autoestima o validar nuestras creencias culturales, mostramos una menor reactividad a las amenazas, menor accesibilidad a cogniciones sobre la muerte, y no manifestamos las respuestas defensivas habituales en los estudios sobre MS.

1) Afirmación de la autoestima. Son muchos los estudios que vinculan los bajos niveles de misma con la ansiedad general, la ansiedad ante la muerte, o los problemas de salud física y mental; que sugieren que la autoestima disminuye ante la activación de la mortalidad, que las amenazas a la autoestima causan ansiedad, y que mediatiza las respuestas defensivas que tienen lugar ante tal amenaza; que el enaltecimiento de la autoestima a través del éxito en una tarea o de la recepción de feedback positivo sobre la personalidad reduce la ansiedad en respuesta a un video asociado a la muerte (véase Harmon-Jones et al., 1997).

Ya en el marco de la TMT, Harmon-Jones et al. (1997) observan que, frente a los individuos con un nivel moderado o bajo de la misma, aquéllos con alta autoestima disposicional (experimento 1) o inducida experimentalmente (experimento 2) no mostraron defensa de la visión del mundo –rechazo del autor de un artículo crítico con la patria respecto al de otro favorable a la misma–; y que el nivel de DTA en condiciones de MS se reduce cuando se ha inducido alta autoestima (experimento 3), por lo que la reducción de cogniciones asociadas a la muerte parece ser el mecanismo responsable de la prevención de respuestas defensivas. En un estudio realizado por Hayes, Schimel, Faucher y Williams (2008), los niveles de DTA de los sujetos se redujeron cuando tuvieron la oportunidad de afirmar su autoestima.

Investigaciones posteriores apoyan estas mismas conclusiones (véase Pyszczynski, Greenberg, Solomon, Arndt y Schimel, 2004), aunque también hay algunos estudios, tanto desde la TMT (Baldwin y Wesley, 1996) como desde otros paradigmas, que encuentran resultados contrarios: las personas con alta autoestima reaccionan con más defensividad ante MS y otras amenazas. Estos resultados podrían deberse a las diferencias entre autoestima explícita e implícita, como sugieren Schmeichel, Gailliot, Filardo, McGregor, Gitter y Baumeister (2009). Para una detallada descripción del concepto de autoestima implícita, véase Buhrmester, Blanton, y Swann, (2011).

2) Autoafirmación de valores y otros elementos de la visión cultural del mundo.

Schmeichel y Martens (2005) son algunos de los primeros en hallar evidencia empírica de que el reforzamiento de elementos importantes de la visión del mundo puede ser un antídoto contra los efectos antisociales de la ansiedad existencial, y que el mecanismo responsable parece ser la reducción de DTA –y no el incremento de la autoestima–, por lo que parece tratarse de un proceso diferente al de la autoafirmación de la autoestima. En un primer estudio encuentran que, mientras en condiciones neutrales –sin autoafirmación– la activación de la mortalidad parece provocar favoritismo endogrupal y rechazo exogrupal (del supuesto autor de un texto contrario a la propia nación), en condiciones de autoafirmación el recuerdo de la mortalidad da lugar a una valoración más positiva del miembro del exogrupo que en la situación control –no activación de mortalidad– y que cualquiera de las condiciones de no afirmación. En un segundo estudio, comprueban que la autoafirmación en valores da lugar a una reducción de DTA en condiciones de MS, pero no afecta a la autoestima.

En este sentido, la religiosidad se ha mostrado como una visión del mundo especialmente relevante para quienes profesan estos tipos de creencias, por su especial capacidad de cubrir las necesidades de estructuración del mundo, orden, sentido, valor, autoestima y, por supuesto, trascendencia a la muerte. Así, a lo largo de varios estudios, Jonas y Fischer (2006) muestran

cómo la autoafirmación de las creencias religiosas, a través de la cumplimentación de un cuestionario, previene las reacciones defensivas ante las amenazas existenciales en personas con alto nivel de religiosidad intrínseca. En su segundo estudio, estos autores comprueban que, aunque sin autoafirmación de las creencias religiosas la MS da lugar a un mayor nivel de defensa de la visión del mundo –rechazo de quien critica la ciudad de residencia de los sujetos– cuando se da su autoafirmación, la MS no produce defensa de la visión del mundo, e incluso la reduce en personas con alta religiosidad intrínseca.

A lo largo de sus otros estudios encuentran que las personas con alta religiosidad intrínseca que autoafirman sus creencias religiosas muestran menor grado de respuestas defensivas –evitación de la información inconsistente con las actitudes previas, rechazo de un crítico de la ciudad de residencia de los sujetos– y menor grado de DTA (estudio 3) ante la amenaza epistémico existencial –recuerdo de ataques terroristas y activación de la mortalidad– que quienes tienen baja religiosidad intrínseca, mientras que no hay diferencias entre ambos grupos en ausencia de amenaza existencial. Además, el nivel de defensa de visión del mundo y de DTA entre las personas con alta religiosidad intrínseca que autoafirman sus valores es menor en condiciones de amenaza existencial que en condiciones control (es decir, que la autoafirmación no parece, en este caso, simplemente eliminar los efectos antisociales de la amenaza existencial, sino que puede hacer que ésta sea una fuente de actitudes y comportamientos prosociales).

El fundamentalismo religioso¹⁴ se ha mostrado como una visión del mundo especialmente eficaz para cubrir las necesidades epistémico-existenciales: necesidad de estructura –dado que ofrece dogmas incuestionables, la verdad absoluta de los textos sagrados, reglas claras de conducta, visiones incuestionables sobre el bien y el mal; ofrece un sistema de valor y sentido, puesto que ofrece una relación especial con Dios para quien cumpla sus preceptos; y, evidentemente, ofrece formas simbólicas y literales de trascender la muerte. En coherencia con ello, quizás porque ya encuentran el sosiego suficiente en estas creencias, el fundamentalismo religioso parece proteger a las personas de los efectos defensivos que acompañan a la ansiedad existencial, incluso cuando no se hacen accesibles sus creencias. Así, Friedman y Rholes (2008) encuentran que la defensa de la visión secular del mundo –medida a través de la hostilidad mostrada hacia el escritor de un ensayo contrario a las tradiciones del campus a que los sujetos pertenecían–

¹⁴ Para Altemeyer y Hunsberger (1992), el fundamentalismo religioso se refiere a la creencia de que existe un conjunto de enseñanzas religiosas que claramente contienen la verdad fundamental, básica, intrínseca, inerrante, esencial sobre la humanidad y la divinidad; que a ella se oponen fuerzas malévolas que deben enfrentarse con vigor; que esa verdad debe seguirse hoy de acuerdo con las prácticas fundamentales e inalterables del pasado; quienes creen y siguen estas enseñanzas fundamentales tienen una relación especial con la divinidad (pp.118).

incrementó en condiciones de accesibilidad a la mortalidad en las personas con bajas puntuaciones en fundamentalismo religioso, pero no en las que tuvieron altas puntuaciones. En el mismo sentido, tampoco parecen necesitar hacer uso de otros mecanismos de protección contra la ansiedad existencial, como las relaciones estrechas, tal y como muestra otro estudio de Friedman y Rholes (2009). En él, entre personas con bajo fundamentalismo religioso, aquéllas que construyen su identidad de forma más interdependiente con los otros (estudio 1), y aquéllas a las que se les hace accesible este tipo de construcción del yo (estudio 2), tienen un menor nivel base de DTA, lo cual es indicador de que la conexión con otros está cumpliendo funciones de manejo del terror en estas personas. Sin embargo, en personas con alto fundamentalismo religioso la forma de construir la identidad no se relaciona con el nivel de DTA, lo que parece indicar que no necesitan utilizar otros mecanismos psicosociales para defenderse de la ansiedad existencial o para dar sentido a sus vidas, dado que esa función ya está cubierta por el fundamentalismo. En cualquier caso, estos resultados sugieren que el fundamentalismo protege de las reacciones defensivas sobre otras visiones del mundo diferentes a la religiosa, que los otros mecanismos defensivos resultan irrelevantes, pero no implica que la ansiedad existencial deje de afectar a la defensa de su ideología religiosa.

La afirmación o compromiso con otras estructuras que protegen contra la ansiedad existencial (pertenencia a colectividades, relaciones cercanas, etc.) también previene las respuestas de defensa de la visión del mundo. Por ejemplo, encontrar una identidad social colectiva trascendente ofrece protección frente a la muerte (Castano et al., 2002) , y puede prevenir por tanto otro tipo de respuestas ante la MS. Por ejemplo, Routledge y Arndt (2008) encontraron, en una muestra de estudiantes británicos, que el recuerdo de la propia mortalidad incrementó la disposición a realizar sacrificios personales y a dar la propia vida por su patria –una respuesta con ciertos paralelismos con el terrorismo suicida–, salvo en los casos en que se les ofrecía una forma alternativa de inmortalidad simbólica –una organización de pertenencia que seguiría existiendo tras su muerte–. No sólo la inmortalidad simbólica, sino que también la literal previene la ansiedad existencial y sus respuestas asociadas. Así, Dechesne et al. (2003) encontraron que las respuestas típicas de defensa de la visión del mundo en quienes recordaron su propia mortalidad no se produjeron cuando a los sujetos se le ofreció evidencia científica acerca de la posibilidad de vida después de la muerte. Otro aspecto básico cuya afirmación previene o invierte los efectos de la MS problemáticos para las relaciones intergrupales viene dado por las relaciones íntimas o cercanas.

7.3.5. Tipo de apego o de relaciones interpersonales accesibles.

El apego con los padres y otras relaciones íntimas constituyen una de las bases de la seguridad psicológica por la que los sistemas de creencias culturales y la autoestima adquieren su capacidad de eliminar la ansiedad. Varios estudios muestran que las personas que tienen apegos seguros –de forma disposicional, o bien porque se inducen recuerdos sobre este tipo de relaciones– se muestran más empáticas, compasivas y confiadas, mientras que los apegos inseguros conducen a respuestas contrarias.

Lakoff (2002) defiende que las ideologías conservadoras y fundamentalistas reflejan una visión del mundo como peligroso, sacralizando los absolutismos morales de los castigos y recompensas, las relaciones jerárquicas, la tradición, el enfrentamiento contra el mal y la supremacía moral del propio sistema de creencias, basada en un modelo mental internalizado de “padre estricto”. De forma opuesta, las ideologías más progresistas se basan en la internalización del modelo de “padre cuidadoso o cariñoso”, más acorde con los imperativos morales de la empatía, el cuidado, y la flexibilidad. La teoría del apego vincula los apegos seguros con el desarrollo de la confianza hacia los otros y el mundo como resultado de una relación de cuidado y cariño con los padres, mientras que el apego inseguro puede proceder de una relación distante, inconsistente o demasiado estricta con los padres, que puede derivar en ideologías conservadoras y fundamentalistas. Por tanto, desde el punto de vista de la TMT, si los valores asociados al progresismo social se originan en los procesos de apego con los padres, la amenaza existencial promovería una deriva hacia posiciones conservadoras en personas con formas de apego menos seguras, pero darían lugar a posiciones y reforzamiento de valores más progresistas en personas con formas de apego más seguro.

Así, estudios como los de Weise et al. (2008) muestran que la activación de pensamientos sobre relaciones que implican un apego seguro puede invertir los efectos de hostilidad exogrupal que siguen típicamente al recuerdo de la propia mortalidad. En concreto, en condiciones de recuerdo de la mortalidad, las personas que tenían un estilo de apego seguro y aquéllas a las que se inducía a pensar en relaciones íntimas seguras mostraron un menor apoyo a Bush –candidato republicano– y un mayor apoyo a Kerry –candidato demócrata– como candidato a las elecciones generales de Estados Unidos; una orientación política más progresista, así como un menor apoyo al uso de medidas militares en la lucha contra el terrorismo. Estas respuestas se deban en comparación con personas en condiciones de apego inseguro o neutral, así como las de apego seguro en condiciones de activación de dolor dental –no saliencia de mortalidad–. También en este caso, el apego seguro o relaciones interpersonales cercanas funcionales, más que reducir o

eliminar efecto negativo de la ansiedad existencial, parecen invertirlo, haciendo que sea una fuente de fuerzas que obstaculizan la hostilidad exogrupal.

Por último, cualquier otra forma de reducir la amenaza podría prevenir las respuestas propias de defensa de la visión del mundo. Así, Schimel, Hayes, Williams y Jahrig (2007, estudio 3) mostraron que el incremento en el DTA consecuente a la amenaza valores culturales de una muestra canadiense no tenía lugar cuando los sujetos podían previamente disminuir la amenaza –a través de un aviso de que el autor del artículo que critica los valores canadienses tenía un punto de vista sesgado, poco neutral–.

7.4. CONCLUSIÓN: SOBRE LOS EFECTOS DE LA MS.

Una vez vistas de forma sintética las diferentes posturas acerca de los efectos de la MS, y revisada la principal evidencia empírica sobre las distintas respuestas socialmente problemáticas a esta manipulación y sus condicionantes, cabe tratar de establecer una conclusión acerca del estado actual del tema que integre en la medida de lo posible unos hallazgos y unas posiciones en principio difícilmente reconciliables.

Como se ha dicho en repetidas ocasiones, las visiones del mundo son complejas y diversas, y en situaciones de amenaza epistémico-existencial se produce una deriva hacia aquéllos elementos – tanto de la visión del mundo como nuevas ideologías, en su caso– que proveen más sentido, seguridad, estructura, estima, valor, permanencia... sobre todo, las que proveen alguna de las tres formas fundamentales de protección: estima, vínculos cercanos y trascendencia. En coherencia con ello, la literatura ha identificado tres propiedades especialmente importantes para cumplir estos criterios: en condiciones de amenaza existencial nos apoyamos en elementos en función de su contenido; en función de su accesibilidad; elementos con los que ha existido un especial compromiso de forma sostenida en el tiempo.

En cuanto al contenido, en condiciones de ansiedad existencial resultan especialmente atractivos los elementos que ofrecen más estructura, consistencia, certeza, justicia, aunque en ocasiones sólo se encuentra su influencia en personas con alta necesidad de estructura; elementos que fortalecen o enaltecen la autoestima personal o colectiva, como el caso de las ideologías mantenidas por líderes carismáticos; y aquéllos que ofrecen una forma literal de trascendencia a la muerte. Todos estos elementos parecen especialmente representativos de las ideologías conservadoras en las sociedades occidentales, aunque no así en Europa del este o en muchos países latinoamericanos (como Cuba o Venezuela).

Por otra parte, en situaciones de amenaza existencial tendemos a fortalecer los elementos que se hallan más accesibles, bien porque hayan sido activados o imprimados por la situación (el priming de las condiciones experimentales, o en los contextos reales debido a sucesos relevantes, tratamiento informativo de los medios de comunicación de masas, opiniones de seres cercanos, etc.), o bien porque sean crónicamente accesibles (como ocurre con los elementos con los que existe un compromiso sostenido en el tiempo, o los más dominantes en la construcción de la identidad de la personas, los que mejor sirven para definirse a sí misma, sus valores principales).

De todo ello se deriva que, como parece, los efectos de la saliencia de la mortalidad sobre la ideología política en términos amplios dependen del contexto histórico y cultural, y no se puede reducir a una simple deriva hacia la derecha conservadora. Hay elementos de la ideología conservadora que, al menos en sociedades occidentales, son especialmente reconfortantes, lo que provoca que en algunas ocasiones se responda a la amenaza existencial con una deriva hacia estas posiciones, respuesta que no es inevitable ni necesariamente dominante. Como complemento a ello, Weise y otros (2008) proponen que, cuando las demandas situacionales son fuertes y muy claras (por ejemplo, un ataque terrorista, una amenaza muy clara a valores sagrados, etc.), todas las personas tenderían a responder del mismo modo a la ansiedad existencial, con independencia de su orientación política de partida o variables individuales: por ejemplo, En los momentos más álgidos del conflicto árabe-Israelí hay amplio consenso en la justificación de la violencia contra Hezbollah por parte de judíos israelíes que viven de cerca el conflicto, con independencia de su orientación política, lo mismo que ocurre en la respuesta a la saliencia de la mortalidad por parte de la población musulmana iraní respecto a la hostilidad hacia occidente y el apoyo al martirio por la causa. O cuando existen normas claras y explícitas, como en los diseños experimentales de muchos estudios centrados en la TMT. Sin embargo, cuando las demandas situacionales no son tan extremas (menos consenso acerca de lo adecuado, de las intenciones del otro bando, de la inevitabilidad de la violencia, etc.), la orientación política y las diferencias individuales (autoestima, tipo de apego, etc.) pueden dirigir el efecto de la ansiedad existencial.

CAPÍTULO 8. LOS EFECTOS DE LA AMENAZA EXISTENCIAL SOBRE LOS PROCESOS VINCULADOS CON EL APOYO A LA VIOLENCIA COLECTIVA QUE SE ABORDAN EN EL ESTUDIO EMPÍRICO.

La revisión teórica desarrollada hasta el momento muestra que la MS ha sido relacionada con múltiples tópicos de la Psicología Social, y en concreto con muchos que tienen que ver con los conflictos intergrupales, la violencia colectiva y muchos de sus antecedentes. No obstante, algunos de los factores asociados al apoyo a la violencia colectiva analizados a lo largo de esta tesis no han sido satisfactoriamente abordados desde el punto de vista de la TMT –o al menos no de forma completa–, por lo que el panorama está lejos de estar claro, y quedan diversos interrogantes por abordar. A continuación justifico la importancia de algunos de ellos desde el punto de vista de la TMT, aquéllos que serán objeto de atención de la investigación empírica que se presenta en esta tesis doctoral, unas páginas más adelante.

8.1. MS Y DESCONEXIÓN MORAL

La desconexión moral en el contexto de la guerra y terrorismo está positivamente relacionada con el apoyo a las intervenciones militares, o con la preferencia por castigos más duros contra terroristas, etc., como se ha analizado con detalle en su momento. Podría vaticinarse que, en este sentido, ejerce unos efectos en cierto modo paralelos a los de los recuerdos de la mortalidad, como sugieren Hirschberger y Pyszczynski (2011b).

Dado que se trata de unos mecanismos que permiten satisfacer ciertas necesidades propias de situaciones de ansiedad existencial –la percepción de uno mismo o su grupo como superior, el rechazo de los exogrupos que resultan amenazantes, el apoyo para su eliminación, etc.–, al tiempo que ayuda a salvaguardar la percepción de sí mismo como una persona moral y digna, la desconexión moral podría parecer una respuesta atractiva ante el recuerdo de la mortalidad, al menos bajo ciertas circunstancias. No obstante, desde la TMT apenas se ha explorado la relación entre la amenaza existencial y los diversos mecanismos de desconexión moral tomados globalmente, como unidad. En uno de los escasos estudios que lo hacen, Hirschberger y sus colegas (investigación no publicada, citada en Hirschberger y Pyszczynski, 2011b), hallan que los procesos de desconexión moral parecían resultar un recurso a que acogerse de forma retrospectiva entre población judía israelí para justificar actos en principio reprobables ya realizados por el propio grupo. En concreto, se encuentra que, fundamentalmente cuando se activa la identidad moral, el recuerdo de la mortalidad da lugar a un incremento en dos de los mecanismos de desconexión moral descritos por Bandura –la justificación moral y la

comparación ventajosa—, así como una mayor justificación de bajas civiles. Dado que se había tratado de justificar actos violentos que ya habían tenido lugar, se interpretó que los sujetos, en condiciones de saliencia de la mortalidad y de estimulación de la identidad moral, habrían estado especialmente motivados por buscar justificación a transgresiones grupales que ya habían tenido lugar y eran inevitables.

Para comprobar dicho extremo, se replicó el estudio anterior añadiendo una nueva variable: el tipo de escenario (suceso real pasado vs futuro hipotético). A la mitad de los sujetos se le preguntaba sobre la justificación de la guerra de Gaza en 2009, y a la otra mitad sobre un supuesto nuevo brote futuro de violencia. Los resultados muestran que, mientras que en el escenario real pasado los recuerdos de la mortalidad generaron una mayor justificación de las bajas civiles entre quienes tenían activada su identidad moral, así como unos menores sentimientos de culpa y pena, cuando el escenario era hipotético no aparecieron efectos asociados a la identidad moral o recuerdo de la mortalidad.

A la luz de este estudio, tanto la desconexión moral como los efectos negativos de los recuerdos de la mortalidad sobre las relaciones intergrupales parecen tener especial relevancia en contextos reales, para justificar acciones violentas que han tenido lugar. No obstante, la evidencia empírica es prácticamente inexistente, por lo que la investigación en este área resulta cuanto menos necesaria.

Aunque los estudios que relacionan la MS y la desconexión moral como constructo global es prácticamente inexistente, sí se han realizado más intentos por abordar de forma teórica y empírica las relaciones entre la ansiedad existencial y mecanismos específicos de desconexión moral, como la deshumanización.

8.2. MS Y DESHUMANIZACIÓN.

En la primera parte de esta fundamentación teórica se ha descrito la deshumanización como un mecanismo específico de desconexión moral, una forma extrema de prejuicio con un destacado papel tanto en la justificación como en el desarrollo de la violencia intergrupar. Desde la TMT, ya han sido descritos diversos fundamentos teóricos y evidencia empírica que sugiere que la amenaza epistémico-existencial puede promover el estereotipo y el prejuicio, al menos en ciertas situaciones y tipos de personas. Igualmente, existen razones de peso para esperar que la deshumanización de los exogrupos amenazantes pueda verse afectada por la MS.

En primer lugar, dado que la MS da lugar a un mayor rechazo de quienes amenazan la propia visión del mundo (Greenberg et al., 1990), o incluso a una mayor tendencia a la agresión contra los mismos (McGregor et al., 1998; Tomohiro y Ken-Ichi, 2003), parece probable –como sugieren Goldenberg, Heflick, Vaes, Motyl y Greenberg (2009)– que la MS pueda dar lugar a una tendencia a deshumanizar o infrahumanizar a exogrupos que sean particularmente menospreciados o despreciados, o que amenacen la visión del mundo o valores fundamentales del propio grupo. Así lo señalan también Pyszczynski et al. (2008), para quienes, ante situaciones de miedo existencial, las personas pueden ser más dadas a deshumanizar, despreciar, humillar o aceptar la muerte de tales colectivos, como ocurre en conflictos como el que enfrenta a Árabes e Israelíes, o el de occidente frente al islamismo radical, donde las dos partes antagónicas se consideran moralmente superiores.

Por otra parte, la deshumanización forma parte de una ideología simple, estructuradora, que facilita la percepción del endogrupo como superior frente al exogrupo, funciones todas ellas que deben ser satisfechas en condiciones de acceso a la mortalidad (Hirschberger y Pyszczynski, 2011b). Además, como sugieren diversos autores (Vaes, Heflick y Goldenberg, 2010; Hirschberger y Pyszczynski, 2011b), la deshumanización de quienes amenazan la propia visión del mundo podría ser una respuesta aliviante de la ansiedad existencial provocada por la accesibilidad a recuerdos de la propia mortalidad, como lo era su muerte en el estudio ya revisado de Hayes, Schimel y Williams (2008), donde los efectos de rechazo exogrupal hacia los musulmanes en condiciones de ansiedad existencial no tenían lugar si antes los participantes tenían conocimiento de la muerte de un grupo de ellos. Dicho de otro modo, la deshumanización de los grupos amenazantes puede ser una forma de defensa de la visión del mundo, en la medida en que supone rechazar o minusvalorar los planteamientos y a las personas que suponen una amenaza para la misma.

En estrecha relación con esta hipótesis, se ha propuesto que la activación del recuerdo de la propia mortalidad debería potenciar la amplificación moral –una polarización exagerada entre el bien y el mal en la explicación del comportamiento, muy similar al maniqueísmo, que se ve reflejado por fenómenos como el error fundamental de atribución, o la exageración de diferencias morales y en valores (Haidt y Algoe, 2004)–. Este fenómeno implica análisis simplista y sesgado de la situación y facilita la satisfacción de la necesidad existencial de verse a sí mismo como puro y justo (Hirschberger y Pyszczynski, 2011b). De forma similar, Diversos autores sugieren que, en la lucha terrorista y contraterrorista, una estrategia habitual para afirmar las propias visiones del mundo en situaciones de ansiedad existencial consiste en atribuir las posiciones de los enemigos, entre otras cosas, a su maldad o psicopatología (Pyszczynski, et al., 2003; Motyl, Vail y Pyszczynski, 2009).

En coherencia con todo ello, cierta evidencia empírica ya señala que la MS puede afectar a la percepción del exogrupo amenazante o enemigo, simplificando su imagen y facilitando la atribución de intenciones ilegítimas y malévolas. En apoyo a estos supuestos, un estudio no publicado de Hirschberger, Canetti y otros (en Hirschberger y Pyszczynski, 2011b) encontró que los recuerdos de la muerte o del Holocausto llevaron a una muestra de israelíes judíos a considerar las intenciones de los israelíes árabes como más malévolas hacia los judíos y el estado de Israel, simplificando su identidad para poder percibirlos más fácilmente como enemigos.

Desde el paradigma más concreto de la infrahumanización, hallamos nuevos motivos para encontrar esta respuesta ante la MS: Una posible razón para infrahumanizar al exogrupo podría derivarse de la necesidad de humanizar al propio grupo. El distanciamiento respecto a los animales (o *humanización*) cumple una importante función existencial debido a que nos aleja de lo biológico, lo carnal –más asociado a lo mortal y caduco–, y nos acerca a lo divino y permanente. La asociación de las personas con los animales implica la visión de aquéllas como criaturas físicas, y por tanto mortales, por lo que estaríamos motivados a rechazar tal vinculación como medio de evitar la mortalidad. Las condiciones de MS conllevan una motivación para humanizarse, alejarse de lo animal –sobre todo cuando la asociación con estas criaturas se ha activado–, mientras que enfatizar la distinción frente a los animales protegerá de este efecto de la MS. Así, ante condiciones de MS, la gente parece preferir información que implica que los seres humanos son únicos, y aquélla que enfatiza las diferencias con los animales, frente a la que se centra en las semejanzas, como encuentran Goldenberg et al. (2001, estudio 2). En este mismo sentido, en un estudio llevado a cabo por Goldenberg, Cox, Pyszczynski, Greenberg, y Solomon (2002), el agrado hacia los aspectos físicos del sexo disminuyó –no el de los aspectos románticos, ni el de los físicos cuando se les daba un sentido simbólico, elementos ambos que humanizan el sexo– en condiciones de MS en sujetos que habían leído un artículo acerca de las similitudes entre los animales y los seres humanos (no obstante, este patrón incluso se invertía cuando el artículo enfatizaba las diferencias entre ellos). Desde un paradigma diferente, pensar en aspectos físicos del sexo o en las similitudes entre humanos y otros animales incrementaba el DTA en sujetos que habían leído sobre las semejanzas entre los seres humanos y los animales, pero no cuando habían leído sobre sus diferencias, o cuando a los aspectos físicos del sexo se les había dado un sentido simbólico (Goldenberg et al., 2002, estudio 2). Otros estudios muestran que la MS, sobre todo si se asocia con las similitudes entre personas y animales, genera restricción de ciertos tipos de movimientos corporales primitivos y sensaciones físicas placenteras (Goldenberg, Heflick, y Cooper, 2008; Goldenberg, Kosloff y Greenberg, 2006), incremento en incrementa la emoción de asco hacia productos corporales, sexo, higiene, y otros elementos que nos recuerdan nuestra

naturaleza animal (Goldenberg et al., 2001); y otras muchas respuestas dirigidas a “humanizarse”.

En coherencia con este supuesto, en diferentes culturas se ha encontrado también la tendencia a incrementar la humanización del endogrupo en respuesta al recuerdo de la mortalidad (Vaes et al., 2010). En este mismo sentido, la infrahumanización de la violencia –su asociación con los animales, como algo en lo que el ser humano se asemeja a éstos– ha mostrado dar lugar a un decremento en el apoyo a un ataque militar preventivo contra Irán, sólo entre estudiantes norteamericanos con alto autoritarismo que habían pasado por una condición de accesibilidad a la mortalidad (Motyl et al. 2010).

En coherencia con estos resultados, teniendo en cuenta que la infrahumanización se ha definido empíricamente como la tendencia a considerar a los exogrupos como menos humanos (en términos de capacidad de sentir emociones prototípicamente humanas o sentimientos) que el endogrupo –es decir, que suele entenderse, no en términos absolutos, sino en comparación con el propio grupo–, tendría sentido plantear la infrahumanización del exogrupo como una forma de incrementar la propia humanidad, que sería favorecida por la accesibilidad a cogniciones sobre la propia mortalidad.

Aunque hasta el momento la evidencia disponible muestra que la MS genera una mayor tendencia a humanizar a los endogrupos, pero no parece afectar a la infrahumanización exogrupal (Vaes et al., 2010), esta ausencia de resultados relevantes puede deberse a que los exogrupos utilizados no son especialmente significativos –no hay motivos para que sean menospreciados, ni suponen una amenaza para la visión del mundo de los sujetos–, como sugieren Vaes et al, (2010); o Goldenberg et al. (2009). Estos mismos autores señalan que la MS probablemente pueda dar lugar a una tendencia a infrahumanizar o deshumanizar a exogrupos que sean especialmente menospreciados o despreciados, o que amenacen la visión del mundo o valores fundamentales del propio grupo. Sin embargo, hasta el momento no hay –al menos quien suscribe este trabajo no los ha encontrado– estudios que hayan vinculado directamente la deshumanización ni la infrahumanización de los exogrupos amenazantes con la MS.

8.3. MS y FUNDAMENTOS MORALES: RECONEXIÓN MORAL

A lo largo de la primera parte de la fundamentación teórica de esta tesis se ha descrito la paradójica relación que parece existir entre moralidad y violencia. Así, el nivel moral de las personas aparecería como un aspecto que puede tanto proteger de la comisión de actos violentos y su apoyo –promoviendo un comportamiento más humano y orientado hacia el otro –, como

favorecer la eliminación de los otros –por supuesto malvados– en nombre del propio grupo o de grandes ideales. En concreto, se analizó cómo el apoyo o legitimación de la violencia pueden estar dirigidos por un proceso de “reconexión moral”, planteándose la posibilidad de que un exceso de moralidad, o más en concreto, del compromiso con los fundamentos morales descritos por Haidt y Joseph (2004) –al menos, con los de lealtad y autoridad–, pueda promover el apoyo o legitimación de ciertas formas de violencia colectiva (Leidner, 2010; Graham y Haidt, 2011)¹⁵. Durante los últimos dos años, la moralidad –más concretamente, el nivel de compromiso con los diferentes fundamentos morales– ha pasado complementar el estudio de la relevancia de la amenaza epistémico existencial sobre los conflictos y la violencia. No obstante, se trata de una propuesta teórica cuyo desarrollo empírico está aún en ciernes.

Diversos autores (Hirschberger y Pyszczynski, 2011b; Kesebir y Pyszczynski, 2011), como también en su momento se ha descrito, señalan que los valores morales son componentes de la visión del mundo fundamentales para la vida y la identidad de las personas, que pueden evocar respuestas emocionales con gran facilidad. Su gran capacidad para ofrecer orden y sentido, derivaría, siguiendo a Hirschberger y Pyszczynski (2011b), de los orígenes divinos que se atribuyen a las normas morales en diversas culturas, de manera que en su momento se vincularon a la posibilidad directa de conseguir la supervivencia a la muerte. Todo ello tiene varias implicaciones especialmente relevantes para nuestro tema de estudio:

a) En primer lugar, dada su función protectora, ante amenaza existencial –recuerdos de mortalidad, etc.– es previsible que se dé una respuesta de incremento de la moralidad, o de apego a los propios criterios morales. Sus consecuencias, probablemente, dependerán de cuáles sean estos principios morales (de que se trate de una moral convencional o postconvencional en términos kohlbergianos, o del fundamento moral en liza, siguiendo la MFT de Haidt). En cualquier caso, la sacralización o exceso de importancia concedida a determinados valores morales, puede ser un potenciador de la violencia con independencia del contenido concreto de tales principios, como destacan Graham y Haidt (2011) o se deriva del concepto de convicción moral de Stitka (2002), o de la “idealización del mal” de Baumeister (1997).

b) Del mismo modo, es previsible que ante la amenaza existencial se dé una mayor atracción hacia quienes cumplen los criterios morales que compartimos, y un mayor rechazo hacia

¹⁵ Aunque no he considerado necesario ofrecer una definición académica de la “reconexión moral”, utilizaré el término para referirme a un proceso en virtud del cual las personas potencian o reafirman su adscripción a la moralidad en alguna de sus formas. En este trabajo exploraré la reconexión moral como el incremento en el nivel de apego a cualesquiera de los fundamentos morales descritos por la MFT

quienes no los comparten o los violan (así, la diversidad en valores morales es menos tolerada que la existente en asuntos de estética u opiniones);

c) Por otra parte, cabe pensar que la violación de los principios morales supone una importante amenaza para el equilibrio psicológico y dará lugar a un incremento de la accesibilidad a pensamientos sobre la propia muerte, así como a reacciones defensivas extremas dirigidas a restaurar un orden moral que da sentido y seguridad.

Así, tanto Hirschberger y Pyszczynski (2011b) como Kesebir y Pyszczynski, (2011) interpretan los hallazgos empíricos de la TMT a la luz de la teoría de los fundamentos morales, para mostrar cómo las necesidades existenciales promueven la adscripción a cada uno de sus cinco fundamentos morales; y –en el caso de Kesebir y Pyszczynski–cómo la percepción de la violación de principios morales, combinada con la ansiedad existencial, puede promover el conflicto y la violencia intergrupales. Veamos un resumen de ello para cada fundamento:

1) Cuidado/daño: Por una parte, este principio implica preocupación por quienes sufren, víctimas inocentes y grupos oprimidos, y tendencia a ayudar al necesitado; en este sentido, desde la TMT se ha mostrado que la MS puede promover la conducta prosocial en diversas ocasiones, como cuando las normas accesibles predisponen a ello (Jonas et al., 2008; Gailliot et al., 2008); o cuando implica un beneficio para la propia visión del mundo, autoestima o grupo de referencia (Jonas et al., 2002; véase una argumentación más detallada en Hirschberger y Pyszczynski, 2011b).

Por otra parte, quienes transgreden o violan estos principios serían etiquetados como opresores y gente cruel –podrían ejemplificarse a través de racistas, fascistas, intervención del ejército israelí sobre la flotilla de Gaza en mayo de 2010, etc.–. La transgresión de estos fundamentos morales debería dar lugar a la urgencia de rectificar la afrenta y castigar al transgresor, fundamentalmente en situaciones de ansiedad existencial; por tanto se espera que los pensamientos sobre la muerte intensifiquen las reacciones hacia aquéllos que causan daño a otros. Los estudios revisados cuando se describieron los efectos de la saliencia de la mortalidad sobre la conducta prosocial dan fe de este principio. En coherencia con ello, se ha encontrado que quienes recuerdan su mortalidad juzgan las transgresiones morales de este principio como más graves y recomiendan castigos más intensos para el infractor (Florian y Mikulincer, 1997) y están más dispuestos a endurecer las penas de los “crímenes de odio” (Lieberman et al., 2001).

2) Justicia/ reciprocidad: Los asuntos relacionados con la justicia, la proporcionalidad, las trampas y los derechos (corrupción, que otros países amenacen la territorialidad, etc...) son muy

importantes para las personas, y en mayor medida si se encuentran en una situación de ansiedad o amenaza existencial. En tales condiciones las personas sienten una especial repulsión por las violaciones de este principio, y una intensa tendencia a restablecer el orden de las cosas. Muchas justificaciones de las intervenciones bélicas y violencia étnica extrema se basan en la necesidad de alcanzar una situación más justa, en poner fin a la humillación (Pyszczynski et al., 2009), o en la necesidad de poner fin a una situación privilegiada injusta por parte del exogrupo. Recuérdese, en el ámbito de la violencia colectiva, que la MS incrementaba la aceptación de la violencia militar cuando las motivaciones tienen que ver con la justicia, incluso si su utilidad o eficacia es baja (Hirschberger y Pyszczynski, 2011a).

La saliencia de la mortalidad ha mostrado en ocasiones que promueve el deseo del trato justo, como en los experimentos de Van Den Bos y Miedema (2000), una mayor pena en los casos de los crímenes de odio (Lieberman et al., 2001), como se acaba de comentar, y que también puede considerarse parte de este principio. Sin embargo, esta necesidad de restablecer la justicia puede, paradójicamente, conducir a comportamientos injustos: la MS puede reforzar el fenómeno del mundo justo de Lerner: como en su momento se ha descrito, bajo la influencia de la MS las personas parecen más dispuestas a rechazar a la víctima de una tragedia que tiene lugar al azar (Landau, Johns et al., 2004); atribuyen más culpa a las víctimas inocentes que han sufrido daños graves, y el conocimiento de estos hechos parece elicitar más cogniciones relacionadas con la muerte que cuando las víctimas responsables (Hirschberger, 2006, citado por Kesebir y Pyzyczynski, 2011).

Otras veces las necesidades existenciales no dan lugar a una mayor búsqueda de justicia: por ejemplo, el deseo de justicia ante los crímenes de odio que genera la MS depende de la identidad grupal de las víctimas (Lieberman et al., 2001).

3) Lealtad / endogrupo: Valores como lealtad, patriotismo, nacionalismo, solidaridad, obediencia, bandera, etc. son especialmente importantes, mientras que las rupturas de estos principios por apóstatas, traidores, secesionistas, extranjeros resultan especialmente hirientes, cuando las personas se encuentran en una situación de necesidad epistémico-existencial. Los estudios ya revisados acerca de los efectos de la accesibilidad de la mortalidad sobre la identificación con grupos y colectivos, el beneficio exogrupal y el prejuicio exogrupal, las reacciones sobre quienes critican al propio grupo, o la disposición a sacrificarse por la propia nación o defender las creencias culturales, pueden dar buena cuenta de este principio (Greenberg et al., 1990; Greenberg, Pyszczynski, Solomon, Simon y Breu., 1994; Florian y Mikulincer, 1998; Castano, Yzerbyt, Paladino, y Sacchi, 2002; etc.).

4) Autoridad/ respeto: Siguiendo a Kesebir y Pyszczynski (2011), Implica la valoración del orden social, la obediencia a autoridades legítimas, el respeto, el honor y la aceptación de las relaciones jerárquicas. La falta de respeto hacia las propias autoridades o símbolos endogrupales, así como la humillación, serían formas de ruptura de estos principios morales. El clásico experimento de Milgram (1980), sus réplicas y variantes, los posteriores desarrollos teóricos –ya revisados en su momento– que lo incorporan entre los elementos facilitadores de la violencia extrema y diversos ejemplos cotidianos en medios de comunicación, dan cuenta de la relevancia de este factor para explicar la barbarie.

Los estudios basados en la MS acerca de las reacciones ante la minusvaloración, humillación y falta de respeto hacia el propio grupo político, nación, etc., así como la mayor valoración de líderes autoritarios con discursos maniqueos fortalecedores de la autoestima endogrupal –revisados una página atrás– serían una muestra de la relevancia que las necesidades existenciales tienen en la valoración de la autoridad, y las consecuencias que ello tiene en las relaciones intergrupales (Hirschberger y Pyszczynski, 2011b; también Kesebir y Pyszczynski, 2011).

A pesar de que Hirschberger, Pyszczynski o kesebir consideran estos estudios ejemplos de cómo la amenaza existencial afecta a este fundamento moral, parecen también asociados al fundamento de lealtad. La relevancia de estos dos fundamentos en los conflictos y la violencia intergrupales es clara: por ejemplo, son ingredientes para el pensamiento grupal, característico de muchas formas de violencia extrema; además, la tendencia a sacralizar aspectos endogrupales predice la justificación de la guerra (Graham y Haidt, 2011), y el conocimiento de la comisión de atrocidades por parte del propio grupo genera una mayor adscripción a estos principios (Leidner, 2010; Leidner y Castano, 2012).

5) Pureza/ Santidad: Asociada con la emoción de asco y la deshumanización, se refiere al ajuste pulcro a inflexibles criterios morales, espirituales o físicos: junto a las virtudes de la castidad, el control de los deseos, la espiritualidad, la devoción y sacralización, hallan su origen en este fundamento el asco o desprecio por la contaminación, la profanación, la carnalidad, la suciedad o la impureza. Supone una jerarquía de seres en la que se pretende vivir de una forma santa y pura, alejado de lo animal y de la gente y seres impuros. Algunas manifestaciones de este principio en la vida cotidiana serían el asco de bañarse en, o beber de, el mismo agua que alguien de otra raza o condición social, el miedo a la mezcla de sangre con este mismo tipo de personas, la condena de las relaciones homosexuales...

La limpieza y la pureza están especialmente asociadas también a la divinidad, por lo que parece tratarse de un fundamento moral extraordinariamente relevante desde el punto de vista de la TMT: implica en sí mismo una forma de trascender la mortalidad, dado que supone alejarse de la naturaleza animal frágil y finita para aproximarse a una naturaleza pura, divina y trascendente de lo espiritual. Este planteamiento es coherente con la tendencia a distanciarse de los animales y los productos corpóreos en condiciones de MS, resultados hallados por Goldenberg y su grupo de investigación, y que se han analizado al describir la infrahumanización desde el punto de vista de la TMT.

Además, hacer accesible la muerte se ha mostrado capaz de dar lugar a reacciones defensivas cuando se violan estos estándares morales de la pureza, como recomendar una cantidad más alta para la fianza de las prostitutas (Rosenblatt et al., 1989) o mostrar más ansiedad ante el trato irrespetuoso de símbolos endogrupales –como usar una bandera para tamizar un colorante negro– (Greenberg, Simon, Porteus, Pyszczynski, y Solomon, 1995)-.

Su relación con el conflicto intergrupar tiene que ver con la distinta importancia que se concede a estos aspectos por distintos grupos, culturas, naciones, tipos de personas, etc., lo cual provoca fricciones entre ellos: las personas conservadoras, y las religiosas consideran estos principios mucho más relevantes que las personas más progresistas o ateas (Graham et al., 2009), lo que lleva a una “guerra cultural” que también se ve reflejada en los discursos que subyacen al choque de civilizaciones entre oriente y occidente (donde el modo de vida occidental es a menudo criticado por no ser “pulcro”). Unos grupos pueden considerar a los otros como obstáculos para el cumplimiento de estos estándares, lo cual puede dar lugar a la justificación de la violencia, la guerra o el terrorismo –como sugiere la expresión de “limpieza étnica”, o el deseo de limpiar la sociedad de su decadencia y perversión moral, etc.– (Kesebir y Pyszczynski, 2011). Las violaciones de este tipo de normas morales supone cuestionar una vía fundamental de defensa contra la mortalidad, como lo es la amenaza de la cosmovisión religiosa para las personas fundamentalistas. Además, este principio subyace a algunas actitudes negativas hacia extranjeros e inmigrantes.

La moralidad basada en la pureza parece haber sido muy beneficiosa para el beneficio del grupo y su control por parte de los líderes a lo largo de la humanidad (Hirschberger y Pyszczynski, 2011b), por lo que está muy relacionado con el fundamento de lealtad; también lo está con el de autoridad,–de la que provienen los criterios de pureza –como, por ejemplo, la prescripción musulmana de no comer carne de cerdo–.

Como puede observarse en el resumen presentado, es difícil asignar una situación real o supuesto con contenido moral exclusivamente a uno de los fundamentos morales, tendiendo a fundirse en ocasiones el fundamento de justicia con el de cuidado, o el de autoridad con el de lealtad o, incluso, con el de pureza o santidad. Y es que, como los mismos autores reconocen, en la percepción de un asunto moral están implicados generalmente diferentes fundamentos morales, y los conflictos intergrupales implican la percepción de violación de más de uno de ellos (Kesebir y Pyszczynski, 2011).

Por supuesto, la revisión realizada acerca de los efectos favorecedores de relaciones pacíficas de la amenaza existencial indica que, cuando las normas morales vigentes tienen que ver con el fundamento del cuidado o daño, éstas normas cobran especial relevancia, y tienen un ámbito de aplicación muy inclusivo (se dan condiciones para la categorización social inclusiva), la MS puede potenciar una moralidad que beneficiará las relaciones armónicas y pacíficas.

Pero, a pesar de ello, también se ha descrito a lo largo de esta tesis cómo, bajo determinadas circunstancias, la ansiedad epistémico-existencial puede dar lugar a reacciones de hostilidad con los diferentes, promoviendo el conflicto y la violencia intergrupales, y cómo éstas últimas situaciones, a su vez, pueden reforzar las necesidades epistémico-existenciales. La moralidad, los altos ideales morales, sobre todo cuando adoptan la forma de convicciones morales y valores sagrados, tienen un papel fundamental en el proceso: tanto en la generación de ansiedad o necesidad existencial –cuando los valores morales son amenazados– como en su resolución –a través de la adscripción intensa en tales valores, o del rechazo o eliminación de quienes los amenazan–. En ambos casos, los resultados pueden ser dramáticos, dando lugar a que las personas, sobre todo los grupos, sean capaces de matar y morir por sus principios morales más sagrados (Dios, patria, democracia, justicia...), incluso cuando no sea algo racional o eficaz.

IV. ESTUDIO EMPÍRICO,

Con el estudio empírico que se presenta a continuación trataré de dar sentido integrador a la extensa revisión teórica que ha ocupado las páginas anteriores. En ellas se han planteado una serie de factores antecedentes del apoyo o legitimación de diversos tipos de violencia colectiva y política, y que implican de alguna forma entender que tal justificación no es incompatible con la consideración de uno mismo como persona digna y moral. Para ello, algunos de estos mecanismos pueden describirse como una “desconexión moral”, que implica desvincular la acción o sus víctimas de los ámbitos en los que la moralidad resulta relevante (recordemos los mecanismos de comparación ventajosa, en los que la violencia aparece como un “mal menor”, o los que implican difusión o desplazamiento de la responsabilidad). Otros factores o mecanismos, de forma aparentemente paradójica, conllevan una “reconexión moral”, es decir, revestir los actos de violencia con tintes morales, describirlos como acciones loables, heroicas, éticas en sí mismas (los *grandes ideales* de los que se ha hablado extenamente en esta tesis).

Aunque no se trata de uno de los objetivos fundamentales, en este trabajo se desarrollarán unos análisis preliminares que aborden la relación entre los mecanismos propuestos, que traten de desenmascarar esta aparente paradoja. Se tratará de ver hasta qué punto tiene sentido hablar de desconexión y reconexión moral, si ambos aspectos son compatibles o están asociados. ¿Realmente están relacionados la desconexión moral y la reconexión moral?

En una segunda parte de la fundamentación teórica se ha analizado la TMT y su relevancia para entender las relaciones, los conflictos y la violencia intergrupales, así como algunos de sus antecedentes. Es precisamente en el marco de la TMT donde este estudio empírico cobra la mayor parte de su sentido: supone un intento de acumular conocimiento acerca de la aplicabilidad de este enfoque en contextos europeos y españoles, donde la evidencia es especialmente escasa –con muestra española, apenas se cuenta, que sepamos, con el estudio ya citado de Echebarría-Echabe y Valencia (2008) y con uno reciente de Willis, Tapia y Martínez (2011), bastante alejado de la presente línea de estudio–. Esto resulta más relevante en la medida en que se ha sugerido que hay diferencias culturales en la susceptibilidad a la MS, y que en Europa las personas podrían ser menos sensibles al recuerdo de la propia mortalidad que, por ejemplo, en EEUU (Burke, Martens y Faucher, 2010).

En este sentido, el objetivo principal de esta investigación consiste en profundizar en el conocimiento acerca de los efectos que los recuerdos de la propia mortalidad pueden tener, no sobre la legitimación de la violencia en sí –tópico que ha sido ya repetidamente estudiado–,

sino, específicamente, sobre algunos de sus antecedentes, cuya relación con la MS cuenta con una evidencia empírica cuanto menos limitada –a pesar de que desde el punto de vista teórico puedan aventurarse interesantes relaciones con la amenaza existencial–. En primer lugar, los mecanismos de desconexión moral descritos por Bandura; en segundo lugar, me centraré en un mecanismo concreto de desconexión moral, la deshumanización. Por último, el epicentro de atención se situará en los fundamentos morales.

Para ello se ha realizado una investigación empírica con un nivel de análisis experimental, en el que, a través de la administración de un cuestionario, se ha manipulado una variable independiente, el recuerdo de la propia mortalidad –MS–, y se han tomado medidas de diferentes variables, muchas de las cuales serán tomadas como variables dependientes en relación con objetivos de investigación distintos. Veamos los objetivos con algo más de detenimiento y concreción.

CAPÍTULO 9. OBJETIVOS, PROBLEMAS E HIPÓTESIS DE ESTUDIO

A continuación pasan a describirse, sin mayor dilación, los principales objetivos, problemas e hipótesis de la investigación, separándolos en cuatro grandes ámbitos:

9.1. DESCONEXIÓN MORAL Y RECONEXIÓN MORAL

Problema.

Como recientemente apuntaba, en la revisión teórica de este trabajo se ha descrito una serie de factores antecedentes o facilitadores del apoyo, legitimación o desarrollo de la violencia colectiva. Algunos de ellos han sido entendidos en algunos casos como mecanismos de desconexión moral, es decir, que permiten ejercer o apoyar la violencia sin renunciar a la propia identidad moral, gracias a que se inhibe la activación de las barreras morales que obstaculizarían tales actos o predisposiciones. Otros han sido descritos como mecanismos ideológicos (aquí llamados de “reconexión moral”) que, precisamente, permiten entender la violencia, no como algo ajeno a la moralidad, sino como una virtud o deber moral. En ciertos casos la moralidad, los grandes principios, son los que precisamente pueden conducir a la aceptación de la barbarie. No obstante, más que planteamientos diferentes, parecen ser complementarios, o incluso diferentes enfoques de una misma realidad, al menos en parte. De hecho, algunos mecanismos de desconexión moral guardan importantes paralelismos con ciertos fundamentos morales descritos por la MFT (por ejemplo, el mecanismo de justificación moral se puede desarrollar en referencia a cualquiera de los fundamentos morales; el mecanismo de desplazamiento de la responsabilidad parece bastante similar al fundamento moral de la autoridad). Por otra parte, en línea con los resultados obtenidos por diversos autores (Leidner, 2010; Graham y Haidt, 2011; Leidner y Castano, 2012), ciertos fundamentos morales parecen más claramente asociados al apoyo de la violencia colectiva, por lo que podrían estarlo también con los mecanismos de desconexión moral relativos a la misma.

El problema que, sin grandes pretensiones y de modo exploratorio, se pretende abordar, podría plantearse a través de las siguientes cuestiones: ¿son incompatibles estas dos formas de entender los antecedentes del apoyo de la violencia colectiva?, ¿o pueden entenderse como compatibles? Es decir, ¿Están relacionados la desconexión moral y el nivel de moralidad?; En caso de que exista relación entre ambos aspectos, ¿Son todos los fundamentos morales igualmente relevantes en la relación con la desconexión moral?; ¿Están ambos aspectos relacionados con el apoyo a la intervención armada en cierto supuestos?

Objetivos e hipótesis

Objetivo 1.1. Un primer objetivo consiste en comprobar si existe algún tipo de relación entre el nivel en que los sujetos son susceptibles a los mecanismos de desconexión moral y su nivel de moralidad (o grado en el que se adhieren a los diferentes fundamentos morales).

Hipótesis 1.1.1. Vistos todos los antecedentes revisados, parece haber razones para esperar que exista una correlación positiva y estadísticamente significativa entre el nivel de desconexión moral relativo a las intervenciones militares o armadas, y el nivel de moralidad de los participantes, entendido como adscripción a los diferentes fundamentos morales.

Hipótesis 1.1.2. Más en concreto, en línea con los resultados obtenidos por diversos autores (Leidner, 2010; Graham y Haidt, 2011; Leidner y Castano, 2012), cabe esperar que la relación sean más intensa y clara entre la desconexión moral y los fundamentos morales de vinculación (fundamentalmente, autoridad y lealtad). Por tanto, existirá una correlación positiva e intensa entre los fundamentos de vinculación y los mecanismos de desconexión moral.

Hipótesis 1.1.3. Aunque cabe esperar, siguiendo los resultados de Graham y Haidt (2011), que los fundamentos morales individuales (justicia y cuidado o protección) correlacionen negativamente con el nivel de desconexión moral.

Objetivo 1.2. Un segundo objetivo consiste en comprobar si tanto la desconexión moral como los distintos fundamentos morales están relacionados con el apoyo a diversas formas de violencia

Hipótesis 1.2. El nivel de desconexión moral y el nivel de moralidad correlacionan positiva y significativamente con el apoyo a la intervención militar en distintos supuestos;

* El nivel de desconexión moral relativo al uso de la fuerza armada correlacionará positiva y significativamente con el nivel de apoyo a la intervención militar en distintos supuestos (hipótesis 1.2.1.).

* Los fundamentos morales de autoridad y lealtad mostrarán una correlación positiva y significativa con el apoyo a la intervención militar en distintos supuestos (hipótesis 1.2.2.), mientras que los fundamentos morales individuales (justicia y cuidado) mostrarán una correlación negativa con el mismo aspecto (hipótesis 1.2.3.).

8.2. MS Y DESCONEXIÓN MORAL

Problema.

Los estudios que han venido explorando el papel de la MS en la promoción del apoyo a la violencia colectiva extrema son los que principalmente han inspirado a este trabajo: Recordemos que en ellos se ha encontrado que la MS puede dar lugar a un mayor apoyo a distintas formas de violencia en el marco de la intervención militar o armada, bien de forma general, o bien sólo en personas o situaciones para las que de alguna forma el apoyo a las intervenciones armadas forma parte de su visión del mundo: aquéllas conservadoras, con alto autoritarismo y negación, con alta necesidad de estructura, etc. (Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006; Hirschberger y Ein-Don, 2006, etc.).

No obstante, desde hace tiempo, los estudios que vinculan la TMT y la violencia colectiva se han centrado más en el potencial de la amenaza existencial para reducir la aceptabilidad de las medidas violentas. La pérdida de interés en los efectos promotores de la violencia de la MS se debe, en parte, a que dichos efectos han mostrado ser mucho menos generalizados de lo que en principio cabía esperar, y no han podido ser replicados en diversos estudios posteriores con población estadounidense, ni siquiera entre las personas predispuestas antes mencionadas (Weise et al., 2008; Rothschild et al., 2009; Motyl et al., 2010, etc.). La ausencia de resultados relevantes en este sentido parece deberse a un cambio general en las actitudes hacia la intervención bélica, que se ha producido después del estrepitoso fracaso de la intervención en Irak –incluyendo la desastrosa situación humanitaria, la inseguridad y las noticias sobre los abusos de las tropas sobre los presos y la población de la zona–. Las respuestas a la amenaza existencial dependerían del contexto histórico-cultural en que tienen lugar: dado que las personas en situación de amenaza se aferran a los valores que proveen mayor seguridad, el apoyo a las medidas militares no parece resultar en la actualidad un valor prominente en la visión del mundo de los sujetos, y no parece ser eficaz en la reducción de la ansiedad existencial (Weise et al., 2008; Rothschild et al., 2009; Motyl et al., 2010).

Así, el estudio de Pyszczynski, Abdollahi et al. (2006, estudio 2) estaba compuesto por una muestra estadounidense, país que estaba implicados en una guerra después de haber sido víctimas del mayor ataque terrorista de su historia, y que es un pueblo mucho más nacionalista que la sociedad española (estudio 2); o por una muestra iraní, habituada al conflicto con occidente. El resto de estudios al respecto –como los llevados a cabo por Hirschberger y su grupo de investigación– está enmarcado, generalmente, en el contexto de conflictos reales muy intensos. Sin embargo, en una situación como la que caracteriza a España en los últimos años,

en la que no hay una situación clara de conflicto, sin una ideología previa legitimadora de la violencia (una construcción del enemigo, una construcción de la situación de injusticia...) hacia la que las personas puedan polarizarse ante MS, este paradigma pierde parte de su sentido. Para una muestra compuesta por estudiantes universitarios de Madrid la violencia militar parece poco relevante, podría aventurarse que se trata de personas poco comprometidas o preocupadas por ello.

En este sentido, una medida normal de militarismo podría no ser sensible a la MS en estas condiciones: incluso cuando la MS pueda generar hostilidad, rechazo o prejuicio hacia exogrupos que violan principios éticos y democráticos básicos, es posible que la medida de apoyo a la acción armada o militar extrema como variable dependiente sea incapaz de recoger dicha tendencia. Podría ocurrir que la gente reaccione a la MS rechazando al exogrupo, pero que no lo haga con una intensidad suficiente como para justificar una forma tan extrema de violencia en condiciones de escaso conflicto, en una sociedad sin historia de conflictos armados recientes, donde las normas del pacifismo y el aprecio por las vías diplomáticas de resolución de conflictos son, probablemente, más prominentes. Sin embargo, los mecanismos de desconexión moral permitirían expresar el rechazo hacia el exogrupo y apoyar de alguna forma las acciones destructivas contra el mismo de una forma más indirecta que las medidas de apoyo a la acción militar, cuidando más “las formas”. Es decir, facilitaría el mantenimiento de la visión de uno mismo como persona moral y digna de valor. Por todo ello, parece sensato pensar que las medidas de desconexión moral sean más sensibles a los efectos antisociales de la MS que las medidas directas de apoyo a medidas de violencia extrema o intervención armada y militar.

Objetivos e hipótesis.

En este sentido, el **primer objetivo** “nuclear” de este estudio consiste en analizar los efectos de la MS, no tanto sobre el apoyo a las medidas violentas, sino sobre unos mecanismos que son antecedentes de las mismas y, probablemente, más fáciles de aceptar: los mecanismos de desconexión moral en el contexto de la intervención militar. Como recientemente se ha expuesto, estos mecanismos que apenas han sido estudiados en el marco de la TMT, a pesar de la evidente importancia teórica y de las razones que invitan a pensar que pueden verse afectados por la MS.

El objetivo consiste, además, en arrojar algo de luz a la polémica en torno a la disparidad de posturas y resultados empíricos acerca de los efectos de la MS sobre el apoyo a la violencia militar y las relaciones intergrupales en general. ¿Cabe esperar un incremento generalizado en los diversos mecanismos de desconexión moral en respuesta a la MS?; ¿o, cabe esperar esta

respuesta sólo en personas más conservadoras?; ¿o, más bien, cabe esperar que las personas más conservadoras o de derechas muestren una mayor desconexión moral bajo el recuerdo de la propia mortalidad, y que las personas más progresistas o de izquierdas muestren una menor desconexión moral en las mismas condiciones, puesto que es parte de sus tendencias previas?

De forma más técnica, el problema de investigación podría plantearse del siguiente modo: ¿Cómo afecta el recuerdo de la mortalidad al nivel en el que los sujetos manifiestan procesos de desconexión moral?; y, ¿ejerce la orientación política algún papel moderador en ese sentido?

Como ***hipótesis***, se pueden plantear tres alternativas, en concordancia con las tres posturas predominantes acerca de los efectos de la MS:

Hipótesis 2.1. El recuerdo de la propia mortalidad (MS) promoverá unos niveles significativamente superiores de desconexión moral de forma generalizada (en congruencia con diversos estudios ya revisados, como los de Echebarría-Echabe y Valencia, 2009; Nail et al., 2009; Pyszczynski et al., 2006 –estudio 1–, o Vail et al., 2012), con independencia de la orientación política de los participantes. Es decir, que la MS dará lugar a mayores puntuaciones en desconexión moral, entre personas de diversa orientación política.

Hipótesis 2.2. Se dará una interacción entre la condición experimental y la ideología política, de manera que la MS dará lugar a mayores niveles de desconexión moral, aunque sólo entre las personas más conservadoras (de derechas), mientras que el nivel de desconexión moral de las personas de izquierdas no variará en función de la condición experimental. Ya se han revisado ciertos estudios que apoyan esta hipótesis (como Juhl y Routledge, 2010; Pyszczynski et al., 2006 –estudio 2–).

Hipótesis 2.3. Se dará una interacción entre la condición experimental y la ideología política, de manera que la MS dará lugar a mayores niveles de desconexión moral entre las personas más conservadoras (o de derechas), mientras que se asociará con menores niveles de desconexión moral entre las personas más progresistas (de izquierdas). Ésta última sería, a mi juicio, la hipótesis más plausible, a la luz de la mayor parte de los más recientes estudios sobre la MS en el ámbito de las relaciones intergrupales (por ejemplo, Castano et al., 2011; Weise et al., 2011).

9.3. MS Y DESHUMANIZACIÓN.

Problema.

En segundo lugar, me centraré en los efectos de la misma variable sobre un mecanismo concreto de desconexión moral que puede resultar especialmente relevante, tanto por su destacado papel en la justificación de la violencia, como por las potentes razones teóricas que permiten predecir que se vea afectada por la MS: la deshumanización.

En los últimos epígrafes de la fundamentación teórica se ha apuntado la especial relevancia que la deshumanización de los exogrupos, puede tener como un mecanismo que puede ayudar a restaurar la seguridad psicológica en condiciones de ansiedad existencial. Con todo, como entonces se ponía de manifiesto, hasta el momento se ha encontrado la tendencia a humanizar al endogrupo en condiciones de amenaza existencial, pero no la de deshumanizar a los exogrupos, a pesar de que tiene sentido desde un punto de vista teórico. Una de las posibles razones esgrimidas para explicar esta ausencia de resultados relevantes era la naturaleza insuficientemente amenazante o relevante de los exogrupos diana utilizados (Vaes et al., 2010; Goldenberg et al., 2009). El presente estudio aborda precisamente la relación entre la amenaza existencial y la tendencia a deshumanizar a exogrupos que violan normas y valores morales fundamentales para la mayor parte de los ciudadanos, y que han estado presentes en la memoria colectiva en tiempos recientes: los terroristas islamistas; y los dictadores o genocidas que comenten abusos incluso contra su propio pueblo. Ambos grupos han sido –y siguen siendo– protagonistas de la actualidad nacional e internacional en los últimos lustros.

Objetivos.

El objetivo fundamental consiste en analizar el efecto que la MS puede ejercer sobre distintas formas de deshumanización de terroristas islamistas y dictadores o genocidas, en función de la ideología política de los sujetos. Las formas de deshumanización a considerar serán dos: una de tipo animalístico, la infrahumanización (entendida de forma diferente a lo habitual, como reducción en el nivel de adscripción de sentimientos al exogrupo, en lugar de comparación entre el nivel de sentimientos atribuidos al exogrupo en comparación con el endogrupo)¹⁶; y otra de tipo mecanicista, la minimización emocional.

¹⁶ La ausencia de un componente del paradigma original, la comparación con el endogrupo, podría exigir denominar de una forma diferente al fenómeno y la medida utilizados. Un término podría ser el de *minimización sentimental*, puesto que es una medida idéntica a la de *minimización emocional*, pero referida únicamente a emociones exclusivamente humanas –sentimientos, según la base teórica que nos

Probablemente, ambas podrían considerarse, de alguna forma, medidas implícitas o indirectas de la deshumanización. Siguiendo a De Houwer (2006), existen distintos sentidos en los que una medida puede ser implícita, y aquí se utiliza el término en referencia a que los participantes no son conscientes de lo que la medida refleja en realidad, con independencia de que sus respuestas puedan ser voluntarias y controlables. Así, podría plantearse que se trata de medidas directas de atribución de emociones, pero indirectas o implícitas de deshumanización.

La mayor parte de los estudios hasta la fecha en el marco de la TMT ha utilizado como variable dependiente medidas explícitas de actitudes o de agrado o desagrado hacia ciertos colectivos (o miembros de los mismos), mientras que las medidas implícitas apenas han empezado a usarse, a pesar de existir buenas razones para considerar que puedan ser más sensibles y adecuadas en el marco de la TMT por distintos motivos. En primer lugar, porque aspectos como las características de la demanda o la deseabilidad social pueden condicionar los resultados. En este sentido, Motyl et al. (2011) utilizan una medida implícita de prejuicio antirábigo (IAT) para tratar de sortear este tipo de problemas en una temática asociada a la “guerra contra el terror” en EEUU, sobre la que se ha generado mucha publicidad y se han vertido grandes críticas. Hirschberger y Pyszczynski (2011b) también sugieren que las formas implícitas de medir deshumanización pueden superar obstáculos como la deseabilidad social, el control de las impresiones y la norma de dar una apariencia de tolerantes y no racistas –a las que, quizás, nos aferremos más en condiciones de MS–.

Las medidas implícitas parecen también una buena opción para el estudio que nos ocupa, teniendo en cuenta que versa sobre temas polémicos –asociados al contraterrorismo o a las intervenciones militares en el extranjero–, y que la muestra está compuesta en su mayoría por estudiantes de la asignatura de Psicología Social –especialmente sensible a problemas como la violencia colectiva, y donde se estudian procesos como la psicologización, el error fundamental de atribución o el estereotipo o prejuicio contra las minorías, muy asociados con la deshumanización–.

ocupa (Rodríguez et al., 2006)–. No obstante, por cuestiones de claridad y parsimonia, he decidido mantener el término *infrachumanización* para referirme al fenómeno y la medida utilizada en este estudio empírico, dado que deriva fundamentalmente del paradigma de la infrachumanización y mantiene su esencia: entender ésta como una pérdida de humanidad, consistente en una menor capacidad para experimentar emociones exclusivamente humanas.

Por otra parte, Echebarría-Echabe y Valencia (2008) fueron pioneros en utilizar las medidas implícitas (IAT) como medida del prejuicio antiarábigo en el marco de la TMT, encontrando que, mientras éstas son sensibles a los efectos de la MS, las medidas explícitas no lo son. Según su postura, al contrario que ocurre con amenazas más explícitas, la amenaza existencial que supone el recuerdo de la propia mortalidad ejercería sus efectos a un nivel implícito y sutil, al que sólo serían sensibles (o lo serían especialmente) las medidas implícitas.

En primer lugar, la idea es arrojar algo de luz sobre unos resultados hasta la fecha algo confusos: A la vista de los antecedentes teóricos revisados respecto a tópicos cercanos a la deshumanización, hay razones para esperar que la MS genere una mayor motivación para deshumanizar a exogrupos amenazantes; pero también se ha descrito evidencia que hace pronosticar que estos efectos podrían verse condicionados por la ideología u orientación política, bien estando limitados a personas de orientación conservadora o de derechas, o bien invirtiéndose los efectos en personas de izquierdas o progresistas.

Además, se trata de valorar si las dos formas de deshumanización seleccionadas –animalística (infrachumanización) y mecanicista (minimización emocional)– son igualmente relevantes en condiciones de ansiedad existencial, una diferenciación que hasta ahora no ha sido explorada a la luz de la TMT. Aunque hay motivos para esperar que ambas sean respuestas esperables –al menos en personas conservadoras o de derechas–, la infrachumanización cuenta con un valor existencial añadido: por una parte, asociar a los exogrupos con los animales puede vincularlos con lo mortal –y ya se ha visto que la muerte de quienes amenazan la propia visión del mundo puede satisfacer la necesidad de seguridad existencial (Hayes, Schimel y Williams, 2008)–; además, asociar a los exogrupos con los animales puede implicar, por comparación social, una forma indirecta de humanizarse a uno mismo, y alejarse de nuestra naturaleza más caduca.

Para alcanzar estos objetivos, se tomará la MS como variable independiente, se medirá la orientación política como variable de selección, y se tendrán en consideración cuatro variables dependientes : la *infrachumanización* –como ejemplo de deshumanización animalística–, y la *minimización emocional* –como representante de la deshumanización mecanicista–, tanto de terroristas islamistas como de dictadores que cometen abusos y genocidios.

Hipótesis

En coherencia con las planteadas en el caso de la desconexión moral, podrían establecerse tres hipótesis alternativas¹⁷:

Hipótesis 3.1. Siguiendo a la postura que propone unos efectos generales de la MS, se espera que: la MS dará lugar a una mayor deshumanización –minimización emocional e infrahumanización– de los exogrupos amenazantes –terroristas islamistas y de los dictadores que abusan de su pueblo o comenten genocidios– en los participantes, y que esta tendencia no se vea moderada por la orientación política (es decir, que estos efectos se den tanto entre personas de orientación política de derecha, como entre las de izquierdas).

Hipótesis 3.2. En coherencia con la postura sobre lo efectos limitados a personas predispuestas, cabe esperar una interacción entre la condición experimental y la ideología política, de manera que: la MS dará lugar a una mayor deshumanización –minimización emocional e infrahumanización– de los exogrupos amenazantes –terroristas islamistas y de los dictadores que abusan de su pueblo o comenten genocidios–, aunque sólo entre la personas más conservadoras (de orientación política de derechas).

Hipótesis 3.3. Por último, en coherencia con la postura de la polarización respecto a los efectos de la MS (Greenberg y Jonas, 2003) –quizás la más coherente con los resultados de las investigaciones más recientes como (Galliot et al. 2008; Weise et al., 2011, Castano et al., 2011)–, y con la evidencia y argumentos recientemente señalados, se plantea la hipótesis por la que se apuesta en este trabajo: se espera una interacción entre la condición experimental y la orientación política, de modo que “la MS dará lugar a una mayor deshumanización de los exogrupos amenazantes –es decir, a una mayor infrahumanización y/o minimización emocional– entre personas las personas más conservadoras (de orientación política de derechas), y a un menor nivel de las mismas entre personas más progresistas (de orientación política de izquierdas)”.

Hipótesis complementaria. Cabe plantear una hipótesis que complementa a cualquiera de las planteadas en las líneas anteriores. La investigación anterior ha fracasado en el intento de hallar una tendencia a la deshumanización en respuesta a la MS, quizás porque es una respuesta

¹⁷ Evidentemente, desde un planteamiento más específico, cada hipótesis podría dividirse en cuatro sub-hipótesis más concretas: una para cada variable dependiente –infrahumanización y minimización emocional– y cada exogrupo –terroristas y genocidas–. No obstante, no se ha considerado necesario llegar a un nivel tan profundo de exhaustividad.

contraria a la deseabilidad social y a las normas sociales que implícitamente puedan estar accesibles en contextos universitarios. Dado que la deshumanización animalística ofrece más incentivos como respuesta a la ansiedad existencial, cabe pensar que la infrahumanización será la medida que con mayor probabilidad reflejará el incremento de deshumanización en respuesta a la MS, o lo hará más claramente. Por tanto:

“el incremento de deshumanización –ya sea en la muestra en general, o entre las personas de derechas (las más conservadoras), según la hipótesis– como respuesta a la MS se dará al menos, o sobre todo, en la medida de infrahumanización”.

9.4. MS Y RECONEXIÓN MORAL

Problema y objetivos

Un último objetivo de esta tesis, en este caso totalmente exploratorio, consiste en tratar de indagar en los efectos que la MS sobre la moralidad de los individuos, en concreto, sobre la adscripción a unos u otros fundamentos morales. A lo largo de esta tesis se ha repetido en múltiples ocasiones la relevancia que la adscripción a diferentes fundamentos morales puede tener en el apoyo a la violencia. Una adscripción o compromiso a los fundamentos morales que, recordemos, es flexible, dependiente de la situación y ajustado a las necesidades y motivaciones de las personas (Ditto et al., 2009; Leidner y Castano, 2012). Recientemente se ha analizado con detalle cómo la amenaza existencial –operativizada a través del recuerdo de la mortalidad– constituye uno de los aspectos que puede promover un mayor compromiso con cada uno de los fundamentos morales (Hirschberger y Pyszczynski, 2011b; Kesebir y Pyszczynski, 2011). Hasta el momento existe mucha evidencia indirecta –obtenida a través de la interpretación de los resultados de diversos estudios– de que la MS puede afectar a todos y cada uno de los fundamentos morales, pero ningún estudio ha vinculado directamente la MS con el nivel de adscripción a los diferentes fundamentos morales.

Por tanto, un nuevo problema de investigación que nos ocupa es: ¿Tiene algún efecto la MS sobre el nivel de adscripción de las personas a los distintos fundamentos morales?; ¿Depende este efecto de la orientación política de los sujetos?

Debido que no se trata de un objetivo principal de la investigación, sino más bien de un complemento de la misma, no se ha utilizado el instrumento más adecuado para medir la variable dependiente, ni el procedimiento ha sido planificado con el cuidado y esmero deseables. Junto a ello, dada la naturaleza totalmente exploratoria de esta parte de la

investigación, y la existencia de razones y evidencia empírica suficiente para esperar un incremento en cualquiera de los fundamentos, hace que la hipótesis que guíe la investigación sea poco específica.

Hipótesis 4. Por una parte, la moralidad en general es un aspecto fundamental de la visión del mundo de las personas (Hirschberger y Pyszczynski, 2011b; Kesebir y Pyszczynski, 2011), por lo que cabe esperar que, en general, los sujetos reaccionen a la amenaza existencial con un incremento en su nivel de moralidad.

No obstante, la posibilidad de adscribirse a unos u otros fundamentos morales bajo condiciones de MS dependerá, presumiblemente, de los fundamentos que la situación haga más relevantes o accesibles. Puesto que en este estudio no se ha manipulado ni controlado la situación para hacer unos u otros fundamentos más relevantes, cabe pensar que las diferencias disposicionales determinarán las posibles “derivadas morales”. Dado que las personas más conservadoras se caracterizan por basar sus apreciaciones morales en los cinco fundamentos, mientras las personas más progresistas tienden a valorar fundamentalmente la protección y la justicia – desestimando los fundamentos de lealtad, autoridad y pureza–, cabe proponer unas hipótesis más específicas:

Hipótesis 4.1. La Orientación política condicionará el efecto de la MS sobre el nivel de adscripción a los diferentes fundamentos morales, de modo que:

Subhipótesis 4.1.1. Entre las personas de derechas, la MS promoverá mayores niveles de moralidad en general (puntuación en escala completa MFQ de juicios morales), y en los distintos fundamentos morales: cuidado, justicia, fundamentos individuales tomados unitariamente; y, sobre todo, los más específicos de la ideología conservadora –lealtad, autoridad, pureza, y los fundamentos de vinculación tomados como unidad.

Subhipótesis 4.1.2. Entre las personas de izquierdas, la MS promoverá mayores niveles de moralidad, fundamentalmente aquéllas más vinculadas con la visión progresista del mundo: el cuidado, la justicia y los fundamentos individuales como unidad.

CAPÍTULO 10. METODOLOGÍA

Para abordar estos objetivos y poner a prueba las hipótesis planteadas, se ha llevado a cabo una investigación empírica con un nivel de análisis experimental, en el que, a través de la administración de un cuestionario, se ha manipulado una variable independiente, el recuerdo de la propia mortalidad –MS–, y se han tomado medidas de diferentes variables, muchas de las cuales serán consideradas como variables dependientes en relación con las diferentes hipótesis de la investigación.

10.1. PARTICIPANTES.

La muestra estuvo compuesta por un total de 293 estudiantes universitarios (60 varones, 229 mujeres y 4 sin especificar) de distintos cursos de la licenciatura de Psicología y de la de Administración y Dirección de Empresas de la UCM, con objeto de que ésta fuera lo más amplia y variada posible –a nivel de que cubriera en mayor medida el espectro ideológico–. Se trata de personas jóvenes, con edades comprendidas entre los 19 y los 46 años (21,6 años de media). Más adelante, en el análisis de los resultados preliminares, se analizará de forma más pormenorizada la muestra, así como la distribución de los sujetos por ideología política y condición experimental, que resultó bastante equilibrada, como puede observarse en la tabla 1 (página 251).

10.2. PROCEDIMIENTO

Los datos se tomaron durante una semana en el mes de mayo de 2011. Los sujetos participaron en el experimento de forma totalmente libre y voluntaria, en el contexto de las clases prácticas de diversas asignaturas, donde siempre se les dio la opción de irse. Se les presentó la investigación como un cuestionario acerca de su opinión sobre distintos aspectos personales y sociales, e garantizó el anonimato y la confidencialidad, y se dio a los participantes la posibilidad, en un futuro, de profundizar en los objetivos de la investigación, e incluso de participar de forma más activa en la misma¹⁸. Una vez decidieron tomar parte en el mismo, se repartió el cuestionario, en cuyas instrucciones generales se repetía la información acerca de la

¹⁸ En la presentación oral de la investigación se decía exactamente lo siguiente: “Solicitamos su colaboración para participar en un estudio. Se trata de una investigación que pretende conocer algunos aspectos de la personalidad y las emociones, así como las actitudes y opiniones que tiene la gente hacia algunos asuntos de interés social o público que tienen relevancia en la actualidad. Es totalmente anónimo y confidencial. Si no desea participar, puede abandonar el aula ahora, o hacerlo en el momento en que lo desee. Al finalizar la clase, quien lo desee podrá hablar con el investigador para ampliar información sobre los objetivos de la investigación o la posibilidad de involucrarse de forma más activa en la misma”

naturaleza y objetivos de la investigación, y se solicitaba sinceridad, haciendo énfasis en que no existían respuestas correctas o incorrectas¹⁹. El experimentador fue el mismo en todos los casos.

Puesto que el resto del procedimiento consistió en la cumplimentación del cuestionario por parte de los participantes, a continuación se describe el mismo como parte del procedimiento, dejando para el siguiente epígrafe la explicación en detalle de las variables y medidas contenidas en el mismo.

El cuestionario (**ver anexo 1**) fue el instrumento utilizado, no sólo para la recogida de información y medidas de las variables (que en algunos casos serán tomadas como variables dependientes, y en otros, como variables independientes o criterio), sino también para la manipulación de la variable independiente principal. Esta manipulación ha hecho necesario presentar dicho cuestionario con dos formatos diferentes: uno para la condición experimental, y otra para la condición control. Las únicas diferencias entre ellos radican en que el cuestionario de la condición experimental contiene, al principio, la inducción de la MS; y en que, por otra parte, el cuestionario control contiene una escala adicional al final (la subescala de relevancia moral del MFQ –Moral Foundations Questionnaire–, ítems correspondientes a los códigos 57 – 66), que no se incluye en la otra versión del cuestionario para evitar que resultara demasiado largo y tedioso. En todo lo demás, ambos cuestionarios son idénticos.

Se trata de un cuestionario extenso, sin numeración (sólo aparece el código utilizado para la codificación del cuestionario y su grabación en el programa estadístico, código por el que me referiré a los ítems), que se divide en varios apartados, y que contiene diversas pruebas y preguntas, algunas de las cuales son irrelevantes para la presente investigación. En el anexo 1 se presenta una versión reducida del mismo, que contiene sólo las cuestiones relevantes para nuestro estudio.

Los ítems y sus códigos se irán detallando a medida que se describan las principales variables objeto de estudio.

¹⁹ Una vez los participantes recibían el cuestionario, las instrucciones que figuran por escrito en el mismo fueron complementadas por las siguientes instrucciones: “Se ruega que se responda con sinceridad y seriedad. Respecto a la forma de rellenar el cuestionario, además de orientarse por las instrucciones que aparecerán en él por escrito, es fundamental que se responda a las cuestiones por orden de aparición, es decir, que no se dejen cuestiones sin responder y se vuelva atrás después para hacerlo. Si alguien tiene alguna duda, sugerencia o crítica, puede reflejarlo al final del cuestionario”

En primer lugar, después rellenar algunos datos personales de sexo y edad –códigos 4 y 5–, los sujetos fueron asignados al azar a las condiciones experimental y control sin que fueran conscientes de ello. En el caso de los sujetos en la condición experimental, tras pasar por la manipulación del recuerdo de la propia mortalidad (contextualizada como una prueba novedosa de evaluación de la personalidad), los participantes rellenaron una prueba dirigida exclusivamente a conseguir una demora entre la manipulación de la VI y la recogida de datos de las variables dependientes (el PANAS, que se describirá en los próximos párrafos), presentada como una medida de aspectos emocionales. En el caso de los participantes en la condición control, esta fue la primera tarea que realizaron.

El siguiente apartado del cuestionario se contextualizó como una parte diferente del estudio, que tenía que ver con las “opiniones y actitudes hacia ciertos aspectos de la realidad social que tienen importancia en la actualidad”. En concreto, se puntualizaba: “Durante los últimos tiempos estamos asistiendo a sucesos preocupantes a nivel nacional e internacional, relacionados con la emergencia de conflictos en países de oriente medio en los que los dirigentes dictadores reprimen con dureza a su propio pueblo, atentados y amenazas terroristas a nivel nacional e internacional, el secuestro de periodistas españoles por grupos extremistas en oriente medio, o el de pescadores españoles por piratas en Somalia, etc. Las siguientes cuestiones tienen que ver con este contexto”. Esta introducción parecía importante para dotar de sentido y relevancia al estudio y maximizar el compromiso de los participantes. De otro modo, probablemente éstos se hubiesen sorprendido, o no hubieran encontrado sentido a responder a cuestiones que tratan sobre tópicos alejados de sus preocupaciones y su vida cotidiana.

Dentro de esta segunda parte, los participantes contestaron en primer lugar a las cuestiones que sirvieron de base para la medida de la infrahumanización y minimización emocional (atribuyendo ciertos afectos a terroristas y dictadores o genocidas) –ítems con códigos desde 06 hasta 27–.

A continuación, después de responder a algunas cuestiones no analizadas en este trabajo, los sujetos cumplieron las medidas del apoyo a la intervención militar y la de desconexión moral (entre otras que nos resultan irrelevantes). Puesto que todas ellas requerían un formato de respuesta similar, en una escala entre 1 y 5, se introdujeron unas instrucciones generales, con independencia de las especificaciones para cada grupo de preguntas (que se detallan en los instrumentos y pueden verse en el anexo 1). Estas instrucciones generales rezaban: “A continuación se presenta una serie de supuestos y afirmaciones que hacen referencia a la necesidad o deseabilidad del empleo de la lucha armada, fuerza militar, etc. (términos que deben tomarse como sinónimos), en diferentes situaciones, en el contexto de la situación social

comentada anteriormente. Por favor, responde a cada una de ellas posicionándote en una escala de 1 a 5, en función del grado en que estés de acuerdo con ellas, siendo 1 (muy en desacuerdo), 2 (en desacuerdo), 3 (no estoy seguro), 4 (de acuerdo), 5 (muy de acuerdo)”.

Las instrucciones fueron acompañadas de una explicación ejemplificada, habitual en estos casos: “De aquí en adelante, algunos ítems son complejos y pueden incluir varias afirmaciones. Cuando tu actitud sea diferente hacia cada elemento de un mismo ítem, contesta teniendo en cuenta el sentido general del enunciado. Por ejemplo, si el ítem dice “me gustan los perros y los gatos”, y estás muy de acuerdo en el caso de los perros (un 5) e indiferente en el caso de los gatos (3), deberías responder 4.”

La última parte del cuestionario se presentaban como “una serie de escalas orientadas a conocer las actitudes de los participantes “hacia diferentes temáticas sociales más generales, los valores y la moralidad”. Junto a una escala no analizada en este trabajo, los sujetos cumplieron la escala de juicios morales de la versión castellana del *Moral Foundations Questionnaire* (MFQ) en versión corta –ítems 40 a 49–. Finalmente, se les preguntó por su orientación política y respondió a una cuestión dirigida a comprobar la eficacia de la manipulación experimental –código 53–. Sólo para los sujetos en la condición control, el cuestionario terminó con la administración de la subescala de relevancia moral de la MFQ –ítems 54 a 63–.

Finalmente, se agradeció la participación y se puso fin al experimento con la entrega del cuestionario. El tiempo medio invertido en la cumplimentación del cuestionario fue de unos 30 ó 35 minutos, y en ningún caso excedió de los 45 minutos.

A continuación se detallan los materiales utilizados por orden de aplicación.

10.3. VARIABLES E INSTRUMENTOS

10.3.1. Manipulación del recuerdo de la mortalidad (MS).

Tras rellenar la información sociodemográfica –edad y sexo–, los sujetos fueron asignados al azar a las condiciones experimental y control. Los participantes en la condición de recuerdo de la mortalidad respondieron a las dos preguntas abiertas que constituyen la forma típica de manipulación de esta variable en la mayor parte de los estudios anteriores: “por favor, concéntrate en ello y describe brevemente las emociones que pensar en tu propia muerte provoca en ti”, y “por favor, describe brevemente, todo lo específicamente posible, qué piensas que te ocurrirá físicamente cuando mueras y una vez que estés físicamente muerto. Trata de

experimentarlo vívidamente”. Como es habitual, las cuestiones fueron presentadas como una forma innovadora de evaluación de la personalidad –el denominado *Project life attitudes assessment* (Solomon et al., 1991; Harmon-Jones et al., 1997)–. En el **anexo 1** se pueden ver las instrucciones exactas.

Los participantes del grupo control simplemente no pasaron por la tarea experimental, sin tener que realizar ninguna tarea paralela. Aunque no es lo más habitual, hasta el año 2009 no menos de una docena de estudios basados en el paradigma de la MS habían utilizado con éxito la ausencia de tarea como condición control (Florian y Mikulincer, 1997, experimentos 1 y 2; Harmon Jones et al., 1997; Koole et al., 2005, experimento 2; Gailliot, Schmeichel y Baumeister, 2006, experimento 5, etc.; véase Burke, Martens y Faucher, 2010), encontrándose –cuando se han comparado– que esta condición control es totalmente equiparable a las que utilizan tareas equivalentes o paralelas a las experimentales (Rosenblatt y otros; 1989; Van Den Bos y Miedema, 2000, experimentos 1 y 2).

Esta decisión se debe a que el objetivo es conocer los efectos de la MS, no en comparación con los efectos de otras amenazas o situaciones particulares, sino en comparación con las situaciones cotidianas en que se encuentra la gente (y que puede implicar, por qué no, cierto grado de accesibilidad a pensamientos sobre la muerte –DTA, que es una variable continua (Hayes et al., 2010)–. Por otra parte, dada la facilidad para inducir MS a través de una gran diversidad de procedimientos experimentales (Burke et al., 2010), imaginarse viendo la TV –la tarea control más habitual– podría perfectamente inducir MS (imáginese que se han visto series o películas policiacas de asesinatos, o de zombies, o los mismos telediarios), al tiempo que las tareas paralelas que se utilizan para el grupo control suelen resultar muy absurdas y pueden despertar recelos, desconfianza, o, en cualquier caso, restar naturalidad a la situación. En coherencia con ello, los resultados hallados en las distintas variables para los sujetos en la condición control pueden tomarse de forma más fidedigna como representativos de la población.

Distracción: La investigación basada en la TMT ha mostrado que los efectos de la MS se manifiestan después de un periodo de demora en el que los pensamientos sobre la muerte han desaparecido de la consciencia pero se mantienen muy accesibles (ver Pyszczynski, Greenberg, y Solomon, 1999). Para conseguir una demora antes de la recogida de las variables dependientes, tras la manipulación experimental todos los sujetos –también los de la condición control, para que resultaran equiparables en todo a los de la condición experimental– respondieron a una versión del PANAS (Watson, Clark y Tellegen, 1988) traducida al castellano para realizar este estudio. Este instrumento ha sido habitualmente usado con este

mismo fin en la investigación en el marco de la TMT (por ejemplo, Weise et al., 2008; o Motyl et al., 2010).

En realidad, el PANAS (Positive And Negative Affect Scale, escalas de afecto positivo y negativo) consta de dos escalas, de 10 ítems cada una, que miden el afecto positivo y negativo respectivamente, tanto en general como referido a los últimos días. Este instrumento se ha utilizado frecuentemente en los estudios basados en el paradigma de la MS, además, para asegurarse de que los efectos de la MS no se deben a cambios a nivel emocional. Dado que este extremo ha sido comprobado en cada una de las múltiples ocasiones en que se ha explorado (Burke et al., 2010, para una revisión), en este estudio no se realizará dicho análisis.

10.3.2. Deshumanización: infrahumanización y minimización emocional.

La medida de las dos formas de deshumanización, infrahumanización y minimización emocional, se realizó conjuntamente. Se usó un procedimiento diferente al habitualmente utilizado bajo el paradigma de la infrahumanización, en el que se entiende ésta en términos comparativos con el endogrupo –en concreto, la infrahumanización vendría dada por una menor adscripción de sentimientos al exogrupo en comparación con el endogrupo–. En este caso, se utiliza el concepto de infrahumanización con un sentido ligeramente diferente, pero fundamentado en la base teórica y resultados empíricos del paradigma de la infrahumanización. En concreto, por infrahumanización entenderé una negación o minimización en el grado en el que se adscriben emociones secundarias o sentimientos (exclusivamente humanos) a una persona o colectivo diana concretos, sin hacer referencia en ningún momento al nivel de atribución de sentimientos al endogrupo. De forma paralela, la minimización emocional consistirá en una negación o minimización en la atribución de emociones –tanto emociones primarias como sentimientos–. Recuérdese que, así entendidos, la infrahumanización sería un tipo de deshumanización animalística, y la minimización emocional sería una forma de deshumanización mecanicista.

En concreto, siguiendo procedimiento muy similar al utilizado por Seemann y Brady (2008) o Leidner et al.(2010), se solicitó a los sujetos que, a través de una escala tipo likert que oscila entre 1 (nada en absoluto) y 5 (muchísimo), indicaran hasta qué punto consideraban que los terroristas islamistas, por una parte, y los dictadores que cometen abusos contra su pueblo, por otra, tienden a sentir en su vida cotidiana cada una de un conjunto de 11 emociones, cinco de ellas “primarias” (miedo, sorpresa, ira, alegría, dolor), y seis “secundarias” o sentimientos (ternura, vergüenza, culpa, amor, melancolía y compasión).

El grado de minimización emocional viene dado por la media de las puntuaciones obtenidas en todos los ítems, una vez invertidas las puntuaciones (Leidner et al., 2010). Al invertir las puntuaciones, la interpretación de los resultados resulta más intuitiva, puesto que las altas puntuaciones implicarán menor nivel de atribución de emociones, es decir, mayor minimización emocional.

El nivel de infrahumanización se evaluó de forma similar al de la minimización emocional, pero tomando en consideración exclusivamente los términos afectivos que se refieren a sentimientos –o emociones secundarias–²⁰.

Los términos emocionales fueron seleccionados por su validez como representantes de las categorías “emoción” frente a “sentimiento” según diversos estudios anteriores a nivel nacional e internacional (Leyends, Rodríguez-Pérez, Rodríguez-Torres, Gaunt, Paladino y Vaes, 2001, estudio1; Demoulin, Leyends et al., 2004; Rodríguez-Pérez, Coello, Betancor, Rodríguez-Torres y Delgado, 2006; Delgado, Pacios, Rodríguez y Betancor, 2008), y por su relevancia teórica en relación al tema de estudio:

a) En cuanto a las **emociones primarias**, el **miedo, la alegría, la sorpresa y el dolor** se mostraron como emociones prototípicas en castellano en el estudio normativo de Demoulin, Leyends et al. (2004) –el miedo y la alegría también se han mostrado empíricamente como emociones en diversos estudios con muestra española (Rodríguez et al. 2006; Delgado et al., 2008)–; la **ira** es una emoción primaria básica consensuada en el ámbito académico, muy asociada a otros afectos, como el enfado o la rabia, que se han mostrado percibirse como emociones primarias prototípicas a los ojos de sujetos españoles (Demoulin, Leyends et al., 2004).

b) En relación con las **emociones secundarias o sentimientos**, el ya citado estudio de Demoulin, Leyends et al. (2004) destaca como emociones secundarias prototípicas del castellano la **ternura, la vergüenza, la culpa y el dolor**; en cuanto a la **melancolía**, estudios pretest con muestra española han mostrado que es percibida como un sentimiento con alta puntuación en la dimensión de exclusividad humana (Rodríguez et al., 2006); por último, la

²⁰ En realidad, el lector podrá apercibirse de que minimización emocional e infrahumanización se definen exactamente como la inversión del nivel en que se atribuyen, respectivamente, emociones en general o emociones secundarias (sentimientos) a los colectivos diana (a mayor nivel de emociones adscritas, menor minimización emocional, y viceversa). Por tanto, otra opción podría haber sido no invertir las puntuaciones y simplemente comprobar si la MS provoca una menor atribución de emociones (es decir, minimización emocional) y de sentimientos (es decir, infrahumanización) en los colectivos diana. No obstante, se ha seguido el procedimiento de Liedner et al. (2010) que, como decía, resulta más intuitivo, aunque algo más complejo.

compasión, en apariencia muy relevante en la percepción de quien comete actos violentos, ha sido utilizada como ejemplar de emociones secundarias en población española por Leyends et al. (2001, estudio1), y aparece con alta puntuación en exclusividad humana para la muestra de habla inglesa en el estudio normativo de Demoulin, Leyends et al. (2004).

Complementariamente, en un estudio posterior, con una muestra similar de 44 sujetos, se comprobó, a través de una escala tipo Likert de 7 puntos, que los términos seleccionados como sentimientos eran percibidos como más específicamente humanos ($M= 4,69$; $SD= 1,21$) que los elegidos como emociones ($M= 2,11$; $SD= 1,04$), $t(43)= -13,389$, $p< .001$. Se trata de un procedimiento similar al que utilizan diversos autores para seleccionar las emociones y sentimientos que utilizan en sus estudios (Rodríguez et al., 2006; Delgado, Rodríguez-Perez, Vaes, Leyends y Betancor, 2009; Pereira, Vala y Leyends, 2009; etc.).

10.3.3. Apoyo a la intervención militar.

Para la medida del apoyo a la intervención militar se han planteado una serie de ítems (los comprendidos entre los códigos 28 y 31– que conforman una medida de apoyo directo a la acción militar en situaciones concretas que pueden entenderse como moralmente dilemáticas. Se trata de supuestos realistas, plausibles en una situación hipotética, o directamente vinculadas a sucesos que estaban teniendo lugar en el contexto internacional en la época en que se recogieron los datos. Las cuestiones fueron presentadas de la siguiente manera: “A continuación se presenta una serie de supuestos y afirmaciones que hacen referencia a la necesidad o deseabilidad del empleo de la lucha armada, fuerza militar, etc. (términos que deben tomarse como sinónimos), en diferentes situaciones, en el contexto de la situación social comentada anteriormente”. Los participantes debían responder posicionándose en una escala de 1 a 5, en función del grado en que estuvieran de acuerdo con ellas. Los supuestos son los siguientes:

(28) Durante una operación militar contra terroristas en oriente medio, tropas de tu país han planificado atacar a un grupo de Insurgentes que habían cometido un atentado. El objetivo de la operación es evitar un nuevo atentado que los terroristas están planificando llevar a cabo en tu país, y prevenir así futuras muertes de ciudadanos que son tus compatriotas. Los mandos militares que han tomado la decisión son conscientes de la posibilidad de que se produzcan bajas de árabes civiles durante el ataque, pero pensaron que a veces es necesario sacrificar un pequeño número de civiles para evitar la muerte de más personas en el futuro. Estas bajas no son intencionadas, sino que se asumen como una consecuencia no deseada de la acción militar. ¿Hasta qué punto compartes el criterio utilizado por los líderes militares para justificar su acción?

(29) Durante los últimos meses, los ciudadanos de Siria se han manifestado en las calles para solicitar más democracia y libertad, y como respuesta el gobierno del dictador Bacher Al Asad ha reprimido duramente a su propia población, matando a cientos de manifestantes, y la situación sigue empeorando. Me parecería adecuado el uso de la fuerza militar de mi país en colaboración con otros para proteger a la población siria de la opresión de su dictador.
(30) En el año 2002 soldados marroquíes ocuparon el islote “Perejil”, parte del territorio Español, provocando una crisis entre ambos países. En los últimos tiempos, Marruecos está reclamando la soberanía de Ceuta y Melilla. Si algún país ocupa parte de nuestro territorio, apoyo el empleo de la fuerza militar para defender la integridad territorial de mi país.
(31) Un conocido periodista español opina que él no dudaría en eliminar a varios terroristas para salvar a un compatriota secuestrado. ¿En qué medida estás de acuerdo con él?

El primer ítem es una modificación del supuesto utilizado por Ditto et al. (2010) o Uhlmann et al. (2009) dirigido a valorar la adscripción a los principios de la ética consecuencialista que supone la justificación moral de las bajas civiles en un conflicto armado, y que se mostró sensible a la orientación política: Uhlmann y sus compañeros encontraron que las personas de ideología conservadora eran más proclives a justificar los daños colaterales que las de ideología progresista.

El segundo ítem hace referencia a la justificación de la acción militar basada en el fundamento moral de cuidado/protección, especialmente valorado en las sociedades occidentales por la gente en general (tanto progresistas como conservadores), que considera moralmente importante no dañar a nadie. Por tanto, la ruptura de este principio supone una violación de una norma social y moral a la que podría legitimar la intervención militar²¹.

El tercer ítem está basado en las justificaciones para la intervención militar basadas en los fundamentos morales que promueven la lealtad al propio grupo y la defensa de lo tradicional, y que son más valorados por personas conservadoras. Éstas, por tanto, deberían sentirse más indignadas ante una violación de tales principios, y más proclives a castigar con mayor dureza a los culpables. Algunos ejemplos de situaciones que violan estos fundamentos son las amenazas al territorio propio, como las que a principios de siglo XXI surgieron con motivo del incremento en la intensidad del reclamo de la soberanía de Ceuta y Melilla por parte de Marruecos, o su ocupación del islote “Perejil” en el año 2002.

²¹ El segundo ítem fue excluido del índice de apoyo a la intervención militar debido a que perjudicaba la consistencia interna de la escala, que, por tanto, cuenta finalmente con tres elementos. Su consistencia interna es de $\alpha = .66$

También relacionado con el fundamento moral del endogrupo (y del cuidado o protección), especialmente valorado por las personas conservadoras, está la justificación de la violencia colectiva como medio para proteger o salvar a compatriotas inocentes. El ítem 4 se basa en la polémica aseveración que rotundamente expresó en la televisión pública un periodista conservador español, Herman Terstch, y que es esperable que encuentre mayor aceptación entre personas de derechas.

10.3.4. Desconexión moral.

Para la medida del nivel de desconexión moral, se utilizó una traducción al castellano de la escala “Terrorism-Questionnaire”, desarrollada por Jackson y Sparr (2005), que consta de 8 ítems –desde el código 32 hasta el 39–, uno correspondiente a cada mecanismo, a los que se debe responder en una escala de cinco puntos en función del grado en que los participantes estén de acuerdo con ellas, siendo 1 (muy en desacuerdo) y 5 (muy de acuerdo). Los ítems son los siguientes:

ítems	Mecanismo de desconexión moral
1. En acciones militares rápidas y precisas, las bases de los grupos hostiles pueden ser neutralizadas y los daños colaterales minimizados	Lenguaje eufemístico
2. Es irresponsable renunciar a la fuerza militar si con ella se puede contribuir a la paz mundial	Justificación moral
3. Los terroristas son como las plagas en los campos, hay que enfrentarse a ellos sin darles tregua.	Deshumanización
4. Si la OTAN nos pide ayuda militar para poner fin a un conflicto en un país extranjero, yo apoyo el uso de la fuerza militar en la región en crisis.	Difusión de la responsabilidad
5. Encuentro justificado el uso de la fuerza militar en la lucha por la paz, siempre que se evite la muerte de personas inocentes	Distorsión de las consecuencias
6. Si un soldado mata a alguien en el ejercicio de su deber, actúa en nombre de órdenes militares y por lo tanto no se le debe considerar personalmente responsable por su acción	Desplazamiento de la responsabilidad
7. Si los medios pacíficos no pueden resolver un conflicto de forma efectiva, apoyo el uso de intervenciones militares	Comparación ventajosa
8. Si grupos políticos extremos son culpables de crímenes crueles contra la humanidad y serias violaciones de los derechos humanos, no merecen ser tratados con indulgencia.	Atribución de culpa o responsabilidad

A continuación justificaré su elección y dedicaré unas líneas a informar de su proceso de elaboración y características psicométricas.

Otras escalas y sus problemas. Como en su momento se apuntó, el enfoque de Bandura ha permitido el desarrollo de diversas escalas para medir de forma cuantitativa la tendencia a verse afectado por los mecanismos de desconexión moral, contextualizados en el ámbito del uso de la fuerza militar o armada. El número de estas escalas es muy limitado –no existe ninguna en castellano–, y ninguna de ellas ha logrado imponerse como instrumento de referencia a utilizar. Lo habitual viene siendo que en cada investigación se utilice una escala desarrollada “ad hoc” para la misma.

En la mayor parte de las ocasiones estas escalas adolecen de ciertas “peculiaridades” o aspectos problemáticos. Por ejemplo, en la escala de McAllister (2001) y su versión abreviada (Grussendorf et al., 2002), se pide a los sujetos que muestren su nivel de acuerdo con el uso de la fuerza militar o armada en un conjunto de supuestos –los ítems– que representan los mecanismos de desconexión moral, de modo que se está midiendo más el apoyo a la intervención armada en condiciones de desconexión moral, que la desconexión moral propiamente dicha. En el resto de las escalas es habitual que aparezcan mezclados los ítems que miden directamente desconexión moral con otros que siguen midiendo justificación de la violencia. Por ejemplo, Howard et al. (2007) proponen el ítem “la fuerza militar debería usarse cuando la diplomacia y la negociación resultan ineficaces en la resolución de un conflicto”, que pretende medir el mecanismo de minimización de consecuencias pero implica justificación de la violencia, junto a otros que miden mecanismos puros, como los que rezan: “los soldados no deberían ser considerados responsables por seguir las órdenes de sus superiores” (desplazamiento de la responsabilidad), o “en algunas naciones, los líderes y sus seguidores no son mejores que los animales” (deshumanización). Otro ejemplo de ítems que miden justificación de violencia es “el uso de la fuerza militar es adecuado porque puede prevenir más sufrimiento del que causa” (mecanismo de comparación ventajosa, McAllister et al., 2006, y Howard et al., 2007). Sólo la escala de Jackson y Gaertner (2010) utiliza ítems que miden principalmente mecanismos puros de desconexión moral, dejando a un lado los que implican justificar la intervención militar.

Por otra parte, en las diversas escalas publicadas es habitual que el número de ítems que mide cada mecanismo sea diferente (Mc Allister, 2001; Grussendorf et al., 2002; McAllister et al., 2006; Howard et al., 2007; etc.), y que se dejen de lado ciertos mecanismos. Así, por ejemplo, el de atribución de culpa y el de lenguaje eufemístico –que habitualmente se valora de forma transversal–, son muy poco comunes, y , algunos estudios se centran sólo en algún mecanismo

aislado –como el de Aquino y Reed (2007), que se centra exclusivamente en el mecanismo de comparación ventajosa– .

Además, ciertos ítems se dirigen a valorar distintos mecanismos simultáneamente, como ocurre con un ítem de la escala de Mc Allister et al. (2006) que se refiere a los mecanismos de lenguaje eufemístico y el de minimización de consecuencias. Algunos de los ítems correspondientes a la justificación moral de Jackson y Gaertner (2010) implican también comparación ventajosa, por ejemplo. Por último, es razonable pensar que ciertos ítems que se corresponden según los autores con un mecanismo dado podrían servir también para valorar otros fundamentos. Por ejemplo, el de lenguaje eufemístico de Jackson y Sparr (2005) es un claro ejemplo de minimización de consecuencias (“en acciones militares rápidas y precisas, las bases de los grupos hostiles pueden ser neutralizadas y los daños colaterales minimizados”)

Instrumento seleccionado para la medida de la desconexión moral. El “Terrorism-Questionnaire”, escala desarrollada por Jackson y Sparr (2005), salva en buena medida algunas de las dificultades planteadas. Este cuestionario supuso un avance respecto a las escalas existentes en aquel momento, tiene unas características psicométricas satisfactorias, y mide adecuada y equilibradamente el constructo con sólo 8 ítems (uno para cada mecanismo, formalmente bien planteados, y referidos tanto a desconexión moral pura como a justificación de la acción en situaciones que implican desconexión moral). La traducción al castellano se realizó de forma independiente por dos traductores.

Jackson y Sparr (2005) desarrollaron una escala con la intención de salir al paso de las principales limitaciones metodológicas de las escalas existentes en aquel momento (las de Mc Allister, 2001; y Grussendorf et al., 2002). En primer lugar, éstas estaban formuladas en un tiempo verbal condicional que podría resultar inadecuado, dado que no es lo mismo apoyar acciones militares hipotéticas que apoyar acciones militares reales. En la escala no se daba el mismo peso a todos los mecanismos, puesto que el número de ítems dirigido a medir cada uno era diferente –estando ausente la medida del lenguaje eufemístico, y de la atribución de culpa–. Por último, la cuestión introductoria de la escala era tendenciosa, pudiendo condicionar la dirección de la respuesta a unos ítems que, por otro lado, estaban todos redactados en la misma dirección (de modo que en todos los casos las altas puntuaciones implican altos niveles de desconexión moral, por lo que se daba susceptibilidad a la aquiescencia).

Para hacer frente a estos problemas, las autoras desarrollaron el “Terrorism-Questionnaire”, escala que se compone de 8 ítems –uno para cada mecanismo de desconexión moral–. La escala es el resultado de un proceso de selección en el que se elaboraron 27 ítems que abordaban todos

los mecanismos, redactados de forma tanto directa como inversa, y de los que se fueron desechando los más psicométricamente débiles. Finalmente se seleccionaron los 8 ítems más adecuados, uno por cada mecanismo moral, todos los cuales estaban redactados en una misma dirección (de modo que estar de acuerdo con el ítem siempre implicaba mayor desconexión moral). La consistencia interna es de $\alpha = 0.83$. Su estructura interna es de un solo componente (como el de otras escalas de desconexión moral), algo esperable, dado que todos los mecanismos dan lugar a un mismo resultado. Estas características psicométricas se han mantenido estables a lo largo de varios estudios, en los que, además, ha mostrado diferenciable del constructo militarismo-pacifismo –cada uno configuraba un factor diferente en un análisis factorial realizado–. No obstante, está asociada con esta variable (mayores niveles de desconexión moral covarían con actitudes militaristas) y correlaciona positivamente con el apoyo a la intervención militar, aspectos que suponen indicadores de validez externa. También correlaciona negativamente con el nivel educativo y positivamente con la orientación política de derechas, aunque no se encuentran diferencias de género al respecto.

10.3.5. Cuestionario de los Fundamentos Morales (Moral Foundations Questionnaire, MFQ).

Para valorar el nivel de adscripción a los diferentes fundamentos morales los sujetos bajo la condición control rellenaron la traducción al castellano de la versión corta del cuestionario de los Fundamentos Morales –Moral Foundations Questionnaire, MFQ (Graham et al., 2009 y 2011)–, formado por sus dos subescalas correspondientes: la subescala de juicios morales – ítems con códigos de 40 a 49–, y la subescala de relevancia moral– ítems 54 a 63–. Se tomó la traducción al castellano disponible en el sitio web oficial de los autores de referencia (<http://yourmorals.org/haidtlab/mft/index.php?t=questionnaires>). Los sujetos en la condición experimental respondieron sólo la subescala de juicios morales, que será por tanto la utilizada para las comparaciones entre ambas condiciones.

El Cuestionario de Fundamentos Morales (Moral Foundations Questionnaire –MFQ, Graham et al., 2009 y 2011) fue desarrollado con el objetivo de evaluar las diferencias individuales en la importancia concedida a los diferentes dominios de moralidad descritos por la MFT. Formalmente se compone de dos subescalas que han mostrado su validez en la medición de los fundamentos morales de forma independiente: una en la que se pide a los sujetos evaluar la relevancia moral de diversos temas o asuntos relativos a los distintos fundamentos (*subescala de relevancia moral*); y otra que mide los niveles de acuerdo con afirmaciones más específicas y contextualizadas sobre juicios morales (*subescala de juicios morales*). La subescala de relevancia evaluaría mejor las teorías explícitas acerca de lo que resulta moralmente relevante,

es decir, valores morales abstractos y generales en distintos contextos; sin embargo, la de juicios morales mediría de forma más apropiada el uso real de los fundamentos morales en los juicios e intuiciones morales (Graham et al., 2009; 2011). En cuanto a su contenido, cada subescala se divide en las mismas cinco subescalas correspondientes a los cinco fundamentos morales de la teoría. A través de un complejo proceso de elaboración y selección de ítems se llegó a una versión normal y a una reducida de la escala, cuyo criterio fue maximizar el grado en que se mide la complejidad del constructo, aun a costa de reducir la consistencia interna, así como evitar ítems con contenido ideológico claro.

Su estructura factorial es de dos factores (moral individual frente a la de vinculación) desde un análisis factorial exploratorio. Uno confirmatorio concluye que la estructura de cinco componentes encaja mejor con los datos que la de 1, 2 (fundamentos individuales y de vinculación) ó 3 (acorde con la postura de Shweder, quien distingue entre ética individual, ética de la comunidad y ética de la divinidad) factores.

La correlación de Pearson test –retest para cada fundamento moral del MFQ fue de .71 para el fundamento de protección, .68 para el de justicia, .69 para el de lealtad, .71 para el de autoridad y .82 para el de pureza ($p < .001$ en todos los casos).

La consistencia interna media –obtenida a través de varios estudios– de la MFQ completa es de $\alpha = 0,73$, La de cada fundamento moral medido por este mismo cuestionario es de un alfa de .65 para justicia, .69 para cuidado, .71 para lealtad, .74 para autoridad y .84 para pureza.

La validez interna y externa del cuestionario y de cada una de sus escalas, tanto en la versión estándar como en la versión acortada, viene avalada por varios criterios: Para su composición, se seleccionaron aquéllos que para la medida de cada fundamento correlacionaran significativa y más intensamente con la medida del mismo fundamento según la subescala alternativa, con los ítems correspondientes a cada fundamento contenidos en la escala de intercambios prohibidos –*taboo trade-off questionnaire* (véase Graham, et al., 2009, estudio 3, Apéndice C)–, así como con una escala externa teóricamente relacionada con cada fundamento moral. Además, como indicador de validez discriminante, las correlaciones de cada fundamento con cada uno de los criterios internos y externos mostraron ser más intensas que las de estos criterios con los demás fundamentos morales.

Por poner algunos ejemplos de los datos psicométricos de la MFQ versión normal, las correlaciones de orden cero entre los fundamentos morales medidos por las dos subescalas oscilaron entre .46 (fundamento de justicia) y .74 (pureza), aunque para ninguno de los demás

fundamentos llegaba a una correlación mayor de .49. Las correlaciones parciales controlando la variable de orientación política oscilaron entre .35 (fundamento de justicia) y .39, salvo en el caso de la pureza, donde se llegaba a .64

Las correlaciones con la orientación política (de derechas o conservadora) fueron de -.20 para la protección; -.32 para la justicia; .37 para el endogrupo o lealtad; .48 para la autoridad; y .49 para la pureza.

Las diferencias en las puntuaciones en cada fundamento entre progresistas y conservadores fueron las siguientes: cuidado: 3,62 para progresistas, 2,98 para conservadores; justicia: 3,74 para los progresistas, 3,02 para los conservadores; lealtad: 3,07 para los progresistas, 2,08 para los conservadores; autoridad: 2,06 para los progresistas, 3,28 para los conservadores; 2,06; pureza: 1,27 para los progresistas, 2,89 para los conservadores.

10.3.6. Orientación política

Se solicitó a los participantes que describieran su orientación política situándose en una escala de siete puntos (desde “muy de izquierdas” hasta “muy de derechas”) a la pregunta “¿Cuál es tu orientación política?”. La dicotomía izquierda – derechas es prácticamente equivalente a la de progresista-conservador (Jost, 2006; Jost, Federico y Napier, 2009), y resulta generalmente más clara en países como España. A pesar de no ser la más académicamente ortodoxa, esta forma de medir el conservadurismo u orientación política es frecuentemente utilizada en la investigación psicosocial, mostrando una adecuada validez y utilidad (Nail, Harton y Decker, 2003; Haidt, Graham y Joseph, 2009).

Aunque ser de derechas no es exactamente similar al conservadurismo, pueden considerarse concepciones equivalentes o al menos muy relacionadas, y en contextos europeos se utiliza más frecuentemente, por resultar más clara, la dicotomía derechas – izquierdas que la de conservadurismo – progresismo (Jost, 2006, Jost, Federico y Napier, 2009).

Cabe destacar que se está midiendo la concepción que tiene la persona acerca de su nivel de conservadurismo u orientación política, más que de su orientación política propiamente dicha. A pesar de no ser la más académicamente ortodoxa, esta forma de medir el conservadurismo u orientación política es frecuentemente utilizada en ámbitos relacionados con esta tesis, como el de la ideología política, la desconexión moral, las actitudes hacia el militarismo, o la moralidad (por ejemplo, Dunn, Moore y Nosek, 2005; Jackson y Sparr, 2005; De Luca-Mc Lean y Castano, 2009).

En defensa de su validez, se ha comprobado la alta correlación de la medida de orientación política a través de un continuo izquierda-derecha con el conservadurismo político –medido también a través de un continuo entre muy progresista y muy conservador–, el autoritarismo de derechas (RWA), la orientación de dominancia social (SDO) o el prejuicio generalizado (Von Collani y Grumm, 2009); que estos tipos de medida están involucradas en la dimensión económica del conservadurismo y en el autoritarismo, y correlacionan con la necesidad de cierre cognitivo, variable junto a la que es capaz de predecir la agresividad en los conflictos intergrupales (Golec de Zabala et al., 2010); o que correlacionan con otras medidas de conservadurismo, pueden predecir distintas formas de racismo y muestran una adecuada validez (Nail, Harton y Decker, 2003). Como señalan Haidt, Graham y Joseph (2009), diversos análisis correlacionales muestran que la puntuación en una simple escala entre los polos derecha-izquierda o progresista-conservador es muy útil y puede predecir gran variedad de rasgos de personalidad, comportamientos, preferencias y estilos de interacción. Desde el mismo campo de la Psicología moral, Graham et al. (2009) utilizan la autocategorización a través de un continuo entre muy progresista y muy conservador, y comprueban su alta correlación con la medida implícita de la orientación política a través del IAT (test de asociación implícita). Graham et al. (2011) encuentran apoyo a la validez de este tipo de medida con decenas de miles de sujetos de diversos países de todo el mundo, y sugieren que tiene un significado común en distintas sociedades, dado que los resultados de la relación de la ideología política con distintas formas de moralidad convergen internacionalmente. Entre estudiantes de Psicología de la UCM, en estudios anteriores sin publicar, hemos comprobado que esta forma de orientación política correlaciona de forma positiva con la religiosidad ($r = .619$, $p < .001$), la necesidad personal de estructura ($r = .321$, $p = .005$) y el apoyo a diversas formas de violencia institucional e intergrupala y de desconexión moral, como cabe esperar del conservadurismo político y el autoritarismo.

10.3.7. Comprobación de la eficacia de la manipulación experimental

A pesar de que la inclusión de procedimientos para asegurarse de que las condiciones experimentales realmente lo son (que la variable se manipula en la dirección pretendida) es prácticamente imprescindible en las investigaciones experimentales, no resulta en absoluto habitual en las que se desarrollan bajo el paradigma de la TMT. La mayoría de los estudios no incluye ninguna forma de comprobación en este sentido, probablemente porque el mero hecho de responder a las cuestiones abiertas sobre la muerte es en sí mismo una garantía de que los sujetos han pasado realmente por esta variable, o bien porque las *manipulations check* habituales no necesariamente deberían ser eficaces: dado que las defensas proximales contra la conciencia de la mortalidad implican negar o reprimir este aspecto, alejarlo de la consciencia (Pyszczynski, Greenberg, y Solomon, 1999), las pruebas de eficacia de la manipulación

experimental habituales no necesariamente deberían ser adecuadas: la gente que piensa en la muerte no tiene por qué tener más presentes estos aspectos, al menos conscientemente.

En cualquier caso, en este estudio se decidió incluir un procedimiento muy similar al empleado por Van den Bos y Miedema (2000) para comprobar la eficacia de la manipulación experimental: los participantes señalaron el grado en que habían pensado en su propia muerte en algún momento durante el desarrollo del cuestionario, con un formato de respuesta en escala tipo Likert de 5 puntos (0= nada en absoluto – 5= muchísimo).

CAPÍTULO 11. RESULTADOS Y DISCUSIÓN.

11.1. ANÁLISIS PRELIMINARES

11.1.1. Composición de la muestra en cuanto a las variables clave de nuestro estudio.

La muestra de este estudio es fundamentalmente femenina y progresista o de izquierdas, con edades comprendidas entre los 19 y los 46 años (21,6 años de media). Por sexos, la muestra se compone de 229 mujeres, 60 varones y 4 personas cuyo sexo es desconocido. En cuanto a la orientación política, 156 sujetos (el 53,2%) se describe como de izquierdas, 65 (22,2%) de centro, y 47 de derechas (16%), mientras que 25 sujetos (8,5%) prefirieron no manifestar sus preferencias políticas.

Para la distribución de los sujetos entre las dos condiciones de la variable independiente se confió en el azar, contando con 146 (49,8%) sujetos la condición experimental, y con 147 (50,2%) la condición control. Sin embargo, los valores de los sujetos de una y otra condición en diferentes variables disposicionales que pueden ser relevantes para las diversas variables dependientes podrían afectar a los resultados, contaminándolos, en el caso, por ejemplo, de que el azar hubiese dado lugar a un “reparto” poco equitativo de los distintos valores de tales variables disposicionales. Por tanto, en primer lugar, analizaré la distribución de la muestra de cada condición de la variable independiente en función de dos variables disposicionales que podrían estar asociadas con las variables dependientes: sexo y orientación política.

La distribución de hombres y mujeres entre las dos condiciones experimentales es bastante equilibrada: entre los varones, el 55% (33) de ellos está en la condición experimental y el 45% (27) en la condición control; entre mujeres, el 49% (112) está en la condición experimental, y el 51% (117) en la condición control.

La distribución por orientaciones políticas en las distintas condiciones experimentales también resulta equilibrada: en la condición experimental, hay un 58,2% de izquierdas; 19,2% de centro; 14,4% de derechas; y 8,2% no especificado; entre las personas de la condición control, hay un 48,3% de personas de izquierdas; un 25,2 de centro; un 17,7% de derechas; y un 8,8% de orientación no especificada.

La **tabla 1** pone en relación todos estos resultados, mostrando que el porcentaje de hombres y mujeres de cada orientación política es muy similar en las condiciones experimental y control.

Tabla 1.

Distribución de la muestra de cada condición experimental, en función del sexo y la orientación política.

Sexo	Orientación política			
	izquierdas	centro	derechas	NS/NC
Condición recuerdo de la mortalidad (MS)				
varón	16 (11%)	6 (4,1%)	5 (3,4%)	6 (4,1%)
mujer	68 (46.5%)	22 (15%)	16 (11%)	6 (4,1%)
NS / NC	1 (0,6%)	0 (0%)	0 (0%)	0 (0%)
Control control				
varón	11 (7,5%)	4 (2,7%)	7 (4,7%)	5 (3,4%)
mujer	58 (39,5%)	32 (21,7%)	19 (13%)	8 (5,4%)
NS / NC	2 (1,3%)	1 (0,6%)	0 (0%)	0 (0%)

Nota: Los resultados aparecen en número de sujetos para cada valor o condición de las variables (entre paréntesis, porcentaje de cada valor respecto al N total de cada condición experimental)

Para los análisis que aparecen a continuación, el de las propiedades psicométricas generales de las escalas y medidas elaboradas o traducidas para esta tesis, he tomado en consideración sólo a los sujetos de la condición control porque son los que han respondido a los cuestionarios de forma más "natural", mientras que los sujetos de la condición experimental han pasado por una situación que podría afectar de forma sensible a sus valores, y en cualquier caso podrían no relajar su estado psicológico cotidiano o habitual. En todo caso, los resultados tomando en consideración la muestra total no varían sensiblemente respecto a los aquí expuestos, y cuando sí lo hagan, se aludirá a ello explícitamente y se hará un detallado análisis tales resultados.

11.1.2. Apoyo a la intervención armada.

Se compuso un índice de apoyo a la intervención armada con los ítems ya descritos para ello. El ítem 31 fue excluido de dicho índice debido a que perjudicaba la consistencia interna de la escala, que, por tanto, cuenta finalmente con tres elementos. Su consistencia interna es de $\alpha = .66$. Su validez puede argumentarse en base a las correlaciones con variables como la desconexión moral, los fundamentos morales de vinculación o la orientación política. Como se verá en las siguientes líneas, dichas correlaciones se ajustan a lo que cabe esperar –según la literatura existente– para el apoyo a la violencia colectiva en general.

11.1.3. Desconexión moral.

La traducción de la escala de Jackson y Sparr (2005) parece tener unas propiedades psicométricas aceptables. Su consistencia interna es muy satisfactoria, comparable a la de la escala original ($\alpha = .80$). Además, da muestras de validez convergente, dado que tienen correlaciones positivas y significativas con diversas formas de medir conservadurismo, y con ciertos ítems que miden el apoyo a la intervención militar.

En la **tabla 2** y la **tabla 3** se pueden observar tales correlaciones. Así, como la escala original, nuestra traducción muestra una correlación de Pearson positiva significativa de intensidad moderada con la orientación política conservadora ($r = .41$, $p < .001$), y también con los fundamentos morales más característicos de las personas conservadoras medidos por la versión corta del MFQ: lealtad ($r = .39$, $p < .01$), autoridad ($r = .32$, $p < .01$), pureza ($r = .21$, $p < .05$), o con estos fundamentos de vinculación tomados conjuntamente ($r = .37$, $p < .001$) –estos resultados se pueden observar en la tabla 2, y son similares cuando se utiliza la subescala de juicios morales para medir la moralidad, como se refleja en la tabla 3–. Sobre estos resultados se volverá más adelante, pues forman parte de los que nos servirán para poner a prueba la primera hipótesis de trabajo de esta investigación.

Además, en dichas tablas puede observarse, como cabía esperar, que la desconexión moral muestra una intensa correlación con la medida de apoyo a la intervención militar en contextos reales elaborada para este estudio ($r = .70$, $p < .001$). A pesar de que con otras escalas se ha encontrado diferencias de género en desconexión moral, esta escala, al igual que la original de Jackson y Sparr, no lo hace: los varones ($M = 3.23$, $SD = 0.81$) muestran ligeramente mayores niveles de desconexión moral que las mujeres ($M = 3.05$, $SD = 0.06$), pero las diferencias no resultan significativas, $F(2, 144) = 0.65$, $p = .52$.

Tabla 2.

Correlaciones parciales de Pearson entre desconexión moral, orientación política, apoyo a la intervención militar y diferentes fundamentos morales (Cuestionario MFQ versión corta).

Medidas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
(1) Desconexión Moral	1	,413(**)	,696(**)	,355(**)	,090	,096	,391(**)	,324(**)	,206(*)	,107	,370(**)
(2) Orientación política	,413(**)	1	,404(**)	,296(**)	-,123	-,069	,419(**)	,435(**)	,191(*)	-,116	,418(**)
(3) Apoyo intervención militar	,696(**)	,404(**)	1	,267(**)	-,079	-,093	,451(**)	,354(**)	,137	-,095	,376(**)
(4) Cuestionario MFQ	,355(**)	,296(**)	,267(**)	1	,525(**)	,466(**)	,748(**)	,730(**)	,753(**)	,573(**)	,898(**)
(5) F. Protección	,090	-,123	-,079	,525(**)	1	,521(**)	,068	,065	,220(**)	,917(**)	,143
(6) F. Justicia	,096	-,069	-,093	,466(**)	,521(**)	1	,116	-,005	,185(*)	,818(**)	,120
(7) F. Lealtad	,391(**)	,419(**)	,451(**)	,748(**)	,068	,116	1	,665(**)	,453(**)	,101	,848(**)
(8) F. Autoridad	,324(**)	,435(**)	,354(**)	,730(**)	,065	-,005	,665(**)	1	,469(**)	,041	,858(**)
(9) F- Pureza	,206(*)	,191(*)	,137	,753(**)	,220(**)	,185(*)	,453(**)	,469(**)	1	,239(**)	,779(**)
(10) Fund.individuales	,107	-,116	-,095	,573(**)	,917(**)	,818(**)	,101	,041	,239(**)	1	,154
(11) Fund. vinculación	,370(**)	,418(**)	,376(**)	,898(**)	,143	,120	,848(**)	,858(**)	,779(**)	,154	1

Nota: sujetos bajo condición control (n= 146). Para la variable "orientación política", n= 145.

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

Tabla 3.

Correlaciones parciales entre desconexión moral, orientación política, apoyo a la intervención militar y fundamentos morales (Subescala de juicios morales)

Medidas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
(1) Desconexión Moral	1	,413(**)	,696(**)	,366(**)	,106	,258(**)	,332(**)	,281(**)	,092	,196(*)	,335(**)
(2) Orientación política	,413(**)	1	,404(**)	,281(**)	-,083	,042	,346(**)	,379(**)	,091	-,043	,382(**)
(3) Apoyo intervención militar	,696(**)	,404(**)	1	,288(**)	-,040	,090	,392(**)	,305(**)	,072	,016	,360(**)
(4) Escala juicios morales	,366(**)	,281(**)	,288(**)	1	,564(**)	,472(**)	,649(**)	,604(**)	,573(**)	,627(**)	,863(**)
(5) F. Protección	,106	-,083	-,040	,564(**)	1	,386(**)	,101	,059	,126	,902(**)	,136
(6) F. Justicia	,258(**)	,042	,090	,472(**)	,386(**)	1	,214(**)	,018	,011	,746(**)	,112
(7) F. Lealtad	,332(**)	,346(**)	,392(**)	,649(**)	,101	,214(**)	1	,335(**)	,152	,171(*)	,715(**)
(8) F. Autoridad	,281(**)	,379(**)	,305(**)	,604(**)	,059	,018	,335(**)	1	,254(**)	,048	,734(**)
(9) F. Pureza	,092	,091	,072	,573(**)	,126	,011	,152	,254(**)	1	,101	,664(**)
(10) Fund. individuales	,196(*)	-,043	,016	,627(**)	,902(**)	,746(**)	,171(*)	,048	,101	1	,149
(11) Fund. de vinculación	,335(**)	,382(**)	,360(**)	,863(**)	,136	,112	,715(**)	,734(**)	,664(**)	,149	1

Nota: sujetos bajo condición control (n= 146). Para la variable "orientación política", n= 145.

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

11.1.4. Fundamentos morales

El cuestionario de fundamentos morales completo, teniendo en cuenta sólo a los sujetos de la condición control mostró una fiabilidad aceptable ($\alpha = .77$), sobre todo teniendo en cuenta que la correlación entre varios de los fundamentos no tiene por qué ser muy intensa²², y más en una muestra predominantemente progresista como la que nos ocupa –en la que cabe esperar la alta estima de unos fundamentos, pero no de otros–. La consistencia interna de los cada subescala de fundamentos fue sensiblemente menor: Cuidado ($\alpha = .60$), justicia ($\alpha = .52$), lealtad ($\alpha = .53$), autoridad ($\alpha = .63$), y pureza ($\alpha = .56$). Tomando la distinción entre fundamentos individuales –agrupación del fundamento de justicia y el de protección– y fundamentos vinculantes –lealtad, autoridad y pureza conjuntamente–, los primeros tendrían una consistencia interna de ($\alpha = .70$), y los segundos ($\alpha = .78$).

En cuanto a la subescala de juicios morales, su menor número de ítems, unido a las razones aducidas anteriormente, hace que la consistencia interna sea bastante limitada ($\alpha = .56$). La consistencia interna de sus subescalas es: cuidado ($\alpha = .42$), justicia ($\alpha = .49$), autoridad ($\alpha = .24$), lealtad ($\alpha = .22$), y pureza ($\alpha = .53$). Los fundamentos individuales tienen una fiabilidad de ($\alpha = .55$), y los fundamentos de vinculación de la subescala, ($\alpha = .51$).

En lo que respecta a la subescala de relevancia moral, muestra una mayor consistencia interna, probablemente porque sus ítems son más genéricos y, por lo tanto, más claros ($\alpha = .68$). La consistencia interna de sus subescalas es: cuidado ($\alpha = .52$), justicia ($\alpha = .25$), autoridad ($\alpha = .61$), lealtad ($\alpha = .43$), y pureza ($\alpha = .37$). Los fundamentos individuales tienen una fiabilidad de ($\alpha = .63$), y los fundamentos de vinculación de la subescala, ($\alpha = .51$).

En cuanto a la validez, se han realizado algunos sencillos análisis similares a los que se llevaron a cabo con la versión original del MFQ (Graham et al., 2011):

1) Como indicador de la validez discriminante de la escala, se ha comprobado que la medida de cada fundamento por cada subescala (juicios morales y relevancia moral) correlaciona de forma más intensa con la medida del mismo fundamento por la escala alternativa que con la medida de otros fundamentos (véase la **tabla 4**). La única excepción a este respecto es que la medida del fundamento de autoridad con la escala de juicios morales correlaciona de forma más intensa con la medida de autoridad que con la de lealtad de la subescala de relevancia moral. Hay que tener

²² Recuérdese que en la elaboración del cuestionario original se ha dado mayor importancia a la validez de contenido –a medir toda la complejidad del mismo– que a la consistencia interna

en cuenta que se trata de dos fundamentos muy relacionados también a nivel teórico, y que su medida se lleva a cabo con sólo dos ítems para cada fundamento y subescala.

Tabla 4.

Correlaciones de Pearson entre los fundamentos morales medidos a través de las subescalas de juicios morales y de relevancia moral

Subescala de juicios morales	Subescala de relevancia moral				
	Protección	Justicia	Pertenencia	Autoridad	Pureza
Protección	,476(**)	,300(**)	,122	,141	,234(**)
Justicia	,306(**)	,336(**)	,175(*)	,178(*)	,220(**)
Lealtad	-,023	-,042	,401(**)	,516(**)	,276(**)
Autoridad	-,040	-,191(*)	,346(**)	,474(**)	,259(**)
Pureza	,072	,068	,365(**)	,227(**)	,395(**)

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral)

2) Como otro indicador de validez convergente, se ha considerado comprobar que las correlaciones entre los ítems que miden los diversos fundamentos morales y la orientación política se ajustan a los que se describen para la escala original. Como cabía esperar, el conservadurismo entendido como ideología de derechas correlaciona de forma positiva y significativa con los distintos fundamentos de vinculación, tanto tomados individualmente como en conjunto, y ya sean medidos por el cuestionario completo (véase **tabla 2**), o por las escalas de juicios morales (**tabla 3**) o de relevancia moral²³. La única excepción viene dada por la subescala de pureza dentro de la subescala de juicios morales, cuya correlación con la orientación de derechas es tan débil que no llega a ser significativa. En cuanto a la correlación negativa con los fundamentos individuales hallada en los estudios originales (Graham et al., 2011), en este estudio se encuentra igualmente con el MFQ como variable a correlacionar, aunque a nivel marginal (la intensidad es menor y no llega a ser significativa). Tomando como referencia la escala de juicios morales, sin embargo, la relación es más confusa aún, sobre todo con el fundamento de justicia.

En la **tabla 5** se presentan las medias en la adscripción de las distintas subescalas y fundamentos morales, tanto en general como comparando a las personas que se describen como

²³ Los resultados para la subescala de relevancia moral son equivalentes a los hallados para la MFQ versión corta, pero no se incluyen porque no se considera necesario, debido a que la escala en sí misma no será utilizada en ningún momento como variable dependiente. Por el contrario, los datos de la subescala de juicios morales sí se incluyen porque ésta será la variable dependiente a utilizar en las hipótesis que comparan al grupo experimental con el grupo control.

de izquierdas y de derechas. En los resultados obtenidos llama la atención, respecto a los hallazgos empíricos anteriores y lo que cabía esperar, el hecho de que las personas más progresistas o de izquierdas no tengan significativamente mayores niveles de moralidad individual que las más conservadoras. Estos resultados son coherentes con la anteriormente comentada ausencia de correlación significativa entre orientación política y fundamentos individuales. Dado que los datos de Graham et al. (2011) provienen de muestras muy amplias y representativas, también en Europa, la explicación puede venir dada por las peculiaridades de la muestra de este estudio (estudiantes universitarios de la UCM, fundamentalmente de Psicología), o bien de las peculiaridades del estudio. Dado que se respondió al MFQ después de hacerlo a varias cuestiones que implicaban posicionarse respecto a la desconexión moral e incluso justificación de las intervenciones armadas en situaciones de conflicto que pueden parecer justificables desde el punto de vista de unos valores progresistas —como la intervención para garantizar el bienestar y los derechos humanos de un pueblo victimizado—, es posible que las diferencias se hayan igualado por el fenómeno de deriva moral (Leidner, 2010; Leidner y Castano, 2012). Es decir, pudiera ser que las personas más de izquierdas hayan ajustado su moralidad a la situación en la que están respondiendo, y ello haya dado lugar a una reducción en las diferencias en estos fundamentos. Esta interpretación resulta coherente con ciertos resultados que se comentan más adelante, como la ausencia de diferencias importantes, dentro de la condición control, en deshumanización de terroristas entre personas de izquierdas y derechas —o una mayor deshumanización de dictadores genocidas en las personas de izquierdas—. O quizás, simplemente, en la población de universitarios de la UCM no existan diferencias significativas en el nivel de moralidad individual en función de la orientación política. Futuras investigaciones deberían confirmar la existencia o no de estas diferencias, y poner a prueba la plausibilidad de esta interpretación.

Por último, la toma de la subescala de juicios morales como variable dependiente para la contrastación de la hipótesis 4 viene justificada por su alta correlación positiva con el cuestionario de fundamentos morales completo ($r = .90$, $p < .001$), y con la subescala de relevancia moral ($r = .65$, $p < .001$). Esta correlación se da entre las escalas, así como también entre los ítems que miden cada fundamento moral en cada instrumento, como ya se ha descrito (véase tabla 4). Además, las correlaciones de la ideología política de derechas con los fundamentos morales de vinculación tomados conjuntamente ($r = .38$, $p < .01$) o por separado (por ejemplo, $r = .34$, $p < .01$, para lealtad; $r = .38$, $p < .01$, para autoridad) son coherentes con lo que se ha encontrado con las escalas originales.

Tabla 5.

Puntuaciones medias (y desviaciones típicas, entre paréntesis) en las diferentes subescalas de fundamentos morales, para la muestra total, y para sujetos con orientación de izquierdas y de derechas.

Subescalas de cada fundamento	Total	De izquierdas	De derechas
Protección			
Juicios	3,56 (.89)	3,54 (.88)	3,51 (.95)
Relevancia	3,84 (.75)	3,90 (.75)	3,66 (.94)
Total	3,65 (.78)	3,64 (.78)	3,59 (.84)
Justicia			
Juicios	4,28 (.62)	4,27 (.61)	4,31 (.60)
Relevancia	3,89 (.65)	3,99 (.70)	3,84 (.59)
Total	4,18 (.69)	4,22 (.60)	4,20 (.56)
Lealtad			
Juicios	2,51 (1.00)	2,17 (.94)	3,29 (.97)
Relevancia	2,25 (.91)	1,94 (.80)	2,80 (1.12)
Total	2,43 (.91)	2,10 (.84)	2,23 (.91)
Autoridad			
Juicios	2,36 (.91)	2,07 (.86)	2,97 (.70)
Relevancia	1,81 (1.02)	1,43 (.83)	2,54 (1.20)
Total	2,23 (.90)	1,96 (.86)	2,88 (.80)
Pureza			
Juicios	2,87 (1.02)	2,65 (.98)	3,49 (1.02)
Relevancia	2,51 (1.04)	2,28 (.94)	2,92 (1.09)
Total	2,77 (.96)	2,54 (.92)	3,43 (.88)

Nota. El rango para todos los ítems y subescalas oscila entre 0 y 5.

N total= 291 (n= 143 para la escala de relevancia moral)

N izquierdas = 156 (n= 70 para la escala de relevancia moral)

N derechas = 47 (n= 25 para la escala de relevancia moral)

11.2. DESCONEXIÓN MORAL Y RECONEXIÓN MORAL.

Hipótesis 1. Desconexión moral y reconexión moral

En apoyo a la primera hipótesis planteada (**hipótesis 1.1.1**), y como puede observarse en la **tabla 2**, utilizando el cuestionario completo MFQ y la muestra de la condición control –por los motivos anteriormente aducidos–, existe una correlación positiva y significativa entre el nivel de desconexión moral en relación con el uso de la fuerza armada y el nivel de moralidad ($r = .35$, $p < .01$). Además, en coherencia con la hipótesis 1.2, la correlación es también positiva y significativa entre cualquiera de estas dos variables y el apoyo directo a la intervención militar, aunque más intensa con la desconexión moral ($r = .67$, $p < .01$ para desconexión moral; $r = .27$, $p < .01$ para el nivel de moralidad), corroborando lo propuesto en la **hipótesis 1.2.1**. Aunque no los comentaré para no resultar demasiado redundante, estos resultados son equivalentes cuando se utilizan las subescalas de juicios morales y relevancia moral.

Estos resultados apoyan la idea de entender que la desconexión moral y la reconexión moral son procesos compatibles: aquellas personas que manifiestan mayor nivel de adscripción general a los fundamentos morales tienden a mostrar también mayores niveles de desconexión moral ante el uso de la fuerza militar. A su vez, quienes tienen mayores niveles de desconexión moral en este sentido, y de moralidad, tienden a apoyar o legitimar en mayor medida el uso de la fuerza armada o militar. Quizás desconexión y reconexión moral no sólo sean compatibles, sino formas diferentes de plantear una misma realidad: el de la importancia de los discursos legitimadores de la violencia, o la necesidad de una ideología que elimine de los actos de violencia colectiva sus connotaciones inmorales (desconexión moral), o que los revista de moralidad haciéndolos aparecer como loables y heroicos, como un deber moral (reconexión moral). No parece tratarse de dos vías alternativas de justificar la violencia, sino de una misma realidad.

No obstante, habría que hilar más fino para detectar dónde se encuentran desconexión y reconexión moral, diferenciando entre la relevancia de los fundamentos morales de vinculación y los individuales. Y es que, en apoyo de la **hipótesis 1.1.2.**, los primeros parecen ser los principales responsables de la convergencia entre desconexión y reconexión moral: Así, se da una correlación positiva y significativa entre el nivel de desconexión moral en relación con el uso de la fuerza armada y el nivel de moralidad en los fundamentos de vinculación medido a través del MFQ, ya se tome individualmente cada uno de ellos ($r = .39$, $p < .01$ para lealtad; $r = .32$, $p < .01$ para autoridad; $r = .21$, $p < .05$ para pureza), ya sea de forma unitaria ($r = .37$, $p < .01$).

Como se puede observar, no sólo los mecanismos previstos –autoridad y lealtad– se asocian con la desconexión moral, sino también la pureza, aunque de forma menos intensa y significativa, mientras que la relación de este fundamento con el apoyo al uso de la fuerza armada no es significativa. Esto puede ser lógico: se trata de una variable asociada al conservadurismo, y a los fundamentos de lealtad y autoridad, pero conceptual y lógicamente tiene menos que ver directamente con el uso de los mecanismos de desconexión moral o con el apoyo a la violencia militar. Además, esta última es una medida más directa y extrema que la desconexión moral, y quizás por eso la relación sea menos clara con una variable que probablemente no tenga una relación directa con ellas–.

En apoyo a la **hipótesis 1.2.2.**, también se da una correlación positiva y significativa entre el apoyo a las intervenciones o fuerzas armadas y el compromiso con estos fundamentos ($r = .45$, $p < .01$ para lealtad; $r = .35$, $p < .01$ para autoridad; $r = .38$, $p < .01$ para los fundamentos de vinculación tomados conjuntamente). Cabe establecer la salvedad del fundamento de la pureza, cuya relación con el apoyo a la violencia es generalmente nula.

No obstante, la relación de los fundamentos morales individuales con la desconexión moral (**hipótesis 1.1.3**) y con el apoyo a las intervenciones armadas (**hipótesis 1.2.3.**) es más equívoca: usando el MFQ no se da relación significativa (que es marginalmente positiva con la primera y marginalmente negativa con la segunda), tanto tomando en consideración los fundamentos individuales como unidad, como con los fundamentos de cuidado y justicia por separado –véase la tabla 2–. Tomando la subescala de juicios morales, la relación de la justicia con la desconexión moral es incluso positiva y significativa aunque muy leve ($r = .258$, $p < 0,05$), lo cual sugiere que quienes consideran ciertas formas de justicia moralmente importantes pueden tender a usar mecanismos de desconexión moral frente a las intervenciones armadas en cierta medida.

Lo que los resultados sugieren, en todo caso, es que la moralidad individual no es incompatible con la desconexión moral, ni con el apoyo a la violencia militar, lo cual supone una nueva evidencia para la idea de que el apoyo a la violencia no es en absoluto contradictorio con la moralidad, con ningún tipo de moralidad, ni siquiera con los fundamentos más progresistas, como la protección y la justicia. Éstos no son necesariamente una garantía, ni un freno contra la barbarie.

Sin embargo, estos resultados, y los existentes hasta el momento, ponen en cuestión la idea que sugieren Graham y Haidt (2011): según estos autores, la sacralización de cualquier fundamento moral puede ser origen de la justificación de la violencia contra aquéllos que violan los valores morales sacralizados. Aunque esto pueda ser así en algún caso, los datos obtenidos por los propios Graham y Haidt, en coherencia con los aquí hallados, sugieren que hay que diferenciar claramente entre fundamentos vinculantes (sobre todo autoridad y lealtad), que sí están claramente asociados de forma positiva con el apoyo a la violencia colectiva, y fundamentos individuales (protección y justicia), que, al menos en este estudio, parecen independientes de la misma, y de la desconexión moral. Aun así, en algún caso la justicia –medida a través de la subescala de juicios morales– sí aparece incluso débil pero positiva y significativamente asociada a la desconexión moral relativa a la intervención militar para fines justos, lo cual es coherente con el hecho de que la búsqueda de justicia sea en muchas ocasiones uno de los acicates o coberturas ideológicas de quienes deciden apoyar o desarrollar ciertos tipos de violencia colectiva, como el terrorismo o los disturbios, etc. La justicia medida a través de la subescala de relevancia también correlaciona negativamente con algunas otras formas de justificar la violencia, como las que tienen que ver con la seguridad o la defensa del territorio.

Para finalizar, se podría criticar la noción aquí empleada de reconexión moral. En primer lugar, porque en este estudio no deja de ser una inferencia, un fenómeno plausible pero que no ha sido

abordado en esta investigación. Aquí sólo se ha detectado una relación de ciertos fundamentos morales con la desconexión moral y el apoyo hacia ciertas intervenciones armadas, pero la reconexión moral supone un proceso dinámico que implica movimiento, reforzar la moralidad para justificar la violencia. Y, dado que son los fundamentos morales de endogrupo y pureza los más relevantes, los resultados hallados convergen con los de Leidner (2010), Leidner y Castano (2012) y con los de Seemann y Brady (2008), por lo que podría defenderse que el término de reconexión moral es redundante e innecesario, pues no añade nada nuevo frente al de *deriva moral*. No obstante, lo que estos datos muestran y aquí se defiende no es exactamente lo mismo. No se trata de que se produzca simplemente una mayor adscripción a los mencionados fundamentos, sino a la moralidad en general: volviendo a lo apuntado unas líneas atrás, no hace falta en absoluto disminuir el apego a la justicia o a la protección para mostrar desconexión moral o apoyar ciertas formas de violencia colectiva: se puede hacer sin renunciar en absoluto a los fundamentos individuales, manteniendo el mismo nivel de apego hacia los mismos. No en vano, la fuerza militar puede emplearse precisamente para hacer justicia o proteger a los desvalidos, por ejemplo. Algunos de los resultados que más adelante se detallan son compatibles con esta interpretación.

En apoyo a esta idea, con muestra control, la ideología de derechas, la moralidad general, la moralidad vinculante tomada conjuntamente o por separado (autoridad, lealtad y pureza) no correlacionan significativamente con la intervención por motivos humanitarios en Siria –código 29, que no ha sido incluido en ningún análisis principal–. Sin embargo, estas variables sí correlacionan claramente de forma positiva con el apoyo a la intervención militar en otros supuestos (véase **tabla 3**). La ideología que motiva la intervención armada por motivos humanitarios es más propia de personas de izquierdas, o, al menos, no es característica de personas de derechas: se basa principalmente en el fundamento moral de protección y la justicia, que son característicos de personas de izquierdas; está fundamentado en el respeto a los derechos humanos, con los que éstas están especialmente comprometidas (Cohrs et al., 2007); y tiene que ver con los valores universalistas y de benevolencia, característicos de las personas progresistas frente a las conservadoras (Caprara, Schwartz, Capanna, Vecchione y Barbaranelli, 2004; Schwartz, Caprara y Vecchione, 2010).

11.3. MS Y DESCONEXIÓN MORAL.

a) Comprobación de la eficacia de la manipulación experimental.

A través de un ANOVA de dos caminos sobre las respuestas de los participantes a la pregunta acerca del grado en que habían pensado en su propia muerte en algún momento durante el

desarrollo del cuestionario, se encontró sólo un efecto principal de la MS, $F(1, 287) = 109,755$, $p < .001$: Los participantes en la condición de MS manifestaron que habían estado pensando en la muerte en mayor medida ($M = 2.99$, $SD = 1.45$) que los participantes en la condición control ($M = 1.2$, $SD = 1.46$), lo cual sugiere que la manipulación de la MS fue exitosa, en cuanto a que afectó al grado en que las personas tuvieron presente su propia mortalidad en algún momento del procedimiento.

b) Hipótesis 2: MS y desconexión moral.

Para poner a prueba la segunda hipótesis, se realizó un análisis de regresión lineal múltiple en el que se tomó como variable dependiente o criterio la puntuación en la escala de desconexión moral de Jackson y Sparr (2005) traducida al castellano, y en el que la condición MS, la orientación política (una vez centrada en la media) y la interacción entre ambos factores ejercieron de variables predictoras. Estos análisis revelan sólo un efecto principal de la orientación política ($b = .210$, $SE = .093$, $t = 2.265$, $p = .024$), pero no de la MS ($b = .026$, $SE = .211$, $t = .124$, $p = .901$) ni de la interacción entre ambos factores ($b = .000$, $SE = .059$, $t = .007$, $p = .995$). En este sentido, se puede concluir que la orientación política es la única de las variables predictoras capaz de dar cuenta de los niveles de desconexión moral, de modo que una orientación política más conservadora o de derechas se asocia con –o predice– niveles más elevados de desconexión moral. De hecho, un análisis de regresión simple de la orientación política sobre la desconexión moral ratifica su capacidad predictiva, tanto en condiciones de MS ($b = .211$, $SE = .042$, $t = 5.007$, $p < .001$), como en condiciones de control ($b = .211$, $SE = .041$, $t = 5.102$, $p < .001$).

Esta relación, por otra parte completamente coherente con estudios anteriores, puede reflejarse de forma mucho más nítida si se añaden ciertos análisis complementarios. Así, entendiendo esta vez la orientación política como variable susceptible de ser categorizada, en la **tabla 6** se pueden observar los niveles medios y las desviaciones típicas en las puntuaciones de desconexión moral para la muestra en general, así como para las personas que se describen como de izquierdas y las que lo hacen como de derechas (que son los “grupos extremos” cuya comparación nos resulta relevante a nivel teórico). Estos datos se presentan tanto para la condición experimental como para la condición control. En ambos casos, las personas de izquierdas muestran un nivel ligeramente inferior de desconexión moral al punto más neutral (el 3 en una escala de 1 a 5), mientras que las personas de derechas muestran un nivel ligeramente superior a dicha puntuación. Un ANOVA unifactorial considerando sólo a sujetos que se autocategorizan como de izquierdas o derechas revela que las diferencias entre ellos en desconexión moral ante el uso de la fuerza militar o armada son estadísticamente significativas,

tanto en la condición experimental ($F(1, 103) = 21,187, p < .001$) como en la control ($F(1, 95) = 16,443, p < .001$). En la **figura 1** se reflejan estos resultados.

Tabla 6.

Estadísticos descriptivos de la desconexión moral ante el uso de la fuerza armada, en función de la orientación política, para cada condición experimental

Condición	Orientación política								
	De izquierdas			De derechas			General		
	M	D. T.	n	M	D.T.	n	M	D.T.	n
MS	2,78	,67	84	3,53	,67	21	2,94	,72	144
Control	2,78	,64	71	3,39	,66	26	3,09	,71	146
Total	2,78	,65	155	3,45	,66	47	3,02	,72	290

Por tanto, respecto al objetivo e hipótesis fundamentales, en este estudio la MS no parece haber ejercido ningún efecto alguno sobre el nivel de desconexión moral de los participantes, como se deriva del análisis de regresión y puede observarse en tabla 6 y la figura 1: no ha incrementado dicho nivel en general, como se proponía en la **hipótesis 2.1.**; tampoco lo ha incrementado sólo en las personas de derechas, como sugería la **hipótesis 2.2.**; por último, tampoco ha generado una polarización en la que las personas de izquierdas redujeran su nivel de desconexión moral y las de derechas lo incrementaran (**hipótesis 2.3**)²⁴. Estos efectos de interacción vendrían dados por una interacción significativa en el análisis de regresión, que debería corroborarse con unos efectos significativos de la MS sobre la desconexión moral tanto para los sujetos más progresistas, como para los sujetos m. Ante esta situación cabe preguntarse los motivos de esta ausencia de resultados:

²⁴ Estos efectos de interacción vendrían dados por una interacción significativa en el análisis de regresión, que debería corroborarse con unos efectos significativos de la MS sobre la desconexión moral tanto para los sujetos más progresistas, como para los sujetos más de izquierdas, en su caso. Estos resultados no se dan, pero no se ha considerado necesario realizar aquí los análisis, dado que la interacción no ha resultado significativa y los datos contenidos en la tabla 6 y figura 1 no apuntan a otra cosa.

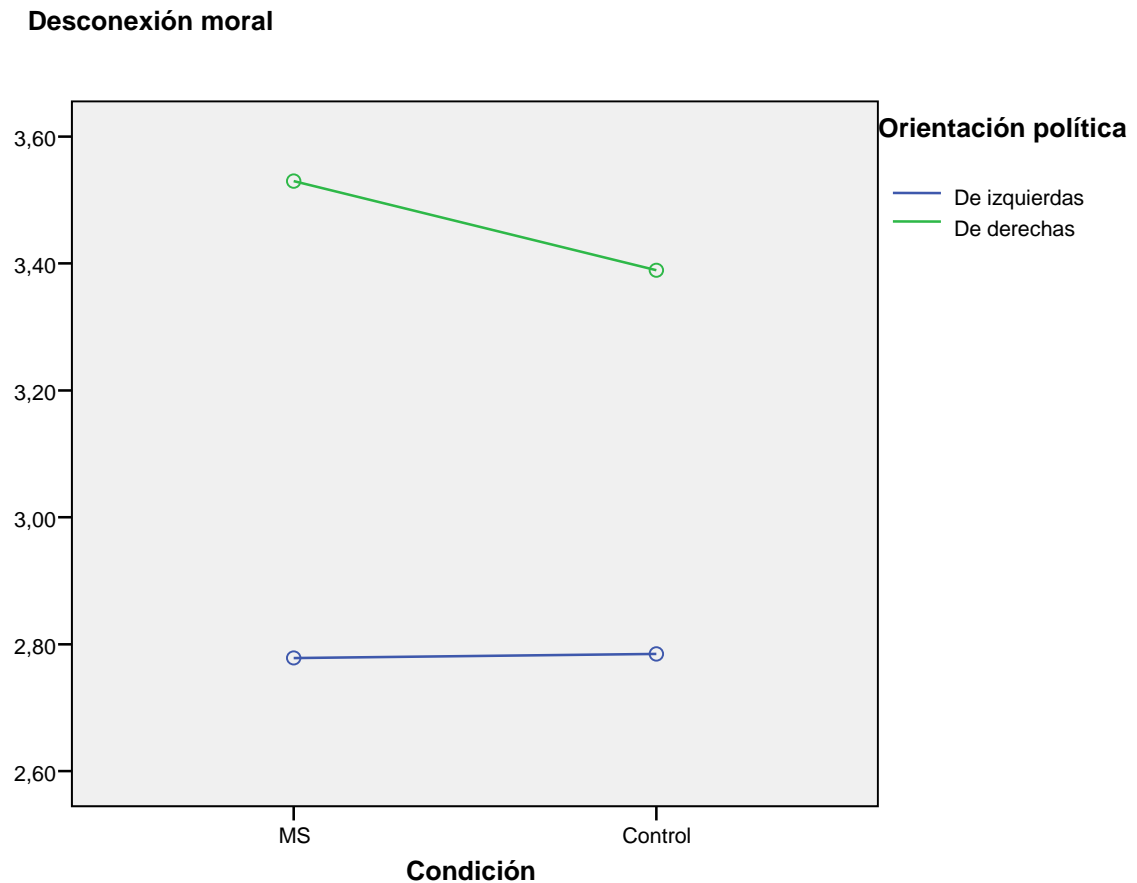


Figura 1. Desconexión moral ante el uso de la fuerza armada en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor desconexión moral.

1) Probablemente la MS no ejerce ningún efecto sobre la desconexión moral porque la MS no afecta a las personas de la muestra.

2) También es posible que la MS sí sea eficaz, pero que la desconexión moral no sea una variable sensible a los efectos de la MS. Probablemente la muestra no estaba preocupada por estos asuntos, y no han satisfecho sus necesidades existenciales posicionándose en sus valores respecto a las intervenciones militares. Recordemos que se trata de una muestra que nunca ha vivido una situación de conflicto violento de cerca, ni espacial ni temporalmente.

3) También es posible que, aunque potencialmente la MS pueda afectar al nivel de desconexión moral, la situación experimental no haya estado lo suficientemente estructurada como para hallar unos efectos consistentes. Así, las situaciones que han servido de contexto para el estudio pueden suponer un conflicto moral para las personas en general, y quizás sobre todo para las más progresistas: su tendencia a rechazar el militarismo puede haberse encontrado con la

tendencia a intervenir ante situaciones en la que la población civil está siendo privada de sus derechos fundamentales o de su propia vida. Por tanto, quizás incluso dentro de una misma orientación política, la MS haya generado procesos diferentes, incluso opuestos, que se han podido compensar unos a otros.

4) Otra posibilidad es que los sujetos no hayan respondido a la MS debido a que ya habían satisfecho sus necesidades de seguridad a través de la primera medida que se recogió: la deshumanización de los exogrupos amenazantes. Recuérdese que, aunque su análisis corresponde a la tercera hipótesis, las medidas de deshumanización fueron las primeras variables dependientes que siguieron a la manipulación experimental, y el efecto de la MS sobre esta variable podría aminorar o eliminar el efecto sobre otras variables dependientes (más adelante abordaré este aspecto como posible crítica metodológica).

5) Por último, quizás la medida de desconexión moral no haya sido suficientemente sensible debido a su carácter explícito y directo. Si se tienen en cuenta los resultados obtenidos y la tesis defendida por Echebarría-Echabe y Valencia (2008), las medidas con un carácter más implícito e indirecto serían las más adecuadas.

11.4. MS Y DESHUMANIZACIÓN.

11.4.1. Análisis preliminares.

Para poder abordar los objetivos planteados, en primer lugar se compusieron para cada sujeto cuatro puntuaciones o índices, una para cada medida de deshumanización de cada uno de los colectivos diana:

Así, la puntuación de minimización emocional de los terroristas viene dada por la media aritmética de la puntuación obtenida en los 11 ítems correspondientes –desde el ítem 6 hasta el 16–, una vez invertidas dichas puntuaciones –de modo que unas altas puntuaciones indiquen un mayor nivel de minimización emocional– ($M = 3,52$; $SD = 0,58$). Su consistencia interna ($\alpha = .74$) resultó aceptable.

La puntuación de la minimización emocional de dictadores o genocidas es la media aritmética de la puntuación obtenida en los 11 ítems correspondientes –desde el código 17 hasta el 27–, una vez invertidas dichas puntuaciones ($M = 3,65$; $SD = 0,56$), indicando las puntuaciones más altas un mayor nivel de minimización emocional. Su consistencia interna ($\alpha = .73$) es también aceptable.

Del mismo modo, el índice de infrahumanización de terroristas consiste en la media aritmética de la puntuación obtenida en cada uno de los ítems correspondientes (códigos 6, 7, 10, 12, 14, 16) una vez invertidas dichas puntuaciones ($M= 4,05$; $SD= 0,67$). Las puntuaciones más altas indican una mayor infrahumanización (α de cronbach= .70).

Finalmente, el índice de infrahumanización de genocidas se halló a través de la media aritmética de la puntuación obtenida en cada uno de los ítems correspondientes (códigos 17, 18, 21, 23, 25, 27) una vez invertidas dichas puntuaciones ($M= 4,16$; $SD= 0,64$). Como en los demás casos, las puntuaciones más altas indican una mayor infrahumanización (α de cronbach= .69).

La relevancia de la infrahumanización y la minimización emocional como medidas de deshumanización.

En primer lugar, se han realizado análisis correlacionales para comprobar que, como ocurre en la investigación previa, la infrahumanización y la minimización emocional de los colectivos diana están relacionadas positivamente con variables como el conservadurismo (entendido como orientación política o como adscripción a los fundamentos morales de vinculación), la desconexión moral o el apoyo a las intervenciones militares; es decir, que se trata de medidas válidas y relevantes de deshumanización. En las **tablas 7 y 8** se pueden encontrar las correlaciones entre las cuatro variantes de deshumanización planteadas y las variables mencionadas, respectivamente para la condición control y experimental.

Tabla 7.

Correlaciones de Pearson entre las diferentes formas de deshumanización y otras variables relevantes. Condición control

Medidas	(1)	(2)	(3)	(4)
(1) Minimización emocional terroristas	1	,796(**)	,918(**)	,728(**)
(2) Minimización emocional dictadores o genocidas	,796(**)	1	,746(**)	,916(**)
(3) Infrahumaniz. terroristas	,918(**)	,746(**)	1	,769(**)
(4) Infrahumaniz. dictadores o genocidas	,728(**)	,916(**)	,769(**)	1
Orientación política	-,042	-,207(*)	-,046	-,161
Desconexión Moral	,051	-,073	,072	-,067
Apoyo intervención militar	,097	-,011	,067	-,029
Fundamentos morales individuales (MFQ)	-,014	-,009	,033	,020
Fundamentos morales de vinculación (MFQ)	,058	-,039	,081	-,023
Fundamentos morales individuales (juicios)	-,030	-,013	,026	,014
Fundamentos morales de vinculación (juicios)	,072	-,031	,075	-,043

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

Como puede observarse, en la condición control (las condiciones más “naturales” o habituales de las personas –**tabla 7**–), ninguna de las formas de deshumanización correlaciona significativamente con orientación política –o lo hace de forma marginalmente negativa–, salvo en el caso de la minimización emocional de los genocidas, donde hay una correlación de Pearson negativa significativa, aunque de poca intensidad ($r = -.21$, $p < .05$); tampoco correlacionan significativamente con desconexión moral, ni con apoyo a la intervención militar, ni con ningún tipo de fundamento moral, ni siquiera los propios de los conservadores. A la vista de estos resultados, cabe plantearse si realmente las medidas de infrahumanización y minimización emocional utilizadas pueden considerarse una medida implícita de deshumanización, o bien, si no es más que una medida directa del grado en el que se atribuyen emociones a otras personas –podría tratarse de una medida tan implícita de deshumanización, que en realidad no es una medida de la misma–, sin ningún tipo de relevancia para las relaciones intergrupales. Si así fuera, aunque se encuentren diferencias en función de MS y orientación política, pero, ¿Qué importancia tendrían?

Tabla 8.

Correlaciones de Pearson entre las diferentes formas de deshumanización y otras variables relevantes. Condición experimental

Medidas	(1)	(2)	(3)	(4)
(1) Minimización emocional terroristas	1	,815(**)	,915(**)	,782(**)
(2) Minimización emocional dictadores o genocidas	,815(**)	1	,724(**)	,904(**)
(3) Infrahumaniz. terroristas	,915(**)	,724(**)	1	,810(**)
(4) Infrahumaniz. dictadores o genocidas	,782(**)	,904(**)	,810(**)	1
Orientación política	,333(**)	,230(**)	,355(**)	,240(**)
Desconexión Moral	,341(**)	,259(**)	,334(**)	,257(**)
Apoyo intervención militar	,342(**)	,226(**)	,346(**)	,199(*)
Fundamentos morales individuales (MFQ)	,156	,165(*)	,133	,197(*)
Fundamentos morales de vinculación (MFQ)	,375(**)	,334(**)	,357(**)	,309(**)
Fundamentos morales individuales (juicios)	,156	,165(*)	,133	,197(*)
Fundamentos morales de vinculación (juicios)	,375(**)	,334(**)	,357(**)	,309(**)

Nota. Se ha excluido del análisis los fundamentos morales individuales y de vinculación medidos por el cuestionario MFQ, dado que los sujetos de la condición experimental no rellenaron el cuestionario completo

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

Sin embargo, ese desencanto desaparece cuando se hacen los mismos análisis con la muestra que ha recordado su propia mortalidad. En tales casos, las relaciones entre las variables aparecen claras, como cabía esperar en condiciones normales: todas las medidas de deshumanización correlacionan de forma positiva y significativa, ahora sí, con la orientación

política (de derechas), la desconexión moral, el apoyo a la intervención militar y los fundamentos morales de vinculación (**tabla 8**). Otro aspecto sorprendente es la correlación positiva y significativa que se da entre la deshumanización de éstos y la valoración de los fundamentos morales individuales. En definitiva, parece como si en condiciones normales las personas conservadoras pudiesen camuflar ciertas tendencias que les son características (quizás por motivos de control de su imagen o de deseabilidad social, o quizás porque en el contexto social en que se recogieron los datos no estaban motivados para mostrarlas), pero que surgen claras cuando piensan en su mortalidad, quizás porque estas tendencias resultan más eficaces para ofrecer seguridad en condiciones de amenaza existencial. Otra posible interpretación tendría que ver con la posibilidad de que las condiciones de MS modifiquen el significado que para las personas tiene atribuir escasas emociones a los miembros de ciertos grupos, tomando en este caso unas connotaciones peyorativas y una asociación con la hostilidad exogrupal de las que en otro caso adolece.

11.4.2. Análisis principales.

Para poner a prueba la tercera hipótesis de este trabajo, y comprobar si la MS tiene efectos sobre el nivel de deshumanización de los exogrupos que dependen de la orientación política de los participantes, se desarrolló un análisis de regresión múltiple independiente para cada tipo de deshumanización –infrahumanización y minimización emocional– referidas a cada uno de los dos colectivos diana: terroristas islamistas y dictadores que cometen abusos contra su propio pueblo o genocidios. A continuación se detalla cada uno de ellos.

a) Minimización emocional

Minimización emocional terroristas

Se realizó un análisis de regresión lineal múltiple tomando la puntuación obtenida en el índice de minimización emocional de los terroristas como variable dependiente o criterio, y en el que la condición de MS (codificada en dos valores discontinuos –o *codificación ficticia*–), la orientación política (una vez centrada en la media) y la interacción entre ambos factores ejercieron de variables predictoras. Estos análisis revelan un efecto principal de la manipulación experimental ($b = .19$, $SE = .07$, $t = 2.90$, $p = .004$) y de la ideología política ($b = .15$, $SE = .05$, $t = 2.86$, $p = .005$). Dichos efectos principales se vieron afectados por la interacción esperada entre MS y la orientación política ($b = -.08$, $SE = .03$, $t = -2.49$, $p = .013$). Siguiendo el procedimiento habitual en estos casos (Hirschberger et al, 2006; Juhl y Routledge, 2010; Weise et al, 2008, etc.), para poder interpretar el sentido de esta interacción, se llevó a cabo un análisis de regresión en el que se examinó la minimización emocional como función de la MS

separadamente para las personas de izquierdas y de derechas (es decir, personas con niveles altos y bajos en la variable orientación política). Para realizar esta agrupación me he basado, como se ha hecho en otros muchos estudios previamente (Farwel y Weiner, 2000; Jarudi, Kreps y Bloom, 2008; Jost et al., 2004; Nail et al., 2003), en la propia auto-adscripción en orientación política: de izquierdas (puntuaciones de 1 a 3 en la escala), y de derechas (puntuaciones de 5 a 7). Aunque el procedimiento más utilizado para este tipo de agrupación es otro –en concreto, seleccionar como grupo de izquierdas y derechas a los que están, respectivamente, más o menos de una o dos desviaciones típicas de la media en esta variable (propuesto por Aiken y West, 1991)–, he optado por otra forma de agrupación por varios motivos, algunos de índole teórica y otros más pragmáticos²⁵.

Como se puede observar en la **figura 2**, entre las personas de izquierdas, aquéllas que pasaron por la condición de MS minimizaron menos las emociones de los terroristas ($b = .33$, $SE = .10$, $t = 3.49$, $p = .001$, $R^2 = .07$), es decir, que les atribuyeron más emociones, o los deshumanizaron

²⁵ Los motivos más pragmáticos vienen dados porque, al tratarse de una muestra fundamentalmente progresista, la selección para el grupo de personas más de derechas de aquéllas con una desviación típica por encima de la media descartaría para este análisis a las personas que se consideran algo de derechas, dejando el tamaño de la muestra para este subgrupo en niveles irrisorios. De este modo, aunque el método de Aiken y West resulta más coherente con la consideración de la *orientación política* como variable continua, mi forma de selección de grupos es en la práctica equivalente, pero supone un criterio menos exigente para seleccionar a los miembros de ambos extremos de la orientación política. Esto “perjudicaría” los intereses del investigador: podría llegar a dificultar el hallazgo de resultados significativos, por lo que supone ciertas garantías añadidas a los resultados obtenidos. De hecho, todos los análisis expuestos en esta tesis (para esta y otras hipótesis equivalentes) se han replicado estableciendo los puntos de corte en 0,5 desviaciones típicas por encima y debajo de la media (que permiten un n mayor para el grupo de “derechas”), dando lugar a resultados equivalentes.

Por otra parte, dado que es habitual que en los estudios que utilizan el criterio ortodoxo de Aiken y West se utilice la etiqueta “progresistas” o “de izquierdas” para el grupo de menos puntuación en la escala, y “conservadores” o “de derechas” para el grupo de las puntuaciones más elevadas (véase Castano et al., 2007; Golec de Zabala et al., 2010; Nail y McGregor, 2007; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006), mi forma de selección de grupos tiene la ventaja de evitar las confusiones que pueden darse cuando se utilizan las mismas denominaciones para referirse a quienes se autodescriben como pertenecientes a tales orientaciones políticas (considerándose la variable como categórica en sí misma), y no a los grupos extremos en tal dimensión.

Este último aspecto enlaza directamente con los motivos teóricos por los que he tomado estos puntos de corte para seleccionar a los sujetos más “progresistas” y más “conservadores”: en las propias opciones de respuesta, los sujetos ya están dejando claro que se consideran de izquierdas o de derechas, ya sea de forma más o menos pronunciada (en otro caso, siempre pueden optar por la casilla de “centro”, o directamente no contestar). La autoadscripción política puede considerarse una forma de categorización, y por tanto de pertenencia a un grupo o colectivo, que implica una serie de normas internalizadas –por ejemplo, a qué partidos votar, qué opinar sobre ciertas políticas sociales, etc.–. Así, no creo que el experimentador sea ninguna autoridad para decirle a un participante que se considera de izquierdas que, teniendo en cuenta sus fórmulas estadísticas, es del grupo de derechas o conservador. De hecho, la forma habitual de proceder en estos casos se corre el riesgo de que, si la muestra es muy progresista, se categorice como *de derechas o conservadores* a personas que de hecho fueran y se sintieran de izquierdas o progresistas, con el riesgo que ello tiene para contaminar los resultados. Evidentemente, esto nos confronta con la polémica acerca de la naturaleza de la variable *orientación política* como variable continua o categórica, a la que más adelante haré breve referencia.

menos. Sin embargo, entre las personas de derechas la MS no pareció ejercer ningún efecto significativo ($b = -.19$, $SE = .16$, $t = -1.206$, $p = .23$, $R^2 = .03$).

Minimización emocional

terroristas

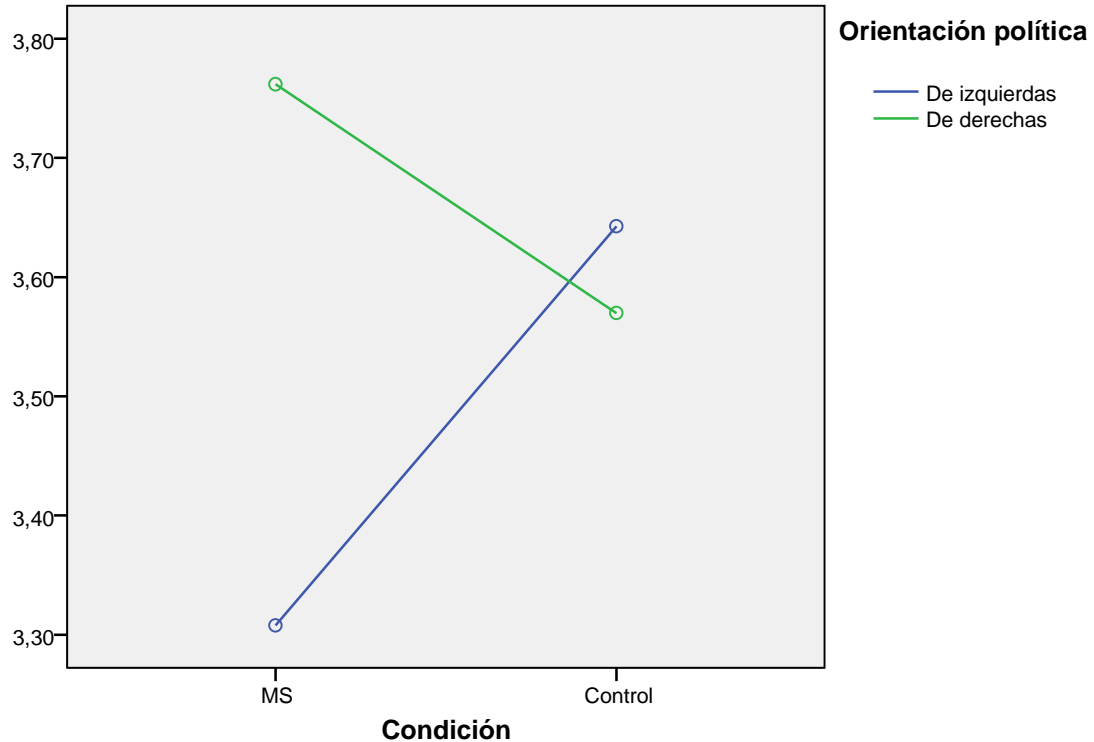


Figura 2. Minimización emocional de terroristas islamistas en función del recuerdo de la propia mortalidad y la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor minimización emocional

Desde otro punto de vista, un análisis similar de la minimización emocional en función de la orientación política, centrado en cada condición (experimental y control) por separado, indica que la orientación política predice las variaciones en minimización emocional de terroristas sólo en el grupo de MS ($b = .45$, $SE = .15$, $t = 3.019$, $p = .003$), pero no en el grupo control ($b = -.07$, $SE = .12$, $t = -.582$, $p = .56$).

Minimización emocional genocidas

Se realizaron los mismos análisis descritos anteriormente, pero tomando como variable criterio el índice de minimización emocional de los dictadores genocidas. El análisis de regresión múltiple indica que, aunque la MS no tiene capacidad predictiva significativa ($b = .10$, $SE = .07$, $t = 1.55$, $p = .123$), la orientación política predice de forma significativa el nivel de minimización emocional ($b = .12$, $SE = .05$, $t = 2.26$, $p = .001$), efecto que está condicionado por la interacción

entre ambos factores ($b = -.08$, $SE = .03$, $t = -2.48$, $p = .014$). Igual que en el caso anterior (véase la **figura 3**), aunque las personas de izquierdas minimizan menos las emociones de los dictadores o genocidas en condiciones de MS ($b = .28$, $SE = .09$, $t = 3.10$, $p = .002$, $R^2 = .06$), las personas de derechas no muestran significativamente una mayor tendencia a la minimización emocional en esas mismas condiciones, aunque sí lo hacen de forma marginal ($b = -.28$, $SE = .17$, $t = -1.68$, $p = .10$, $R^2 = .06$).

Minimización emocional dictadores/ genocidas

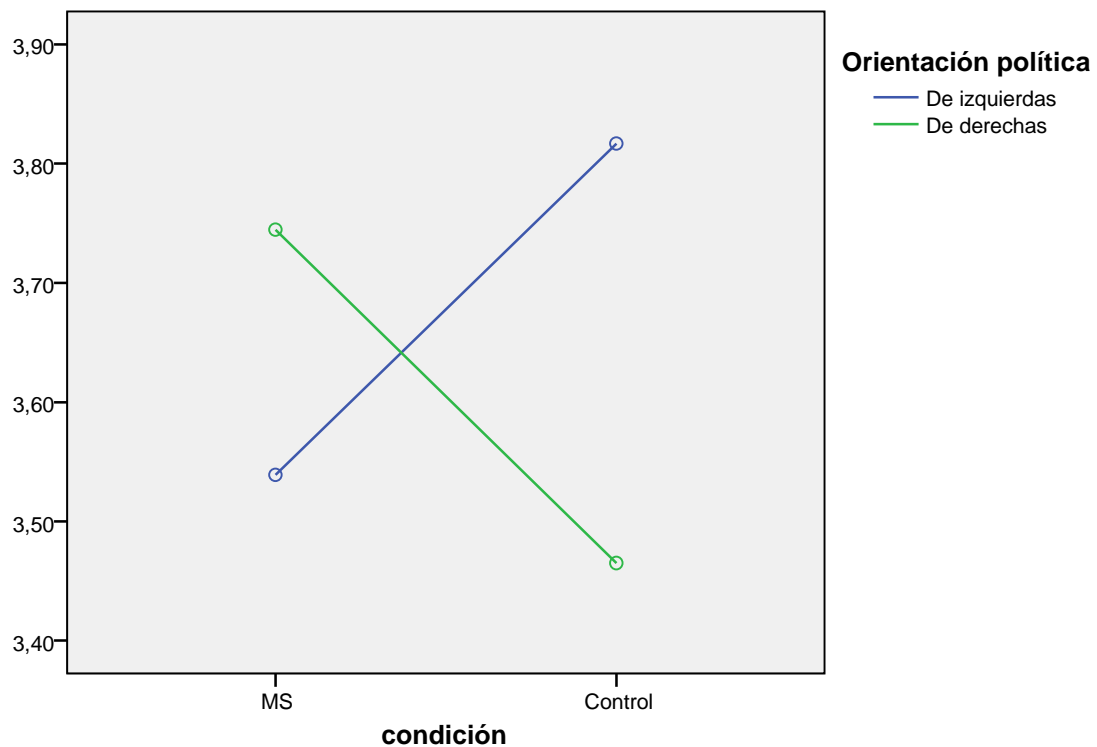


Figura 3. Minimización emocional de dictadores o genocidas en función del recuerdo de la propia mortalidad y la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor minimización emocional.

Visto de otro modo, la orientación política predice la tendencia a la minimización emocional de los dictadores en condiciones de control ($b = -.05$, $SE = .02$, $t = 1.98$, $p = .05$), donde las personas de izquierdas tienden a minimizar más sus emociones, pero no en la condición de MS ($b = .03$, $SE = .02$, $t = 1.52$, $p = .131$).

Estos resultados resultan curiosos y aparentemente paradójicos. La MS sigue manifestando su efecto “reductor” de la minimización emocional sobre las personas de izquierdas. Lo que sucede es que, en condiciones normales (control), éstas minimizan significativamente más las

emociones de los dictadores genocidas que las personas de derechas, y el efecto de la MS reduciría estas diferencias en la condición experimental. Más adelante indagaré en las posibles razones por las que, en contraposición a los resultados de la investigación previa sobre las relaciones entre conservadurismo, apoyo a la violencia colectiva, deshumanización de diversa naturaleza y otras variables asociadas a la hostilidad exogrupal, las personas de izquierdas tienden más a la deshumanización de los dictadores.

b) Infrahumanización

Infrahumanización terroristas

Se realizaron análisis de regresión análogos a los descritos para la minimización emocional, pero tomando la infrahumanización de terroristas como variable criterio o dependiente. Los resultados indican un efecto principal tanto de la MS ($b = .15$, $SE = .08$, $t = 2.000$, $p = .046$) como de la orientación política ($b = .19$, $SE = .06$, $t = 3.17$, $p = .002$) y de la interacción entre ambos factores ($b = -.11$, $SE = .04$, $t = -2.75$, $p = .006$). Respecto al sentido de esta interacción (**figura 4**), como en los casos anteriores, entre las personas con orientación de izquierdas, aquéllas que pasaron por la MS infrahumanizaron a los terroristas significativamente menos que quienes no pasaron por tal condición ($b = .31$, $SE = .11$, $t = 2.846$, $p = .005$, $R^2 = .05$). Pero, en esta ocasión, entre las personas de derechas quienes pasaron por la condición de MS infrahumanizaron más a los terroristas ($b = -.39$, $SE = .18$, $t = -2.156$, $p = .036$, $R^2 = .094$).

Vista esta interacción desde otra perspectiva, el análisis de la infrahumanización de terroristas en función de la orientación política para cada condición de la variable independiente indica que las personas de derechas infrahumanizan significativamente más que las de izquierdas en la condición experimental o MS ($b = .085$, $SE = .028$, $t = 3.04$, $p = .003$), pero no en el grupo control ($b = -.022$, $SE = .027$, $t = -.804$, $p = .423$).

Infrahumanización terroristas

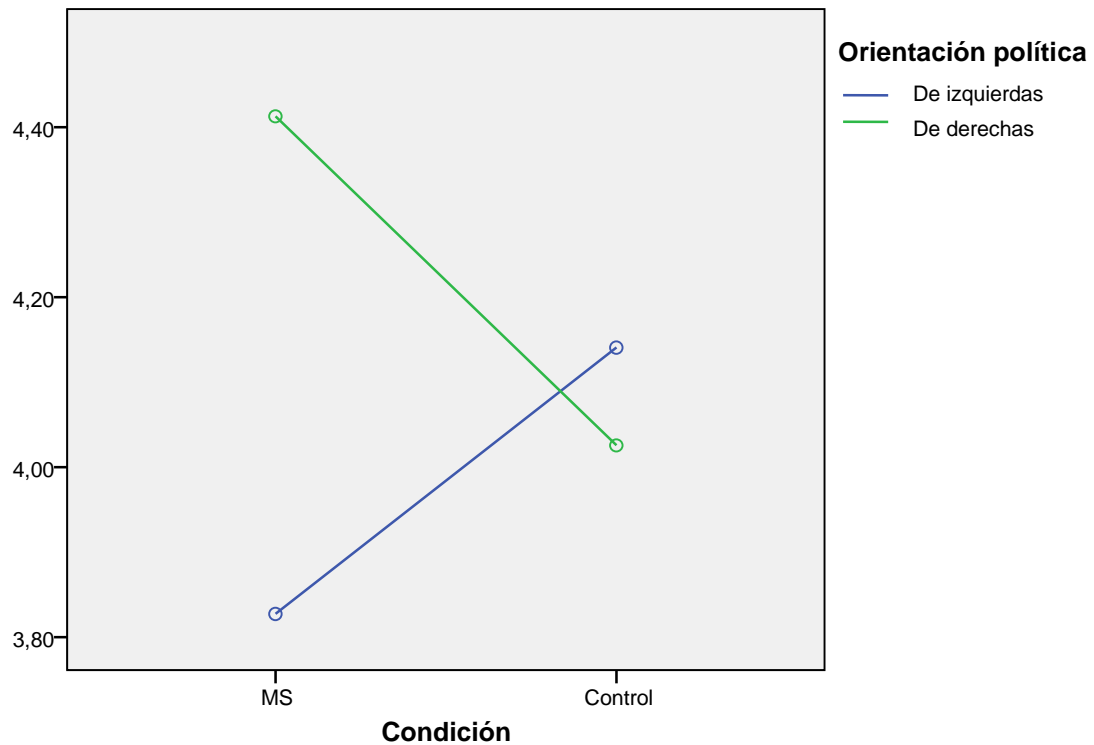


Figura 4. infrahumanización de terroristas islamistas en función del recuerdo de la propia mortalidad y la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor infrahumanización.

Infrahumanización dictadores o genocidas

Los mismos análisis de regresión, realizados sobre la infrahumanización de dictadores o genocidas como variable criterio, reflejan un efecto principal de la orientación política ($b = .14$, $SE = .06$, $t = 2.43$, $p = .016$), pero no de la MS ($b = .06$, $SE = .07$, $t = .76$, $p = .448$). Dicho efecto se ve afectado por la interacción entre ambos factores ($b = -.010$, $SE = .04$, $t = -2.68$, $p = .008$). En la **figura 5** puede observarse el sentido de dicha interacción: como ocurría con la infrahumanización de terroristas, entre las personas de izquierdas la MS parece dar lugar a unos menores niveles de infrahumanización de dictadores ($b = .22$, $SE = .10$, $t = 2.16$, $p = .032$, $R^2 = .03$), mientras que entre los de derechas esta condición parece provocar los efectos contrarios, un mayor nivel en los mismos ($b = -.40$, $SE = .19$, $t = -2.07$, $p = .044$, $R^2 = .09$).

**Infrahumanización
dictadores/ genocidas**

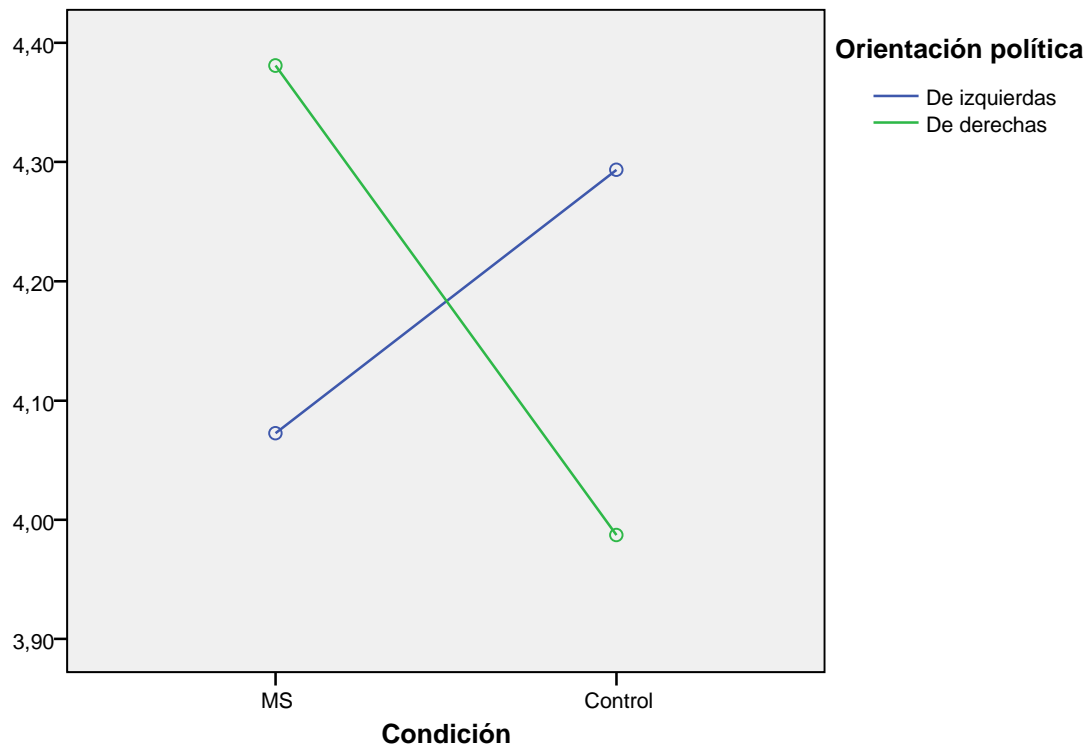


Figura 5. Infrahumanización de dictadores o genocidas en función del recuerdo de la propia mortalidad y la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor infrahumanización.

El análisis de la infrahumanización de dictadores o genocidas en función de la orientación política para cada nivel de la variable manipulada muestra, como ocurría con la minimización emocional de este mismo colectivo, que en condiciones control las personas de izquierdas tienden a deshumanizar más ($b = -.06$, $SE = .02$, $t = -2.13$, $p = .035$), mientras que en la condición experimental estas diferencias dejan de ser significativas, e incluso se invierten, aunque de forma no significativa ($b = .04$, $SE = .02$, $t = 1.64$, $p = .103$).

En la **tabla 9** se pueden observar las medias y desviaciones típicas en cada una de las cuatro medidas de deshumanización analizadas, tanto para la muestra en general, como para sujetos de izquierdas y de derechas. En ella se pueden corroborar las diferencias analizadas.

Tabla 9.

Estadísticos descriptivos de las distintas formas de deshumanización en función de la orientación política y la condición experimental

Orientación política	N	Formas de deshumanización				N
		MET	MED	IHT	IHD.	
Condición de recuerdo de la mortalidad (MS)						
De izquierdas	85	3,30 (.65)	3,53 (.60)	3,82 (.76)	4,07 (.69)	85
De derechas	21	3,76 (.44)	3,74 (.41)	4,41 (.46)	4,38 (.39)	21
Total	106	3,39 (.64)	3,57 (.57)	3,94 (.74)	4,13 (.65)	106
Condición Control						
De izquierdas	71	3,64 (.52)	3,81 (.49)	4,14 (.58)	4,29 (.56)	71
De derechas	26	3,56 (.61)	3,46 (.66)	4,02 (.70)	3,98 (.79)	26
Total	97	3,62 (.54)	3,72 (.56)	4,11 (.61)	4,21 (.64)	97
Total (condición experimental y control conjuntamente)						
De izquierdas	156	3,46 (.61)	3,66 (.57)	3,97 (.70)	4,17 (.64)	156
De derechas	47	3,65 (.54)	3,58 (.57)	4,19 (.63)	4,16 (.66)	47
Total	293	3,52 (.58)	3,65 (.56)	4,05 (.67)	4,16 (.64)	293

Nota. La desviación típica aparece entre paréntesis.

El significado de las siglas es MET = minimización emocional de terroristas; MED = minimización emocional de dictadores y genocidas; IHT = infrahumanización de terroristas; IHD= infrahumanización de dictadores y genocidas.

c) Discusión global de resultados sobre la MS y la deshumanización.

Los resultados de esta investigación apoyan en líneas generales las hipótesis planteadas, y en gran medida son convergentes para distintas formas de deshumanización y distintos exogrupos amenazantes: entre las personas de izquierdas, la MS da lugar a menores niveles de deshumanización (tanto infrahumanización como minimización emocional) de los exogrupos amenazantes seleccionados –terroristas islamistas y dictadores o genocidas–; mientras que entre los conservadores o de derechas, la MS da lugar a mayores niveles de infrahumanización, pero sus efectos sobre la minimización emocional no resultan significativos.

Por tanto, ateniéndonos a nuestros hallazgos, no parece tanto que la MS produzca de forma general unos efectos socialmente “indeseables” asimilables al autoritarismo, que conllevan la tendencia general a prejuzgar a otros grupos o incluso a deshumanizarlos o infrahumanizarlos, como sugieren los hallazgos y posturas de autores como Jost et al. (2004) o Echebarría-Echabe y Valencia (2008). Tampoco parecen apoyar que la MS provoque una defensa de la visión conservadora del mundo a la que son especialmente sensibles las personas con una orientación política o psicológicamente conservadoras –como han sugerido autores como Wicklund (1997)

o Stone (2001); o, para otras amenazas, Feldman y Stenner (1997) o Altemeyer (1998)—, constituyendo la visión del mundo progresista una forma de mitigar o sortear tales efectos, como por otra parte han encontrado en varios estudios (Greenberg et al., 1992; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006; etc.). Estos resultados sugieren más bien, en coherencia con la postura de Greenberg y Jonas (2003), que la MS parece afectar a todo tipo de personas, también a quienes se describen como progresistas o de izquierdas, pero que este efecto no implica una respuesta típicamente autoritaria, sino una polarización o mayor compromiso con las tendencias ideológicas, políticas y axiológicas previamente predominantes. Así, no solamente las personas de derechas pueden reaccionar ante la MS incrementando su tendencia a deshumanizar exogrupos amenazantes, sino que, en coherencia con los resultados hallados en el campo del prejuicio, por ejemplo, por Weise et al. (2011), o por Gailliot et al. (2008), las personas de izquierdas también pueden disminuir la deshumanización de los exogrupos en respuesta a la MS, probablemente porque esta tendencia es acorde con su visión del mundo.

No obstante, cabe realizar algunas precisiones respecto a las diferencias halladas en los resultados en función de la forma de deshumanización seleccionada. Tomando la **minimización emocional** como forma de deshumanización, el apoyo para la hipótesis 3.3. es sólo parcial: se cumplen los resultados esperados para personas las personas más progresistas (las de izquierdas), pero no para personas de derechas. El hecho de que para éstos no se encuentren resultados significativos podría deberse a varios factores: En primer lugar, resulta coherente con los resultados hallados hasta la fecha en el ámbito de la infrahumanización (Vaes et al., 2010), o también en muchos casos en los que la variable dependiente tiene que ver con el apoyo a la violencia colectiva extrema (Weise et al, 2008, Rothschild et al., 2009; Motyl et al, 2010; etc.), en los que la MS genera bajo ciertas circunstancias una disminución en el apoyo a la violencia colectiva extrema o un incremento en la humanización del endogrupo, pero no las respuestas contrarias. Podría ocurrir, como la mayoría de estos estudios sugieren, que las normas sociales vigentes no favorezcan respuestas que implican deshumanizar a las personas, aunque sea simplemente negando sus emociones, por lo que esta respuesta no suministraría seguridad existencial en estas condiciones (normas implícitas, etc.).

No obstante, también hay otras posibles explicaciones: observando las **figuras 2 y 3**, y la tabla con los estadísticos descriptivos (tabla 6), las personas de derechas sí tienen mayores niveles marginales de minimización emocional, y quizás sólo el escaso tamaño de la muestra haya impedido que estas diferencias resulten significativas. En coherencia con ello, el porcentaje de la varianza explicada por la condición experimental es similar en personas de izquierdas y de derechas para el caso de minimización emocional de los terroristas, aunque no para el de dictadores y genocidas (donde el R^2 es mayor en el grupo de izquierdas).

Sin embargo, tomando como variable dependiente o criterio la **infrahumanización**, las diferencias resultan más claras y pronunciadas, y la hipótesis de la investigación se ven apoyadas por completo: las personas de izquierdas siguen mostrando una tendencia a reducir la infrahumanización de los exogrupos amenazantes en condiciones de MS, mientras que en el caso de las personas de derechas, las diferencias que eran marginales en el caso de la minimización emocional se hacen, ahora sí, significativas, y muestran mayores niveles de infrahumanización en condiciones de MS. Además, no se trata sólo de que los efectos informados sean significativos, sino que su relevancia no es en absoluto despreciable: como se ha informado anteriormente, el porcentaje de la varianza de las distintas formas de deshumanización explicada por la MS oscila, para los grupos de izquierda o de derecha, entre el 5% y el 9%, que pueden considerarse de una relevancia medio-alta. La única excepción sería la infrahumanización de dictadores o genocidas entre personas de izquierdas, donde la MS explica un 3% de la varianza, lo cual puede interpretarse como un efecto medio-bajo²⁶.

Uno de los mayores logros del presente estudio radica en que es, hasta donde quien suscribe esta tesis tiene conocimiento, es el primero en hallar una mayor tendencia a la infrahumanización en respuesta a la MS, algo que tiene mucho sentido a la luz de la TMT, y que otras investigaciones habían sugerido pero no habían logrado encontrar, quizás por a falta de relevancia de los exogrupos seleccionados (Vaes et al., 2010). Sin embargo, el hecho de que estas diferencias no se hayan dado –al menos tan claramente– en minimización emocional está en consonancia con la sugerencia de que las formas de infrahumanización animalísticas –frente a las mecanicistas– podrían suponer una respuesta especialmente atractiva en condiciones de ansiedad existencial, sobre todo entre personas conservadoras. Diversos estudios previos muestran que las personas tienden a alejarse de su naturaleza animal (véase una revisión en Goldenberg et al., 2009), respuesta especialmente deseable entre personas de derechas o autoritarias (Motyl et al., 2010). La infrahumanización de los exogrupos, pero no la minimización emocional, es una vía para ello.

Otro aspecto que llama poderosamente la atención es el hecho de que en condiciones control (las normales o habituales) no se den unas diferencias en deshumanización de los terroristas en función de la orientación política que son habituales y esperables (Seeman y Drady, 2008;

²⁶ En corroboración de estos extremos, se ha calculado el tamaño del efecto (d de Cohen) de las diferencias significativas halladas entre los sujetos que pasan por la MS y los que pasan por el control (las que se dan entre sujetos de izquierdas en todas las formas de deshumanización, y en infrahumanización entre personas de derechas). El d de Cohen Oscila entre $d = .47$ y $d = .66$, lo cual equivale a un tamaño del efecto que oscila entre $.23$ y $.31$, que denotan efectos de una relevancia media-alta. De nuevo, la excepción sería la infrahumanización de dictadores entre personas de izquierdas, donde $d = .35$ (tamaño del efecto bajo, de $.17$)

Leidner et al., 2010; etc.); o que, en el caso de los dictadores o genocidas, las diferencias sean precisamente en el sentido contrario al que cabe esperar –siendo las personas de izquierdas las que los deshumanizan más–. De hecho, el efecto de la MS se ha manifestado, en el caso de los terroristas como colectivo diana, en que el nivel de ambas formas de deshumanización ha sido mayor en personas de derechas sólo bajo condiciones de MS; en el caso de los dictadores, su efecto se ha traducido en que en condiciones de MS hayan desaparecido unas diferencias que en condiciones control hacían a las personas de izquierdas deshumanizar más. Pero, ¿por qué se han dado unos resultados tan inesperados? ciertos aspectos relacionados con la muestra y con el contexto social pueden ofrecer explicaciones a este aspecto, así como complementar a las expuestas para los resultados generales obtenidos.

En el caso de los terroristas islamistas, una primera posibilidad es que no resultaran lo suficientemente relevantes o amenazantes para los participantes, debido al contexto social general: probablemente no fuera percibido como una amenaza real inmediata, puesto que ya quedaba lejos aquel atentado del 11 de marzo de 2004 en el los encuestados apenas eran niños en su mayoría. Es más, es posible que éstos fueran percibidos en cierto modo como víctimas hacia los que sentir cierta empatía –dadas las habituales condiciones de vida precarias y de opresión de ciertos grupo terroristas–, a lo que pudo haber contribuido la “cacería” de Bin Laden por parte del ejército estadounidense pocas semanas antes de la recogida de datos. Todo ello podría haber igualado las supuestas diferencias originales.

A este equilibrio pudo haber contribuido también algo que tiene que ver con la composición de la muestra y la situación experimental: como estudiantes de Psicología, los participantes habían estudiado fenómenos como el error fundamental de atribución, el estereotipo o el prejuicio, desde un enfoque que de alguna forma es contrario a la manifestación de la deshumanización. Esto pudo conducir a que se produjera un efecto de deseabilidad social, en el que los participantes interpretaran que psicologizar, deshumanizar o denegar los sentimientos no es propio de estudiantes de Psicología, o que hubiera una norma implícita predominante que proscribiera mostrar prejuicios –a la que podría haber contribuido el propio experimentador, cuyos valores al respecto pudieron haber sido anticipados por parte de la muestra (el llamado efecto Orne)–. En este sentido, ya Hirschberger y Pyszczynski (2011a) señalan que las normas sociales implícitas y explícitas que proscriben el racismo, así como la automonitorización y el control de impresiones, previenen contra la deshumanización en condiciones normales. Por tanto, la MS podría haber causado una deriva hacia esta norma social en las personas en las que tiene un nivel de prominencia o accesibilidad más elevado –como las progresistas o de izquierdas–. En las personas más conservadoras, los mencionados factores pueden haber sido críticos para que no aparezcan ciertas reacciones de prejuicio o deshumanización en las

condiciones control, de modo que no aparecieran esas diferencias en deshumanización que son previsibles entre personas de izquierdas y derechas.

Otras posibles razones podrían residir en que, al menos en la muestra utilizada para este estudio, la infrahumanización y la minimización emocional no resultan (en las condiciones control) tan sensibles a las diferencias ideológicas como las formas más explícitas o directas de deshumanización.

Respecto a los resultados en el grupo control en relación a la deshumanización de dictadores, cabe señalar que en el momento en que se recogieron los datos estaban en plena ebullición los movimientos ciudadanos de la denominada *primavera árabe*, en la que miles de personas estaban muriendo a manos de sus propios gobernantes o dirigentes en países como Egipto o Libia. La preocupación por el respeto a los derechos humanos en personas ajenas al propio grupo es más característico de las personas progresistas o de izquierdas (Cohrs et al., 2005, 2007), por lo que podría ocurrir que los actos de los dictadores genocidas supusieran una violación de los propios principios y valores precisamente para las personas de izquierdas, cuya “indignación” les ha podido llevar a deshumanizar implícitamente más a los dictadores y genocidas que las personas de derechas. Además, cabe recordar que en las **tablas 7 y 8** hay indicios que suponen nuevos apoyos a la idea de lo ofensivo que pueden resultar los genocidas para los valores progresistas, y que ya han sido comentados: la correlación negativa que se da en condiciones control entre orientación política (de derechas) y minimización emocional de genocidas –que se da también, de forma marginal, con la infrahumanización de los mismos– indica que las personas de izquierdas tienden ligeramente a minimizar emocionalmente más a los dictadores y genocidas; además, en condiciones de recuerdo de la propia mortalidad se da una correlación positiva y significativa entre las dos formas de deshumanización de este colectivo y la valoración de los fundamentos morales individuales: es decir, quienes más valoran la justicia y la protección –valores característicamente progresistas según investigaciones previas– tienden, ligeramente, cuando piensan en su mortalidad, a deshumanizar más a los dictadores que abusan de su pueblo y cometen genocidios.

Lo que puede resultar curioso, o difícil de explicar desde la teoría, es que, teniendo en cuenta lo anterior, las condiciones de amenaza existencial no lleven a las personas de izquierdas a profundizar en esa supuesta tendencia inicial a la infrahumanización. Probablemente los valores más prominentes para las personas progresistas –o aquéllos a los que se aferran en condiciones de amenaza existencial, en los que encuentran sentido– sigan siendo aquéllos que implican humanizar a los diferentes, incluso cuando violan sus principios más básicos. Así, el efecto de la MS que parece llevar a las personas de izquierdas a infrahumanizar menos promovería que estas

diferencias desaparezcan, por lo que los resultados en deshumanización (infrahumanización y minimización emocional) de dictadores genocidas suponen nuevo apoyo a los efectos de polarización de la MS.

Que las personas de izquierdas deshumanicen implícitamente menos en condiciones de MS induce a preguntarse, ¿Es realmente la tendencia al respeto y la tolerancia un rasgo básico de las personas de izquierdas o progresistas, incluso cuando se trata de exogrupos amenazantes para sus valores? A pesar de lo recientemente argumentado, a los resultados obtenidos podría haber contribuido la posibilidad de que los grupos seleccionados no resultaran lo suficientemente relevantes o amenazantes para los participantes: ya se ha argumentado para el caso de los terroristas islamistas. En cuanto a los dictadores y genocidas, a pesar de que hay indicios que hacen pensar que puedan resultar ofensivos, no son una amenaza directa personal para los participantes, y probablemente no formen parte de sus preocupaciones cotidianas.

En este sentido, uno de los retos para futuras investigaciones consiste en plantearse si la MS puede dar lugar a signos inequívocos de celo y convicción en el rechazo exogrupal, el estereotipo, el prejuicio o la deshumanización incluso entre personas progresistas o de izquierdas, cuando se trata de grupos que realmente resulten amenazantes o que violen valores que son prototípicamente progresistas. En los tiempos que corren, estos exogrupos podrían estar bien representados por directivos de entidades financieras que sacan provecho económico de la situación actual, políticos corruptos o grandes empresarios que defraudan al estado o la sociedad en general –actos que, a pesar de no ser constitutivos de delito, son percibidos como manifiestamente inmorales e ilegítimos por importantes sectores de la población–. Otra posibilidad radica en utilizar un procedimiento ideado por Passini (2005) para su escala de exclusión moral, que consiste en que se trata de que cada sujeto experimental responda a las cuestiones pertinentes teniendo como referencia al grupo amenazante que haya libremente escogido, y así poder comprobar si las personas progresistas o de izquierdas respondan de forma “antisocial” a la MS cuando se trata de grupos que de forma clara y evidente les resultan amenazantes, aunque no se trate de ningún colectivo homogéneo. Se trata de un patrón de respuesta que la investigación hasta la fecha no ha encontrado, pero que encaja con los presupuestos más básicos de la TMT.

11.5. MS Y RECONEXIÓN MORAL.

Para comprobar las hipótesis planteadas acerca de los efectos que la MS pudiera tener sobre la adscripción a los fundamentos morales en personas de diferente ideología se llevó a cabo de forma exploratoria una serie de análisis de regresión múltiple –siguiendo con la lógica que ha

guiado los análisis correspondientes a hipótesis anteriores— en los que la condición experimental, la orientación política y la interacción entre ambas se tomaron como variables predictoras. Como variable criterio, en cada uno de ellos se tomó la puntuación obtenida para uno de los cinco diferentes fundamentos morales (incluyendo la puntuación total en moralidad y la de los fundamentos individuales y de vinculación tomados como unidad) en la escala de juicios morales de la MFQ, versión corta. De este modo, fueron 8 los análisis de regresión realizados. Con objeto no emplear demasiado espacio y tiempo a resultados irrelevantes, me limitaré a mencionar los resultados generales, entrando posteriormente a detallar sólo los datos estadísticos de los factores que hayan resultado significativos.

a) Ninguno de los predictores ejerció ningún efecto sobre los fundamentos individuales en su conjunto o tomados por separado (protección y justicia).

b) Por otra parte, se dio un efecto principal de la ideología política, pero no de la condición experimental ni de la interacción entre ambos aspectos, para la escala de juicios morales en su conjunto, para los fundamentos morales de vinculación tomados también conjuntamente, y para dos de ellos —lealtad y autoridad— por separado. Así, la orientación política es capaz de predecir de forma estadísticamente significativa la moralidad en general, la moralidad de vinculación en su conjunto, y dos de los fundamentos morales que la componen. En concreto, las puntuaciones más altas (más tendentes a la derecha) en esta variable predicen puntuaciones más altas en los mencionados fundamentos morales. Las correlaciones ya analizadas entre estas variables y la orientación política, así como los estadísticos descriptivos que se presentan en la **tabla 10**, corroboran el sentido de esta relación: las personas de derechas tienen mayores niveles de moralidad en general, de moralidad de vinculación en su conjunto e individualmente (lealtad, autoridad y pureza). En principio, la orientación política sería la única variable con capacidad predictora sobre estos fundamentos morales, resultando irrelevantes tanto el recuerdo de la propia mortalidad como su interacción con la orientación política.

c) Por último, tanto la orientación política, como la condición experimental ejercieron un efecto sobre el fundamento de pureza, que estuvo condicionado por la interacción de ambos factores.

Dedicaré las siguientes líneas a desarrollar aquéllos resultados particularmente relevantes para la hipótesis que nos ocupa, los que tienen que ver con los efectos de la MS y su interacción con la orientación política. Como se verá, los fundamentos de pureza y lealtad parecen haber sido, de alguna manera, susceptibles al efecto de la MS en personas de derechas, lo que deriva en que los índices que de los que estas medidas forman parte, los fundamentos de vinculación tomados como unidad y la moralidad en general, también lo hayan sido.

Tabla 10.

Puntuaciones medias y desviaciones típicas en la adscripción a los diversos fundamentos morales escala de juicios morales (escala de juicios morales de la MFQ), para la muestra en general, y para los participantes de orientación política de izquierdas y de derechas.

Medida	Orientación política (2 grupos extremos)	Condición experimental		
		MS	Control	Total
Escala juicios morales	De izquierdas	2,94 (,51)	2,93 (,48)	2,94 (,50)
	De derechas	3,74 (,33)	3,33 (,52)	3,51 (,49)
	Total	3,10 (,58)	3,04 (,52)	3,07 (,55)
Fund. individuales	De izquierdas	3,96 (,58)	3,85 (,65)	3,91 (,61)
	De derechas	4,07 (,49)	3,78 (,66)	3,91 (,60)
	Total	3,98 (,57)	3,83 (,65)	3,91 (,61)
Fund. de vinculación	De izquierdas	2,27 (,69)	2,32 (,64)	2,29 (,67)
	De derechas	3,51 (,47)	3,03 (,58)	3,24 (,58)
	Total	2,51 (,82)	2,51 (,70)	2,51 (,76)
Subescala protección	De izquierdas	3,60 (,82)	3,47 (,95)	3,54 (,88)
	De derechas	3,69 (,87)	3,36 (1,00)	3,51 (,95)
	Total	3,62 (,82)	3,44 (,96)	3,54 (,89)
Subescala justicia	De izquierdas	4,31 (,64)	4,22 (,58)	4,27 (,61)
	De derechas	4,45 (,44)	4,19 (,69)	4,31 (,60)
	Total	4,33 (,61)	4,22 (,60)	4,28 (,61)
Subescala lealtad	De izquierdas	2,10 (,91)	2,25 (,97)	2,17 (,94)
	De derechas	3,62 (,74)	3,02 (1,05)	3,29 (,96)
	Total	2,40 (1,06)	2,46 (1,04)	2,43 (1,05)
Subescala autoridad	De izquierdas	2,17 (,91)	1,94 (,79)	2,07 (,86)
	De derechas	3,07 (,78)	2,88 (,64)	2,97 (,70)
	Total	2,35 (,95)	2,19 (,86)	2,27 (,91)
Subescala pureza	De izquierdas	2,55 (1,02)	2,78 (,93)	2,65 (,98)
	De derechas	3,86 (,65)	3,19 (1,17)	3,49 (1,02)
	Total	2,81 (1,09)	2,89 (1,01)	2,85 (1,05)

Nota. N total = 203, distribuida de la siguiente manera: 156 personas de izquierdas (85 en condición de MS, 71 en condición control); 47 personas de derechas (21 en condición de MS, 26 en condición control).

11.5.1. MS y el fundamento moral de pureza

A la vista de los resultados del análisis de regresión lineal múltiple, el efecto de la MS parece haberse hecho notar esencialmente en el fundamento moral de la pureza. Como se comentaba unas líneas atrás, dicho análisis indica que se da un efecto principal tanto de la manipulación experimental ($b = .69$, $SE = .30$, $t = 2.24$, $p = .026$) como de la orientación política ($b = .55$, $SE = .13$, $t = 4.06$, $p < .001$), y que tales efectos se ven afectados por la interacción entre ambos factores ($b = -.203$, $SE = .086$, $t = -2.369$, $p = .019$).

Para entender el significado de esta interacción, como en anteriores análisis se llevó a cabo una regresión lineal simple independiente para los sujetos de izquierdas y derechas (recordemos, tomando a éstos, respectivamente, como los polos extremos de la variable “orientación política”, entendida como continua), en la que se examinó el nivel de adscripción al fundamento de la pureza como función de la condición experimental. Con ella se ha encontrado que la MS predice el nivel de moralidad de pureza entre personas de derechas ($b = -.66$, $SE = .29$, $t = -2.31$, $p = .025$, $R^2 = .106$), pero no así entre personas de izquierdas ($b = .23$, $SE = .16$, $t = 1.49$, $p = .14$). Como puede observarse en la **tabla 10** y en la **figura 6**, entre las personas de derechas, la MS parece provocar un mayor nivel de compromiso con el fundamento moral de la pureza ($M = 3.85$, $SD = .65$ en condiciones de MS, frente a $M = 3.19$; $SD = 1.17$ en condiciones control). El efecto de la MS no resulta en absoluto irrelevante: explica casi un 11% de la varianza en el nivel de pureza entre personas de derechas (como atestigua el R^2 descrito), que implica un efecto medio – alto (el tamaño de las diferencias de las medias es de .33, d de cohen = .70).

Subescala fundamento de Pureza (escala de juicios morales)

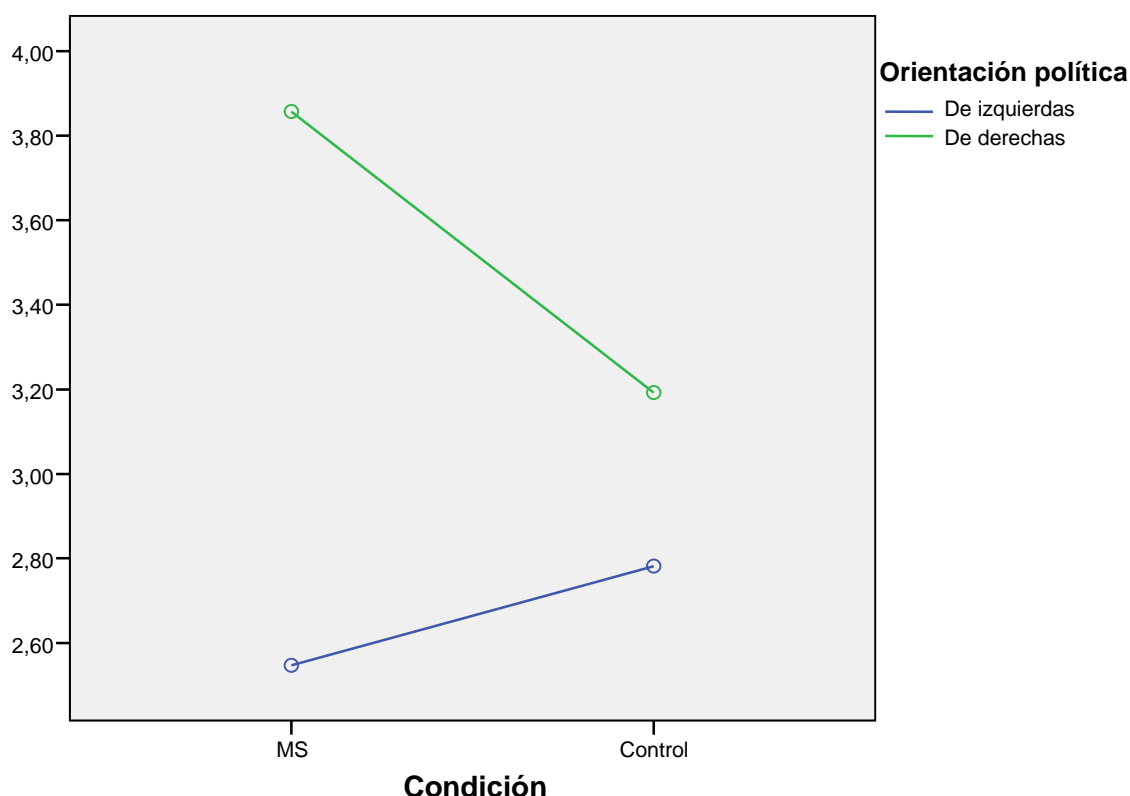


Figura 6. Nivel de adscripción al fundamento moral de pureza en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción al fundamento de pureza

De forma complementaria, con el mismo procedimiento se analizaron las diferencias entre personas de izquierdas y derechas en cada una de las dos condiciones experimentales, encontrando que las personas de derechas muestran significativamente más apego a la pureza en las condiciones de MS ($b = 1.31$, $SE = .23$, $t = 5.58$, $p < .001$), mientras las diferencias en el mismo sentido que se dan en las condiciones control no llegan a ser significativas ($b = .41$, $SE = .23$, $t = 1.79$, $p = .076$). Es decir, parece que las diferencias entre personas de izquierdas y derechas en la valoración del fundamento de pureza se hacen más profundas en condiciones de MS.

Por tanto, la presumible reacción de *reconexión moral* ante la amenaza existencial ha sido detectada sólo entre las personas de derechas. Se trata de una respuesta esperable, puesto que implica reforzar un aspecto que ya era una tendencia previa en su visión cultural del mundo, como claramente establece la investigación previa (Graham et al., 2009, 2011). Pero, además, parece que aferrarse a este fundamento en condiciones de MS tiene algunas ventajas que van más allá de reforzar un aspecto cualquiera de la visión del mundo: la pureza permite acercarse a lo espiritual y lo divino, y alejarse de lo corporal, más asociado con lo mortal y caduco. Unas líneas más adelante profundizaré en los motivos por los que esta forma de moralidad es especialmente eficaz en condiciones de ansiedad existencial. Así, podría ocurrir que este fundamento moral sea el más sensible a la MS o a la manifestación de sus efectos.

11.5.2. MS y el fundamento de la Lealtad

Como se detallaba en el planteamiento de los resultados generales respecto a esta cuarta hipótesis, el análisis de regresión lineal determina que sólo hay un efecto principal de la orientación política ($b = .47$, $SE = .13$, $t = 3.63$, $p < .001$), pero no de la MS ($b = .33$, $SE = .29$, $t = 1.151$, $p = .25$) ni de la interacción entre ambos factores ($b = -.09$, $SE = .08$, $t = -1.05$, $p = .292$). De estos resultados se deduce que a partir del conocimiento sobre los valores de la condición experimental y de su interacción con la orientación política tomada como variable continua no es posible predecir de forma estadísticamente significativa las puntuaciones en el fundamento moral de lealtad. No obstante, resulta prematuro concluir a la luz de estos resultados que la MS resulte incapaz de predecir o afectar a los niveles de moralidad de lealtad de las personas en función de su orientación política.

Así, otros análisis complementarios sugieren que de hecho la MS sí resulta relevante en las personas más conservadoras. Por ejemplo, limitando la exploración a las personas que se describen como de derechas, un análisis de regresión simple de la MS sobre el fundamento moral de lealtad indica que sí se produce un efecto estadísticamente significativo de la

condición experimental, de manera que en las personas con este perfil la MS se asocia con puntuaciones más altas en el fundamento de lealtad ($b = -.60$, $SE = .27$, $t = 2.20$, $p = .033$, $R^2 = .097$). Por tanto, parece ser que la ausencia de resultados interactivos en el análisis de regresión múltiple podría deberse a que, en los niveles bajos y medios de la variable orientación política (los menos conservadores o de derechas), la MS no es, efectivamente, capaz de predecir el nivel de lealtad, y no produce diferencias significativas en las puntuaciones de la misma. Este fenómeno parece haber eliminado los efectos interactivos y ocultado la relevancia que pensar en la muerte tiene en los sectores más conservadores o de derechas.

De hecho, cuando se repite el análisis de regresión múltiple eliminando a los sujetos de centro y codificando de forma binaria la variable orientación política –como sujetos de izquierdas y de derechas–, entonces sí aparece un efecto tanto de la condición experimental ($b = 1.12$, $SE = .43$, $t = 2.66$, $p = .009$), como de la orientación política ($b = 2.21$, $SE = .53$, $t = 4.18$, $p < .001$) y de su interacción ($b = -.90$, $SE = .33$, $t = -2.74$, $p = .007$).

Otra forma diferente pero compatible de contrastar la sub-hipótesis que nos ocupa, y de ratificar los efectos que la MS tiene sobre el fundamento moral de lealtad en las personas de derechas, es tomar la variable *orientación política* como susceptible de ser categorizada en grupos –como hacen diversos autores (por ejemplo, Graham et al., 2010; Kosloff et al., 2010; o Nail, Harton y Deckert, 2003)– y contrastar si existen diferencias de medias estadísticamente significativas en las puntuaciones de dicho fundamento moral. Para ser coherente con el resto de los análisis de esta tesis, en los que se está comparando exclusivamente a los participantes de derechas y de izquierdas, y como han hecho anteriormente Kosloff et al. (2010), he procedido a realizar un análisis de varianza factorial intersujetos de dos variables independientes –2 (condición experimental: MS y control) x 2 (orientación política: izquierdas y derechas)–, tomando como variable dependiente el nivel de adscripción al fundamento de lealtad. Los resultados indican que, aunque la condición experimental no ha ejercido ningún efecto de manera aislada [$F(1, 199) = 1.97$, $p = .192$], tanto la orientación política [$F(1, 199) = 53.00$, $p < .001$] como interacción entre la orientación política y la condición experimental [$F(1, 199) = 5.91$, $p = .016$] sí lo hacen, en el sentido ya descrito anteriormente. En concreto, para el análisis de esta interacción, se comprueba, a través de un ANOVA unifactorial tomando la MS como variable independiente y el fundamento de lealtad como variable dependiente, que entre las personas de izquierdas no existen diferencias significativas en las puntuaciones del fundamento de lealtad entre los sujetos de que han pensado y no han pensado en la muerte [$F(1, 154) = 1.13$, $p = .288$], mientras que, entre las personas de derechas, aquéllos que han pensado en la muerte sí puntúan significativamente más alto en dicho fundamento [$F(1, 45) = 4.86$, $p = .033$].

La diferencia de medias en las puntuaciones de este fundamento moral entre personas de derechas en condiciones de MS ($M= 3.61$, $SD= 0.74$) y control ($M= 3.01$, $SD= 1.05$), que reflejan la **tablas 10** así como la **figura 7**, permiten hacerse una idea clara de un efecto que es totalmente coherente con la teoría, y cuya intensidad es apreciable ($\eta^2 = .32$; $d = .68$; en congruencia con el hecho de que la MS explique cerca del 10% de la varianza, $R^2 = .097$). Así, si la visión del mundo de las personas de derechas se caracteriza por valorar los fundamentos de lealtad en condiciones normales, es plausible que bajo condiciones de MS estas tendencias iniciales se potencien. Pero, como en el caso de la pureza, este fundamento moral puede ser especialmente atractivo ante condiciones de amenaza existencial, dada su evidente relación con una forma básica de afrontar la mortalidad: la pertenencia a los grupos o colectivos. Como Castano y sus colaboradores han puesto de manifiesto en repetidas ocasiones (Castano et al., 2002, 2004, etc.), la mayor identificación endogrupal es una respuesta básica ante la MS, puesto que permite eliminar la ansiedad existencial de la propia mortalidad a través de la identificación con colectivos que tienen más posibilidades de trascendencia que la vida física individual.

Subescala de lealtad

(escala de juicios morales)

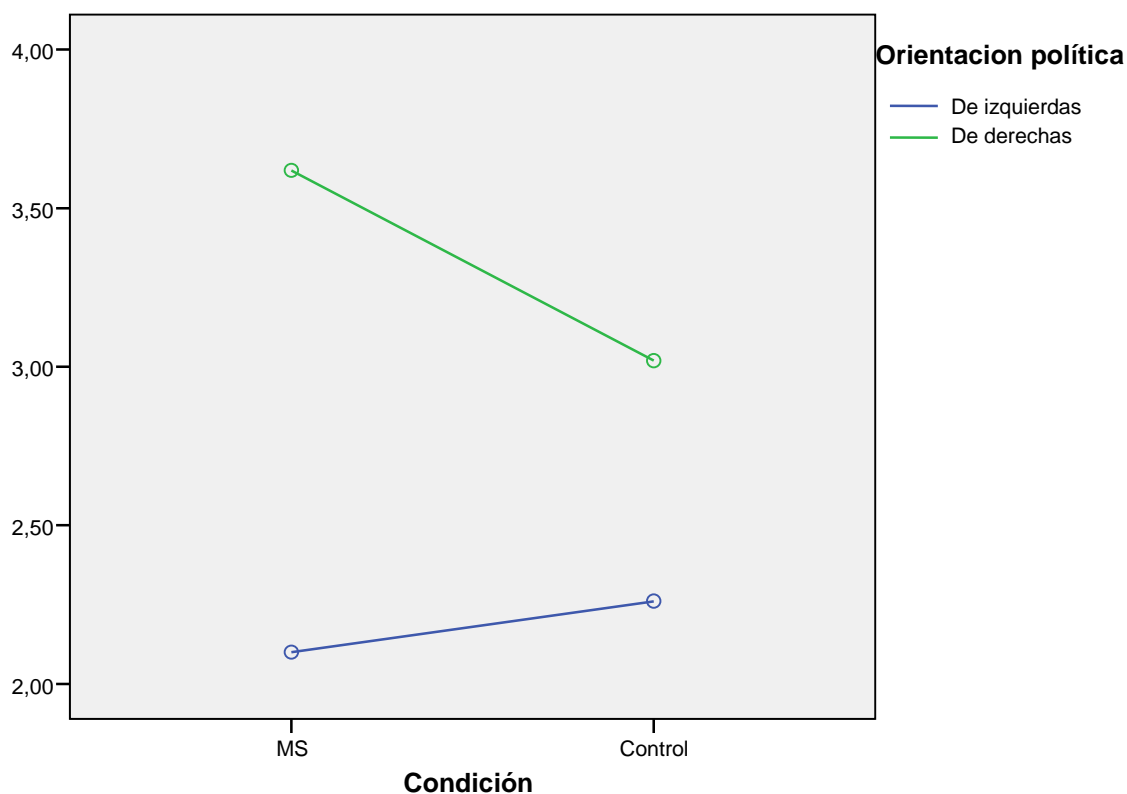


Figura 7. Nivel de adscripción al fundamento moral de lealtad en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción al fundamento de lealtad

Por otra parte, esta tendencia hacia el fundamento de la lealtad tiene importantes implicaciones para el área de interés principal de esta tesis, dado que aquí y en estudios anteriores (Seeman y Brady, 2008; Leidner, 2010; Graham y Haidt, 2011; Leidner y Castano, 2012) se ha encontrado que está, de una forma u otra, positivamente asociado con distintas formas de apoyo a la violencia colectiva extrema.

11.5.3. MS, fundamentos morales en general, y fundamentos morales de vinculación.

Al igual que ocurre con el fundamento de lealtad, a pesar de que el análisis de regresión múltiple sólo halla un efecto principal de la orientación política tanto en la escala general de juicios morales ($b = .27$, $SE = .067$, $t = 4.086$, $p < .001$ para la orientación política; pero $b = .15$, $SE = .15$, $t = 0.97$, $p = .33$ para la MS; y $b = -.06$, $SE = .04$, $t = -0.46$, $p = .14$ para la interacción), como en la subescala de vinculación ($b = .43$, $SE = .08$, $t = 1.08$, $p < .001$ para la orientación política; pero $b = .27$, $SE = .19$, $t = 1.40$, $p = .164$ para la MS; y $b = -.09$, $SE = .05$, $t = -1.74$, $p = .083$ para la interacción), un análisis de regresión centrado exclusivamente en quienes se declaran de derechas encuentra que pensar en la propia muerte predice significativamente niveles más altos en ambas escalas ($b = -.41$, $SE = .13$, $t = -4.11$, $p = .003$ en el caso de la escala global de juicios morales; $b = -.48$, $SE = .16$, $t = 3.08$, $p = .004$ en el índice de juicios morales de vinculación)²⁷. En la **tabla 10** y en las **figuras 8 y 9** pueden observarse estas diferencias entre las personas de derechas en condiciones MS y control, que muy probablemente se deben a los incrementos ya comentados para las subescalas de lealtad y pureza (ambas son componentes de las dos medidas que nos ocupan).

²⁷ Las mismas explicaciones dadas al analizar las “anomalías” en los resultados para el fundamento moral de lealtad son aplicables para estas escalas. De hecho, se han realizado los mismos análisis complementarios que en aquél caso –análisis de regresión múltiple con la orientación política codificada de forma binaria, así como análisis de varianza factoriales– con resultados equiparables. No he considerado necesario incluir dichos resultados porque creo que supondría complicar la lectura con artilugios metodológicos repetitivos que no añaden mucha información relevante.

Escala juicios morales

MFQ

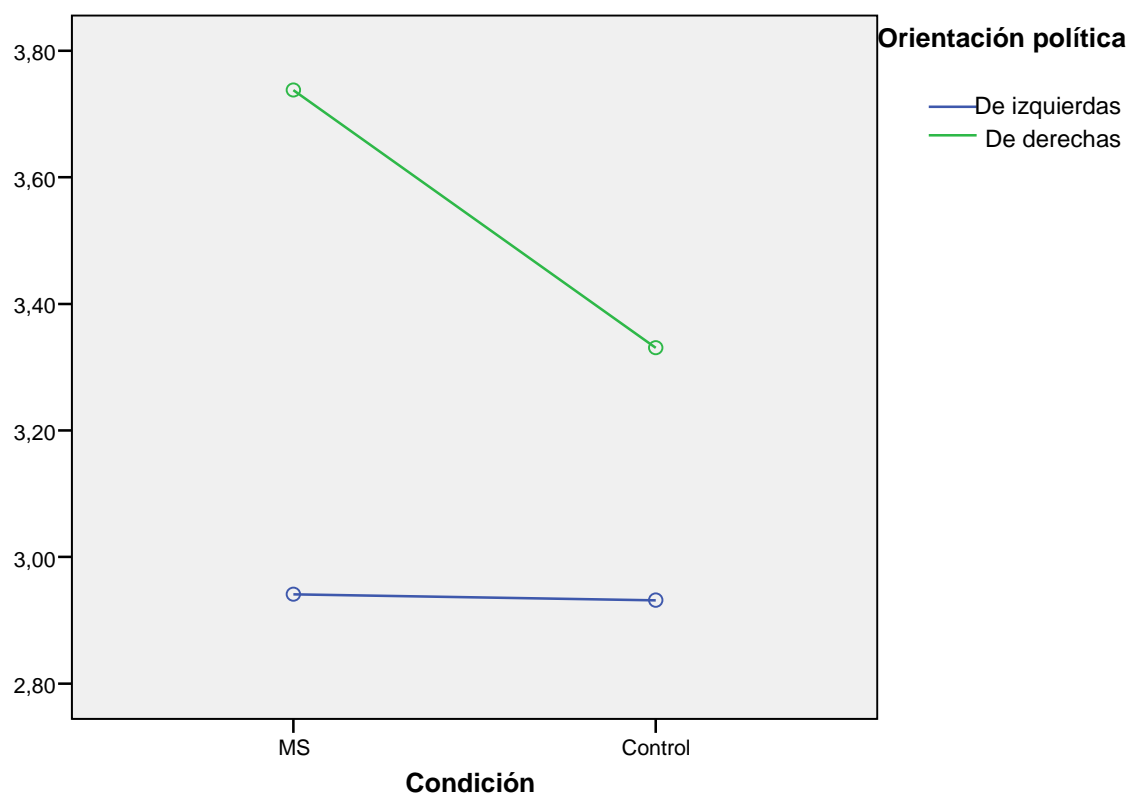


Figura 8. Nivel de adscripción a los fundamentos morales en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción a los fundamentos morales en general.

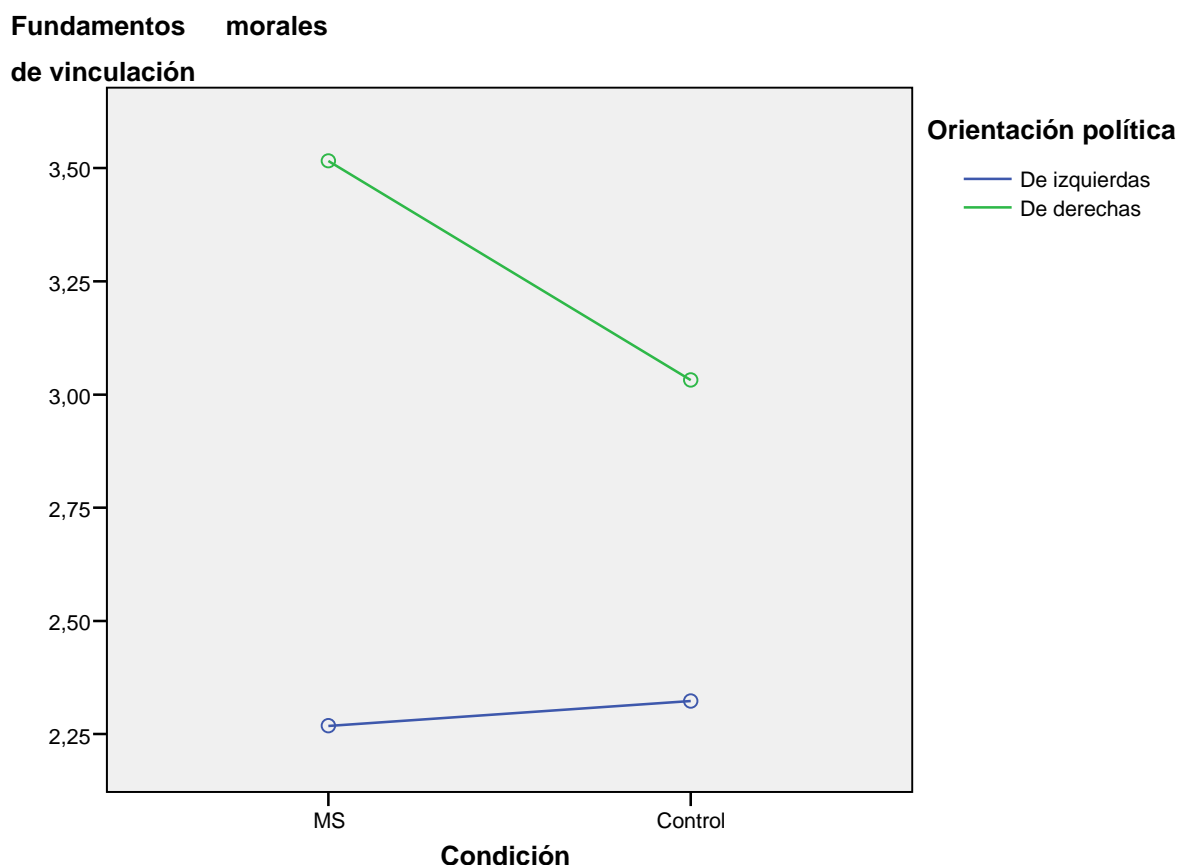


Figura 9. Nivel de adscripción a los fundamentos morales individuales en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción a los fundamentos individuales.

11.5.4. MS, orientación política y otros fundamentos morales.

En la **tabla 10** se pueden observar las puntuaciones medias de los sujetos de orientación e izquierdas y de derechas en cada uno de los fundamentos morales que quedan por abordar (el fundamento de autoridad, y los fundamentos individuales, tomados aislada o conjuntamente), tanto en la condición de MS como en la de control. Dichas puntuaciones aparecen representadas en las **figuras** comprendidas **entre la 10 y la 13** (localizads en el **anexo 2**, debido a que no resultan fundamentales para los resultados centrales). En ellas se puede observar que, aunque las diferencias son siempre marginales —es decir, no llegan a resultar estadísticamente significativas—, prácticamente en todos los casos dichas diferencias se ajustan a lo que cabe esperar teóricamente: las personas de derechas ven incrementados todos los fundamentos en condiciones de MS —posiblemente el escaso tamaño de la muestra haya sido decisivo para que en algunos casos no hayan resultado significativas—; entre las personas de izquierdas, ya con mayor tamaño muestral, también se da un incremento no significativo pero más claro en los

fundamentos de justicia y cuidado, mientras que en los fundamentos vinculantes –ya sea tomados de forma independiente o en su conjunto–, las diferencias son casi imperceptibles, pero con menores niveles en las condiciones de MS, como resulta esperable según la denominada hipótesis de la *polarización*.

11.5.5. Conclusiones.

En cualquier caso, si nos atenemos estrictamente a los resultados obtenidos, cabe destacar que las hipótesis exploratorias planteadas se han visto sólo parcialmente apoyadas: en resumidas cuentas, no se ha encontrado evidencia de que las personas en general respondan a la MS incrementando su nivel de adscripción a la moralidad o a ninguno de sus fundamentos morales. Esto es generalizable al caso concreto de las personas de izquierdas o progresistas, por lo que no se ha encontrado apoyo empírico para la subhipótesis 4.1.2. No obstante, en apoyo parcial a la subhipótesis 4.1.1., las personas más conservadoras (en este estudio, las que se autodescriben como de derechas) sí han respondido a la MS incrementando su compromiso con dos fundamentos que son característicos de la visión del mundo conservadora: el de pureza y el de lealtad al grupo. Se trata de aspectos de la visión del mundo que pueden resultar especialmente atractivos en condiciones de amenaza existencial por motivos añadidos. Además, las personas de derechas tienen puntuaciones significativamente mayores en la escala global de juicios morales y en los fundamentos de vinculación tomados conjuntamente.

Ante estos resultados cabe plantearse varias cuestiones:

1) En primer lugar, por qué las personas de derechas no potencian, en respuesta a la MS, otros fundamentos morales que también forman parte de su visión del mundo, como los de autoridad o los fundamentos individuales. Cabe recordar, de nuevo, que las respuestas halladas, el refuerzo de la lealtad y la pureza, tienen características que les hacen especialmente atractivas ante estas condiciones de MS, probablemente más que cualquiera de los otros fundamentos. Es probable que, como defienden diversos autores (Stone, 2001; Jost et al., 2003; Pyszczynski et al., 2003, etc.), las visiones del mundo más conservadoras sean más atractivas en condiciones de amenaza existencial.

2) En segundo lugar, por qué la MS no ha manifestado ningún tipo de efecto sobre la moralidad de las personas de izquierdas. Quizás, como sugieren ciertos autores (Feldman y Stenner, 1997, Stone, 2001, etc.), estas personas sean menos susceptibles a la amenaza en general o a la MS, aunque la respuesta que se ha encontrado en relación con la deshumanización induce a pensar que éste no es el caso. Podría haber ocurrido que el apego a los fundamentos de justicia o

cuidado, que forman parte de la visión del mundo de estas personas, no haya resultado eficaz para ofrecer seguridad en las condiciones particulares de este estudio (como no lo era el de autoridad para las personas conservadoras). Y las respuestas que resultan más eficaces en este sentido –el compromiso con la pureza y el endogrupo– no forman parte importante de la visión del mundo de las personas de izquierdas.

En este sentido, aunque en teoría los fundamentos individuales son los característicos de las personas progresistas, en este estudio empírico no ha resultado empíricamente así: por tanto, la razón por la que no se han incrementado sus niveles de dichos fundamentos en condiciones de recuerdo de la mortalidad podría radicar en que éstos no han resultado una parte esencial de su visión del mundo. Y es posible que esto se deba a las condiciones particulares de este estudio, donde algunas de las formas o motivos de intervención militar planteados –dirigidos a proteger a inocentes–, así como alguno de los colectivos diana seleccionados para medir deshumanización –los dictadores genocidas–, han podido favorecer ambas respuestas en personas precisamente de izquierdas, debido al contexto histórico del estudio. Y ello ha podido resultar conflictivo a la hora de posicionarse o reforzar claramente los valores morales que más aprecian en condiciones normales (justicia y protección).

Así, cabe recordar que precisamente las personas con mayores puntuaciones en estos fundamentos eran los que más infrahumanizaban y minimizan emocionalmente a los dictadores y genocidas. Además, como ya se ha comentado anteriormente, en relación con un ítem no incluido en los análisis que se refiere al nivel de aceptación de la intervención militar para proteger a gente inocente en Siria –código 29–, no se ha dado ningún tipo de correlación ni diferencias significativas en función de la orientación política ($r = .01$, $p = 0,895$), en contra de lo habitual: es decir, las personas más progresistas justificaban en la misma medida la intervención que las más conservadoras. De hecho, aunque había una relación positiva y significativa de poca intensidad con la desconexión moral ($r = .174$, $p < 0,05$), también había una relación similar, pero negativa, con el fundamento de autoridad medido a través de la MFQ ($r = -.197$, $p < 0,05$) y de la subescala de relevancia moral de la MFQ ($r = -.20$, $p < 0,05$). Es decir, que las personas que más valoran la autoridad, que suelen ser quienes más apoyan la violencia en distintas circunstancias, tienden a ser los que menos justifican la intervención en este supuesto concreto –aunque, cabe reiterar que es una relación poco intensa–.

En cualquier caso, podría ocurrir que la moralidad sí se vea afectada por la MS de forma más clara y general que la aquí descrita, en cuyo caso la ausencia de resultados estadísticamente significativos podría deberse a factores como:

a) inadecuación del instrumento de medida: se mide cada fundamento moral con sólo dos ítems. Además, la medida utilizada ha sido muy directa y explícita, algo que desde los presupuestos de Echebarría-Echabe y Valencia (2008) dificulta que los efectos de la MS se manifiesten.

b) En el caso de las personas de derechas, el escaso tamaño de la muestra.

c) Sobre todo en el caso de personas de izquierdas, el contexto sociopolítico, como se acaba de exponer.

d) También es posible que el hecho de ser la última medida haya hecho disminuir el tamaño del efecto de la MS. Se trata de una medida tomada con posterioridad a las de desconexión moral y deshumanización (infracomunización y minimización emocional), por lo que los sujetos ya habían tenido, probablemente, la oportunidad de atenuar su necesidad de protección existencial a través de la humanización (en el caso de las personas progresistas) o deshumanización (infracomunización por parte de las personas conservadoras) de los colectivos amenazantes.

En conclusión, estos resultados son exploratorios, y se han obtenido a través de un procedimiento y unos instrumentos manifiestamente mejorables. Creo que sirven para fundamentar y dirigir más claramente las hipótesis en una investigación futura que deberá corroborar la relación entre MS y los fundamentos de pureza y lealtad en personas predispuestas a los mismos, así como confirmar que los demás fundamentos morales son menos relevantes ante situaciones de amenaza existencial. También sería deseable profundizar en el conocimiento de las condiciones que pueden hacer que el apego a unos u otros fundamentos sea más atractivo ante dichas condiciones.

CAPÍTULO 12. DISCUSIÓN GENERAL.

Aunque por su naturaleza y contenido podría perfectamente haber constituido un último epígrafe del capítulo anterior (“Resultados y discusión”), la amplitud, complejidad y relevancia de los contenidos aquí expuestos me ha llevado a dedicarle un capítulo independiente, dentro de la parte de esta tesis dedicada a su estudio empírico. Aquí se sintetizan los resultados principales obtenidos en cada apartado, y se discuten sus implicaciones y peculiaridades, así como las posibles críticas, problemas y limitaciones de que adolece este trabajo.

12.1. RESULTADOS GENERALES SIN IMPLICACIONES PARA LA TMT.

En respuesta al primero de los objetivos, se ha obtenido apoyo empírico para la idea de que el nivel de desconexión moral está asociado con un alto nivel de moralidad, –específicamente en los fundamentos morales de vinculación– y que es compatible con la alta moralidad en los fundamentos individuales. Por otra parte, los resultados generales obtenidos en la investigación presentada vienen a corroborar, en términos generales, las relaciones que estudios anteriores informan entre variables como adscripción a los diferentes fundamentos morales, orientación política, desconexión moral, apoyo a las intervenciones militares, lo cual puede interpretarse como un apoyo para la validez convergente de las medidas empleadas. No obstante, se han dado ciertas peculiaridades relacionadas probablemente con algunas formas o motivos de intervención militar planteados, con los colectivos diana seleccionados para medir deshumanización y con el contexto histórico del estudio, bastante similar al propio del momento actual (agosto de 2013). Como recientemente se ha expuesto, los dictadores y genocidas han podido resultar especialmente ofensivos para personas progresistas, y la intervención armada no tan rechazable como es habitual si se dirige a proteger a sus víctimas. De ahí que en estos casos las personas de izquierdas no hayan respondido del todo como es habitual y esperable en ellas. Recordemos e integremos los hallazgos que me han llevado a esta suposición.

Según el orden cronológico en que se respondía al cuestionario, lo primero que llama la atención es que las personas de izquierdas, bajo condiciones control –que son las más naturales–, no han deshumanizado menos a los colectivos diana. De hecho, lo hacen significativamente más cuando se trata de atribuir emociones a dictadores o genocidas. Además, cabe recordar que, en condiciones de recuerdo de la mortalidad, las personas con mayores puntuaciones en los fundamentos morales individuales son las que tienden a deshumanizar más a los dictadores o genocidas, aunque la relación sea poco intensa. En congruencia con ello, resulta curioso que, aunque las personas de izquierdas tienden a puntuar menos en el índice elaborado de apoyo a la intervención armada, no existan diferencias en relación con un ítem que mide el apoyo a dicha

intervención cuando está dirigida a proteger a gente inocente en Siria. En este ítem, de hecho, quienes más valoran el fundamento moral de autoridad –los mismos que suelen justificar más las acciones armadas o militares– tienden a apoyar menos la intervención. Estos resultados parecen ser congruentes con el punto de vista y resultados de Fetchenhauer y Bierhoff (2004), según los cuales el apoyo hacia la intervención militar para imponer el cumplimiento de los derechos humanos sería independiente de la ideología política, puesto que, por una parte, suponen la preocupación por los derechos humanos, algo muy propio de las personas de izquierdas, pero, por otro, implica legitimar una acción armada en la que los derechos humanos serán violados. Para finalizar con las reflexiones sobre la deshumanización, cabe plantearse si realmente la menor atribución de emociones y sentimientos ha resultado una medida relevante de la misma bajo condiciones control, dado que no muestra correlaciones con la desconexión moral, la orientación política o el apoyo a la intervención militar.

Por otra parte, quizás motivado por este conflicto que parece darse en las personas de izquierdas, éstas no han puntuado más en los fundamentos morales individuales (protección y justicia), como hubiera sido esperable; de ahí que una puntuación mayor en estos aspectos no conlleva que se dé una menor desconexión moral o apoyo al uso de la fuerza armada, ni tampoco una menor deshumanización.

12.2. SOBRE LAS RESPUESTAS DE LOS PARTICIPANTES EN CONDICIONES CONTROL Y EXPERIMENTAL.

A pesar de que, como se acaba de señalar, ciertos resultados en la condición control parecen llamativos o discordantes con investigación previa, éstos se tornan mucho más claros y coherentes bajo la condición de MS: ya se ha comentado que la mayor tendencia a la deshumanización de exogrupos en personas de derechas frente a las de izquierdas se produce sólo bajo MS, así como la relación de las formas de deshumanización seleccionadas con la desconexión moral y el apoyo a las intervenciones militares. Además, en las condiciones de MS sí se da una correlación positiva entre el conservadurismo (orientación política de derechas) y el apoyo a la intervención militar para asegurar el cumplimiento de los derechos humanos en Siria, aunque ya se ha visto que no era así en las condiciones control. Por otra parte, en la bajo el recuerdo de la mortalidad aparecen unas claras correlaciones positivas entre la deshumanización y el fundamento moral de la pureza que pueden tener un sentido existencial desde la perspectiva de la TMT, pero que no aparecen –o lo hacen de forma mucho más atenuada– bajo condiciones control.

Además, en estas condiciones de amenaza existencial es donde se produce una correlación positiva entre la tendencia a la deshumanización y la pureza, que tiene todo el sentido desde un punto de vista teórico. La muerte lo cambiaría todo, nos afectaría de forma profunda, y parece como si “desenmascarase” a las personas, haciendo que emergieran ciertas tendencias que de otra manera se pueden mantener ocultas al servicio del manejo de las impresiones y la deseabilidad social.

12.3. SOBRE LAS RESPUESTAS DE DEFENSA DE LA VISIÓN DEL MUNDO HALLADAS EN ESTE ESTUDIO.

Una visión amplia y general de los resultados obtenidos sugiere, por una parte, que todas las personas son susceptibles de verse afectados por la MS, y no solamente personas “predispuestas”, ideológica o psicológicamente conservadoras. Ésta última posibilidad, aunque es incompatible con las bases teóricas de la TMT –que defienden que todas las personas tienen la necesidad de encontrar sentido y autotranscendencia ante la conciencia de su mortalidad–, podría ser defendida a la luz de los resultados de innumerables estudios.

En otros estudios, la ausencia de efectos de la MS en personas de perfil social o psicológicamente progresista –de izquierdas, baja necesidad personal de estructura, alta autoestima implícita, relaciones interpersonales seguras, etc.– puede tener que ver con la forma en que se ha conceptualizado y operacionalizado la noción de *defensa de la visión del mundo*. En muchos casos se ha partido de una concepción y medida de la defensa de aspectos como la identidad grupal, el favoritismo endogrupal, el etnocentrismo, el rechazo exogrupal, el respeto a las tradiciones y normas culturales establecidas... En definitiva, de los aspectos más rígidos, autoritarios y conservadores de la visión del mundo (véase la argumentación en este sentido de Juhl y Routledge, 2010). Si se parte de una concepción más flexible y abierta de defensa de la visión del mundo –como el refuerzo de las formas con las que predominantemente la gente afronta sus miedos existenciales, cualesquiera que éstas sean– y se utilizan medidas acordes y sensibles a la misma, será más probable hallar efectos de la MS también en personas de perfiles más “progresistas”, como las de izquierdas, las de baja necesidad personal de estructura, o las de alta autoestima o estilo de apego seguros –a quienes la afirmación de estos aspectos probablemente les esté protegiendo de la amenaza existencial y haciendo innecesaria la defensa de la visión del mundo–.

En esta investigación, entendiendo la defensa de la visión del mundo como algo más relativo e individualizado –como la mayor adscripción a los valores que son más accesibles o relevantes para cada persona, con independencia de su contenido– se ha hallado que las personas de

izquierdas también parecen responder así ante MS. Al menos en lo referente a una menor deshumanización (infrahumanización y minimización emocional), dado que a nivel teórico la visión del mundo progresista se caracteriza por valores como la tolerancia y la igualdad, y a nivel empírico se ha encontrado en repetidas ocasiones que las personas progresistas tienden a manifestar estas formas de deshumanización en menor medida (Viki y Calitri, 2008; De Luca-Mc Lean y Castano; 2009; Leidner et al., 2010).

Por tanto, aunque los efectos de la MS parecen ser generalizados (afectan a todo tipo de personas), también parecen ser diferentes en función de las tendencias previas de la gente, dando lugar a un reforzamiento de éstas más que a una intensificación de los componentes más conservadores de la visión del mundo. De este modo, estos resultados encajan con la postura de la “polarización” defendida por Greenberg y Jonas (2003) o Castano et al. (2011), frente a la de Pyszczynski et al. (2003), Jost et al. (2004), Echebarría-Echabe y Valencia (2008), Vail et al. (2012), etc., que proponían que todas las personas reaccionaban ante la MS o la amenaza, pero derivando hacia las formas más conservadoras y etnocéntricas de su visión del mundo.

No obstante, si bien parece que cualquier personas puede ser susceptibles a la MS, y que la respuesta ante la misma no es unitaria (afecta manera distinta a personas de diferente orientación política), es cierto que de los resultados obtenidos también se puede interpretar que en algunos casos las visiones del mundo más conservadoras resultan más relevantes, más atractivas, aunque sólo se ajusten a ellas las personas “predispuestas”, para las que estas tendencias eran previamente importantes. Desde este punto de vista, para ciertas personas sí se daría una tendencia al conservadurismo en respuesta a la MS, pero a la que no serían susceptibles las personas no predispuestas (en nuestro caso, las de izquierdas), de lo que podría desprenderse también que las personas de derechas son más susceptibles a los efectos de la MS, o, al menos, que resulta más sencillo detectar dichos efectos en este tipo de personas. Así, las personas de derechas han deshumanizado más, y han incrementado su valoración de los fundamentos morales de pureza y lealtad, pero no los de justicia o protección, que también forman parte importante de su visión del mundo. Ello ha dado lugar a que también hayan incrementado su nivel de moralidad en general y en los fundamentos de vinculación tomados unitariamente (sin embargo, en las personas de izquierdas no se ha detectado cambio alguno respecto a la moralidad, y los efectos de defensa de visión del mundo detectados se limitan exclusivamente a una mayor “humanización” –mecanicista y animalística– de los exogrupos).

Hay que apuntar que estas respuestas, de naturaleza conservadora en sí mismas, ofrecen a nivel teórico ventajas muy claras y especiales para resolver la necesidad o inseguridad existencial, desde la perspectiva de la TMT. La lealtad al endogrupo está emparentada con la identificación

con el mismo, que ha sido descrita como una de las formas más claras de trascender la mortalidad; y la adscripción al mecanismo de pureza, muy relacionada con la deshumanización, puede interpretarse como una forma muy literal de negar la muerte.

Por tanto, en conclusión, se ha hallado apoyo tanto para la postura de la polarización –que la MS afecta a todas las personas potenciando sus tendencias ideológicas y actitudinales previas–, como para la que propone un efecto de tendencia hacia postulados etnocéntricos y conservadores, pero limitado a las personas predispuestas a ellas. La única postura para la que no se ha encontrado apoyo es aquella que sostiene que la MS provocaría una deriva hacia el conservadurismo en las personas con independencia de sus tendencias ideológicas o psicológicas previas.

Desde aquí no propongo tomar partido por ninguna postura en concreto, sino hacerlo por las tres, en función de las circunstancias. No creo que sea honesto negar la plausibilidad de cualquiera de ellas teniendo en consideración el amplio apoyo empírico con que cuentan. Más bien, habría, quizás, que tener una mayor amplitud de miras para hacer compatible lo aparentemente contradictorio: en coherencia con lo establecido en el epígrafe 7.4, cualesquiera de los aspectos de la visión del mundo de las personas pueden resultar eficaces para ofrecer sentido y satisfacer las necesidades existenciales, como defienden Greenberg y Jonas (2003). Sobre todo, cuando se trata de valores o ideas centrales para las personas (diríamos que son “esquemáticas” de ellas), o cuando la situación o contexto los hacen especialmente accesibles o relevantes. Aún así, probablemente, algunas posturas más conservadoras sean en igualdad de condiciones más eficaces en este sentido, aunque sólo en el caso de las personas para las que estas tendencias tienen cierta relevancia. Aunque no ha sido el caso del presente estudio, como señalan Weise et al. (2008), probablemente en condiciones claras –situaciones fuertes– en las que la amenaza es muy evidente y se percibe un alto consenso al respecto, las tendencias etnocéntricas y de hostilidad exogrupal pueden ser generalizadas –como ocurre en contextos de tensión o violencia política, caso de los en los estudios llevados a cabo en la Franja de Gaza, Iran, etc.–.

12.4. LA INFRAHUMANIZACIÓN Y EL INCREMENTO DE LA PUREZA: ¿DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA?

Antes de poner fin a este epígrafe, como “epílogo” del mismo, trataré de plantear una cuestión a la que me han conducido tanto los resultados aquí obtenidos como cierta literatura científica sobre el tema: la relación que puede existir entre la infrahumanización de los exogrupos y el mecanismo moral de la pureza.

La contrastación de la tercera de las hipótesis planteadas ha puesto de manifiesto que las personas de derechas tienden a infrahumanizar más a los miembros de grupos amenazantes bajo condiciones de MS, mientras que la puesta a prueba de esta cuarta hipótesis ha dejado claro que, a nivel de moralidad, estas mismas personas potencian su nivel de moralidad basada en la pureza o santidad. Estas respuestas de defensa de visión del mundo han aparecido a pesar de los hándicaps recientemente mencionados, que tienen que ver con un escaso tamaño de la muestra, unos instrumentos de medida manifiestamente mejorables, o el hecho de que reflejan dos formas diferentes de defensa de visión del mundo. Todo ello apunta a que, quizá, como sugieren ciertos planteamientos teóricos y múltiples resultados empíricos (Feldman y Stenner, 1997; Phaulus y Trapnell, 1997; Wicklund, 1997; Stone, 2001; Jost et al., 2003), las personas conservadoras sean especialmente sensibles a las amenazas –también a la MS–, y tengan mayor necesidad de protección. Así, la infrahumanización de terroristas y dictadores no habría sido suficiente para eliminar su necesidad de protección existencial, resultando necesario, además, incrementar la pureza.

No obstante, podría ser que infrahumanización y pureza no constituyeran tanto dos formas diferentes de defensa de visión del mundo, como, más bien, dos manifestaciones de una misma tendencia. La mayor infrahumanización de exogrupos amenazantes que han mostrado las personas conservadoras bajo condiciones de MS en el presente trabajo podría ser un reflejo de una tendencia a la mayor humanización del propio grupo en condiciones de MS, de un intento de alejarse de lo caduco, lo material, lo animal, por comparación social con un exogrupo “animalizado”. De este modo, la función de la deshumanización animalística coincidiría con la del mayor apego al fundamento de pureza: el alejamiento de lo animalístico en busca de lo espiritual y divino. Veámoslo de forma algo más extensa

12.4.1. Pureza, asco, humanización propia y deshumanización ajena.

El dominio de la pureza o santidad implica valores y principios dirigidos a preservar la pureza del cuerpo y del alma. Asociado a las funciones de evitar los venenos, toxinas o enfermedades, originalmente tenía que ver con la contaminación física, pero se generalizó a aspectos que tienen que ver con aspectos individuales y del comportamiento social, promoviendo creencias acerca del valor moral de llevar un estilo de vida física y mentalmente puro: tener autocontrol, ser limpio, casto, decente, espiritualmente puro, actuar de acuerdo a las normas sagradas, divinas y las leyes naturales. El placer hedónico sería contaminante, como lo es lo profano, lo carnal, lo antinatural, lo que se aleja de lo espiritual o lo que se asemeja a lo animal (Haidt y Joseph, 2007; Horberg, Keltner, Oveis y Cohen, 2009). La pureza permite, así, distanciarse de los aspectos carnales, impuros e incluso físicamente peligrosos –los más asociados a la muerte–,

y acercarse a los aspectos más espirituales y divinos, además de tomar más precauciones para preservar la vida física –todas las cuales implican una forma de trascendencia sobre la muerte–. Por su naturaleza y sus funciones, este fundamento moral está íntimamente relacionado con la emoción de asco y con la tendencia a la humanización de uno mismo o su grupo –también, probablemente, con la deshumanización de los otros–.

Las emociones en general pueden ser entendidas como precursoras de los juicios morales a través de las intuiciones que inducen. Así, aunque el asco parece haber evolucionado como una emoción que –como el fundamento moral de la pureza– nos protege de la ingesta de alimentos peligrosos, su influencia se ha diversificado y generalizado, estando implicada en nuestra percepción de los grupos sociales y en nuestros juicios morales. Está íntimamente relacionada con la moralidad en diversas culturas, de modo que los actos que producen asco no son moralmente asépticos, sino que frecuentemente son percibidos como inmorales aun cuando no son en absoluto dañinos para nadie. Pero esta relación es especialmente clara respecto al fundamento moral de la pureza. Como reconocen Horberg et al. (2009), la evidencia empírica muestra que las violaciones del fundamento moral de la pureza generan una respuesta emocional de asco, y que así lo perciben las personas; y que la inducción de asco genera condenas morales más intensas para violaciones de cualquier dominio moral (facilita la atribución de culpa y malicia a los sospechosos de ciertos crímenes o violaciones morales). Además, Horberg y sus compañeros comprueban que la inducción de asco es capaz de provocar específicamente una amplificación del fundamento moral de pureza.

Por otra parte, al igual que la valoración del fundamento moral de la pureza, la predisposición a sentir asco es especialmente propia de personas conservadoras: correlaciona con el conservadurismo como orientación política, y su asociación es más clara con actitudes conservadoras que tienen que ver con la pureza (Inbar, Pizarro y Bloom, 2007); además, la emoción de asco está positivamente relacionada con los valores conservadores (Terrizzi, Shook y Ventis, 2010), o con el autoritarismo de derechas –RWA– y orientación de dominancia social –SDO– (Hodson y Costello, 2007).

De la misma manera, la percepción de riesgo de enfermedad y la predisposición a sentir asco parecen correlacionar positivamente con el etnocentrismo, la atracción o el favoritismo endogrupal, o con unas actitudes más negativas hacia exogrupos extranjeros y su asociación con el peligro (Faulkner, Schaller, Park y Duncan, 2004; Navarrete y Fessler, 2006). En coherencia con ello, Terrizzi et al. (2010) han encontrado que la emoción de asco provoca un incremento en las actitudes prejuiciosas hacia los homosexuales entre personas conservadoras –aunque entre las progresistas induce un efecto contrario, puesto que considerarían a los homosexuales parte

del endogrupo, y responden con favoritismo endogrupal-. También Hodson y Costello (2007) han encontrado que la sensación de asco –en concreto, la sensibilidad hacia el asco en las relaciones interpersonales– predice indirectamente las actitudes negativas o prejuiciosas hacia inmigrantes, extranjeros o grupos socialmente desviados –a través de un incremento del autoritarismo de derechas y orientación de dominancia social– y, directamente, las percepciones deshumanizadoras de dichos exogrupos. A este respecto, recientemente Buckels y Trapnell (2013) demuestran que la inducción de la emoción de asco también puede promover la humanización del endogrupo y la deshumanización del exogrupo –entendida como menor o mayor asociación de los grupos con los animales–.

En este sentido, parece coherente que el fundamento moral de la pureza, al igual que ocurre con su correlato emocional, el asco, favorezca el conservadurismo, el etnocentrismo y la humanización de los endogrupos, o el prejuicio y la deshumanización de los exogrupos. Probablemente, como sugieren Hodson y Costello (2007), porque incrementa la accesibilidad de las fronteras intergrupales y las jerarquías sociales. Posiblemente, las necesidades existenciales tengan también algo que decir al respecto.

Desde la TMT se defiende que los recuerdos de la mortalidad motivan a las personas para alejarse de lo animal y lo impuro –que de alguna forma simboliza la muerte–, a “humanizarse” a uno mismo y a su grupo, funciones equivalentes a las que cubre la emoción de asco y el fundamento moral de la pureza, como se acaba de revisar. Cabe recordar que ya se ha encontrado que la MS puede promover una mayor emoción de asco hacia animales y productos corporales, así como un mayor rechazo de la naturaleza animal y humanización del propio grupo –recuérdense los ya citados estudios de Goldenberg y su grupo de investigación (revisados en Goldenberg, Kosloff y Greenberg., 2006), o la investigación sobre los efectos de la infrahumanización de la violencia (Motyl et al., 2010)–. Por tanto, es previsible que la MS fomente también el fundamento moral de la pureza, especialmente en personas conservadoras, que estarán más predisuestas a esta reacción por varios motivos: porque tanto la pureza como el asco son más características de su visión del mundo; porque son las personas que de forma más consistente han mostrado tendencia a responder a la MS con un alejamiento de su naturaleza animal (Motyl et al., 2010); y porque son las personas que más consistentemente se han mostrado sensibles a los efectos de la MS en general.

Y, como he defendido anteriormente, la mayor infrahumanización de exogrupos amenazantes que han mostrado las personas conservadoras bajo condiciones de MS en el presente trabajo podría ser un reflejo de esta misma tendencia a la mayor humanización del propio grupo en condiciones de MS, de un intento de alejarse de lo caduco, lo material, lo animal, a través de

una comparación social positiva. Al fin y al cabo, nuestra identidad viene dada, entre otras cosas, por la comparación con otras personas o grupos. Otro indicio favorable a esta interpretación es la relación hallada en esta tesis entre el nivel de pureza (escala de juicios morales) y el nivel de infrahumanización de terroristas ($r = .343$, $p < .001$) y dictadores genocidas ($r = .238$, $p = .004$)²⁸, que resulta coherente con la relación entre la emoción de asco y la deshumanización de los exogrupos puesta de manifiesto en la bibliografía comentada. De nuevo, es en la condición experimental donde aparecen estas correlaciones, que en la condición control son insignificantes ($r = .122$, $p = .143$ para terroristas; $r = .095$, $p = .438$ para los dictadores). Se trata de otro indicio para pensar que, probablemente, el sentido de atribuir menos emociones adquiere un sentido especial bajo estas condiciones.

12.4.2. ¿Realmente sólo las personas de derechas buscan humanizarse a sí mismas bajo MS?

Como se ha sintetizado unas páginas atrás, los resultados aquí obtenidos sugieren que sólo las personas de derechas –a través de la moralidad basada en la pureza y, probablemente, de la deshumanización animalística de los exogrupos– responden a la MS buscando una mayor humanización, un alejamiento de lo carnal, lo animal o lo caduco, mientras que las personas progresistas o de izquierdas no tienen necesidad de hacerlo.

Ya Motyl et al. (2010) encontraron resultados coherentes con esta interpretación: en su estudio, sólo los altos en RWA respondían con un decremento en el apoyo de la intervención militar en condiciones de MS y animalización de la violencia (es decir, que están motivados para alejarse de lo animal, humanizarse a sí mismos, en condiciones de MS). Los autores sugieren que estos resultados se pueden deber a que las personas más autoritarias son las que tienen una concepción más negativa o peyorativa de los animales, como inferiores al ser humano, etc., y que, por tanto, son quienes tienen necesidad de distanciarse de los mismos. Sin embargo esta interpretación es criticable. Aun siendo cierta la diferente visión y valoración de los animales entre las personas con mayor o menor autoritarismo de derechas, la tendencia a desvincularse de los animales en condiciones de MS no debería depender de la visión más o menos peyorativa de los animales, sino, fundamentalmente, de si la vinculación con ellos, con lo carnal y lo caduco, nos recuerda

²⁸ No obstante, las correlaciones con la pureza son igualmente importantes en el caso de la deshumanización animalística (infrahumanización) y en el de la mecanicista (minimización emocional), lo cual sugiere que lo relevante no es tanto que las emociones sean o no específicamente humanas. Esto induce a pensar que las diferencias entre ambos tipos de deshumanización son más de grado que sustantivas, y que el hecho de que las diferencias en minimización emocional –pero no en infrahumanización– entre las condiciones control y MS hayan resultado insignificantes, se debe, probablemente, al escaso tamaño de la muestra más que a la naturaleza de la deshumanización la haga irrelevante ante la MS.

de alguna forma a nuestra mortalidad –que debería ser en principio independiente de las connotaciones de valor de los animales–. Así, en los múltiples estudios de Goldenberg y su grupo de investigación se ha encontrado que los sujetos tienden a humanizarse o alejarse de lo corporal y lo animal en condiciones de MS de forma general –con independencia de su orientación política, RWA, etc., y, por tanto, de su consideración por los animales– (Goldenberg et al., 2001; Cox, Goldenberg, Pyszczynski y Wiese, 2007; Vaes et al., 2010).

No obstante, también es cierto que las respuestas a la MS en diferentes tópicos dependen del significado que dichos tópicos adquieren para las personas. Todo lo corporal o animal es evidentemente finito, mortal, y por ello puede ser rechazado en condiciones de MS con independencia de su valencia positiva o negativa. Pero estos aspectos pueden percibirse también como fuente de autoestima y de validez personal, o como algo anclado en lo cultural y simbólico, resultando más atractivos bajo condiciones de amenaza existencial. Tanto factores disposicionales como situacionales pueden condicionar las respuestas hacia lo corporal y lo animal bajo condiciones de MS y, por tanto, también hacia la pureza y la tendencia a humanizarse a uno mismo y/o deshumanizar a otros –aunque las tendencias al rechazo y la evitación de lo corporal y animal en respuesta a la MS se han mostrado más intensas y frecuentes que las de acercamiento (Goldenberg, 2005)–.

En este sentido, cuando se recuerda la naturaleza animal del ser humano, pensar en los aspectos físicos –pero no en los románticos– del sexo ha mostrado incrementar el DTA, y la MS ha mostrado provocar rechazo hacia los aspectos físicos del sexo –pero no lo románticos– (Goldenberg et al., 2002).

En cuanto a la relevancia de los factores disposicionales, por ejemplo, en coherencia con los enfoques que consideran que las personas neuróticas son especialmente sensibles a las amenazas y predispuestas a utilizar estrategias de evitación (véanse algunas de ellas en Goldenberg, 2005), se ha encontrado que el neuroticismo modera la relación entre MS y el rechazo hacia la sexualidad (dándose éstas sólo en personas de alto neuroticismo). Estos resultados que se han generalizado hacia otras experiencias corporales (Goldenberg, Hart et al., 2006).

Por tanto, es probable que, como ocurre con las personas neuróticas, lo corporal y la asociación con los animales resulte problemática para las personas autoritarias o de derechas (que han sido descritas también como especialmente susceptibles a la amenaza), y no para las de izquierdas, por lo que éstas no hayan respondido a la MS buscando humanizarse a través del rechazo de estos aspectos. Podría ocurrir que tal asociación sea más propia de ideologías que creen en la

dualidad cuerpo-alma, algo que podría no ser característico de las personas de izquierdas²⁹. Quizás las personas progresistas o de izquierdas de esta muestra busquen la inmortalidad y el sentido, pero de una forma diferente.

También es posible que las personas de izquierdas sí estén tratando de humanizarse bajo condiciones de MS. Puede ser que, para este grupo de personas, la mayor humanización de los otros sea una forma de humanizarse a uno mismo. Así, cabe la posibilidad de que empleen una categorización inclusiva en virtud de la cual se perciba a terroristas o dictadores genocidas como miembros del propio grupo –como Terrizzi et al. (2010) sugieren que ocurre con la deshumanización de los homosexuales–. En este sentido, cabe recordar que, tomando como referencia la escala de valores de Schwartz, las personas progresistas se caracterizan por unos altos valores de trascendencia –universalismo y benevolencia– (Caprara et al., 2004; Schwartz et al., 2010), o que tienden a preocuparse por los derechos humanos de todas las personas, no sólo de las de su propio grupo (Cohrs et al., 2007).

En cualquier caso, tampoco se puede descartar la posibilidad de que la mayor infrahumanización de los otros en condiciones de MS no tenga que ver con su naturaleza de deshumanización animalística, o con la necesidad de alejarse uno mismo de lo animal. Podría simplemente tratarse de una forma de discriminación o rechazo exogrupal atenuada. Así, los resultados tomando como criterio la minimización emocional (e, incluso, la minimización emocional sólo de emociones básicas, compartidas con otros animales –que no ha sido analizada aquí–), son marginalmente similares, quedan cerca de resultar significativos, y podrían no haber llegado a serlo debido al escaso tamaño muestral de personas de derechas.

12.5. SOBRE LA PELIGROSIDAD SOCIAL DE LAS REACCIONES ANTE LA AMENAZA EXISTENCIAL.

Se han vertido ríos de tinta acerca de los supuestos efectos perversos que para las relaciones intergrupales pueden tener las amenazas existenciales como el recuerdo de la propia mortalidad. El presente trabajo no ha encontrado que la MS genere en ningún caso un incremento en la desconexión moral ante el uso de las fuerzas armadas, ni tampoco en el apoyo a la intervención armada en ningún supuesto analizado –aunque estos resultados no se hayan descrito explícitamente en esta tesis–. No obstante, sí parecen haberse dado, sólo entre personas de

²⁹ En este sentido, aunque no ha sido analizado aquí, en la muestra utilizada un 70 % de las personas que dicen ser de derechas se consideran religiosas (católicas en su gran mayoría), mientras que sólo un 24% lo hace entre las de izquierdas. Además, entre los religiosos, aquéllos de derechas lo se consideran más religiosos que los de izquierdas.

derechas, ciertos efectos que implican una deriva conservadora en respuestas que están positivamente relacionadas tanto con la desconexión moral, como con el apoyo a las intervenciones militares. Recapitulando, se ha producido un incremento en la deshumanización –significativo en el caso de la minimización de sentimientos, y marginal en el de la minimización emocional– que, en el caso de la MS, está positiva y significativamente asociada al conservadurismo y al apoyo a las intervenciones militares y la desconexión moral en diversos estudios (también en éste, bajo condiciones de MS). También se ha producido un incremento en la adscripción a los fundamentos morales en general, así como a la mayoría de los más prototípicamente conservadores (los de vinculación, el de lealtad y el de pureza). La lealtad hacia el propio grupo se ha mostrado consistentemente –también en este estudio– relacionada de forma positiva con el apoyo a las intervenciones militares y con la desconexión moral en tales supuestos (Leidner, 2010; Graham y Haidt, 2011; Leidner y Castano, 2012); la pureza está claramente vinculada al conservadurismo, y no es difícil imaginar o recordar argumentos y excusas basadas en este fundamento que son utilizadas por ciertos grupos para justificar sus hostilidades hacia otros: algunas de las acciones de la inquisición, las llamadas a la yihad contra los infieles que llevan a cabo un estilo de vida impuro y ofensivo para Dios, los castigos de la inquisición por la violación de ciertas leyes eclesiásticas, etc.

Ateniéndonos escrupulosamente a los resultados de este estudio, podría parecer que todas las personas son susceptibles responder a la amenaza existencial con la defensa de su visión del mundo, pero que no se implica necesariamente etnocentrismo, dogmatismo o intolerancia. Los aspectos más conservadores de la visión del mundo no son los más eficaces, al menos para todo el mundo. En este sentido, cabría rechazar los presupuestos de Pyszczynski et al. (2003) en los que sostienen que las personas con ideologías “The Rock” y “Hard Place” se aferrarían a ideologías de este segundo tipo –más rígidas, absolutas y susceptibles a la ofensa– ante las amenazas, puesto que son más eficaces para afrontarlas. Aunque con niveles de amenaza más extremos las cosas pudieran ser diferentes, por lo visto aquí parece que serían las personas con ideologías “the rock”, las “identidades comunales” que señalaba de la Corte (2004) –aquéllas en que la defensa de sus tradiciones y su cultura puede suponer un riesgo para los derechos humanos–, los integristas y fundamentalismos de todo signo, las que podrían responder a la amenaza potenciando aspectos de su identidad y sus ideologías que pueden resultar peligrosos en las relaciones intergrupales. Es decir, que la amenaza existencial (la necesidad de potenciar la autoestima y de buscar sentido) sólo resultaría peligrosa en las personas, grupos o culturas en las que las tendencias hacia el autoritarismo y la hostilidad exogrupal fueran ya un hecho.

Por otra parte, los resultados obtenidos con las personas de izquierdas sugieren que la amenaza existencial puede, también, estimular procesos o dinámicas que favorecen las relaciones

pacíficas y cooperativas entre grupos, cuando ejercen su efecto sobre personas para las que estos principios resultan especialmente relevantes (ya sea por cuestiones disposicionales e ideológicas, o porque el contexto así lo determina).

12.6. SOBRE LA NATURALEZA DE LOS EFECTOS DE LA MS, EN GENERAL Y EN ESTE TRABAJO.

Parece pertinente dedicar unas líneas a clarificar un par de apuntes relativos a la naturaleza de los efectos de MS encontrados en este trabajo: Por una parte, dichos efectos han tenido lugar en una serie de medidas que quizás puedan considerarse “implícitas” en cierto sentido, y no en otras más “explícitas”. Así, no se han encontrado efectos relevantes de la MS sobre la desconexión moral, ni tampoco los hay –aunque no ha sido analizado aquí– sobre el apoyo a la intervención militar o sobre la deshumanización de terroristas y dictadores medida de forma explícita o directa (una medida que no se ha detallado porque no ha formado parte de ningún análisis de esta tesis). Siguiendo a Echebarría- Echabe y Valencia (2008), podría argumentarse que estos resultados son una evidencia de que los efectos de la MS se dan a nivel implícito. No obstante, habría que preguntarse a qué se refieren exactamente con “implícito” dichos autores. Las medidas “implícitas” aquí utilizadas los son, en todo caso, porque los participantes supuestamente no serían conscientes del constructo que realmente se está midiendo. Es decir, sirven fundamentalmente para sortear la deseabilidad social, que parece ser lo que realmente las diferencia de las medidas “explícitas” comentadas, y quizás sea lo que realmente las hace más adecuadas y sensibles para el paradigma de la MS. En apoyo a esta idea, cabe recordar que la medida de moralidad utilizada es explícita y parece haber resultado sensible a los efectos de la MS: la clave podría estar en que ninguna respuesta a este instrumento parece socialmente indeseable.

Una segunda cuestión que cabe plantearse tiene que ver con la cautela con que hay que tomar los efectos de la MS encontrados en este estudio. Y es que la mayor parte de los resultados significativos respecto a la MS proceden de la muestra de personas conservadoras, que es de un tamaño muy limitado. El capricho del azar podría haber determinado que el grupo de personas de derechas adscrito a la condición experimental haya sido más proclive a la moralidad de vinculación y a la deshumanización de los exogrupos que el de la condición control, con independencia de que hayan pensado o no en la muerte. Es decir, podría haber ocurrido que, por casualidad, el grupo de derechas de la condición control fuera más conservador que el de la condición MS.

Para tratar de descartar esta posibilidad, he comprobado que no hubiera diferencias significativas en la orientación política (en el nivel en que son de derechas) entre las personas de derechas de la condición experimental y control, dado que la orientación política es una buena medida de conservadurismo y buena predictora de sus valores, y que diversos estudios muestran o asumen que no se ve afectada por la MS (Landau, Johns et al., 2004; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006; Piñuela, 2009; Vail et al., 2012).

Así, en un análisis centrado exclusivamente en la muestra de derechas, se han comparado las frecuencias de personas en la categoría “algo de derechas”, “bastante de derechas” y “muy de derechas” en la condición experimental y control, así como las puntuaciones medias de conservadurismo (orientación política) en ambas condiciones. En la **tabla 11** se puede observar que los grupos experimental y control parecen muy equilibrados en ambos aspectos, confirmándose a través de un ANOVA unifactorial que su nivel medio de “conservadurismo” no puede considerarse diferente ($F(1, 46) = 0,302, P = .586$). Por tanto, parece más plausible que los resultados hallados se deban, efectivamente, a la condición experimental.

12.7. SOBRE LA NATURALEZA IMPLÍCITA DE LAS MEDIDAS DE INFRAHUMANIZACIÓN Y MINIMIZACIÓN EMOCIONAL.

En esta tesis se ha sugerido que las medidas seleccionadas de infrahumanización y minimización emocional tienen una naturaleza implícita. En primer lugar, los procedimientos están en gran medida basados en el paradigma de la infrahumanización, que ha sido reconocida como una medida implícita, en el sentido de que los participantes no son conscientes (Demoulin, Rodríguez et al., 2004, por ejemplo). La medida de infrahumanización aquí utilizada difiere en algunos aspectos del paradigma original, pero no en los aspectos que hacen de ésta un procedimiento implícito: los sujetos no son conscientes de la diferencia entre emociones y sentimientos cuando hacen las atribuciones correspondientes, ni, probablemente, del hecho de que se está midiendo deshumanización (en lugar de atribución de emociones). En el caso de la minimización emocional, ocurre lo mismo, salvo que aquí realmente no se distingue entre emociones y sentimientos. Los sujetos sabrían que se mide atribución emocional, pero no, presumiblemente, que se trata como una forma de deshumanización.

En todo caso, la caracterización de estas medidas como implícitas no deja de ser una asunción, dado que requeriría comprobar empíricamente que de hecho es así (De Houwer, 2005). Quizás no se trate tanto de hablar de implícito o explícito como una cuestión cualitativa de todo-nada, sino más bien de un continuo. Desde luego, atribuir distintas emociones a un colectivo –algunas de ellas de valencia positiva, otras negativas o neutras– parece una medida más implícita o

indirecta de medir deshumanización que directamente preguntar a los sujetos si están o no de acuerdo con afirmaciones que describen al colectivo diana como monstruos, animales, ratas, alimañas, personas sin sentimientos o moralidad, etc. Parece más difícil que los sujetos sepan que se está valorando el grado en que deshumanizan, y, al menos, parece estar menos sujeto a la deseabilidad social y otros fenómenos del control de impresiones (se trata de formas más sutiles de negar la humanidad).

Para concluir, a pesar de que se han ofrecido argumentos razonables para sugerir hipotéticamente el carácter indirecto de las medidas de deshumanización utilizadas, su naturaleza realmente explícita o implícita no resulta definitiva o esencial para los resultados de este trabajo: Se trata de que unas medidas de deshumanización dadas han mostrado cierta sensibilidad ante la MS, dando lugar a unos resultados hasta la fecha no encontrados. El supuesto carácter implícito de las medidas ha sido propuesto como una posible explicación de esta sensibilidad a la MS, aunque futuros estudios deberían dirimir si, efectivamente, estas medidas son de facto implícitas, y si realmente este factor es el responsable de la sensibilidad de tales medidas.

12.8. CRÍTICAS Y PROPUESTAS FUTURAS.

12.8.1. Sobre la muestra, las medidas utilizadas y el diseño experimental.

Un primer aspecto que resulta criticable es la **composición de la muestra**: es cautiva y está formada por estudiantes, lo cual puede limitar la generalización de los resultados. Se trata de una práctica común, sobre todo con diseños experimentales en el marco de la TMT, puesto que resulta complicado reunir a participantes de una población más general o diferente, en un mismo lugar y momento donde poder controlar todas las condiciones. Con todo, se trató de hacer una muestra lo más amplia y variada posible, contando con estudiantes de segundo curso de Psicología, así como también con otros de Administración y Dirección de Empresas. No obstante, como señalan De Zabala et al. (2010), cabe esperar que las relaciones halladas en este tipo de muestras se mantengan e incluso se potencien en poblaciones en que la ideología política resulte especialmente importante. La convergencia de los resultados con los de otros estudios también permite ser optimista al respecto de la validez de los mismos.

Otro aspecto a considerar relativo a la muestra que puede haber condicionado los resultados es que, como estudiantes de Psicología, los participantes habían estudiado fenómenos como el error fundamental de atribución, el estereotipo o el prejuicio, etc. Esto pudo conducir a que se

produjera un efecto de deseabilidad social, o incluso un efecto de las características de la demanda.

Evidentemente, para el futuro sería deseable contar con muestras más variadas y representativas, que no fuesen cautivas, algo que resulta complicado, sobre todo en los estudios experimentales. Sería especialmente interesante poder contar con una mayor cantidad y variedad de personas de perfil ideológica y psicológicamente conservadora, que son los que parecen más sensibles a los efectos de la MS y, a la vez, los más difíciles de encontrar entre estudiantes universitarios de ciencias humanas y sociales.

También las **medidas utilizadas** son susceptibles de mejora. En cuanto a la escala de desconexión moral, se ha utilizado la traducción de una previamente existente, que contaba con las ventajas de haber acreditado validez y fiabilidad en otras muestras, y resultar sintética y breve, algo fundamental para este tipo de investigación. No obstante, sigue quedando en el tintero la construcción de una escala válida y completa de desconexión moral adecuada para muestras españolas, que, en mi opinión, debería cumplir varios requisitos clave: tener ítems “invertidos” (en los que estar de acuerdo signifique lo contrario que en el resto de la escala); que los ítems desarrollados tengan relevancia para la población española y sean específicos (que se refieran a las acciones militares en las que nuestro país pueda tener más posibilidades de verse envuelto: disputas territoriales con Marruecos, ataques a piratas que secuestran barcos españoles en las costas africanas, ataques a terroristas para liberar rehenes, intervenciones para proteger los derechos humanos, etc.); que cuente con un número de ítems más amplio, y similar para cada mecanismo; y, sobre todo, que mida exclusivamente desconexión moral, y no apoyo a ciertas formas de violencia o fuerza armada que implican mecanismos de desconexión moral. Este último es, en mi opinión, el problema más importante de la mayor parte de las escalas existentes hasta el momento.

De la misma forma que ocurría con la desconexión moral, la **medida de orientación política** utilizada se ha seleccionado por su sencillez y eficiencia, una vez su validez ha quedado acreditada sobradamente. Que sea la medida de ideología política más utilizada en la investigación psicosocial no puede hacernos ignorar el hecho de que simplifica demasiado un constructo muy complejo en sí, y su medida a través de una sola escala pierde sensibilidad a gran parte de la variabilidad y los matices ideológicos de las personas. En la revisión sobre ideología política se han descrito enfoques que distinguen entre varias dimensiones de la misma que sería necesario considerar, e introducir tal distinción en la investigación basado en la TMT. No es lo mismo una persona conservadora en sus valores, que otra económicamente de derechas pero amante de la libertad individual y “liberada” de prejuicios a nivel de sexualidad,

promoción de avances científicos y sociales, etc. En este sentido, las medidas más completas de conservadurismo u orientación política son más específicas e informativas para anticipar la visión del mundo de las personas, y, por tanto, serán más útiles para tener claro qué respuesta es esperable ante la MS. Además, sería interesante indagar en cuáles de estas dimensiones pueden resultar más relevantes para la TMT³⁰.

Respecto a la **medida de moralidad**, se ha utilizado una subescala de la versión breve del MFQ. Aunque sus características psicométricas parecen aceptables, sería deseable utilizar medidas más amplias y completas. Así, en una crítica extensible a la Teoría de los Fundamentos Morales, no parece que sea del todo satisfactoria quedarse en la conclusión fácil y simple de que la moralidad basada en la autoridad, la pureza y la lealtad es más propia de las personas conservadoras, y la basada en el cuidado y la justicia lo es de personas más progresistas. Como este estudio ha encontrado, tanto las personas progresistas como las conservadoras valoran la justicia y el cuidado, que no son específicos de las primeras. Pero sería muy interesante profundizar en qué aspectos o nociones de justicia o cuidado valora cada grupo: por ejemplo, probablemente las personas de derechas valoren más una justicia distributiva y meritocrática, mientras las de izquierdas prefieran criterios basados en la igualdad y la necesidad. Los instrumentos de medida deberían atender a estas peculiaridades.

El propio **procedimiento y diseño experimental** también podrían perfeccionarse. Desde el punto de vista más metodológicamente ortodoxo podría resultar criticable haber utilizado como **condición control** la mera ausencia de condición experimental, en lugar de una tarea paralela aséptica. Como en su momento se argumentó, se ha demostrado que ambas posibilidades son equivalentes, y además a quien suscribe esta tesis le interesaba tener en la condición control unos resultados lo más “naturales posibles”, para poder tener información sobre los niveles habituales en ciertas variables sobre las que, hasta hoy, no hay datos con población española (como el cuestionario de fundamentos morales, o la escala de desconexión moral). Las condiciones control habitualmente utilizadas podrían crear susceptibilidades y, desde luego, restar naturalidad a la situación.

Además, para futuras investigaciones conviene plantearse la posibilidad de utilizar diseños longitudinales con medidas repetidas (el sujeto como control de sí mismo), que podrían ofrecer más garantías a la hora de estar seguros de que las condiciones experimentales ejercen los

³⁰ Aquí cabe recordar que la orientación política no es más que una variable que nos permite inferir una visión del mundo particular –y por tanto anticipar una respuesta con un sentido concreto ante la MS–, o, desde otro punto de vista, una variable entre otras que distingue a personas que pueden responder con cierta defensividad ante las amenazas –como la baja autoestima, la alta necesidad personal de estructura, la religiosidad...–.

efectos que esperamos –por ejemplo, tomar una medida de la variable dependiente en condiciones naturales en un momento dado y, en el futuro, tomar las mismas medidas después de pasar por la MS–.

Este trabajo es susceptible una nueva crítica en cuanto al procedimiento utilizado: las medidas utilizadas como variables dependientes no se han contrabalanceado, y podría ocurrir que, en una manifestación del fenómeno de *compensación fluida*, la defensa de la visión del mundo que los sujetos desarrollen al responder a la primera de las variables dependientes previniera el efecto de la MS sobre el resto de las medidas –como señala la *hipótesis de la protección frente a la ansiedad* (Schmeichel y Martens, 2005)–. Recordemos que en diversos estudios los sujetos no mostraban defensa de su visión del mundo cuando tenían previamente la oportunidad de afirmarse su autoestima o sus valores, de encontrar formas alternativas de sortear la ansiedad existencial –como la pertenencia a una organización (Hayes, Schimel y Williams, 2008), o la muerte de quienes amenazan la propia visión del mundo (Routledge y Arndt, 2008). Esta limitación metodológica podría suponer un problema a la hora de interpretar una posible ausencia de efectos de la MS sobre la segunda y siguientes variables dependientes: ¿Se debería a que la MS no ejerce efectos sobre ellas, o bien a que la necesidad de protección ya se ha mitigado?

No obstante, a nivel empírico ya se puede descartar esta posibilidad, puesto que, al menos en sujetos de derechas, tanto la primera como la última de las medidas han sido de alguna forma sensibles a la manipulación experimental. Además, otros estudios publicados, como el de Echebarría-Echabe y Valencia (2008), han procedido de una manera similar.

De hecho, no está del todo claro cómo esta forma de responder a las distintas medidas podría producir el fenómeno de la compensación fluida. En otros experimentos existe un procedimiento específicamente planificado para provocar tales efectos, que siempre consiste en generar una situación protectora claramente diferente a la que se exige en la respuesta a las variables dependientes. En el caso que nos ocupa, parece razonable entender que las respuestas a todas las variables dependientes forman parte de una misma reacción o proceso: en todos los casos se trata de manifestar la propia posición en el ámbito de la moralidad y los valores –los distintos mecanismos de desconexión moral, y el apego a diversos fundamentos de la moralidad–. Defender que este proceso pueda invalidar el análisis del efecto de la MS sobre las últimas medidas dependientes podría llevar al absurdo de pensar, por ejemplo, que, en una variable dependiente compuesta por varios ítems, la MS se torna irrelevante en la respuesta a los últimos ítems puesto que en la respuesta a los primeros ya se habría satisfecho la necesidad de seguridad existencial.

Por otra parte, no sólo ésta investigación y la de Echebarría-Echabe y Valencia (2008) desarrollan un procedimiento susceptible a estas críticas. Desde la TMT y desde otras bases teóricas alternativas, son varios los estudios que encuentran efectos relevantes de diversas amenazas aun cuando los sujetos, antes de responder a la variable dependiente, han rellenado ciertas medidas que podrían interpretarse como autoafirmación de valores –como medidas de ideología política, autoritarismo, religiosidad, etc.– (Greenberg et al., 1992; Routledge y Arndt; 2007; Rothschild et al., 2009; Van den Bos, Poortvliet, Maas, Miedema, y Van den Ham, 2006; Motyl et al., 2010).

12.8.2. Sobre el análisis estadísticos utilizados y la naturaleza de la variable orientación política

Aunque la estrategia fundamental utilizada para el análisis de los datos ha sido la regresión lineal múltiple, otros procedimientos podrían también haber resultado adecuados, como el análisis de varianza intersujetos de dos variables independientes (la condición experimental y la orientación política, bien estableciendo para ésta dos niveles –izquierdas y derechas–, o tres –incluyendo a las personas de centro–).

Los análisis de regresión y los análisis de varianza responden a lógicas distintas y están diseñadas para contrastar hipótesis estadísticas diferentes (estrictamente hablando). En nuestro caso, un análisis de regresión múltiple realmente está ayudando a contrastar la hipótesis de si la orientación política, los recuerdos sobre la propia mortalidad, y la interacción entre ambos efectos tienen capacidad para predecir de forma significativa cada una de las variables dependientes utilizadas. Por otro lado, un análisis de varianza factorial podría ayudarnos a dilucidar si existen diferencias estadísticamente significativas en las medias de cada una de las variables dependientes, en función de los grupos de orientación política a los que pertenecen los participantes, y de que hayan o no recordado su propia mortalidad.

No obstante, en este trabajo las hipótesis han tomado la forma de hipótesis de investigación – más genéricas y menos directivas que las hipótesis estadísticas–, como resulta habitual en los artículos publicados sobre el tema que nos compete (Castano et al., 2011; Hirschberger et al., 2006; Juhl y Routledge, 2010; Motyl et al., 2010; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006; Rothschild, Abdollahi y y Pyszczynski, 2009; Weise et al., 2008, 2012; etc.). –. Como los trabajos que acabo de citar ponen de manifiesto, en el ámbito de la TMT lo más normativo y habitual cuando se analizan los efectos de la MS sobre las personas en función de otras variables que se toman como continuas –autoritarismo de derechas,, orientación política, necesidad de estructura o cierre cognitivo...– es utilizar el análisis de regresión múltiple como estrategia de

análisis –en lo que constituye una forma de análisis de la moderación– , donde las hipótesis no se plantean estrictamente como la defensa de que las variables independientes (predictoras) son capaces de predecir la puntuación en la variable dependiente.

Así, en el caso que nos ocupa el objetivo fundamental no es tanto encontrar un modelo que a través de diversas variables permita predecir lo mejor posible las puntuaciones en las variables dependientes; sino valorar la posible función moderadora que tiene la orientación política en los efectos de la amenaza existencial (en este caso, la MS) sobre diversas variables dependientes. Además de en las hipótesis de moderación que se contrastan habitualmente con análisis de regresión lineal, las aquí presentadas podrían haberse traducido en hipótesis estadísticas compatibles con el mencionado análisis de varianza, que también permite valorar de una forma diferente si los efectos de la MS sobre las variables dependientes seleccionadas son distintos en función de la orientación política (en este caso, en distintos grupos o niveles de la orientación política). Estudios como el de Castano et al. (2011, estudio 5) ejemplifican que los análisis de varianza y los contrastes sobre la significación de las diferencias de medias son útiles en los análisis de las relaciones de moderación.

En otro orden de cosas, un nuevo aspecto que puede considerarse polémico es la diferente consideración que se puede tener de la *orientación política*, bien como variable continua, o bien como categórica. A lo largo de este trabajo se han ofrecido argumentos teóricos y datos empíricos que avalan la validez de ambas concepciones. La práctica más habitual es tratarla como variable continua (Castano et al., 2011; Federico, Golec y Dial, 2005; Golec de Zavala, Cislak y Wesolowska, 2010; Hirschberger et al., 2006; Juhl y Routledge, 2010; Motyl et al., 2010; Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006; Rothschild, Abdollahi y Pyszczynski, 2009; Weise et al., 2008, 2012; etc.), pero no son pocas las publicaciones que la tratan como variable de naturaleza categórica (por ejemplo, Cárdenas y Parra, 2010; Farwell y Weiner, 2000; Graham et al., 2010; Kosloff et al., 2010; o Nail, Harton y Deckert, 2003;...). De hecho, unos mismos autores han utilizado la variable de forma diferente en distintos estudios (Graham et al., 2009; Graham et al., 2010), o incluso en un mismo estudio (Castano et al., 2011; Jarudi et al., 2008). Desde luego, ambas posturas y su habitual “coexistencia” son susceptibles de críticas conceptuales que en algún momento será necesario considerar de forma seria y profunda. En todo caso, en este trabajo se ha tratado a la orientación política como variable continua en ciertos análisis, lo cual se ha considerado compatible con la codificación de los extremos de dicha variable en dos grupos en función de la autoadscripción que hacen los propios participantes.

12.8.3. Sobre el enfoque aparentemente reduccionista de esta tesis

El enfoque teórico y metodológico que se ha adoptado en este trabajo puede hacerlo parecer reduccionista, sesgado; puede aparentemente retomar una perspectiva tan poco psicosocial como la del “individualismo metodológico”, con el error fundamental de atribución por bandera, que busca dentro del individuo las causas de muchos de los problemas personales, relacionales y sociales. Así, podría parecer que se cae en el sesgo de “psicopatologizar” de nuevo el dogmatismo y los radicalismos, las respuestas defensivas, la violencia, y algunas de sus manifestaciones más preocupantes, como el terrorismo o el contraterrorismo, la Yihad o la disposición a dar la vida por una causa.

Si bien es cierto que, de manera directa o indirecta, este trabajo focaliza su interés en el papel que aspectos como el “nihilismo”, la anomia, la ausencia de sentido –o la accesibilidad de fuentes de sentido “socialmente problemáticas”–, o las amenazas –en forma de miedo a la propia mortalidad, incertidumbre, falta de autoestima, los sentimientos de culpa, la humillación– pueden tener sobre dichos fenómenos, no es en absoluto la intención de quien suscribe esta tesis caer en tal reduccionismo. Se trata de dar voz a un nuevo punto de vista sugerente y complementario, que trata de no olvidar el papel del individuo y sus necesidades en muchos de los procesos psicosociales que forman parte del interés de la Psicología Social, Política y de los Grupos. Todo ello reconociendo la enorme importancia de los aspectos situacionales, sociales, estructurales. De hecho, los aspectos epistémico-existenciales de que se ha ocupado esta tesis parecen interactuar con éstos para ejercer su supuesto efecto, como se ha detallado de forma reiterada. Por ejemplo, dichas necesidades parecen condicionar aspectos tan centrales en Psicología Social y en la explicación de la violencia colectiva como las necesidades de tener una ideología, de tener grupos de pertenencia o referencia, de tener una identidad social positiva. Procesos como la conformidad social, la obediencia a la autoridad, o la percepción de privación relativa, parecen estar condicionados por este tipo de necesidades. Además, los efectos que las amenazas simbólicas y epistémico-existenciales pueden tener sobre el individuo dependerán de la situación y el contexto histórico-cultural y social, que determina los aspectos de la visión del mundo que serán más accesibles y relevantes para dotar de sentido y seguridad.

12.8.4. Apuntes finales.

Para concluir, cabe señalar que, cara al futuro, quedan muchos interrogantes que replantearse, algunos de ellos ya han sido propuestos en la discusión para cada una de las hipótesis planteadas. Este estudio ha supuesto un pequeño paso en el estudio de la moralidad desde la TMT. Especialmente relevante y prometedor, por su escaso desarrollo hasta el momento, es el

análisis del vasto y aún emergente campo de la moralidad a la luz de la TMT, en el que el presente estudio no ha supuesto más que un pequeño paso adelante. A través de instrumentos más complejos y elaborados, y con muestras más variadas, sería deseable corroborar la tendencia a moralizar de las personas conservadoras o de derechas, concretamente, a potenciar la moralidad basada en la pureza y en el endogrupo. Junto a ello, sería interesante explorar la relación de la MS con algunos conceptos morales relevantes. Ya Hirschberger y Pyszczynski (2011b) señalan algunos: identidad moral, amplificación moral, deriva moral, etc. A ellos podemos añadir otros: exportación moral, convicción moral (Skitka y Mullen, 2002), racionalización moral (Tsang, 2002), razonamiento moral motivado (Ditto et al., 2009), etc.

V. CONCLUSIONES FINALES. SOBRE LA RELEVANCIA APLICADA DE LA TMT (Y DEL PRESENTE ESTUDIO).

CAPÍTULO 13. APORTACIONES DE LA TMT EN CONFLICTOS VIOLENTOS REALES

Cualquier científico social que se acerque por vez primera a la TMT experimentará, probablemente, una actitud de desconfianza o reticencia hacia unos postulados que pueden llegar a parecer, a simple vista, de ciencia ficción. La defensa de los fundamentos, hipótesis o tesis basadas en la TMT se van a encontrar, a mi modo de ver, con dos escollos fundamentales. En primer lugar, se hace difícil pensar que evitar la mortalidad sea una motivación tan relevante y que afecte de forma significativa a procesos psicológicos y psicosociales tan variados. Múltiples estudios empíricos han dado fe de ello, mostrando que el recuerdo de la propia mortalidad genera diferencias estadísticamente significativas en diversas respuestas asociadas al dogmarismo, el autoritarismo, el prejuicio o la hostilidad exogrupal. Otro problema distinto, y sobre el que el debate es mucho más abierto, radica en considerar si estas diferencias son clínicas o socialmente significativas: si son suficientemente relevantes para ser tenidas en cuenta como un factor responsable de las actitudes y comportamientos sociales y políticos en la vida real.

El segundo escollo reside en la justificación de la relevancia aplicada del recuerdo de la mortalidad en la “vida real”, es decir, en los conflictos violentos y en las situaciones cotidianas: Aun aceptando la relevancia que en el laboratorio tiene “pensar en la propia mortalidad”, ¿Qué tiene que ver con las situaciones naturales? En ellas, a la gente no se le pide constantemente que piense en su muerte.

Pues bien, para salvar este segundo problema, cabe recordar que en muchos estudios basados en la violencia política y otras formas de violencia colectiva se argumenta que en los conflictos violentos existen muy diversas formas de hacer accesible la mortalidad (recuérdese aquí la facilidad con que se hace accesible la mortalidad y las múltiples formas utilizadas para inducir su recuerdo experimentalmente). Este argumento, aun siendo acertado, resulta limitado. La relevancia de la saliencia de la mortalidad en situaciones reales viene derivada de lo que va más allá de pensar directamente en la propia mortalidad. Habría que volver a la esencia misma de la TMT para recordar que, según sus planteamientos, las personas tenemos una enorme dependencia de nuestra autoestima, nuestras relaciones cercanas, nuestras certezas, creencias, valores morales, o nuestra visión cultural del mundo, porque nos ayudan a escapar del temor a

nuestra mortalidad. Por ello, nuestra necesidad de estos elementos es más fuerte aún cuando el recuerdo de nuestra mortalidad está más accesible. Y las amenazas o pérdida de confianza en estas estructuras provoca mayor accesibilidad de los pensamientos sobre nuestra mortalidad, y nos hace más vulnerables a sus efectos indeseables: Este hecho es de radical importancia, porque implica que la amenaza o violación de los elementos que nos protegen de nuestro miedo a la mortalidad es, de alguna manera, equivalente a la MS. Los estudios desarrollados al abrigo de la hipótesis de la DTA y de la protección frente a la ansiedad ofrecen mucha luz en este sentido.

Por tanto, la relevancia aplicada de la TMT y la MS hipótesis radica, precisamente, en que resultan un marco teórico capaz de ayudarnos a entender y explicar por qué las personas necesitamos certezas, autoestima, respeto, relaciones cercanas, y por qué reaccionamos de forma tan hostil ante las críticas o amenazas a estas estructuras defensivas de carácter simbólico. En un epígrafe posterior se podrá comprobar que desde otros modelos teóricos –pero en ocasiones también desde la TMT (Hart, Shaver y Goldenberg, 2005)–, se han hallado efectos similares a los de la MS para otros tipos de amenazas –incertidumbre, falta de sentido, ausencia de metas relevantes, relaciones cercanas, etc.– que parecen caracterizarse por incrementar el DTA. Y, por supuesto, la relevancia de este marco teórico también viene dada por la capacidad para fundamentar intervenciones o medidas dirigidas a evitar o reducir la hostilidad provocada por todas las amenazas comentadas.

Dicho todo esto, en un primer epígrafe dedicado a la relevancia práctica o aplicada de la TMT, se plantará el apoyo empírico a la idea de que las amenazas a las estructuras de defensa psicológica frente a la ansiedad existencial provocan respuestas de algún modo similares a la MS, haciendo un énfasis especial en la globalización como amenaza epistémico existencial. A continuación me haré eco de algunos de los trabajos que llaman la atención sobre la importancia de los procesos que nos ocupan, tanto en los conflictos violentos –acciones terroristas y contraterrores– como específicamente en el martirio o terrorismo suicida. Posteriormente trataré de extraer ciertas conclusiones prácticas que puedan ayudar a sortear los efectos perniciosos de la MS, o bien a aprovechar su potencial para generar respuestas prosociales. Más adelante, ya en un capítulo, detallaré el punto de vista de modelos que tratan de explicar los mismos fenómenos desde planteamientos teóricos diferentes.

13.1. TMT Y AMENAZA DE ESTRUCTURAS DEFENSIVAS

Como se argumentaba unas líneas más atrás, no parece razonable cerrar este trabajo sin recordar que la relevancia psicosocial de la TMT va mucho más allá de pensar en la propia muerte. Sus

aspectos aplicados y su utilidad práctica radica en su capacidad para ayudar a entender cómo las reacciones y actitudes sociopolíticas pueden verse afectadas por la necesidad de sentido y seguridad que emerge ante situaciones que amenazan o cuestionan nuestra identidad, nuestra visión cultural del mundo, nuestros principios más básicos, nuestras convicciones más absolutas, y no sólo cuando la mortalidad se hace accesible por cualquier motivo.

A pesar de que la TMT defiende que los efectos de los recuerdos de la mortalidad son únicos y de que diversos estudios muestran que las personas muestran reacciones defensivas ante la MS frente a otras amenazas –dolor dental, incertidumbre, fallos, vergüenza, exclusión social, etc.– (Pyszczynski, Greenberg et al, 2006), lo cierto es que desde las hipótesis de la protección frente a la ansiedad y la DTA –también desde otros modelos teóricos– se ha comprobado: que la afirmación o refuerzo de ciertas estructuras defensivas protege contra las respuestas de defensa de la visión del mundo y reducen la ansiedad y la susceptibilidad ante la amenaza existencial; y que la amenaza de estas estructuras provoca incrementos de DTA. Además, las amenazas a las estructuras defensivas –visiones culturales del mundo, autoestima y relaciones cercanas–, al igual que la MS, han mostrado dar lugar a respuestas de defensa de la visión del mundo y al refuerzo de otras estructuras que habitualmente sirven de defensa frente a la mortalidad (Hart et al., 2005). Veámoslo con algo más de detalle.

Diversos estudios enmarcados en la TMT se han centrado en estudiar las consecuencias de la amenaza a las estructuras o elementos protectores de la ansiedad existencial (el propio sistema de creencias o valores morales, la autoestima, la identidad social, las relaciones íntimas, etc.), comprobando que tal amenaza puede conducir a unos efectos de alguna manera similares a los inducidos por la MS, y que la gente rechaza a quienes critican la propia visión del mundo, fundamentalmente en condiciones de MS.

Como Pyszczynski et al. (2008) señalan, las amenazas u ofensas a creencias, normas, valores y símbolos fundamentales –como las religiosas–, son especialmente graves y ansiógenas, dado que ponen en cuestión los elementos que nutren a las personas de certeza, estructura, predictibilidad, control, autoestima, y vías hacia la inmortalidad literal o simbólica. De manera parecida, Lieberman et al. (2001) señalan que la amenaza a las visiones del mundo, al igual que la MS, tiene gran importancia en la génesis de “crímenes de odio”.

Desde la hipótesis de la DTA se establece, entre otras cosas, que cuando las personas nos enfrentamos a la realidad sin el apoyo de los elementos básicos que nos protegen de la ansiedad existencial, o a situaciones que amenazan estos elementos, tiene lugar un incremento en los pensamientos y cogniciones sobre la muerte que tales sistemas de protección tratan de eliminar.

Si una estructura psicológica ofrece protección frente a los pensamientos sobre la muerte, la amenaza de dicha estructura debería incrementar la accesibilidad a pensamientos sobre la muerte.

Desde el punto de vista de la TMT, todos los procesos de autoenaltrecimiento, de autodesarrollo, autocrecimiento o autorrealización, de búsqueda de sentido, significado personal o felicidad, de comprometerse con ideales o valores culturales, serían formas de enmascarar los propios temores existenciales frente a la muerte –o de afrontar la incertidumbre, falta de sentido, que dejan al individuo sin capacidad de actuar, sin metas, según otras teorías alternativas que se describirán más adelante–.

A modo de evidencia de estos supuestos, Schimel, Hayes, Williams y Jahrig (2007) mostraron que la amenaza de los valores culturales de una muestra canadiense –frente a la de valores de otra nación– incrementaba el nivel de accesibilidad a cogniciones asociadas a la muerte, medido éste con diversos procedimientos (estudios 1 y 3); y que los resultados no se deben a un incremento de la ira o ansiedad.

En lo referente a las ideologías religiosas, los mismos autores recientemente mencionados encontraron que la crítica a la visión del mundo creacionista dio lugar a un mayor nivel de cogniciones asociadas a la muerte en personas que creían en el creacionismo, en comparación con la de quienes creían en el evolucionismo, o con la de creacionistas no sometidos a crítica de su visión del mundo (Schimel, Hayes, Williams y Jahrig, 2007, estudio 5). En un estudio diferente, la lectura acerca de inconsistencias y contradicciones en la Biblia dio lugar al aumento de DTA entre los que puntuaron alto en fundamentalismo religioso, para quienes la infalibilidad de la Biblia es un aspecto importante (Friedman y Rholes, 2007). Los mismos efectos tuvo informar a sujetos cristianos del aumento de la aceptación e importancia de la religión musulmana en lugares tradicionalmente cristianos (Hayes, Schimel y Williams., 2008). Otras formas de amenaza a sistemas de sentido o visiones culturales que han mostrado también capacidad de generar un incremento de la accesibilidad de pensamientos sobre la muerte son:

a) ofrecer evidencia de que el mundo es un lugar injusto (Hirschberger, 2006, estudio 4; Landau, Johns et al., 2004, estudio 6): leer una noticia sobre una víctima inocente gravemente herida dio lugar a niveles mayores de DTA que cuando la víctima era responsable del accidente, o cuando no resultaba gravemente herida (Hirschberger, 2006, estudio 4); tener conocimiento de una víctima inocente dio lugar a un aumento de DTA entre personas con alta necesidad de estructura (Landau, Johns et al., 2004, estudio 6).

b) Del mismo modo que la creencia en el mundo justo, la fe en un mundo en continuo progreso parece cumplir importantes funciones para el equilibrio psicológico, como ponen de manifiesto Rutjens, Van der Pligt y Van Harreveld (2009), que en su segundo estudio comprueban que la exposición al argumento de que se trata de una ilusión provoca incrementos en DTA.

c) Establecer diferencias entre las personas y los animales (Goldenberg et al., 1999);

La amenaza de otras estructuras que ofrecen protección contra la ansiedad existencial también genera incrementos en el DTA. En relación a las relaciones cercanas como forma de protección psicológica, la ausencia o pérdida de éstas debería ser un factor que facilitara el acceso a cogniciones sobre la muerte y, por consiguiente, la ansiedad existencial. En este sentido, Mikulincer, Florian, Birnbaum y Malishkevish (2002) muestran que imaginar la separación de una pareja romántica es suficiente para incrementar el DTA en personas con alta ansiedad de apego, quienes además mostraron niveles más altos de estrés al hacerlo. Cuando se trata de contemplar problemas reales en personas que tienen parejas serias (Florian, Mikulincer y Hirschberger, 2002), inducir inseguridad en las relaciones a través de un cuestionario (Taubman–Ben-Ari, 2004, estudio 3) o desprestigiar una institución como el matrimonio, promotora de este tipo de relaciones (Bassett, 2005), el incremento en DTA parece darse de forma generalizada. En cuanto a las relaciones no románticas, se ha encontrado un incremento en el DTA de madres de bebés que imaginan la separación de sus hijos (Taubman–Ben-Aria y Katz–Ben-Amia, 2008).

Por último, en coherencia con el papel que la TMT otorga a la autoestima como uno de los pilares para la protección de la ansiedad existencial, diversos estudios han encontrado que su amenaza da lugar a incrementos de DTA, mientras que su fortalecimiento genera menores niveles del mismo. Así, en un estudio de Ogilvie, Cohen, y Solomon (2008, estudio 2) los participantes que se centraron en recuerdos de situaciones en que estuvieran en su peor momento tuvieron un nivel de DTA superior. Por otra parte, en distintos estudios, Hayes, Schimel, Faucher y Williams (2008) encuentran que diferentes formas de amenazar experimentalmente la autoestima –informar a los sujetos de que su inteligencia es inferior a la media, o de que su personalidad no se ajusta a los requisitos de sus aspiraciones profesionales, o inducirles a hacer una exposición en público sin tiempo para prepararla– generan un incremento en su DTA, medida de diversas maneras.

La globalización como amenaza.

La globalización³¹, omnipresente en nuestros tiempos, y la homogeneización cultural que a menudo conlleva, podrían representar otra amenaza fundamental a los sistemas que nos protegen de la ansiedad epistémico-existencial. Esa es la tesis fundamental que desarrolla Salzman en varios trabajos (Salzman, 2001, 2008), cuyas ideas básicas desarrollo a continuación. Este sistema implica una amenaza:

a) A los valores y costumbres tradicionales que constituyen la fuente de sentido para muchas personas: las metas, propósitos, reglas de conducta que proponían los sistemas culturales y religiosos tradicionales son desplazados por el capitalismo global y sus imposiciones –las formas tradicionales de organización familiar y comunitaria se rompen o desvirtúan, etc.–. En algunos casos la globalización acaba con la fe en los sistemas tradicionales; en otros, esta fe se mantiene, pero la gente se ve obligada a actuar de forma opuesta a los estándares que su cultura original establecen, reduciendo su autoestima y aumentando la ansiedad epistémico –existencial, o en cualquier caso perciben la globalización como una amenaza a su visión cultural anterior del mundo.

b) A la autoestima, dado que en la globalización pierde fuerza la fe de la gente en las fuentes tradicionales de sentido y valor, como la religión, que han sido sustituidas por unos criterios derivados del capitalismo que han dado lugar a gran cantidad de “perdedores” –personas que se encuentran en un estado de alienación, marginación y falta de oportunidades, y que desarrollan un sentimientos de inferioridad por no poder triunfar bajo los estándares de valor prescritos por el nuevo sistema global– Además, en muchas ocasiones se percibe como fuente de injusticias, desigualdades, pobreza, marginación y anomia para muchas personas, debido a que genera desigualdades, concentración de la riqueza, incremento de la pobreza y de la diferencia entre ricos y pobres, o a que las necesidades humanas son anegadas por los imperativos del mercado.

Así, desde la TMT, la emergencia del fundamentalismo³² y la proliferación de movimientos ideológicos extremos, etnocéntricos, nacionalistas, neo-fascistas , podría entenderse como una

³¹ La Globalización, como sistema económico global que occidente exporta junto a sus instituciones, tecnologías y culturas, se apoya, desde la perspectiva de Soros (1998, en Salzman, 2001), en el “fundamenalismo de mercado”, una ideología basada en la legitimación de la búsqueda del propio interés y del libre movimiento del capital por encima del interés común, que promueve valores de materialismo, individualismo, competitividad o monoculturalismo, y que está provocando cambios políticos y culturales por todo el mundo.

³² Mientras la ortodoxia se refiere, en términos de Hunter, a un sistema cultural que establece un consenso a través del tiempo, basado en reglas antiguas y preceptos que derivan de una revelación divina,

respuesta defensiva de la visión del mundo frente a esta amenaza, una radicalización de las tendencias culturales previas, una resistencia a la globalización (Salzman, 2001, 2008). Surgen nuevas formas ideológicas de supremacía compensatoria, que ofrecen un sistema de sentido y una base para la construcción de la autoestima, una vía para escapar del estado aversivo y anómico en que se encuentran.

La deriva hacia los fundamentalismos como consecuencia de la globalización es una predicción que procede no sólo de la TMT. A lo largo de esta tesis se han revisado varios enfoques sobre el autoritarismo, y se revisarán algunas teorías alternativas a la TMT, que confluyen en entender que las respuestas conservadoras autoritarias y de hostilidad exogrupal acompañan en muchas ocasiones a las amenazas simbólicas que generan necesidades epistémico existenciales y relacionales.

13.2. EL PAPEL DE LOS MOTIVOS EXISTENCIALES EN LOS CONFLICTOS VIOLENTOS.

Son varios los autores que han expuesto la relevancia que la ansiedad existencial puede tener en la génesis y el mantenimiento de muchos conflictos violentos. En coherencia con todo lo hasta ahora explicado, y como se apuntaba unos epígrafes atrás, Motyl y Pyszczynski (2009) destacan cómo el apoyo a las soluciones violentas ante conflictos étnicos, religiosos o internacionales se basa, no sólo en disputas por el bienestar propio, los recursos o los territorios, sino también en necesidades más abstractas de sentido, identidad y valor. Las necesidades existenciales de adherirse a las creencias ideológicas, nacionalistas o religiosas interactuarían con las históricas y estructurales para llevar a las personas a aceptar, tolerar o comprometerse con acciones violentas de diverso tipo, como las terroristas o contraterroristas.

Pyszczynski et al. (2009) entre otros, partiendo de la TMT como marco teórico, ponen de manifiesto que muchos procesos psicológicos similares subyacen al terrorismo y al contraterrorismo, dando lugar en muchos casos a un ciclo de odio y violencia que se refuerza a sí mismo, perpetuándose a través de varios mecanismos.

continuidad con una verdad incorruptible, estable tal y como fue revelada originalmente, el fundamentalismo emergería de la interacción entre la ortodoxia y la amenaza que supone la modernidad, la ortodoxia exagerada por el acicate del capitalismo y la occidentalización. Se caracterizan por una profunda y preocupante creencia de que la historia se ha pervertido a causa de la modernidad y la intención de corregirla, de establecer o reestablecer un pasado sagrado, un estado anterior justo, ideal, correcto, ser sistemas cerrados. Difiere de otras formas de religión en que establece un texto sagrado como autoridad suprema, que debe interpretarse de forma literal, fuente de todo sentido al que se subordina cualquier otra fuente de conocimiento y significado, siguiendo a Hood.

El proceso podría sintetizarse así: las situaciones que provocan ansiedad existencial están en muchas ocasiones entre las que dan origen a los conflictos violentos, y los conflictos violentos generan a su vez ansiedad existencial a través de diversas fuentes. Cada bando responde a esta ansiedad existencial a través de diversas respuestas que promueven el conflicto y la hostilidad hacia el rival –que implican la radicalización, adscripción a grupos violentos e ideologías peligrosas–, y que son fuente de ansiedad existencial para la otra parte. Todo ello puede desembocar en una escalada de violencia y hostilidad que genere conflictos intratables. Veámoslo con algo más de detenimiento.

En primer lugar, en situaciones de conflicto, sobre todo de conflicto violento, existen muchas fuentes de ansiedad existencial: muerte, destrucción, violencia, ofensas e humillaciones... La investigación empírica apoya la idea de que el mero hecho de contemplar de imágenes sobre los efectos de la guerra o terrorismo (Landau, Solomon et al., 2004; Vail et al., 2010), la lectura de noticias acerca de los atentados del 11S o de los del 7 de julio de 2005 en el metro de Londres (Gillespie y Jessop, 2007), así como caminar por un cementerio, pasear por una funeraria o vivir en lugares crónicamente asociados a la muerte –como Benares– (Castano y Singh, 2010), pueden dar lugar a una mayor accesibilidad de la misma y a las consiguientes reacciones defensivas de la visión cultural del mundo, que pueden derivar en mayor radicalización y apoyo a la violencia (Galliot y otros, 2008; Jonas y otros, 2002; Pyszczynski y otros, 1996; Fernández, Castano y Singh, 2010)

Pero hay otras fuentes de ansiedad existencial en el origen o durante el desarrollo de los conflictos. Uno de los principios básicos de la TMT –que, como se ha visto ya, cuenta con diverso apoyo empírico–, es que la amenaza de los elementos que protegen contra la ansiedad existencial (visiones del mundo, autoestima personal o colectiva, relaciones interpersonales...) hace más accesibles los pensamientos sobre la propia mortalidad, lo cual puede conducir a sentimientos de injusticia o de humillación, y a varias formas de hostilidad hacia los exogrupos amenazantes –como forma de recuperar la confianza en los propios sistemas de creencias y la autoestima.

Siguiendo a Pyszczynski et al. (2009), desde el punto de vista de la TMT, la humillación sería el sentimiento de que uno mismo, el propio grupo o la propia visión del mundo no son valorados por otros, o “el sentimiento de que la propia forma de vida, comunidad o uno mismo son vistos con desprecio por otros” (Vail et al., 2010, p.55). La humillación hace difícil adquirir o mantener la autoestima, y la eficacia de las visiones del mundo se resiente.

Más que los actos concretos, es su significado simbólico y el de algunos incidentes históricos lo que amenaza la autoestima personal o colectiva de las personas, o su visión del mundo, creando unos sentimientos de humillación o injusticia que predisponen dramáticamente contra el grupo amenazante. Estos actos pueden tomar la forma de privación relativa (condiciones de pobreza, falta de oportunidades, etc., en comparación con otros grupos), o de insultos y desprecios que promueven la toma de conciencia colectiva³³.

De las entrevistas realizadas con terroristas de diversos lugares parece poderse concluir que una de las principales justificaciones para sus actos se halla en los sentimientos de injusticia e humillación hacia su grupo, pueblo, religión o cultura por parte de grupos más poderosos. A tal conclusión llegan Motyl et al. (2009), que citan a autores como Wessels o Fontans, quienes concluyen que en Afganistán e Irak se tiende a percibir a los occidentales más como fuerzas ocupantes y colonizadoras que como libertadores, y se les atribuye gran parte de la responsabilidad por la inseguridad y violencia de la zona.

Los sentimientos de humillación e injusticia pueden conducir a una mayor implicación con los elementos que nos protegen de la ansiedad existencial con objeto de incrementar su autoestima o de trascender la propia muerte, motivando intensamente la búsqueda del restablecimiento de la dignidad, el honor, el respeto, y reafirmar la propia visión del mundo, muchas veces a través de medidas violentas (Motyl et al. 2010; Vail et al., 2010). Esta reacción puede resumirse en dos respuestas básicas a la MS que están íntimamente relacionadas, y pueden conducir a la escalada de la violencia terrorista o contraterroterrorista: la radicalización en el apego o compromiso con ideologías la identificación con grupos, comunidades o colectividades agraviados que mantienen esas ideologías (que puede traducirse, por ejemplo, en el ingreso en organizaciones terroristas)

Pyszczynski et al. (2009) se refieren a las *ideologías sagradas* –ya sean religiosas, étnicas, políticas, nacionalistas, o valores abstractos de libertad, democracia o justicia...–, como aquéllas que se basan en elementos nucleares de la visión del mundo que se ven radicalizados –

³³ por ejemplo, controles militares o policiales por fuerzas extranjeras, ocupación de territorios, torturas en prisiones militares como Abu Grahیب o Guantánamo, bloqueos económicos, ataques sobre lugares emblemáticos de la propia nación –como el pentágono y las torres gemelas–, el menosprecio de símbolos culturales –como los “ataques” a los deportistas o la gastronomía españoles por parte de ciertos sectores de la sociedad francesa, o la polémica surgida en tiempos recientes por la quema de coranes, o la publicación de caricaturas de Mahoma, y de una película que trivializa sobre dicho profeta– grabaciones de asesinatos de occidentales secuestrados, etc. La toma de conciencia de su vulnerabilidad por parte de Estados Unidos, que hasta entonces se había sentido invulnerable –*síndrome de la superpotencia*, en términos de Lifton–, tras los ataques del 11 de septiembre, sería otra forma de humillación (Vail et al., 2010).

y tergiversados— ante la humillación, injusticias y otros agravios, y que sirven para justificar actos contrarios a los valores de los propios ejecutores, convirtiéndose en el mecanismo básico para resolver una gran disonancia cognitiva. Dios, el Corán, la libertad y la democracia, la pureza, la Yihad... son elementos ideológicos que confirman la moralidad de la propia causa. Gracias a ellas, las humillaciones se perciben como afrentas a su propia gente, su dios, o el bien de la Humanidad. Hacen que las disputas no se perciban como asuntos humanos o banales, cual enfrentamientos por el territorio, sino como una lucha cósmica del bien contra el mal. También permiten percibir al enemigo como absolutamente malvado, lo cual facilita el uso de cualquier medio para su derrota, incluso pagar el precio de los daños colaterales como sacrificio por un bien mayor. Cuando esta ideología es seguida por un gran colectivo gana en firmeza y fiabilidad, del mismo modo que ocurre cuando procede de una fuente legítima y creíble, como los grandes líderes, las sagradas escrituras o Dios mismo. Estas ideologías también serían especialmente relevantes para captar apoyo social y reclutar miembros activos para la causa. Con esta misma idea como telón de fondo, Pyszczynski et al. (2009) se hacen eco de las ideas de Stern para defender como acicates de la violencia terrorista el deseo de restaurar un orden y moralidad perdidos; también se apoyan en la idea de Bruce Hoffman, según la cual la violencia es en muchas ocasiones un acto sacramental o deber divino, un imperativo teológico. Se trataría tanto de una violencia idealista como de la basada en el orgullo, según la clasificación de Baumesiter (1997). Todos estos elementos, como se ha visto anteriormente, forman parte de lo que los grandes teóricos que estudian la violencia colectiva destacan como factores ideológicos fundamentales (Sabucedo y otros, 2002, 2004, 2005; Bar Tal, 1990; etc.) o mecanismos de desconexión moral (*justificación moral* de Bandura) que sirven para justificar o legitimar la violencia.

Como señalan Vail et al. (2010), la tendencia a la identificación social colectiva en condiciones de ansiedad existencial puede orientarse hacia la solidaridad y el compromiso con grupos étnicos, religiosos, nacionales, políticos o de cualquier otra naturaleza que han sido victimizados, y a actuar persiguiendo fines colectivos motivados por la privación fraternal relativa. Los miembros de las organizaciones terroristas tratan de representar a comunidades agraviadas, se vinculan entre sí a través de lazos intensos y comparten su ideología. Ideología que, para resultar eficaz como fuente de sentido, debe ser compartida y apoyada por la comunidad de referencia. Por ello es tan importante para los grupos terroristas conseguir apoyo social de la comunidad.

Este mayor apego y compromiso con el colectivo y sus visiones del mundo facilita, por una parte, la susceptibilidad o facilidad para la percepción de injusticias y humillaciones, lo que dará lugar a un reforzamiento de la ansiedad existencial; y, por otro lado, promueve una hostilidad

hacia el exogrupo que facilita la comisión de actos que puedan interpretarse por dicho exogrupo como una violación de su autoestima o visiones del mundo (es decir, como injusticias o humillaciones). Siguiendo a Niesta et al. (2008) o Motyl et al. (2009), La consecuencia parece ser un ciclo en el que la ansiedad existencial y la hostilidad intergrupala se refuerzan mutuamente, y del que se deriva una escalada y perpetuación del conflicto y de la hostilidad entre los grupos. Este sería uno de los factores que, junto a otros, Motyl y sus colegas vinculan al espectacular aumento de actos de terrorismo general y suicida que ha tenido lugar en Irak y todo Oriente Medio a partir de 2003.

Así, igual que los denominados “terroristas” por las etiquetas oficiales tienen un acicate motivacional en los sentimientos de injusticia y humillación, también los estados y grupos víctimas de sus ataques consideran a éstos injustos, aberrantes, amenazantes de sus valores fundamentales (libertad, vida, moral...), y plantean en ocasiones el contraterroismo como una respuesta instrumental orientada a restablecer la justicia, castigar al agresor y hacer que la violencia le sea más costosa (Berkowitz, o Green , en Pyszczynski et al., 2009). Esta respuesta contraterroista, que suele ser lo que muchos veces persiguen los propios ataques terroristas, deslegitima a quien la desarrolla a los ojos de la población que apoya al bando contrario, dado que crea mayor sensación de injusticia, humillación y amenaza cultural (recuérdese la actitud contraria a occidente en Afganistán o Irak, el efecto que tuvo el GAL sobre personas cercanas a la izquierda abertzale, etc.), radicalizando sus posturas y fortaleciendo al otro bando. En este sentido, y en coherencia con la TMT y otros marcos teóricos cercanos, algunos interesantes estudios muestran que la humillación de quienes violan normas legales y morales tiene efectos muy perjudiciales sobre los mismos y su inserción social (Combs, Campbell, Jackson y Smith, 2010)

TMT y terrorismo suicida

A pesar de que pueda parecer en principio incongruente con los fundamentos teóricos básicos de la TMT, la ansiedad existencial, las necesidades epistémico-existenciales, o su traducción experimental –la MS–, pueden favorecer un incremento en la motivación o disposición para enrolarse en actos de terrorismo suicida, al menos e situaiones en que la norma social o cultural predispone a ello. Y es que los sacrificios personales, y más concretamente el martirio propio del terrorismo yihadista, implican grandes dosis de enaltecimiento de la autoestima, así como formas literales y simbólicas de sobrevivir más allá de la muerte física.

En muchos casos de terrorismo religioso, los mártires están convencidos de que su martirio irá seguido de una vida idílica en el paraíso, con disponibilidad de múltiples bellas vírgenes y sin

las restricciones sexuales habituales, por lo que implica trascendencia literal a la muerte (Kruglanski, Chen, Dechesne, Fishman y Orehek, 2009; Motyl et al., 2009; Motyl y Pyszczynski, 2009). Además, desde un punto de vista evolucionista, el sacrificio de la vida del mártir puede significar la garantía de supervivencia de los genes y sistema de valores de la familia, toda vez que las organizaciones terroristas se ocupan de que nada les falte a los familiares de los mártires (Kruglanski et al., 2009).

Por otra parte, el martirio se acompaña de grandes recompensas simbólicas, como el tratamiento heroico del mártir y su veneración pública, que por tanto implica la trascendencia a la muerte a través de la admiración que suscitan en la memoria de la comunidad –aspecto que Elster destaca como un denominador común del terrorismo suicida– (véase Kruglanski, et al. 2009). Vail et al. (2010) señalan ejemplos concretos de ello, como las tarjetas conmemorativas y calendarios recordando al mártir del mes, el establecimiento de un día anual festivo en memoria del mártir en algunos países de oriente medio, canciones narrando sus gestas, etc. Las sociedades de todo el mundo honran y glorifican a soldados caídos, que dan su vida por su patria y por la causa, con medallas de honor, monumentos públicos, e incluso con un día festivo en su nombre, como el Día de los Veteranos en Estados Unidos (Motyl et al., 2009).

Los movimientos terroristas, además, implican enrolarse en una causa importante, que dota de sentido, estructura, fuerte autoestima, un fin justo, una ideología maniquea de lucha contra el mal; y también suponen dar la vida por un país, una organización o un grupo al que el mártir pertenece y que perdurará tras su muerte (fuente de inmortalidad simbólica).

Existen estudios empíricos que apoyan estos supuestos: Ya se ha detallado la investigación en la que estudiantes iraníes estuvieron más dispuestos a unirse a la causa de un estudiante que defendía los ataques suicidas contra Estados Unidos (Pyszczynski, Abdollahi et al., 2006). En un contexto mucho más cercano geográfica y culturalmente, Routledge y Arndt (2008) encontraron que, frente a una condición control, una muestra de estudiantes universitarios británicos que pensaron en su propia muerte incrementaron su disposición a realizar sacrificios personales, incluyendo el de su propia vida, por su patria –una forma de identidad trascendente–, salvo en los casos en que se les ofrecía una forma alternativa de inmortalidad simbólica –una organización de pertenencia que seguiría existiendo tras su muerte–.

Se trata de un hallazgo de relevancia que puede ayudar a entender la disposición a embarcarse en actos de terrorismo y atentados suicidas en situaciones de necesidad o amenaza epistémico-existencial. Pero también sugiere que ciertos actos autodestructivos y destructivos que pueden

tener lugar en el terrorismo y otras manifestaciones de violencia política pueden reducirse si se ofrecen rutas alternativas para satisfacer las necesidades epistémico-existenciales.

En un sugerente estudio teórico –que podría ser criticado por reduccionista si sus postulados no son entendidos como meros complementos de otras explicaciones–Kruglanski et al. (2009) proponen que los factores identificados por la literatura como causas personales, razones ideológicas y presiones sociales para el terrorismo suicida podrían integrarse bajo un marco único que los explique en términos de intentos de restaurar, ganar o prevenir la pérdida de significado o sentido (y es que gran parte de las condiciones asociadas al terrorismo tienen mucho que ver con la TMT y otras teorías sobre la incertidumbre y la amenaza simbólica: la saliencia de la mortalidad y las amenazas a la visión del mundo deberían, en teoría, incrementar esos tipos de motivaciones).

La búsqueda de significado no es exclusiva de las personas involucradas en organizaciones terroristas, por supuesto, ni es, evidentemente, el terrorismo la única forma de encontrar sentido. Esta búsqueda de sentido ha sido tratada en la psicología humanista, por ejemplo en la teoría de la autorrealización de Maslow; o en la filosofía y psicología existencialista, como la teoría de la autotranscendencia de Victor Frankl (véanse también las ideas de J. P. Sartre o A. Camus), que asociaba la realización de las personas con su vinculación o fusión con algo diferente, una causa mayor, elemento que, con matices, se encuentra en la esencia de las grandes religiones y filosofías de oriente y occidente, como el Cristianismo, Hinduismo o Budismo; Ya se ha visto que desde la TMT esta necesidad de significado se asocia con la necesidad biológica de sobrevivir a la propia muerte.

En cualquier caso, todos estos enfoques confluyen en considerar que el compromiso con grandes causas (factores ideológicos) que tengan reconocimiento social –trabajos importantes, organizaciones, etc.–, ganar el respeto de los grupos de pertenencia y referencia, cumplir con los estándares estéticos y morales de la cultura que hayan sido interiorizados, son formas habituales de cumplir estas necesidades básicas. Es en situaciones de crisis colectivas donde la ideología de referencia aprueba y prescribe el martirio como un acto heroico, cuando el terrorismo suicida y la participación en la ideología que lo sustenta se convierte en una fuente de sentido. Y los individuos que por condiciones personales, sociales, o contextuales (saliencia de la muerte, humillación colectiva, ataques de sus sistemas de creencias e instituciones fundamentales...) se encuentran en una situación de insignificancia personal, se verán más abocados a buscar significando, siendo el martirio una fuente excelsa y rica para ello.

Los factores personales o individuales, fundamentalmente traumas personales, alienación, redención del honor perdido, podrían funcionar como fuentes de pérdida de sentido o significación personal. La saliencia de la muerte (muerte de seres cercanos, etc.) sería una de estas formas de llegar a la experiencia de insignificancia entre otras muchas: alienación, aislamiento y marginación (falta de derechos) de los jóvenes musulmanes en muchas partes de Europa (Sageman, 2004); ostracismo, rechazo social y sentimiento de culpa por el fracaso en vivir de acuerdo con las normas sociales de la cultura, sobre todo en sociedades tradicionales (Pedahzur, 2005); privación relativa, o percepción de injusticia, opresión, humillación o discriminación (esta última no sería un factor personal). Estas condiciones dan lugar a la necesidad de sentido y motivan una búsqueda de restauración del mismo que se puede conseguir a través de una deriva colectivista: la identificación con una ideología colectiva legitimadora del terrorismo (identificación con un colectivo en situación de privación relativa) y la participación en la militancia y terrorismo (se trata de una deriva colectivista, en términos de los autores), que supone restaurar una pérdida personal de sentido a través del compromiso con metas colectivas. El terrorismo, fundamentalmente el suicida, no es el único medio de conseguir sentido, pero sí uno de los más potentes. Sin embargo, estos factores de vulnerabilidad personal o pérdida de sentido no son necesarios ni suficientes: generalmente son los procesos de socialización mediante los que se toma conciencia de una situación de privación relativa colectiva— los que sientan las bases para que la participación en organizaciones terroristas y la asunción de tal ideología puedan servir para ganar sentido o prevenir una posible pérdida del mismo.

En cuanto a los factores sociales, como la presión grupal y el sentido del deber y obligación que ésta induce, hay sobrados motivos teóricos y empíricos para entender que las situaciones de insignificancia personal pueden dar lugar a una mayor identificación colectiva e influencia del grupo sobre el individuo, toda vez que éste es otra fuente fundamental de sentido (véase las funciones de los grupos como suministradores de seguridad epistémica-existencial, las derivas hacia la grupalidad y la afiliación ante condiciones de incertidumbre, saliencia de mortalidad o falta de sentido, etc.).

13.3. PROPUESTAS DESDE LA TMT PARA LA PROMOCIÓN DE LAS RELACIONES INTERGRUPALES PACÍFICAS.

La literatura revisada sobre el tema, junto a algunos resultados de esta tesis, permiten seguir sugiriendo que las necesidades de sentido que inducen ciertas amenazas simbólicas³⁴ pueden dar lugar a ciertos procesos psicosociales que contribuyen a que las personas se hagan más extremas en la defensa de sus ideologías y visión del mundo, sus valores, su moralidad o la percepción de los exogrupos. Y, bajo determinadas circunstancias y en ciertas personas, estos procesos podrían contribuir a un mayor dogmatismo, etnocentrismo y deshumanización de los otros; a una mayor adhesión a las ideologías que promueven la violencia y a los grupos que sustentan tales ideologías, aspectos que hacen posibles las limpiezas étnicas, el terrorismo, el contraterrorismo o las guerras preventivas.

Pero los resultados aquí expuestos, entre otros muchos, también parecen sugerir que las respuestas a las necesidades epistémico-existenciales no son meras reacciones socialmente indeseables o peligrosas que haya que intentar prevenir, sino que pueden dar lugar también a reacciones socialmente constructivas cuando van acompañadas de normas o valores prosociales. La búsqueda de sentido y autoafirmación que acompaña a la ansiedad existencial puede ser en ocasiones una de las motivaciones que mueven a mártires, yihadistas, terroristas o a quienes en base a sentimientos patrioterros apoyan la lucha armada y sin escrúpulos contra estos movimientos (Vail et al., 2010); pero también podría ser uno de los motores que lleva al ser humano a empatizar con los demás, o a comprometerse con causas pacifistas y solidarias, como la lucha contra la discriminación o contra las injusticias que afectan al prójimo. De hecho, muchas formas ideológicas extremas y fervorosas –movimientos civiles, religiosos, etc.– son extremada y fervientemente pacifistas y prosociales³⁵.

Estas reflexiones nos advierten de la importancia y la complejidad del proceso de búsqueda de sentido: ni siempre la falta de sentido (o la amenaza epistémico-existencial) tiene consecuencias

³⁴ Como el recuerdo de la mortalidad, pero probablemente también otras muchas que se analizarán más adelante, como la incertidumbre personal, la pérdida de seres queridos, la humillación o falta de sentido, la ausencia de metas vitales hacia las que dirigirse, u otras muchas amenazas epistémico-existenciales presentes en los conflictos violentos o en las relaciones de tensión intergrupal en o entre las sociedades globalizadas actuales.

³⁵ Así ocurre con muchas formas de budismo caracterizadas por la compasión con todo lo existente; muchos activistas pacifistas están dispuestos a dar su vida de forma pacífica por una causa: así ocurrió el movimiento de acción no violenta que inspiró Mahatma Ghandi en la India a mediados del siglo XX. Así ocurrió, también, con Rachel Corrie, una pacifista norteamericana que con 23 años de edad encontró la muerte cuando opuso resistencia con su cuerpo al avance de una excavadora Israelí en la franja de Gaza el 16 de marzo de 2003.

negativas, ni siempre las formas de sentido de las personas en situación de “seguridad existencial” o “ecuanimidad frente a la mortalidad” favorecen las relaciones pacíficas entre los grupos –por ejemplo, cuando la vía para el sentido es precisamente la socialización en grupos e ideologías extremos, etnocéntricos y beligerantes–.

En coherencia con ello, Niesta et al. (2008) distinguen, desde la TMT, entre dos tipos de intervenciones dirigidas al fomento de las relaciones intergrupales pacíficas: por una parte, las medidas dirigidas a eliminar los efectos de la MS que pueden resultar perniciosos para las relaciones intergrupales; y por otro, las que implican proporcionar formas prosociales de satisfacer las necesidades existenciales (de defender la autoestima y visión del mundo para afrontar el miedo existencial). Se trataría de tener en cuenta todos los aspectos que a lo largo de la revisión teórica se ha visto que pueden condicionar los efectos socialmente indeseables de la amenaza existencial. A continuación se describen las más importantes, que han sido descritas por diversos autores (Niesta et al., 2008; Pyszczynski et al., 2008; Motyl et al., 2009).

13.3.1. Eliminar la ansiedad existencial.

Puede hacerse de varias formas:

a) Por una parte, protegiéndose contra el efecto de la MS: mitigar la ansiedad existencial, dotar de recursos o medios para resolver la fuente de ansiedad, reducir los recuerdos de la mortalidad. La necesidad existencial provoca una búsqueda de sentido a través de varios mecanismos, algunos de ellos esenciales, otros derivados de los primeros: la afirmación de una visión del mundo importante (principios, valores, ideología...), la afirmación de la autoestima individual o colectiva, el establecimiento de relaciones interpersonales cercanas, la pertenencia grupal, etc... De ahí que, como establece la hipótesis de la protección frente a la ansiedad, si se tiene la oportunidad de reafirmar alguno de estos elementos, el recuerdo de la muerte, la crítica a la identidad o a la propia visión del mundo podrán afrontarse de forma menos defensiva y radical – haciendo más fácil la comunicación y el abordaje diplomático de las diferencias–. Es decir, se trata de satisfacer las necesidades epistémicas, existenciales, sociales y de sentido de otra forma, por otra vía, de manera que desaparezca el efecto de la amenaza.

Niesta et al. (2008) señalan la autoafirmación de la autoestima, la religiosidad intrínseca –dada su capacidad para afrontar el miedo a la muerte y dar sentido y control a todos los ámbitos de la vida–, el fomento de la percepción de autocontrol y control sobre la vida y la muerte –tener la posibilidad de elegir la forma de morir o cumplir una última voluntad– como elementos protectores. Con respecto a la religiosidad, cabe destacar su enorme poder redentor para resolver los sentimientos de culpa y dar un nuevo sentido a la vida: por ejemplo, ciertos musulmanes

que no han llevado una vida acorde a los mandatos divinos tienden a compensar su sentimiento de culpa a través del fundamentalismo (Sageman, 2004); además, la religión es uno de los pocos sistema de sentido que permiten redimirse –hacerles sentir que son dignas de valor y perdón– a personas que han cometido grandes atrocidades en su vida (como miembros de grupos terroristas o soldados que en contextos de conflicto bélico han asesinado y violado a gente inocente, etc.).

b) Eliminar las fuentes de injusticia y humillación (también culpa y vergüenza), que serían en cierto sentido equivalentes a la MS, y pueden tomar múltiples formas (Motyl et al., 2009): la violación de autonomía y soberanía (como la que ha tenido lugar en países como Afganistán e Irak por parte de EEUU y otros países aliados, o en Palestina), el monoculturalismo (reflejado en la Globalización o, de modo más flagrante, en el genocidio cultural en Tíbet por parte de China), el uso de métodos crueles, armas prohibidas por la legislación internacional, daños colaterales, etc.

Cabe destacar la necesidad de evitar, en la medida de lo posible, ofensas gratuitas contra pueblos y culturas, sus símbolos más sagrados o sus señas de identidad, por desgracia muy habituales en los tiempos que corren. En este sentido, es necesario tomar conciencia de que si prohibimos, demonizamos u obstaculizamos los nacionalismos, crearemos seguramente más nacionalistas; que la lucha contra el terror (incluyendo Guantánamo, las torturas de Abu Grahib...) probablemente ha reforzado y multiplicado el número de terroristas y reducido esa seguridad que se trataba de incrementar; que la oposición a la construcción de mezquitas en territorio español sólo conseguirá incrementar el riesgo de la emergencia del fundamentalismo; que las amenazas a la autoestima de la gente o sus símbolos más valorados, aunque tengan lugar en el nombre de una mal entendida libertad de expresión, sólo conseguirá incrementar la hostilidad en las relaciones intergrupales. Por desgracia la realidad está cotidiana está repleta de ejemplos de estas situaciones: recuérdese las tensiones derivadas por la publicación de las caricaturas de Mahoma en un diario Danés en septiembre de 2005; o las surgidas más recientemente por el estreno de una película que ridiculizaba la figura de Mahoma (en septiembre de 2012); la quema de Coranes por soldados estadounidenses en Kabul, en febrero de 2012; o los problemas diplomáticos originados por las repetidas mofas durante 2012 de ciertos medios de comunicación franceses contra algunos de los principales deportistas españoles; etc. Quizás estas críticas y ofensas a la autoestima o la visión del mundo sean especialmente problemáticas cuando recaen sobre identidades comunales, ideologías “the rock”,

muy conservadoras, en las que la hostilidad y la desconfianza hacia los otros es una seña de identidad³⁶.

En un sentido muy similar, Kruglanski et al. (2009) señalan la necesidad de aliviar las pérdidas de significación o sentido a través de medidas políticas (programas de integración de inmigrantes en las sociedades de acogida para mejorar su aceptación y reducir su alienación, reducir la discriminación, etc.), económicas (reducir en lo posible la pobreza extrema y las condiciones precarias de vida, etc) y militares (limitando el uso excesivo y desproporcionado de la fuerza, los daños colaterales, etc.).

13.2.2. Ofrecer formas prosociales de defender la autoestima y la visión del mundo.

Puesto que la primera opción descrita es muchas veces inviable, e implica desaprovechar los posibles efectos prosociales de la ansiedad existencial, también se pueden utilizar otras vías, como la promoción de formas alternativas de cubrir las necesidades existenciales.

Diversos autores (Niesta et al., 2008; Pyszczynski et al., 2008; Motyl et al., 2009) señalan la importancia de centrar la atención en –o hacer accesibles las enseñanzas de– las normas sociales, los líderes carismáticos y las ideologías estructuradoras y claras que enfatizan los valores de humanidad compartida y la compasión inclusiva, la tolerancia, la benevolencia o los comportamientos prosociales, que están presentes en todas las sociedades y culturas: son las propias de personajes como Ghandi, Martin Luther King, Jesucristo, Buda, Nelson Mandela, clérigos moderados de todas las religiones, etc. La Declaración Universal de los Derechos Humanos puede ser un buen ejemplo de principios relativamente consensuados y aceptados en diversos lugares. En este sentido, ciertos programas dirigidos a reducir el apoyo a la violencia terrorista que se llevan a cabo en Singapur o Arabia Saudí, incluyen medidas como facilitar el contacto de las personas fundamentalistas que están en prisión con clérigos religiosos moderados que ofrecen una interpretación más pacífica de las enseñanzas del Corán, o promover la participación de activistas pacifistas en los foros de internet (Motyl, et al., 2009).

³⁶ Evidentemente, se podría contraargumentar que en muchas ocasiones la crítica a ciertas prácticas y tradiciones culturales es un imperativo irrenunciable: la situación de opresión las mujeres en ciertos países de oriente medio, la presencia de la Iglesia Católica en instituciones educativas españolas, la tortura animal que tiene lugar en eventos como “el toro de La Vega”... En estos casos, desde la TMT, pero también desde teorías alternativas como la de la Autoafirmación de Steele (1988), se podría defender que sería posible abrir un diálogo y debate sobre estos temas y encontrar una actitud más abierta en los defensores de tales prácticas si, previamente –como en un buen feedback– se ha afirmado la autoestima, la identidad o los valores de tales colectivos –poniendo en valor otras tradiciones, dejando claro que son dignos de respeto, etc.–.

De todas estas medidas y de la hipótesis de la protección contra la ansiedad –también del fenómeno de compensación fluida, como se verá más adelante– se derivan conclusiones prácticas interesantes. Por ejemplo, que no se puede pretender que las personas abandonen ciertos grupos, organizaciones o ideologías que se puedan considerar socialmente problemáticas (sectas, bandas delictivas, grupos terroristas, etc.) por el mero efecto de las coacciones, las imposiciones, extorsiones, amenazas o el miedo (que probablemente generen el efecto contrario, la exacerbación en sus convicciones). No sin ofrecer vías alternativas de satisfacer las necesidades epistémicas, existenciales y sociales que tales grupos e ideologías cumplen.

En este sentido, en un fenómeno claramente explicable por estos principios –y, como más adelante se verá, por el proceso de compensación fluida, y teorías alternativas a la TMT, como la RAM–, parece ser que la mayor parte de jóvenes pertenecientes a grupos juveniles implicados en “conductas desviadas” –como los skin heads– abandonan tales grupos cuando encuentran fuentes alternativas de sentido, identidad, autoestima o metas vitales: cuando encuentran una relación estable, un proyecto educativo y laboral, etc. (por ejemplo, Scandroglio, López y San José, 2008).

Estos enfoques permiten también entender el sentido de ciertas iniciativas, como las impulsadas por el doctor Carles Freixa para la integración social de bandas latinas en Cataluña. Una de ellas consistió en la legalización de los Latin Kings en 2006, constituyéndose como asociación cultural. Esto les permitía mantener la esencia de su identidad y adquirir la posibilidad de acceder a subvenciones públicas, pero para ello debían comprometerse libremente a renunciar a la violencia y a las actividades delictivas, y a dedicarse a tareas culturales. Esta medida supone encontrar una nueva fuente de valor, identidad y autoestima, nuevas metas para sus vidas que les hacen sentir importantes. A su vez, teorías como la de la disonancia cognitiva o la autopercepción de Bem sustentan estas intervenciones Psicosociales.

En conclusión, para sortear los efectos indeseables de las amenazas simbólicas sería necesario construir un mundo justo, una globalización justa que respete y preserve las particularidades de cada cultura integrando en ella lo novedoso, que ofrezca vías para conseguir sentido y autoestima a través de valores prosociales como el altruismo, la compasión, la humanidad compartida. Conseguir el respeto y la dignidad de todos, y fomentar la educación: esa educación que nos permita conocer los efectos psicosociales de la amenaza y el miedo para estar prevenidos contra los líderes demagógicos y los mensajes simples y estructuradores con los que tratan de manipularnos en tiempos convulsos.

CAPÍTULO 14. SOBRE LAS CAUSAS, MECANISMOS Y PROCESOS RESPONSABLES DE LAS RESPUESTAS DEFENSIVAS ANTE LA AMENAZA: TMT VS OTAS TEORÍAS ALTERNATIVAS.

Hasta el momento se ha descrito una gran cantidad de hallazgos empíricos derivados del paradigma de la MS que, desde el marco teórico de la TMT, permiten entender el hecho de que la gente se adhiera con dogmatismo y convicción a determinadas ideologías y a los grupos que la sostienen, o trate de fortalecer su autoestima, como una forma de superar de manera simbólica e inconsciente la propia mortalidad. Es decir, la búsqueda de sentido en forma de respuestas como convicción extrema, radicalización, autoafirmación, etc. (defensa de la visión del mundo), que puede conducir en determinados tipos de personas y situaciones a hostilidad contra los grupos en situaciones de conflicto, sería consecuencia de la defensa contra el miedo a la muerte. Sin embargo, como puede imaginarse, la TMT no es el primer ni el único enfoque teórico que trata de explicar los fenómenos descritos de creación de sentido, y adhesión ferviente a ideas o valores en respuesta a la amenaza, aunque sí es la más importante y prolífica, como reconocen incluso autores que defienden otras perspectivas (por ejemplo, Heine, Proulx y Vohs, 2006; o Van den Bos, 2009a). Existen otros muchos modelos que vinculan respuestas defensivas muy similares a procesos y amenazas muy diferentes a la mortalidad.

A pesar de que la TMT defiende que los efectos de defensa de la visión del mundo son exclusivos de los asuntos relacionados con la propia mortalidad, lo cierto es que múltiples orientaciones teóricas y programas de investigación han encontrado que diversos tipos de amenazas y situaciones ansiógenas diferentes a la MS son capaces de suscitar respuestas defensivas muy similares a las que la MS establece como defensa de visión del mundo en sus diferentes modalidades.

Como apunta McGregor (2006a), el fervor o extremismo –al que podríamos añadir los distintas respuestas descritas para la MS en el epígrafe correspondiente– es un mecanismo de defensa que surge como reacción a amenazas a la identidad, ya estén relacionadas con aspectos epistémicos (la disonancia cognitiva, la incertidumbre personal, a la percepción del mundo justo, al sistema social), la autoestima (fracasos académicos, etc.), las relaciones afectivas cercanas (el recuerdo de abandono o pérdida de seres amados, etc.) o la mortalidad. Es decir, distintos tipos de amenazas parecen capaces de provocar los mismos tipos de respuestas defensivas, que son de distinta naturaleza, y hay una serie de teorías que tratan de dar cuenta de todo ello. La TMT sugiere que el recuerdo de la propia mortalidad es el único responsable de las respuestas de defensa de la visión del mundo, que pueden tomar varias formas, y que otras amenazas darían

lugar a similares respuestas sólo en la medida en que suscitan DTA de forma indirecta e implícita. Otros autores, como McGregor, defienden que es la incertidumbre personal la responsable real de todo el elenco de respuestas defensivas, explicando la especial reactividad a la MS en que la muerte tendría una especial capacidad para inducir incertidumbre

La de que las personas enmascaran la incertidumbre ansiógena y el conflicto motivacional mediante convicciones exageradas acerca de uno mismo o de sus grupos de pertenencia era ya una idea fundamental del pensamiento freudiano y de las teorías neoanalíticas del orgullo defensivo de Horney, o de la personalidad autoritaria de Fromm –o de Adorno y sus compañeros–, así como en las propuestas de importantes pensadores pertenecientes o no al ámbito psicológico.

Autores del calibre de William James, Freud, Lewin, Fromm, Adorno, etc., desde perspectivas generalmente –aunque no exclusivamente– psicodinámicas, coinciden en señalar que las amenazas –a la autoestima, a las cosmovisiones culturales, a la identidad, a la continuidad de la existencia, la certidumbre...–, fundamentalmente en personas vulnerables, provocan un fervor defensivo que ayuda a reducir o enmascarar tales amenazas. En este sentido, para William James, fenómenos como el éxtasis religioso o el entusiasmo moral suponían un refugio para las almas enfermas; Freud describió cómo los neuróticos recurrían a pensamientos exagerados como defensas mentales; Pavlov, Lewin, Adler o Horney defendían que el conflicto, la frustración de metas o los sentimientos de inadecuación se ocultaban a través de fantasías e ilusiones de grandeza o fervor. Adorno y sus colegas, o E. Fromm señalaban los sentimientos de vergüenza o incertidumbre durante la infancia como los causantes de una personalidad autoritaria caracterizada por el fervor, el prejuicio o a la simplicidad cognitiva (véase McGregor, 2006a; o McGregor y Jordan, 2007 para un análisis más detallado de estos aspectos).

Desde entonces, han ido apareciendo diversos enfoques teóricos y prolíficos programas de investigación, unos más parciales y otros más integradores, cada uno de los cuales ha propuesto un mecanismo, proceso o motivación básica diferente –ya sea la incertidumbre personal, falta de sentido, amenazas a la integridad de la identidad, etc.– para dar cuenta de las respuestas de celo, fervor, defensa de la autoestima o de la visión del mundo ante distintos tipos de amenaza (no sólo, aunque también, en ocasiones, la mortalidad). Todas tratan de explicar fenómenos muy similares y realizan predicciones semejantes en muchos casos, pero la disparidad en cuanto a los mecanismos responsables que cada enfoque propone hace que no exista una integración teórica satisfactoria para unos hallazgos empíricos que sí cuentan con bastante convergencia. Así, de los resultados de las distintas líneas de investigación alternativas a la TMT se puede afirmar que, no solamente los recuerdos de la mortalidad, sino distintos tipos de amenazas, como las

relacionadas con aspectos epistémicos (la disonancia cognitiva, la incertidumbre personal, a la percepción del mundo justo, al sistema social, experiencias de pérdida de sentido-experiencial, no meramente informativa-), la autoestima (fracasos académicos, pérdida de percepción de control, etc.), o las relaciones afectivas cercanas o necesidades de afiliación (el recuerdo de abandono o pérdida de seres amados, el aislamiento social, etc.), se han mostrado capaces de provocar de forma intercambiable los mismos tipos de respuestas defensivas, que son de distinta naturaleza, relacionados con la convicción extrema (compromiso o afirmación de cualquiera de estos ámbitos), la búsqueda de consenso y la búsqueda de autoestima (para un resumen de las distintas amenazas y sus efectos en diversas variables dependientes, véase McGregor, 2006a y 2006b; y Proulx y Heine, 2006). Por otra parte, la afirmación o fortalecimiento de cualquiera de estos dominios o defensas reduce las respuestas defensivas ante las amenazas a cualquiera de los otros ámbitos (McGregor, 2006a y 2006b; Proulx y Heine, 2006; Proulx, 2009), en convergencia con lo que establece desde la TMT la hipótesis de la protección frente a la ansiedad

A lo largo de este epígrafe se revisarán algunas de las mencionadas teorías que tratan de explicar fenómenos muy similares a los que aborda la TMT, poniendo énfasis en sus paralelismos con ésta. A continuación se describirá cómo la TMT interpreta y se adapta a las propuestas y hallazgos de las primeras, tratando finalmente de arrojar algo de luz acerca de algunos de los principales debates teóricos al respecto: ¿Son las reacciones defensivas a la MS exclusivas de este tipo de amenaza, o pueden inducirse a través de otras amenazas simbólicas?, es decir, ¿son equiparables las amenazas a la mortalidad a otras amenazas epistémicas y de otro tipo?; en el segundo caso, ¿Es equivalente la MS a otras amenazas epistémico-existenciales, o las respuestas defensivas se deben a mecanismos diferentes?; En caso de tratarse de un mismo mecanismo, ¿es la MS la responsable, dando lugar a otras amenazas a DTA de forma indirecta, o más bien es la MS la que genera otro tipo de sensación, como la incertidumbre, que sería la responsable de la defensividad?

14.1. ALGUNAS TEORÍAS ALTERNATIVAS A LA TMT

14.1.1. Teoría de la Autoafirmación (Self Affirmation Theory, SAT, STEELE, 1988)

Comenzaré la exposición de las teorías planteando brevemente los aspectos más importantes de la Teoría de la Autoafirmación porque, a pesar de no ser la alternativa más importante a la TMT, ofrece una explicación muy convincente y completa del fenómeno de la *compensación fluida*, uno de los mecanismos fundamentales presentes en la TMT y el resto de teorías alternativas a que nos referiremos. Este fenómeno trata de explicar por qué la autoafirmación de

diversos elementos de la identidad o la visión del mundo previene las respuestas defensivas ante las amenazas epistémico-existenciales, aunque éstas se den en un ámbito diferente del que ha sido afirmado.

Planteada originalmente como una explicación alternativa de la disonancia cognitiva que permitía explicar la resiliencia hacia la misma, la Teoría de la autoafirmación parte del supuesto básico de que las personas estamos motivadas para la integración del self, esto es, para mantener percepción de uno mismo como una persona adecuada “adaptativa y moralmente”, es decir, “como competente, bueno, coherente, unitario, estable, o capaz de controlar resultados importantes” (Steele, 1988, p. 262), globalmente válida según los criterios de cada contexto cultural específico, que implica aspectos muy diversos en cada cultura y variables de una cultura a otra. En esta predicción, la SAT coincide con la TMT, aunque ésta subordinaba la motivación por la autoestima a la necesidad de negar la propia mortalidad. Siguiendo con la SAT, la información que implique el fracaso, cuestionamiento o duda acerca de cualquier aspecto del sistema identitario (roles, valores, sistemas de creencias, identidades sociales, metas y aspiraciones, moralidad, etc.) supone una amenaza para la integridad del self, que dará lugar a diferentes respuestas orientadas a restaurar la percepción de adecuación de uno mismo: la *acomodación*, que implica aceptar su fracaso y cambiar, por tanto, su actitud o conducta; la *reinterpretación*, enmarcando la información de otra manera más positiva, o utilizando sesgos defensivos para negar, desestimar o evitar la información; y, por último, la *compensación fluida* (Sherman y Cohen, 2006). Descrito originalmente por Allport, el mecanismo de *compensación fluida*, es uno de los aspectos fundamentales de la SAT, consiste en la posibilidad de compensar una amenaza a la integridad del yo, de restaurar la visión positiva de sí mismo, a través de la afirmación de cualquier atributo positivo de la persona, a pesar de que no tenga nada que ver con el área del self que haya sido puesta en entredicho (de manera que el aspecto problemático sea más tolerable, menos amenazante para la integridad del yo). De ello se deriva que la afirmación de la autoestima, los valores, o las creencias o cualquier elemento que nos recuerde quiénes somos prevendrá o reducirá las consecuencias de las amenazas a cualquier otro de los mismos. Así, como recoge la interesante revisión de Sherman y Cohen (2006), la autoafirmación de la integridad del self previene la experiencia de disonancia cognitiva y las reacciones orientadas a reducirla, el estrés provocado por distintas amenazas, los sesgos relacionados con la percepción social, incrementa las posibilidades de ser persuadido por información contraactitudinal razonable, reduce la tendencia al beneficio endogrupal y rechazo exogrupal, y, en general, deja a las personas en una situación de mayor apertura mental, predisuestas a un procesamiento menos sesgado de la información.

Por último, la SAT establece que existen algunas variables disposicionales que afectan al proceso de autoafirmación, como la autoestima. Así, las personas con alta autoestima (siempre que no sea defensiva) tendrán mayor número de fuentes disponibles para la autoafirmación, de manera que serán más resilientes a las amenazas, mostrando reacciones menos defensivas ante éstas (aspecto en que coincide con la TMT y otras teorías de la autodefensa).

La TMT, en concreto la hipótesis de la protección frente a la ansiedad, establece las mismas predicciones: la autoafirmación de valores, creencias, autoestima o cualquier elemento de la visión del mundo (lo que Steele denomina sistema del self) prevendrá los efectos defensivos de la amenaza existencial, puesto que reduce el nivel de DTA, como ya se ha detallado. También puede predecir que, no sólo la MS, sino también distintas amenazas a la autoestima puedan generar defensa de la visión del mundo en la medida en que se asocian a la mortalidad o debilitan la protección contra ésta (incrementan DTA). Desde la SAT se podrían interpretar los resultados de la TMT en base a que la MS supondría una forma de amenaza a la integridad del self, por lo que la afirmación de otros aspectos de la identidad prevendrá las consecuencias de la MS.

14.1.2. Teorías basadas en la incertidumbre.

Son diversas las teorías que proponen a la incertidumbre, y no a la MS, como principal elemento motivador de las respuestas defensivas descritas anteriormente. Ya intelectuales de la talla de Durkheim, Fromm o Sartre apuntaron en su momento la importante amenaza que la incertidumbre personal puede suponer en la vida de las personas: en forma de los conflictos en elecciones de la vida que pueden derivar en suicidio, en el caso del primero; de la duda acerca del sentido de la vida y del tipo de persona en quien convertirse, para Fromm, y acerca de cómo vivir en un mundo absurdo, para Sartre (McGregor, Zanna, Holmes y Spencer, 2001). En coherencia con ello, Hogg (2004) defiende la existencia de una motivación fundamental por sentir certeza acerca del mundo y de nuestro lugar en él, esto es, por tener certeza subjetiva, que hace la existencia significativa y dota de confianza acerca de cómo comportarse y qué esperar del entorno físico y social en que uno se encuentra. La incertidumbre –sobre aspectos relevantes en el contexto, no toda incertidumbre– es aversiva porque se asocia con un menor control sobre la propia vida.

En Psicología social también existe una larga tradición de motivos epistémicos relacionados de una forma u otra con la reducción de la incertidumbre: la necesidad de conocer, a través de la comparación social, si las propias opiniones son correctas –como proponía Festinger–; la necesidad de autoconstrucción que subyace a la autopresentación, según los investigadores de

este campo; o distintos constructos que se refieren a la mayor o menor necesidad de certeza de la gente, como la necesidad de cognición, necesidad de cierre cognitivo, necesidad de estructura personal, dogmatismo, etc. (ver Hogg, 2004).

En todo caso, el de incertidumbre es un concepto complejo. Aunque existen múltiples definiciones y tipologías, es la incertidumbre personal o identitaria la que ha centrado predominantemente la atención en el campo que nos ocupa, pero las cuestiones conceptuales se abordarán de forma particular en el análisis de cada teoría. Los dos paradigmas más prolíficos son los que han dado lugar a las perspectivas recientemente denominadas UMM y la ICT, que deriva en el modelo RAM, que enfatiza elementos diferentes.

14.1.2.1. UMM (*Uncertainty Management Model*, Modelo del Afrontamiento de la Incertidumbre).

Apoyado en el punto de vista de diferentes filósofos y psicólogos existencialistas y del absurdo, Van Den Bos (2009a) defiende que la vida es absurda, es decir, que las personas se esfuerzan por hallar sentido a sus vidas de diversas formas, aunque suelen fracasar en el intento: una amenaza clave para encontrar sentido a la vida es la incertidumbre personal (*personal uncertainty*, PU en adelante). Es importante no confundir el concepto de incertidumbre informacional –la que acontece cuando disponemos de menos información de la necesaria para establecer juicios sociales fiables, que es bastante tolerable para el individuo, y es de carácter epistémica o intelectual– con el de incertidumbre personal: ésta última, más relevante para comprender la autorregulación, la defensa de la visión cultural del mundo y la construcción de sentido existencial, ha sido entendida de diversas formas. De carácter marcadamente afectivo, Van den Bos (2009a) la define como una emoción o sentimiento de incertidumbre –el sentimiento que se experimenta cuando uno siente incertidumbre sobre sí mismo–, y como “una sensación subjetiva de duda o inestabilidad en las concepciones de uno mismo –las propias actitudes, creencias, percepciones, sentimientos, comportamientos o relaciones con otros–, del mundo o de una interrelación de ambas” (p. 198). La PU es caracterizada como un proceso sociocognitivo “caliente” (en términos de Abelson, o de Kunda) que combina reacciones cognitivas e intuitivas con otras afectivas y viscerales. En cuanto a las primeras, la PU implica amenaza el sentido de la vida: puede provocar pérdida de confianza acerca de cómo comportarse o qué esperar del ambiente físico o social; reducción sobre el sentido de control sobre la propia vida, etc.; en cuanto a los procesos afectivos y viscerales, implica sentimientos y otras reacciones subjetivas tanto explícitas como implícitas: aumento de presión sanguínea y activación fisiológica, o activación del eje adreno-hipotalámico-pituitario, así como de otras zonas cerebrales –como el sistema de alarma humano descrito por Eisenberger, Lieberman, y

Williams, que se activa en respuesta a amenazas relevantes para la supervivencia, o el sistema de inhibición conductual de Gray y McNaughton– Estos aspectos afectivos resultan negativos o incómodos, y motivan un comportamiento hasta cierto punto “urgente” dirigido a reducir tal incertidumbre.

En concreto, Van der Bos destaca dos respuestas generales ante la PU: la búsqueda de integración social y la defensa de la visión del mundo. Formar parte de una cultura provee de sentido a las personas: Nos dota de mitos, valores por los que merece la pena vivir, o criterios que orientan nuestra vida. En situaciones de incertidumbre personal las, culturas y los valores que ésta conlleva se hacen especialmente relevantes, dado que las personas o eventos que refuerzan la visión del mundo cultural ofrecen el sentido que se busca en tales situaciones: Por ello, bajo PU las personas reaccionarán de forma especialmente positiva ante eventos o personas que apoyen o refuercen los valores y normas culturales, y de una forma especialmente hostil hacia quienes los critiquen, violen o debiliten.

En este sentido, varios estudios muestran que las personas a las que se induce incertidumbre personal reaccionan con mayor afecto positivo ante procedimientos en que son tratados de forma justa y con mayor afecto negativo ante procedimientos injustos (ser tratado justamente implica que uno es respetado y aceptado en su grupo, y viceversa, como ya sugirieron Tyler y Lind, al tiempo que la justicia es un valor cultural fundamental); además, la incertidumbre personal ha mostrado generar reacciones más negativas hacia personas sin hogar, así como respuestas emocionales más negativas ante quienes amenazan las propias creencias religiosas (véase Van den Bos, 2009a; o Van den Bos et al., 2005). Estas predicciones respecto a la activación o recuerdo de la incertidumbre son similares a las que la TMT establece para el recuerdo de la mortalidad. Por otra parte, las relaciones que Van den Bos (2009a) propone entre incertidumbre y conceptos como la confianza, el control, el sentido (*meaningfulness*) o la inseguridad, podrían explicar que, como otras teorías sugieren, la inducción de estos elementos genere respuestas similares a la de la incertidumbre.

14.1.2.2. De la ICT (*Identity Consolidation Theory*, Teoría de la Consolidación de la Identidad) al RAM (*Reactive Approach Motivation*, Motivación de Aproximación Reactiva)

También con base en los supuestos de la filosofía existencialista, la ICT (Teoría de la Consolidación de la Identidad, McGregor, 1998; 2004; McGregor, Zanna, Holmes y Spencer, 2001) propone que, frente a la incertidumbre focalizada en aspectos concretos y elecciones cotidianas, que resulta poco problemática, la incertidumbre personal derivada de la conciencia del conflicto o falta de claridad sobre aspectos identitarios –múltiples posibilidades sobre quién

y cómo ser, ambigüedad o inconsistencia en prioridades, actitudes, valores, principios...— supone una amenaza para el self especialmente aversiva: la identidad sería una “guía autoritaria” que orienta las metas y comportamientos de las personas, por lo que su falta de claridad condiciona la capacidad de pensar y actuar, genera dificultad para organizar y priorizar los distintos objetivos y planes de conducta, dando lugar a conflictos motivacionales (de aproximación-evitación, aproximación – aproximación, etc.) entre ellos, y a estados afectivos negativos que generan bloqueos en la conducta dirigida a metas.

El concepto fundamental de partida de este enfoque es el de *incertidumbre personal*, que tal como lo define Baumeister sería muy similar al que utiliza Van den Bos, pero con menor énfasis en los aspectos afectivos: se trataría de un “tipo de crisis de identidad profunda que puede surgir ante la conciencia de tener cogniciones asociadas al yo inconsistentes o poco claras” (McGregor y otros, 2001, p.473), por lo que sería similar a la disonancia cognitiva, pero concretamente centrada en aspectos relevantes del yo. Para evitar esta incertidumbre o resolverla cuando aparezca, los seres humanos recurrirían a una suerte de compensación fluida en forma de convicción extrema, que consistiría en enfatizar la certeza y convicción respecto a determinados aspectos identitarios –las propias metas, valores, actitudes, o identificaciones sociales– no directamente relacionadas con los aspectos de la identidad amenazados, dando lugar a un mayor fervor y extremismo respecto a los primeros. Esta convicción extrema se concretaría en cinco ámbitos identitarios, constituyendo cinco estrategias de consolidación de la identidad que resultan muy similares a las respuestas a través de las que, según la TMT, defendemos nuestra visión del mundo o autoestima para escapar de la mortalidad (McGregor, 2004):

1/ Integración personal: Desde corrientes como el psicoanálisis o la Psicología Humanista se ha entendido la identidad como una historia de vida que integra diferentes aspectos del yo en un todo significativo con dirección y sentido. La integración narrativa de los elementos del yo a través de planes y proyectos vitales coherentes (operativizado como afirmación de valores, moralidad, actitudes, ideales, etc.) ayuda, por tanto, a reducir la incertidumbre personal y a percibir propósito y sentido en la propia vida. En este sentido diversos estudios apoyan lo que la ITC, la TMT y la autoafirmación de Steele (1988) y la TMT coinciden en señalar: que la incertidumbre personal provoca una búsqueda de integración, y que la integración reduce la saliencia de la incertidumbre personal.

2/ Autoestima – autoenaltecimiento: Percibirse superior a los demás provee de mayor afirmación y guía a la identidad. Se trata de una miopía autoenaltecedora asociada a las ilusiones positivas y a una excesiva autoestima. La investigación ha demostrado que las personas responden a las amenazas relacionadas con la incertidumbre personal tratando de

mejorar su autoimagen (mediante comparaciones sociales autoenaltecedoras), y que la saliencia de la autoestima positiva reduce las respuestas defensivas ante las amenazas –al menos entre personas de alta AE (McGregor, 2004), que en ulteriores estudios parecen más bien reflejar una alta autoestima defensiva (que incluye baja autoestima implícita, como sugieren McGregor y Jordan, 2007)–. Evidentemente, estos efectos de la incertidumbre propuestos por la ICT son similares a las predicciones que hace la TMT en relación con el recuerdo de la mortalidad.

3/ Identificación social. Según la ICT, construir la identidad en base a la pertenencia grupal reduce la ambigüedad e incertidumbre, ofrece certeza, seguridad, guía para la acción (sobre todo gracias a las normas sociales), y evita centrarse en aspectos de la identidad individual que puedan resultar inciertos o amenazantes. De esta manera la identificación grupal y el rechazo exogrupal serían respuestas características a la PU en determinadas condiciones, mientras que la pertenencia grupal protegería de las respuestas defensivas a la PU³⁷.

4/ Convicción y extremismo compensatorios. Freud habla de represión como pensamientos reactivos excesivamente intensos contrarios a uno que se mantiene en el inconsciente. Rockeach defiende que el dogmatismo o sistema cerrado es un conjunto de sistemas de defensa psicoanalíticos orientados a proteger una mente débil. Existe mucha evidencia de que las personas responden a la PU con convicción defensiva y falso consenso, y que de esta forma atenúan la PU (resultados paralelos a los encontrados ante MS).

5/ Como estrategia compuesta, se proponen las relaciones cercanas (románticas, con amigos o con familiares) como los más importantes apoyos para la identidad: suponen un apoyo para la construcción de la identidad en sí misma, siendo sus visiones de uno el principal refuerzo o guía para el autoconcepto, como sugieren, por ejemplo, varios teóricos del interaccionismo simbólico (Cooley con su *yo espejular*, ...); pero también tienen muchos elementos en común con los grupos con los que nos identificamos, como el hecho de ser fuente de valores normativos y prescripciones de comportamiento (véase, por ejemplo, las implicaciones de la norma subjetiva

³⁷ Algunos estudios muestran que las personas que en condiciones de PU escriben acerca de grupos significativos de pertenencia muestran menor rechazo hacia exogrupos opuestos al propio). En este mismo sentido, una línea de investigación en la que destacan Castano y sus colaboradores ha encontrado clara evidencia de que la MS de lugar a un incremento en la importancia de la identificación grupal, fundamentalmente respecto a grupos estructurados, con mucha entidad. También Hogg se ha especializado en la grupalidad y la radicalización (preferencia por la pertenencia a grupos con más entidad, homogeneidad interna y estructura, como los ortodoxos o extremistas) en respuesta a la incertidumbre personal. Otros que apuntan en esta dirección son Kruglanski y sus colaboradores (2006), quienes vinculan las necesidades epistémicas (que son alentadas por la MS o PU, según las respectivas teorías) con el aumento de la grupalidad y del síndrome denominado *centrismo grupal* (caracterizado por autoritarismo, conservadurismo, pensamiento grupal, presión hacia la uniformidad, rechazo exogrupal, etc.).

en las teorías de la Acción Razonada y Planificada de Fishben y Ajzen); son una fuente de autoestima, dado que implica sentirse importantes al serlo para otros; y suponen una base que facilita la convicción extrema. En coherencia con ello, la investigación ha encontrado que las amenazas a las relaciones incrementan la PU o la convicción, y que validar relaciones reduce la PU.

Más que suprimir los aspectos problemáticos, estos mecanismos reducen la incertidumbre personal aislando los mismos, permitiendo que la atención se focalice en un referente para la acción, en guías que priorizan las alternativas de conducta existente. Y al enfatizar su importancia y valía, permiten trivializar la relevancia de la incertidumbre y otras amenazas.

Así, la ITC se postula como una perspectiva teórica con afán de integrar las distintas teorías de las amenazas y defensas del self. Sin oponerse a otras teorías, trata de aparecer como más inclusiva y parsimoniosa: la incertidumbre individual como una desagradable amenaza que se trata de enmascarar a través de mecanismos de los que puede derivar el surgimiento, mantenimiento o éxito de ideologías peligrosas como el nacionalismo extremo o los fundamentalismos religiosos.

Durante los últimos años, McGregor y sus colaboradores (McGregor, 2006; McGregor, Nash, Mann y Phills, 2010 , McGregor, Prentice y Nash, 2009) han desarrollado el modelo RAM (Reactive Approach Motivation, motivación de aproximación reactiva), que no es otra cosa que el desarrollo de las ideas ya planteadas en el ICT, apoyándose en sólidos fundamentos psicosociales y neurobiológicos (con base en el trabajo de autores como Caver y Sheier, Gray y McNaughton, o Martin and Shrira, etc.). En sus últimos planteamientos, McGregor dirige la atención hacia procesos de autorregulación motivacional como los aspectos clave en la explicación de los mecanismos de defensa de la visión del mundo que constituyen la convicción compensatoria. Así, los elementos del self cuya amenaza motiva la convicción compensatoria según otras teorías (elementos como la supervivencia, los valores, ideales, identidades sociales colectivas significativas, relaciones cercanas, etc.) podrían entenderse como metas idealizadas, supraordenadas, generales y abstractas, que orientan y de las que dependen los objetivos o metas más concretos y cotidianos. Por otro lado, la amenaza de tales elementos representaría un conflicto motivacional derivado de la frustración, conflicto o incertidumbre acerca de metas personales profundamente importantes. Estos conflictos inducen incertidumbre ansiógena y ponen en marcha un sistema de inhibición conductual (Behavioral inhibition system –BIS de Gray–) o de evitación motivacional (en términos de Martin y Shrira), vinculado a la activación de la corteza cingulada anterior y del lóbulo frontal del hemisferio derecho, que hace que la atención se centre en la amenaza, generando una ansiedad que bloquea la iniciativa orientada a la consecución de metas. Esto motiva en los individuos la activación del proceso RAM

(motivación de aproximación reactiva) en búsqueda de meta clara alternativa hacia la que dirigirse, focalizando su atención en ella, lo cual genera actividad cerebral relacionada con el acercamiento a metas (sistema de aproximación motivacional –BAS de Gray–, o activación conductual, vinculado al lóbulo frontal del hemisferio izquierdo), al tiempo que desvía la atención del foco de la amenaza, desactivando el sistema de inhibición conductual. Ello explica el mecanismo de compensación fluida que tiene lugar ante amenazas que implican conflictos motivacionales: el RAM promovería que las personas puedan responder con fervor, incrementando su compromiso con sus sistemas de sentido –ideales, ideologías, visiones del mundo, pertenencia a grupos, relaciones cercanas–, equiparables a metas idealizadas, abstractas y supraordenadas, capaces de activar el sistema de aproximación comportamental (ofrecen un foco de atención y aspiración alternativo, que no tiene por qué coincidir con el ámbito amenazado) al tiempo que inhibirían la ansiedad proveniente de la motivación de evitación y de la rumiación ansiosa.

Para finalizar cabe apuntar que, en coherencia con autores psicodinámicos clásicos y con muchos resultados desde la TMT, la investigación al abrigo del ICT y RAM ha demostrado que las respuestas defensivas ante la amenaza no es siempre generalizable, sino que es más propia de personas especialmente vulnerables. Además de variables como estilos de apego en sus relaciones cercanas, la autoestima ha mostrado ser un factor muy relevante: Las personas con baja autoestima implícita, o bien con alta autoestima explícita, sobre todo cuando ésta se combina con baja autoestima implícita, parecen ser las más susceptibles a reaccionar con convicción compensatoria ante las amenazas (McGregor y Marigold, 2003).

14.1.2.3. El Modelo UIT (*Uncertainty Identity Theory*, Teoría de la identidad y la incertidumbre).

Con un enfoque menos integrador que los anteriores, la UCT se basa en la incertidumbre como factor clave para entender, no todas las respuestas de defensa de visión del mundo que propone la TMT o de convicción ideológica que describen la UMM, el RAM o la ICT, sino sólo una de ellas, la identificación grupal. En este sentido, sus hallazgos son convergentes con los desarrollos de la TMT que asocian la ansiedad existencial con la identificación grupal (Castano et al., 2002), así como con los enfoques que asocian las necesidades epistémicas con la grupalidad y el síndrome de centrismo grupal (Kruglanski, Pierro, Mannetti y de Grada, 2006).

Frente a las concepciones de incertidumbre personal de McGregor y Van den Bos –prácticamente coincidentes, que se refieren a aspectos del self individual o personal– el concepto de incertidumbre subjetiva (*subjective uncertainty*, Hogg, 2004) o identitaria (*self uncertainty*,

Hogg, 2009) de Hogg es más amplia, incluyendo la relativa a cualquier aspecto del self, como la identidad social. Se refiere a ella como “los sentimientos de incertidumbre acerca de uno mismo y las propias percepciones, actitudes, valores y comportamientos que se reflejan en la propia identidad” (Hogg, 2005, p. 221). Hogg (2004) defiende que las personas tienen una necesidad fundamental de sentir certidumbre subjetiva acerca de aspectos relevantes de la vida, que dota de sentido a la existencia, confianza en cómo comportarse, qué actitudes mantener y qué esperar de las diferentes situaciones de la vida, constituyendo una fuente de percepción de control.

Se trata de una variable epistémica cercana a otros conceptos propuestos por diversos teóricos, como la necesidad de cierre cognitivo, necesidad de estructura personal, necesidad de cognición, dogmatismo, etc. Aunque existen diferencias individuales al respecto, diversas condiciones sociales y contextuales pueden generar incertidumbre subjetiva respecto a aspectos relevantes para la persona, como la misma naturaleza de nuestra sociedad postmoderna, en la que rige el relativismo, no existen criterios morales absolutos que orienten nuestras vidas, y la identidad se construye fundamentalmente mediante aspectos más individuales que colectivos. Esto genera en las personas una ausencia de normas, reglas, principios que orienten la vida y relaciones que nos vinculen intensamente con otras personas o grupos, es decir, una incertidumbre personal difícil de digerir.

Aunque, como proponen la UMM, ICY o RAM, existen distintas formas de reducir esta incertidumbre, Hogg defiende que los procesos de categorización del yo y los otros que acompañan a la identificación grupal son los más eficaces: la categorización de los otros permitiría sentir mayor certidumbre, control y capacidad de predicción de su conducta; en cuanto a los procesos de autocategorización o despersonalización –en términos de Turner–, implican definirse a sí mismo en base a un prototipo endogrupal que es descriptivo y prescriptivo a la vez, estableciendo percepciones y actitudes, cómo debe pensar, sentir y comportarse el individuo en cuanto a miembro del grupo con el que se identifica. En este sentido, los grupos con mayor “entatividad” –aquéllos caracterizados por la similaridad, la proximidad, límites intergrupales claros, destino común, estructura y organización claras y rígidas– son los preferidos, dado que implican prototipos claros, compuestos por pocos atributos muy correlacionados, y son muy prescriptivos. De hecho, en situaciones de incertidumbres extremas, los grupos ortodoxos y extremistas, muy distintivos y con fuertes liderazgos y claras estructuras jerárquicas, resultan especialmente atractivos. Existe clara evidencia empírica que apoya los supuestos teóricos esgrimidos: Por poner un ejemplo relativamente reciente, Hogg, Meehan y Farquharson (2010) encontraron que estudiantes australianos que en condiciones normales prefieren identificarse con grupos moderados, en condiciones de incertidumbre fortalecieron su identificación grupal, así como su disposición a tomar parte en

comportamientos en base a la pertenencia a tales grupos, sólo cuando se trataba de grupos radicales (frente a moderados).

14.1.2.4. ¿Cómo dan cuenta los modelos sobre la incertidumbre de los hallazgos de la TMT?

La TMT y el los modelos que se acaban de describir tratan aspectos muy parecidos y realizan predicciones por lo general similares en lo referente a las reacciones de defensa de la visión del mundo. Martin (1999), o McGregor y otros (2001) defienden la idea de que sea la incertidumbre la principal responsable de los resultados de los experimentos realizados bajo el paradigma de la MS, argumentando que la MS crea incertidumbre, y que ésta está más relacionada con las respuestas defensivas que el miedo a la muerte. Así, desde la ICT se defiende que la mortalidad sería una forma entre otras de amenazar distintos aspectos de la integridad del self (supone el fin de las relaciones personales, la afiliación a grupos, la integración personal, autoestima...) y generar, por tanto, incertidumbre personal.

Van den Bos, Poortvliet, Maas, Miedema y Van den Ham (2005) ponen a prueba ambas explicaciones, encontrando que tanto la MS como la PU provocan los mismos efectos sobre las reacciones de ira de los sujetos hacia procedimientos en que son tratados injustamente, aunque la PU lo hace de forma más intensa. Además, MS producía mayor accesibilidad de pensamientos sobre la muerte, pero no la PU; mientras que hay indicios de que ambas condiciones incrementaban la accesibilidad a pensamientos sobre la incertidumbre (la PU en mayor medida), y los efectos en la condición de MS eran mayores entre quienes experimentaban incertidumbre. En este mismo sentido, Hohman y Hogg (2011) observan en dos estudios que la MS provoca identificación endogrupal sólo en la medida en que provoca incertidumbre existencial: el efecto sólo se daba entre personas que, habiendo pasado por la situación de MS mostraban incertidumbre. Por otra parte, Frente a la MS, US se ha mostrado capaz de dar lugar a una adherencia más fuerte hacia héroes importantes en la cultura de los sujetos (Van den Bos y Wisman, en Van den Bos, 2009a).

En cuanto a los datos acerca de la falta de eficacia de otros tipos de amenazas inductoras de incertidumbre respecto a la MS a la hora de inducir respuestas defensivas, parece que en algunos casos se debe a que la forma de presentar la amenaza no ha sido la correcta: como diversos autores señalan (McGregor, 2006a; Pyszczynski, Greenberg et al., 2006; Van der Bos, 2009a; McGregor et al., 2009; McGregor et al., 2010), son las amenazas abstractas y procesadas de forma experiencial y emocional más que las concretas y analizadas racionalmente, las que pueden generar este tipo de respuestas defensivas.

Todo ello parece indicar que los efectos de la MS no se deben siempre a la angustia por la mortalidad, y que, al menos en parte, tienen que ver con la experiencia de incertidumbre personal. A su vez, esto no implica que necesariamente que todos los efectos de la MS se deben a la US: la mortalidad puede tener su propia influencia motivadora más allá de la incertidumbre (Van den Bos, 2009a).

Finalmente, desde los más modernos planteamientos del RAM, McGregor et al. (2008) defienden que la mortalidad es una entre otras formas, quizás la más potente, de bloquear las metas, en este caso metas supraordenadas. La muerte es una realidad innegable, inocultable, que supone el mayor interruptor para cualquier tipo de planes, metas u objetivos: la o la comprensión, importancia, valía (“la muerte nos iguala a todos”), amor, inclusión (“morimos solos”), etc. Esta amenaza múltiple que supone la mortalidad explica que la MS provoque generalmente un mayor fervor defensivo –opiniones, valores, grupalidad...– que otras amenazas más cotidianas o corrientes – dolor dental, hablar en público, perspectiva de quedar paralítico tras un accidente de coche, sinsentido intelectual, desempleo tras terminar los estudios, etc.- , lo cual ha llevado a diferentes autores a considerar que estas reacciones son específicas de la experiencia de la muerte. Sin embargo, cualquier experiencia que suponga una amenaza a la integridad del self (y genere PU), o a una meta personal importante, provocará el mismo tipo de efectos que la MS. Así, las respuestas de autoenaltrecimiento y defensa de la visión del mundo se deberían a su capacidad para activar la orientación a metas, manteniendo aislada la influencia motivacionalmente inhibitoria de la amenaza, y no a un mecanismo basado en la *búsqueda de inmortalidad* (McGregor et al.,2010).

14.1.3. El Modelo de Mantenimiento del Sentido (MMM, Meaning Maintenance Model).

El MMM (*Meaning Maintenance Model, modelo de mantenimiento de sentido*, Heine, Proulx y Vohs, 2006; Proulx y Heine, 2006) es un reciente enfoque teórico y empírico que, con base en la filosofía existencialista y del absurdo, propone la necesidad de construir sentido como la responsable de los procesos de defensa del self y de la visión del mundo, tratando de integrar la literatura acerca de la reducción de la incertidumbre, la construcción de sentido, la TMT, el motivo de afiliación y el mantenimiento de la autoestima. Así, el ser humano tendría la necesidad básica de construir sentido, entendiendo éste como un concepto muy general y abarcador referido a “representaciones mentales de relaciones (causales, espacio-temporales, teleológicas) esperadas” (Proulx y Heine, 2006, p.310), que vinculan elementos del mundo externo entre sí, el self consigo mismo a lo largo del tiempo, o el self con el mundo exterior. Así, algo que la persona perciba como no relacionado con otras cosas sería un elemento sin

sentido, aunque lo cobraría una vez que el individuo descubra o construya una relación con alguna otra cosa.

El sentido, muy cercano a la noción (psicosocial) de marcos mentales (esquemas, guiones, etc.) que se utiliza en el ámbito de la Cognición Social, tendría el fin de mantener una sensación de unidad simbólica, tendencia a la que se refería Camús con su concepto de *nostalgia de unidad* – el deseo de percibir que toda la realidad constituye un todo interconectado (Heine, Proulx y Vohs, 2006)–, que se ha visto reflejada en manifestaciones culturales de todo tipo (religiones orientales, etc.) y que ha tenido su reflejo en la Psicología: ya autores como Freud, Fromm o Piaget concluyen que a través la búsqueda de este estado de unidad tratamos de encontrar el bienestar de la infancia, donde no diferenciamos entre el yo y los otros (Heine, Proulx y Vohs, 2006); además, diversos constructos psicológicos muy recientes (necesidad de estructura, necesidad de cierre cognitivo, disonancia cognitiva, etc.) se refieren a esa búsqueda de orden y estructura. Por otra parte, la construcción de sentido tiene innegables ventajas a nivel de eficiencia en el procesamiento de la información , predicción y control del nuestro entorno, superación de crisis, etc.

Pero la realidad continuamente muestra nueva información, a menudo aislada, inesperada, contradictoria con nuestros esquemas, anomalías que no encajan con las estructuras relacionales previas, sin sentido por lo tanto. Ante estas situaciones, las personas reaccionaríamos a través de procesos de asimilación (reinterpretación del evento de forma que encaje con nuestros sistemas de sentido) o acomodación (modificar el sistema para que encaje con los hechos). Pero el MMM se centra en una tercera vía: cuando un sistema de sentido con el que las personas están comprometidas es violado o amenazado, éstas experimentan un estado de activación o ansiedad (situación de falta de sentido, o sentimiento de absurdo de la filosofía existencial, incertidumbre en términos psicosociales más actuales) que les lleva a reafirmar el sistema relacional amenazado o a afirmar otros marcos de sentido con los que también están comprometidos –es decir, se trata de un mecanismo de *compensación fluida* que no resuelve el problema original, pero permite focalizar la atención en ámbitos con más significado–.

En este sentido, el modelo plantea diversas evidencias de compensación fluida entre algunos de los ámbitos que considera más relevantes para construir marcos relacionales de sentido, como la autoestima (que posibilita el éxito en el mundo externo al menos en culturas individualistas), las necesidades de certeza (la abundancia de constructos sobre la motivación de personas para conocer cómo funciona el mundo e imponerle un orden, las necesidades de certeza suponen un marco fiable de relaciones que es internamente consistente y permite mantener una percepción de control y predicción de los sucesos), las necesidades de pertenencia y afiliación (facilita la

relación con los otros y el sentimiento e unidad), o la supervivencia (la muerte implica la imposibilidad de establecer relaciones del self consigo mismo y con el mundo). Así, la pérdida o ausencia de sentido en cualquiera de estos ámbitos dará lugar a la reafirmación en alguno de los demás (por ello, los sistemas de sentido serían sustituibles), al tiempo que el reforzamiento del sentido en cualquiera de ellos reduce la necesidad de sentido en el resto (además de sustituibles, los sistemas de sentido son saciables). En apoyo a sus tesis, existe evidencia empírica de que estímulos que pueden interpretarse como amenaza de sentido, pero difícilmente como inducción de pensamientos sobre la muerte o de incertidumbre personal, pueden generar respuestas de autoafirmación de otros marcos de sentido: así lo ha hecho cambiar el experimentador sin previo aviso por alguien muy parecido durante una prueba psicológica (Proulx y Heine, 2008), leer una historia absurda de Kafka, o argumentar en contra de la unidad de la propia identidad (Proulx y Heine, 2009).

¿Cómo da cuenta el MMM de los hallazgos de la TMT y otras teorías?

Similares en su planteamiento existencial, en muchas de sus predicciones acerca de que la MS y otras amenazas darán lugar a reacciones de defensa de la visión del mundo, y en su capacidad explicar el fenómeno de la compensación fluida, el MMM y la TMT difieren, sin embargo, en sus distinto punto de partida teórico, en su defensa de diferentes motivaciones básicas como responsables de los efectos de convicción compensatoria o defensa de visión del mundo que plantean, en su interpretación de los hallazgos y resultados, y en algunas predicciones.

Por ejemplo, la MMM explica los efectos de la MS en base a que la muerte amenaza el mantenimiento del sentido, y por ese motivo nos “protegemos” de la muerte, que no sería más que una forma, entre otras, de pérdida de sentido. En todo caso, Proulx, Heine y sus colaboradores (Heine, Proulx y Vohs, 2006; Proulx y Heine, 2006...) aceptan la posibilidad de que la mortalidad sea la más potente forma de pérdida de sentido, por razones tanto conceptuales (la muerte implica la imposibilidad de establecer relaciones del self consigo mismo y con el mundo, a su luz los sistemas de sentido desarrollados se olvidarán y los logros conseguidos perderán su valor, etc.) como metodológicas (la mortalidad en las manipulaciones experimentales, frente a las amenazas a las relaciones o la certidumbre, es imposible de negar o reinterpretar), lo que puede explicar que en ocasiones se encuentre que la MS da lugar a respuestas más intensas que otras amenazas.

Las diferencias teóricas entre la TMT y el MMM se han tratado de resolver empíricamente analizando los efectos de amenazas diferentes a la MS:

En coherencia con las teorías sobre la reducción de la incertidumbre, pero en contra de la TMT, un diverso conjunto de amenazas (discontinuidad temporal, informar de la falta de sentido de la vida de los sujetos, imaginarse siendo robados o en condiciones de aislamiento social, pensar en la existencia de los ácaros en el polvo, amenazas al autoconcepto o la autoestima...) ha dado lugar a respuestas similares a la MS en distintas variables dependientes asociadas a la defensa de la visión del mundo, aunque en otros muchos estudios no haya sido así (Proulx y Heine, 2006). La TMT puede explicar la equivalencia de otras amenazas a la MS en la medida en que las primeras induzcan DTA, algo que se ha dado en diversos estudios; pero en otros estudios las amenazas diferentes a la MS provocan respuestas similares sin incrementar el DTA (Heine, Proulx y Vohs, 2006). Además de todo ello, existe evidencia empírica de que estímulos que pueden interpretarse como amenaza de sentido, pero difícilmente como inducción de pensamientos sobre la muerte o de incertidumbre personal, pueden generar respuestas de autoafirmación de otros marcos de sentido: así lo ha hecho cambiar el experimentador sin previo aviso por alguien muy parecido durante una prueba psicológica (Proulx y Heine, 2008), leer una historia absurda de Kafka, o argumentar en contra de la unidad de la propia identidad (Proulx y Heine, 2009).

Todas estas razones hacen a los autores defender que la MMM sea más parsimoniosa que la TMT como explicación de un solo mecanismo subyacente a todas las formas de defensa de visión del mundo ante amenazas simbólicas, aunque con una puntualización: La MMM no defiende tanto que la necesidad de sentido sea la necesidad primaria subyacente al resto de motivaciones, que éstas no sean otra cosa que una manifestación de la necesidad de sentido; sino, más bien, que la motivación por mantener el sentido está presente en el resto de necesidades, como una motivación común que comparten otros impulsos, que no tienen por qué reducirse al MMM (Proulx, 2009; Proulx y Heine, 2006; Heine, Proulx y Vohs, 2006).

Las mencionadas no abarcan todas las teorías alternativas a la TMT. Existen otros acercamientos, como los que se centran en una perspectiva evolucionista (Kirkpatrick y Navarrete, 2006), que ponen de manifiesto las incongruencias de la TMT con los principios evolucionistas, a pesar de que la TMT defiende en distintas ocasiones que su teoría es compatible con y apoyada por la perspectiva evolucionista (Pyszczynski, Greenberg y Solomon, 1997; Pyszczynski et al., 2004), ; la Teoría del Substrato Epistémico (Lay Epistemic Theory – LET-), de la que ya se han comentado sus ideas principales; las teorías del autoengaño (Tice et al, 2009); los modelos basados en la pertenencia de Baumeister; o la Teoría de la Compensación

I –D (Martin, 1999), centrada en las dificultades para la satisfacción de necesidades de retorno inmediato en culturas con retorno demorado³⁸.

14.2. CÓMO DA CUENTA LA TMT DE LOS HALLAZGOS OBTENIDOS DESDE OTRAS PERSPECTIVAS.

Desde el punto de vista de la TMT, la muerte es una amenaza psicológica de carácter único: es el único suceso totalmente cierto e inevitable, que pone fin a todo el resto de necesidades, motivaciones y metas -pertenencia, integridad del self, certidumbre, autoestima, control, logro, poder, autodesarrollo, etc.-, y la mayoría de nuestros sistemas biológicos están dirigidos a evitarla. De ahí que se proponga la superación de la mortalidad como motivo básico responsable de los distintos procesos de defensa de la visión del mundo, ofreciendo sólidos fundamentos teóricos y empíricos acumulados durante más de veinte años de desarrollo de la TMT (Routledge, Juhl y Sullivan, 2009).

Aunque el recuerdo de la mortalidad es un fenómeno complejo que puede inducir afecto negativo, incertidumbre y otros estados que pueden ser propuestos como los responsables de sus efectos, su candidatura a “proceso básico responsable” cuenta con validez convergente y discriminante: en cuanto a la primera, los efectos que la TMT propone para los recuerdos de la mortalidad se han visto apoyados empíricamente utilizando múltiples formas de hacer éstos operativos (escribir frases sobre la misma, cumplimentar escalas sobre ansiedad o miedo a la muerte, inducciones subliminales, proximidad a funerarias y cementerios, etc.); en cuanto a la validez discriminante, se ha mostrado independiente de la activación fisiológica y del afecto negativo en innumerables ocasiones, y, a pesar de que algunos estudios muestren lo contrario, como se ha comentado anteriormente, la MS ha resultado generalmente más eficaz como inductora de defensa de visión del mundo que la incertidumbre y otras amenazas epistémicas también razonablemente capaces de inducir ansiedad, miedo o incertidumbre: dolor dental, incertidumbre de diverso tipo, fracaso personal, preocupación por el futuro, dar un discurso en

³⁸ Se trata de un planteamiento con ciertas similitudes con el modelo RAM, pero anterior y con un enfoque más social. Frente a explicaciones basadas en motivos de orden superior orientados a ofrecer orden en el mundo social (necesidad de evitar la incertidumbre, de obtener coherencia en el self, de encontrar un sentido, o de defenderse frente a la ansiedad por la propia muerte), Martin (1999) propone una especie de sistema inmunológico psicosocial relacionado con el estatus de la relación entre el individuo y su ambiente. La Teoría de la compensación I –D propone que los individuos funcionan correctamente cuando reciben feedback frecuente respecto a que están progresando hacia sus metas y que sus esfuerzos serán recompensados (necesidades de retorno inmediato). Si esto no es así, se embarcan en procesos mentales como la simulación o la solución de problemas (habilidades de retorno demorado), para tratar de compensar la situación y volver a un estado de satisfacción de sus necesidades o aproximación a metas (I). Es en este estado en el que las personas son más susceptibles a la influencia de las amenazas y de diversos motivos psicosociales. Por tanto, el modelo se centra en un proceso de búsqueda de metas en general, y no en motivos de contenido específico.

público, exclusión social, sinsentido e la vida, sucesos sorprendentes, etc. (para un análisis más detallado, véase Routledge, Juhl y Sullivan, 2009; Greenberg, Solomon, y Arndt, 2008; Pyszczynski, Greenberg et al. 2006).

A pesar de que la TMT maneje datos que le permiten defender que generalmente los efectos de la MS son generalmente superiores y diferentes a los de otras amenazas, no se pueden obviar los resultados obtenidos desde perspectivas diferentes ya comentadas: otros tipos de amenaza, al menos en determinadas ocasiones, generan efectos similares o incluso superiores a los de la MS en una amplia variedad de variables dependientes relacionadas con la defensa de la visión del mundo. ¿Cómo se explica desde la TMT?

En primer lugar, Pyszczynski, Greenberg et al. (2006) no niegan la existencia de procesos de defensa de la visión del mundo en respuesta a diversos tipos de amenaza diferentes de la MS, y no descartan que, en ocasiones, se den con independencia de los pensamientos sobre la muerte, basándose en procesos diferentes a los propuestos por la TMT: La autoestima, las culturas, las visiones del mundo y la pertenencia cumplen diversas funciones diferentes a la negación o superación de la mortalidad, por lo que otros estímulos diferentes a la MS pueden inducir mayor compromiso con ellos.

Pero en caso de que sean formas de un único proceso subyacente, los autores consideran el manejo del terror como el más plausible: la DTA (accesibilidad a pensamientos sobre la muerte), y no el recuerdo consciente de la misma, sería la responsable de los efectos de defensa de la visión del mundo. Así, además de la múltiple evidencia de que reforzar distintas defensas frente a la mortalidad reduce la DTA, diversos estímulos diferentes de la mortalidad han mostrado su capacidad de incrementar DTA, bien sea debido a asociaciones semánticas o experienciales con la muerte, o bien porque debiliten alguno de los sistemas protectores contra la misma: los recuerdos implícitos y explícitos sobre terrorismo, la condición animal de los seres humanos, los anuncios sobre conducir borracho, la separación, ruptura o relaciones negativas con personas cercanas, estímulos elicitadores de la emoción de *asco*, las amenazas a la visión del mundo, o las situaciones de injusticia, entre otros muchos estímulos (véase Pyszczynski, Greenberg et al., 2006). Los autores sugieren que también las manipulaciones utilizadas por paradigmas alternativos a la TMT, como imaginarse siendo robados, imaginar los ácaros del polvo o distintas manipulaciones de incertidumbre, podrían razonablemente hacerlo.

Por tanto, cuando otros tipos de amenaza generan las mismas respuestas que la MS, generalmente incrementan también la DTA. Frente a los estudios que encuentran que algunas amenazas generan respuestas defensivas sin incrementar el DTA, Pyszczynski, Greenberg y sus

colaboradores (2006) argumentan la posibilidad de errores metodológicos en tales estudios, o que el DTA sea suficiente pero no necesaria para que se generen las respuestas defensivas (es decir, en ocasiones, otras amenazas pueden recordar la muerte lo suficiente como para generar respuestas defensivas, pero sin la suficiente intensidad para generar un incremento de DTA identificable con los instrumentos habituales).

Si bien es cierto que algunas amenazas derivadas del paradigma MMM generan respuestas defensivas y no parece muy claro cómo se pueden relacionar con la mortalidad (el paradigma del cambio de experimentador, por ejemplo), y que en determinados estudios la incertidumbre se muestra superior a la mortalidad en este sentido, no lo es menos que algunos resultados de la TMT son difícilmente explicables por otros paradigmas: la vinculación del yo con los animales y con el mundo físico no debería generar incertidumbre ni romper necesariamente ningún marco de sentido, pero sí genera las reacciones que predice la TMT. Igualmente, como señalan Routledge, Juhl y Sullivan (2009), en el experimento de Dechesne et al. (2003), tanto la argumentación de la existencia de vida después de la muerte como la opuesta generarían igualmente certidumbre y no deberían romper marcos de sentido (al menos a los no creyentes), pero sólo en el segundo caso se muestran los efectos típicos ante la MS.

Además, recientes investigaciones ofrecen apoyo empírico a algunos de los planteamientos defendidos por la TMT, pero dejan también abiertos ciertos interrogantes: En un completo meta-análisis sobre las investigaciones desarrolladas en el ámbito de la TMT, Burke, Martens y Faucher (2010) encuentran que, en general, los efectos de la MS son igualmente intensos con independencia de las condiciones control con que se comparen, ya sean éstas neutrales (ver la tv, escuchar música...) u otras amenazas (aislamiento, pérdida de control o sentido, incertidumbre, exclusión social, etc.), lo cual sugiere que los efectos de la MS son únicos y que estas otras amenazas no suscitan reacciones defensivas. Sin embargo, sólo cuando las condiciones control consisten en las amenazas de pérdida de sentido utilizadas por el MMM, que suscitan incertidumbre real en lugar de preguntar por ella, el efecto de la MS se reduce hasta resultar no significativo. McGregor (2006a), o Pyszczynski et al. (2006a), ya coinciden en señalar que son las amenazas abstractas y procesadas de forma experiencial y emocional, más que las concretas y analizadas racionalmente, las que pueden generar este tipo de respuestas defensivas. Parecería, por tanto, que la MS sí resulta un tipo especial de amenaza más importante que otras, comparable solamente a las situaciones en que se experimenta falta de sentido, aunque no queda claro si los efectos de ambas se deben a mecanismos similares o independientes, o si, en este último caso, es el sinsentido o la mortalidad el problema principal subyacente.

Más recientemente, utilizando los mismos datos que Burke y sus compañeros, Martens, Schimel y Faucher (2011) concluyen que ambas posturas, la que defiende la exclusividad de los efectos de la MS y la que propone efectos compartidos con otros tipos de amenaza epistémico-existencial, son en parte correctas: los distintos tipos de amenaza tendrían efectos similares, pero distinto curso temporal: así, los efectos de la activación de la mortalidad y otras amenazas epistémico-existenciales serían relativamente similares cuando existe ninguna o poca demora entre la presentación de la amenaza y la medida de la respuesta defensiva, mientras que demoras más largas incrementarían el efecto de la MS y reducirían el de otros tipos de amenaza epistémico-existencial. A través de un meta-análisis basado en los datos recogidos por Burke et al. (2010), Martens y sus colegas comprueban que, con demoras cortas, los efectos de la MS son menores cuando se comparan con amenazas al sentido o la certidumbre como condición control, que respecto a otros controles neutrales; que cuando las demoras son largas, la magnitud de los efectos de la MS no difiere en función del tipo de control (sentido/certeza frente a otros); y que los efectos de la MS aumentan con las demoras largas. La explicación de estas diferencias derivaría del hecho de que distintos tipos de amenaza epistémico existencial producen DTA, aunque ésta (y los efectos defensivos) tiende a desaparecer tras un periodo de tiempo (Hayes et al., 2010; Schimel et al., 2009, trabajos ya analizados en otro lugar del presente trabajo), mientras que en el caso del recuerdo de la propia mortalidad, estas defensas aparecerían después de cierta demora: en un primer momento, las defensas proximales suprimen las cogniciones conscientes sobre la muerte, y sólo cuando éstas ya no son conscientes –pero aún se mantienen accesibles– se producen las defensas distales, como la defensa de la visión del mundo.

Por tanto, aunque otras amenazas epistémico-existenciales también puedan dar lugar a respuestas defensivas, no se trata simplemente de que los efectos de la MS sean más potentes, sino que tienen lugar a través procesos diferentes, con distinto patrón temporal. Además, el mecanismo básico subyacente en todos los casos sería la defensa contra las cogniciones asociadas a la muerte.

Con todo, estos resultados provienen de un meta-análisis centrado en los estudios llevados a cabo bajo el paradigma de la TMT, y no tienen en cuenta las investigaciones que bajo otros marcos teóricos encuentran efectos más potentes de las amenazas al sentido o la certidumbre (comparables o incluso superiores a la MS). Por otra parte, la existencia de alto DTA en condiciones de amenazas como la incertidumbre o el sinsentido no tiene por qué implicar necesariamente que el miedo a la muerte sea la motivación básica de la búsqueda de sentido, sino que podría ser un efecto “colateral”: Así, McGregor (2006) defiende como razonable que determinadas amenazas y afirmaciones estén asociadas a conceptos muy negativos –como la

muerte y otros muchos—, por lo que no es extraño que activen los mismos, mientras que las afirmaciones de aspectos importantes los desactiven.

Además, los resultados de los metaanálisis comentados no encajan con algunas de las predicciones y hallazgos de estas teorías: Así, a pesar de que Martens et al. (2011) hallan que las amenazas asociadas a la incertidumbre generan reacciones defensivas de forma inmediata, Wichman, Brunner y Weary (2008) encuentran en la experiencia de incertidumbre un patrón similar a la DTA ante la MS: tanto utilizando medidas implícitas (estudio 1) como explícitas (estudio 2) de incertidumbre personal, la accesibilidad de ésta se inhibe inmediatamente después de su activación experimental, debilitándose dicha inhibición con el paso del tiempo. Ello sugiere que la incertidumbre será más relevante e influyente tras una breve demora, tal como ocurre con la inducción de pensamientos sobre la mortalidad. Además, los estudios basados en la incertidumbre personal encuentran sus efectos tanto con demoras (McGregor, 2006b; McGregor et al., 2001) como sin ellas (McGregor et al., 2001; McGregor y Jordan, 2007).

Otro aspecto que estos resultados dejan sin aclarar es el hecho de que algunas amenazas al sentido dan lugar a respuestas defensivas sin incrementar la DTA (por ejemplo, véase Ullrich y Cohrs, 2007). Martens y sus colaboradores sí recogen el guante de esta última crítica, proponiendo, con Pyszczynski, Greeberg y sus compañeros (2006), que, quizás, determinadas amenazas son lo suficientemente potentes para generar respuestas defensivas, pero no lo bastante para incrementar las cogniciones sobre la muerte.

En cualquier caso, existe evidencia empírica contradictoria, incluso alguna que sugiere que el mecanismo responsable es similar para todos estos tipos de amenaza, pero que está más cerca de deberse a la incertidumbre que a la mortalidad. Por ejemplo, Hohman y Hogg (2011) observan en dos estudios que la MS provoca identificación endogrupal sólo en la medida en que provoca incertidumbre existencial: el efecto sólo se daba entre personas que, habiendo pasado por la situación de MS mostraban incertidumbre.

Por tanto, la evidencia disponible no parece determinante en ningún sentido, y quedan muchos interrogantes por cerrar acerca de los debates con que abríamos la sección: ¿Son las respuestas a la MS de una naturaleza cualitativamente diferente a la de otras amenazas al sentido?, ¿Los distintos procesos de convicción compensatoria y defensa de visión del mundo obedecen a un mismo proceso, o son independientes?, y, en el primer caso, ¿Cuáles son los mecanismos subyacentes responsables? En este sentido, no se puede afirmar ni desmentir categóricamente que, como la TMT propone, la MS sea diferente a otras amenazas, o que los distintos tipos de amenaza que generan visión defensiva del mundo tengan una motivación básica común, la de sortear la mortalidad.

14.3. ¿UNO O VARIOS MOTIVOS? ¿UNO O VARIOS PROCESOS?

Dada la gran cantidad de teorías que tratan de explicar la Psicología de la creación de sentido y la defensa de la visión del mundo, y vista la diversidad de motivos fundamentales que se plantean como responsables de tales procesos, Van den Bos (2009b) habla de “Zoo de la defensa de la visión del mundo”. Parece que, en unas u otras condiciones, distintos tipos de amenazas epistémico-existenciales son capaces de dar lugar a una variedad de respuestas semejantes de fervor, defensa de la visión del mundo o integridad personal. A pesar de que podría tratarse de diferentes mecanismos independientes que dan lugar a reacciones similares a través de distintos procesos, los autores más relevantes en las distintas teorías se decantan por considerar que existe un mismo proceso psicológico o motivo básico subyacente válido para todos los casos, ya se trate de la motivación por mantener el sentido (según el MMM); la necesidad de mantener metas abstractas hacia las que dirigirse (según el RAM); la reducción de la incertidumbre personal (Van den Bos, 2009a) o algún otro indefinido (Proulx y Heine, 2006; McGregor, 2006; y Kirkpatrick y Navarrete, 2006). En opinión de Proulx (2009), hay gran cantidad de fundamentos teóricos y evidencia empírica que apoyan la hipótesis de que la búsqueda de autoestima, las preferencias por la certeza, las necesidades de afiliación y la necesidad de inmortalidad simbólica son motivos o impulsos intercambiables, herramientas al servicio de un mismo fin: las carencias o amenazas en cualquiera de ellos provocan consecuencias similares, en muchos casos de compensación fluida, traducida en el fortalecimiento o autoafirmación de cualquiera de estos mismos aspectos; y el refuerzo o afirmación de alguno de estos dominios reduce los efectos defensivos de las amenazas en cualquiera de los otros ámbitos.

Sin embargo, el solapamiento entre las distintas teorías y la diversidad de resultados hace muy difícil decantarse empíricamente por alguna de ellas: todas establecen hipótesis muy parecidas, predicen que estas motivaciones están fuertemente interconectadas y se activarían de forma simultánea ante las mismas situaciones, y los resultados acerca de hipótesis que puedan contrastar diferentes teorías no van siempre en la misma dirección. Por ejemplo, como ya se ha comentado, en muchas ocasiones amenazas diferentes a la MS generan un incremento en la DTA que podría ser el responsable de las reacciones defensivas, pero otros muchos estudios encuentran que aquéllas generan defensa de la visión del mundo sin producir cambios en la DTA (véase Heine, Proulx y Vohs, 2006), o que la MS sólo genera defensa de la visión del mundo si produce incertidumbre (Hohman y Hogg, 2011). Tampoco es fácil explicar desde la TMT que algunas amenazas se relacionen con la muerte –como el cambio del experimentador (Proulx)- ; o, desde otros marcos teóricos, hallazgos de la TMT, como que la vinculación del ser

humano con los animales genere reacciones defensivas (no parece susceptible de romper esquemas de sentido, ni generar incertidumbre).

Por ello, al igual que desde el enfoque de la TMT, en los últimos tiempos la prudencia es la nota predominante: Ningún enfoque se atreve a postularse como el único marco integrador definitivo para todos los casos, aunque cada uno suele considerar el suyo como el más plausible. Así, Proulx (2009) es pesimista en cuanto a la esperanza de encontrar un único motivo fundamental en que se puedan reducir todos los demás, una forma específica de violación de sentido que dé cuenta de todos los fenómenos de compensación fluida, y plantea la posibilidad de la existencia de algún tipo de incertidumbre general que surgiría ante cualquier violación de significado de todo tipo, sea cual sea la fuente de tal violación. Igualmente Van den Bos (2009b) aunque se centre en la PU, considera más razonable la postura de la existencia de varios motivos diferentes subyacentes a la búsqueda de sentido y defensa de la visión del mundo, y propone algunos, que ordena en función del grado en que se trata de de necesidades más o menos básicas o superiores en términos de Maslow (de más a menos básicas: seguridad, pertenencia, incertidumbre, creación de sentido, crecimiento). En coherencia con éste, considera que las amenazas a las más básicas serían más urgentes en su satisfacción que las superiores.

Finalmente, para aspirar a encontrar una integración conceptual es necesario, siguiendo a Proulx (2009), investigar acerca de las circunstancias bajo las que es más probable que se dé una u otra forma de defensa de visión del mundo, o, con Van den Bos (2009a, 2009b), profundizar en el estudio de las condiciones –nacionalidad, religión, lengua, etc.– bajo las que cada uno de los motivos propuestos resulta tener un rol más importante en la búsqueda de sentido y la defensa de la visión del mundo. Por ejemplo, como este autor señala, y parcialmente encuentra el meta-análisis de Burke et al. (2010), la MS se ha mostrado como un inductor de reacciones de defensa de visión del mundo más potente que la incertidumbre saliente en EEUU, mientras que en los Países Bajos o en Turquía parece ocurrir lo contrario, lo cual puede deberse a diferencias culturales o a aspectos lingüísticos. En este sentido, siguiendo a McGregor et al. (2009), es necesario considerar el significado psicológico de las palabras que se utilizan como estímulo en los experimentos, teniendo en cuenta que, por ejemplo, la noción de *inseguridad* (insecure) parece resultar más clara como inductora de incertidumbre que la misma *incertidumbre* (uncertainty) en población de habla inglesa: la saliencia de inseguridad da lugar a mayor defensa de la visión del mundo que la saliencia de la muerte, mientras que ésta se muestra más potente que la saliencia de incertidumbre en Estados Unidos. La religiosidad podría ser otra variable relevante a este respecto: En coherencia con la tesis de Armstrong argumentando que la MS juega un papel más importante en el cristianismo que en el Islam, un estudio por publicar de Van den Bos y colaboradores (recogido en Van den Bos, 2009b) encuentra que, aunque la PU

resultó eficaz para generar defensa de visión del mundo tanto en personas musulmanas como cristianas alemanas, la MS dio lugar a los efectos más importantes entre cristianos, pero no pareció tener efectos sobre musulmanes.

Por tanto, queda aún un largo camino por recorrer en el estudio de las causas y procesos responsables de la ansiedad epistémico-existencial, así como en el de las consecuencias de la misma. De manera muy humilde, el presente trabajo, si sus hallazgos se confirman en posteriores investigaciones, podría constituir un apoyo en favor de la TMT frente a otras teorías, sobre todo en lo referente a la tendencia a incrementar la moralidad de pureza bajo condiciones de MS. Junto a la ya acreditada propensión a incrementar la emoción de asco y a humanizarse a uno mismo y su grupo (a alejarse de lo corporal, animal o material en virtud de lo simbólico, lo divino o lo espiritual), parece indicar una tendencia específica a evitar lo mortal y acercarse a lo trascendente que difícilmente puede explicarse desde otras teorías.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Aiken, L.S., y West, S.G. (1991). Multiple regression: Testing and interpreting interactions. Newbury Park, CA: Sage Publications.
- Altemeyer, B. (1981). *Right-wing authoritarianism*. Winnipeg: University of Manitoba Press,
- Altemeyer, B. (1996). *The authoritarian specter*. Cambridge, MA, US: Harvard University Press.
- Altemeyer, B. (1998). The other "Authoritarian Personality." En M. P. Zanna (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, 30. San Diego, CA: Academic.
- Altemeyer, B., y Hunsberger, B. (1992). Authoritarianism, religious fundamentalism, quest and prejudice. *The International Journal for the Psychology of Religion*, 2, 113–133.
- Anson, J., Pyszczynski, T., Solomon, S., y Greenberg, J. (2009). Political ideology in the 21st century: a Terror Management Perspective on maintenance and change of the status quo. En J. T. Jost, A. C. Kay, y H. Thorisdottir (Eds.), *Social and psychological bases of ideology and system justification* (pp. 210-240). Nueva York: Oxford University.
- Aquino, K., Reed, A., II, Thau, S., y Freeman, D. (2007). A grotesque and dark beauty: How moral identity and mechanisms of moral disengagement influence cognitive and emotional reactions to war. *Journal of Experimental Social Psychology*, 43, 385-392.
- Ayllón, E., Fernández, I., y Moreno, F. (2005). El problema de la legitimación social y la justificación de la violencia. En J. Romay, M. A. García, J. E. Real (Eds.). *Psicología Social y problemas sociales* (vol. 3) (pp.173 – 178). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Baldwin, M. W., y Wesley, R. (1996). Effects of existential anxiety and self-esteem on the perception of others. *Basic and Applied Social Psychology*, 18, 75-95.
- Bandura, A. (1990). Mechanisms of moral disengagement. En W. Reich (Ed.), *Origins of terrorism: Psychologies, ideologies, theologies, states of mind* (pp. 161-191). Nueva York, NY, US: Cambridge University Press; Washington, DC, US: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Bandura, A. (1991). Social cognitive theory of moral thought and action. En W. M. Kurtines y J. L. Gewirtz (Eds.), *Handbook of moral behavior and development* (Vol. 1, pp. 45-103). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193–209.
- Bandura, A. (2004). The role of selective moral disengagement in terrorism and counterterrorism. En F. M. Moghaddam, y A. J. Marsella (Eds.), *Understanding terrorism: Psychosocial roots, consequences, and interventions* (pp. 121-150). Washington, DC, US: American Psychological Association.

- Bandura, A., Barbaranelli, C., Caprara, G. V., y Pastorelli, C. (1996). Mechanisms of moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 364-364. doi:10.1037/0022-3514.71.2.364.
- Baron, R.A., y Byrne, D. (2005). *Psicología Social*. Madrid: Prentice Hall.
- Barreto, I., y Borja, H. (2007). Violencia Política: Algunas consideraciones desde la Psicología Social. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 3, 109-119.
- Bar-Tal, D. (1990). Causes and consequences of delegitimization: Models of conflict and ethnocentrism. *Journal of Social Issues*, 46, 65–81.
- Baumeister, R. F. (1997). *Evil: Inside Human Violence and Cruelty*. Nueva York: W.H. Freeman.
- Blanco, A. (2004). El avasallamiento del sujeto. *Claves de la Razón Práctica*, 144, 11-21.
- Blanco, A. (2005). Obediencia, desindividuación e ideología. El drama de la libertad. En A. Blanco, R. del Águila y J. M. Sabucedo (Coords.), *Madrid 11-M: un análisis del mal y sus consecuencias* (pp. 153 - 188). Madrid: Trotta.
- Blanco, A., Caballero, A., y de la Corte, L. (2004). *Psicología de los grupos*. Madrid: Prentice Hall.
- Boardley, I. D., y Kavussanu, M. (2007). Development and validation of the moral disengagement in sport scale. *Journal of Sport & Exercise Psychology*, 29, 608-628. Retrieved from www.csa.com
- Breckenridge, J. N., y Zimbardo, P. G. (2007). The strategy of terrorism and the psychology of mass-mediated fear. En B. Bongar, L. M. Brown, L. E. Beutler, J. N. Breckenridge y P. G. Zimbardo (Eds.), *Psychology of terrorism* (pp. 116-133). Nueva York, NY, US: Oxford University Press.
- Brief, A. P., Buttram, R. T., y Dukerich, J. M. (2001). Collective corruption in the corporate world: Toward a process model. En M. E. Turner (Ed.), *Groups at work: Theory and research* (pp. 471-499). Mahwah, NJ, US: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Buckels, E. E., y Trapnell, P. D. (2013). Disgust Facilitates Outgroup Dehumanization. *Group Processes Intergroup Relations*, 16, 771-780.
- Buhrmester, M. D., Blanton, H., y Swann, W. B. (2011). Implicit self-esteem: Nature, measurement, and a new way forward. *Journal of Personality and Social Psychology*, 100, 365-385.
- Burke, B. L., Martens, A., y Faucher, E. H. (2010). Two decades of terror management theory: A meta-analysis of mortality salience research. *Personality and Social Psychology Review*, 14, 155–195
- Bushman, B. J., y Anderson, C. A. (2001). Is it time to pull the plug on the hostile versus instrumental aggression dichotomy? *Psychological Review*, 108, 273–279.

- Bussman, J. R. (2008). Moral disengagement in children's overt and relational aggression. *Dissertation Abstracts International. Section B: The Sciences and Engineering*, 68 (7-B), 4813. Recuperado de www.csa.com.
- Canetti, D., Halperin, E., Hobfoll, S. E., Shapira, O., y Hirsch-Hoefler, S. (2009). Authoritarianism, Perceived Threat, and Exclusionism on the Eve of the Disengagement: Evidence from Gaza. *International Journal of Intercultural Relations*, 33, 463–474.
- Caprara, G. V., Barbaranelli, C., Pastorelli, C., Iafrate, C., Beretta, M., Steca, P., y Bandura, A. (2006). La misura del disimpegno morale nel contesto delle trasgressioni dell'agire quotidiano [The measure of the moral disengagement in the context of the transgressions of daily living]. *Giornale Italiano Di Psicologia*, 33, 83-106.
- Caprara, G. V., Schwartz, S., Capanna, C., Vecchione, M., y Barbaranelli, C. (2004). Personality and politics: Values, traits and political choice. *Political Psychology*, 27, 1-28.
- Cárdenas, M. y Parra, L. (2010). Adaptación y validación de la versión abreviada de la Escala de Autoritarismos de Derechas (RWA) en una muestra chilena. *Revista de Psicología*, 19, 61-79.
- Castano, E., y Giner-Sorolla, R. (2006). Not quite human: Dehumanization in response to responsibility for intergroup killing. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90, 804-818.
- Castano, E., Leidner, B., Bonacossa, A., Nikkah, J., Perrulli, R., Spencer, B., y Humphrey, N. (2011). Ideology, fear of death, and death anxiety. *Political Psychology*, 32, 601-621."
- Castano, E., Yzerbyt, V. Y., Paladino, M.-P., y Sacchi, S. (2002). I belong therefore I exist: Ingroup identification, ingroup entitativity, and ingroup bias. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28, 135–143.
- Castano, E., Yzerbyt, V., y Paladino, M. (2004). Transcending oneself through social identification. In J. Greenberg, S. L. Koole y T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of experimental existential psychology* (pp. 305-321). Nueva York, NY, US: Guilford Press.
- Cava, V. E. (2000). Moral disengagement and academic cheating: The role of individual difference and situational variables. ProQuest Information y Learning. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 61 (2-A), 492. Tomado de www.csa.com.
- Chadart, A., Selimbegovic, L., Konan, P., Arndt, J., Pyszczynski, T., Lorenzi-Cioldi, F., Van der Linden, M. (2011). Terror management in times of war: Mortality salience effects on self-esteem and governmental and army support. *Journal of Peace Research*, 48, 225–234.
- Christie, Daniel J., Wagner, Richard V., y Winter, Deborah Du Nann (Eds.). (2001). *Peace, conflict, and violence: Peace psychology for the 21st century*. Upper Saddle River, NJ, US: Prentice Hall/Pearson Education.

- Clemente, M. y Sancha, V. (1989). *Psicología Social y Penitenciaria*. Madrid: Ministerio de Justicia. Escuela de Estudios Penitenciarios.
- Cohen, F., Ogilvie, D. M., Solomon, S., Greenberg, J., Pyszczynski, T. (2005). American roulette: The effect of reminders of death on support for George W. Bush in the 2004 presidential election. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 5, 177–187.
- Cohen, F., Solomon, S., Maxfield, M., Pyszczynski, T., y Greenberg, J. (2004). Fatal attraction: The effects of mortality salience on evaluations of charismatic, task-oriented, and relationship-oriented leaders. *Psychological Science*, 15, 846-851.
- Cohen, G. L. (2003). Party over policy: The dominating impact of group influence on political beliefs. *Journal of Personality and Social Psychology*, 85, 808-822.
- Cohrs, C.J., y Asbrock, F. (2009). Right-wing authoritarianism, social dominance orientation and prejudice against threatening and competitive ethnic groups. *European Journal of Social Psychology*, 39, 270-289. doi: 10.1002/ejsp.545.
- Cohrs, J. C., y Moschner, B. (2002). Antiwar knowledge and generalized political attitudes as determinants of attitude toward the Kosovo War. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 8, 141–157.
- Cohrs, J. C., Maes, J., Moschner, B., y Kielmann, S. (2007). Determinants of human rights attitudes and behavior: A comparison and integration of psychological perspectives. *Political Psychology*, 28, 441-470.
- Cohrs, J. C., Maes, J., Moschner, B., y Kielmann, S. O. (2003). Patterns of justification of the United States' "War against Terrorism" in Afghanistan. *Psicología Política*, 27, 105–117.
- Cohrs, J. C., Moschner, B., Maes, J. y Kielmann, S. (2005a). Personal values and attitudes toward war. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 11, 293-312.
- Cohrs, J. C., Moschner, B., Maes, J., y Kielmann, S. (2005b). The motivational bases of right-wing authoritarianism and social dominance orientation: Relations to values and attitudes in the aftermath of September 11, 2001. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31, 1425– 1434.
- Combs, D. J. Y., Campbell, G., Jackson, M., y Smith, R. H. (2010). Exploring the consequences of humiliating a moral transgressor. *Basic and Applied Social Psychology*, 32, 128-143.
- Cranston, M. (sin fecha). Ideology. En *Encyclopædia Britannica*. Recogido el 09 de julio de 2009, del sitio Encyclopædia Britannica Online: <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/281943/ideology>
- Crowson, H.M., DeBacker, T.K., y Thoma, S.J. (2006). The role of authoritarianism, perceived threat, and need for closure or structure in predicting post 9-11 attitudes and beliefs. *Journal of Social Psychology*, 146 , 733-750.

- Cuddy, A. J. C., Rock, M., y Norton, M. I. (2007). Aid in the aftermath of Hurricane Katrina: Inferences of secondary emotions and intergroup helping. *Group Processes & Intergroup Relations*, 10, 107–118.
- De Houwer, J. (2006). What are implicit measures and why are we using them. En R. W. Wiers y A. W. Stacy (Eds.), *The handbook of implicit cognition and addiction* (pp. 11-28). Thousand Oaks, CA: Sage Publishers.
- De la Corte, L. (2004). Valores, identidades y derechos morales en la modernidad tardía. En L. de la Corte, A. Blanco y J. M. Sabucedo (eds.), *Psicología y derechos humanos* (pp. 35 – 68). Barcelona: Icaria.
- De la Corte, L. (2006). *La lógica del terrorismo*. Madrid: Alianza.
- De la Corte, L., Kruglanski, A., de Miguel, J., Sabucedo, J. M. y Díaz, D. (2007). Siete principios psicosociales para explicar el terrorismo. *Psicothema*, 19, 366-374.
- De la Corte, L.; Sabucedo, J.M. y Blanco, A. (2004). Una función ética de la psicología social: los estudios sobre el fondo ideológico de la violencia política. *Revista Interamericana de Psicología*, 38, 171-180.
- De la Corte, Sabucedo y de Miguel (2006). Tres hipótesis sobre las causas de la violencia política y sus supuestos psicosociales. *Revista de Psicología Social*, 27, 251-270.
- Dechesne, M. y Kruglanski, A. (2004). Terrors Epistemic Consequences: Existential threats and the quest for certainty and closure. En J. Greenberg, S.L. Koole, y T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of experimental existential psychology* (pp. 182–199). Nueva York: Guilford Press.
- Dechesne, M., Greenberg, J., Arndt, J., y Schimel, J. (2000). Terror management and the vicissitudes of sports fan affiliation: The effects of mortality salience on optimism and fan identification. *European Journal of Social Psychology*, 30, 813-835.
- Dechesne, M., Pyszczynski, T., Arndt, J., Ransom, S., Sheldon, K. M., Kennon, M., ... y Janssen, J. (2003). Literal and symbolic immortality: The effect of evidence of literal immortality on self-esteem striving in response to mortality salience. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 722–737.
- Dechesne, M., y Kruglanski, A. W. (2004). Terror's epistemic consequences: Existential threat and the quest for certainty and closure. En J. Greenberg, S. L. Koole y T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of experimental existential psychology* (pp. 247-262). Nueva York, NY, US: Guilford Press.
- Del Águila, R. (2005). Políticas perfectas: ideales, moralidad y juicio. En A. Blanco, R. del Águila, y J. M. Sabucedo (eds.). *Madrid 11-M: Un análisis del mal y sus consecuencias* (pp. 15 – 42). Madrid: Trotta.

- Delgado, N., Pacios, A., Rodriguez-Perez, A. y Betancor, V. (2008). La atribución de sentimientos en situaciones críticas: humanos, infrahumanos y demonios. *Revista de Psicología Social*, 23, 133-141.
- Delgado, N., Rodriguez-Perez, A., Vaes, J., Leyends, J. P., y Betancor, V. (2009). Priming Effects of Violence on Infrahumanization. *Group Processes and Intergroup Relations*, 12, 699-714.
- DeLuca-McLean, D. y Castano, E. (2009). Infra-Humanization of Ethnic Minorities: The Moderating Role of Ideology. *Basic and Applied Social Psychology*, 31(2), 102 - 108.
- Demoulin, S., Leyens, J. Ph., Paladino, M. P., Rodriguez, R. T., Rodriguez, A. P., y Dovidio, J. F. (2004). Dimensions of “uniquely” and “non-uniquely” emotions. *Cognition and Emotion*, 18, 71-96.
- Demoulin, S., Rodriguez, R. T., Rodriguez, A. P., Vaes, J., Paladino, M. P., Gaunt, R., Cortés, B. y Leyens, J. Ph. (2004). Emotional prejudice can lead to infrahumanization. *European Review of Social Psychology*, 15, 259-296.
- Detert, J. R., Treviño, L. K., y Sweitzer, V. L. (2008). Moral disengagement in ethical decision making: A study of antecedents and outcomes. *Journal of Applied Psychology*, 93, 374-391.
- Dien, D. (1997). Worldviews and morality: How do they intersect? *Human Development*, 40, 345 – 349.
- Diener, E., Dineen, J., Endresen, K., Beaman, A. L., y Fraser, S. C. (1975). Effects of altered responsibility, cognitive set, and modeling on physical aggression and deindividuation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, 328-337.
- Ditto, H., Pizarro, D. A. y Tannenbaum, D. (2009) Motivated Moral Reasoning. En Daniel M. Bartels, Christopher W. Bauman, Linda J. Skitka, and Douglas L. Medin (Eds.), *The Psychology of Learning and Motivation* (Vol 50, pp.307-338). Burlington: Academic Press.
- Dora, J. M. (2009). *Mortality Salience and prejudice against arabs. A Terror Management perspective* (tesis doctoral). Recuperado de: <http://humboldt-dspace.calstate.edu/handle/2148/566>
- Duckitt, J. (1989). Authoritarianism and group identification: a new view of an old construct. *Political Psychology*, 10, 63-84.
- Duckitt, J. (2001). A dual process cognitive-motivational theory of ideology and prejudice. *Advances in Experimental Social Psychology*, 33, 41–113.
- Duckitt, J. (2002). The psychological bases of ideology and prejudice: Testing a dual process model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 75–93.
- Duckitt, J., y Fisher, K. (2003). The impact of social threat on worldview and ideological attitudes. *Political Psychology*, 24, 199- 222

- Duckitt, J., Wagner, C., du Plessis, I., y Birum, I. (2002). The psychological bases of ideology and prejudice: Testing a dual process model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 75-93
- Dunn, E. W., Moore, M. y Nosek, B. A. (2005). The war of the words: how linguistic differences in reporting shape perceptions of terrorism. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 5, 67-86.
- Duriez, B., Van Hiel, A. y Kossowska, M. (2005). Authoritarianism and social dominance in Western and Eastern Europe: The importance of the sociopolitical context and of political interest and involvement. *Political Psychology*, 26, 299-320.
- Echebarría-Echabe y Fernández-Guede (2006). Effects of terrorism on attitudes and ideological orientation. *European Journal of Social Psychology*, 36, 259–265
- Echebarría-Echabe, A. y Valencia, J. F. (2008). Analysing the effects of mortality salience on prejudice and decision taking. En F. M. Olsson (Ed.), *New developments in the Psychology of Motivation* (pp. 53-65). Nueva York: Nova Science Publishers, Inc.
- Esses, V. M., Dovidio, J. F., y Hodson, G. (2002). Public attitudes toward immigration in the United States and Canadian response to the September 11, 2001 “Attack on America”. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 2(1), 69–85.
- Farwell, L., y Weiner, B. (2000). Bleeding hearts and the heartless: Popular perceptions of liberal and conservative ideologies. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 26, 845–852.
- Faulkner, J., Schaller, M., Park, J.H., y Duncan, L.A. (2004). Evolved disease-avoidance mechanisms and contemporary xenophobic attitudes. *Group Processes and Intergroup Relations*, 7, 333–353.
- Federico, C., Golec, A., y Dial, J. (2005). The relationship between need for closure and support for military action against Iraq: Moderating effects of national attachment. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31, 621-632.
- Feldman, S. y Stenner, K. (1997). Perceived Threat and Authoritarianism. *Political Psychology*, 18, 741-770.
- Fernández, Castano y Sighn (2010). Managing Death in the Burning Grounds of Varanasi, India: A Terror Management Investigation. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 41(2) 182 –194
- Fernández, I., Ayllón, E. y Moreno, F. (2003). ¿Cuándo se legitima la violencia? Una tipología psicosocial sobre las justificaciones que sirven para legitimar el uso de la violencia. *Encuentros en Psicología Social*, 1, 148 – 151.
- Fetchenhauer, D., y Bierhoff, H.-W. (2004). Attitudes toward a military enforcement of human rights. *Social Justice Research*, 17, 75–92.

- Florian, V., y Mikulincer, M. (1998). Terror management in childhood: Does death conceptualization moderate the effects of mortality salience on acceptance of similar and different others? *Personality and Social Psychology Bulletin*, 24, 1104-1112.
- Florian, V., Mikulincer, M., y Hirschberger, G. (2002). The anxiety buffering function of close relationships: Evidence that relationship commitment acts as a terror management mechanism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 82, 527-542.
- Florian, Y., y Mikulincer, M. (1997). Fear of personal death and the judgment of social transgressions: A multidimensional test of terror management theory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73, 369-380.
- Friedman, M., y Rholes, W. S. (2007). Successfully challenging fundamentalist beliefs results in increased death awareness. *Journal of Experimental Social Psychology*, 43, 794 – 801. doi:10.1016/j.jesp.2006.07.008
- Friedman, M., y Rholes, W. S. (2008). Religious fundamentalism and terror management. *International Journal for the Psychology of Religion*, 18, 36-52.
- Friedman, M., y Rholes, W. S. (2009). Religious fundamentalism and terror management: Differences by interdependent and independent selfconstrual. *Self and Identity*, 8, 24-44. doi:10.1080/15298860801984788
- Fromm, E. (1941). *Escape from Freedom*. N.Y.: Holt, Rinehart W.
- Gailliot, M. T., Stillman, T., Schmeichel, B., Maner, J. y Plant, E. (2008). Mortality Salience Increases Adherence to Salient Norms and Values. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 34, 993-1003.
- Galtung, J. (1969). Violence, peace and peace research. *Journal of Peace Research*, 6, 167 – 191.
- Galtung, J. (1981). Contribución específica de la irenología al estudio de la violencia: tipologías. En Joxe A. (organizador), *La violencia y sus causas* (pp. 91-106). Paris: Editorial de la Unesco.
- Galtung, J. (1990). Cultural Violence. *Journal of Peace Research*, 27, 291-305.
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución: Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Bilbao: Bakeaz/Guernica Gogoratuz.
- Galtung, J. (2004). *Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia*. Foro para filosofía intercultural, 5. Recuperado el 11 de marzo de 2009, de: <http://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>.
- García Sáiz, M. y Gil, F. (1999). Procesos de influencia social. En F. Gil y J. M. Alcover (Eds.), *Introducción a la Psicología de los Grupos* (pp. 251-279). Madrid: Pirámide.
- Gibson, J. T. (1990). Factors contributing to the creation of a torturer. En P. Suedfeld (Ed.), *Psychology and torture* (pp. 77-88). Washington, DC, US: Hemisphere Publishing Corp.

- Gil, F. (1999). Relaciones intergrupales. En F. Gil y J. M. Alcover (Eds.), *Introducción a la Psicología de los Grupos* (pp. 357-386).. Madrid: Pirámide.
- Goldenberg, J. L. (2005). The body stripped down: An existential account of ambivalence toward the physical body. *Current Directions in Psychological Science*, 14, 224-228.
- Goldenberg, J. L., Cox, C., Pyszczynski, T., Greenberg, J., y Solomon, S. (2002). Understanding human ambivalence about sex: The effects of stripping sex of its meaning. *Journal of Sex Research*, 39, 310-320.
- Goldenberg, J. L., Hart, J., Pyszczynski, T., Warnica, G. M., Landau, M., y Thomas, L. (2006). Terror of the body: Death, neuroticism, and the flight from physical sensation. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 32, 1264–1277.
- Goldenberg, J. L., Heflick, N. A., y Cooper, D. P. (2008). The thrust of the problem: Bodily inhibitions and guilt as a function of mortality salience and neuroticism. *Journal of Personality*, 76, 1055–1080.
- Goldenberg, J., Heflick, N., Vaes, J., Motyl, M., y Greenberg, J. (2009). Of mice and men, and objectified women: A terror management account of inhumanization. *Group Processes and Intergroup Relations*, 12, 763-776. doi:10.1177/1368430209340569.
- Goldenberg, J. L., Kosloff, S., y Greenberg, J. (2006). Existential underpinnings of approach and avoidance of the physical body. *Motivation and Emotion*, 30, 127-134.
- Goldenberg, J. L., Pyszczynski, T., Greenberg, J., Solomon, S., Kluck, B., y Cornwell, R. (2001). I am not an animal: Mortality salience, disgust, and the denial of human creatureliness. *Journal of Experimental Psychology: General*, 130, 427–435.
- Goldenberg, J. L., Pyszczynski, T., McCoy, S. K., Greenberg, J., y Solomon, S. (1999). Death, sex, love, and neuroticism: Why is sex such a problem? *Journal of Personality and Social Psychology*, 77, 1173–1187.
- Golec de Zavala, A., Cislak, A., y Wesolowska, E. (2010). Political conservatism, need for cognitive closure, and intergroup hostility. *Political Psychology*, 31, 521-542.
- Graham, J., y Haidt, J. (2011). Sacred values and evil adversaries: A moral foundations approach. En P. Shaver y M. Mikulincer (Eds.), *The social psychology of morality: Exploring the causes of good and evil*. Nueva York: APA Books.
- Graham, J., Haidt, J. y Nosek, B.A. (2009). Liberals and conservatives rely on different sets of moral foundations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 96, 1029-1046.
- Graham, J., Nosek, B. A., Haidt, J., Iyer, R., Koleva, S., y Ditto, P. H. (2011). Mapping the moral domain. *Journal of Personality and Social Psychology*, 101, 366–385. doi:10.1037/a0021847
- Greenberg, J., y Jonas, E. (2003). Psychological motives and political orientation—the left, the right, and the rigid: Comment on Jost et al. (2003). *Psychological Bulletin*, 129, 376–382.

- Greenberg, J., y Landau, M. J., Kosloff, S., y Solomon, S. (2009). How our dreams of death transcendence breed prejudice, stereotyping, and conflict: Terror management theory. En T. Nelson (Ed.), *Handbook of prejudice, stereotyping, and discrimination* (pp. 309–332). Nueva York: Taylor & Francis.
- Greenberg, J., Pyszczynski, T., Solomon, S., Rosenblatt, A., Veeder, M., Kirkland, S., y Lyon, D. (1990). Evidence for terror management theory II: The effects of mortality salience on reactions to those who threaten or bolster the cultural worldview. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 308-318.
- Greenberg, J., Pyszczynski, T., Solomon, S., Simon, L., y Breus, M. (1994). Role of consciousness and accessibility of death-related thoughts in mortality salience effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 67, 627–637.
- Greenberg, J., Schimel, J., Martens, A., Solomon, S., y Pyszczynski, T. (2001). Sympathy for the devil: Evidence that reminding Whites of their mortality promotes more favorable reactions to White racists. *Motivation and Emotion*, 25, 113–133.
- Greenberg, J., Simon, L., Porteus, J., Pyszczynski, T., y Solomon, S. (1995). Evidence of a terror management function of cultural icons: The effects of mortality salience on the inappropriate use of cherished cultural symbols. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21, 1221–1228. doi: 10.1177/01461672952111010
- Greenberg, J., Simon, L., Pyszczynski, T., Solomon, S., y Chatel, D. (1992). Terror management and tolerance: Does mortality salience always intensify negative reactions to others who threaten one's worldview? *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 212-220.
- Greenberg, J., Solomon, S., y Arndt, J. (2008). A basic but uniquely human motivation: Terror management. En J. Y. Shah y W. L. Gardner (Eds.), *Handbook of motivation science* (pp. 114–134). Nueva York: Guilford Press.
- Grussendorf, J., McAlister, A., Sandström, P., Udd, L., y Morrison, T. C. (2002). Resisting moral disengagement in support for war: Use of the "peace test" scale among student groups in 21 nations. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 8(1), 73-84.
- Haidt, J. (2008). Morality. *Perspectives on Psychological Science*, 3, 65-72.
- Haidt, J., y Algoe, S. (2004). Moral amplification and the emotions that attach us to Saints and Demons. En J. Greenberg, S. L. Koole, y T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of experimental existential psychology* (pp. 322–335). Nueva York: Guilford Press.
- Haidt, J. y Graham, J. (2007). When morality opposes justice: Conservatives have moral intuitions that liberals may not recognize. *Social Justice Research*, 20, 98-116.
- Haidt, J. y Graham, J. (2009). The planet of the Durkheimians, where community, authority and sacredness are foundations of morality. En Jost, J. T., Kay, A. C. y Thorisdottir, H. (Eds.), *Social and Psychological Bases of Ideology and System Justification* (pp. 371-401). Nueva York, NY: Oxford University Press.

- Haidt, J., Graham, J., y Joseph, C. (2009). Above and below left-right: Ideological narratives and moral foundations. *Psychological Inquiry*, 20, 110-119.
- Haidt, J., y Joseph, C. (2004). Intuitive ethics: How innately prepared intuitions generate culturally variable virtues. *Daedalus, Fall*, 133(4), 55-66.
- Harmon-Jones, E., Simon, L., Greenberg, J., Pyszczynski, T., y Solomon, S. (1997). Support for the terror management view of self-esteem: Evidence that self-esteem attenuates mortality salience effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 24-36.
- Hart, J., Shaver, P. R., y Goldenberg, J. L. (2005). Attachment, self-esteem, worldviews, and terror management: Evidence for a tripartite security system. *Journal of Personality and Social Psychology*, 88, 999-1013.
- Haslam, N. (2006). Dehumanization: An integrative review. *Personality and Social Psychology Review*, 10, 252-264.
- Haslam, N., Loughnan, S., Reynolds, C., y Wilson, S. (2007). Dehumanization: A new perspective. *Social and Personality Psychology Compass*, 1, 409-422.
- Hayes, J., Schimel, J., Arndt, J., Faucher, E.H. (2010). A theoretical and empirical review of the death-thought accessibility concept in terror management research. *Psychological Bulletin*, 136, 699-739.
- Hayes, J., Schimel, J., Faucher, E. H., y Williams, T. J. (2008). Evidence for the DTA hypothesis II: Threatening self-esteem increases death thought accessibility. *Journal of Experimental Social Psychology*, 44, 600-613. doi:10.1016/j.jesp.2008.01.004
- Hayes, J., Schimel, J., y Williams, T. J. (2008). Fighting death with death: The buffering effects of learning that worldview violators have died. *Psychological Science*, 19, 501-507.
- Heine, S.J., Proulx, T., y Vohs, K.D. (2006). The meaning maintenance model: On the coherence of social motivations. *Personality and Social Psychological Review*, 10, 88-111.
- Hetherington, M. y Suhay, E. (2011). Authoritarianism, Threat, and Americans' Support for the War on Terror. *American Journal of Political Science*, 55, 546-560.
- Hirschberger, G. (2006). Terror management and attributions of blame to innocent victims: Reconciling compassionate and defensive responses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 91, 832-844.
- Hirschberger, G., y Ein-Dor, T. (2006). Defenders of a lost cause: Terror management and violent resistance to the disengagement plan. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 32(6), 761-769.
- Hirschberger, G., y Pyszczynski, T. (2011a). An existential perspective on ethno-political violence. En P. R. Shaver y M. Mikulincer (Eds.), *Understanding and reducing aggression, violence, and their consequences* (pp. 297-314). Washington, DC: American Psychological Association.

- Hirschberger, G., y Pyszczynski, T. (2011b). Killing with a clean conscience: Existential angst and the paradox of morality. En M. Mikulincer y P. R. Shaver (Eds.), *Social psychology of morality: Exploring the causes of good and evil* (pp. 331-348). Washington, DC: APA.
- Hirschberger, G., Pyszczynski, T., y Ein-Dor, T. (2009). Vulnerability and vigilance: Threat awareness and perceived adversary intent moderate the impact of mortality salience on intergroup violence. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 35, 597–607.
- Hodson, G. y Costello, K. (2007). Interpersonal Disgust, Ideological Orientations, and Dehumanization as Predictors of Intergroup Attitudes. *Psychological Science*, 18, 691-698.
- Hogg, M. A. (2004). Uncertainty and extremism: Identification with high entitativity groups under conditions of uncertainty. En V. Yzerbyt, C. M. Judd, y O. Corneille (Eds.), *The psychology of group perception: Perceived variability, entitativity, and essentialism* (pp. 401-418). Nueva York: Psychology Press.
- Hogg, M. A. (2005). Uncertainty, social identity and ideology. En S. R. Thye, y E. J. Lawler (Eds.), *Advances in group processes* (Vol. 22, pp. 203–230). Nueva York: Elsevier.
- Hogg, M.A (2009). Managing self-uncertainty through group identification. *Psychological Inquiry*, 20, 221-224.
- Hogg, M. A., Meehan, C. y Farquharson, J. (2010). The solace of radicalism: Self-uncertainty and group identification in the face of threat. *Journal of Experimental Social Psychology*, 46, 1061-1066
- Hohman, Z. P., & Hogg, M. A. (2011). Fear and uncertainty in the face of death: The role of life after death in group identification. *European Journal of Social Psychology*, 41, 751-760.
- Howard, B. H., Shegog, R., Grussendorf, L. J., Stelzig, D., y McAlister, A.L. (2007). www.peacetest.org: Development, implementation, and evaluation of a web-based war-prevention program in a time of war. *Journal of Peace Research*, 44, 559-571.
- Huddy, L., Feldman, S., Taber, C., y Lahav, G. (2005). Threat, Anxiety, and Support of Antiterrorism Policies. *American Journal of Political Science*, 49, 593-608
- Inbar, Y., Pizarro, D. A., y Bloom, P. (2009). Conservatives are more easily disgusted. *Cognition and Emotion*, 23, 714–725.
- Inglehart, R. F., Mansoor, M., y Tessler, M. (2006). Xenophobia and in-group solidarity in Iraq: A natural experiment on the impact of insecurity. *Perspectives on Politics*, 4, 495–505.
- Jackman, M. R. (2001). License to kill: Violence and legitimacy in expropriative social relations. En J. T. Jost, y B. Major (Eds.), *The psychology of legitimacy: Emerging perspectives on ideology, justice, and intergroup relations* (pp. 437-467). Nueva York, NY, US: Cambridge University Press.
- Jackman, M. R. (2002). Violence in social life. *Annual Review of Sociology*, 28, 387-415.

- Jackson, L. E. y Gaertner, L. (2010), Mechanisms of moral disengagement and their differential use by right-wing authoritarianism and social dominance orientation in support of war. *Aggressive Behavior*, 36, 238–250. doi: 10.1002/ab.20344
- Jackson, L. E., y Sparr, J. L. (2005). Introducing a new scale for the measurement of moral disengagement in peace and conflict research. *Conflict & communication online*, 4. Disponible en: http://www.cco.regener-online.de/2005_2/pdf_2005-2/es.pdf
- Janoff-Bulman, R. (2009). To provide or protect: Motivational bases of political liberalism and conservatism. *Psychological Inquiry*, 20, 120-128. doi:10.1080/10478400903028581
- Jarudi, I., Kreps, T., y Bloom, P. (2008). Is a refrigerator good or evil? The moral evaluation of everyday objects. *Social Justice Research*, 21, 459 – 467.
- Jensen, L. A. (1997). Different worldviews, different morals: America's culture war divide. *Human Development*, 40, 325-344.
- Jiménez Burillo, F. (2004). La modernidad y los usos patológicos del poder: el holocausto nazi. En F. Jiménez Burillo (coord), *Psicología de las relaciones de autoridad y poder* (pp. 169-229). Barcelona: UOC.
- Jonas, E., y Fischer, P. (2006). Terror management and religion: Evidence that intrinsic religiousness mitigates worldview defense following mortality salience. *Journal of Personality and Social Psychology*, 91, 553– 567. doi:10.1037/0022-3514.91.3.553
- Jonas, E., Fritzsche, I., y Greenberg, J. (2005). Currencies as cultural symbols—an existential psychological perspective on reactions of Germans toward the Euro. *Journal of Economic Psychology*, 26(1), 129-146.
- Jonas, E., Martens, A., Niesta, D., Fritzsche, I., Sullivan, D., y Greenberg, J. (2008). Focus theory of normative conduct and terror management theory: The interactive impact of mortality salience and norm salience on social judgment. *Journal of Personality and Social Psychology*, 95, 1239-1251. doi:10.1037/a0013593.
- Jonas, E., Schimel, J., Greenberg, J., & Pyszczynski, T. (2002). The Scrooge effect: Evidence that mortality salience increases prosocial attitudes and behavior. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28, 1342-1353.
- Jost, J. T. (2006). The end of the end of ideology. *American Psychologist*, 61, 651-670.
- Jost, J. T., Federico, C. M., y Napier, J. (2009). Political ideology: Its structure, function, and elective affinities. *Annual Review of Psychology*, 60, 307–337
- Jost, J. T., Fitzsimons, G., y Kay, A. C. (2004). The ideological animal: A system justification view. En J. Greenberg, S. L. Koole y T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of experimental existential psychology* (pp. 263-283). Nueva York, NY, US: Guilford Press.
- Jost, J. T., Glaser, J., Kruglanski, A. W., y Sulloway, F. J. (2003). Political conservatism as motivated social cognition. *Psychological Bulletin*, 129, 339-375.

- Jost, T. y Major, B. (2001). Emerging perspectives on the Psychology of Legitimacy. En J. T. Jost, y B. Major (Eds.), *The psychology of legitimacy: Emerging perspectives on ideology, justice, and intergroup relations* (pp. 3-32). Nueva York, NY, US: Cambridge University Press.
- Jugert, P., y Duckitt, J. (2009). A motivational model of authoritarianism: Integrating personal and situational determinants. *Political Psychology*, 30, 693-719.
- Juhl, J., y Routledge, C. (2010). Structured terror: Further exploring the effects of mortality salience and personal need for structure on worldview defense. *Journal of Personality*, 78, 969-990.
- Kelman, H. C. (1976). Violence without restraint: Reflections on the dehumanization of victims and victimizers. En G. M. Kren y L. H. Rappoport (Eds.), *Varieties of Psychohistory* (pp. 282-314). Nueva York: Springer.
- Kelman, H. C., y Hamilton, V. L. (1989). *Crimes of obedience: Toward a social psychology of authority and responsibility*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Kesebir, P. and Pyszczynski, T. (2011), A Moral-Existential Account of the Psychological Factors Fostering Intergroup Conflict. *Social and Personality Psychology Compass*, 5, 878-890.
- Kiriakidis, S. P. (2008). Moral disengagement: Relation to delinquency and independence from indices of social dysfunction. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 52, 571-583.
- Koleva, S., Graham, J., Haidt, J., Iyer, R., y Ditto, P. H. (2009). *The Ties that Bind: How Five Moral Concerns Organize and Explain Political Attitudes*. Disponible en: <http://faculty.virginia.edu/haidtlab/articles/manuscripts/koleva.graham.submitted.ties-that-bind.pub604.doc>.
- Kosloff, S., Greenberg, J., Weise, D., y Solomon, S. (2010). Mortality salience and political preferences: The roles of charisma and political orientation. *Journal of Experimental Social Psychology*, 46, 139-145. doi:10.1016/j.jesp.2009.09.002
- Kossowska, M., y Van Hiel, A. (2003). The relationship between need for closure and conservative beliefs in Western and Eastern Europe. *Political Psychology*, 24, 501-518.
- Krug, E. G., Dahlberg, L. L., Mercy, J. A., Zwi, A. B., y Lozano, R (2003). Informe Mundial sobre la violencia y la salud. Washington, D.C.: Organización Mundial de la Salud.
- Kruglanski, A. (2004). *The psychology of closed mindedness*. Nueva York: Psychology Press.
- Kruglanski, A. (2006). Inside the terrorist mind: The relevance of ideology. *Estudios De Psicología. Special Issue: Political Violence: Psychosocial Aspects*, 27(3), 271-277.
- Kruglanski, A. W., Chen, X., Dechesne, M., Fishman, S., y Orehek, E. (2009). Fully committed: Suicide bombers' motivation and the quest for personal significance. *Political Psychology*, 30, 331-357.

- Kruglanski, A. W., Pierro, A., Mannetti, L., and Grada, E. D. (2006). Groups as epistemic providers: Need for closure and the unfolding of group-centrism. *Psychological Review*, 113(1), 84-100.
- Kunda, Z. (1990). The Case for Motivated Reasoning. *Psychological Bulletin*, 108, 480-498.
- Lakoff, G. (2002). *Moral politics: How liberals and conservatives think* (2nd ed.). Chicago: University of Chicago Press.
- Landau, M. J., Greenberg, J., Solomon, S., Pyszczynski, T., y Martens, A. (2006). Windows into nothingness: Terror management, meaninglessness, and negative reactions to modern art. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90, 879-892.
- Landau, M. J., Johns, M., Greenberg, J., Pyszczynski, T., Solomon, S., y Martens, A. (2004). A Function of form: Terror management and structuring of the social world. *Journal of Personality and Social Psychology*, 87, 190-210.
- Landau, M. J., Solomon, S., Greenberg, J., Cohen, F., Pyszczynski, T., Arndt, J., ... y Cook, A. (2004). Deliver us from evil: The effects of mortality salience and reminders of 9/11 on support for President George W. Bush. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 30, 1136-1150.
- Leidner, B. (2010). *Morality Shifting* (Tesis doctoral). Disponible en <http://gradworks.umi.com/34/03/3403446.html>
- Leidner, B. y Castano, E. (2012). Morality Shifting in the context of intergroup violence. *European Journal of Social Psychology*, 42, 82-91.
- Leidner, B., Castano, E., Zaiser, P., y Giner-Sorolla, R. (2010). Ingroup glorification, moral disengagement, and justice in the context of collective violence. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 36, 1115-1129.
- Lerner, M. J. (1980). *The belief in a just world*. New York: Plenum Press.
- Leyens, J.-P., Demoulin, S., Vaes, J., Gaunt, R., y Paladino, P. M. (2007). Infrahumanization: The wall of group differences. *Social Issues and Policy Review*, 1, 139-172.
- Leyens, J. P., Paladino, M. P., Rodriguez, R. T., Vaes, J., Demoulin, S., Rodriguez, A. P., y Gaunt, R. (2000). The emotional side of prejudice: The attribution of secondary emotions to ingroups and outgroups. *Personality and Social Psychology Review*, 4, 186-197.
- Leyens, J. Ph., Rodriguez, A. P., Rodriguez, R. T., Gaunt, R., Paladino, P. M., Vaes, J. et al. (2001). Psychological essentialism and the differential attribution of uniquely human emotions to ingroups and outgroups. *European Journal of Social Psychology*, 31, 395 - 411.
- Lieberman, J.D. (2010). Inner Terror and Outward Hate: The Effects of Mortality Salience on Bias Motivated Attacks. En B. H. Bornstein, y R. L. Wiener (Eds.), *Emotion and the law* (pp. 133-155). Nueva York: Springer.

- Lieberman, J. D., Arndt, J., Personius, J., y Cook, A. (2001). Vicarious annihilation: The effect of mortality salience on perceptions of hate crimes. *Law and Human Behavior*, 25, 547–566.
- López, W. y Sabucedo, J.M. (2007). Culture of Peace and Mass Media. *European Psychologist* 12 (2), 147-155.
- Lovett, B. J., y Jordan, A. H. (2005). Moral values, moralism, and the 2004 presidential election. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 5, 165-175.
- Markez, I, Moreno Martín, F. e Izarzugaza, I. (2006). La violencia colectiva: un problema de salud pública pendiente de ser investigado. *Norte de Salud Mental*, 6 (25), 45–59.
- Martens, A., Burke, B. L., Schimel, J., y Faucher, E. H. (2011). Same but different: Meta-analytically examining the uniqueness of mortality salience effects. *European Journal of Social Psychology*, 4, 6-10.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta.
- Martin, L. (1999). I-D Compensation Theory: Some Implications of Trying to Satisfy Immediate-Return Needs in a Delayed-Return Culture. *Psychological Inquiry*, 10 (3), 195–208.
- Martín Ramírez, J. (2009). Some dychotomous classifications of aggression according to its function. *Journal of Organizational Transformation and Social Change*, 6 (2), 85 - 101.
- Martínez, M. J., García Ramírez, M., Martínez, J. (2005). Procesos Migratorios. En F. Expósito y M. C. Moya (Eds.), *Aplicando la Psicología Social* (pp. 255 – 276). Madrid: Pirámide.
- McAlister, A. L. (2001). Moral Disengagement: measurement and modification. *Journal of Peace Research*, 38(1), 87-99.
- McAlister, A. L., Bandura, A., y Owen, S. V. (2006). Mechanisms of moral disengagement in support of military force: The impact of sept. 11. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 25(2), 141-165.
- McDermott, R., y Zimbardo, P. G. (2007). The psychological consequences of terrorist alerts. En B. Bongar, L. M. Brown, L. E. Beutler, J. N. Breckenridge y P. G. Zimbardo (Eds.), *Psychology of terrorism* (pp. 357-370). Nueva York, NY, US: Oxford University Press.
- McFarland, S. (2005). On the Eve of War: Authoritarianism, Social Dominance, and American Students' Attitudes Toward Attacking Iraq. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31, 360-367.
- McFarland, S. G., Ageyev, V. S., y Abalakina-Paap, M. A. (1992). Authoritarianism in the former Soviet Union. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 1004-1010.
- McGregor, I. (2004). Zeal, identity, and meaning: Going to extremes to be one's self. En J. Greenberg, S.L. Koole, y T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of experimental existential psychology* (pp. 182–199). Nueva York: Guilford Press.

- McGregor, I. (2006a). Offensive defensiveness: Toward an integrative neuroscience of compensatory zeal after mortality salience, personal uncertainty, and other poignant self-threats. *Psychological Inquiry*, 17, 299-308.
- McGregor, I. (2006b). Zeal appeal: The allure of moral extremes. *Basic and Applied Social Psychology*, 28, 343-348. doi:10.1207/s15324834basp2804_7
- McGregor, I., Haji, R., y Kang, S. (2008). Can ingroup affirmation relieve outgroup derogation? *Journal of Experimental Social Psychology*, 44, 1395--1401.
- McGregor, I., y Jordan, C. H. (2007). The mask of zeal: Low implicit self-esteem, threat, and defensive extremism. *Self and Identity*, 6, 223-237.
- McGregor, H., Lieberman, J. D., Solomon, S., Greenberg, J., Arndt, J., Simon, L., y Pyszczynski, T. (1998). Terror management and aggression: Evidence that mortality salience motivates aggression against worldview threatening others. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 590-605.
- McGregor, I., y Marigold, D. C. (2003). Defensive Zeal and the Uncertain Self: What Makes You So Sure? *Journal of Personality and Social Psychology*, 85, 838-852.
- McGregor, I., Nash, K. A., Mann, N., y Phills, C. (2010). Anxious uncertainty and reactive approach motivation (RAM). *Journal of Personality and Social Psychology*, 99, 133–147.
- McGregor, I., Prentice, M., y Nash, K. A. (2009). Personal uncertainty management by reactive approach motivation. *Psychological Inquiry*, 20, 225–229.
- McGregor, I., Zanna, M. P., Holmes, J. G., y Spencer, S. J. (2001). Compensatory conviction in the face of personal uncertainty: Going to extremes and being oneself. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 472-488. doi:10.1037/0022-3514.80.3.472
- Meeus, W. H. J., y Raaijmakers, Q. A. W. (1986). Administrative obedience: Carrying out orders to use psychological-administrative violence. *European Journal of Social Psychology*, 16, 311-324.
- Meier, B., Hinsz, V. B., y Heimerdinger, S. R. (2007). A framework for explaining aggression involving groups. *Social and Personality Psychology Compass*, 1 (1), 298-312.
- Menesini, E., Fonzi, A., y Sanchez, V. (2002). Attribuzioni di emozioni di responsabilità e disimpegno morale in una storia di bullismo. differenze tra bulli, vittime, esterni e difensori [Attribution of emotion of responsibility and moral disengagement in a bullying scenario: Differences between bullies, victims, outsiders, and defenders]. *Età Evolutiva*, 71(1), 76-83.
- Mikulincer, M., y Florian, V. (2000). Exploring individual differences in reactions to mortality salience: Does attachment style regulate terror management mechanisms? *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 260 –273.
- Mikulincer, M., Florian, V., Birnbaum, G., y Malishkevich, S. (2002). The death-anxiety buffering function of close relationships: Exploring the effects of separation reminders on death-thought accessibility. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28, 287–299.

- Mikulincer, M., Florian, V., y Hirschberger, G. (2003). The existential function of close relationships: Introducing death into the science of love. *Personality and Social Psychology Review*, 7, 20–40.
- Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Moore, C. (2008). Moral disengagement in processes of organizational corruption. *Journal of Business Ethics*, 80(1), 129-139.
- Moreno Martín, F. (1999). Un modelo teórico para el estudio de la violencia. En J.L. Paniagua (Ed), *Orígenes, tipos y manifestaciones de la agresividad y la violencia. Protección de los derechos fundamentales* (pp. 147-164). Mérida: Junta de Extremadura. Consejería de Bienestar Social.
- Moreno Martín, F. (2009). Violencia colectiva, violencia política y violencia social. Aproximaciones conceptuales. En I. Markez, A. Fernández Liria y P. Pérez Sales (Eds). *Violencia colectiva y salud mental* (pp. 19 - 36). Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- Motyl, M., Hart, J., y Pyszczynski, T. (2010). When animals attack: The effects of mortality salience, infrahumanization of violence, and authoritarianism on support for war. *Journal of Experimental Social Psychology*, 46, 200–203.
- Motyl, M., Hart, J., Pyszczynski, T., Weise, D., Maxfield, M. y Siedel, A. (2011). Subtle priming of shared human experiences eliminates threat-induced negativity toward Arabs, immigrants, and peace-making. *Journal of experimental social psychology*, 47, 1179-1184.
- Motyl, M., y Pyszczynski, T. (2009). The existential underpinnings of the cycle of terrorist and counterterrorist violence and pathways to peaceful resolutions. *International Review of Social Psychology*, 22, 267-291.
- Motyl, M., Rothschild, Z., y Pyszczynski, T. (2009). The cycle of violence and pathways to peace. *Organizational Transformation and Social Change*, 6, 153–170.
- Motyl, M., Vail III, K. E., y Pyszczynski, T. (2009). Waging terror: Psychological motivations in cultural violence and peacemaking. En M. Morgan and P. Zimbardo (Ed.), *The Day That Changed Everything: The Impact of 9/11* (pp. 23-36). Boston, MA: Praeger/Greenwood Press.
- Mulford, C. F. (2004). Restorative justice and the development of empathy, remorse and moral disengagement in adolescent offenders. *Dissertation Abstracts International: Section B. The Sciences and Engineering*, 64 (10-B), 5256. Recuperado de www.csa.com.
- Nail, P., Harton, H., y Decker, B. (2003). Political orientation and modern versus aversive racism: Tests of Dovidio and Gaertner's (1998) Integrated Model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 754–77.

- Nail, P. R., McGregor, I., Drinkwater, A. E., Steele, G. M., y Thompson, A. W. (2009). Threat causes liberals to think like conservatives. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45, 901–907
- Navarrete, C.D., y Fessler, D.M.T. (2006). Disease avoidance and ethnocentrism: The effects of disease vulnerability and disgust sensitivity on intergroup attitudes. *Evolution and Human Behavior*, 27, 270–282.
- Niesta, D., Fritzsche, I., y Jonas, E. (2008). Mortality salience and its effects on peace processes: A review. *Social Psychology*, 39, 48–58.
- O’Leary, A., y Wolitski, R. J. (2009). Moral agency and the sexual transmission of HIV. *Psychological Bulletin*, 135, 478–494.
- Ogilvie, D. M., Cohen, F., y Solomon, S. (2008). The undesired self: Deadly connotations. *Journal of Research in Personality*, 42, 564–576.
- Opotow, S. (1990). Moral exclusion and injustice: An introduction. *Journal of Social Issues*, 46, 1–20.
- Osofsky, M. J., Bandura, A., y Zimbardo, P. G. (2005). The role of moral disengagement in the execution process. *Law and Human Behavior*, 29, 371–393.
- Paciello, M., Fida, R., Tramontano, C., Lupinet, C., y Caprara, G. V. (2008). Stability and change of moral disengagement and its impact on aggression and violence in late adolescence. *Child Development*, 79, 1288–1309. doi:10.1111/j.1467-8624.2008.01189.x
- Páez, D., Morales, F. y Fernández, I. (2007). Las creencias básicas sobre el mundo social y el yo. En J. M. Morales, M. Moya, E. Gaviria y I. Cuadrado (Eds.). *Psicología Social* (3ª ed., pp. 195–211). Madrid: McGraw-Hill.
- Passini, S. (2005). Costruzione e validazione di una scala sull’esclusione morale [Construction and validation of a moral exclusion scale]. *Testing Psicometria Metodologia*, 12, 21–34.
- Paulhus, D. L., y Trapnell, P. D. (1997). Terror management theory: Extended or overextended? *Psychological Inquiry*, 8(1), 40–43.
- Pedahzur, A. (2005). *Suicide terrorism*. London: Polity Press.
- Pereira, C., Vala, J., y Leyens, J. P. (2009). From infra-humanization to discrimination: The mediation of symbolic threat needs egalitarian norms. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45, 336–344.
- Peterson, B., Smith, J. A., Tannenbaum, D., y Shaw, M. P. (2009). On the “exporting” of morality: Its relation to political conservatism and epistemic motivation. *Social Justice Research*, 22, 206–230.
- Pettigrew, T. F. (2003). Peoples under threat. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 9, 69–90.

- Piñuela, R. (2009). *Ideologías del miedo, desconexión moral y legitimación social de la violencia militar y política* (trabajo no publicado para la obtención del DEA). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Piñuela, R. y Yela, C. (2013). Enfoques “meso” en la explicación de los problemas sociales: interaccionismo simbólico, socialización, influencia social y otros enfoques psicosociales. En C. Yela (coord.), *Psicología Social de los problemas sociales* (pp. 235-276). Madrid: Grupo 5.
- Proulx, T. (2009). The Feeling of the Absurd: Towards an Integrative Theory of Sense-Making. *Psychological Inquiry*, 20, 230-234.
- Proulx, T., y Heine, S.J. (2006). Death and black diamonds: Meaning, mortality, and the meaning maintenance model. *Psychological Inquiry*, 17, 309–318.
- Proulx, T., y Heine, S.J. (2008). The case of the transmogrifying experimenter: Affirmation of a moral schema following implicit change detection. *Psychological Science*, 19, 1294–1300.
- Proulx, T., y Heine, S. J. (2009). Connections from Kafka: Exposure to meaning threats improves implicit learning of an artificial grammar. *Psychological Science*, 20, 1125–1131.
- Pyszczynski, T., Abdollahi, A., Solomon, S., Greenberg, J., Cohen, F., y Weise, D. (2006). Mortality salience, martyrdom, and military might: The great satan versus the axis of evil. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 32, 525-537.
- Pyszczynski, T., Greenberg, J., y Solomon, S. (1997). Why do we need what we need? A terror management perspective on the roots of human social motivation. *Psychological Inquiry*, 8(1), 1-20.
- Pyszczynski, T., Greenberg, J., y Solomon, S. (1999). A dual-process model of defense against conscious and unconscious death-related thoughts: An extension of Terror Management Theory. *Psychological Review*, 106, 835-845.
- Pyszczynski, T., Greenberg, J., Solomon, S., Arndt, J., y Schimel, J. (2004). Why do people need self-esteem? A theoretical and empirical review. *Psychological Bulletin*, 130, 435–468.
- Pyszczynski, T., Greenberg, J., Solomon, S., y Maxfield, M. (2006). On the unique psychological import of the human awareness of mortality: Theme and variations. *Psychological Inquiry*, 17, 328–356.
- Pyszczynski T., M. Motyl, y A. Abdollahi. (2009). Righteous Violence: Killing for God, Country, Freedom and Justice. *Behavioral Science of Terrorism and Political Aggression*, 1, 12-39.
- Pyszczynski, T., Motyl, M., Vail III, K. E., Hirschberger, G., Arndt, J y Kesebir, K. (2012). Drawing Attention to Global Climate Change Decreases Support for War. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 18, 354 - 368.

- Pyszczynski, T., Rothschild, Z., y Abdollahi, A. (2008). Terrorism, violence, and hope for peace: A terror management perspective. *Current Directions in Psychological Science*, 17, 318-322.
- Pyszczynski, T., Solomon, S., y Greenberg, J. (2003). *In the wake of 9/11: Rising above the terror*. Washington, DC, US: American Psychological Association.
- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (22a. ed.). Disponible en: <http://www.rae.es/rae.html>.
- Reicher, S. y Haslam, N. (2006). Rethinking the psychology of tyranny: The BBC prison study. *British Journal of Social Psychology*, 45, 1-40.
- Reicher, S., Haslam, S. A. y Rath, R. (2008). Making a Virtue of Evil: A Five-Step Social Identity Model of the Development of Collective Hate. *Social and Personality Psychology Compass*, 2 (3), 1313-1344.
- Reicher, S., Spears, R. y Postmes, T. (1995). A social identity model of deindividuation phenomena. *European Review of Social Psychology*, 6, 161-199.
- Rodríguez-Pérez, A., Coello, E., Betancor, V., Rodríguez-Torres, R. y Delgado, N. (2006). Amenaza al endogrupo y nivel de infrahumanización del exogrupo. *Psicothema*, 18, 73-77.
- Rogers, M. K. (2003). A social learning theory and moral disengagement analysis of criminal computer behavior: An exploratory study. *Dissertation Abstracts International: Section A. Humanities and Social Sciences*, 64 (6-A), 1974. Recuperado de www.csa.com.
- Rosenblatt, A., Greenberg, J., Solomon, S., Pyszczynski, T., y Lyon, D. (1989). Evidence for terror management theory: I. The effects of mortality salience on reactions to those who violate or uphold cultural values. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57, 681-690.
- Rothschild, Z. K., Abdollahi, A., y Pyszczynski, T. (2009). Does peace have a prayer? The effect of mortality salience, compassionate values, and religious fundamentalism on hostility toward out-groups. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45, 816-827.
- Routledge, C., y Arndt, J. (2008). Self-sacrifice as self-defense: Mortality salience increases efforts to affirm a symbolic immortal self at the expense of the physical self. *European Journal of Social Psychology*. 38, 531-541.
- Routledge, C., y Arndt, J. (2009). Creative terror management: Creativity as a facilitator of cultural exploration after mortality salience. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 35, 493-505.
- Routledge, C. y Juhl, J. (2012). The creative spark of death: The effects of mortality salience and personal need for structure on creativity. *Motivation and Emotion*, 36, 478-482.
- Routledge, C., Juhl, J. y Sullivan, D. (2009). Uncertainty Middle-Management: Personal Certainty Is Not the Core Existential Motive. *Psychological Inquiry*, 20, 235-239.

- Routledge, C., Juhl, J., y Vess, M. (2010). Divergent reactions to the terror of terrorism: Personal need for structure moderates the effects of terrorism salience on worldview-related attitudinal rigidity. *Basic and Applied Social Psychology*, 32, 243–249.
- Routledge, C. ., Juhl, J. y Vess, M. (2013). Mortality salience increases death-anxiety for individuals low in personal need for structure. *Motivation and Emotion*, 37, 303 - 307.
- Ruiz, R. O., Sánchez, V., y Menesini, E. (2002). Violencia entre iguales y desconexión moral: Un análisis transcultural [Bullying and moral disengagement: A cross-national comparison]. *Psicothema*, 14 (Suplemento), 37-49.
- Rutjens, B. T., van der Pligt, J., y van Harreveld, F. (2009). Things will get better: The anxiety-buffering qualities of progressive hope. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 35, 535–543.
- Sabucedo, J.M.; Barreto, I.; Borja, H. Blanco, A.; De la Corte, L. Durán, M. (2004). Deslegitimación del adversario y violencia política: El caso de las FARC y las AUC en Colombia. *Acta Colombiana de Psicología*, 12, 69-87.
- Sabucedo, J.M.; Blanco, A. y De la Corte, L. (2003). Beliefs which legitimize political violence against the innocent. *Psicothema*, 15, 550-555.
- Sabucedo, J. M., De La Corte, L., Blanco, A., y Durán, M. (2005). Psicología Social de la violencia política. En F. Expósito y M. C. Moya, (Eds.). *Aplicando la Psicología social* (pp. 277-293). Madrid: Pirámide.
- Sabucedo, J. M. y Durán, M. (2007). Violencia política: discursos legitimadores. En J. M. Sabucedo y J. Sanmartín (Eds.). *Los escenarios de la violencia* (pp. 139 - 157). Madrid: Ariel.
- Sabucedo, J. M., Klandermans, B., Rodríguez, M. y de Weerd, M. (1999). Pertenencia a organizaciones y legitimación de la acción colectiva. En J. Apalategui (Ed.), *La anticipación de la sociedad: Psicología Social de los movimientos sociales* (pp. 141-164). Valencia: Promolibro.
- Sabucedo, J. M. Rodríguez, M. y Fernández, C. (2002) Construcción del discurso legitimador del terrorismo. *Psicothema*, 14 (supl.), 72-77.
- Sageman, M. (2004). *Understanding terror networks*. Philadelphia, PA: University of Pennsylvania Press
- Salzman, M. (2001). Globalization, culture & anxiety. *Journal of Social Distress and the Homeless*, 10, 337–352.
- Salzman, M. (2008). Globalization, religious fundamentalism and the need for meaning. *International Journal of Intercultural Relations*, 32, 318-327.
- Sargent M. (2004). Less thought, more punishment: need for cognition predicts support for punitive responses to crime. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 30, 1485–1493.

- Scandroglio, B, López, J., San José, M. D. (2008). "Pandillas": grupos juveniles y conductas desviadas. La perspectiva psicosocial en el análisis y la intervención. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 6(1) (14), 65-94.
- Schimmel, J., Hayes, J., Williams, T., y Jahrig, J. (2007). Is death really the worm at the core? Converging evidence that worldview threat increases death-thought accessibility. *Journal of Personality and Social Psychology*, 92, 789–803.
- Schimmel, J., Simon, L., Greenberg, J., Pyszczynski, T., Solomon, S., Wazmonsky, J. y Arndt, J. (1999). Stereotypes and terror management: Evidence that mortality salience enhances stereotypic thinking and preferences. *Journal of Personality and Social Psychology*, 77, 905–926.
- Schmeichel, B. J., y Martens, A. (2005). Self-affirmation and mortality salience: Affirming values reduces worldview defense and death-thought accessibility. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31, 658-667.
- Schmeichel, B. J., Gailliot, M. T., Filardo, E., McGregor, I., Gitter, S., y Baumeister, R. F. (2009). Terror management theory and self-esteem revisited: The roles of implicit and explicit self-esteem in mortality salience effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 96, 1077–1087. doi:10.1037/a0015091
- Schwartz, S. H., Caprara, G. V., Vecchione, M. (2010). Basic personal values, corepolitical values, and voting. *Political Psychology*, 31, 421–451.
- Schwartz, S. H., y Struch, N. (1989). Values, stereotypes, and intergroup antagonism. En D. Bar-Tal, C. F. Grauman, A. W. Kruglanski, y W. Stroebe (Eds.), *Stereotypes and Prejudice: Changing Conceptions* (pp. 151–167). Nueva York: Springer-Verlag.
- Shweder, R.A., Much, N.C., Mahapatra, M., y Park, L. (1997). The "big three" of morality (autonomy, community, and divinity), and the "big three" explanations of suffering. En A. Brandt y P. Rozin (Eds.), *Morality and health* (pp. 119–169). Nueva York: Routledge.
- Seemann, B. y Brady, D. (2008). *Morality Shifting in In-Group and Out-Group Atrocities*. Recuperado de <http://homepage.mac.com/chris.seemann/moralityshifting.pdf>.
- Sherif, M.(1967). *Group conflict and cooperation*. London: Routledge & Kegan Paul Ltd.
- Sherman, D.K., y Cohen, G.L. (2006). The psychology of self-defense: Self-affirmation theory. In M.P. Zanna (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 38, pp. 183–242). San Diego, CA: Academic Press.
- Skitka, L. J., y Bauman, C. W. (2008). Moral conviction and political engagement. *Political Psychology*, 29, 29–54.
- Skitka, L. J., y Mullen, E. (2002). The dark side of moral conviction. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 2, 35-41.

- Skitka, L., y Tetlock, P. (1993). Providing public assistance: Cognitive and motivational processes underlying liberal and conservative policy preferences. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, 1205–1223.
- Solomon, S., Cohen, F., Greenberg, J., y Pyszczynski, T. (2008). Knocking on Heaven's door: The social psychological dynamics of charismatic leadership. En G.R. Goethals, D. Forsyth, y C. Hoyt (Eds.), *Social psychology and leadership* (pp. 45-61). Nueva York: Praeger Perspectives.
- Solomon, S., Greenberg, J. y Pyszczynski, T. (2004). The cultural animal: twenty years of terror management theory and research. En J. Greenberg, S.L. Koole, T. Pyszczynski (Eds.), *Handbook of Experimental Existential Psychology* (pp. 13–34). Nueva York: Guilford.
- Solomon, S., Greenberg, J., y Pyszczynski, T. (1991). A terror management theory of social behavior: The psychological functions of selfesteem and cultural worldviews. En M. E. P. Zanna (Ed.), *Advances in experimental Social Psychology* (Vol. 23, pp. 91-159). San Diego, CA: Academic Press.
- Soros, G. (1998). *The crisis of global capitalism*. Nueva York: Public Affairs.
- South, C. R., y Wood, J. (2006). Bullying in prisons: The importance of perceived social status, prisonization, and moral disengagement. *Aggressive Behavior*, 32, 490-501.
- Stankov, L. (2009). Conservatism and cognitive ability. *Intelligence*, 37, 294–304.
- Staub, E. (2003). *The Psychology of Good and Evil*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Steele, C.M. (1988). The psychology of self-affirmation: Sustaining the integrity of the self. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 21, pp. 261–302). San Diego, CA: Academic Press.
- Stenner, K. (2009). Three kinds of “conservatism.” *Psychological Inquiry*, 20, 142-159.
- Stephan, W. G., y Renfro, C. L. (2002). The role of threats in intergroup relations. En D. Mackie y E. R. Smith (Eds.), *Beyond prejudice-differentiated reactions to social groups* (pp. 191 - 207). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Stephan, W. G., y Stephan, C. W. (2001). An integrated threat theory of prejudice. En S. Oskamp (Ed.), *Reducing prejudice and discrimination* (pp. 23–45). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Stephan, W.G., y Renfro, C.L. (2002). The role of threats in intergroup relations. En D.Mackie, y E.R. Smith (Eds.), *From prejudice to intergroup emotions: Differentiated reactions to social groups* (pp. 191-207). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Stern, J. (2003). *Terror in the Name of God: Why Religious Militants Kill*. Nueva York: HarperCollins.
- Stone, W. F. (2001). Manipulación del terror y autoritarismo. *Psicología Política*, 23, 7-17.

- Tajfel, H. y Turner, J. C. (1985). La teoría de la identidad social de la conducta intergrupal. En Morales, J. F. y Huici, C. (Eds.), *Lecturas de psicología social* (pp. 225-260). Madrid: UNED.
- Tam, T., Hewstone, M., Cairns, E., Tausch, N., Maio, G. R., y Kenworthy, J. (2007). The impact of intergroup emotions on forgiveness in Northern Ireland. *Group Processes & Intergroup Relations*, 10, 119–136.
- Taubman–Ben-Aria, O. y Katz–Ben-Amia, L. (2008). Death Awareness, Maternal Separation Anxiety, and Attachment Style Among First-Time Mothers—A Terror Management Perspective. *Death Studies*, 32, 737-756.
- Terrizzi, J. A., Shook, N. J., y Ventis, W. L. (2010). Disgust: A predictor of social conservatism and prejudicial attitudes toward homosexuals. *Personality and Individual Differences*, 49, 587–592.
- Thomsen, L., Green, E. G. T., y Sidanius, J. (2008). We will hunt them down: How social dominance orientation and right-wing authoritarianism fuel ethnic persecution of immigrants in fundamentally different ways. *Journal of Experimental Social Psychology*, 44, 1455 – 1464.
- Todorov, T. (1996). *Frente al límite*. Madrid: Siglo XXI
- Tolan, P. H. (2007). Understanding violence. En D. J. Flannery, A. T. Vazsonyi y I. D. Waldman (Eds.), *The cambridge handbook of violent behavior and aggression*. (pp. 5-18). Nueva York, NY, US: Cambridge University Press.
- Tomohiro, K., y Ken-Ichi, O. (2003). The effect of mortality salience and collaborative experience on aggression of "Third-Party Victims." *Tohoku Psychological Folia*, 62, 109-119.
- Trice, H. y Beyer, J. (1993). *The cultures of work organizations*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Trujillo, H. M., Moyano, M., León, C., Valenzuela, C. C., y González-Cabrera, J. (2005). El radicalismo islamista en las sociedades occidentales: Prejuicio, identidad social y legitimación del terrorismo. *Psicología Conductual*, 13, 311-328.
- Tsang, J. (2002). Moral rationalization and the integration of situational factors and psychological processes in immoral behavior. *Review of General Psychology*, 6, 25–50.
- Tyler (2006). Psychological perspectives on legitimacy and legitimation. En S. T. Fiske, A. E. Kazdin, y D. L. Schacter (Eds.), *Annual review of psychology* (vol 57, pp. 375-400). Palo Alto, CA, US: Annual Reviews.
- Uhlmann, E. L., Pizarro, D. A., Tannenbaum, D., y Ditto, P. H. (2009). The motivated use of moral principles. *Judgment and Decision Making*, 4, 479–491.
- Ullrich, J., y Cohrs, J. C. (2007). Terrorism salience increases system justification: Experimental evidence. *Social Justice Research*, 20, 117–139.

- Vaes, J., Heflick, N., y Goldenberg, J. (2010). "We are people": Ingroup humanization as an existential defense. *Journal of Personality and Social Psychology*, 98, 750–760.
- Vail III, K. E., Arndt, J., Motyl, M., & Pyszczynski, T. (2012). The aftermath of destruction: Images of destroyed buildings increase support for war, dogmatism, and death thought accessibility. *Journal of Experimental Social Psychology*, 48, 1069-1081.
- Vail, K. E., III, Arndt, J., Motyl, M., y Pyszczynski, T. (2009). Compassionate values and presidential politics: Mortality salience, compassionate values and support for Barack Obama and John McCain in the 2008 presidential election. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 9, 255–268.
- Vail, K., Motyl, M., Abdollahi, A. and Pyszczynski, T. (2010). Dying to Live: Terrorism, War, and Defending One's Way of Life. En D. Antonius, A. D. Brown, T. K. Walters, J. M. Ramirez, S. J. (Eds.) *Interdisciplinary analyses of terrorism and political aggression* (pp. 49-70). Cambridge: Sinclair, eds.
- Van den Bos, K. (2009a). Making sense of life: The existential self trying to deal with personal uncertainty. *Psychological Inquiry*, 20, 197–217.
- Van den Bos, K. (2009b). On the Psychology of the Uncertain Self and the Integration of the Worldview Defense Zoo. *Psychological Inquiry*, 20, 252-261.
- Van den Bos, K., y Miedema, J. (2000). Toward understanding why fairness matters: The influence of mortality salience on reactions to procedural fairness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 355–366.
- Van den Bos, K., Poortvliet, P. M., Maas, M., Miedema, J., y Van den Ham, E. J. (2005). An enquiry concerning the principles of cultural norms and values: The impact of uncertainty and mortality salience on reactions to violations and bolstering of cultural worldviews. *Journal of Experimental Social Psychology*, 41, 91–113.
- Van Hiel, A. y De Clercq, B. (2009). Authoritarianism Is Good for You: Right-Wing Authoritarianism as a Buffering Factor for Mental Distress. *European Journal of Personality*, 23, 33–50.
- Van Hiel, A., Duriez, B., y Kossowska, M. (2006). The presence of left-wing authoritarianism in Western Europe and its relationship with conservative ideology. *Political Psychology*, 27, 769-793.
- Vázquez, C. (1995). Limitaciones, errores y sesgos en el procesamiento de la información: la ficción de la teoría del "hombre científico". En M. D. Avia y M. L. Sánchez Bernardos (Eds.), *Personalidad: Aspectos cognitivos y sociales* (pp. 185-225). Madrid: Pirámide.
- Vess, M., Routledge, C., Landau, M. J., y Arndt, J. (2009). The dynamics of death and meaning: The effects of death-relevant cognitions and personal need for structure on perceptions of meaning in life. *Journal of Personality and Social Psychology*, 97, 728–744.

- Viki, G. T. y Calitri, R. (2008). Infrahuman outgroup or suprahuman ingroup: The role of nationalism and patriotism in the infrahumanization of outgroups. *European Journal of Social Psychology*, 38, 1054-1061.
- Vollhardt, J. y Bilali, R. (2008). Social psychology's contribution to the psychological study of peace: a review. *Social Psychology*, 39, 12-25.
- Vollum, S., Buffington-Vollum, J., y Longmire, D. R. (2004). Moral disengagement and attitudes about violence toward animals. *Society & Animals*, 12, 209-235.
- Von Collani G. y Grumm M. (2009). On the dimensional structure of personality, ideological beliefs, social attitudes, and personal values. *Journal of Individual Differences*, 30, 107-119.
- Watson, D., Clark, L.A., y Tellegen, A. (1988). Development and validation of brief measures of positive and negative affect: The PANAS scales. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53, 1063-1070.
- Watts, A. (2005). *Budismo: la religión de la no religión*. Barcelona: Kairós.
- Weise, D. E., Arciszewski, T., Verhac, J., Pyszczynski, T., and Greenberg, J. (2012). Terror management and attitudes toward immigrants. *European Psychologist*, 17(1), 63-72.
- Weise, D. R., Pyszczynski, T., Cox, C. R., Arndt, J., Greenberg, J., Solomon, S., y Kosloff, S. (2008). Interpersonal politics: The role of terror management and attachment processes in shaping political preferences. *Psychological Science*, 19, 448-455.
- Wichman, A. L., Brunner, R. P., y Weary, G. (2008). Immediate and delayed effects of causal uncertainty inductions on uncertainty accessibility. *Journal of Experimental Social Psychology*, 44, 1106-1113.
- Wicklund, R. A. (1997). Terror management accounts of other theories: Questions for the cultural worldview concept. *Psychological Inquiry*, 8(1), 54-58.
- Willis, G. B., Tapia, V. A., y Martínez, R. (2011). I control therefore I am: Effects of Mortality salience on control attributions. *The Spanish journal of psychology*, 14(02), 765-772.
- Wohl, M. J. A., y Branscombe, N. R. (2005). Forgiveness and Collective Guilt Assignment to Historical Perpetrator Groups Depend on Level of Social Category Inclusiveness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 88, 288-303.
- Worchel, S., Andreoli, V., y Folger, R. (2003). Intergroup cooperation and intergroup attraction: The effect of previous interaction and outcome of combined effort. *Journal of Experimental Social Psychology*, 13, 131-140.
- Worchel, S., Cooper, J., Goethals, G. R. y Olson, J. M. (2003). *Psicología Social*. Madrid: Thompson.
- Yela, C. (2005): Psicología Social Comunitaria y problemas sociales: la esperanza del cambio. En J. L. Romero y R. Álvaro (Eds.). *Psicópolis: Paradigmas actuales y alternativos en la Psicología Contemporánea* (pp. 381-430). Barcelona: Kairós.

- Zakrisson, I. (2005). Construction of a short version of Right-wing Authoritarianism (RWA) scale. *Personality and Individual Differences*, 39, 863-872.
- Zimbardo, P. G. (1995). The psychology of evil: A situationist perspective on recruiting good people to engage in anti-social acts. *The Japanese Journal of Social Psychology*, 11(2), 125-133.
- Zimbardo, P. G. (2004). A situationist perspective on the psychology of evil: Understanding how good people are transformed into perpetrators. In A. G. Miller (Ed.), *The Social Psychology of Good and Evil* (pp. 21-50). Nueva York: Guilford Press.
- Zimbardo, P. (2007). *The lucifer effect: Understanding how good people turn evil*. Nueva York, NY, US: Random House.

ANEXOS

ANEXO 1. CUESTIONARIOS.

CUESTIONARIO CONDICIÓN EXPERIMENTAL

Datos personales:
(2,3)

(4) Sexo:	(5) Edad:
-----------	-----------

(1) N

A continuación se presenta una serie de cuestiones acerca de tu opinión sobre diferentes aspectos personales y sociales. Por favor, trata de responder a todas ellas de la forma más sincera posible, teniendo en cuenta que todos los datos son totalmente anónimos y confidenciales. Por supuesto, ninguna de las respuestas a las cuestiones que encuentres a continuación es correcta o incorrecta, no hay opiniones mejores o peores. Sólo se trata de conocer las tuyas.

A continuación se presenta una forma innovadora evaluación de la personalidad. Recientes investigaciones sugieren que las actitudes hacia aspectos significativos de la vida pueden decir mucho sobre la personalidad individual. Por favor, responde de forma sincera a las siguientes cuestiones, es fundamental.

1) Por favor, concéntrate en ello y describe brevemente las emociones que provoca en ti escuchar música.

2) Por favor, describe, todo lo específicamente posible qué piensas que te ocurrirá físicamente cuando escuchas música. Trata de experimentarlo vívidamente.

La siguiente escala consiste en un número de palabras que describen diferentes emociones y sensaciones. Lee cada ítem y marca la respuesta adecuada en los espacios que tienes a la derecha. En el primer espacio de cada ítem, indica hasta qué punto te has sentido así durante los últimos días; en el segundo, indica si generalmente te sientes así, como término medio, en tu vida en general. Usa la siguiente escala:

1= nada	2= un poco	3=moderadamente	4= bastante	5=Extremadamente
---------	------------	-----------------	-------------	------------------

EMOCIONES	Últimos días	En general	EMOCIONES	Últimos días	En general
Interesado			Irritado		
Relajado			Alerta		
Excitado			Avergonzado		
Molesto			Inspirado		
Fuerte			Nervioso		
Culpable			Decidido		
Asustado			Atento		
Hostil			ansioso		
Entusiasta			Activo		
Orgulloso			Temeroso		

En adelante vas a encontrar cuestiones referentes a tus opiniones y actitudes hacia ciertos aspectos de la realidad social que tienen importancia en la actualidad. Durante los últimos tiempos estamos asistiendo a sucesos preocupantes a nivel nacional e internacional, relacionados con la emergencia de conflictos en países de oriente medio en los que los dirigentes dictadores reprimen con dureza a su propio pueblo, atentados y amenazas terroristas a nivel nacional e internacional, el secuestro de periodistas españoles por grupos extremistas en oriente medio, o el de pescadores españoles por piratas en Somalia, etc. Las siguientes cuestiones tienen que ver con este contexto.

A continuación se presenta una serie de emociones. Nos gustaría saber, en tu opinión, hasta qué punto determinados tipos de personas son capaces de sentir cada una de ellas. Por favor, indica en qué grado piensas que los terroristas Islamistas –talibanes, etc.- (a), y los dictadores que cometen abusos contra su propio pueblo o **genocidios (asesinato de grupos étnicos)** (b) tienden a sentir, **en general, en su vida cotidiana**, las siguientes emociones. Responde en una escala de 1 (nada en absoluto) a 5 (muchísimo).

		a) Terroristas islamistas	b) Dictadores genocidas
(6,17)	Ternura		
(7,18)	Vergüenza		
(8,19)	Miedo		
(9,20)	Sorpresa		
(10,21)	Culpa		
(11,22)	Ira		
(12,23)	Melancolía		
(13,24)	Alegría		
(14,25)	Amor		
(15,26)	Dolor		
(16,27)	Compasión		

A continuación se presenta una serie de supuestos y afirmaciones que hacen referencia a la necesidad o deseabilidad del empleo de la lucha armada, fuerza militar, etc. (términos que deben tomarse como sinónimos), en diferentes situaciones, en el contexto de la situación social comentada anteriormente. Por favor, responde a cada una de ellas posicionándote en una escala de 1 a 5, en función del grado en que estés de acuerdo con ellas, siendo...

1-----2-----3-----4-----5
Muy en desacuerdo En desacuerdo No estoy seguro De acuerdo muy de acuerdo

De aquí en adelante, algunos ítems son complejos y pueden incluir varias afirmaciones. Cuando tu actitud sea diferente hacia cada elemento de un mismo ítem, contesta teniendo en cuenta el sentido general del enunciado. Por ejemplo, si el ítem dice “me gustan los perros y los gatos”, y estás muy de acuerdo en el caso de los perros (un 5) e indiferente en el caso de los gatos (3), deberías responder 4.

(28)	Durante una operación militar contra terroristas en oriente medio, tropas de tu país han planificado atacar a un grupo de insurgentes que habían cometido un atentado. El objetivo de la operación es evitar un nuevo atentado que los terroristas están planificando llevar a cabo en tu país, y prevenir así futuras muertes de ciudadanos que son tus compatriotas. Los mandos militares que han tomado la decisión son conscientes de la posibilidad de que se produzcan bajas de árabes civiles durante el ataque, pero piensan que a veces es necesario sacrificar un pequeño número de civiles para evitar la muerte de más personas en el futuro. Estas bajas no son intencionadas, sino que se asumen como una consecuencia no deseada de la acción militar. ¿Estás de acuerdo con el criterio utilizado por los líderes militares para justificar su acción?	
(29)	Durante los últimos meses, los ciudadanos de Siria se han manifestado en las calles para solicitar más democracia y libertad, y como respuesta, el gobierno del dictador Bacher Al Asad ha reprimido duramente a su propia población, matando a cientos de manifestantes, y la situación sigue empeorando. Me parecería adecuado el uso de la fuerza militar de mi país en colaboración con otros para proteger a la población siria de la opresión de su dictador.	
(30)	En el año 2002 soldados marroquíes ocuparon el islote “Perejil”, parte del territorio español, provocando una crisis entre ambos países. En los últimos tiempos, Marruecos está reclamando la soberanía de Ceuta y Melilla. Si algún país ocupa parte de nuestro territorio, apoyo el empleo de la fuerza militar para defender la integridad territorial de mi país.	

(31)	Un conocido periodista español opina que él no dudaría en eliminar a varios terroristas para salvar a un compatriota secuestrado. ¿En qué medida estás de acuerdo con él?	
(32)	En acciones militares rápidas y precisas, las bases de los grupos hostiles pueden ser neutralizadas y los daños colaterales minimizados	
(33)	Es irresponsable renunciar a la fuerza militar si con ella se puede contribuir a la paz mundial	
(34)	Los terroristas son como las plagas en los campos, hay que enfrentarse a ellos sin darles tregua.	
(35)	Si la OTAN nos pide ayuda militar para poner fin a un conflicto en un país extranjero, yo apoyo el uso de la fuerza militar en la región en crisis.	
(36)	Encuentro justificado el uso de la fuerza militar en la lucha por la paz, siempre que se evite la muerte de personas inocentes	
(37)	Si un soldado mata a alguien en el ejercicio de su deber, actúa en nombre de órdenes militares y por lo tanto no se le debe considerar personalmente responsable por su acción	
(38)	Si los medios pacíficos no pueden resolver un conflicto de forma efectiva, apoyo el uso de intervenciones militares	
(39)	Si grupos políticos extremos son culpables de crímenes crueles contra la humanidad y serias violaciones de los derechos humanos, no merecen ser tratados con indulgencia.	

Finalmente, se presenta una serie de escalas orientadas a conocer tus actitudes hacia diferentes temáticas sociales más generales, los valores y la moralidad.

Ahora, por favor, lee las siguientes oraciones y señala tu grado de acuerdo o desacuerdo ajustándote a una escala entre 0 y 5, siendo:

0-----1-----2-----3-----4-----5

Muy en desacuerdo	en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Algo de acuerdo	De acuerdo	Muy de acuerdo
----------------------	------------------	-----------------------	--------------------	------------	-------------------

(Ten en cuenta que la puntuación de la escala ha cambiado respecto a las preguntas anteriores)

(40)	La compasión por los que sufren es la virtud más importante.	
(41)	Cuando el gobierno dicta leyes, el principio más importante debería ser asegurarse que todas las personas sean tratadas justamente	
(42)	Estoy orgulloso/a de la historia de mi país.	
(43)	El respeto por la autoridad es algo que todos los niños deberían aprender.	
(44)	La gente no debería hacer cosas que son desagradables, aunque nadie salga herido.	
(45)	Una de las peores cosas que una persona puede hacer es dañar a un animal indefenso.	
(46)	La justicia es el requerimiento más importante para una sociedad.	
(47)	Las personas deberían ser leales a los miembros de su familia, aunque hayan hecho algo malo.	
(48)	Hombres y mujeres deben tener diferentes roles en la sociedad.	
(49)	Yo llamaría a algunos actos malos, basándome en que son <i>contra natura</i> .	

(50) ¿Cuál es tu orientación política? Pon una cruz en la casilla que la refleje con más fidelidad

Muy de izquierdas	De izquierdas	Algo de izquierdas	De centro	Algo de derechas	de derechas	Muy de derechas

(51) ¿Eres religioso? Pon una cruz en la casilla que la refleje con más fidelidad tus ideas religiosas

Ateo	Agnóstico	Católico	Musulmán	judío	Otro (¿Cuál?)

(52) (Responde sólo si eres religioso/a) Si profesas alguna religión, te consideras... (señala la respuesta con la que más te identifiques)

1= Nada religioso

5= muy religioso

1	2	3	4	5

Por último, por favor, responde a las siguientes cuestiones en una escala de 0 (nada en absoluto) a 5 (muchísimo)

53	En qué grado has pensado en la guerra en algún momento durante el desarrollo de este cuestionario	
----	---	--

Esto es todo. Muchas gracias por su participación

CUESTIONARIO CONDICIÓN CONTROL

Datos personales:

(2,3)

(4) Sexo:

(5) Edad:

(1) N

A continuación se presenta una serie de cuestiones acerca de tu opinión sobre diferentes aspectos personales y sociales. Por favor, trata de responder a todas ellas de la forma más sincera posible, teniendo en cuenta que todos los datos son totalmente anónimos y confidenciales. Por supuesto, ninguna de las respuestas a las cuestiones que encuentres a continuación es correcta o incorrecta, no hay opiniones mejores o peores. Sólo se trata de conocer las tuyas.

La siguiente escala consiste en un número de palabras que describen diferentes emociones y sensaciones. Lee cada ítem y marca la respuesta adecuada en los espacios que tienes a la derecha. En el primer espacio de cada ítem, indica hasta qué punto te has sentido así durante los últimos días; en el segundo, indica si generalmente te sientes así, como término medio, en tu vida en general. Usa la siguiente escala:

1= nada	2= un poco	3=moderadamente	4= bastante	5=Extremadamente
---------	------------	-----------------	-------------	------------------

EMOCIONES	Últimos días	En general	EMOCIONES	Últimos días	En general
Interesado			Irritado		
Relajado			Alerta		
Excitado			Avergonzado		
Molesto			Inspirado		
Fuerte			Nervioso		
Culpable			Decidido		
Asustado			Atento		
Hostil			ansioso		
Entusiasta			Activo		
Orgulloso			Temeroso		

En adelante vas a encontrar cuestiones referentes a tus opiniones y actitudes hacia ciertos aspectos de la realidad social que tienen importancia en la actualidad. Durante los últimos tiempos estamos asistiendo a sucesos preocupantes a nivel nacional e internacional, relacionados con la emergencia de conflictos en países de oriente medio en los que los dirigentes dictadores reprimen con dureza a su propio pueblo, atentados y amenazas terroristas a nivel nacional e internacional, el secuestro de periodistas españoles por grupos extremistas en oriente medio, o el de pescadores españoles por piratas en Somalia, etc. Las siguientes cuestiones tienen que ver con este contexto.

A continuación se presenta una serie de emociones. Nos gustaría saber, en tu opinión, hasta qué punto determinados tipos de personas son capaces de sentir cada una de ellas. Por favor, indica en qué grado piensas que los terroristas Islamistas –talibanes, etc.- (a), y los dictadores que cometen abusos contra su propio pueblo o **genocidios (asesinato de grupos étnicos)** (b) tienden a sentir, en **general, en su vida cotidiana**, las siguientes emociones. Responde en una escala de 1 (nada en absoluto) a 5 (muchísimo).

		a) Terroristas islamistas	b) Dictadores genocidas
(6,17)	Ternura		
(7,18)	Vergüenza		
(8,19)	Miedo		
(9,20)	Sorpresa		
(10,21)	Culpa		
(11,22)	Ira		
(12,23)	Melancolía		
(13,24)	Alegría		
(14,25)	Amor		
(15,26)	Dolor		
(16,27)	Compasión		

A continuación se presenta una serie de supuestos y afirmaciones que hacen referencia a la necesidad o deseabilidad del empleo de la lucha armada, fuerza militar, etc. (términos que deben tomarse como

sinónimos), en diferentes situaciones, en el contexto de la situación social comentada anteriormente. Por favor, responde a cada una de ellas posicionándote en una escala de 1 a 5, en función del grado en que estés de acuerdo con ellas, siendo...

1-----2-----3-----4-----5
Muy en desacuerdo En desacuerdo No estoy seguro De acuerdo muy de acuerdo

De aquí en adelante, algunos ítems son complejos y pueden incluir varias afirmaciones. Cuando tu actitud sea diferente hacia cada elemento de un mismo ítem, contesta teniendo en cuenta el sentido general del enunciado. Por ejemplo, si el ítem dice “me gustan los perros y los gatos”, y estás muy de acuerdo en el caso de los perros (un 5) e indiferente en el caso de los gatos (3), deberías responder 4.

(28)	Durante una operación militar contra terroristas en oriente medio, tropas de tu país han planificado atacar a un grupo de insurgentes que habían cometido un atentado. El objetivo de la operación es evitar un nuevo atentado que los terroristas están planificando llevar a cabo en tu país, y prevenir así futuras muertes de ciudadanos que son tus compatriotas. Los mandos militares que han tomado la decisión son conscientes de la posibilidad de que se produzcan bajas de árabes civiles durante el ataque, pero piensan que a veces es necesario sacrificar un pequeño número de civiles para evitar la muerte de más personas en el futuro. Estas bajas no son intencionadas, sino que se asumen como una consecuencia no deseada de la acción militar. ¿Estás de acuerdo con el criterio utilizado por los líderes militares para justificar su acción?	
(29)	Durante los últimos meses, los ciudadanos de Siria se han manifestado en las calles para solicitar más democracia y libertad, y como respuesta, el gobierno del dictador Bacher Al Asad ha reprimido duramente a su propia población, matando a cientos de manifestantes, y la situación sigue empeorando. Me parecería adecuado el uso de la fuerza militar de mi país en colaboración con otros para proteger a la población siria de la opresión de su dictador.	
(30)	En el año 2002 soldados marroquíes ocuparon el islote “Perejil”, parte del territorio español, provocando una crisis entre ambos países. En los últimos tiempos, Marruecos está reclamando la soberanía de Ceuta y Melilla. Si algún país ocupa parte de nuestro territorio, apoyo el empleo de la fuerza militar para defender la integridad territorial de mi país.	
(31)	Un conocido periodista español opina que él no dudaría en eliminar a varios terroristas para salvar a un compatriota secuestrado. ¿En qué medida estás de acuerdo con él?	
(32)	En acciones militares rápidas y precisas, las bases de los grupos hostiles pueden ser neutralizadas y los daños colaterales minimizados	
(33)	Es irresponsable renunciar a la fuerza militar si con ella se puede contribuir a la paz mundial	
(34)	Los terroristas son como las plagas en los campos, hay que enfrentarse a ellos sin darles tregua.	
(35)	Si la OTAN nos pide ayuda militar para poner fin a un conflicto en un país extranjero, yo apoyo el uso de la fuerza militar en la región en crisis.	
(36)	Encuentro justificado el uso de la fuerza militar en la lucha por la paz, siempre que se evite la muerte de personas inocentes	
(37)	Si un soldado mata a alguien en el ejercicio de su deber, actúa en nombre de órdenes militares y por lo tanto no se le debe considerar personalmente responsable por su acción	
(38)	Si los medios pacíficos no pueden resolver un conflicto de forma efectiva, apoyo el uso de intervenciones militares	
(39)	Si grupos políticos extremos son culpables de crímenes crueles contra la humanidad y serias violaciones de los derechos humanos, no merecen ser tratados con indulgencia.	

Finalmente, se presenta una serie de escalas orientadas a conocer tus actitudes hacia diferentes temáticas sociales más generales, los valores y la moralidad.

Ahora, por favor, lee las siguientes oraciones y señala tu grado de acuerdo o desacuerdo ajustándote a una escala entre 0 y 5, siendo:

0-----1-----2-----3-----4-----5

Muy en desacuerdo	en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Algo de acuerdo	De acuerdo	Muy de acuerdo
----------------------	------------------	-----------------------	--------------------	------------	-------------------

(Ten en cuenta que la puntuación de la escala ha cambiado respecto a las preguntas anteriores)

(40)	La compasión por los que sufren es la virtud más importante.	
(41)	Cuando el gobierno dicta leyes, el principio más importante debería ser asegurarse que todas las personas sean tratadas justamente	
(42)	Estoy orgulloso/a de la historia de mi país.	
(43)	El respeto por la autoridad es algo que todos los niños deberían aprender.	
(44)	La gente no debería hacer cosas que son desagradables, aunque nadie salga herido.	
(45)	Una de las peores cosas que una persona puede hacer es dañar a un animal indefenso.	
(46)	La justicia es el requerimiento más importante para una sociedad.	
(47)	Las personas deberían ser leales a los miembros de su familia, aunque hayan hecho algo malo.	
(48)	Hombres y mujeres deben tener diferentes roles en la sociedad.	
(49)	Yo llamaría a algunos actos malos, basándome en que son <i>contra natura</i> .	

(50) ¿Cuál es tu orientación política? Pon una cruz en la casilla que la refleje con más fidelidad

Muy de izquierdas	De izquierdas	Algo de izquierdas	De centro	Algo de derechas	de derechas	Muy de derechas

(51) ¿Eres religioso? Pon una cruz en la casilla que la refleje con más fidelidad tus ideas religiosas

Ateo	Agnóstico	Católico	Musulmán	judío	Otro (¿Cuál?)

(52) (Responde sólo si eres religioso/a) Si profesas alguna religión, te consideras... (señala la respuesta con la que más te identifiques)

1= Nada religioso

5= muy religioso

1	2	3	4	5

Por último, por favor, responde a las siguientes cuestiones en una escala de 0 (nada en absoluto) a 5 (muchísimo)

53	En qué grado has pensado en tu propia muerte en algún momento durante el desarrollo de este cuestionario	
----	--	--

Cuando tú decides que algo está bien o mal, ¿Cuán relevantes son las siguientes consideraciones para tu juicio? Por favor, califica cada frase usando esta escala:

0= para nada relevante	1= no muy relevante	2=levemente relevante	3= Algo relevante	4= Muy relevante	5= En extremo relevante
------------------------	---------------------	-----------------------	-------------------	------------------	-------------------------

Una puntuación de 0 implica que no tiene nada que ver con mi juicio si algo está bien o mal

Una puntuación de 5 implica que es uno de los factores más importantes cuando juzgo si algo está bien o mal

54	Si alguien sufre/o no sufre emocionalmente	
55	Si a alguien se le trata/o no se le trata de manera diferente a otras	
56	Si la acción de alguien muestra/o no muestra amor por su país	
57	Si alguien muestra/o no muestra falta de respeto hacia la autoridad	
58	Si alguien viola/o no viola los estándares de pureza y decencia	
59	Si alguien se preocupa/o no se preocupa por el débil y vulnerable	
60	Si alguien actúa/o no actúa injustamente	
61	Si alguien hace/o no hace algo que traiciona a su grupo	
62	Si alguien se ajusta/o no se ajusta a las tradiciones de la sociedad	
63	Si alguien hace/o no hace algo desagradable	

Esto es todo. Muchas gracias por su participación

ANEXO 2. TABLAS Y FIGURAS COMPLEMENTARIAS

**Subescala fundamento
de Autoridad
(escala de juicios
morales)**

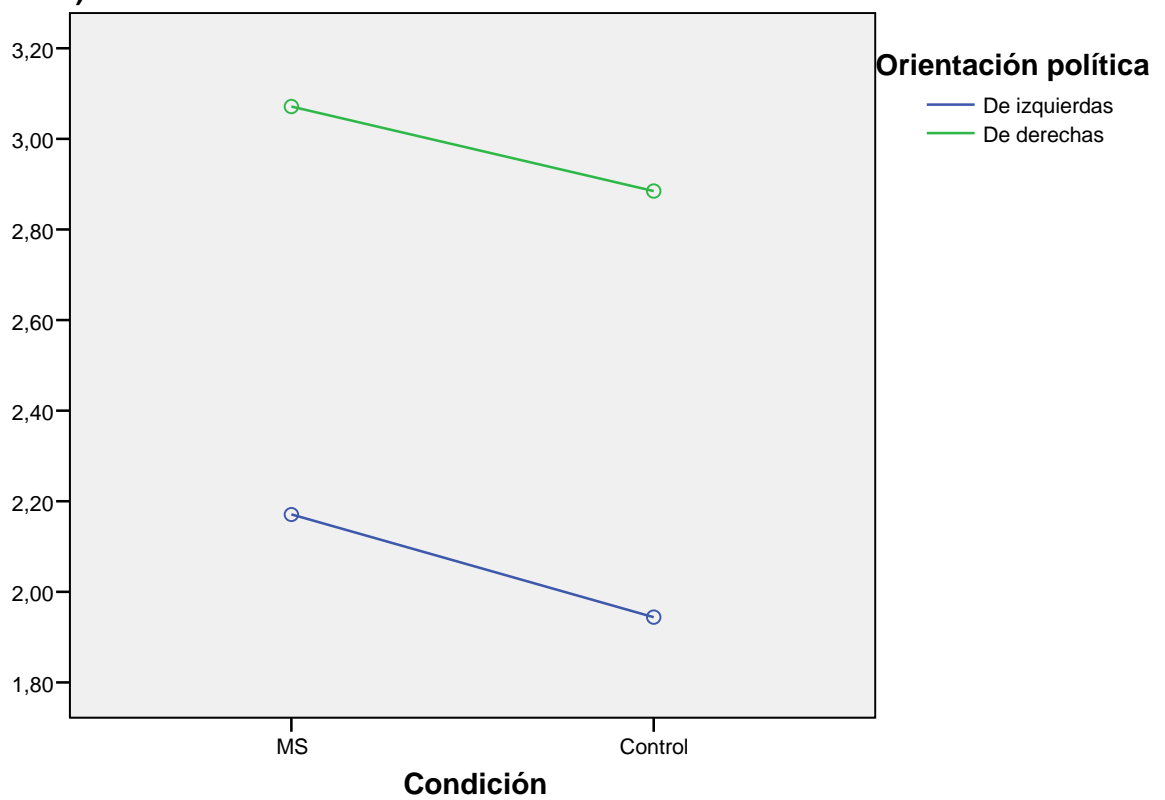


Figura 10. Nivel de adscripción al fundamento moral de autoridad en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción al fundamento de autoridad

subescala de Protección
(escala de juicios morales)

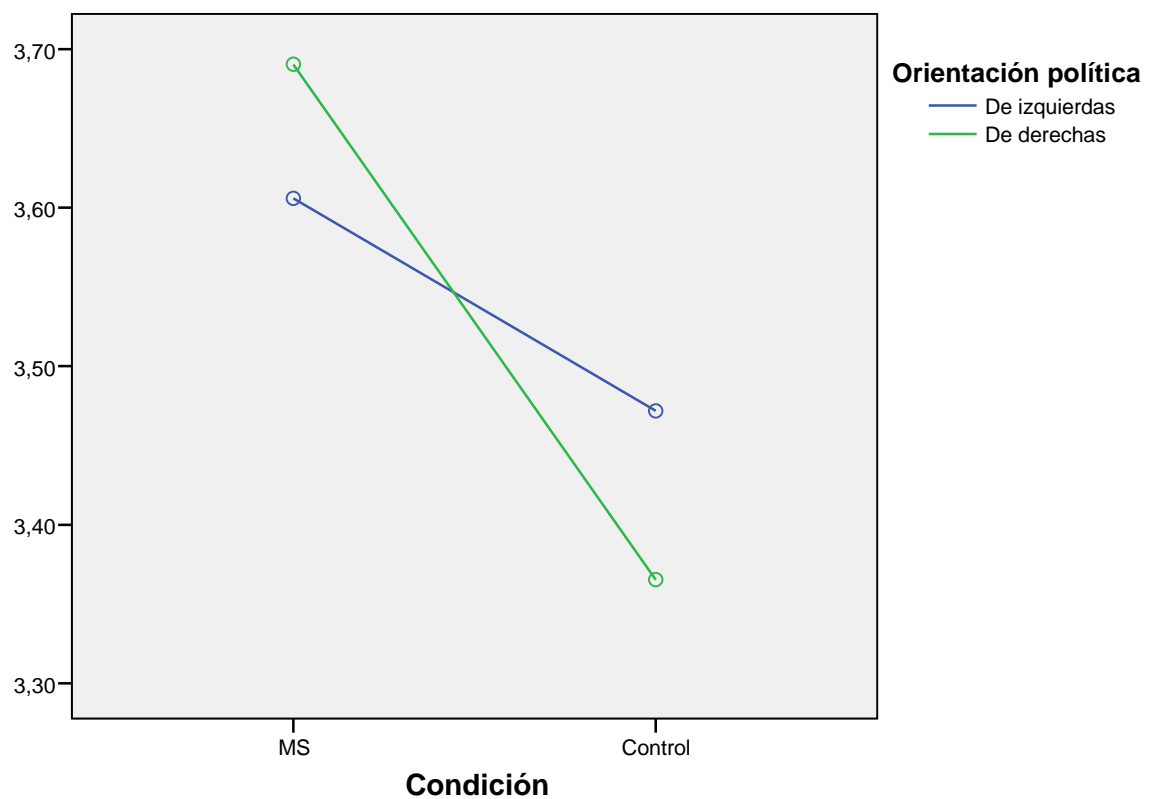


Figura 11. Nivel de adscripción al fundamento moral de protección en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción al fundamento de protección

**Subescala de justicia
(escala de juicios
morales)**

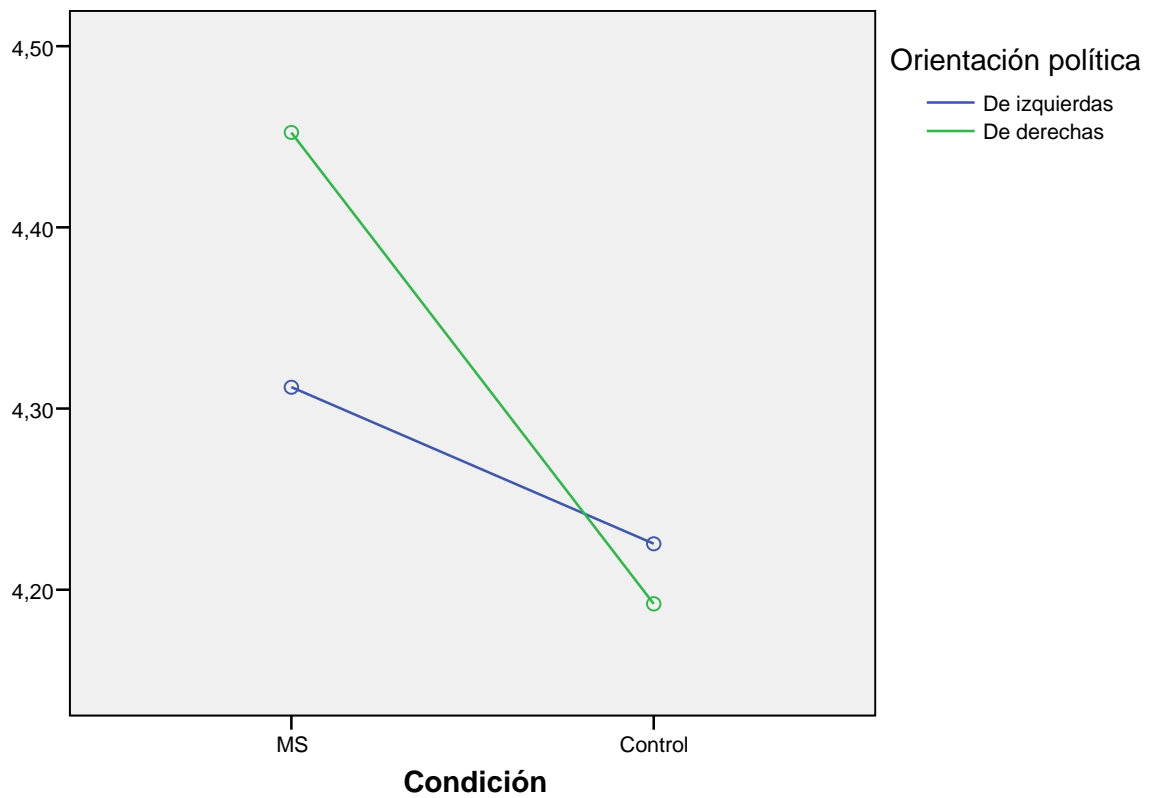


Figura 12. Nivel de adscripción al fundamento moral de justicia en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción al fundamento de justicia

**Fundamentos morales
individuales (escala de
juicios morales)**

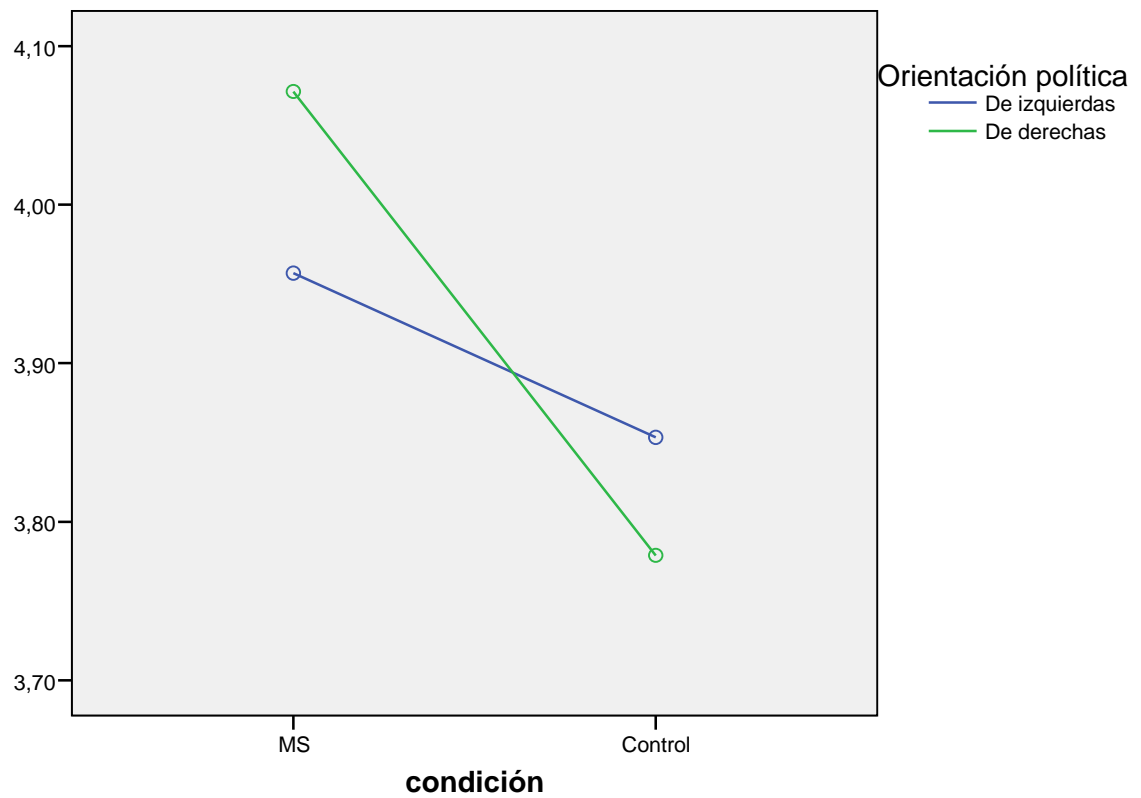


Figura 13. Nivel de adscripción a los fundamentos morales individuales en función del recuerdo de la mortalidad y de la orientación política. Mayores puntuaciones indican mayor adscripción a los fundamentos individuales

ANEXO 3. ÍNDICE DE TABLAS Y FIGURAS

(Las tablas y figuras de los anexos están excluidas de este índice)

TABLAS.

Tabla 1.	p. 256
Tabla 2.	p. 258
Tabla 3.	p. 259
Tabla 4.	p. 261
Tabla 5.	p. 263
Tabla 6.	p. 268
Tabla 7.	p. 271
Tabla 8.	p. 272
Tabla 9.	p. 280
Tabla 10.	p. 287

FIGURAS

Figura 1.	p. 269
Figura 2.	p. 275
Figura 3.	p. 276
Figura 4.	p. 278
Figura 5.	p. 279
Figura 6.	p. 288
Figura 7.	p. 291
Figura 8.	p. 293
Figura 9.	p. 294

ANEXO 4. ABREVIATURAS MÁS COMUNES

DTA (Death thought Accesibility): Accesibilidad a los recuerdos sobre la propia mortalidad.

ICT (Identity Consolidation Theory): Teoría de la Consolidación de la Identidad

MFQ (Moral Foundations Questionnaire): Cuestionario de fundamentos morales

MFT (Moral Foundations Theory): Teoría de los fundamentos morales

MS (Mortality Salience): Recuerdo de la propia mortalidad.

PU (Personal Uncertainty): Incertidumbre personal

RAM (Reactive Approach Motivation): motivación de aproximación reactiva

RWA (Right Wing Authoritarianism): Autoritarismo de derechas.

SDO (Social Dominance Orientation): Orientación de dominancia social.

TMT (Terror Management Theory): Teoría del Manejo del Terror

UMM (Uncertainty Management Model): Modelo del Afrontamiento de la Incertidumbre